



U N I V E R S I D A D

**PABLO^D
OLAVIDE**

S E V I L L A

Departamento de Geografía, Historia y Filosofía

Tesis de Doctorado:

***Articulaciones filosóficas entre
biopolítica y género.
A propósito de Beatriz Preciado
(2000-2010)***

Programa de Doctorado:

Investigaciones Feministas (4ª edición: 2007-2009)

“Ciencia y Sociedad en el pensamiento feminista.

**Perspectiva feminista de la creación del pensamiento
científico y construcción de la sociedad”**

Directora de Tesis:

Dra. María Dolores Pérez Bernal

Tesista:

Prof. Mg. Mabel Alicia Campagnoli

2015

ÍNDICE

Dedicatoria	1
Agradecimiento	1
Aclaración sobre el uso del lenguaje	2
Introducción	3
I – Presentación	3
I.1 – El tema	4
I.2 – BP: el/la autor/a	5
I.3 – El corpus	7
I.4 – El método: ¿Qué, cómo y para qué?	8
I.4.1 – Qué y para qué	8
I.4.2 – Acerca del cómo	9
I.4.3 – Objetivos e hipótesis	11
I.5 – Cartografía del desarrollo de la tesis	12
II – Intersecciones Feministas: primera contextualización	14
II.1 – No hagan olas: post-feminismo, feminismo <i>queer/cuir</i> , (trans)feminismo	19
II.1.1 – <i>Post-feminismo</i>	20
II.1.2 – <i>Feminismo queer</i>	22
II.1.3 – <i>De feminismo queer a feminismo cuir</i>	26
II.1.4 – <i>(Trans)feminismo</i>	28
Capítulo 1 – Itinerarios y lecturas en contexto	33
1.1 – Bio-biblio-grafía	34
1.1.1 – Presentación de BP	34
1.1.2 – Formación de grado y post-grado	35
1.1.3 – Experiencia estadounidense	36
1.1.4 – Retorno a Europa	39
1.1.5 – <i>Queerización parisina</i>	44
1.1.6 – Siglo XXI: publicación de sus libros	46
1.1.6.1 – <i>Manifiesto contra-sexual</i>	46
1.1.6.2 – <i>Testo Yonqui</i>	47
1.1.6.3 – <i>Pornotopía</i>	50
1.2 – Recepciones de BP	53
1.2.1 – Los textos de BP como marco teórico	54

1.2.2 – Biopolítica de género	55
1.2.3 – Políticas anales	61
1.2.4 – Disidencias diversas	63
1.2.5 – Autoexperimentación textual-química-filosófica	71
1.2.6 – Reflexiones glo(c)ales	76

Capítulo 2 – Una genealogía de la biopolítica 83

2.1 – La biopolítica en el marco de la gubernamentalidad	84
2.1.1 – Gubernamentalidad y genealogía del poder	82
2.1.2 – Dispositivos de poder	88
2.1.2.1 – Dispositivo de alianza	91
2.1.2.2 – Dispositivo de sexualidad	92
2.2 – La biopolítica como política occidental	98
2.3 – La biopolítica del <i>cyborg</i>	105
2.4 – La biopolítica en la sociedad de control	109
2.4.1 – La multitud como monstruo biopolítico	109
2.4.2 – Biopolítica, noopolítica y resistencia	117
2.5 – La biopolítica como forma inmunitaria	124

Capítulo 3 – Genealogías del género 131

3.1 – Primera genealogía del género: tres vertientes terminológicas	132
3.1.1 – Ciencias médico-psicológicas	134
3.1.2 – Ciencias Sociales	139
3.1.3 – Feminismos	142
3.1.3.1 – Patriarcado	143
3.1.3.2 – Sistema de sexo / género	145
3.1.3.3 – El género como categoría analítica	148
3.1.4 – Sobre la primera genealogía	152
3.2 – Segunda genealogía del género: descentramientos feministas	152
3.2.1 – Tecnologías excéntricas	157
3.2.2 – Disputas del género	163
3.2.3 – Difracciones <i>cyborg</i>	174
3.2.4 – Sobre la segunda genealogía	180

Capítulo 4 – El Imperio Sexual 182

4.1 – Sexopolítica	183
4.2 – Imperio Sexual	188
4.3 – <i>General Sex</i>	192
4.4 – Trabajo sexual	196
4.5 – <i>Potentia gaudendi</i>	199

4.6 – Poder fármaco-porno-gráfico	206
4.6.1 – Porno-poder	207
4.6.2 – Fármaco-poder	214
4.7 – El cuerpo fármaco-porno-gráfico	221
Capítulo 5 – Dispositivo de género	228
5.1 – Episteme post-Money-ísta	229
5.1.1 – Dos mesas de operaciones	230
5.1.1.1 – La mesa abstracta	231
5.1.1.2 – La mesa cruenta	233
5.1.1.2.1 – Intersexualidad	233
5.1.1.2.2 – Transexualidad	234
5.2 – Funcionamiento del dispositivo de género	242
5.2.1 – La performatividad de género como prostética y quiasmática	246
5.2.1.1 – Naturalizaciones femeninas	250
5.2.1.1.1 – La píldora anticonceptiva	250
5.2.1.1.2 – El modelo Agnès	253
5.2.1.1.3 – Testo-tabú	256
5.2.1.2 – Naturalizaciones masculinas	259
5.2.1.2.1 – Testosterona = masculinidad	260
5.2.1.2.2 – El imperio <i>Playboy</i> como pornotopía	263
5.2.1.2.3 – Terror anal: el imperativo de cerrar el ano	271
Capítulo 6 – Contra-sexualidad	276
6.1 – Indicios y provocaciones de una sociedad contra-sexual	276
6.1.1 – La <i>queerización</i> de Wittig	283
6.1.1.2 – Dildo-tectónica: otro punto de partida	286
6.2 – ¿Hay alguien ahí?: una etho-política de los pronombres personales	297
6.2.1 – Relatos de filosofía, de amor y de muerte	298
6.2.2 – Encrucijadas en la escritura	302
6.2.3 – El principio autocobaya	309
6.2.4 – Las prácticas <i>drag king</i> como tecnologías del sí mism*	314
6.3 – Reflexiones acerca de la crítica	323
A modo de conclusión	328
I – Acerca de las hipótesis	328
II – Crítica, filosofía y feminismos	331
III – Derechos sexuales y derechos reproductivos	333
Bibliografía	336

Dedicatoria

A Mary Rozzi, *in memoriam*

A Luis Ángel Campagnoli y Luis Enrique Levín, *mis Luises*,
con amor e infinita gratitud por la paciencia y el acompañamiento

A Violeta, con afecto felino

Agradecimiento

A la hora de celebrar una producción que resultó tan placentera como ardua, lo primero que me surge es recordar y reconocer cuántas personas contribuyeron a que este proceso resultara posible. Por supuesto no intento endilgarles la responsabilidad del producto, pero sí agradecerles constituir el colectivo del “yo” que narra esta tesis y que dialoga con el nombre propio que la firma.

A Marian Pérez Bernal, directora que me orientó en el trabajo, pero ante todo la persona que confió en mí al aceptar la propuesta brindándome generosa y desinteresadamente su cálida lucidez.

Al grupo *Lola Mora* de Filosofía de género, que integramos con María Marta Herrera, Laura Morroni, Mayra Leciñana, Mónica Gluck, Silvana Darré, Mónica D’Uva y María Giannoni, por la amistad que cultivamos hace décadas que nos mantiene en interlocución permanente teórico-militante, sin la cual no hubieran madurado las ideas que componen el trabajo.

A Isabel Sotelo y Laura Sanjurjo, quienes desde las prácticas corporales compartidas me alentaron permanentemente para que no cesara en el intento.

A Mercedes Di Virgilio y Ernesto Meccia, titular y adjunto de la cátedra Metodología y Técnicas de la Investigación Social en la Licenciatura de Ciencias de la Comunicación (UBA) en la que participo, que pacientemente me estimularon y facilitaron condiciones de posibilidad para la finalización de este trabajo.

A Rosina Balboa Bas pues sin su asistencia invaluable este trabajo no hubiera superado la situación de borrador.

Muy especialmente a Ana María Bach, Silvana Darré y Mónica D’Uva que además de su amistad, dedicaron tiempo extra de lectura y discusión a los capítulos, con observaciones inestimables.

Y aunque les englobe de forma anónima, mi particular gratitud hacia alumnas y alumnos de los diferentes cursos que imparto, en grado y en post-grado, porque sus inquietudes, los diálogos compartidos y el entusiasmo político-epistemológico han sido y siguen siendo un motor indispensable.

Aclaración sobre el uso del lenguaje

La presente tesis hace un uso no sexista del lenguaje en varios sentidos.

Por un lado, utiliza la modalidad bi-genéricamente marcada que no generaliza en masculino, por ejemplo: las/los autoras/es, en función de no invisibilizar existencias femeninas.

Por otro lado, utiliza la misma modalidad para referirse a la/el autor/a en análisis, Beatriz Preciado, en función de dar cuenta de los propios desplazamientos identitarios con que juega.

Además, cada vez que aparezca un asterisco en lugar de una marcación genérica específica, por ejemplo: niñ*, subaltern*s, es para dar lugar también a identidades que no se reconocen en ninguno de los dos géneros pre-establecidos, masculino o femenino.

La propia decisión de no utilizar una única modalidad para generalizar intenta mostrar las tensiones teóricas que indaga la tesis y que expresan los conflictos en torno a las militancias de los feminismos *cuir* y del (trans)feminismo.

Introducción

I - Presentación

El trabajo que presento como tesis final de doctorado en el programa *Ciencia y Sociedad en el Pensamiento Feminista. Perspectiva Feminista de la Creación del Pensamiento Científico y Construcción de la Sociedad* (UPO, 2007-2009) no solo es producto del proceso del curso y de la investigación correspondientes, sino que significa además en lo personal una inflexión importante en un largo recorrido por la militancia feminista y la formación académica desde la década del 90.

La posibilidad de cursar el doctorado en Sevilla, España, trasladándome allí desde Buenos Aires, Argentina, incidió en una reflexión problemática sobre mi posicionamiento como feminista académica que adquirió matices post-coloniales¹. De ahí que la concepción de este trabajo esté marcada por cuestiones de traducción cultural y vivencias personales, dado que los viajes implicados en este producto conllevan puntos de inflexión que han surgido de mi propio proceso identitario, en el que parafraseando a Patricia Soley-Beltrán puedo afirmar que desde una reflexión personal, política, académica, indisciplinada, he experimentado una transición de mujer-a-mujer (Soley-Beltrán, 2014: 238).

Desde esta experiencia personal, asumiendo el sentido de los conocimientos situados², considero que la dimensión post-colonial de este trabajo pasa por “pensar el colonialismo no como una etapa histórica, sino como una relación de poder entre distintos tipos de saberes, y el replanteamiento de nuestros feminismos desde el reconocimiento de la diversidad” (Hernández Castillo, 2008: 80).

Con esta perspectiva establezco la elección de realizar un trabajo filosófico centrado en la producción de Beatriz Preciado y, especialmente, en sus conceptualizaciones de biopolítica y género. La preocupación por clarificar la categoría de género, sus

¹ Los estudios postcoloniales surgen a partir de desarrollos teóricos producidos por intelectuales de las antiguas colonias inglesas y francesas que conquistaron su independencia política en el siglo XX; se trataba de pensadoras/es cuya situación era de refugiadas/os y/o hijas/os de inmigrantes extranjeras/os, indias/os, asiáticas/os, egipcias/os, sudafricanas/os... “Las teorías poscoloniales tratan de abrir campo para la emergencia de las diferencias, de las voces silenciadas por los saberes modernos, y las ubican dentro de los discursos de la contra-modernidad, representados en el corazón de los países occidentales del Primer Mundo (Europa y Estados Unidos) por Foucault, Lyotard, Derrida, y en experiencias posiblemente no reconocidas plenamente, como el “antidesarrollismo” promovido en América Latina” (Bidaseca, 2010: 94).

² En relación con la nota anterior, éste es un supuesto de toda la propuesta de trabajo en esta investigación. Es decir, la condición “situada” de la producción de conocimiento, que implica diversas críticas y reflexiones feministas en el campo epistemológico; principalmente, el cuestionamiento a la neutralidad del sujeto.

procedencias, usos y complejidades, me acompaña desde los inicios de mi formación especializada y militante y se ha visto plasmada en numerosas publicaciones así como en el primer trabajo final de post-grado, correspondiente a la Especialización en “Salud, Género y Subjetividad” (UHABI, 1998) donde analicé todos los proyectos legislativos en tratamiento en aquel entonces en mi país, en torno a los derechos sexuales y reproductivos.

Particularmente en la última década, a partir de la segunda carrera de post-grado, Maestría en Análisis del Discurso (UBA, 2008) comencé a considerar valioso e insoslayable cruzar dicha preocupación teórica con un trabajo simultáneo sobre la biopolítica, al analizar el proceso legislativo que dio lugar a la Ley Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable (25.673).

La oportunidad especial de la coyuntura de cursar el doctorado en Sevilla hizo posible que me detuviera a reflexionar sobre la inquietud teórica que abarca mis tareas de docencia, investigación y militancia, y que alienta este trabajo final. No he abandonado la problemática de los derechos sexuales y reproductivos pero, al acompañar la complejidad que la misma ha ido adquiriendo, considero necesario detenerme a relevar una matriz conceptual que pueda contribuir a clarificar el panorama contemporáneo en un sentido glo(c)al³.

De allí que en la investigación que aquí presento haya retornado a las raíces filosóficas de mi formación, dejando en suspenso momentáneamente el análisis de un corpus legislativo, pero realizando una producción teórica que puede propiciar su realización. Paso a detallar y a justificar, en consecuencia, las características de esta investigación.

I.1 - El tema

En mi posición de feminista que hace docencia e investigación en áreas correspondientes a Filosofía y Ciencias Sociales me encuentro interesada en la sistematización de un marco conceptual que permita asumir la complejidad de las construcciones identitarias contemporáneas, especialmente en las dimensiones

³ Con el adjetivo “glo(c)al” aludimos a la interrelación entre procesos globales y locales, sugerencia que suele atribuirse al sociólogo Roland Robertson (2000) como intento de entender las maneras en las que lo global y lo local interactúan para producir una “cultura global”. Sin embargo, nuestra concepción del término es deudora del cruce que realiza Donna Haraway entre, por un lado, lo personal y lo político como interrelación cara al feminismo y por otro lado, lo local y lo global como intersección proveniente del postcolonialismo (Haraway, 1995: 183-209).

sexual y genérica, para pensar su relación con los derechos sexuales y con los derechos reproductivos.

Tal interés tiene principalmente dos fuentes. Por un lado, el desafío de orientar en la investigación al alumnado que indaga sobre estas cuestiones y por otro, el desarrollo de mi producción, que ha estado enfocado en la problemática de la construcción de estos derechos en mi país, Argentina, sobre todo en su aspecto legislativo (Campagnoli, 2014, 2013, 2012, 2008, 2006, 2000).

En función de esta trayectoria y de estas preocupaciones la propuesta conceptual de Beatriz Preciado (BP)⁴ se vuelve particularmente significativa ya que en ella se articulan las problemáticas del género y de la biopolítica, ambas indispensables para comprender las luchas contemporáneas y los conflictos implicados en torno a los derechos sexuales y a los derechos reproductivos.

En consecuencia, la búsqueda de sistematización que aquí emprendemos se propone seguir el cauce conceptual de los textos editados por BP en la primera década del siglo XXI, hasta el 2010 inclusive. ¿Por qué este/a autor/a? ¿Por qué este recorte? Por varios motivos.

I.2 - BP: el/la autor/a

A lo largo del trabajo se usa la dualidad genérica para referir la autoría de los textos objeto de análisis: “el/la autor/a”. Esto se debe a que, si bien la mayoría de los textos en estudio están firmados como Beatriz Preciado, su autor/a pone en juego la ambigüedad en su auto-nominación, usando alternativamente el masculino y el femenino, desplazándose a veces hacia la des-identificación.

Este intento de borramiento genérico en el nombre se analizará más adelante, pero en función de ponerlo en juego en el relato, se concreta en la referencia por las iniciales: BP. Como veremos, la misma filósofa juega a nombrarse como Beatriz/Beto Preciado o Brazo Peludo, por ejemplo⁵; de ahí que, al mantener las iniciales, se da cuenta de estas distintas posibilidades. De este modo, BP será un nombre al que atar las producciones textuales sin solidificar una identidad de

⁴ De aquí en adelante la referencia a el/la autor/a se hará mediante las iniciales BP. Igualmente, en el próximo apartado, se aclarará porqué el uso dual del género en esta referencia.

⁵ Incluso actualmente asume el nombre “Paul”, anteponiéndolo a Beatriz. Sin embargo, cuando en el 2014 el subcomandante Marcos del ejército zapatista anunció el fin de su “identidad” la/el filósofo/a se autodenominó por un tiempo Marcos. De todos modos, a lo largo de nuestro trabajo tenemos en cuenta las nominaciones que refiere en los textos de nuestro corpus donde siempre están en juego las iniciales BP.

referencia. En este sentido el peso de la autoría no tiene una densidad a priori ni empírica, sino que es un efecto en tándem con el contexto, los discursos producidos, su circulación, la biografía...

En principio el interés por BP como autor/a se basa en las temáticas que plantea, reforzado por el carácter específico con que aborda los temas. A esto se suma el modo polémico de sus textos, que son virulentos y provocadores. Esta modalidad de controversia de su exposición hace que se vuelva de especial interés estudiar sus conceptos pues actúan de acicate para desacomodar las tradiciones categoriales de los estudios feministas y de los estudios *queer*⁶. Del mismo modo, sus escritos pueden ser una oportunidad para interrogarnos sobre el sentido de corrientes como el *feminismo queer* y el *transfeminismo*, por ejemplo. De esta manera, las propuestas de BP, al estimular el debate, contribuyen a una tarea de clarificación teórico política.

Eso en cuanto al interés que se basa en el contexto de producción de sus textos⁷. Pero también hay motivaciones que hacen interesante esta propuesta desde el contexto de recepción de los mismos, ya que actualmente las instituciones académicas se muestran refractarias a su lectura y las militancias disidentes la tienen en cuenta de una manera muy crítica. Para anticipar un atisbo de estas críticas podríamos decir que muchos grupos feministas en general no aceptan el modo en que BP incluye la masculinidad, considerando que se pone del lado de lo masculino hegemónico, contribuyendo a consolidarlo antes que a criticarlo. Serán principalmente lesbianas “masculinas” las que acepten sus propuestas, feministas que consideran factible analizar una “masculinidad femenina”⁸ y/o que adscriben a movimientos *queer*. Mientras que por su lado, los colectivos trans⁹ cuestionan el fondo transfóbico que tendrían sus discursos y actitudes, al despremiar las prácticas concretas de las personas trans en pro de un auto-ensayo elitista.

⁶ Con estudios *queer* nos referimos a las teorizaciones surgidas de las militancias *queer*; es decir, de los movimientos que denuncian e intentan desacomodar las normatividades, especial -pero no exclusivamente- en torno a lo sexual. La temática se ampliará y discutirá en el apartado “II.1 - No hagan olas” de este mismo capítulo, pero aquí queremos orientar el sentido de la expresión.

⁷ Utilizamos la diferencia entre contexto de producción y contexto de recepción que usa Eliseo Verón para referirse al análisis del discurso, siguiendo matices marxistas aplicados al lenguaje como institución social en la que también se juegan conflictos (de clase, identidad, etc.). Ver Verón (1993) y Voloshinov (1992).

⁸ Tal expresión se debe al/a militante Jack/Judith Halberstam que ha editado un libro homónimo (Halberstam, 2008). La misma alude a lesbianas que cultivan una apariencia y un estilo de vida varoniles. Ellas serían en principio más receptivas de los textos de BP que otros grupos de lesbianas así como de mujeres feministas.

⁹ Con la expresión colectivos “trans” se engloba a grupos de militancias de la disidencia sexual con un eje en identidades sexo-genéricas diversas: travestis, transexuales, transgéneros, intersexuales...

I.3 - El corpus

En cuanto al corpus, ¿por qué la decisión de abarcar sus textos editados hasta el 2010? En primer lugar, 2010 es el año en que BP cierra su página web <http://www.beatrizpreciado.com> y pasa a resultar más difícil entrar en contacto con esta persona que hasta entonces respondía en línea consultas y observaciones de diversos lugares del globo. En segundo lugar, porque a partir de este año sus intereses se van a enfocar casi exclusivamente en las prácticas artísticas¹⁰, pasando a dirigir el proyecto Somateca a partir de 2012 en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Si bien este proyecto se basa en el marco conceptual que viene desarrollando BP, su foco es la exploración de modos de sexualidad y de subjetividad a través de ensayos individuales y colectivos en el espacio del museo, que buscan inventar estrategias y afinidades estéticas abandonando la lógica de la identidad¹¹. Estas interacciones quedan fuera del marco de este trabajo de tesis que será eminentemente conceptual.

En este sentido, el corpus del rastreo aquí propuesto abarca libros y artículos hasta *Pornotopía* inclusive (ver en “Bibliografía” los escritos de BP correspondientes al período 2000-2010). El campo de sistematización conceptual estará conformado por los textos editados por BP. Pero, para lograr una contextualización de sus producciones, nos valdremos de entrevistas, ya sea gráficas o audiovisuales, que nos permiten acceder a información necesaria en cuanto a las condiciones de producción. En consecuencia, las entrevistas funcionan como indicios a partir de los cuales reconstruir la relación entre los desplazamientos geopolíticos de BP, su posicionamiento teórico-político y la materialidad de su escritura.

¹⁰ Este ámbito de acción y reflexión BP comenzó a desarrollarlo en 2003 en la organización de la muestra post-porno del MACBA en Barcelona. Pero desde 2011 la realización de talleres en el entorno de museos es una de sus actividades privilegiadas. Justamente en junio de 2015 BP visitó Buenos Aires en el marco de la Primera Bienal de Performance en la Argentina que se extendió desde el 27 de abril hasta el 7 de junio en distintos Museos de la ciudad. La participación de BP ocurrió los días 5 y 6 de junio. Primero en el CCEBA (Centro Cultural de España en Buenos Aires) acompañando el diálogo público de las activistas catalanas “Post-Op” y después en el MALBA (Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires) con una conferencia en el marco de la performance “VI Sesión en el Parlamento” del artista Osías Yanov <http://www.malba.org.ar/evento/osias-yanov-vi-sesion-en-el-parlamento/>

¹¹ Expresión de BP en la conferencia “¿La muerte de la clínica?” que implicaría seguir la línea de la des-identificación como contra-conducta o modo de resistencia, ya que los dispositivos de poder imponen la “identidad”. Ver Preciado (2013b).

I.4 - El método: ¿Qué, cómo y para qué?

I.4.1 - Qué y para qué

Como justificamos en el apartado anterior, constituyen el corpus de esta tesis los artículos y los libros editados por BP hasta 2010 inclusive. Ahora bien, ¿con qué finalidad y de qué modo abordaremos este corpus?

La finalidad abre dos líneas en perspectiva. Por un lado, la meta más inmediata consiste en situar las nociones de BP entre las múltiples derivas de los feminismos, no por capricho clasificatorio, sino a modo de interrogación. Esta será en consecuencia la primera tarea, posicionar a BP en los entrecruzamientos feministas contemporáneos, como interrogación que guía el desarrollo de esta tesis y resulta condición de posibilidad de las genealogías conceptuales que nos proponemos; a saber: de la biopolítica y del género.

Por otro lado, la segunda finalidad se concreta en una línea de trabajo a la que esta tesis se abre hacia el futuro, en la intención de conectar la perspectiva conceptual de el/la autor/a con la construcción de los derechos sexuales y de los derechos reproductivos.

En este sentido, los escritos de BP son una buena excusa para preguntar sobre las distinciones históricamente establecidas entre el sexo, el género y la sexualidad en las teorías feministas sobre las que tantas veces se ha retornado. Sin embargo, estos cruces convocan discursos que necesitan resignificación toda vez que las militancias complejizan sus reivindicaciones y amplían el campo de los feminismos. Esos cruces han convocado discursos que expresan en cada coyuntura distintos conflictos y matices, como por ejemplo, entre una perspectiva pro-sexo y otra anti-sexo. Sin embargo, las miradas posibles sobre estas intersecciones no se han agotado y las nuevas militancias las resignifican, tarea a la que contribuyen los textos de BP.

Para ello, siguiendo a Elsa Dorlin (2009), este sentido interrogativo entiende a las teorizaciones feministas “como un saber indisociablemente ligado con un movimiento político que problematiza, sobre todo desde un punto de vista epistemológico inédito, la relación que *todo* saber mantiene con una posición de poder, al que a cambio refuerza, invierte o modifica” (Dorlin, 2009: 10-11).

En consecuencia, por un lado los textos de BP serán el disparador para la indagación sobre el papel de la crítica en relación con la filosofía y con los feminismos; por otro lado, lo serán de problematizar el proceso de producción de los derechos sexuales y de los derechos reproductivos.

1.4.2 - Acerca del cómo

El abordaje de los textos seleccionados de BP será genealógico. Esto es, seguiremos las dos dimensiones señaladas del género y de la biopolítica en la forma que les da BP reconstruyendo el uso que hace de tradiciones feministas y de la filosofía política en función de brindar una lectura que rescate la singularidad de la articulación y permita establecer los vínculos planteados. De ningún modo significa esta elección que la lectura ofrecida sea la única posible, ni que resulte exhaustiva al modo de agotar sus producciones de sentido. Pero sí se trata de una lectura que se propone valorar el aporte conceptual de BP para el feminismo, en sentido epistemológico y político, pues las teorizaciones de BP no se vinculan solamente con la delimitación teórica y práctica entre lo que sería “natural” y “cultural” o “social” entre el sexo, el género y las sexualidades, sino con las implicaciones políticas y epistemológicas de esta delimitación.

Ahora bien, ¿qué se entiende por abordaje genealógico? Esta propuesta metodológica se inscribe en la línea de la crítica feminista como señala Kathy Ferguson: “Los pensadores genealogistas proveen de recursos a las feministas procurando el pensar crítico acerca de las formas predominantes de poder sin reproducir esas formas a guisa de liberación” (Ferguson, 2000: 225). Esta posibilidad se inspira en lecturas nietzscheanas: “llegó al feminismo principalmente a partir de Nietzsche, quien critica los esfuerzos de fundar el conocimiento en una base segura de historia, ciencia, naturaleza o dios, y en cambio brega por un perspectivismo histórico, situado” (*Ibíd*: 224). Mediación, a su vez, operada a través de Foucault: “Siguiendo a Foucault, los genealogistas problematizan la identidad al ver a la subjetividad como el resultado, más que la fuente, de las prácticas disciplinarias de la modernidad” (*Ibíd*).

Sin embargo, hay que tener en cuenta que abordaje genealógico no es sinónimo de feminismo, ya que como indica Elvira Burgos, “la crítica feminista se halla dividida entre las posiciones que utilizan provechosamente el instrumento genealógico y las

posiciones que rechazan la conveniencia de esta estrategia de análisis para el feminismo” (Burgos, 2008: 157). El presente trabajo se ubica en la primera línea, lo que implica adscribir al empleo de “estrategias desconstructivas para romper las categorías de análisis que han posibilitado que operen el patriarcado y la heterosexualidad obligatoria” (Ferguson, 2000: 225). Aquí se propone una función doble para la genealogía: por un lado, se trata de ubicar a BP en esta línea de operaciones estratégicas para el feminismo; por otro lado, se trata de abordar sus textos de modo genealógico.

¿Cómo será entonces dicho abordaje? Retomamos para ello las lecturas foucaultianas de Nietzsche (Foucault, 1980) según las cuales resulta prioritaria la crítica a la noción de “origen” como momento y lugar de inicio de un camino continuo que podría remontarse para desocultar la verdad que tal comienzo encerraría. Por lo tanto, las consecuencias de la reconceptualización del término “genealogía” que realiza Foucault, implican rastrear las procedencias y las emergencias, antes que los orígenes y las continuidades: “La búsqueda de la procedencia no funda, al contrario: remueve aquello que se percibía inmóvil, fragmenta lo que se pensaba unido; muestra la heterogeneidad de aquello que se imaginaba conforme a sí mismo” (Foucault, 1980: 13). En este sentido, la genealogía es un método de interpretación que produce “el acoplamiento de los conocimientos eruditos y de las memorias locales, acoplamiento que permite la constitución de un saber de las luchas y la utilización de este saber en las tácticas actuales” (Foucault, 2000: 22). De esta manera, escapa al intento de homogeneización que realiza el conocimiento científico al suprimir los conflictos de los que emergen los saberes.

Por lo tanto, la producción de una genealogía conceptual reconstruye un linaje teórico y en consecuencia es diferente de la construcción de una cronología de conceptos. En este sentido, se trata de seguir diversas derivas conceptuales al reconstruir sus procedencias contextualizadas. Entonces nuestro trabajo se concentra en la ubicación de BP dentro de una producción genealógica que reúne dos clases distintas de acoplamientos de saberes. Por un lado, entre erudición y militancia, que se acoplan en las condiciones de producción de los textos de BP. Por otro lado, entre las conceptualizaciones de la biopolítica y del género, que se acoplan en el contenido de los textos de BP. De la singularidad de estos acoplamientos surge lo específico de la articulación teórica y la riqueza de este bagaje conceptual.

1.4.3 - Objetivos e hipótesis

A partir del apartado anterior clarificamos que el objetivo general de la presente tesis de doctorado es producir una genealogía conceptual que permita inteligir una sistematización teórica de los textos de BP entre 2000 y 2010.

De todos modos, la producción misma de esta genealogía es compleja y para dar cuenta de ella es necesario distinguir dos dimensiones conceptuales: la de la biopolítica y la del género. Es así que el objetivo general se traduce en los siguientes objetivos derivados generales:

- Producción de una genealogía de la biopolítica que incorpora contribuciones feministas
- Reconstrucción de una genealogía del género que innova en el relevamiento de sus procedencias teóricas al considerar tres vertientes conceptuales

La realización de estos objetivos presenta de todos modos los siguientes aportes particulares: por un lado, destaca contribuciones feministas al producir la genealogía biopolítica, diferenciándose de linajes androcéntricos¹²; por otro lado, innova en la reconstrucción genealógica del género al relevar tres procedencias teóricas, diferenciándose de las genealogías pre-establecidas que suelen considerar solo dos. Una vez reconstruidos ambos linajes conceptuales, el de la biopolítica y el del género, el objetivo específico es ubicar la producción de BP en ellos. En consonancia, la primera hipótesis del presente trabajo es que la producción conceptual de BP en el período 2000-2010 se ubica en la intersección de las genealogías de la biopolítica y del género a las que contribuye de un modo específico. A partir de ello, se desprenden los siguientes objetivos particulares:

- Destacar la contribución específica de BP a la genealogía biopolítica a partir de la noción de *sexopolítica*
- Releva la contribución específica de BP a la genealogía de género a partir de la noción de *dispositivo de género*
- Analizar el aporte específico de BP a la intersección genealógica entre biopolítica y género a partir de la noción de *contra-sexualidad*

¹² El adjetivo "androcéntrico" refiere a un punto de vista central correspondiente a un arquetipo viril que posee los rasgos de la masculinidad hegemónica y relega al margen otras perspectivas. Al hacerlo, las perspectivas diferentes quedan inferiorizadas. Pero el efecto principal de esta operación es la opacidad; es decir, la invisibilización de otras perspectivas; en especial de las femeninas, aunque no exclusivamente. Ver Moreno (1986).

Abordar estos objetivos implica involucrarse en las discusiones acerca del carácter negativo o positivo de la categoría de biopolítica, por una parte, y de las implicancias de una modalidad desconstructiva de la categoría de género, por otra. En el marco de estos debates nuestro trabajo hace varias apuestas. Por un lado, establece como segunda hipótesis el aporte de BP a una concepción positiva de la biopolítica. Por otro lado, subraya el propósito de analizar implicancias epistemológicas y políticas de la conceptualización de género por parte de BP, lo que lleva a sostener otras hipótesis derivadas, pues de la especificidad de estos relevamientos surgen a su vez metas más puntuales pero de particular relevancia.

Así, una cuarta hipótesis consiste en el diálogo teórico entre la noción de *género prostético* de BP y la de *género performativo* de Judith Butler: un aporte original de nuestro trabajo es la consideración de que las diferencias entre BP y Butler en torno al género no serían tan grandes como BP las manifiesta sino que ambas propuestas estarían en sintonía articuladas por la noción de *quiasmo* que conceptualiza Butler.

Mientras que una quinta hipótesis sostiene una resignificación de la noción de *tecnologías del yo* propuesta por Michel Foucault: venimos apropiándonos de ella en la forma de *tecnologías del una misma* (Campagnoli, 2003, 2005, 2015) y en el presente trabajo apostamos a significar algunas prácticas contra-sexuales como *tecnologías del un* mism**.

Si bien en esta presentación introductoria estamos utilizando terminología compleja sin explicitar su sentido, la idea es poder ir esbozando un mapa conceptual que se va a clarificar paulatinamente a lo largo del desarrollo.

I.5 - Cartografía del desarrollo de la tesis

En función de los objetivos y de las hipótesis recién precisadas las tareas desplegadas en la escritura son las siguientes: por un lado, tres contextualizaciones para establecer los contextos de producción de BP y de recepción hispanoparlante de sus textos, entre las que se encuentra la presente tesis; por otro lado, una construcción genealógica de los antecedentes conceptuales de la biopolítica y del género en los que BP se inscribe y a los que aporta; finalmente, una sistematización conceptual de los aportes de BP entre 2000-2010 bajo la hipótesis de que los mismos se inscriben en la intersección genealógica entre biopolítica y género. Puntualicemos.

En cuanto a las contextualizaciones, se ubican en la Introducción y en el Capítulo 1. La primera contextualización, que se encuentra en la presente Introducción, a partir del subtítulo siguiente, “II - Intersecciones Feministas”, presenta la ubicación de BP en el campo de las militancias feministas, como una de las condiciones de posibilidad de su teoría. La segunda contextualización da cuenta de su posicionamiento bio-biblio-gráfico al indagar los cruces entre militancias, biografía, desplazamientos y formaciones académicas como condiciones de producción, en el apartado “1.1 - Bio-biblio-grafía” del Capítulo 1. La tercera contextualización desarrolla un estado de la cuestión sobre recepciones hispanohablantes del corpus aquí analizado y se ubica bajo el subtítulo “1.2 - Recepciones de BP”, también en el Capítulo 1.

La construcción genealógica de los antecedentes conceptuales de la biopolítica y del género se desarrolla, respectivamente, en los Capítulos 2 y 3. El Capítulo 2, “Una genealogía de la biopolítica” presenta cinco subdivisiones de un linaje franco-italiano que en nuestra perspectiva será vinculado con aportaciones feministas. Dicha conceptualización parte de la elaboración de Foucault teniendo en cuenta principalmente la recepción italiana¹³, matizada con la apropiación feminista que realiza la estadounidense Donna Haraway.

El Capítulo 3, “Genealogías de género”, en cierto sentido ofrece mayor exhaustividad genealógica que el anterior, ya que no solo produce una genealogía del género sino que muestra las distintas producciones genealógicas del concepto y en qué cruces de las mismas se ubica BP. Así, la estructura misma del capítulo es más compleja al ofrecer una subdivisión en primera y segunda genealogías, las cuales a su vez tienen varios subtítulos. En este sentido, además de posicionar los textos de BP, el trabajo genealógico se involucra en la discusión teórico-militante sobre las derivas del concepto “género” de origen anglosajón. Aquí el aporte original de la tesis de doctorado consiste en considerar que los linajes de esta genealogía son tres, a diferencia de otros intentos genealógicos seguidos por activistas y pensadoras/es, como se verá oportunamente.

Finalmente, la sistematización conceptual de los aportes de BP entre 2000-2010 se despliega entre los Capítulos 4 y 6. El capítulo 4, “El Imperio Sexual” trabaja sobre la

¹³ Por recepción italiana, entendemos tanto la vertiente más metafísica constituida por Giorgio Agamben y Roberto Esposito, como la postmarxista integrada por Toni Negri y Maurizio Lazzarato. En esta consideración seguimos los lineamientos de Edgardo Castro (2011) y de Giorgi y Rodríguez (2007).

resignificación de la biopolítica como sexopolítica y clarifica los principales conceptos involucrados para mostrar el carácter positivo de esta noción.

El Capítulo 5, “Dispositivo de género” analiza de forma pormenorizada la producción conceptual de BP sobre esta categoría en relación a la noción de dispositivo, de corte biopolítico, así como a la de performatividad, ligada a la genealogía del género. El Capítulo 6, “Contra-sexualidad” se sitúa en la convergencia de ambas genealogías para explorar las posibilidades positivas del matiz biopolítico de los textos y sus implicancias desnaturalizadoras de los cuerpos y las identidades.

Finalmente, el último capítulo contiene un esbozo de conclusiones bajo el título “A modo de conclusión”. En él se evalúan el recorrido establecido a lo largo de la presente tesis y las exploraciones de posibles aportes a la construcción de los derechos sexuales en pro de abrir futuras líneas de investigación.

En consecuencia, a partir del siguiente apartado, iniciamos el primer trabajo de contextualización.

II - Intersecciones Feministas: primera contextualización

Primero fue el feminismo, podríamos decir, a modo de génesis teórico-política que da condición de posibilidad a esta tesis. Para rectificar de inmediato: primero fueron los feminismos. Sin el antecedente de los feminismos como movimientos de liberación y de politización de la corporalidad, difícilmente pueda comprenderse la deriva de los movimientos socio-sexuales, de identidades sexo-genéricas, de disidencia sexual.

Ahora bien, la coyuntura de la historización feminista de la que partimos para la ubicación de BP es la correspondiente a la “ola” contemporánea, que sería la tercera, si nos atenemos a una periodización consagrada académicamente¹⁴. Así que nos concentraremos en los debates correspondientes a qué corrientes estarían vigentes en la actualidad y cómo posicionar a BP al respecto.

Celia Amorós y Ana de Miguel (2005) periodizan los feminismos según tres olas que caracterizan del siguiente modo. La primera, centrada en políticas de inclusión en la esfera pública, abarcaría desde el movimiento de la Ilustración, pasando por los sufragismos en el siglo XIX, hasta la segunda guerra mundial. La segunda,

¹⁴ Es ya una convención considerar los períodos de la historia del feminismo como “olas”, aunque no todas/os las/os especialistas coinciden en el alcance de las mismas. Aquí seguimos la periodización de Amorós y Miguel (2005), según la cual habría “tres olas” de los feminismos.

caracterizada por la politización de la esfera privada y la consecuente redefinición de la política, cubriría desde la segunda post-guerra mundial hasta la década del 80 del siglo XX. La tercera, abocada a la redefinición de las fronteras de lo público-privado y la articulación de la diversidad, alcanzaría desde la década del 90 en el siglo XX hasta la actualidad.

En este apartado nos referiremos sintéticamente a la segunda ola, por ser el contexto histórico-político que acompaña los procesos en los que se detiene BP y las consecuentes conceptualizaciones, para detenernos en el siguiente en la caracterización de la época de pertenencia del/a autor/a.

La década del 50 del siglo XX marcó el pasaje hacia la segunda ola feminista que se caracterizó por una producción teórica sistemática siendo el punto de inflexión la aparición de *Le deuxième sexe* de Simone de Beauvoir en 1949. Justamente esta filósofa supo señalar que, terminada la segunda guerra mundial, en un entorno de recomposición económica para los países “triumfantes” en los que mayoritariamente se había logrado el sufragismo, las mujeres eran ciudadanas, pero de segunda categoría; es decir, no a igual título que los varones ya que subsistían las dificultades para el acceso al espacio público, pero sobre todo los obstáculos subjetivos para posicionarse con autonomía. De allí que en este período se trabaje en dos ámbitos a la vez: por un lado, el de implementar mecanismos para romper con la dinámica excluyente, como son los de discriminación positiva y el establecimientos de cuotas; por otro lado, producir conceptos específicos que permitan analizar de una nueva manera las sociedades, incluyendo las relaciones entre los sexos como relaciones de poder:

Constatar las insuficiencias de la igualdad formal llevó al feminismo a un nuevo resurgir organizativo y a una etapa de gran vitalidad y creatividad teóricas. Los 60 fueron, en general, años de intensa agitación política. Las contradicciones de un sistema democrático que tiene su legitimación en la universalidad de sus principios, pero que en realidad es clasista, sexista, racista e imperialista motivaron la formación de (...) diversos movimientos sociales radicales pro derechos civiles, estudiantiles, pacifistas y, claro está, feministas (Amorós y Miguel, 2005: 70).

La corriente del feminismo radical marca la insuficiencia de la política entendida en términos modernos partidarios y apunta a politizar la esfera privada. Es decir, cuestiona profundamente la separación de espacios -público y privado- consagrada

por la modernidad. El lema que caracterizará tal cuestionamiento es *lo personal es político* que implica una estrecha vinculación entre análisis teórico y práctica transformadora. Una acción que caracterizó al feminismo radical fue la reunión de mujeres en grupos de concienciación donde se buscaba construir teoría sobre la experiencia personal.

Los grupos de concienciación eran pequeños grupos de mujeres en los que se trataba de buscar un discurso desde las mujeres, sobre las mujeres y para las mujeres y de reconocerse en él. La idea que guiaba este objetivo era la de que las mujeres habían estado pensadas, habladas, representadas desde los varones; se buscaba un posicionamiento como mujeres desde un lugar de mujer. Dado que este punto de interpelación nunca había existido, había que crearlo¹⁵.

De este modo se formaron espacios propios para estudiar y para organizarse, se organizó un tratamiento específico de la salud y de servicios ginecológicos no patriarcales, la obtención de guarderías en centros laborales y estudiantiles, hogares para mujeres maltratadas, cursos de defensa personal, entre otras cuestiones que requirieron sostener la vindicación de la igualdad pero atendiendo a la especificidad de las experiencias socio-culturales de las mujeres.

De manera informal y en base a ciertos criterios que funcionaban como principios organizativos más generales para el movimiento estos grupos tenían las siguientes características: 1) Compuestos por mujeres exclusivamente; 2) En base al trabajo colectivo; 3) Número reducido de mujeres. Estas estrategias se fundamentan en la falta de tradición en el uso de la palabra por parte de las mujeres, de allí la propuesta de encontrarse "a solas" para acceder a la propia voz. Además, contrarias a todo tipo de dominio, estas políticas se basan en el desarrollo colectivo del trabajo y en evitar el surgimiento de dirigentes ególatras. Así promueven la no existencia de "centros" ni de "portavoces" intentando contrarrestar tanto la naturaleza jerárquica de la sociedad opresora, como el aislamiento y/o subordinación a la que la mujer se ve forzada dentro del hogar y en sus relaciones personales.

¹⁵ Yasmine Ergas refiere una "creación de conciencia", antes que la supuesta "toma" de una conciencia que se encontraría distorsionada, en analogía con el marxismo. Esta ensayista manifiesta que la expresión "creación de conciencia" resulta de una nueva interpretación de la práctica revolucionaria china denominada "expresando amarguras": expresar lo que se ha callado; ya que el primer síntoma de la opresión consiste en la represión de la palabra. Pero se trata de una expresión que no debe quedar en la mera catarsis individual (en realidad, es lo contrario de cuchichear juntas) sino pasar a lo grupal, transformándolo y de allí a la sociedad toda (Ergas, 1993: 157-160).

El funcionamiento en grupos pequeños, con coordinación rotativa a cargo de las mismas integrantes, garantiza que cada mujer se encuentre lo suficientemente segura (por medio de una actitud solidaria y sin juicios al respecto) para indagar su propia experiencia de opresión personal (con aullidos, gritos, lloriqueos y quejas), y sobre esta base, comprender a las demás y la manera cómo se origina la opresión. Sin embargo, estas "otras" son las del propio grupo, y no las de afuera o de otra parte, que deberán hacer el mismo trabajo, ya que las peculiaridades y la severidad de los modos de opresión varían según la clase y la raza de que se trate.

Además, se añade al objetivo de denunciar ciertas prácticas de poder asociadas hasta el momento a la moralidad individual y marginadas de la discusión pública, la importancia que revestía para las feministas la reconstrucción de sí mismas. Desde las consideraciones abordadas, entonces, la exposición pública de la vida personal e íntima tiene sentido en tanto puede politizar aspectos de la vida cotidiana hasta el momento considerados "privados", enmarcándolos en relaciones sociales de poder; al tiempo que se reformulan los términos de "lo político" al incluir las vivencias personales en la tradicional esfera pública. Desde una mirada más ambiciosa aún, los testimonios de vida aportan a lo grupal y de allí a lo social, con una perspectiva de cambio de la situación de subordinación y opresión, que no sólo tiene a esa mujer como protagonista sino que aspira a ser una estrategia social de transformación.

El impacto de estas prácticas en la vida de feministas académicas repercutió en la revisión de las disciplinas de pertenencia y redundó en la conceptualización sobre la especificidad de las experiencias de las mujeres y su relevancia epistemológica. En consecuencia, se forjaron conceptos como los de *patriarcado* y *género* en función de develar, para transformar, el *androcentrismo* característico de la cultura en general y de la producción de conocimiento, en particular¹⁶.

Ahora bien, los logros político-académicos de la segunda ola fueron decantando en una perspectiva unicista que homogeneizó la situación de las mujeres, sobre todo al institucionalizarse los estudios, primero "de mujeres", luego "de género", en las academias¹⁷. En este sentido, durante la segunda ola feminista se desarrollan cuestionamientos al feminismo hegemónico, que hemos dado en llamar *descentramientos feministas* (Campagnoli, 2011b: 131); surgieron grupos de mujeres "de color" y "tercermundistas" que denunciaban la construcción de un centro

¹⁶ La conceptualización de *patriarcado* y de *género* se desarrollará en el "Capítulo 3 – Genealogías del género".

¹⁷ Para profundizar esta problemática se puede ver Cangiano y Dubois (1992).

y de una totalidad cerrada por parte del feminismo, en países dominantes que habían constituido imperios, principalmente angloparlantes, aunque no en exclusiva. Del mismo modo, otra controversia que vehiculizó los conflictos internos de las militancias feminista fue acerca de la perspectiva sobre la sexualidad femenina. Los feminismos hegemónicos que alcanzaron mayor pregnancia en las instituciones estadounidenses bregaban por visiones “anti-sexo” al concebir la sexualidad en términos patriarcales como necesariamente heterosexual y violenta. En consecuencia, promovieron posturas abolicionistas de la prostitución y de la pornografía, así como perspectivas conservadoras sobre el cuerpo y el sexo. Esto implicó también el enjuiciamiento negativo de los grupos que celebraban la sexualidad o exploraban alternativas no heterosexuales ni coitocéntricas, siendo especialmente estigmatizadas las lesbianas que utilizan juguetes sexuales. Por lo tanto, el debate pro-sexo / anti-sexo permeó la segunda ola feminista en la década del 80.

Nuestra referencia a la segunda ola no pretende ser exhaustiva sino marcar una serie de elementos imprescindibles para comprender los antecedentes del posicionamiento de BP.

De la misma manera, aunque en forma más sumaria aún, referimos que la tercera ola está marcada por el impacto de la crisis de la representación política y epistemológica al interior de los feminismos, por eso se puede sostener que:

El viejo sueño del *Sujeto Histórico* ha dado paso a los *nuevos sujetos sociales*, los nuevos movimientos sociales, más modestos y heterogéneos, escépticos con las armonías preestablecidas, pero determinados a forjar un frente común contra las viejas y las nuevas injusticias. [...] Efectivamente, el feminismo, frente a las travesías del desierto que han afectado a otros proyectos emancipatorios, no ha perdido su capacidad de movilización pero sí ha conocido nuevas formas de expresión e intervención sobre la realidad (Amorós y Miguel, 2005: 83 y 84).

La crisis de la representación impacta a nivel teórico en el giro lingüístico y hace ver sus consecuencias en corrientes como el pragmatismo y el postestructuralismo “francés”¹⁸. La visualización de este impacto en la teorización feminista se da a partir

¹⁸ Lo que se conoce como “postestructuralismo francés” es en realidad la recepción norteamericana de autoras/es francesas/es como Derrida, Deleuze, Foucault, Guattari, Kristeva, Lacan, Lévi-Strauss, Wittig. Como señala Butler en el prefacio a la segunda edición inglesa de *Gender Trouble*: “*El género en disputa* tiene sus

de la crítica a la categoría de género con una perspectiva deconstructiva¹⁹. En este sentido, la tercera ola del feminismo no considera posible aunar todas las contradicciones desde un único sitio; es decir, resulta refractaria a la instauración de un centro discursivo, político y epistemológico, así como a la pretensión de lograr una perspectiva total.

Entonces, la tarea conceptual pasa por desarrollar nuevas estrategias de desnaturalización de los sexos, los géneros y las sexualidades, a nivel de las manifestaciones sociales como de los debates teóricos. Esto va en la misma línea de preferir perspectivas y acciones micropolíticas a grandes relatos y proyectos a largo plazo.

Por ende, partimos del supuesto de la periodización de las tres olas feministas a los fines de ubicar a BP en el ámbito de la tercera y situarla/o en el marco de las discusiones acerca de los feminismos de pertenencia: ¿post, *queer*, (trans)? Entendemos así que este conflicto específicamente contemporáneo se contextualiza en la tercera ola que constituye, además, el contexto de formación de BP en EEUU.

II.1 No hagan olas: post-feminismo, feminismo *queer/cuir*, (trans)feminismo...

Un pensamiento feminista es por definición un pensamiento intempestivo, es decir, un pensamiento que crea las condiciones para que se produzcan cambios tanto en el orden social como en el categorial. Se reclaman, en este sentido, una actitud y una serie de prácticas que, en definitiva, comportan un modo de cuestionar feminista que implica la crítica permanente de nuestro ser y hacer.
Miriam Solá (2013: 24)

A partir de lo expuesto se considera que una discusión / tensión clave en los feminismos contemporáneos pasa por el modo en que los mismos adscriben a una tradición feminista. De allí que el debate terminológico-conceptual que nos interesa en función de BP es entre las categorías post-feminismo, feminismo *queer* y (trans)feminismo. Todas ellas aparecen en algún momento de la producción de el/la autor/a como autoadscripciones. En este apartado queremos situarlas como marco histórico-político contemporáneo y clarificar la significación para los textos de BP.

orígenes en la “teoría francesa”, que es de suyo una construcción estadounidense extraña. Sólo en EEUU hay tantas teorías dispares unidas como si formaran cierto tipo de unidad. (...) el aparente francocentrismo del texto está a una distancia significativa de Francia y de la vida de la teoría francesa” (Butler, 2001: 11). Del mismo modo, el término postestructuralismo era una “palabra ignorada en Francia, salvo cuando “regresa” de Estados Unidos” (Peñalver Gómez, 1993: 20).

¹⁹ En una aproximación introductoria, por perspectiva deconstructiva sobre el género entendemos una visión que resulte crítica de los supuestos binaristas de este concepto; es decir, que lo piense sin contraponerlo a la noción de sexo (varón, mujer) ni constreñirlo a dos posibilidades (masculino, femenino). En este sentido, si las primeras conceptualizaciones sobre el género tuvieron una pretensión desnaturalizadora, las perspectivas deconstructivas contemporáneas buscan continuar la tarea de desnaturalización.

II.1.1 - Post-feminismo

La primera aclaración indispensable es sobre una manera en que no es posible interpretar la expresión post-feminismo en la literatura de BP; es decir, se trata de descartar la posibilidad de negación o de rechazo del feminismo, así como la de superación (en el sentido de considerar que el feminismo podría estar acabado porque se habrían realizado todas sus reivindicaciones). Por lo tanto, hay que distanciarse de una modalidad del post-feminismo que resulta snob en EEUU a partir del libro de Ángela McRobbie *The Aftermath of Feminism. Gender, Culture and Social Change*, 2009.

Para la autora el post-feminismo se refiere al uso de logros que el feminismo ha conseguido a lo largo de la historia (libertad sexual, acceso a la educación, inserción de la mujer al campo laboral, etc.) como parte del discurso oficial para, de esa manera, crear la ilusión de que las mujeres tienen todo lo que necesitan para vivir plenamente y así dejen de luchar por sus derechos (pues, supuestamente, ya los tienen). McRobbie se enfoca en el análisis de la propagación de esta nueva forma de anti-feminismo a través de la cultura consumista y su relación con el orden capitalista que fomenta narrativas en las que la femineidad se celebra a partir de la obtención de bienes materiales (en series como *Sex and the City*, por ejemplo). En su libro analiza

la imagen negativa que los medios de comunicación y el gobierno han creado del feminismo y que provoca el rechazo de muchas mujeres hacia esta ideología, pues, supuestamente, es la causa de la pérdida de determinados valores y favores que antes tenían; todo esto para cuestionar y reformular la importancia que el feminismo todavía tiene actualmente en el desarrollo de las mujeres jóvenes en una sociedad que parecería proveerlas de las herramientas necesarias para su desarrollo integral (Puente, 2011).

En consecuencia, para McRobbie post-feminismo designa anti-feminismo y sería un síntoma de la necesidad de retomar el feminismo. Sin duda, el prefijo “post” brinda esta posibilidad interpretativa, pero, aunque hace a una moda estadounidense a fines de la primera década del siglo XXI, no es posible identificar con ella las expresiones de BP que se ubican en genealogía con los feminismos, asumiendo una postura en ellos, sin negarlos, pero sí introduciendo una nueva mirada.

Cabe tener en cuenta, entonces, otro sentido estadounidense para el vocablo “post-feminismo” que se vincula con la producción teórica de la tercera ola feminista. Se trata de las teorías deconstructivas del género, basadas en autoras que provienen del feminismo lesbiano, teóricas en la academia y además, como veremos, sistematizan en dicho ámbito las conceptualizaciones *queer*. En especial mencionamos a Teresa de Lauretis, Eve Kosofsky Sedgwick y Judith Butler, si bien la teorización deconstructiva del género se asocia particularmente con esta última autora. En esta perspectiva, los sentidos de “post-feminismo” son otros. Así, la idea de “post” feminismo implica, por un lado, el descentramiento con la identidad política del sujeto “mujeres” como característico del feminismo y por ende, recoger la crisis de la noción de representación al interior del feminismo; por otro lado, la articulación teórica entre géneros y sexualidades que, en la academia estadounidense, había seguido dos vertientes separadas: estudios feministas y estudios gay-lésbicos, respectivamente.

En este sentido, el prefijo “post” en tanto “detrás de” o “después de”, implica continuidad y no ruptura, aunque sí transformación: “no supone un intento por distanciarse de los fenómenos a los que se antepone y, mucho menos, por erigirse en una especie de vanguardia de los mismos, sino que amplía estrategias y cuestiona dogmas” (Sentamans, 2013: 32).

De esta manera, cuando Marie-Hélène Bourcier prologa el *Manifiesto Contra-sexual* de BP, lo vincula con el post-feminismo pero no como un lugar de residencia sino de tránsito, un punto de fuga donde el prefijo “post” indica desestabilización:

Podríamos estar tentados de situar los textos de Preciado en esta zona post-moderna o post-feminista, si ella misma no hubiera trabajado por desenmascarar los binarismos engañosos que se esconden tras la oposición pre/post, como la tentación de comprender los cambios de la crítica de forma generacional y temporal, como si se tratara de un simple proceso evolutivo y por tanto, una vez más, natural, generativo, sexual. De hecho, “post” no es contra. El trabajo de deconstrucción contra-sexual que aquí se presenta, en línea con proyectos alternativos de la modernidad, como el empirismo radical o el spinozismo, rompe con toda una serie de binomios oposicionales: homosexualidad / heterosexualidad, hombre / mujer, masculino / femenino, naturaleza / tecnología, que han servido hasta ahora no solo como fundamento de la filosofía moderna, sino también como centro de reflexión de las teorías feministas, así como

de ciertas teorías gays, lesbianas e incluso *queers* (Bourcier, 2002: 10-11).

Por su parte, en el texto BP caracteriza al post-feminismo a partir de una perspectiva afirmativamente receptiva de los cambios tecnológicos, que los piensa propicios para la transformación socio-política: “Este giro del feminismo anti-tecnológico al post-feminismo coincide con el paso del robot al ciborg, o lo que es lo mismo, con el paso del capitalismo industrial al capitalismo en su fase global, financiera, comunicativa, biotecnológica y digital” (Preciado, 2002: 134). Pero si nos atenemos a la presentación que hace Bourcier, en principio es el vocablo *queer* el más adecuado para caracterizar el feminismo de BP.

De todos modos el/la propio/a BP va desplazando su posicionamiento y, así como en las inmediaciones de *Manifiesto Contra-Sexual* produce el artículo “Multitudes *queer*: notas para una política de los anormales”, en *Testo Yonqui* reniega de toda atribución previa: mujer, feminista, lesbiana, *queer*... Es decir, si en “Multitudes...” el peso está puesto en la tensión entre identificación / (des)identificación, *Testo Yonqui* se juega más por el borramiento identitario. Si bien profundizaremos estas indagaciones en nuestro análisis, las problemáticas desplegadas y en la modalidad que se realizan, admiten la inscripción en la etiqueta “feminismo *queer*”.

II.1.2 - Feminismo queer

Las movilizaciones *queer* en el plano socio-político habían comenzado en los 80 pero la teorización derivada de ellas caracterizó el inicio de los 90. En los 80, el impulso principal para la formación de combates *queer* estuvo dado por la lucha antisida en torno a la cual se formaron los grupos ACT-UP (*AIDS Coalition To Unleash Power*) en 1987²⁰ y *Queer Nation* en 1990²¹, ambos en Nueva York. Las militancias de estos grupos se centran en el ámbito del cambio social, en la denuncia y la acción directa en la calle contra la homofobia, la desidia de las instituciones ante la crisis del SIDA y las discriminaciones a lesbianas y gays. En este sentido retoman la radicalidad de los 70 pero propiciando alianzas entre lesbianas y gays, así como

²⁰ Posteriormente surgieron otros grupos ACT-UP con las mismas estrategias, pero autónomos, en Filadelfia, Basilea, París y Toulouse.

²¹ Posteriormente se extendió a Chicago y a San Francisco; en Londres se llamará *OutRage*.

con otras identidades, para denunciar la estigmatización de la identidad homosexual en torno al abordaje de la epidemia del SIDA:

Precisamente por considerarse una enfermedad que afectaba sólo a homosexuales (y a otras poblaciones marginales como los haitianos, los heroinómanos y los hemofílicos, las absurdas “4 haches” con que se define a los “grupos de riesgo” inicialmente), la reacción del gobierno estadounidense hacia la crisis fue prácticamente nula. El ultrarreaccionario mandato de Reagan, ocupado en extender el terrorismo a América Latina, Oriente Medio y Asia y en dismantelar el débil sistema social, no tomó ninguna iniciativa para paliar la enfermedad, y apoyó los intereses de los grandes grupos farmacéuticos en los primeros avances del tratamiento, que eran muy caros y sólo accesibles para una minoría con alto poder adquisitivo (Córdoba, 2005: 68).

En ese contexto las acciones de las nuevas militancias son agresivas antes que negociadoras e impactan fuertemente en el espacio público²². Del mismo modo, la condición de quienes integran estos grupos es de lo más diversa: “personas seropositivas, gays, lesbianas, drogodependientes, trabajador@s sexuales, hombres y mujeres negr@s y chican@s, y otros colectivos minoritarios, todos ellos enfurecidos por este abandono estatal en la crisis del sida²³” (*Ibíd*). La crisis del SIDA puso en evidencia que la construcción social de los cuerpos, los sexismos, la lucha de clases, las violencias de géneros, los colonialismos, los racismos, son fenómenos que se comunican entre sí y que la resistencia a los mismos exige estrategias articuladas que tengan en cuenta múltiples criterios: raza, clase, género, migración, enfermedad, ilegalidad, pobreza, sexualidad... El trabajo sobre estas articulaciones, antes que sobre la especificidad de identidades determinadas, caracterizará a las militancias *queer*.

Rafael Mérida Jiménez señala que igualmente entre 1990 y 1994, en EEUU muchas/os lesbianas y gays militantes dieron un giro hacia estrategias asimilacionistas e integracionistas, como la *Gay and Lesbian Alliance Against Defamation* o la *National Gay and Lesbian Task Force*, más preocupadas/os por la conquista práctica de derechos civiles que por la transformación de la sociedad heterosexista (Mérida, 2009: 33). El rechazo a este tipo de asimilacionismo que

²² La primera manifestación pública de ACT-UP fue en 1987 en *Wall Street* para protestar contra la avaricia financiera de las compañías farmacéuticas productoras de AZT (fármaco que en aquel entonces paliaba los efectos de la infección) y por los recortes en gastos sanitarios (Córdoba, 2005: 68).

²³ Respeto la cita que escribe el vocablo “sida” con minúsculas a pesar de que se trata de una sigla.

buscaba sumarse a lo instituido antes que criticarlo fue otro de los frentes *queer*. Prueba de ello son el *Dyke Manifesto* del grupo *Lesbian Avengers* de Nueva York que se repartió durante una manifestación en junio de 1993 y la intervención “Welcome to New York: Stonewall 25” de Avram Finkelstein, en representación de ACT UP, durante los *Gay Games* celebrados en Nueva York en junio de 1994²⁴. Este breve panorama nos brinda una pincelada del contexto en que transcurre la estadía de BP en Nueva York y que sustenta los estudios *queer* que impactaron en su formación:

Sólo años después de que se iniciaran estas revueltas sociales queer, algunas intelectuales norteamericanas lesbianas, que habían estado comprometidas en movimientos feministas y de lucha contra la homofobia (Teresa de Lauretis, Judith Butler, Eve Kosofsky Sedgwick, entre otras)²⁵, iniciarán una reflexión más teórica sobre el alcance de los cuestionamientos que se habían estado produciendo socialmente sobre las políticas identitarias de “la mujer” o “lo gay”, reflexión que se conocerá como “teoría queer” (*Ibíd*: 73).

Tanto activistas feministas como activistas *queer* comprenden que sus reivindicaciones son sintónicas y que, si están articulados los elementos de género, sexo, sexualidad y deseo, el trabajo sobre cada uno de ellos llevará necesariamente a la revisión de los demás. Así lo considera en España el Grupo de Trabajo Queer al proponer la legitimidad de un feminismo *queer*:

Hacer una apuesta por los feminismos *queer* requiere atender a cómo las diferentes opresiones están articuladas, a cómo el racismo, el clasismo y el heterosexismo se (re)producen violentamente en nuestra cotidianidad y evitar la salida fácil de fijar *a priori* una exclusión primaria. Porque aunque la homofobia es una opresión violenta en nuestra sociedad heterosexista, y la transfobia todavía más, se adoptan y son vividas

²⁴ Para versiones en español de estos discursos ver Mérida (2009).

²⁵ En el apartado anterior se utilizó a estas tres autoras para ejemplificar el postfeminismo norteamericano que, como aquí se enfatiza, será una de las fuentes de las teorías *queer*. En 1990 se editan dos textos que resultarán fundacionales de las teorías queer: *Epistemologie of the Closet* de Eve Kosofsky Sedgwick y *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity* de Judith Butler. Pero es Teresa de Lauretis quien acuñó la expresión *queer theory* en 1991 en función de evitar los abundantes subtítulos que aludían a estudios gay-lésbicos, no por impedir la asunción de esos puntos de vista, sino en pro de asumirlos tanto como de volverlos problemáticos. La autora aclara que cuando escoge este término para reunir una serie de estudios culturales y literarios de diversas perspectivas identitarias, no estaba tomando como referente el activismo de *Queer Nation* cuya existencia todavía ignoraba. Es así que cuando el término *queer* se populariza va a desestimar su uso: “en 1994 -sólo tres años más tarde- se retracta de lo dicho renunciando al término por haberse convertido en un elemento comercial y vacío” (Ceballos, 2005: 170).

subjetivamente de formas muy diferentes en función del género, la clase social, la condición rural o urbana, el tener o no tener papeles, o estudios, o resultar más o menos vulnerables a múltiples interpelaciones racistas. En ocasiones, la homofobia puede constituirse en el trasfondo no marcado desde el que se experimenta el racismo o la amenaza constante de ser expulsado de un país (...). Por eso, lo *queer* no debe anular las diferentes diferencias y las implicaciones vitales que suponen; y por eso debemos estar muy atentas a tendencias homogeneizadoras sexistas y racistas sobre quién es percibido como sujeto referente de lo *queer* y no presumir un sujeto político ya formado ni una agenda política establecida y fija *a priori* (GtQ, 2005: 24).

Esta idea regulativa que expresa la cita, de “no presumir un sujeto político ya formado ni una agenda política establecida y fija *a priori*”, puede conciliar las políticas de ambos movimientos, posibilitando la pretensión de un “feminismo *queer*”. Para la articulación del nuevo sujeto político característico del feminismo *queer* - descentrado, múltiple, fragmentario- BP propone conceptualizar las “multitudes *queer*” que permiten “reflejar la multiplicidad de sujetos, identidades, y prácticas sexuales. Estas “multitudes” reclaman ser “el sujeto de la enunciación”, un “contarse a sí mismas” con unos discursos y unas imágenes propias” (Trujillo, 2008: 208). Pero en particular, como señala Gracia Trujillo para España y es posible generalizar a otros contextos, la crítica *queer* a los movimientos identitarios trabajará sobre la invisibilidad de las lesbianas; de este modo el feminismo *queer*

muestra, nombra, habla de un sujeto sexual que subvierte y transgrede las representaciones previas del lesbianismo feminista de los ochenta, homogeneizadoras y no sexualmente explícitas. En los colectivos feministas de lesbianas, y en el conjunto del movimiento feminista, existía bastante rechazo a la “pluma” o a las manifestaciones que no se consideraban adecuadas porque pueden parecer “masculinas”. [...] Y, al igual como sucedió en otros países occidentales, la reacción frente a la exclusión de las lesbianas de los discursos y las representaciones tanto del movimiento feminista como del movimiento LGTB es uno de los elementos que motivan la creación de los grupos *queer* (*Ibíd.*: 209).

En este sentido, resulta factible ubicar a BP en el feminismo *queer* pues subraya la dimensión sexual de la identidad colectiva a la vez que señala que la sexualidad no es el único elemento que influye en la configuración de esa identidad. Antes bien,

muestra que la identidad “es un espacio complejo en el que se entrecruzan diversas dimensiones como la clase social, la edad, la etnia o la raza, entre otras” (*Ibíd*: 226).

II.1.3 - De feminismo queer a feminismo cuir

- Lo queer
- Lo qué?
- Lo Cuit, lo Cuil, Lo C.U.I.R. (Comité de Unidad Internacional Revolucionario)!
Del sistema sexo género al tránsito de género
Del desgeneramiento, al amontonamiento:
Yo arriba, yo abajo, yo con vos, yo con todas, rol adelante, rol atrás
Me despierto chocotorta y me acuesto pastatrola
Y te digo: el dildo, el cybor, la cándor, yo me construyo, yo me de-construyo, yo me diluyo
Y vos, qué sos?
Cuerpo extensible de Los Increíbles, “Lesboflexible”, “Héteroaburrida”, “Travaindecisa”,
“Lesboconfundida”, “Homoinconcluso” o Piluso?
- Sin género de dudas, el género no es una tela.

Mujeres Públicas (2010)

En el ámbito iberoamericano BP presenta el giro de *queer* a *cuir* como un modo de hacer hincapié en el desplazamiento geopolítico hacia el sur, en contrapunto al discurso colonial angloamericano, y marca la transición del arte feminista a una multiplicidad de prácticas y técnicas de producción de la diferencia sexual (Preciado, 2010b: 1).

En este sentido la variación *queer/cuir* registra dos desplazamientos: por una parte, la inflexión geopolítica hacia el sur y desde las periferias, que busca dar visibilidad y establecer alianzas entre las diferentes prácticas micropolíticas que se sitúan en contrapunto con respecto a la epistemología colonial y a la historiografía angloamericana que, hasta ahora, habían dominado los estudios feministas y de género. Por otra parte, el giro *queer/cuir* indica el paso desde las militancias feministas a una multiplicidad de prácticas de disidencia de género y de guerrilla sexual que ponen en cuestión las técnicas de producción de la diferencia sexual y sus instituciones de reproducción cultural (Preciado, 2010b: 2). Pues durante las últimas tres décadas, el feminismo se ha visto desbordado por un conjunto de prácticas de crítica de las normas de género, raciales y sexuales, que han puesto en cuestión la univocidad del sujeto *mujer* como referente natural de su proyecto de transformación social. Así el feminismo prolifera en formas de acción que se

articulan con la resistencia a la normalización biopolítica de los grupos *queer/cuir*, transgénero y anticoloniales.

En la escena chilena Felipe Rivas San Martín considera que la escritura de la palabra *queer* como *cuir*, hace alusión en Latinoamérica al modo en que suena ese término, a su presencia fonética en nuestras hablas castellanas. Al mismo tiempo, esa forma de escritura, se ha planteado como un modo de crítica y resistencia a la importación de términos sin considerar sus contextos y trayectorias políticas.

Igualmente, aunque sin transliterarlo, desde Ecuador María Amelia Viteri considera que para hablar de *lo queer* es importante situarlo en una epistemología local/regional latinoamericana y en los debates Norte-Sur y Sur-Sur, entendiendo lo regional no solo como geografía sino como posición de producción de conocimientos. Además, habría que problematizar lo *queer* desde las relaciones fluidas entre identidades y prácticas que cuestionan la naturalización de la heterosexualidad y la homogenización de comunidades a través de categorías rígidas que forman parte de la producción de conocimiento sobre sexualidades y géneros en Latinoamérica (Viteri, 2012: 208).

En otra geopolítica, Robert Harvey explora apropiaciones francesas del vocablo *queer* buscando palabras que suenen de modo insultante y que excedan lo sexo-genérico (Harvey, 2003: 27-35). Trabaja entonces sobre el deslizamiento homofónico y ridículo de *queer* a *cuir* que en francés significa cuero, especialmente la piel humana, si bien esta acepción actualmente es poco corriente. De todos modos le permite recuperar otra expresión, *cuir chevelu* (cuero cabelludo) que lo remite a la fijación que tendrían los pueblos originarios de América por esta parte de la anatomía y considera que el temor que puede suscitar en el espíritu imperialista la práctica de arrancar el cuero cabelludo podría servir de fuerza crítica de lo *queer*.

Pero aquí se entrampan las direcciones de la traducción. Estudios contemporáneos afirman que cortar cabelleras no era costumbre natural de los iroqueses, la terrible costumbre la copiaron de los franceses, que exigían a sus mercenarios presentar el cuero cabelludo de cada indio muerto para poder cobrar la recompensa. Ahora bien, la apropiación en el imaginario cultural de la lengua francesa se realiza en el término *iroquois* (iroqués) utilizado como insulto para referir a cualquier persona de hábitos extraños. Esto lo lleva a Harvey a considerarla una palabra apta para sustituir *queer* ya que sugeriría un activismo cuestionador y a la vez flexible, mediado por un retorno crítico a la conquista genocida del Nuevo Continente. Él está considerando

que aludir al *cuero cabelludo* a través del calificativo *iroqués* implicaría una resistencia a la colonización pero, por el contrario, el giro presupone omitir, justamente, la colonización.

Este cruce con las relaciones coloniales de poder es incorporado por la política feminista *cuir* en el ámbito latinoamericano y, en especial, argentino, que busca

hacer visibles los modos en que la discriminación ha sido y sigue siendo denunciada como parte de los mecanismos institucionales de marginación y represión en nuestro continente desde el siglo XIX para historizar las ideologías políticas que hicieron posible no sólo la planificación de los genocidios sino también su consentimiento, omisión o supuesta ignorancia (Delfino y Rapisardi, 2010: 10).

Por eso, según Silvia Delfino y Flavio Rapisardi, las políticas *cuir* que se activaron en los 90 para

denunciar que los códigos de faltas, edictos y contravenciones eran usados en todo el país para perseguir por edad, color de piel, géneros, orientaciones y prácticas sexuales no normativas, clase y “portación de cara” con una abierta criminalización de la sexualidad y de las acciones colectivas, mostraban hasta qué punto no se había desmantelado el aparato represivo del estado genocida (*Ibíd*: 11).

En este cruce de políticas feministas *cuir* que no se abstraen de la historicidad de lo político residiría “la capacidad crítica de la cultura (...) para situar nuestras experiencias de la sexualidad no como atributo individual sino como politización de formas organizacionales que reivindiquen la acción colectiva por una vida digna” *Ibíd*: 14). En consecuencia, el feminismo *cuir* enfatiza el cruce con el post-colonialismo, cuestión que a su vez dará lugar a la propuesta de la categoría “(trans)feminismo”.

II.1.4 – (Trans)feminismo

Ya en el siglo XXI, militancias *queer/cuir* de España y de Latinoamérica van a buscar un término que exprese en sentido más apropiado sus convergencias con los feminismos y con los post-colonialismos, tomando el eje sexo-genérico sin soslayar los más diversos cruces. Es así que surge la propuesta del (trans)feminismo.

En el panorama español, las últimas acciones feministas en el marco de la reacción contra las medidas económicas europeas se vienen articulando bajo el rótulo “transfeminismo”. La compilación realizada por Miriam Solá y Elena Urko (2013) permite hacer un seguimiento de la aparición de esta corriente en el ámbito de España:

en un gesto de desplazamiento geopolítico, pero cercano a los postulados queer, el concepto “transfeminista” está siendo reivindicado por algunos colectivos trans-bollo-marica-feministas surgidos en los últimos años en el Estado español. Un conjunto de microgrupos han reclamado esta palabra que suena mejor en castellano que el término queer. (...) Este “nuevo” vocablo materializa la necesidad política de hacerse cargo de la multiplicidad del sujeto feminista.²⁶ Pero también es un término que quiere situar al feminismo como un conjunto de prácticas y teorías en movimiento que dan cuenta de un pluralidad de opresiones y situaciones, mostrando así la complejidad de los nuevos retos a los que debe enfrentarse y la necesidad de una resistencia conjunta en torno al género y a la sexualidad (Solá, 2013: 19-20).

Así, al conservar el término “feminismo” se hace cargo de una experiencia y de unos vínculos con las luchas feministas que le preceden y permite no olvidar las diferentes posiciones de poder de hombres y mujeres en la sociedad. El carácter “trans” de este feminismo nos recuerda que

Ni el color, ni la clase, ni el género, ni la diferencia lesbiana pueden constituir por separado la identidad ni ser la base de una política de transformación radical. Sin negar ninguna de las determinaciones sociales que nos componen, la crítica activista debe nombrarlas, buscarlas, afirmarlas, reivindicarlas, para poder trascenderlas y volver nuevamente a ellas (*Ibíd*: 20).

El (trans)feminismo es entonces un feminismo descentrado del sujeto moderno y en particular de “las mujeres” pero, sobre todo, que asume la crisis de la “representación”:

No nos basamos en una teoría de la representación, no creemos que podemos representar a “las otras”. Estamos por el contacto y por la

²⁶ Las autoras refieren la primera utilización del término “transfeminismo” en España en el año 2000 en las Jornadas Feministas Estatales realizadas en Córdoba.

construcción de un relato colectivo, no necesariamente coherente, que pueda articular estrategias de lucha conjunta y transformación múltiples. Además, entendemos que ese sujeto blanca-heterosexual-mujer produce exclusión y violencia, al definirse desde esa identidad, generando políticas para las iguales y las afines. Y excluyendo al resto de cuerpos que viven formas específicas de violencia pero que no se ajustan a la identidad establecida como sujeto (Medeak, 2013: 77-78).

El término va a ser importado a Ecuador y a México por vía de las militancias. Elizabeth Vásquez será la activista que lo traslade de España hacia Quito, mientras que en México la militante Sayak Valencia lo adopta a partir de su contacto con BP²⁷.

En el caso de Ecuador, la formación del colectivo CONFETRANS y el PROYECTO TRVNSG3NERO en los que intervino Eli Vásquez, presentó dentro de su código de ética una declaración que define en 2006 al transfeminismo del siguiente modo:

Creemos que el machismo y la transfobia son manifestaciones sociales de la misma violencia patriarcal. Consideramos a las feministas nuestras aliadas fundamentales. Tomamos distancia del corporativismo de aquellas fundaciones lideradas por varones gays en nuestro país, que desde sus privilegios sexuales y económicos, han sido discriminatorias hacia las identidades trans y hacia las mujeres. La ética transfeminista implica honrar la memoria de las viejas luchadoras y de quienes ya no están, proyectarnos en las generaciones futuras, y reconocernos, aliarnos y promocionarnos mutuamente entre identidades femeninas e identidades trans. Esto implica lealtad, reconocimiento y debida citación de ideas ajenas, y confidencialidad en cuanto sea necesario (Páez, 2010: 133-134).

De este modo, el (trans)feminismo vendría a ocupar el lugar de lo *queer* en América Latina pues se interroga por la normatividad como régimen político al cuestionar la heteronormatividad desde unos cuerpos ilegítimos:

Es el lugar desde el que una misma se nombra y ofrece múltiples posibilidades porque la identidad sexual de un sujeto político se construye en los cuerpos trans al cuestionar la diversidad corporal y de género al

²⁷ Elizabeth (Eli) Vásquez es abogada, activista y fundadora del PROYECTO TRVNSGEN3RO de Quito, Ecuador; actuó como asesora en la Asamblea Nacional Constituyente de 2008. Sayak Valencia es filósofa, poeta, ensayista y exhibicionista performática de Tijuana, México; es co-fundadora del grupo feminista interdisciplinario La Línea, que desde el año 2002 hace una exploración crítica del proceso escritural y artístico en el área binacional Tijuana (México) / San Diego (California) y también en Madrid y Nueva York.

agotar la referencia de lo masculino y femenino que, en cuanto a “cuerpo real”, no existe: se desterritorializa el cuerpo mediante la autoidentificación y la representación en donde lo “normal” no es sinónimo de legítimo (*Ibíd*: 134).

Para Elizabeth Vásquez (2009) el transfeminismo es el lugar de encuentro de identidades femeninas-feministas de la diversidad sexual que se constituye a través de la práctica sexual, la complicidad e intimidad, es una diversidad en tensión con el poder heteronormado y las sexualidades reconocidas. A diferencia de lo *queer*, en el transfeminismo primaria la dimensión afectiva y la crítica a la lógica de género se realizaría por medio del cuerpo, no del lenguaje, aunque lo utilice para nombrar. Además, se sostiene de la construcción de una identidad entendida como la punta de lanza de la lucha política y del fruto de las alianzas. En la práctica, a diferencia de lo *queer* en el norte, se aleja de las identidades masculinas gays.

Desde México, la filósofa y militante Sayak Valencia también subscribe a esta clasificación, para la que considera que

El prefijo “trans-” hace referencia a algo que atraviesa lo que nombra. Lo revertebra y lo transmuta; aplicado a los feminismos, crea un tránsito, una trashumancia entre las ideas, una transformación/actualización que lleva a la creación de anudaciones epistemológicas que tienen implicaciones a nivel micropolítico, entendiéndolo como una micropolítica procesual de agenciamientos mediante la cual el tejido social actuará y se aproximará a la realidad (Valencia, 2013: 112).

Incluso en su caracterización Sayak Valencia utiliza terminología de BP, al plantear que

Los sujetos del transfeminismo pueden entenderse como una suerte de *multitudes queer* que, a través de la materialización performativa, logran desarrollar agenciamientos g-locales. La tarea de estas *multitudes queer* es la de seguir desarrollando categorías y ejecutando prácticas que logren un agenciamiento no-estandarizado, ni como verdad absoluta ni como acciones infalibles, que puedan ser aplicadas en distintos contextos de forma desterritorializada. Estos sujetos queer/cuir juegan un papel fundamental, dadas sus condiciones de interseccionalidad (*Ibíd*: 112-113).

En esta crisis de la “representación” que manifiestan las tres modalidades feministas: post-feminismo, feminismo *queer/cuir* y (trans)feminismo, se inscriben los escritos de BP que, como veremos, podrían situarse en los matices de las tres clasificaciones. Matices a la vez característicos de la tercera ola feminista, ya que el prefijo “post” pone en diálogo los feminismos actuales con las olas anteriores; los calificativos *queer/cuir*, interrogan las características del sujeto del feminismo y en consecuencia ponen en diálogo diversas militancias sociosexuales; mientras que el prefijo (trans) focaliza las articulaciones de un sujeto fragmentario, resaltando el eje post-colonial y la crisis contemporánea de la representación que a su vez dio lugar a la tercera ola feminista. Veremos que los textos de BP se sitúan en la triangulación de estas clasificaciones y nos brindan elementos para problematizar con lucidez las luchas contemporáneas en torno a los derechos sexuales y reproductivos.

La posibilidad de estos posicionamientos produce una perspectiva post-colonial que suplementa la mirada eurocéntrica (Esteves, 2012), es la perspectiva con la que reconstruiremos las conceptualizaciones de BP. De este modo consideramos captar el matiz afirmativo del posicionamiento de BP que implica ubicarse de manera propositiva en las críticas postcoloniales.

Capítulo 1: Itinerarios y lecturas en contexto

El objetivo de este capítulo es situar a BP como intelectual dando cuenta de los contextos de producción de su pensamiento y de sus relatos, cuestión que desarrollamos en el apartado “1.1 - Bio-biblio-grafía”. En este sentido, se reconstruyen las condiciones de posibilidad de los efectos de sentido de sus textos, al indicar tanto un recorrido biográfico de BP como un itinerario de su conceptualización vinculado a los desplazamientos geopolíticos de su biografía.

Pero en consonancia con esto nos proponemos también establecer un estado de la cuestión sobre las lecturas realizadas de los textos de BP; es decir, rastrear contextos de recepción para inteligir los sentidos producidos en la dinámica del consumo de su producción. A esta finalidad apunta el segundo apartado, titulado “1.2 - Recepciones de BP”. Esta segunda tarea permitirá valorar el trabajo que nos proponemos en cuanto ofrece una lectura articuladora de los textos de BP aparecidos durante la primera década del presente siglo. Lectura que apunta a reconstruir las conceptualizaciones de biopolítica y de género en BP para delinear una matriz teórica de gran potencia analítica en sentido epistemológico y político.

Como primer acercamiento nos apropiamos de la caracterización de BP que ofrece la psicoanalista argentina Alicia Larramendy:

Al pertenecer a una generación que, gracias a las luchas de las políticas de identidades de las generaciones precedentes, se formó dentro de la subcultura lesbiana, aprendió a apropiarse y a desviar los dispositivos de representación, como la escritura, el cine, la teoría, la música, el teatro, etc., para producir visibilidad sexual y política. Su generación ya no es la de los grandes gestos revolucionarios sino la de la producción de sitios específicos de resistencia (Larramendy, 2005: 237).

Nuestra consideración, sin embargo, es que la teorización que logramos reconstruir en la lectura de BP conjuga lo específico con lo global, al permitir enmarcar el análisis de procesos particulares de resistencia en dinámicas explicativas de orden socio-subjetivo. En función de comprender esta hipótesis nuestra, a continuación reconstruimos los contextos de producción y de recepción anunciados.

1.1 - Bio-biblio-grafía

*Yo creo que dónde estoy se explica por los lugares por donde he ido pasando,
por desplazamientos forzados,
no solamente nacionales sino en términos de disciplina también*
(Preciado en Castilla, 2004)

1.1.1 - Presentación de BP

BP nació en 1970, en Burgos, España. Actualmente vive en París, Francia. Su escolarización en Burgos, como hija única de un matrimonio de clase burguesa, transcurrió en instituciones católicas. En ellas vivió las primeras experiencias de que le miraran como persona “rara”, específicamente como “marimacho”, aunque al recordarlas refiere no haberlas sufrido:

Iba a un colegio de monjas, pero nunca tuve problema por ser distinta. Cuando me decían qué quería ser de mayor, respondía: hombre. Me veía como hombre porque ellos tenían acceso a las cosas que quería hacer: astronauta o médico. Nunca lo viví como vergonzoso ni traumático, era algo a lo que creía tener derecho. De cría, hasta tenía una hucha para hacerme un cambio de sexo (Preciado en Sánchez-Mellado, 2010).

De todos modos, en un contexto donde la referencia era la parroquia, encontró posibilidades de apertura para sentirse libre:

El instituto fue fundamental. Simona, una maestra con un hijo autista, reclutó a niños con problemas y creó una clase. El grupo G. Autistas, superdotados, raros. Ocho marcianos feos y atroces. Terribles, pero mimados. Adoraba a mis profesores, eran muy abiertos (...). Con 16 años fui con el grupo G a Filadelfia y volví con la idea de hacer filosofía política (*Ibíd*).

Sin embargo no fue fácil la experiencia en el ámbito familiar. Su padre era un empresario dedicado a los automóviles y su madre realizaba vestidos de novia, ambos vivieron de modo traumático que su única hija no se ajustara a lo esperable de “ser mujer” para personas religiosas y de derecha: “como se es de derechas en Burgos, de forma irreflexiva, porque toca. En ese contexto fui rebelde, pero no porque me lo propusiera, sino porque cada cosa que hacía escandalizaba” (*Ibíd*). Del mismo modo, lo que resultó traumático para BP, fue la aceptación de su imagen, de su “propio” cuerpo:

Yo nací con una deformación de mandíbula. Durante años no tuve fotografías personales, sólo médicas. En casa no hacíamos fotos porque yo era deforme. Desde los siete años tengo ritualmente encuentros con el sistema médico. A los 18 me hacen una operación funcional, pero también estética. Era necesaria, pero tampoco tuve opción de decir no al aparato médico. Tenía una cara atroz, de caballo, y en cuanto salí, todos me dijeron que estaba fantástica. Viví esa operación como un cambio de sexo en el sentido de que era un cambio de identidad (*Ibíd*).

Las alusiones biográficas de BP dan cuenta de experiencias personales de des-identificación y des-reconocimiento, en las que se pone en juego la vivencia del cuerpo como artificio y así llega a ironizar: “Mi cara no es el espejo del alma, es el espejo de la medicina plástica de la España de los ochenta” (*Ibíd*).

1.1.2 - Formación de grado y post-grado

Hemos visto más arriba que las declaraciones de BP muestran indicios sobre su interés por la Filosofía a partir de un viaje a Filadelfia. Sin embargo, su formación de grado en la disciplina la realizó en España. Según relata en una entrevista televisiva emitida el 12/08/13, ingresó a estudiar Filosofía a nivel universitario a partir de un concurso organizado por el Opus Dei en Burgos cuyo premio era un año de estudios de Filosofía en una Universidad de la organización o en otra Universidad católica. BP ganó con un tema de Filosofía Medieval y eligió la Universidad jesuita de Comillas en Madrid. Allí transitó un período institucional de izquierda radical en el marco de la teología de la liberación, por lo que leyó a Marx vía los jesuitas. En esta entrevista se define como “*queer* transgénero de extrema izquierda” (Preciado, 2013a).

Su formación de post-grado comienza con un Máster en Bioética y, gracias a una beca Fullbright, viaja a Estados Unidos donde estudia Filosofía Contemporánea y Teoría del Género en la *New School for Social Research* de Nueva York en la que fue alumna de la filósofa Agnès Heller y del filósofo Jacques Derrida. Posteriormente se doctoró en Filosofía y Teoría de la Arquitectura bajo la dirección de Beatriz Colomina en la Universidad de Princeton, Nueva Jersey. Interrogada sobre la combinación entre Filosofía y Arquitectura en su formación, declara:

Cuando llegué a la Universidad de Princeton había un grupo de teóricos trabajando sobre una historia crítica de la tecnología, y para mí el cuerpo es como una arquitectura de la modernidad, o una de las tantas. Pero como esa arquitectura la vivimos de forma encarnada, no nos damos cuenta de lo que es, pensamos que es algo natural cuando en realidad es una construcción. Eso explica que yo acabara haciendo un doctorado en teoría de la arquitectura y que esté siempre en contacto con arquitectos. Me gusta pensar la realidad como un espacio de transformación tecnológica (Preciado en Malagón, 2014).

1.1.3 - Experiencia estadounidense

En algunas entrevistas BP evoca su llegada a Estados Unidos y el contexto teórico político con que se encontró. Así, en diálogo con José Luis Castilla (2004) recuerda que cuando acabó sus estudios de Filosofía hizo un Máster en Bioética porque le interesaba para trabajar sobre el cuerpo pero sintió que en España, cuando se hablaba de teorías del cuerpo, en cuanto lesbiana, no tenía ningún referente ni tenía ningún interlocutor, ni sabía exactamente con qué tipo de teorías e instrumentos aproximarse a este campo de análisis. En este sentido, asumir las posiciones en las que se ubica contemporáneamente a través de sus escritos no hubiera sido posible sin realizar desplazamientos en muchos sentidos; es decir, no sólo geográficos sino también teórico-políticos, que incluyeron el paso por los estudios culturales²⁸, el postfeminismo norteamericano y el postestructuralismo francés:

Efectivamente, llegué a Estados Unidos en el 92 y me encontré con el *boom* de los estudios *queer*. Yo no era consciente de que eso estaba sucediendo, era una jovencilla estudiante y me encontré en un contexto

²⁸Con “estudios culturales” se alude a una tradición de estudios focalizados en la relación entre medios de comunicación y cultura popular, que surge a mediados de los 60 en Inglaterra como reacción, por un lado, al conservadurismo del funcionalismo y, por otro, al exceso de determinismo economicista de la economía política marxista. Los estudios culturales critican los métodos de investigación cuantitativos que habían dominado la investigación social, denunciando su empirismo y su pretensión de neutralidad. Las investigaciones en este campo van a usar fundamentalmente dos métodos cualitativos: el análisis textual y la etnografía. Los conceptos de hegemonía e ideología son fundamentales en los primeros estudios culturales, porque permiten conectar las prácticas culturales con la preocupación sobre el poder. En los 90 habrían agotado su perspectiva crítica, generando análisis despolitizados y homogeneizantes mediante la masificación del concepto “multiculturalismo”: “existe cierto consenso entre la/os pensadoras/es en que el síntoma del capitalismo tardío –“multiculturalista”- es el racismo posmoderno contemporáneo, y su correlato ideológico, el multiculturalismo: una forma de racismo negada, que afirma tolerar la identidad del Otro y que sustituye las meta-narrativas por una historia-en-fragmentos, “renunciando casi por completo a toda preocupación por las articulaciones histórico-sociales o político-económicas de los procesos culturales” (Grüner, 2001: 76)” (Bidaseca, 2010: 92). Este tipo de críticas a los estudios culturales dará lugar a los estudios postcoloniales, ver Introducción, n.1.

en el que se estaban dando los debates entre Nancy Fraser y Judith Butler²⁹, en un contexto de emergencia y surgimiento de los estudios postcoloniales en la academia [norte]americana³⁰. Esto significó que de alguna manera se me vino abajo el edificio intelectual que había constituido toda mi educación filosófica en España y a partir de ahí tuve que empezar a hacerme todo un conjunto nuevo de instrumentos. Fue como comenzar en muchas cosas. Entonces yo creo que en parte el dónde estoy tiene mucho que ver con los estudios feministas y postfeministas, porque en parte yo me sitúo en ese momento de ruptura en el que la teoría *queer* rompió con el feminismo tradicional, y, sobre todo, con las nociones estables de preferencia sexual y de género, pese a que fuera una categoría construida con referencia a algo biológico y, por lo tanto, en un discurso más naturalista. Yo llegué en ese momento de ruptura y a partir de ahí, con esos útiles intelectuales, empecé a reconstruir mi propia tradición filosófica. Además, están los análisis postcoloniales, que tienen un método que no es el únicamente textual de la filosofía. Creo que eso es muy importante y, cuando volví a España sentí que al menos la teoría *queer* no se abordaba bien³¹, porque todo el mundo pensaba que es simplemente una teoría del discurso y todo el mundo olvidaba que también es un análisis de la representación y que el

²⁹ En 1997 se plasma gráficamente una controversia entre Judith Butler y Nancy Fraser a partir de sendos artículos en la Revista *Social Text* N°52-53. Primero Butler publica "Marxism and the Merely Cultural"; el texto había sido previamente una ponencia en el panel "Locations of Power" que tuvo lugar en el transcurso de la conferencia "Rethinking Marxism" realizada en Amherst, Massachussets en diciembre de 1996. En él Butler critica la división entre vida material y cultural debido a que produce la marginación de ciertas formas de activismo político, sobre todo aquellas vinculadas al campo social de la sexualidad; plantea entonces que la búsqueda de "reconocimiento cultural" no está divorciada de una base material, sino que ambas se imbrican. En el número siguiente de la Revista, Fraser publica su réplica en respuesta a Butler, "Heterosexism, Misrecognition and Capitalism: a Response to Judith Butler", en la que recupera la distinción entre lo económico y lo cultural propia de las sociedades capitalistas que Butler habría intentado borrar: "la autora sostiene polémicamente que para recuperar en los 90 lo mejor de la tradición marxista y del feminismo socialista es necesario mantener lo económico separado de lo cultural, pero hacerlo de tal modo que una dimensión no quede reducida a la otra" (Rosenberg, 2000). Versiones en español de sendos artículos se encuentran en *Revista El Rodaballo*, AñoV, N°9, verano, 98/99 para el artículo de Judith Butler y Año VI, N°10, verano 2000 para el de Nancy Fraser.

³⁰ En EEUU en la década del 90, contexto que vive BP, se forman los estudios subalternos latinoamericanos - "subalterno" nombra al que posee un "atributo general de subordinación", tanto si se manifiesta en términos de clase, casta, edad, sexo, oficio o de cualquier otro modo (Bidaseca, 2010: 95)-, su finalidad fue establecer un diálogo sur-sur con los subalternistas de la India y poner en evidencia las subalternidades que vivieron la imposición de la lengua española y/o del inglés estadounidense, en el proceso de borramiento de sus lenguas maternas. De este modo se distancian, a la vez, de los estudios culturales, que por esta época habían perdido perspectiva crítica, como señaláramos en la n.28.

³¹ En España durante los 90 se formaron algunas agrupaciones *queer* pero podría considerarse que recién a fines del siglo XX se pasó a reflexionar sobre la teorización. Susana López Penedo, miembro de COGAM (Colectivo de Lesbianas y Gais de Madrid) relata que antes de 1995 Chueca no existía y de las manifestaciones del Día del Orgullo Gay participaban menos de 100 personas, pero la llegada de miembros que habían vivido sus identidades en Nueva York o Londres revitalizó la militancia: "la promoción de Chueca y la ley de parejas de hecho se convirtieron en los dos principales caballos de batalla, junto con los ya existentes esfuerzos por concienciar a la sociedad sobre la realidad homosexual" (López Penedo, 2008: 11). Gracia Trujillo Barbadillo (2008, 2010) reseña la formación de La Radical Gai, escisión *queer* de COGAM, en 1991, seguida de LSD (Lesbianas sin Duda) en 1993, el espacio okupa Escalera Karakola a partir de 1996, que pasó por distintas etapas, algunas más *queer* que otras. Algunos períodos *queer* de este espacio estuvieron representados por los grupos Las Goudous y Bollus Vivendi. Para un panorama de las militancias *queer* en España ver Grupo de Trabajo Queer (2005), Trujillo (2010). Sobre la teorización *queer* en España se puede consultar también Llamas (1998), Sáez (2003), Córdoba y Sáez (2005).

texto del que estamos hablando incluye prácticas, técnicas, imágenes...
(Preciado en Castilla, 2004).

En estas declaraciones BP destaca el desarrollo de los estudios *queer* como acontecimiento de relevancia en el entorno de su estadía norteamericana en calidad de estudiante de post-grado. Para la misma época, en una entrevista con Jesús Carrillo evoca de esta manera el contexto estadounidense que la recibe, donde indica otra fecha de arribo:

Llegué a Estados Unidos, al *New School for Social Research*, en 1991, en plena mutación de los departamentos de estudios de las mujeres, pero también los de estudios *gays* y lesbianos. Crecí en la fascinación intelectual por la obra de Judith Butler³², pero como hispanoparlante mis interlocutores privilegiados fueron siempre las lesbianas chicanas y latinoamericanas. En este sentido me siento próxima a Jacqui Alexander, Gloria Anzaldúa, Cherry Moraga y Aurora Lewis³³. También a Teresa de Lauretis³⁴, que no deja de ser una italiana que trabaja en un campus norteamericano. Este proceso de transformación y crisis del feminismo de la segunda ola, que daría lugar a la teoría poscolonial, la teoría *queer*, el posfeminismo, los estudios transgénero, etc., fue un período extremadamente intenso (Preciado en Carrillo, 2004: 375-376).

La década del 90 entonces estuvo marcada en su biografía por el desplazamiento a Estados Unidos que impacta en diferentes resignificaciones teóricas de su formación previa y en diversas experiencias de alta intensidad a nivel de la militancia y en el

³² En el período de referencia Butler edita además *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of "Sex"* (1993), *Excitable Speech. A Politics of the Performative* (1997), *The Psychic Life of Power. Theories in Subjection* (1997), *Antigone's Claim. Kinship Between Life and Death* (2000).

³³ Se trata de cuatro feministas postcoloniales. Jacqui Alexander, nacida en Trinidad y Tobago, afrodescendiente, comprometida con un feminismo que trabaja interseccionalmente la negritud, la sexualidad y la dimensión espiritual; actualmente reside en Canadá donde es profesora del *Women and Gender Studies Institute* en la Universidad de Toronto. Gloria Anzaldúa (1942-2004) lesbiana y chicana, dio origen a los estudios chicanos, siendo una de sus producciones de referencia *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza* (1987). Cherrie Moraga (n.1952), de similares características identitarias, edita junto a la anterior *This Bridge Called My Back* (1981), reconocido como el primer texto multiculturalista feminista. Quien aparece como "Aurora Lewis" se llama en realidad Aurora Levins Morales (n.1954), escritora portorriqueña, de madre aborigen y padre judío, un clásico texto feminista postcolonial de su autoría es "Intelectual orgánica certificada" (AAVV: 2004).

³⁴ Teresa de Lauretis (n.1938) es una feminista lesbiana oriunda de Bologna, Italia, que está radicada en EEUU, desarrolla una crítica al concepto de género, produciendo la categoría de "tecnología del género" a partir de las críticas que feministas postcoloniales estadounidenses realizan al feminismo. Veremos su perspectiva con mayor detalle en el Capítulo 3.

orden de lo vivencial. En esa época participó de los talleres *drag king*³⁵ que impartían Diane Torr³⁶ y Del LaGrace Volcano³⁷ en Nueva York, en el Centro GLBT³⁸. Como testimonia en *Testo Yonqui*, ese período es de mucha experimentación:

participo también en talleres de sadomasoquismo lesbiano, de *fist fucking* (penetración con el puño), sexo público, *comming out* en la escritura,³⁹ talleres para transexuales pre-op (no operados o preoperados) o NOHO (que no toman hormonas) y sus parejas, talleres de estrategias de visibilidad para minorías sexuales, etc. (Preciado, 2008a: 255).

1.1.4 - Retorno a Europa

A fines de los 90 BP decide regresar a Europa, para lo que encuentra dos fuertes motivos. Por un lado, considera que el proceso crítico de los activismos *queer* se está agotando en EEUU, en una fase de estancamiento que facilita la manipulación estatal; por otro lado, recibe la invitación de Jacques Derrida para dictar un seminario en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* en París. Acepta entonces la propuesta y comienza a participar en el centro de estudios en 1999.

Con esa coyuntura lleva a Francia sus experiencias *queer* en un momento en que dicho movimiento recién se estaba formando allí y pasa a ser una protagonista de esta movida francesa. Según relata el editorial del N° 40 de la revista de filosofía *Rue Descartes*, edición titulada “*Queer. Repenser les identités*”,

³⁵ *Drag King*: mujer biológicamente definida que practica una forma visible de masculinidad. Los talleres *Drag King* exploran la identidad de género masculina, jugando con sus manifestaciones corporales y poniendo en evidencia, entonces, su carácter de artificio

³⁶ Neoyorquina, activista vinculada a las performances feministas estadounidenses de los años 70 y a la crítica postfeminista de la industria sexual, junto con Annie Sprinkle es una de las fundadoras del grupo PONY - prostitutas de New York-.

³⁷ Activista *queer* londinense que documenta la evolución estético-política de la cultura lesbiana en los últimos 30 años (de las representaciones teatralizadas de las prácticas *butch-fem* que conectan con la cultura *camp*, a las prácticas transgénero). Él/Ella mism* ha llevado a cabo un proceso de transgenerización sin pretensión de unificar identitariamente su expresión de género.

³⁸ Entidad de la agrupación de Gays, Lesbianas, Transgéneros y Bisexuales en Nueva York.

³⁹ La expresión *coming out* está abreviada de *coming out of the closet* que suele traducirse como “salir del armario” o “salir del placard” para indicar el desocultamiento de la identidad sexo-genérica de una persona que difiere de las prescripciones heteronormativas: mujer ó varón heterosexual.

En Francia, la recepción y la apropiación del pensamiento *queer* comenzó discreta pero firmemente. Las traducciones se multiplicaron, gracias en especial a las ediciones EPEL que ya han publicado a David Halperin, Jonathan Ned Katz, Vernon Rosario, Leo Bersani, y anunciaron dos libros importantes, el de Eve Kosofsky Sedgwick (*Epistemología del armario*) y el de Judith Butler (*El género en disputa*). Varios autores de este número han publicado igualmente obras (...). Es necesario mencionar también los seminarios “Zoo” de M-H Bourcier a partir de 1996, y “Sociología de las homosexualidades” de F. Gaspard y D. Eribon desde 1998; algunos cursos universitarios (D. Welzer-Lang en Toulouse, B. Preciado en París VIII...), coloquios como los organizados en el *Centre Pompidou* en junio de 1997; el seminario “Filiaciones *queer*” en el *Collège International de Philosophie* para abril de 2004... (Harvey & Le Brun-Cordier, 2003: 4).

La cita permite inferir que el desarrollo teórico *queer* era incipiente respecto de Estados Unidos e incluso refractario a la recepción, ya que en 2003 todavía no existía versión francesa de los libros citados de Butler y de Sedgwick, fuentes indispensables para la teoría *queer*. Si bien el fragmento reconoce la importancia de la editorial EPEL, fundada en 1990, especializada en psicoanálisis y con una colección específica de estudios *gays* y *lesbianos* “*Les grands classiques de l'érotologie moderne*”, omite la existencia de ediciones Balland y su colección “*Le Rayon Gay*” que llegó a editar cincuenta títulos *queer*, entre traducciones y autorías locales, desde 1999 hasta 2003.

Esta omisión es relevante en tanto que el director de la colección “*Le Rayon Gay*”, Guillaume Dustan⁴⁰, se proponía desacomodar el orden asimilacionista de la comunidad *gay* francesa y en tal sentido, estaba dispuesto al enfrentamiento con la burguesía tanto de izquierda como de derecha (Loret, 1999). Una iniciativa tan provocadora tuvo una recepción agria en la propia comunidad homosexual parisina cuyos fanzines fueron detractores ante el surgimiento de la nueva colección que a partir del 2000 pasó a llamarse simplemente “*Le Rayon*”. Ese mismo año BP edita en ella su primer libro, *Manifeste Contre-Sexuelle*, fuertemente revulsivo y a tono con la línea editorial de no hacer concesiones, que promovía Guillaume Dustan. Este libro se ha traducido a siete idiomas, entre ellos el español (Ópera Prima, 2002). Sobre esa época, BP afirma al ser entrevistada/o por Jesús Carrillo:

⁴⁰ Seudónimo de William Baranès (1965-2005). Volveremos sobre su figura a propósito de *Testo Yonqui* (apartado “1.1.6.2”) y en el Capítulo 6.

Cuando volví a Europa en 1998 me encontré a mí misma en una situación anacrónica, al intentar llevar a cabo una crítica de ciertos textos de la teoría *queer* (continuando y cuestionando la teoría del poder y de la subjetivación de Foucault, pero también algunos de los ejes argumentativos de la teoría de la identidad performativa de Judith Butler) en un momento en que las políticas de identidad gay y lesbianas apenas emergían en Francia y en España. Por eso el Manifiesto Contra-Sexual fue leído inmediatamente por el feminismo francés como un ejemplo de la teoría *queer* anglosajona. Yo creo que esta deslocalización, este *décalage* político-temporal, ha sido fructífero en tanto que ha permitido la proliferación de otras formas de teoría *queer* que se han alejado progresivamente de la ortodoxia performativa norteamericana (Preciado en Carrillo, 2004: 381).

Entonces el panorama *queer* en Francia se delineaba a partir de varios desacomodamientos. Por un lado, el de la importación del fenómeno *queer*, lo que implicaba una doble dislocación: recepcionar una movilización con raíces estadounidenses y distanciarse de la comunidad homosexual que buscaba integrarse a la sociedad aceptando lo instituido; es decir, sin alterar la heteronormatividad. Por otro lado, a partir de la propia importación *queer* vivir la paradoja de importar la *French Theory*; es decir, de recibir a Foucault, Deleuze, Derrida, etc., leídos en clave norteamericana: “eso que los estadounidenses denominan *French Theory*, a saber el pensamiento de Foucault, de Derrida, de Deleuze y Guattari, entre otros” (Harvey & Le-Brun, 2003: 3). El mismo tipo de señalamiento es realizado por diversas/os intelectuales; por ejemplo, Elsa Dorlin, en su sistematización sobre sexo, género y sexualidades indica que trabajará con

lo que del otro lado del Atlántico se llama la *french theory* (Foucault, Deleuze, Derrida) y el *french feminism* (Irigaray, Cixous, Kristeva). Esta última expresión es particularmente problemática en la medida en que, acaso con excepción de Luce Irigaray, esas tres referencias ocupan un lugar muy descentrado en el pensamiento feminista francés (Dorlin, 2009: 11).

Estos comentarios permiten comprender que se haya recibido la perspectiva de BP, discípula de Derrida en EEUU, como estadounidense. Esta problemática respecto de la importación de perspectivas es especialmente conflictiva en una sociedad chovinista como la francesa:

Si bien es cierto que el texto [*El género en disputa*] corre el riesgo de ser eurocéntrico en Estados Unidos, en Francia se ve como una amenaza de “americanización” de la teoría, según los pocos editores franceses que han pensado en la posibilidad de publicarlo (Butler, 2001: 11).

Según describe la propia Butler, la posibilidad de la traducción de su libro al francés la introdujo Didier Eribon al utilizar sus argumentos en los debates políticos de Francia sobre las parejas de un mismo sexo a fines de los 90 (*Ibíd*, n.1: 11)⁴¹. Sobre el carácter ineludible de la importación / traducción respecto de lo *queer* entre el mundo anglosajón y el francés reflexiona Francisco (Paco) Vidarte:

Si lo *queer* se considera en origen un fenómeno estadounidense, ha de hacerse siempre la salvedad de que su matriz filosófica y académica es genuinamente continental, europea, puramente francesa. De modo que cuando se hable de la retraducción problemática de lo *queer* a espacios geopolíticos distintos del estadounidense ha de tenerse en cuenta que lo *queer* en buena medida es fruto a su vez de la retraducción del postestructuralismo al contexto norteamericano y que la filosofía francesa, en un fenómeno de reflujo y amplificación cual cante de ida y vuelta, regresa a Europa ya *queerizada*. Lo mismo que la deconstrucción de Derrida no volverá igual que se fue. Ni él tampoco (Vidarte, 2005: 83).

A partir de estas manifestaciones se ve que la cuestión *queer* está atravesada por el problema de la traducción, no sólo idiomática, sino cultural en sentido amplio. Este matiz acompañará a la cuestión *queer* en todas las sociedades en que se manifieste. Al respecto cabe destacar que las movilizaciones *queer* se fueron dando en los 90

⁴¹ La aparición de *Gender Trouble* en francés se produjo en 2005 como *Trouble dans le genre. Pour un féminisme de la subversion* con prólogo de Eric Fassin y traducción de Cynthia Kraus, editorial La Découverte.

en EEUU, Europa, Latinoamérica con diferentes expresiones, pero el impacto teórico de las mismas no ha eludido el diálogo con los matices estadounidenses de la denominación *queer*, siendo el tema de su traducción o no, ineludible en los diferentes ámbitos de conceptualización. Sobre esta problemática en el contexto francés reflexiona BP, entrevistada/o por la Revista *Rue Descartes* Nº40 (Preciado, 2003b: 79-80):

Se tiende en Francia a localizar la emergencia de la crítica *queer* fuera del suelo de la nación francesa, como si las teorías, las políticas *queer*, constituyeran una forma de contaminación, por no decir una suerte de inmigración clandestina. Lo que no está fuera de relación con las políticas inmigratorias europeas actuales... (...) la teoría *queer* no existe sino como traducción. (...) Las voces que se elevan en Francia para resistir contra la importación de la teoría *queer* son reveladoras de la persistencia de la creencia en una filosofía nacional, pura... y *straight*.

Este panorama permitiría comprender la recepción francesa de su *Manifiesto Contra-sexual* que fue interpretado como un ejemplo de teoría *queer* anglosajona, en medio de un panorama invisibilizador de las críticas vernáculas a la heteronormatividad. Justamente Monique Wittig, una representante del cuestionamiento a la heteronormatividad en Francia⁴², emigró a EEUU y su crítica al pensamiento heterosexual (*straight*) regresó al país traducida por editorial Balland en 2001 (*La pensée straight*).

Mientras Wittig se refugiaba en EEUU, el feminismo dominante en el ámbito parisino naturalizaba la diferencia sexual, como es el caso de Françoise Héritier o Irène Théry⁴³. Una muestra de su naturalización la constituye el que todavía hoy

⁴² Monique Wittig (1935-2003) pertenecía a una corriente feminista heredera del materialismo histórico que en Francia integraban Christine Delphy, Nicole Mathieu, Colette Guillaumin, Paola Tabet. Para ellas, la condición de las mujeres constituye una "clase" emparentándose más a la condición de los siervos que a la de los proletarios, en el sentido en que toda su persona es la propiedad de los varones dominantes y no solo su trabajo. A partir de un análisis materialista de dicha situación, la solución política consiste en el separatismo lesbiano, para escapar de la apropiación de las mujeres y su consecuente opresión. Nos explayaremos sobre la perspectiva separatista de Wittig en el Capítulo 6, "6.1.1".

⁴³ Françoise Héritier (n.1933) es antropóloga. Irène Théry (n.1952) es socióloga. Ambas tematizan cuestiones relativas al parentesco y la filiación a partir de la categoría de diferencia sexual en una perspectiva consonante con la antropología estructural y el psicoanálisis lacaniano. Con esta perspectiva ambas han participado públicamente en Francia de las manifestaciones contra la posibilidad del matrimonio y de la adopción en parejas de homosexuales.

argumenten contra la posibilidad del matrimonio entre personas del mismo sexo en base al “sustrato”⁴⁴ de la diferencia sexual.

Estos conflictos en el contexto de producción del primer libro de BP habrían hecho posible una recepción alejada de la ortodoxia performativa norteamericana. Esta consideración da una clave para analizar las tensiones en los tránsitos teóricos y, especialmente, la genealogía del género en las producciones de BP, ya que uno de sus propósitos será diferenciarse del modo butleriano de la desconstrucción performativa, en continuidad crítica con el mismo⁴⁵. Se advierte entonces sobre la posibilidad de un reduccionismo teórico de lo *queer* que simplificaría sus problemáticas a una interpretación meramente discursiva de la producción del género. Uno de los propósitos conceptuales de BP será combatir tal reduccionismo.

1.1.5 - *Queerización parisina*

BP protagonizará entonces la formación del ámbito *queer* en Francia a inicios de este siglo, siendo un puente y una hibridación entre las experiencias europeas y norteamericanas. En su llegada a Francia a fines de los 90 asiste al Seminario “Zoo” de Marie-Hélène Bourcier con quien entabla amistad y forma parte del grupo “*Le Rayon Gay*”. Precisamente Bourcier prologa el libro *Manifeste Contre-Sexuelle* de BP editado en la colección del grupo y BP hace lo propio cuando posteriormente, en 2001, su amiga publica en la misma editorial *Queer Zones. Politique des identités sexuelles et des savoirs*. Bourcier es además quien traduce al francés a Monique Wittig. Juntas a su vez, M-H Bourcier y BP problematizan la cuestión de la traducción en las teorizaciones *queer* al editar el artículo “Contrabandos *queer*” en 2001.

BP describe su encuentro con Marie-Hélène Bourcier en el Prefacio a *Queer Zones*:

Conocí a Marie-Hélène a inicios del 99 cuando llegué a Francia, cargada con los malentendidos “[norte]americanos” que hicieron de este país el del *Feminismo Francés* y de la filosofía política radical o al menos corrosiva. No encontré nada de eso en las universidades francesas (Preciado en Bourcier, 2001: 12).

⁴⁴ “Sustrato” no necesariamente biológico en el marco de estas pensadoras, pero sí naturalizante en tanto la consideran una categoría fundacional.

⁴⁵ Por ahora se señalan estas instancias contextuales cuyos términos se explicarán en el desarrollo de la tesis. Por ejemplo, “desconstrucción performativa”.

BP encuentra la vida académica parisina demasiado pacata, alejada de las conflictividades de seres impuros: seropositivos, indocumentados, migrantes, maricas, prostitutas...; exenta entonces de compromisos epistemológico-políticos con los puntos de vista de las/los subalternas/os. El toque de impureza que quiebre la homogeneidad lo encontrará en el seminario de M-H Bourcier. En razón de este abismo con la realidad social es que Bourcier había iniciado el seminario “Zoo” en 1997 para reaccionar a los efectos normativos del sistema sexo-género hegemónico en el campo académico y para paliar la ausencia de espacios dedicados a los estudios sobre las sexualidades y los géneros. BP alaba que Bourcier logró instalar estos cuestionamientos sin encasillarse en el rubro “lesbiana” o “*butch*” y llevando la teoría *queer* a un punto de creatividad que hace imposible su reducción a calificativos estandarizables:

La teoría *queer* escrita en francés por Bourcier es uno de los momentos a la vez creativos e intrigantes en el flujo continuo de traducciones culturales y políticas si consideramos que la llamada teoría *queer* [norte]americana es una relectura/reconstrucción de la teoría y de la filosofía francesa. (...) Bourcier abre el camino, por primera vez en Francia, a una crítica post-feminista de las representaciones de las sexualidades y de los géneros (*Ibíd*: 14-15).

En el panorama francés fuertemente marcado por el psicoanálisis lacaniano, las luchas contra la heteronormatividad lo han tenido inesperadamente como obstáculo, cuando en consonancia con otras posturas académicas ha defendido el orden simbólico de la diferencia de los sexos oponiéndose incluso a los intentos asimilacionistas de las personas homosexuales para integrarse al matrimonio instituido. De allí que desde las militancias socio-sexuales se defendiera el mantenimiento del Pacto Civil de Solidaridad (PACS), contrato que fue legal desde 1999 para permitir la unión civil entre dos personas del mismo sexo en función de organizar una vida en común, pero sin derecho a adoptar ni a recurrir a la fertilización médicamente asistida. Así, la primera década del siglo XXI en Francia, dentro de las convulsiones de militancias subalternas que ocuparon sus calles, contó

con las luchas sexo-genéricas por acceder al matrimonio igualitario, logro obtenido recién en 2013.

1.1.6 - Siglo XXI: publicación de sus libros

1.1.6.1 - *Manifiesto contra-sexual*

En este período, desde inicios del nuevo siglo, BP vive entre EEUU y Europa. Como se ha indicado, edita su primer libro, *Manifiesto Contra-Sexual* (2002 [2000]). Se trata de su libro más militante por su sentido provocador que insta a revisar la materialidad de las relaciones sexuales al poner el acento en la producción corporal de las formaciones sexo-genéricas.

De todos modos, la parte del texto que es explícitamente un manifiesto es la inicial, sus dos primeras secciones (“¿Qué es la contra-sexualidad?” y “Prácticas de inversión contra-sexual”). La primera presenta un ejercicio de imaginación política en el que se diseñan los principios de una sociedad contra-sexual⁴⁶. La noción de contra-sexualidad y de práctica contra-sexual está inspirada en Foucault, en la idea de que la resistencia a las producciones de sujeción se realiza produciendo contra-conductas; por ende, en el plano específico del dispositivo de sexualidad, la resistencia se daría a través de prácticas contra-sexuales. Por ende, la sociedad contra-sexual es el diseño utópico de un espacio social en el que se ha desmontado el dispositivo de sexualidad. Mientras que la segunda parte tiene un carácter más práctico, al proponer ejemplos de conductas contra-sexuales; es decir, al enfatizar la necesidad de transformar la materialidad carnal de las prácticas sexuales.

Comenzar el libro con esta modalidad de manifiesto funciona como intensa provocación que invita a desconstruir las teorías consideradas más progresistas de las producciones feministas y *queer*. Esa es la tarea que brinda el apartado central (“Teorías”), ofreciendo una continuidad crítica con autoras/es como Foucault, Butler, Haraway, entre otra/os. Finalmente, ofrece un ejercicio de lectura contra-sexual, como puesta en práctica de su perspectiva. De todos modos, se puede considerar, como lo hace Rafael Mérida Jiménez en su compilación de manifiestos feministas y

⁴⁶ Toda la terminología específica que se introduce aquí será clarificada en los capítulos siguientes. Mientras, se intenta presentar la conceptualización específica para que el/la receptor/a se familiarice con las categorías.

queer norteamericanos, que incluso los textos que no se produjeron como manifiestos “están constatando y reflexionando sobre [determinadas] realidades con la finalidad de desarrollar enfoques alternativos, que sirvan como contrapuntos a verdades aparentemente incólumes, para fomentar un pensamiento que se desea acción y transformación” (Mérida, 2009: 14).

También a inicios del presente siglo BP comienza a organizar talleres *drag king* en Francia y en 2004 organiza uno en Santiago de Chile, junto al primer grupo *drag king* hip hop francés, *Queer MC*. Allí conoce a Pedro Lemebel⁴⁷: “mi nombre *king* definitivo me lo regala Pedro Lemebel (...). El encuentro con Pedro es un flechazo político que se sella con mi bautismo. Pedro me llama Beto: hágase su voluntad” (Preciado, 2008a: 263).

En 2005 BP comienza a autoadministrarse testosterona por fuera de todo protocolo médico y jurídico, como puesta en evidencia de la dimensión farmacológica del régimen de poder microfísico contemporáneo y al mismo tiempo como huida de sus condicionamientos. Esa práctica que BP presentará ante todo como un borramiento, como un ejercicio de des-reconocimiento, la/lo desplazará respecto de las identificaciones políticas que hubiera asumido en épocas previas: feminista, lesbiana, *queer*.

1.1.6.2 - *Testo yonqui*

BP documenta su experiencia con la testosterona en *Testo Yonqui* (Espasa-Calpe, 2008) que tiene formato de diario íntimo e incluso la edición emula a un cuaderno para notas de campo, de los que usaran los antropólogos franceses en sus trabajos etnográficos. El libro tiene la peculiaridad de ser un ensayo con matices autobiográficos, donde los capítulos impares se atienen principalmente al formato de diario personal, mientras que los pares desarrollan conceptualizaciones en gran parte conectadas con las vivencias referidas.

⁴⁷ Pedro Lemebel es el nombre artístico de Pedro Segundo Mardones Lemebel, que ha elegido para firmar sus obras denominarse con el apellido materno. Se trata de un artista chileno nacido en Santiago en 1952 y fallecido el 23 de enero de 2015. Fue un militante de izquierda que en la época de la dictadura de Pinochet tuvo un doble frente de lucha por su condición de homosexual, rechazada por la política partidaria, a pesar de lo que activó en ambas vertientes, perseguidas por los militares. Fue escritor y artista plástico, precursor en Chile de la puesta en juego de las identidades homosexual y travesti en la literatura y en el arte. En la década del 80 participó del grupo artístico performático *Las Yeguas del Apocalipsis*. Es valorado internacionalmente como un referente *cuir* en el arte y en la militancia.

El texto puede abordarse al modo de una rayuela, como lo propusiera Cortázar en su libro homónimo, leyendo solo los capítulos impares o solo los pares; del mismo modo, puede seguirse secuencial y linealmente⁴⁸. Una lectura puede hacerse desdoblado por un lado los capítulos impares y se obtiene la recepción de un diario personal; por otro lado los pares y se logra la lectura de un ensayo filosófico con un gran bagaje conceptual no siempre explicado y especificado. Mientras que la lectura secuencial y lineal, continua, ofrece una interrupción a quien lee, poniéndole en una situación activa al tener que completar el sentido de una posible articulación entre experiencias personales y conceptos filosóficos. Ese cruce, no procesado explícitamente por el/la autor/a, pone en evidencia el carácter ficticio del “yo” y las tensiones entre identidad, sujeto, política y derechos: “*Testo Yonqui* es la mezcla de teoría y práctica, pero como cualquier texto autobiográfico, terminó siendo también un ejercicio de ficción” (Preciado en Malagón, 2014).

A diferencia de la novela de Cortázar, BP no sugiere posibilidades de secuencias de lectura, aunque anuncia:

Expongo al lector estas páginas que relatan los cruces de teorías, moléculas y afectos para dejar una huella de una experiencia política cuya duración exacta fue de doscientos treinta y seis días y noches y que continúa hoy bajo otras formas. Si el lector encuentra dispuestos aquí, sin solución de continuidad, reflexiones filosóficas, narraciones de sesiones de administración de hormonas y relatos detallados de prácticas sexuales es simplemente porque este es el modo en el que se construye y se deconstruye la subjetividad (Preciado, 2008a: 16).

La parte personal del libro atraviesa la experiencia de la auto-administración de testosterona y dos acontecimientos de impacto profundo; por un lado, el duelo ante la muerte de su gran amigo Guillaume Dustan y por otro lado, el enamoramiento de Virginie Despentes con quien estuvo en pareja hasta 2014.

⁴⁸ *Rayuela* es una novela de Julio Cortázar (1914-1984), escritor argentino radicado en París, escrita en 1963. Debe su nombre al juego infantil de la rayuela en el que se salta en orden aleatorio, según la tirada de una piedra, entre las etapas “tierra” y “cielo” separadas por nueve casilleros. En sentido análogo, la novela está dividida en 155 capítulos para los que plantea diferentes recorridos. Al inicio de la misma el autor da indicaciones sobre posibles trayectorias de lectura: una lineal o secuencial, desarrollando la lectura de los capítulos según se presentan uno tras otro; otra en el mismo orden pero que llega sólo hasta el capítulo 56 y suprime el resto; otra, según una secuencia sugerida por Cortázar que da indicaciones de cómo saltar y ordenar los capítulos, mapeadas en la primera página del libro bajo el subtítulo “Tablero de dirección”; queda abierta de todos modos la posibilidad de que el/la lector/a siga el orden que desee.

Guillaume Dustan era un militante homosexual, seropositivo, públicamente partidario del sexo sin protección, lo que le valió un enfrentamiento con ACT-UP París. Su nombre documentado era William Baranès, provenía de una familia de alcurnia y había alcanzado el cargo de juez, función que abandonó cuando conoció su condición de seropositivo. En 1996 obtuvo su primer éxito literario con la novela autobiográfica *Dans ma chambre*⁴⁹. Dustan fue hallado muerto en su departamento debido a una sobredosis, a la edad de 40 años.

Virginie Despentes nació en 1969 en Nancy, es escritora y cineasta. Su apellido es de fantasía, artístico, lo formó inspirada en *Les pentes de la Croix-Rousse*, el barrio de Lyon donde vivió antes de radicarse en París. A partir de su relación con BP ambas vivieron entre Barcelona y París. Su primera novela, *Baisse-moi (Fóllame)*, (1993), es muy transgresora al hacer asumir posiciones violentas, tradicionalmente reservadas a los varones, a personajes femeninos. En el 2000 la novela es llevada al cine bajo dirección de Virginie Despentes y recibe censuras en muchos lugares. También en este caso es fuerte la marca biográfica, en la que figuran la violación y la prostitución, entre otras vivencias. En relación con este estilo, que le valió el calificativo de *destroy punk*, publica en 2007 *Teoría King Kong* (Barcelona: melusina, traducción de BP), un ensayo teórico que ha generado grandes controversias, dividiendo su recepción entre quienes lo detractan y quienes lo consideran el manifiesto de un nuevo feminismo:

el deseo de escribir este libro surge de muchos lugares diferentes: nace también de la historia de la película *Fóllame* y de las entrevistas que nos hicieron después de su estreno y en las que hubo que “teorizar” mucho acerca de la violación, la pornografía, la violencia femenina, etc. Yo no tengo formación universitaria y la teoría no era algo a lo que estuviera acostumbrada pero tuvimos que formular sobre la marcha algunos conceptos, explicando a posteriori lo que habíamos intentado hacer al realizar esta película (Despentes, 2008).

⁴⁹ La novela se editó en español en 1999 (Barcelona: Mondadori). En la solapa se indica que el escritor escogió utilizar un seudónimo porque «homosexual + seropositivo + drogas diversas + primera novela claramente autobiográfica = muerte social en el París de nuestros días».

La autora conoce el panorama militante y teórico en Francia desde fuera de la academia y en cuanto a su visión sobre el feminismo local expresa:

El discurso feminista francés ha estado confiscado, desde los años 70, por blancas burguesas heterosexuales procedentes de culturas religiosas. Creo que ellas pusieron mucho empeño en apartar del feminismo a todas aquellas que no eran lo bastante correctas. Creo que estaban muy interesadas en entenderse con los hombres dirigentes, que fueran maridos o colegas de trabajo. También, todo hay que decirlo, hubo una reacción extremadamente fuerte por parte de los intelectuales franceses hombres, para ridiculizar el feminismo y minimizar su interés. Una reacción a la que se dio por otra parte mucho bombo tanto en la prensa como en la televisión. El feminismo francés se quedó en un estado medio moribundo, nada excitante para la gente de mi generación, defendido por mujeres demasiado dignas y honestas. No ha habido un equivalente a la “Sex War” americana en la que los discursos pudieron confrontarse y precisarse (Despentes, 2008).

En este sentido, se ubica en sintonía con BP al señalar en Francia un panorama homogéneamente conservador. Igualmente, no le teme a la búsqueda de nuevas manifestaciones y militancias, a la experimentación ni al desacomodamiento de lo instituido. Ambas le ponen voz públicamente a las posturas que actualmente se alzan contra el conservadurismo heteronormativo en Francia.

1.1.6.3 - Pornotopía

El tercer libro de BP, de más reciente aparición, es el más teórico, en tanto no recurre al relato autobiográfico ni a las prácticas militantes, aunque tampoco presenta nueva conceptualización. Se trata de *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en “Playboy” durante la guerra fría* (2010), es el que está más relacionado con su Doctorado en Arquitectura. Fue presentado al premio Anagrama y resultó finalista. Podría pensárselo como un ejercicio de aplicación de los conceptos en función de resignificar el espacio, brindando otra perspectiva sobre la construcción de la modernidad y los emplazamientos de público / privado, a través del análisis de la

revista *Playboy* y el emporio comercial que la acompañó. Aquí su análisis del espacio y la desconstrucción público / privado está enmarcado en el interés de desnaturalizar la masculinidad, considerando que los feminismos tradicionales se han dedicado principalmente a hacerlo con la feminidad, pero dejando intocada la construcción de lo masculino, generando en consecuencia el efecto de “dado”. Se entenderá mejor este propósito cuando analicemos el funcionamiento del dispositivo de género, noción propuesta por el/la autor/a.

Actualmente BP desarrolla su actividad entre Francia y España en la articulación del arte y la cultura contemporáneos. Dirige el programa *Somateca. Producción biopolítica, feminismos, prácticas queer y trans* en el área de Prácticas Críticas del Museo Nacional Centro de Arte “Reina Sofía” de Madrid. Codirigió⁵⁰, junto a Marcelo Expósito, el proyecto de investigación y producción artística “Tecnologías del género” del Programa de Estudios Independientes del Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona. Forma parte del *Departement Danse à Paris VIII* como investigadora asociada, donde dirige el proyecto de investigación y de producción artística *Technologies du genre*. Como voz pública escribe columnas de opinión en los periódicos *Libération* de Francia y *El País* de España. Un ejemplo es el artículo “*Qui défend l’enfant queer?*” con el que se pronuncia a favor del matrimonio entre personas del mismo sexo en Francia⁵¹:

Recuerdo el día en el que, en mi escuela de monjas, las Hermanas Reparadoras del Sagrado Corazón de Jesús, la madre Pilar nos pidió dibujar a nuestra futura familia. Tenía 7 años. Me dibujé casada con mi mejor amiga Marta, tres niños y varios perros y gatas. Había ya imaginado una utopía sexual, en la cual existía el matrimonio para todos, la adopción, la PMA⁵²... Algunos días después, la escuela envió una carta a casa, aconsejando a mis padres llevarme a ver a un psiquiatra, a fin de arreglar lo antes posible un problema de identificación sexual. Numerosas

⁵⁰ Esta actividad la llevó a cabo hasta fines de marzo de 2015 en que fue echada por el director del MACBA a raíz del comisariado de la muestra “La Bestia y el soberano” que contenía una escultura en la que el ex Rey de España Juan Carlos I aparece sodomizado. Ver <http://www.sopitas.com/site/460886-esta-estatua-le-costo-el-trabajo-al-director-del-macba/>

⁵¹ “Qui défend l’enfant queer?” en *Libération*. 14/01/2013. Disponible en http://www.liberation.fr/societe/2013/01/14/qui-defend-l-enfant-queer_873947

⁵² Sigla en francés para tecnologías de fertilización asistida. La sigla correcta es APM (*Assistance Médicale à la Procréation*) pero el uso más frecuente en el habla es el de “PMA”.

represalias siguieron a esta visita. El desprecio y rechazo de mi padre, la vergüenza y culpabilidad de mi madre (...).

En la escuela, se extendió el rumor de que yo era lesbiana. Una mani⁵³ de Copeístas⁵⁴ y Frigide-Barjotianos⁵⁵ se organizaba cotidianamente delante de mi clase. *Sal tortillera*, decían, *se te violará para que aprendas a besar como Dios lo quiere*. Tenía un padre y una madre, pero fueron incapaces de protegerme de la depresión, la exclusión, la violencia. Lo que protegían mi padre y mi madre, no eran mis derechos de niñ⁵⁶, sino las normas sexuales y de género que se habían ellos mismos inculcado en el dolor, a través de un sistema educativo y social que castigaba toda forma de disidencia con la amenaza, la intimidación, el castigo, y la muerte. Tenía un padre y una madre, pero ninguno de los dos pudo proteger mi derecho a la libre autodeterminación de género y sexualidad (Preciado, 2013c).

Aquí se ve que su pronunciamiento no elude el nivel personal, el que lo hace político, como parte de un ejercicio de desmantelamiento de los mecanismos que nos constituyen y a partir de los cuales podemos, claro ejemplo, reconstituírnos. En este caso, su trayectoria se aleja de los malestares y las incomodidades de una infancia pautada por los mandatos de la sociedad heteronormativa en un sentido productivo que no se detiene en lamentaciones.

La fuente principal del presente trabajo doctoral, será entonces el corpus de los tres libros reseñados, si bien no excluirémos los artículos publicados por el/la autor/a hasta 2010 (ver los datos completos en “Bibliografía”). Esto implica seguir el derrotero desde su compromiso con las políticas de identidad hasta sus apuestas por la des-identificación, como indicio del intenso carácter político de lo personal. Los textos enfocados nos permitirán discurrir sobre las implicancias del postestructuralismo y de las teorías sobre biopolítica en las construcciones identitarias, especialmente en su dimensión sexo-genérica. Del mismo modo, darán pie a la problematización del lugar del sujeto en la producción de conocimiento, que en las tradiciones feministas y *queer* se articuló alrededor de las nociones de *experiencia* y de *posición o sujeto situado*. Desde ambas tradiciones, las cuestiones atinentes a un conocimiento in-corporado provienen de la producción de saberes

⁵³ Apócope de “manifestación”.

⁵⁴ Seguidoras/es de Jean-François Copé, dirigente de la Unión para un Movimiento Popular (UPM), partido conservador en Francia.

⁵⁵ Seguidora/es de Frigide Barjot, humorista comprometida con la derecha cristiana que se pronunció duramente contra el matrimonio entre personas del mismo sexo en Francia.

⁵⁶ Dado que la traducción de *enfant* por *niño* es desafortunada, ya que agrega una marcación de género inexistente en el vocablo de origen, prefiero escribir *niñ**.

que se generan desde el margen revisando los conocimientos y las representaciones instituidas. El modo en que BP se sitúa en ese lugar “estrábico”, dentro y fuera de la academia, vuelve imposible reducir su tarea y su activismo a una cuestión teórica. Pues como señala Javier Sáez (2009):

Creo que la aportación política más importante que está haciendo Beatriz en estos años no está en sus estupendos libros (recomiendo *Testo Yonqui* a todo el mundo), sino en haber creado dispositivos de encuentro y de creación que dan poder y crean alianzas entre personas que viven en los márgenes del régimen heterosexual.

De todos modos, la finalidad de este trabajo es enfocarse “en sus estupendos libros” y el modo en que resultan vitales para la praxis contemporánea.

1.2 - Recepciones de BP

Esta parte del capítulo da cuenta de un estado de la cuestión sobre las lecturas y apropiaciones de los textos de BP, especialmente de los que constituyen nuestro corpus: su producción durante la primera década del presente siglo.

Dado el perfil del/a autor/a que, como se percibe a partir del apartado “2.1 - Bio-biblio-grafía”, es imposible encasillar como “académico” o como “activista” de modo excluyente, las condiciones de recepción de sus textos se juegan también, principalmente, en el ámbito de una “praxis” en la que se imbrican academia y militancia, producción teórica y posicionamiento personal vivencial.

Ante la difícil tarea de sistematizar la diversidad de lecturas intentaremos seguir un ordenamiento basado en líneas temáticas, aunque en primer lugar nos referiremos a las tesis de doctorado previamente existentes sobre BP (apartado: Los textos de BP como marco teórico de investigaciones académicas). Sin embargo, las referencias analíticas a la producción de BP son frecuentes en investigaciones diversas en torno a la corporalidad, las sexualidades, la biopolítica o incluso la filosofía de la historia.

Estas diversas investigaciones proceden muchas veces de grupos militantes, de modo marginal a la academia, aunque algunas/os de sus integrantes sean también profesionales investigadoras/es. Si bien los feminismos y las militancias *queer* trabajan especialmente en criticar el supuesto divorcio entre “dentro” y “fuera” de la academia en consonancia con la crítica a la diferenciación entre “teoría” y “práctica”, el panorama de la recepción de BP está principalmente habitado por lecturas desde el activismo y en menor medida, por lecturas académicas en sentido tradicional⁵⁷.

Entonces, a continuación de referirnos a las tesis de doctorado, brindaremos un estado del arte sobre lecturas de los textos de BP que no guardan una articulación homogénea y que agruparemos por secuencias temáticas, en los siguientes apartados: biopolítica del género, políticas anales, disidencias diversas, filosofía del cuerpo, autoexperimentación textual-química-filosófica, reflexiones glo(c)ales.

1.2.1- Los textos de BP como marco teórico de investigaciones académicas

Por el momento no se ha realizado una tesis doctoral que se concentre específicamente en la producción de BP, aunque sea con un recorte diferente al que la nuestra propone. Sí, algunas tesis consideran la conceptualización de BP como parte de su marco teórico.

Por ejemplo, Otávio Luiz Cabral Ferreira leyó la tesis “Construcción sexual y performatividad. Análisis del proyecto: tres pieles en un cuerpo” en la Universidad Politécnica de Valencia, con dirección de Isabel Doménech Ibáñez, el 24 de noviembre de 2010⁵⁸. Dicha tesis analiza un proyecto específico desde la perspectiva de la performance, enmarcada en los estudios de género y en la teoría *queer*, trabajando la performatividad en la línea de Judith Butler y de BP. El análisis del proyecto se basa en la idea de que la identidad es el espacio desde el cual articular una política de resistencia y que es su carácter abierto e incompleto lo que permite su resignificación. En este sentido, aplica nociones de BP pero no ofrece un acercamiento analítico a las mismas.

⁵⁷ En esta distinción, el activismo no excluye la pertenencia académica, mientras que el sentido “tradicional” de academia, sí excluye un compromiso activista militante.

⁵⁸ Tesis inédita, accesible en la web de la universidad: <http://riunet.upv.es/handle/10251/8970>. Consultada el 22/02/15

Otro tanto ocurre con “Orlan como paradigma de la estética del sacrificio” de José Ignacio Benito Climent en la Universidad de Valencia, dirigida por Manuel Asensi Pérez y defendida el 26 de julio de 2011⁵⁹. Se trata también de un análisis estético-político bajo el prisma teórico de Julia Kristeva, Judith Butler y BP, a las que curiosamente engloba en conjunto como “feministas de la diferencia”, reunión en principio incongruente.

La investigación que hemos realizado sobre producción de tesis, tanto en el ámbito español como latinoamericano, no ha brindado existencia de una producción académica que guarde características similares a la que estamos proponiendo aquí.

1.2.2 - Biopolítica del género

El caso en análisis en este apartado lo constituye el cuarto volumen de la colección *Conversaciones Feministas* editada por Ají de Pollo en Argentina. En ese libro, titulado *Biopolítica*, se editó la traducción al castellano rioplatense del artículo de BP “*Biopolitique du genre*” seguida de lecturas analíticas por parte de diferentes grupos e individuos militantes de Latinoamérica.

El grupo editor, Ají de Pollo, estuvo integrado por Mónica D’Uva, Josefina Fernández y Paula Viturro, feministas e investigadoras de las áreas de Filosofía, Antropología y Derecho, respectivamente. Ají de Pollo existió como colectivo entre 2003 y 2009. En 2003 organizó el *Primer Foro Latinoamericano “Cuerpos ineludibles: un diálogo a partir de las sexualidades en América Latina”* que sesionó en el Museo Julio A. Roca de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires con la participación de más de doscientas/os activistas, artistas y académicas/os. Las intervenciones y los debates fueron publicados por Ediciones Ají de Pollo (2004). En base a las resonancias de dicho Foro y las repercusiones en el activismo y en los debates teórico-políticos, el grupo inició una colección de *Conversaciones Feministas* bajo su sello editorial independiente:

Como grupo nos ha interesado generar y consolidar dentro del movimiento de mujeres, el movimiento feminista y el movimiento socio-sexual local y, en menor medida, latinoamericano un debate orientado a

⁵⁹ Editada como libro en 2012, con el título *El arte-carnal en Orlan. Hacia una estética del sacrificio*. Madrid: Editorial Devenir.

incorporar una perspectiva crítica y poner en cuestión algunas de las certezas con que tales movimientos desarrollan su accionar en la sociedad. (...) Definiéndonos como feministas, considerándonos también integrantes y responsables de uno de los movimientos emancipadores del siglo que acaba de concluir, nuestras preguntas, entonces, son realizadas a la propia teoría y práctica feminista. Pensamos que las reivindicaciones fundacionales del feminismo siguen vigentes en nuestros países, pero que debemos revisar nuestros tipos de intervención, nuestros fundamentos teóricos, nuestro activismo, nuestras alianzas (Ají de Pollo, 2007: 9 y 10).

La edición de *Conversaciones Feministas* tuvo entonces como clave para el diálogo justamente la pertenencia y auto-adscripción al feminismo, en sentido amplio y diverso; en especial, de modo disidente al considerado feminismo hegemónico (blanco, heterosexual, burgués/clase media, adulto, capacitado, “de mujeres”...) y en convergencia con los movimientos socio-sexuales. El propósito editorial de la colección era generar debate teórico-político en torno a temáticas como el parentesco y su relación con el orden jurídico o la categoría de género vinculada a las tecnologías de control biopolítico y su impacto en la construcción de las identidades. En función de ello fueron seleccionados los textos principales que se utilizaban como disparadores en la convocatoria a militantes latinoamericanas/os:

Elegimos autoras cuyas obras abren tópicos que habilitan una revisión crítica de nuestras prácticas y reflexiones teóricas⁶⁰. Para ello, procuramos seleccionar textos poco debatidos en el ámbito local o que no cuentan con traducción por no estar incluidos en el canon de lecturas que impone la academia feminista en lengua castellana ni, menos aún, por las editoriales con propósitos comerciales. Estos artículos conforman la base de la colección *Conversaciones Feministas*, que se completa con la discusión generada a partir de su lectura por parte de grupos de activistas, creando un entramado de voces en torno al problema propuesto en cada volumen.

Con respecto a la selección de estos temas, nuestra propuesta, en algunos casos, toma el guante de la agenda feminista regional con el fin de contestarla, corregirla o impugnarla. Para ello, sostenemos la convicción de que mantener espacios abiertos al debate, en donde converjan la mayor cantidad de voces involucradas, es también un modo

⁶⁰ El uso del plural femenino forma parte de una decisión política editorial, no significa que solo hayan editado artículos de escritoras.

de intervención que nos puede alejar de la despolitización y abulia a la que permanentemente nos conduce el sistema de dominación socio-político-económico en el que estamos inmersas (*Ibíd.* 11).

El último volumen editado por la colección fue *Biopolítica*, en el año 2009, que contenía la traducción del texto de BP y cuatro interpretaciones analíticas del mismo a partir de las lecturas militantes de Fugitivas del desierto, colectivo de lesbianas feministas de la ciudad de Neuquén, Argentina; Felipe Rivas San Martín, activista marica⁶¹ y artista visual de Santiago de Chile; Amalia Fisher, feminista e investigadora en Ciencias Políticas y Sociales, oriunda de México y radicada en Brasil; Mauro Cabral, militante intersexual e investigador en Historia y Filosofía de la ciudad de Córdoba, Argentina.

El artículo de BP en francés figuraba en su página web desde 2007 anunciado como ponencia presentada en Paris VIII - Saint-Denis y a su vez extracto de un libro por editarse con el título *Gender Copyleft*. El libro se editó en 2008 pero llevó por título *Testo Yonqui* y el artículo “Biopolitique du genre” formó parte del capítulo 12: “Micropolíticas de género en la era farmacopornográfica. Experimentación, intoxicación voluntaria, mutación”, pasando a ser, con modificaciones, el apartado “Bioterrorismo de género” del mismo. Cuando Ají de Pollo edita *Biopolítica*, en febrero de 2009, *Testo Yonqui* no se comercializaba en Argentina y de hecho tardó varios años en ser importado por las librerías comerciales⁶².

Así presentaba el volumen *Biopolítica* la traducción del texto de BP:

Con la mirada puesta en las formas en que el mundo de la vida se hace objeto de los dispositivos de control social y político y habiendo asumido la imposibilidad e incoherencia de sostener la división naturaleza-cultura - ni siquiera para una aproximación de tipo analítica- hemos querido dar pie a esta conversación mediante un texto que avanza sobre la producción de los cuerpos sexuados como prototipos ensamblados en la línea de montaje tecno-discursiva.

⁶¹ Como “marica” se adjetiva el propio artista, cuestión que se comprenderá mejor al ver las perspectivas *queer* que oponen a la normalización una re-apropiación de las identidades abyectas.

⁶² Este dato es relevante desde la perspectiva de la militancia feminista y socio-sexual en relación con la producción de conocimiento y la circulación de saberes, que se gesta desde una posición fronteriza, no solo “dentro” sino también “por fuera” de la academia. En este caso, señala la avidez de las militancias latinoamericanas por estar actualizadas más allá de los circuitos intelectualmente legitimados y de la producción editorial comercialmente hegemónica.

El ingenioso texto de Beatriz Preciado, “Biopolítica del Género”, nos brinda la oportunidad para rearmar / desactivar la matriz normativa de la sexualidad, pensada ésta en cuanto referente emblemático de un orden dado como natural que establece el sentido y la legitimidad de la experiencia humana (Ají de Pollo, 2009: 9).

Para un estado de la cuestión interesa precisar las claves de lectura con las que se recepcionó la traducción rioplatense del artículo de BP. El colectivo Fugitivas del desierto en “Prácticas ficcionales para una política bastarda. La tecno-lesbiana” utiliza su lectura para cuestionar principalmente dos hegemonías: por un lado, la que opone “centro” e “interior” en la geopolítica argentina, marginando a las provincias y relegando las perspectivas de sus ciudadanas/os a una posición irrelevante; por otro lado, la que busca inteligir producciones de sentido del cuerpo lesbiano por fuera de las representaciones de “la mujer”. Esta desnaturalización de “la bio-mujer” y la producción de “la tecno-lesbiana” se basarán en la idea que propone BP de las prácticas políticas como experimentación, ya que las mismas “se oponen tanto a las instituciones políticas tradicionales que se presentan como soberanas y universalmente representativas, como a las epistemologías sexopolíticas heterocentradas que dominan todavía la producción de la ciencia” (Fugitivas, 2009: 68). De este modo, la lectura del colectivo de lesbianas feministas privilegia un sentido afirmativo de la biopolítica que, siguiendo a BP y a Maurizio Lazzarato, permita abrir posibilidades en las que los cuerpos y las identidades disidentes se posicionen como potencias políticas y no simplemente como efectos de los discursos sobre el sexo.

Felipe Rivas San Martín en “Biopolítica, tecnología en red y subversión” considera que BP es “una autora indispensable para entender los recorridos sexo-disidentes en el contexto de (...) Chile” (Rivas, 2009: 75). En su lectura señala diferencias de BP con Foucault y con Butler, para marcar los límites de la conceptualización de BP. Así indica que “el tema de las tecnologías en red, si bien aparece en Preciado como resultado de la enumeración de las tecnologías, no es desarrollado como parte de su conceptualización del poder y de las posibles estrategias de resistencia” (*Ibíd*: 87). Por lo tanto, si bien BP especifica que, a diferencia de Foucault, se va a concentrar en las tecnologías de producción-modificación corporal y, a diferencia de Butler, se detendrá en los procesos corporales y en las transformaciones que suceden en los

cuerpos transgénero y transexuales, desmerece la proliferación de las “nuevas” tecnologías de la información y de la problemática virtualidad - disidencia sexual, como espacio de posibilidad actual de la acción política. Si bien lo que más motiva el interés reflexivo de BP es la industria pornográfica, según Rivas su análisis adolece de omitir el mercado emergente del porno en los portales *amateurs*.

El activista señala además una crítica a la interpretación que brinda BP del relato de Agnès⁶³, una persona intersexual, pues considera que “la lectura que hace [BP] constituye más una interpretación desplazada de su propio interés de justificación política que una lectura efectiva de los procesos implicados en la vida de Agnès [la persona intersexual]” (*Ibíd*: 94). La consecuencia indeseable en este desplazamiento interpretativo por parte de BP es que provoca “una cierta cosificación y apropiación teórica de los “otros” cuerpos, experiencias e identidades periféricas” (*Ibíd*: 95).

Éste es un señalamiento que reiterarán diferentes militantes de la disidencia sexual, alertando sobre la operación colonizadora que implica tomar el lugar de otras/os/*s. En particular, sobre la estrategia de teorizar desde la posición privilegiada de la academia y objetivar identidades que aparecerían como las portadoras de la disidencia:

muchos teóricos e intelectuales heterosexuales, feministas o incluso gays y lesbianas, sienten un alivio al pensar que existen cuerpos e identidades que transgreden de manera paradigmática las normas heterosexuales y que por lo tanto son los otros y no uno mismo, quien ocupa un lugar privilegiado -y por tanto tiene la responsabilidad- de constituir resistencias a los regímenes genérico-sexuales. (...) problema de la constante institucionalización académica de la “teoría queer” (*Ibíd*).

Pero a pesar de estas críticas el autor rescata la apuesta de BP por la acción. Si bien filosóficamente no tendría el cuidado que caracteriza a Butler por precisar términos y evitar fundacionalismos, entendería la urgencia de la acción:

Tal vez en este sentido Preciado tenga la razón. Tal vez, más allá de cuestionarnos sobre el estatus ontológico del sujeto político, más que insistir en la pregunta por el agente o el sujeto, más que indagar en las oscuridades de lo que pueda significar la acción política, lo que nos queda

⁶³ Sobre el análisis del caso Agnès que realiza BP nos detendremos en el Capítulo 5. En función de armar el estado de la cuestión intentamos brindar datos básicos para comprender la recepción de los textos.

hoy es “actuar”. Actuar políticamente, aunque aún no sepamos muy bien lo que eso signifique (*Ibíd*: 100).

Amalia Fisher en “De dudas, diálogo y preguntas sobre Agnès biodrag y una insurrección de saberes” afirma compartir el pensamiento de BP resultándole difícil tomar distancia del mismo, por lo que propone un diálogo antes que una crítica. Para ello selecciona párrafos concretos del artículo de BP a partir de los cuales busca matizar la interpretación del caso intersexual. Con este objetivo contrapone la interpretación de BP con otras, comparación que le permite ofrecer una lectura paradójica del caso al indicar dos posibles sentidos que se manifiestan a la vez: “por un lado, [Agnès] desterritorializa su cuerpo/deseo cuando hace con él lo que quiere, usando las técnicas del biopoder para engañarlo y, por otro lado, continúa territorializada cuando se comporta (...) como una niña boba excesivamente femenina, sumisa y homofóbica” (Fisher, 2009: 116). El primer sentido es consonante con el relato de BP, mientras que el segundo resulta alternativo, complejizándolo.

Mauro Cabral en “Salvar las distancias - Apuntes acerca de “Biopolítica del Género”” destaca del texto que Preciado sintetiza

los desarrollos de un feminismo imprescindible: aquel que no teme a la biotecnología ni abjura de ella, aquel que la identifica como la matriz misma de corporización, aquel que se atreve a reconocer en la categoría de género un artefacto esencial para el funcionamiento de esa matriz (Cabral, 2009: 124).

A partir de allí centra su lectura en lo que denomina una economía diferencial de la *colectivización* al considerar que el texto “debe ser leído *con y contra* Preciado, a partir de una interrogación tanto ética y política de su *performance* textual: ¿quién *colectiviza* la historia de quién, mediante qué condiciones de posibilidad, bajo qué supuestos, con qué consecuencias?” (*Ibíd*: 128). En consonancia con las observaciones de Felipe Rivas San Martín, verá problemático el lugar de las perspectivas de identidades trans o intersex, que quedarían capturadas por una palabra autorizada académicamente que habla sobre y por ellas opacándoles la propia voz. Del mismo modo, señalará las distancias entre el Norte y el Sur, como ejes geopolíticos que reproducen la dominación, siendo el Norte el que genera

categorías en las que atrapa la situación del Sur. En este sentido, aplica a BP las mismas críticas que el/la autor/a realiza a Foucault y a Butler en sus respectivas lecturas del caso Herculine⁶⁴, para concluir que en su relato de Agnès, BP cancela la distancia que las separa históricamente y en dicha cancelación genera violencia epistémica:

para que la cancelación de esa distancia pueda tener lugar es preciso que otros “movimientos sexuales vivos” hayan sido desoídos (...): aquellos movimientos teóricos y políticos que rechazan a ultranza las economías *queer* de las experiencias *trans* e *intersex* como sus objetos apropiados, aquellos que denuncian esas economías diferenciales de la objetivación colonialista de la experiencia como uno de los modos mismos del sistema en cuyo desmantelamiento trabajan (*Ibíd*: 132-133).

Esta severa crítica sobre el aspecto político de la propuesta de BP no implica un desacuerdo teórico, ya que Cabral sostiene que acuerda conceptualmente con BP pero que el gesto con que presenta la problemática compromete su potencia política cuando

eleva a rango universal modos de articulación teórica y política que son los del Norte Global en el que vive pero, más importante, al que lee y en el que escribe y publica como cuando *baja* esos modos y de ese modo a estos sures (*Ibíd*: 137).

1.2.3 - Políticas anales

BP denomina “políticas anales” a las revoluciones pacíficas de la década del 70 en el siglo XX: “Estas micropolíticas de feministas, maricas, tortas, travestis y transexuales se oponen al modelo tradicional de la política como *guerra* (...) y proponen un nuevo modelo de la política como relación, fiesta, comunicación, autoexperimentación y placer” (Preciado, 2009: 148). Esta denominación entonces, abre la posibilidad de una perspectiva afirmativa en las militancias, que no se deja doblegar por lo instituido y que busca desacomodarlo creando alternativas placenteras en lugar de una lucha desde la protesta, el enojo o el desencanto.

⁶⁴ Se trata del caso de una persona intersexual del siglo XIX que analiza Foucault en *Herculine Barbin llamada Alexina B.* (2007 [1978]) y retoma Butler en *El género en disputa* (2001 [1990]).

En 2013 la colección argentina Incidencias editó una compilación de textos de BP que llevan este tono militante; la edición constituye una singular recepción porteña bajo el título *Terror anal y Manifiestos recientes de Beatriz Preciado*. La colección es de la editorial independiente La Isla de la Luna que reunió un texto editado en 2009 por melusina (“Terror anal”) y dos artículos periodísticos de 2013 en *Libération* traducidos para la ocasión. El compilado es presentado por el artista, activista de la disidencia sexual y teórico Fernando Davis:

Este libro reúne tres manifiestos de Beatriz Preciado, filósofa y activista queer: textos de combate, herramientas radicales para encender desobediencias. Desmarcándose críticamente tanto de las tradiciones de izquierdas como de las reivindicaciones identitarias trazadas por el feminismo y el movimiento homosexual, provocan un sismo en el pensamiento y la acción políticos. Activan formas de subjetivación e invención desafiante de modos de vida, de alianza y de afecto contrarios a las lógicas del capitalismo cognitivo (Davis en Preciado, 2013d: contratapa).

El libro fue presentado en Buenos Aires el 19 de diciembre de 2013 por Fernando Davis, la escritora lesbofeminista María Moreno y la activista trans Cecilia Palmeiro. Posteriormente el suplemento Soy publicó en parte las presentaciones⁶⁵. Allí Fernando Davis destaca el irrenunciable gesto provocador de BP: “¿Y si estamos cambiando todo para que todo siga igual? La reedición de este libro obliga a responder con inteligencia y responsabilidad a esa pregunta” (Davis, 2013).

A la vez, en su presentación María Moreno visita el sistema educativo que produce al niño/niña castrado/a de todo ano y las marcas de esa castración en algunas obras de la literatura argentina, señalando en ellas la tensión entre terror anal y apertura gozosa del ano. En ese sentido recorre a Julio Cortázar, Wáshington Cucurto, los hermanos Lamborghini y Manuel Puig (Moreno, 2013).

Mientras que Cecilia Palmeiro elige la modalidad de asumirse fan de BP y dedicarle una carta de admiración:

No me importa la muerte del autor, ni todo ese folklore. Vos proponés otra cosa: ponés el cuerpo en el papel, lista para una lucha que no es de otros,

⁶⁵ Suplemento semanal del periódico *Página/12* con temática relativa a las disidencias sexuales y genéricas. Acompaña la edición del diario cada viernes.

y que no es violenta: tu revolución es del amor, de compartir fluidos, de aliarse con los mil sexos, los mil otrxs (Palmeiro, 2013).

Su despliegue elogioso no le impide, sin embargo, contextualizar las políticas anales sudamericanas, cuando recupera, frente a las referencias al Frente de Liberación Homosexual de Francia, las militancias propias del homónimo argentino:

Yo laburé con el FLH y sus documentos, la vida y la obra de Perlongher⁶⁶, la fundación del Movimiento Homosexual Brasileño, la visita de Guattari al Brasil de la transición democrática, la cristalización de la identidad gay, la crisis del sida y lo queer post-2001. [...] En América latina, esas vanguardias políticas son también literarias: la búsqueda de un lenguaje político no logofalocéntrico se da desde entonces a través de la literatura (*Ibíd*).

1.2.4 - Disidencias diversas

En este apartado reunimos lecturas situadas en el compromiso activista para las que no es posible escindir entre espacio académico y militante, pero que tienen como tonalidad compartida, la de las disidencias; es decir, lecturas comprometidas con la crítica a las normatividades tanto sexuales como genéricas.

Alejandro Modarelli, militante gay, escritor y periodista argentino, participa de la compilación sobre intersexualidad *Un cuerpo, mil sexos: intersexualidades* con el artículo “El gozo de los raros eventos, la potencia del lenguaje. “Diagnóstico” de intersexualidad en la cultura” en el que rescata la lectura que BP realiza del caso Agnès, a partir de la ponencia en francés que baja de la web personal del/a autor/a. En su artículo coincide en que Agnès, a diferencia del caso Herculine analizado por Foucault, logra autonomía activista gracias a la mediación histórica de los medios masivos de comunicación y de los movimientos de derechos civiles. De este modo, muestra que las biotecnologías no sólo están al servicio de la opresión sino que pueden ser reapropiadas por esos “otros” que produce, en un arte de autogestión (Modarelli, 2010: 75-84).

⁶⁶ Néstor Perlongher (1949-1992) fue un sociólogo, ensayista y poeta argentino, fundador del Frente de Liberación Homosexual en Buenos Aires a inicios de los 70. Durante la última dictadura cívico-militar argentina se exilió en Brasil, donde murió por complicaciones de salud basadas en el sida. Actualmente se lo reivindica como un pionero de las militancias y literaturas *queer*.

Desde la militancia lesbofeminista se producen lecturas dispares sobre los textos de BP. En Argentina, valeria flores⁶⁷ es una de las militantes que más incorpora lecturas de BP, sobre todo en su blog *escritos heréticos* en el que se presenta como “escritora maestra tortillera masculina feminista heterodoxa queer prosexo postfugitiva⁶⁸ habitante del “interior” de argentina” (flores, 2014). En su última publicación en formato libro, *interruqciones*⁶⁹. *ensayos de poética activista. escritura, política, pedagogía* (2013) hay múltiples referencias a los diferentes textos de BP, que se pueden alinear en dos sentidos principales. Uno, la inscripción de valeria flores en una genealogía feminista pro-sexo que reivindica usos de la pornografía desconstructivos del heterosexismo coitocéntrico, para lo que acude vastamente a “Museo, basura urbana y pornografía” (Preciado, 2009c). Otro, apropiaciones de la conceptualización de BP en función de producir una escritura *cuir*⁷⁰ que habilite la inteligibilidad del cuerpo lesbiano. En consonancia con BP, flores considera que la cuestión clave en los movimientos *cuir* no es buscar la integración en la sociedad neoliberal sino intervenir críticamente en los procesos de producción de la vida

“reconociendo el potencial político y expresivo de una práctica/saber que desorienta el orden normativo de lo que se debe hacer -y lo que no- con los cuerpos. Por eso, escribir cuir no se inscribe en la pasión de lo categórico, sino en la seducción de la secuela y la deriva, cuya letra es reticente a la horma moral de la utilidad, la generalidad, la espectacularidad y la actualidad” (flores, 2013: 59).

En este sentido, el modo en que BP caracteriza el dispositivo de poder contemporáneo como flexible, a partir de tecnologías blandas e incorporables, le permite pensar a flores las maneras en que “el cuerpo se hace escritura” (*Ibíd*: 97). El régimen actual de poder farmacopornográfico nos ubica en la posición ambigua

⁶⁷ Las minúsculas en este nombre no constituyen un error de tipeo sino una decisión política de auto-asignación por parte de la teórica y activista feminista *queer* valeria flores. Así lo justifica: “las minúsculas en el nombre propio, una estrategia de minorización del nombre propio, de problematización de las convenciones gramaticales, de dislocar la jerarquía de las letras, una apuesta al texto antes que a la firma de la autora, percibir el propio nombre como un espasmo de una ficción llamada “yo”, un yo deslenguado que funciona como eco de muchas otras voces, que no cesa de latir ese murmullo colectivo, contra la mayúscula como forma de la ley (...)” (flores, 2012: 4).

⁶⁸ Post-fugitiva, si bien es una calificación metafórica que abre sentidos, uno de ellos alude a la cualidad de ex integrante de Fugitivas del desierto, colectivo lesbo-feminista de Neuquén mencionado previamente. El nombre “fugitivas” establece un linaje con Monique Wittig, ver n.42 y Wittig (2006).

⁶⁹ Sobre las minúsculas vale la misma aclaración realizada en n.67. Además, el reemplazo de la “p” por la “q” también es intencional, tal como aclara poéticamente la autora: “modo poético de cortar una conversación a la que no fuiste invitadx pero de la que se es objeto de su dicción” (flores, 2012: 3).

⁷⁰ Sobre la noción “cuir” ver Introducción, apartado “II.1.3”.

de proceder de operaciones de enfatizado control -en tanto ubicuo, maleable e invisible- que al mismo tiempo hacen posibles gestualidades disidentes, innovadoras, porosas en los intersticios de tal control:

siguiendo el razonamiento de Beatriz Preciado, en la era postsexual (...) más que interrogar acerca de qué sería lo post de lo sexual, perturba este saber que acusa pero no impide, que revela pero no libera, que evidencia pero no desactiva. ¿La impotencia de un saber? ¿el agotamiento de un poder? Pero más me incita a experimentar en la letra la potencia de los cuerpos, del cuerpo, del cuerpo lesbiano. ¿Es admisible socialmente y pertinente políticamente hablar/pensar el cuerpo lesbiano en la era post-sexual? Esto es una prueba provisoria, una tentativa inconclusa, un atentado minúsculo de un saber/poder que busca en la escritura el despliegue de umbrales y vectores, planos y flujos. Sabemos que el prefijo “post” no es pasado ni progreso, es alteración de matrices normativas de interpretación. El cuerpo lesbiano es una cuña fugitiva, sin pretensiones universalistas ni totalizantes ni supremacistas, para seguir comprendiendo y agitando la sexo-política en la particularidad de cada contexto (*Ibíd.* 126).

Así, las lecturas de Valeria Flores constituyen una apropiación de los conceptos de BP contextualizados en la geopolítica del Sur y sus militancias vernáculas. En consecuencia, en lugar de reprocharle a BP su falta de perspectiva hacia la otredad “sudaca”, la incorpora fagocitando sus conceptos. En este mismo sentido va su utilización de las nociones de BP para analizar la situación de penalización del aborto en Argentina y determinadas militancias feministas al respecto.

Actualmente hay dos grandes articulaciones feministas a nivel nacional en Argentina sobre la temática del aborto. Por un lado, la Campaña Nacional por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito (Campaña), constituida por

305 grupos, organizaciones y personalidades vinculadas a organismos de derechos humanos, de ámbitos académicos y científicos, trabajadoras/es de salud, sindicatos y diversos movimientos sociales y culturales, entre ellos redes campesinas y de educación, organizaciones de desocupadas/os, de fábricas recuperadas, grupos estudiantiles, comunicadoras y comunicadores sociales, etc (Campaña, 2014)⁷¹.

⁷¹ http://www.abortolegal.com.ar/?page_id=2 Consultada el 25/02/14.

Para la Campaña el principal objetivo es la despenalización de la práctica del aborto y su legalización, enarbolado integralmente en el lema que acompaña su trabajo desde los inicios en 2003: *Educación sexual para decidir, anticonceptivos para no abortar, aborto legal para no morir*. Dados los aspectos jurídico-formales que abarca su propuesta, un trabajo continuo es el del *lobby* para conseguir adhesiones por parte de legisladores/as al Proyecto de Ley presentado e impulsado desde la Campaña⁷².

Por otro lado, la agrupación Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto (LyF) trabaja desde 2009 para facilitar el acceso al aborto voluntario químicamente producido a mujeres que por su condición económica y de clase se ven excluidas de la posibilidad de costear la práctica clandestinamente en un lugar seguro⁷³. Para ello cuentan con una línea telefónica de acceso público donde cualquier mujer puede obtener información sobre aborto con medicamentos, en la que brindan información de la OMS y de la FLASOG⁷⁴. Del mismo modo, han editado un libro de distribución gratuita que puede bajarse en internet *Todo lo que querés saber sobre cómo hacerse un aborto con pastillas*⁷⁵. Allí se presentan de este modo:

Desde Lesbianas y Feministas por la Descriminalización del Aborto trabajamos en diferentes espacios que consideramos clave no sólo para promover la legalización del aborto en Argentina, sino para al mismo tiempo mejorar el acceso a la información de las mujeres sobre aborto seguro y la atención pre y pos aborto, esto último, trabajando con médicos/as y equipos de salud, funcionarios/as públicos/as y organizaciones sociales (LyF, 2010).

La activista Valeria Flores va a analizar especialmente este segundo tipo de militancia sobre el aborto ya que, sin desmerecer el *lobby* parlamentario, las alianzas políticas con organizaciones sociales, feministas y de profesionales, va a facilitar acciones

⁷² Ver <http://www.abortolegal.com.ar/?p=462>

⁷³ Esta agrupación no es la única, ya que distintos grupos de mujeres a lo largo del país realizan tareas de "socorrismo" similares que permiten el acceso al aborto clandestino; sin embargo, es el colectivo más radical en sus acciones y fundamentos, sobre todo por el rol protagonista que hace jugar a la visibilización lésbica. Por esta razón lo toma de ejemplo Valeria Flores.

⁷⁴ OMS: Organización Mundial de la Salud. FLASOG: Federación Latinoamericana de Asociaciones y Sociedades de Obstetricia y Ginecología.

⁷⁵ Ver <http://es.scribd.com/word/removal/46962583>

concretas a mujeres de diferentes sectores sociales. En este sentido, el bagaje conceptual de BP le sirve para realzar este tipo de activismo:

En el actual contexto de un capitalismo fármaco-pornográfico, a decir de Beatriz Preciado, donde hay una influencia cada vez más decisiva de la industria farmacéutica en la regulación de los cuerpos, activando nuevos procesos de medicalización de la sexualidad y la reproducción, resulta un potente acto de resistencia el colocar la información del uso de una droga para abortar de modo seguro en manos de las mujeres. Pensemos en la píldora anticonceptiva, desarrollada por la industria farmacéutica y reabsorbida en el anonimato cotidiano del espacio doméstico, que operó más como producción y control molecular del género que como gestión de la reproducción (Preciado, 2008a: 129), convirtiéndose esta técnica hormonal en una prótesis feminizante. ¿Por qué no considerar, entonces, el misoprostol como una prótesis desfeminizante y desmaternizante? (flores, 2010)

Así valeria flores brinda una lectura de BP que permite valorar estrategias disruptivas en las condiciones adversas de una militancia feminista que lleva décadas luchando para acabar con la clandestinidad de la práctica del aborto. La agrupación LyF logra dar el giro contemporáneo de generar una alternativa en el propio ámbito clandestino; es decir, abrir un poro en el dispositivo de poder. Algunas integrantes de LyF muestran además que su lectura de BP resultó una fuente de inspiración para implementar las estrategias de apropiación de medicamentos por fuera del orden médico. Así lo reconocen por escrito:

Fuimos construyendo nuestros argumentos con nuestras propias ideas y lecturas: recuperamos (...) la desestigmatización de la autoadministración de hormonas que sugiere Preciado (...). A mitad del 2009, lanzábamos la Línea “Aborto: más información, menos riesgos” (...) sosteniendo que: Las mujeres tienen capacidad y derecho a decidir sobre sus cuerpos y su salud basándose en información actualizada y completa, utilizándola en concordancia con sus creencias, valores e ideas personales. Nadie puede imponernos ni su moral ni su religión. Por eso ejercemos nuestro derecho al conocimiento sobre cómo abortar en forma más segura sin distinción de clase, raza, sexo, orientación sexual, género, etnia, edad, capacidades físicas o mentales o nacionalidad. Exigimos que se respete nuestra autonomía y dignidad como personas (Díaz, Marzano, Mines y Rueda, 2014).

En el mismo ámbito militante lesbo-feminista pero en el contexto español, algunas reconocen el aporte de BP desde la teoría *queer*, fundamentalmente con la recepción de *Manifiesto Contra-sexual*. Así lo manifiesta, por ejemplo, Raquel Osborne:

Entre las lesbianas, sin duda el trabajo más innovador de teoría queer hecho por una española es el de Beatriz Preciado. En el *Manifiesto contra-sexual* “reivindica su filiación con los análisis de la heterosexualidad como régimen político de Wittig, las investigaciones de los dispositivos sexuales modernos llevadas a cabo por Foucault, los análisis de la identidad performativa de Butler y la política del cyborg de Haraway” (Preciado, 2002: 21). Contando, además, entre sus musas a Carole Vance, Gayle Rubin y Pat Califia, entiende la contrasexualidad como el fin de la Naturaleza como orden que legitima la sujeción de unos cuerpos a otros (Osborne, 2008: 97).

En igual contexto, la militante lesbo-feminista Susana López Penedo hace una sistematización de la recepción *queer* en España en función de cuestionar que las teorías *queer* reproducen y refuerzan aquello que quisieran cuestionar, ya que en lugar de desarmar al dispositivo de sexualidad terminarían consolidándolo. En este sentido, las teorizaciones de BP no escaparían a la trampa:

La función final de lo queer parece consistir en penetrar los cuerpos marginados hasta legitimarlos y anexarlos a las mismas instituciones que forman los pilares del dispositivo de sexualidad. Para los queer la vida personal está sexualizada, y también lo están la política y la economía, y ellos no la desexualizan, sino que proponen otra alternativa sexualizada a lo que ya existe. [...] La propuesta de una contra-sexualidad que hace Beatriz Preciado es un buen ejemplo. (...) a pesar de sus esfuerzos por intentar romper los moldes creados por las prácticas sexuales dominantes, Preciado no logra sustraerse al marco de la sexualidad, y sus propuestas de acción terminan pasando por la genitalización de todo el cuerpo, sin ser capaz de evitar, ni siquiera, el concepto de orgasmo (López Penedo, 2008: 25-26).

Dentro de las militancias socio-sexuales también algunos *gays* abrevan en las conceptualizaciones de BP reconociéndole una influencia importante. Desde España Javier Sáez, por ejemplo, se apropia de las nociones del *Manifiesto* para reflexionar sobre representaciones masculinas vulnerables, a partir de la cinematografía del *fist-*

fucking, donde sigue la propuesta de BP de resexualizar el ano. En función de eso analiza representaciones de *fist-fucking* como ejemplo de un porno sin genitales que desconstruye la corporalidad moderna (Sáez, 2003). Posteriormente, junto a Sejo Carrascosa, retoma consideraciones del *Manifiesto*, para concentrarse en la cuestión de si el ano carece o no de género. Para ello incorporan la conceptualización de “políticas anales” que BP desarrolla en “Terror Anal” y realizan un análisis del pánico anal en la cultura occidental contemporánea. En este texto los autores ponen en crisis la hipótesis de BP sobre el género del ano, ya que en el marco de la heteronormatividad las operaciones tecno corporales lo producirían con determinado género según el uso:

En consecuencia, tal y como se ejerce la política anal hoy en día, dentro de un régimen heterocentrado y machista, el culo sí tiene género: si es penetrable, es femenino; si es impenetrable, es masculino. (...) Hoy en día, cuenta más el uso que se hace del culo (o el no uso) a la hora de definir la sexualidad, que los propios órganos genitales (Carrascosa y Sáez, 2011: 172)

En el mismo sentido, Eduardo Mattio, filósofo y activista gay de la ciudad argentina de Córdoba, valora en la micropolítica contra-sexual de BP “la radicalidad ontológica, ética y política del culo para una teoría y una praxis de la diversidad sexo-genérica” (Mattio, 2013). Rescata igualmente la invitación a resexualizar el ano,

a “colectivizar el ano” (Preciado 2009: 172), a repensar lo que puede un culo, a entenderlo como “una máquina revolucionaria altamente manejable y pensada para su uso colectivo” (Preciado 2009: 149). Aprender del culo, escribir con él, empuñarlo de manera colectiva, nos pone en el camino de la utopía anal que todavía nos espera (Mattio, 2013).

También en Chile, desde el entorno de la disidencia sexual y el pensamiento *cuir* hay ecos de las lecturas de BP. Cristián Cabello, especialista en Comunicación Política, reflexiona sobre las prácticas *drag king* para las que va a reconocer la influencia de BP, particularmente en Santiago de Chile donde él/ella impartió talleres:

Para una de las traductoras principales de las micropolíticas del deseo y de lo *queer* en Iberoamérica (me refiero a Beatriz Preciado), el *drag king* es una cuestión de gestión del poder: un poder que se relaciona con lo masculino. Preciado se apresura en afirmar y construir una re-programación del género, llevándolo a un proceso principalmente imitativo, es decir, donde otra vez la norma de género binario es un proceso de cita consciente realizada por los sujetos que desplazaría los paradigmas hegemónicos de la sexualidad normativa. Subrayo la imitación ya que ésta asume un proceso de identificación con lo otro, proceso que sólo en los talleres de masculinización se daría con tanta claridad (Cabello, 2011: 128).

Entonces, si bien Cabello reconoce la influencia de BP para una genealogía de las prácticas *drag*, cuestiona que incurriría en el binarismo del que pretende alejarse:

Hay una normatividad de Preciado que me parece aún ubicada dentro de un marco estructuralista binario, ya que da por hecho que es lo masculino aquello a lo que aspiran y aproximan los sujetos *drag* (*Ibíd*).

Desde Ecuador, Diego Falconí Trávez, activista homosexual, abogado, doctor en literatura comparada, integra el grupo de investigación “Cuerpo y Textualidad” de la Universidad Autónoma de Barcelona. Una de sus últimas contribuciones a tal proyecto incluye una crítica a BP que devela su colonialismo. La encontramos en su artículo de 2014, “La leyenda negra marica: una crítica comparatista desde el *Sur* a la teoría *queer* hispana” incluido en la compilación *Resentir lo queer en América Latina: diálogos desde / con el Sur*. Allí expresa que particularmente en *Testo Yonqui* BP contribuye a invisibilizar la migración bajo la apariencia de ser consciente de su situación de privilegio. En ese texto, como analizaremos en el Capítulo 6, BP explica su decisión de hormonarse con testosterona por fuera de todo protocolo médico y jurídico e indica que tal elección es posible para sí debido a circunstancias favorables: “porque no tengo que salir a buscar trabajo, porque vivo en una ciudad de más de ocho millones de habitantes, porque soy blanca, porque no espero ser funcionaria” (Preciado, 2008a: 51).

Falconí Trávez considera que este reconocimiento de auto-privilegio oculta el estatus migratorio; es decir, que BP puede someterse a la autoadministración de testosterona y experimentar la inestabilidad identitaria porque es europea/o, porque la ilegalidad de su identidad de género no debe preocuparse de otras ilegalidades

que marcan la subjetividad jurídica de modo más profundo (Falconí, 2014: 107). Señala además que una persona ilegal es un cuasi-sujeto jurídico (sin acceso a la seguridad social, a la posibilidad de trabajo en regla o la posibilidad segura de tránsito) y por tanto el privilegio de situación geopolítica no es parte del discurso de BP, incluso cuando sus privilegios corporales tratan de explicitarse en su corporalidad *queer*. Por lo que esta cuestión que sintomatiza la invisibilización del cuerpo migrante marica, posible interesado en la articulación *queer* (y posible lector de las propuestas hispanas), reproduce un circuito semi-cerrado de diálogos identitarios que plantea una curiosa economía de las identidades sexuales.

1.2.5 - Autoexperimentación textual-química-filosófica

Otras lecturas subrayan las prácticas de auto-experimentación ejercidas por BP y el gesto de posicionarse en ellas sobre todo a lo largo del relato *Testo Yonqui*. Esto implica en principio subrayar la dimensión química presente en la práctica de autoadministrarse testorena sintetizada químicamente. Pero esa práctica se integra en un experimento más abarcativo que incluye la pregunta por el significado de hacer filosofía, los géneros de escritura y los modos de leer. De allí que adjetivemos también como textual y filosófica la búsqueda de BP. En esta línea es pertinente indagar sobre la relación entre el posicionamiento identitario y el género literario que lo expresa, la reflexión filosófica y el formato textual que la articula, así como las interrelaciones entre estos interrogantes. Estos variados sentidos son explorados en las lecturas que presentamos a continuación.

Rafael Mérida Jiménez, activista gay e investigador en crítica literaria, se concentra en el sentido de tal relato en tanto auto-biográfico. En la ponencia “El espacio autobiográfico del cuerpo trans en España” lo toma como ejemplo de autopercepción trans en el que se comprueba el indiscutible cambio de esas sexualidades otras y de sus imaginarios y prácticas, normalizaciones y disidencias, analizándolo comparativamente con la biografía de Dolly van Doll por Pilar Matos (*De niño a mujer*, 2007). De ésta valora autopercepciones transexuales y heterosexuales a partir de los años 60 y, sobre el ensayo de BP, se interroga respecto de las nuevas combinatorias de géneros literarios y géneros sexuales al inicio de este milenio. En su análisis se concentra en los capítulos impares del texto, que, como vimos,

“formarían parte de la esfera más aparentemente *íntima*” (Mérida, 2010: 8). Toma esos tramos del relato como significativos para abonar a la historización de autobiografías trans, si bien se interroga tanto por la adscripción de trans para BP como por el género literario de su relato. En cuanto al tipo de identidad, afirma: “Pero, ¿es Beatriz Preciado trans? La respuesta sería positiva y negativa, según el discurso y el interlocutor, según qué siga al prefijo *trans*” (*Ibíd*: 6). En esta inclusión sigue entonces los vaivenes del propio relato de BP, que algunas militancias trans considerarán traidor a su causa.

En cuanto al género literario de dicho relato, en principio Mérida encuentra que contribuye a configurar un espacio autobiográfico trans, elemento en común con el otro relato que analiza:

podrían apuntarse algunos nexos comunes, que serían aquellos que podrían fijar un espacio autobiográfico trans común. Destaco dos: el primero sería la revisión de la niñez y adolescencia como espejo que refleja la identidad sexual; el segundo vendría asociado a la experiencia del exilio y con ella, la del viaje que abre las puertas a nuevas realidades, a nuevas lenguas y a nuevas autopercepciones (...). En ambos casos, además, se constata que “El auténtico y genuino esfuerzo autobiográfico se encuentra guiado por el deseo de percibir y de otorgar un sentido a la vida. [...] La cuestión esencial reside en que ese momento en el tiempo está situado en un lugar de la vida del escritor más allá de un momento de crisis o más allá de una experiencia, o de un conjunto de experiencias que pueden jugar la misma función de una crisis” (Weintraub, 1991:20) (*Ibíd*:7).

Pero considera además que en el caso de BP dicha contribución no se hace estrictamente desde el género autobiográfico sino desde la categoría ensayo:

Pero se trata de un “ensayo” que me atrevería a definir como “impuro”, por híbrido, como Preciado se complace en señalar en el pórtico prologal, implícitamente, al emplear términos como “reflexiones”, “narraciones” y “relatos” (...). Esta construcción y deconstrucción de la identidad se aprecia a lo largo y ancho del cuerpo de la narradora que ensaya y se ensaya, y que explora a los otros mediante un recorrido que combina el recuento personal y el análisis político (...). Un ensayo cuyo “yo” puede ser masculino y femenino, pero también la suma de ambos (...). Se trata de una “autobiografía híbrida”, que se complace en jugar con los géneros

literarios (*genres*) con el objetivo de reformular los géneros sexuales (*genders*), mediante una primera persona multiplicada, con un claro propósito político (*Ibíd*: 8-10).

De todos modos, en el análisis de Mérida la posibilidad misma de clasificar el relato de BP escapa, deja un carácter híbrido inaprehensible en una etiqueta, del mismo modo que su juego identitario escaparía a la clasificación a partir de un proceso des-identificadorio.

María Giannoni, filósofa argentina, en la ponencia “*Testo Yonqui* y la potencia del cuerpo. Una lectura política del experimento T.” analiza el mismo relato para valorarlo como gesto de acción política en el marco de las concepciones filosófico-políticas de Giorgio Agamben y de Roberto Esposito, donde nuevamente cobra importancia la des-identificación:

Quisiera sugerir que este autoensayo, es un acto de construcción de sí y una autoteoría que no parte *de*, ni aspira *a*, un saber de sí misma, sino que parece ubicarse más bien en la perspectiva desde la cual el sí mismo es lo más des-conocido, lo que debe des-hacerse (Giannoni, 2012).

El entramado conceptual que posibilita la lectura de Giannoni supone la indicación de Agamben de que una de las formas en las que podemos imaginar una praxis política que rompa el nexo que une la vida a la violencia soberana, sería una acción humana sin ninguna relación con el derecho. Y siguiendo a Esposito, en el mismo sentido, esto implicaría llamar “impolítica” a una política contra-soberana en la medida en que, en el mismo suelo biopolítico, extremando y radicalizando el vínculo violento entre el poder y la vida, consiga acabar tanto con los extremos que la sostienen como con la relación misma: “No se trata entonces de hacer, sino de des-hacer lo que la política soberana produce” (*Ibíd*). En consecuencia, para esta lectura, el ejercicio de la crítica en tanto acto de resistencia que genera contra-conductas, pasa por el borramiento, por el gesto de no asumir una posición o, según el tono agambeniano, de asumir un no-posicionamiento:

Más que de la representación de una nueva identidad de género, se trata de una forma de gestión de la propia identidad a través del des-reconocimiento, la des-identificación y la des-posesión, cuyo potencial político parece ubicarse en lo que ella puede no-hacer: la identidad de

género que no realiza, el circuito comercial que no utiliza, el placer que no experimenta y el cuerpo que no es (*Ibíd*).

Gerard Coll-Planas, integrante del colectivo LGTB catalán y doctor en Sociología, edita en 2012 el libro *La carne y la metáfora. Una reflexión sobre el cuerpo en la teoría queer* donde analiza críticamente la postura sobre el cuerpo de reconocid*s teóric*s queer entre quienes se encuentra BP. Los textos que considera de este/a autor/a son *Manifiesto contra-sexual* y *Testo yonqui*. Del primero critica el “contrato” que propone BP, ya que implicaría asumir que el género es una elección racional e individual. Coll-Planas sostiene que este planteamiento desconoce que la identidad de género se inscribe en nuestra subjetividad de una forma muy poderosa, con lo cual, no tenerlo en cuenta resulta “estéril”. Asimismo critica la universalización de las prácticas consideradas abyectas en el marco del heterocentrismo, promulgadas por BP, ya que pueden generar situaciones de opresión: violaciones, pedofilia, necrofilia, etc.

Sobre el segundo, Coll-Planas considera que BP sostiene un enfoque biologicista que se acercaría peligrosamente a los argumentos más retrógrados que promulgan el determinismo hormonal. Asimismo, sostiene que la manera en que BP presenta su experimento de auto-hormonación no tiene en cuenta la dimensión material de dicho proceso: el vínculo entre género y cuerpo o las personas trans que se hormonan por su cuenta para evitar la patologización o los posibles efectos secundarios de una hormonación inadecuada, entre otros factores.

El autor entiende que estos planteamientos conectan con el discurso liberal del *self-made-man*, ya que proponen una visión voluntarista de las personas respecto de su cuerpo, su sexo y su género, como si pudiesen modificarlo a gusto en cualquier momento: “estas aproximaciones idealistas y voluntaristas de la teoría *queer* no sólo no son transgresoras, sino que reproducen la incapacidad actual para admitir la vulnerabilidad de nuestros cuerpos” (Coll-Planas, 2012: 61).

En la lectura de Gerard Coll-Planas vemos un intento de sistematizar diversos escritos de BP a partir del hilo conductor de la conceptualización del cuerpo, en el marco de una evaluación de las teorías *queer*. En tal búsqueda de articulación entre escritos de BP encontramos una proximidad con nuestra propuesta, pero no coincidimos en el tipo de crítica que el autor realiza.

En su perspectiva sobre el *Manifiesto contra-sexual*, porque su crítica a las prácticas que BP rescata como contra-sexuales implica una lectura reduccionista que pasa por alto matices del texto; en particular, la resignificación de “sexualidad” que implica esta propuesta. En cuanto a *Testo Yonqui*, porque considerar que la apelación a las hormonas constituye un determinismo biologicista indica que el autor no advierte los presupuestos epistemológicos que permiten cuestionar la categorización de “hormonas sexuales”.

Para finalizar este apartado, consideramos un artículo que permite comprender a BP como continuadora crítica de Michel Foucault en tanto nos ofrece una perspectiva de el/la autor/a como lector/a. Se trata de “Olvidar a Baudrillard: Sawicki, Butler y Preciado como lectoras de Foucault” de Camilo Retana Alvarado (2012), costarricense, poeta y doctor en Filosofía. Retana hace una interpretación crítica de los textos de BP al contraponer dos formas de lectura de los textos foucaultianos:

una de orden primordialmente exegético en la que se enfrentan dichos textos a partir de la impronta de encontrar en ellos un sistema filosófico, y otra de carácter ético/epistémico en la que se aborda el corpus foucaultiano como un conjunto de conceptos y criterios analíticos útiles para la acción política (Retana, 2012: 23).

Ubica en la segunda modalidad las lecturas foucaultianas de BP, siendo a la vez la modalidad que el autor privilegia pues en ella se hace uso de la filosofía de Foucault como una caja de herramientas, tal como el propio escritor promoviera. En este sentido Retana destaca que las lecturas enriquecedoras son aquellas en las que “de lo que se trataría no sería, pues, de ser más o menos fiel a lo que Foucault habría querido que se hiciera con sus ideas, sino de profanarlo” (*Ibíd*: 24).

Su perspectiva es que, de las autoras que siguen una lectura de carácter ético/epistémico, BP es la que se ubica mejor en el estilo profanador al privilegiar una lectura deleuziana de Foucault: “De ahí que las referencias de Preciado a la obra de Foucault se focalicen en su comprensión microfísica del poder, en su noción de biopoder y en la dimensión tecnológica a partir de la cual se construyen la subjetividad y el placer” (*Ibíd*: 35). De este modo destaca las apropiaciones que realiza BP de la idea foucaultiana del libro como experiencia antes que como producto de la reflexión, la noción de técnica/tecnología y el análisis filosófico-

arquitectónico característico de *Vigilar y Castigar*. Retana considera que cada uno de estos ejes articula sendos libros de BP, a saber: *Testo Yonqui*, *Manifiesto contra-sexual* y *Pornotopía*. En este sentido sus comentarios son sumamente puntuales y escuetos, si bien tienden a señalar el aspecto creativo en las apropiaciones conceptuales de BP: “De este modo (...) Preciado con su utilización del Foucault disciplinario y biopolítico, [ha] contribuido a vigorizar un pensamiento que se fosilizaría de no ser por esos impulsos que lo revitalizan” (*Ibíd*: 39).

1.2.6 - Reflexiones glo(c)ales

El sentido del título de este apartado es dar cuenta de lecturas de BP que valoran su perspectiva para pensar la cultura global contemporánea y establecer matices con las localizaciones que reproducen, así como resignifican, ese marco cultural⁷⁶.

Nos interesan aquí entonces lecturas desde la filosofía política que toman la preocupación por la acción en un sentido más global y con una perspectiva económica enmarcada en alguna visión de proyecto histórico. Es el caso, por ejemplo, de la filósofa argentina Anabella Di Pego en la ponencia “Tecnologías de género, subjetivación y resistencia” (2011). En ella describe las consideraciones de BP en *Testo Yonqui* resaltando la inflexión introducida hacia mediados del siglo XX por la industria fármaco-porno-gráfica que ha dado lugar a una constitución del género de carácter prostético, que desafía la distinción naturaleza-tecnología y cuyo paradigma es el organismo cibernético. Pero además destaca que BP pone estas afirmaciones en la perspectiva de un mega-relato, aproximándose así a una parte considerable de la filosofía contemporánea que sigue ofreciendo grandes relatos aunque tentativos y menguados o relativizados en sus pretensiones de validez:

Este (mega) relato en torno del capitalismo farmacopornográfico que ha desplazado a la industria postfordista, tiene la particularidad de permitirnos realizar una crítica de la sociedad como un todo, es decir, no solamente focalizarnos en un aspecto en particular, sino poner de manifiesto una matriz de funcionamiento con gran fuerza explicativa, pero que sin embargo, puede manifestar sus limitaciones para el análisis de líneas de acción de políticas concretas (Di Pego, 2011).

⁷⁶ Para el sentido del término “glo(c)al” ver Introducción, n.3.

Esta lectura reivindica la potencia de las conceptualizaciones de BP para una comprensión glo(c)al de las problemáticas identitarias, enmarcadas en sus formaciones materiales y económicas. Señala sin embargo su limitación para una perspectiva política propositiva, matiz que se marca en toda propuesta desconstructivista antes que fundacionalista.

En esta línea va también la lectura del militante de izquierdas y doctor en Ciencias Políticas Pablo Iglesias Turrión en el artículo “Plataformas. Anotaciones a *Testo Yonqui* de Beatriz Preciado” (2009) donde, desde una visión global con ideología de izquierda, rescata una noción que otras lecturas han pasado por alto, la de *potentia gaudendi*, algo así como el motor de la modalidad contemporánea del capitalismo según BP:

Aunque no creemos que la *potentia gaudendi* sea una categoría autosuficiente para explicar todas las claves de la acumulación, la expansión y la organización geográfica capitalista en la era de la producción flexible, sí describe una de sus tendencias fundamentales. En este sentido, consideramos el trabajo de Preciado (gracias o a pesar de sus deliciosas provocaciones mefistofélicas) extremadamente valioso para describir aspectos centrales en el funcionamiento de la nueva fábrica capitalista al alejarse radicalmente de los límites de la teoría feminista (...) a la hora de politizar e historizar el concepto de género. [...] Preciado ha sido capaz en *Testo Yonqui* de expresar con claridad cristalina ciertas claves del funcionamiento del capitalismo actual asociadas a la construcción sociocultural del género y a la producción de la subjetividad sexual (Iglesias, 2009).

El marco interpretativo de su lectura de BP es claramente post-obrerista⁷⁷, siguiendo la genealogía que inscribe la conceptualización biopolítica de BP en las de Negri y Lazzarato, entre otros. De allí que Iglesias afirme que

⁷⁷ Como señala Pablo Iglesias Turrión (2009) el postobrerismo (o marxismo autonomista) surge en Italia en los años setenta al calor de las luchas sociales que se están produciendo en este país. En torno a revistas como los *Quaderni Rossi* y a grupos políticos como *Potere Operaio*, algunos intelectuales vinculados a los movimientos comenzarán a interpretar las nuevas luchas anticapitalistas en Italia desde una nueva lectura de Marx. Entre los textos de Marx que los entonces obreristas estudian, destaca el “Fragmento sobre las máquinas” de los *Grundrisse*. Como ha señalado Paolo Virno, el “Fragmento” fue para ellos una guía para interpretar “las características inéditas de las huelgas obreras, de las nuevas actitudes y contraculturas juveniles y de buena parte de las transformaciones de la fábrica fordista, como la introducción de la cibernética y los robots” (Virno, 2003b: 77). A grandes rasgos puede decirse que el postobrerismo representa desde entonces una corriente de investigación sobre las transformaciones del capitalismo que hace hincapié en la subsunción de la totalidad de la vida en la lógica del capital y en la crisis de la forma Estado como depositaria de la soberanía y punto de referencia de toda praxis política. Quizá la obra de esta corriente que haya gozado de más difusión y más influencia sea *Imperio* de Antonio Negri y Michael Hardt (2002 [2000]).

solo partiendo de esta sintonía analítica de Preciado con los marxistas autonomistas, sus críticas y su propuesta de investigación adquieren todo el interés y se revelan como una de las aportaciones al análisis del capitalismo y sus formas de condicionar la subjetivación política más interesantes, brillantes y sugerentes de los últimos años. [...] Lo que tenemos en el trabajo de Preciado es una línea de investigación de ciertos aspectos cruciales de la organización productiva de la economía-mundo que además nos permite entrever buena parte de las posibilidades de subjetivación política de ciertos sujetos que están adquiriendo una visibilidad y centralidad inédita en la Historia del Capitalismo (*Ibíd*).

Con este marco político-económico glo(c)al cobra otra relevancia la acción performativa en la definición de los roles sexuales en función de ejercer resistencias al capitalismo “tanto en el sentido “reformista” de limitar la tasa de beneficio global desmercantilizando la propia subjetividad sexual como en un sentido más “revolucionario” articulando proyectos políticos post/anti capitalistas” (*Ibíd*). Para Iglesias el trabajo de BP resulta una magnífica exploración de la cultura y de sus posibilidades concretas para la acción a partir de una praxis militante en la gestión del género y la sexualidad. Y en esta tarea destaca la producción del concepto “régimen de poder fármaco-pornográfico” que permite articular distintas instancias de la producción socio-política:

Aunque nos parece exagerado reservar, como pretende la autora de *Testo Yonqui*, a las industrias farmacéutica y pornográfica el papel de motores ocultos del capitalismo del siglo XXI (haciéndolas equivaler a la industria textil en el siglo XIX o a la del automóvil en el siglo XX) sí está claro que representan mejor que ninguna otra los caracteres del paradigma de la producción postfordista (*Ibíd*).

También en clave histórico-política se expresa la lectura de la historiadora Juliana López Pascual desde Bahía Blanca, Argentina, en su artículo “Entre el planteo filosófico y la praxis política: la obra de Beatriz Preciado y las micropolíticas de género” (2012), donde realiza una crítica de *Testo Yonqui* para dar cuenta de sus principales aportes al análisis de las sociedades contemporáneas. Allí considera que

La contundencia del planteo teórico de *Testo Yonqui* y el involucramiento personal de la filósofa en él son innegables, lo que a lo largo de las

páginas plantea sistemáticamente la duda ¿este es un libro sobre política y sexualidad? ¿O se trata de un libro sobre Beatriz Preciado? Esta estrategia literaria implica y se sostiene en una posición metodológica: todo proyecto político y todo análisis filosófico se sostiene desde el (propio) cuerpo y su singular posición histórica, geográfica, deseante, política (López Pascual, 2012: 16).

Pero va a cuestionar la manera en que el texto de BP impone una visión centralista que universalizaría implícitamente como válida para toda región geopolítica, borrando de este modo su propia pretensión de ejercer una reflexión post-colonial:

Pese a su adscripción a las líneas de pensamiento postcolonialistas y su interés en observar a los sectores subalternos, estas inquietudes no parecen tener un correlato nítido en los términos empíricos de la investigación. Y así es como comienzan las preguntas: ¿cómo pensar esta genealogía, esta praxis y estas metas políticas desde espacios no centrales? Multiplicidad de casos particulares permiten interpelar el pensamiento de Beatriz Preciado. Estas especificidades sociológicas, históricas y geográficas no implican desestimar el planteo global acerca de la centralidad de la industria farmacéutica o pornográfica, sino que llaman la atención acerca de la necesidad de revisar el modelo teórico a la luz de las particularidades (*Ibíd.* 17).

A pesar de esta importante crítica, la autora considera que en las mismas manifestaciones de BP se puede encontrar la clave para salvar los fallos; es decir, para brindar atención a las subalternidades de modo coherente:

El desafío, quizás, sea el de desarrollar teorías y prácticas de liberación que contemplen las demandas de los sujetos involucrados, es decir, estrategias preponderantemente situadas. En este camino, la obra de Preciado se configura como un avance por demás sugerente (*Ibíd.* 18).

También en un sentido glo(c)al se expresa el análisis de la activista *cuir* y filósofa biopolítica Sayak Valencia Triana desde México, quien se reconoce discípula de BP incluyéndola en las dedicatorias de su libro *Capitalismo gore*⁷⁸: “A Montserrat

⁷⁸ El adjetivo *gore* significa en principio “fuertemente violento” en alusión a una violencia explícita e inusitada. Se utiliza para caracterizar un subgénero de la cinematografía pornográfica. Volveremos a esta cuestión en el Capítulo 4 donde resultará necesario ahondar en ella.

Galcerán y B. Preciado por su guía crítica y lucidísima” (Valencia, 2010). Sayak Valencia se propone dar cuenta de una perspectiva económica global que permita explicar las sociedades contemporáneas pero sin eludir los circuitos de clandestinidad indispensables para una comprensión realista que no relegue cuestiones conflictivas como el narcotráfico y los tráficos de armas y de personas. En este sentido la autora está centralmente interesada en explicar la violencia contemporánea desde su posición de filósofa oriunda de Tijuana, una de las ciudades más pobladas de México, cuyo lema es “aquí empieza la patria”. En ella se concentran empresas multinacionales que aprovechan la cuantiosa mano de obra barata disponible por ser zona de frontera. Últimamente los índices de muertes por armas de fuego a manos de traficantes son altísimos:

El hecho de obviar estas prácticas no las elimina, sino que las invisibiliza, o bien las teoriza desde términos más cercanos a la doble moral que a la conceptualización; términos como *mercado negro* o prácticas económicas propias del Tercer Mundo, por considerárselas *ilegales*.

Nos interesa proponer un discurso con poder explicativo que nos ayude a traducir la realidad producida por el capitalismo gore, basada en la violencia, el (narco) tráfico y el necropoder, mostrando algunas de las distopías de la globalización y su imposición (Valencia, 2010: 16).

Para su objetivo se inspira en el modo en que BP conceptualiza el postfordismo, tomando el señalamiento que hace de sus limitaciones:

Así, siguiendo a Beatriz Preciado, pondremos la primera boya en los años conocidos como postfordismo, estos años que siguen a la crisis energética y a la caída de las cadenas de montaje (...). Preciado señala, pertinentemente, la insuficiencia teórico-conceptual-explicativa que existe en estos discursos para explicar la producción del valor y de la vida en la sociedad actual (*Ibíd*: 51).

De este modo Valencia inscribe su tarea en la limitación señalada por BP proponiéndose caracterizar la forma específica de capitalismo que incluye las actividades invisibilizadas desde los estándares académicos: “En el capitalismo gore, la fuerza de trabajo se sustituye por medio de prácticas gore, entendidas como el ejercicio sistemático y repetido de la violencia más explícita para producir capital”

(*Ibíd*). Por eso, a las caracterizaciones de BP, Valencia agrega la gestión de la violencia desde el Estado así como desde los medios no autorizados. Junto a esta inclusión, propone advertir la interacción desigual entre los mundos económicamente potentes y los económicamente deprimidos, cuestionando la importación que estos últimos realizan de las perspectivas de los primeros creando estrategias gore para incorporarse a la carrera de consumismo global.

Si bien Valencia se inspira en BP para abordar con perspectiva global las problemáticas del capitalismo contemporáneo, va a cuestionar que con su énfasis en el placer y en la *potentia gaudendi* incurre también en la invisibilización de la violencia:

Ahora bien, las teorizaciones sobre el capitalismo actual son muchas y muy diversas, pero llama la atención que la mayoría partan de la conciencia hiperconsumista emparentada al placer, es decir, la producción/obtención de placer (en todos sus niveles) como el motor y la materia transformadora del deseo y la falta en capital. Un ejemplo de ello es la noción de capitalismo *farmacopornográfico* que defiende Beatriz Preciado (*Ibíd*: 63).

Aunque Valencia señala esta limitación en las producciones conceptuales de BP, reconoce que hay una conexión insoslayable para sus propósitos: “la tesis sobre la producción, el tráfico y la distribución de drogas legales e ilegales como el centro de la cuestión del capitalismo contemporáneo” (*Ibíd*: 65). Es decir, la dimensión farmacopornográfica del capitalismo le resulta ineludible, pero busca atravesarla con la categoría de violencia

que aparece transversalmente en todo el proceso farmacopornográfico del que nos habla Preciado, ya que la violencia subyace en todo el desarrollo del sistema y está emparentado específicamente al uso de drogas y placer sexual. Ambos fenómenos, no debe obviarse, pertenecen en su mayoría al ramo de la economía sumergida, emparentada con el crimen organizado y con la violencia como herramienta de gestión y producción de estas mercancías (*Ibíd*).

Igualmente, en la perspectiva de Valencia, es válido recurrir a los textos de BP si no se reproduce su alusión exótica a “los periféricos”; es decir, en lugar de referir a ellos

como atracciones curiosas, habrá que suponerlos capaces de agencia y de producción de sus propios discursos. Ése es el desafío que la autora afronta en su propuesta *capitalismo gore*.

Hemos realizado un recorrido por la biografía de BP en vinculación con sus desplazamientos geopolíticos y su producción intelectual. Paralelamente, ofrecimos una sistematización del contexto de recepción de dicha producción que nos permite señalar la originalidad de nuestra propuesta.

El paneo de las caracterizaciones analíticas sobre la producción de BP arroja la evidencia de que no se ha brindado una propuesta académica que sistematizara los textos previos al proyecto “somateca” al que se encuentra actualmente abocada/o.

Nuestro planteamiento, de todos modos, no se propone una sistematización exhaustiva, ya que resulta imposible agotar los sentidos y posibilidades de lectura de cualquier texto.

Antes bien, proponemos una articulación de los escritos de BP (2000-2010) guiada por una doble orientación genealógica: la de la biopolítica y la del género, en función de comprender sus aportes a cada una. Pero, lo que es más importante, con la meta de entender que la teorización de BP se sitúa en la intersección de ambas genealogías produciendo así un matiz específico para inteligir procesos de producción de subjetividades, especialmente en sus dimensiones sexo-genéricas.

Capítulo 2: Una genealogía de la biopolítica

BP utiliza la noción de “biopolítica” de Michel Foucault y sigue el cauce de sus derivas italianas, ya que alude también a Giorgio Agamben, Toni Negri, Maurizio Lazzarato y Roberto Esposito⁷⁹. Por ende, inscribiremos la conceptualización de BP en esta genealogía franco-italiana para comprender las resignificaciones que propone y los sentidos que implican.

Pero nos interesa intersecar especialmente el aporte de Donna Haraway en esta genealogía, pues es un antecedente ineludible para el posicionamiento de BP en la convergencia conceptual de la biopolítica y el género, por lo que nos ocuparemos de ella también en el Capítulo 3. Respecto de la biopolítica, señalaremos las influencias y aproximaciones de Donna Haraway con algunos de los autores mencionados, en cuanto tempranamente realiza una apropiación y resignificación de las nociones foucaultianas con un matiz afirmativo de apuesta hacia el futuro.

La construcción genealógica de este capítulo parte de una lectura de Foucault en la que seguimos al filósofo Edgardo Castro (2011a, 2011b) quien sondea las ramificaciones del concepto “biopolítica” hacia la producción de la noción de gubernamentalidad que lo vincula con las prácticas de subjetividad. Del mismo modo, Castro se dedica a sistematizar la recepción italiana de la biopolítica de Foucault y señala que es una noción difícil de circunscribir, incluso cuando se la aborda dentro del marco teórico de un mismo autor. Sin embargo, él se dedica a rastrear una matriz conceptual de sus múltiples sentidos. Al tomar su propuesta podremos contribuir al relevamiento de tal matriz con la incorporación de los usos del término por parte de BP.

La exposición comenzará entonces por la perspectiva foucaultiana (“2.1 - La biopolítica en el marco de la gubernamentalidad”) para mostrar luego la recepción de Giorgio Agamben, con su matiz particularmente negativo (en el sentido de “sin salida”) en el apartado “2.2 - La biopolítica como política occidental”. Pasará después a lecturas que se apropian del concepto de un modo más afirmativo (es decir, propositivo, en contraste con el tono negativo que señaláramos en Agamben), bajo los subtítulos “2.3 - La biopolítica del *cyborg*”, “2.4 - La biopolítica en la sociedad de control” -en el que a su vez se distinguirá entre la propuesta, por un

⁷⁹ Ver Introducción, n. 13.

lado, de Antonio (Toni) Negri (“2.4.1 - La multitud como monstruo biopolítico”) y por otro lado, de Maurizio Lazzarato (“2.4.2 - Noopolítica y resistencia”), “2.5 - La biopolítica como forma inmunitaria”.

2.1 - La biopolítica en el marco de la gubernamentalidad

Vivimos en la era de la gubernamentalidad, descubierta en el siglo XVIII
Michel Foucault

2.1.1 - Gubernamentalidad y genealogía del poder

Para comprender el concepto de biopolítica en Foucault hay que vincularlo a su genealogía del poder, que ha quedado implícita a lo largo de sus textos y seminarios. En lugar de interrogarse acerca de los fundamentos o la legitimidad del poder, Foucault se interesa en su funcionamiento. Para describirlo, tuvo que elaborar sus propias herramientas conceptuales. Pero no escribió ninguna *genealogía del poder* aunque puede considerarse que existe de manera dispersa en las observaciones metodológicas de sus libros, en el material reunido en *Dits et écrits* y en la cantera de sus cursos (Castro, 2011a: 173). A partir de estos elementos Edgardo Castro sugiere una vía reconstructiva de la genealogía del poder en Foucault, que tendría una parte negativa y otra positiva. En la parte negativa se encuentra el examen de las categorías de represión, de ley y de guerra. La parte positiva expone las herramientas conceptuales apropiadas para describir el funcionamiento del poder en sus formas específicas y en su positividad, para lo que tiene como eje central la categoría de gobierno entendida como la práctica de conducir conductas (*Ibid*: 174).

Castro supone que esa genealogía comenzaría con una definición de la gubernamentalidad, por ejemplo, la que encontramos en *Seguridad, Territorio, Población* curso en el *Collège de France* entre 1977 y 1978, editado en 2004:

Con esta palabra, “gubernamentalidad”, aludo a tres cosas. Entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer una forma bien específica de poder que tiene por blanco principal la población, por forma mayor de saber la economía política y por instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad. Segundo, por “gubernamentalidad” entiendo la tendencia, la línea de fuerza que, en todo Occidente, no dejó de

conducir, y desde hace mucho, hacia la preeminencia del tipo de poder que podemos llamar “gobierno” sobre todos los demás: soberanía, disciplina, y que indujo, por un lado, el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, [y por otro] el desarrollo de toda una serie de saberes. Por último, creo que habría que entender la “gubernamentalidad” como el proceso o, mejor, el resultado del proceso en virtud del cual el Estado de justicia de la Edad Media, convertido en Estado administrativo durante los siglos XV y XVI, se “gubernamentalizó” poco a poco (Foucault, 2006: 136).

Impacta la amplitud del término y se hace necesaria la clarificación de las tres dimensiones que el propio Foucault especifica. La primera, pone a la población, constructo moderno, como objeto de las relaciones de poder. La segunda, focaliza el gobierno como vínculo con los demás, cuestión que atiende al plano de los individuos y que abre la perspectiva de las relaciones con “los otros” pero también con “uno mismo”. La tercera, pone el acento en la figura del Estado, otro constructo moderno, de la que destacará un proceso de gubernamentalización antes que de politización. Por lo tanto, comienza a esbozarse una articulación mayor de la distinción entre relaciones de poder con base en la población (especie) o con base en los individuos (cuerpos), respecto de cómo estaba presente en *La voluntad de saber* (1998 [1976]):

El curso de 1978 marca la apertura de un nuevo ciclo en la enseñanza de Michel Foucault en el *Collège de France*. En esta oportunidad Foucault plantea por primera vez el concepto de biopoder o biopolítica, introduce la noción de población -“masa global, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida, como el nacimiento, la muerte, la [re]producción, la enfermedad, etcétera”- y rectifica su hipótesis anterior de una “sociedad disciplinaria generalizada” mostrando que las técnicas de disciplina se articulan con los dispositivos de regulación (Michel Senellart en Foucault, 2006: 433).

Recordemos que en Foucault la noción de poder se distancia de una concepción sustancializada y central, para considerarla, en cambio, presente en toda relación de la red social (procesos económicos, relaciones de conocimiento, relaciones sexuales), como “el nombre que se presta a una situación estratégica en una sociedad dada, donde la resistencia nunca está en posición de exterioridad respecto del poder” (Foucault, 1998: 116). Esta mirada sobre el poder reconoce su carácter

productivo tanto como represivo; posibilita evidenciar lo que el poder permite así como lo que prohíbe al vincularlo de modo directo a la capacidad de resistencia: “donde hay poder, hay resistencia”.

Con esta base, Foucault da cuenta de la configuración de una ortopedia social, que se consolida a lo largo del siglo XIX, en contraposición al delineamiento de una sociedad penal en la pluma de los juristas modernos:

El control de los individuos, esa suerte de control penal punitivo a nivel de sus virtualidades no puede ser efectuado por el poder judicial sino por una serie de poderes laterales, al margen de la justicia, tales como la policía y toda una red de instituciones de vigilancia y corrección: la policía para la vigilancia, las instituciones psicológicas, psiquiátricas, criminológicas, médicas y pedagógicas para la corrección (Foucault, 1986: 98).

Ambas dimensiones de la modernidad, la penal (en la letra) y la ortopédica (en la práctica), tienen en común el desplazamiento del poder de la espada, concentrado en el soberano y su ley, manifiesto en el derecho que éste tenía sobre la muerte como expresión jurídica de su soberanía (Foucault, 1998). Una manifestación de este cambio se da en la sociedad penal al tornarse menos cruentos los castigos, apelando a la reparación social antes que a la tortura, la sangre y la muerte. Su expresión en la sociedad ortopédica está en que el poder de vigilancia apunta a los cuerpos, a volverlos dóciles, a disciplinarlos, transformándolos en algo así como máquinas vivientes (Foucault, 1989).

Desde el siglo XVII, entonces, la conformación socio jurídica de la modernidad desarrolla un poder sobre la vida antes que sobre la muerte, pone bajo la mira política el carácter meramente biológico de los cuerpos, es un poder que “reside y ejerce en el nivel de la vida, de la especie, de la raza y de los fenómenos de población” (Foucault, 1998: 166). Este poder, que relega la soberanía jurídica del monarca, que focaliza a los individuos pero también a las poblaciones, es el biopoder y presenta dos formas principales⁸⁰. Por un lado, la expuesta en términos de ortopedia social, que constituye un disciplinamiento, a la que Foucault denomina *anatomopolítica del cuerpo humano*. La misma es individualizante, ejercida a través de disciplinas que vigilan y controlan los cuerpos, ejemplificada en instituciones

⁸⁰ En los textos de Foucault la noción de “biopoder” oscila entre ser sinónima de “biopolítica” o estar en un nivel anterior, abarcándola, junto a la modalidad disciplinaria. Consideramos clarificador optar por esta segunda acepción, para la cual “biopolítica” es una dimensión del “biopoder” como poder sobre la vida.

como la Iglesia, la Escuela, el Ejército. Por otro lado, una forma que apunta más a la especie que a los individuos, puesta en práctica a través de la regulación de la vida mediante la demografía, el saber médico, la estimación de la relación entre recursos y habitantes, la economía política; es decir, diferentes modos de administración de la vida. Foucault la llama *biopolítica de la población*. Su manejo, a diferencia de las disciplinas -puestas en práctica en el marco de instituciones limitadas- implica el aparato estatal.

La conjunción de estas dos formas de biopoder manifiesta la introducción de la gubernamentalidad como régimen que define las técnicas de gobierno básicas de la formación del Estado moderno. La gubernamentalidad, entonces, es un concepto que permite recortar un dominio específico de relaciones de poder, vinculado con el problema del Estado. Sin embargo, posteriormente Foucault designará con ese término no sólo las prácticas gubernamentales constitutivas de un régimen de poder particular, sino la manera como se conduce la conducta de los hombres. Se extiende, de este modo, a las relaciones estratégicas entre individuos o grupos, relaciones cuya apuesta es la conducción del otro, los otros o uno mismo (Foucault, 2002a).

De esta manera, la gubernamentalidad resulta ser el concepto integrador de dos grandes regímenes de poder. Por un lado, el de las tecnologías de sujeción o biopoder -ya sean de disciplinamiento (ortopédicas) o de regulación (biopolíticas)-, productoras de sujetos “sujetados” o sumisos a las normas. Por otro lado, el de las tecnologías de subjetivación, también denominadas por Foucault tecnologías del yo, productoras de sujetos en tanto “subjetividades” (Foucault, 1990). Es decir, la gubernamentalidad abarca tanto el tratamiento de una analítica del poder -tecnologías de dominación (sujeción)- como el de una ética del sujeto -tecnologías del sí mismo o del uno mismo⁸¹ (subjetivación)-.

Esta articulación, a su vez, permite comprender que en la modernidad, la vida biológica de los seres humanos no es simplemente un dato originario que se pueda reprimir, algo que pueda reclamar por sí el derecho de ser lo que es o lo que está como tal en juego cuando se exige la muerte para enfrentar al enemigo. En la modernidad, a la vida biológica, se la produce y se la administra. Como enfatiza

⁸¹ En la edición española de *Tecnologías del yo* la traductora, Mercedes Allendesalazar, “ha optado, atendiendo a la poca elegancia de un término como «tecnologías del uno mismo», traducir el título original simplemente por «tecnologías del yo»: debe, sin embargo, recordarse en todo momento que ese «yo» traduce «self» o «so»; que ese «yo» no es el sujeto sino el interlocutor interior de ese sujeto: «uno mismo»” (Foucault, 1990: p.16; n.38).

Edgardo Castro, en ese contexto la vida se vuelve objeto de biologización, de normalización biológica. Pero ella es también, lo que nunca queda exhaustivamente atrapado en los mecanismos que pretenden controlarla; siempre los excede y se les escapa. Las categorías de gobierno y de gubernamentalidad, hacia las que se encamina el análisis foucaulteano del biopoder, buscan precisamente dar cuenta de lo uno y de lo otro (Castro, 2011a: 39).

Así, a partir del siglo XVIII, junto al Estado administrativo, definido por la territorialidad, las reglamentaciones y las disciplinas, se formará un Estado gubernamentalizado que ya no es definido, esencialmente, por su territorialidad, por la superficie ocupada, sino por una masa de población, con su volumen, su densidad y, ciertamente, el territorio que ella ocupa, pero que es solo uno de los componentes (Foucault, 2006: 113). En consecuencia, para Foucault lo decisivo en la política moderna no es la estatización de la sociedad, sino la gubernamentalización del Estado, de la que derivan incluso las formas totalitarias del siglo XX (Castro, 2011a: 162).

La población, como nueva realidad del siglo XVIII, es objeto de las fuerzas estatales a través de políticas de salud capaces de disminuir la mortalidad infantil, prevenir las epidemias y disminuir los índices de endemia, intervenir en las condiciones de vida para modificarlas e imponerles normas y garantizar la disponibilidad de equipamientos médicos suficientes. Con ello se relaciona el desarrollo, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, de la higiene pública o medicina social.

Tomada como objeto de las políticas estatales, la población, “para situarse en la base de la riqueza y el poder del Estado, debe estar regimentada por todo un aparato reglamentario que impedirá la emigración, atraerá a los inmigrantes y favorecerá la natalidad” (Foucault, 2006: 91). Por eso, un ámbito de intervención privilegiado de la biopolítica son los procesos de natalidad y de mortalidad.

2.1.2 - Dispositivos de poder

Para comprender la articulación entre tecnologías de sujeción y tecnologías del yo se requiere aclarar también el concepto de “dispositivo” que Foucault utiliza a partir de los años setenta cuando comienza a ocuparse de la “gubernamentalidad” (Agamben, 2011: 249). Ése es además el contexto en que su objeto de análisis es la descripción genealógica que conjuga elementos discursivos y no-discursivos. De

este modo, ya no va a recurrir a la noción de episteme, que a partir de ahora podría entenderse como un dispositivo netamente discursivo (Castro, 2004: 99).

Ahora bien, Foucault incorpora la noción de dispositivo para indicar que el carácter relacional del poder extendido de modo difuso y ubicuo en toda la red social va generando efectos que en algún momento convergen -sin tratarse de una estructura situada en un lugar social privilegiado, que tampoco funciona de manera unívoca y total-. En este sentido, si bien considera diferentes dispositivos (disciplinarios, de saber, de alianza, etc.), entendemos que todos tienen en común ser “dispositivos de poder”. En esta perspectiva, Edgardo Castro delimita la noción foucaultiana de dispositivo con las siguientes características⁸²: como red de relaciones entre elementos heterogéneos, como caracterizador de la naturaleza de tales relaciones, como emergente ante la necesidad de respuesta a una urgencia; en consecuencia, con función estratégica en su génesis y posterior consolidación; de esta manera, permanece por un proceso de sobre-determinación funcional (*Ibíd*).

En función de comprender la heterogeneidad de los elementos que pueden componer un dispositivo y la complejidad de sus vínculos, tengamos en cuenta que los mismos pueden diferir cualitativamente según una enumeración que da el propio Foucault: discursos, instituciones, arquitectura, reglamentos, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales... Por lo tanto, un dispositivo de poder es un complejo que articula elementos de diversa índole y permite poner en evidencia regularidades que organizan lo que la gente hace y de este modo constituye una “experiencia” (*Ibíd*: 274). Por eso es posible hablar de “prácticas” a partir de un dispositivo.

Para Luis García Fanlo el término “dispositivo” alude a la correlación entre campos de saber, matrices normativas de comportamiento y modos de existencia virtuales para sujetos posibles, que son los ejes que constituyen las prácticas (García, 2011: 8). Cuando las prácticas se sitúan en un campo que se define por la relación entre medios (tácticas) y fines (estrategias) Foucault utilizará la noción de tecnología. De este modo, un dispositivo resulta un haz de relaciones entre instituciones, sistemas de normas, formas de comportamiento, procesos económicos, sociales, técnicos y tipos de clasificación de sujetos, objetos y relaciones entre estos que rigen una

⁸² Cada vez que utilizamos “dispositivo” a secas nos estamos refiriendo a “dispositivo de poder”. De todos modos, como la noción de poder involucrada tiene sentido foucaultiano, se trata de un poder productivo. Por ende, todo dispositivo de poder, es productor de saber y de subjetividad. En el caso de la subjetividad, la produce ya como sujeción, ya como subjetivación, según la coyuntura específica. Es decir, todas esas implicancias están presentes en la expresión “dispositivo de poder”.

dispersión cuyo soporte son prácticas (*Ibíd*). Entonces para cada dispositivo hay una red de relaciones de saber/poder que lo sitúa históricamente y resulta posible rastrear sus condiciones de aparición en tanto acontecimiento que modifica un campo previo de relaciones de poder.

Por su parte Gilles Deleuze (1999) interpreta al dispositivo como máquina para hacer ver y para hacer hablar, en tanto abre líneas de visibilidad y líneas de enunciación. En cuanto a la capacidad visible, no consiste en una iluminación que descubre zonas pre-existentes, sino en un régimen de luz del que depende la existencia de los objetos. Del mismo modo, las líneas de enunciación distribuyen variables que condicionan lo enunciable y sus derivaciones, transformaciones, mutaciones (Deleuze, 1999: 155-156).

Junto a estas dos grandes funciones de hacer ver y hacer hablar, Deleuze considera que todo dispositivo contiene una dimensión de poder y líneas de fuerza que pueden eventualmente volverse sobre sí mismas y transformarse en líneas de subjetivación, en producciones de “sí mismo”:

Esta dimensión del sí-mismo no es en modo alguno una determinación preexistente que ya estuviera hecha. También aquí una línea de subjetivación es un proceso, es la producción de subjetividad en un dispositivo: una línea debe hacerse en la medida en que el dispositivo lo deje o lo haga posible. Es hasta una línea de fuga. Escapa a las líneas anteriores, *se escapa*. El sí-mismo no es ni un saber ni un poder. Es un proceso de individuación que tiene que ver con grupos o personas y que se sustrae a las relaciones de fuerzas establecidas como saberes constituidos: es una especie de plusvalía. No es seguro que todo dispositivo lo implique (*Ibíd*: 157).

Con este señalamiento Deleuze indica que, si bien siempre hay producción de subjetividad por parte de un dispositivo, no siempre es al modo del “sí-mismo”; es decir, de la subjetivación como práctica de sí, a diferencia de la sujeción, como efecto de la práctica de otros. Igualmente, destaca que las líneas que entrelaza un dispositivo son ejercicios de poder, siempre en el sentido relacional, horizontal y difuso, de la noción foucaultiana. Al hacer estas consideraciones, Deleuze destaca la posibilidad de dar cuenta tanto del pasado como del presente a partir de los dispositivos ya que estos permiten inteligir la actualidad como producto histórico: “En todo dispositivo debemos desenmarañar y distinguir las líneas del pasado reciente y

las líneas del futuro próximo, la parte del archivo y la parte de lo actual, la parte de la historia y la parte del acontecer, la parte de la analítica y la parte del diagnóstico” (*Ibíd*: 160).

Como indica también Deleuze, la noción de dispositivo conlleva una perspectiva no universalista, no totalizadora, sino más bien contingente y fragmentaria sobre algún aspecto de la realidad. Por lo tanto, los dispositivos permiten captar especificidades de forma dinámica, no llegan a ser nunca explicaciones últimas: “Todas las líneas son líneas de variación que no tienen ni siquiera coordenadas constantes. (...) cada dispositivo es también una multiplicidad en la que operan esos procesos en marcha, distintos de aquellos procesos que operan en otro dispositivo” (*Ibíd*: 158).

A partir de estas clarificaciones cabe especificar qué dispositivos resulta útil caracterizar en función de la genealogía de la biopolítica que nos hemos propuesto. Si tenemos en cuenta que el marco conceptual de nuestra presentación es la genealogía del poder foucaultiana, focalizaremos los dispositivos específicos de cada régimen de poder definido por el autor: dispositivo de alianza, para el régimen de soberanía; dispositivo de sexualidad, para el régimen de biopoder. De este modo, esbozamos un paneo conceptual que sirve de guía para entender la recepción y resignificación conceptual por parte de las/los restantes autores/as de la genealogía biopolítica.

2.1.2.1 - Dispositivo de alianza

El dispositivo de alianza está ligado al poder del soberano cuyo sentido Foucault circunscribe al absolutismo del siglo XVII, al uso de la espada en una sociedad en la que preponderaba la diferenciación en órdenes y castas, el valor de los linajes, la amenaza de muerte inminente por hambre, epidemias, violencias. Se trata de operaciones para las que el valor de la sangre es esencial:

su precio provenía a la vez de su papel instrumental (poder derramar sangre), de su funcionamiento en el orden de los signos (poseer determinada sangre, ser de la misma sangre, aceptar arriesgar la sangre), y también de su precariedad (fácil de difundir, sujeta a agotarse, demasiado pronta para mezclarse, rápidamente susceptible de corromperse) (Foucault, 1998: 139).

En consonancia, el efecto de este dispositivo es la función simbólica de la sangre. Ella determina los sistemas matrimoniales, el desarrollo de la paternidad, la transmisión del nombre y de los bienes. De este modo el dispositivo de alianza gira en torno al nexo entre los miembros de la pareja que poseen un estatuto definido y está fuertemente articulado en la economía a través de la transmisión y circulación de los bienes.

El ámbito de su vigencia se desarrolló entre los siglos XVI y XVII en el contexto de las hambrunas y de las pestes, de la soberanía sustentada en el derecho de muerte, de la legitimidad sanguínea de las aristocracias; su función era mantener la estabilidad social, “de ahí su vínculo privilegiado con el derecho” (*Ibíd*: 103). Sin embargo, aunque no se encuentre activo del modo articulado que caracteriza Foucault, encontramos resabios de sus efectos que muestran el solapamiento de los dispositivos antes que la sustitución de unos por otros. No es que pretendamos reinstalar la continuidad allí donde Foucault nos señaló los beneficios de una perspectiva de la discontinuidad, sino que buscamos inteligir la complejidad de los procedimientos que operan efectos de soberanía.

A partir del siglo XVIII Foucault entiende que las maneras de regir los matri y los patri monios así como las filiaciones se articulan de un nuevo modo en el marco de un dispositivo de sexualidad que también pivota sobre la pareja pero funciona a través de técnicas móviles, polimorfas y coyunturales del poder, en lugar de limitarse a un sistema de reglas que definen lo permitido y lo prohibido, lo lícito y lo ilícito: “La familia es el intercambiador de la sexualidad y de la alianza: transporta la ley y la dimensión de lo jurídico hasta el dispositivo de sexualidad; y transporta la economía del placer y la intensidad de las sensaciones hasta el régimen de alianza” (*Ibíd*: 104).

2.1.2.2 - Dispositivo de sexualidad

El dispositivo de sexualidad se va a caracterizar por efectos de las relaciones de poder que contribuyen a producir identidades como si fueran esencias nucleares; es decir, conjugará las diversas operaciones del poder horizontal, difuso, relacional, que lo manifiestan “como fabricante o productor de individualidad” (Foucault, 1989: 183). Este poder que se ejerce, que no es sustancial, que se juega de modo ubicuo y simultáneo, se conjuga como biopoder a partir del siglo XVIII, tomando como campo los cuerpos, tanto en su dimensión individual o anatomopolítica como en su

dimensión poblacional o biopolítica. Esto significa que a través de operaciones múltiples se realizó la producción misma de la sexualidad como dispositivo histórico: “una gran red de superficie en la que la estimulación de los cuerpos, la intensificación de los placeres, la incitación al discurso, la formación de conocimientos, el refuerzo de los controles y las resistencias se encadenan unos con otros según grandes estrategias de saber y de poder” (Foucault, 1998: 101-102).

La sexualidad entendida como dispositivo no es un atributo personal sino un gran montaje de prácticas sociales que se aplican a los cuerpos, tanto desde una perspectiva individual como desde una global, para producirlos en su significación humana. Las operaciones que apuntan a la producción individual son caracterizadas a través del panoptismo social o disciplinamiento; mientras que las que conllevan la producción global, son descritas mediante la biopolítica o regulación.

El dispositivo de sexualidad alude entonces a una multiplicidad de operaciones que se ejercen simultáneamente a lo largo de la sociedad, en sus diversas instituciones, según dos modalidades: disciplinaria y biopolítica. El efecto de ambas modalidades será la producción del sexo, elemento de cruce de operaciones que tienen por objeto a individuos con otras que tienen por objeto a poblaciones. La conjunción de las dimensiones global e individual se da en la instancia de la familia como institución social. Pero veamos primero ambas modalidades.

La modalidad disciplinaria implica la instauración de un ordenamiento social a partir de prácticas que funcionan en el plano de la latencia; es decir, en torno a las potencialidades de los individuos cuyo despliegue habría que prevenir. O sea, desde la concepción de lo peligrosa que podría llegar a ser una conducta, se legitima la observación y vigilancia permanentes de toda conducta en general. La hipótesis de Foucault es que esta práctica se impone a pesar de que contradice los lineamientos jurídicos del derecho positivo moderno, que instaura la legitimidad de la ley como instancia previa a las acciones, para poder considerarlas malas o buenas, premiadas o censurables. En cambio, la práctica que se va a difundir a través de toda la red institucional consiste en vigilar, controlar, observar y de esta manera producir una norma que irá pautando en cada institución específica las pautas de lo aceptable y de lo inaceptable, de lo normal y de lo anormal.

Es así que en los hechos, fundamentalmente las sociedades occidentales del siglo XVIII serán sociedades de normalización, de instauración de normas como manera de vigilancia de las conductas. A esta característica Foucault la llama también

“panoptismo social” para dar cuenta de la implantación de la práctica de la observación en un sentido ubicuo (Foucault, 1986); es decir, de la gestación de un poder cuya eficacia consiste en observar de forma permanente, sin poder ser observado. Este poder panóptico, disciplinario, vigilante, se despliega en las instituciones que acompañan el nacimiento de los Estados modernos a modo de tentáculos de su estructura: escuelas, hospitales, cárceles, reformatorios, orfanatos, iglesias, fábricas... Todas instituciones que, a pesar de sus diferentes funciones, coinciden en el ejercicio del examen, como práctica paradigmática de disciplinamiento. El examen será la instancia que permita dirimir entre lo normal y lo desviado, ya sea en una prueba escolar, en una revisión médica, en un cacheo carcelario, en un protocolo hospitalario, en un control de producción fabril...

Así, independientemente de la función específica de cada institución, cada una de ellas contribuye a producir sujetos dóciles, aptos para la producción capitalista, capaces de adaptarse a los usos del espacio, del tiempo, del cuerpo, que requiere la socialización del siglo XVIII. Igualmente, Foucault subraya que estas instituciones disciplinarias ejercen su vigilancia a través de un confinamiento espacial, aun cuando no sea exhaustivo; es decir, se requiere estar en el aula, en la habitación, en la celda, en la unidad productiva, en el refectorio... si bien parte del día pueda transcurrir por fuera de la institución, en los casos que se pueda ir a dormir con la familia. Por eso Foucault utiliza la idea de “secuestro” para referir a esta manera de control del tiempo, el espacio y el cuerpo, propia de las disciplinas.

La modalidad biopolítica, que se irá imponiendo desde el siglo XVIII hacia el XIX, atiende al nivel de la especie; es decir, produce efectos globalizadores, que no buscan individualizar sino impactar en un sentido macro sobre grandes grupos. Se va a relacionar especialmente con la consolidación de la figura política del Estado-Nación moderno, figura impersonal y abstracta, que para cumplir con la ficción de representar de manera universal a la ciudadanía requerirá de contabilizarla y catalogarla exhaustivamente: ¿cuántos habitantes son, cuántos son aptos para la procreación, cuántos para el trabajo, cuántos para la guerra, cuántos están enfermos? Surge así una intensa obsesión cuantificadora y clasificadora que dará lugar a dos instancias nuevas de saber, la estadística y la demografía:

la estadística es el conocimiento del Estado, el conocimiento de las fuerzas y los recursos que en un momento dado caracterizan un Estado.

Por ejemplo: conocimiento de la población, medida de su cantidad, medida de su mortalidad, de su natalidad, estimación de las diferentes categorías de individuos pertenecientes al Estado con su riqueza respectiva, cálculo de las riquezas virtuales de que dispone el Estado: las minas, los bosques, etc., estimación de las riquezas producidas, estimación de las riquezas circulantes, cálculo de la balanza comercial, medición de los efectos de las tasas y los impuestos; (...) conjunto de conocimientos técnicos que caracterizan la realidad misma del Estado (Foucault, 2006: 320).

Junto a la estadística, el nacimiento de la demografía expresa la estrategia de la regulación de las poblaciones que formará parte, a su vez, del ámbito más amplio de la economía política, articuladora del vínculo recursos / población: “se va de las tesis masivamente poblacionistas de la época mercantil a tentativas de regulación más finas y mejor calculadas, que oscilarán, según los objetivos y las urgencias, hacia una dirección natalista o antinatalista” (Foucault, 1998: 36).

Con estas estrategias, el Estado se define por la masa de su población, su volumen, su densidad y, por supuesto, el territorio sobre el cual se extiende, pero que en cierto modo sólo es uno de sus componentes. Esto significa que el gobierno de la población agudiza, en realidad, la necesidad de desarrollar las disciplinas e interrelaciona las operaciones del Estado administrativo, nacido en una territorialidad fronteriza, con las del Estado de gobierno, que instrumenta el saber económico y subordina la cuestión del territorio (Foucault, 2006). Se trata, entonces, de la trama de mecanismos constitutivos del Estado Nación, que configuran la riqueza en términos territoriales, poblacionales, de una soberanía sin soberano, de una geopolítica.

Una geopolítica que va a desarrollarse de la mano de las instituciones jurídicas y médicas, que a través de sus regulaciones legales instituirán medidas de higiene, profilaxis, prevención, articuladas en torno a dos grandes ficciones: raza y sexo. La implementación de estas medidas tiene un nuevo objeto, la población, al que se llega mediante la familia como instrumento, lugar de pivote entre el individuo y la especie: “la familia, de modelo, va a convertirse en instrumento, instrumento privilegiado para el gobierno de las poblaciones y no modelo quimérico para el buen gobierno. (...) campañas sobre la mortalidad, campañas sobre el matrimonio, vacunaciones, inoculaciones” (Foucault, 2006: 132).

Estas prevenciones y regulaciones, puestas al servicio de la producción de la “raza”, mostrarán el lastre de la visión soberana, de las estrategias del linaje propias del dispositivo soberano de alianza:

El racismo se forma en este punto (el racismo en su forma moderna, estatal, biologizante): toda una política de población, de la familia, del matrimonio, de la educación, de la jerarquización social y de la propiedad, y una larga serie de intervenciones permanentes a nivel del cuerpo, las conductas, la salud y la vida cotidiana recibieron entonces su color y su justificación de la preocupación mítica por proteger la pureza de la sangre y de hacer triunfar a la raza (Foucault, 1998: 141-142).

Según las coyunturas, estas operaciones involucrarán en mayor o menor medida el auxilio de la cruz y de la espada (las religiones y el campo castrense), de los saberes médicos y científicos, de la economía y la demografía, tanto como del aparato político con sus articulaciones de clase. Así se legitimarán la eugenesia, la eutanasia, el higienismo, como decisiones geo-bio-políticas que se ejecutarán mediante la vía del hacer morir en clave de soberanía estatal.

Mientras que la vía del hacer vivir, como emergencia biopolítica, se pondrá en evidencia como estrategia del dispositivo de sexualidad, respecto del cual el sexo es un producto que “se formó a través de las diferentes estrategias de poder, desde el siglo XIX, (...) como algo más que los cuerpos, los órganos, las localizaciones somáticas, las sensaciones, los placeres; algo más y algo diferente, algo dotado de propiedades intrínsecas y leyes propias...” (Foucault, 1998: 185). En esta consideración, las hegemonías estatales no remiten a una centralización vertical del poder sino a determinados efectos de sentido producto de la simultaneidad de operaciones horizontales de poder.

La raza y el sexo son dos ficciones biopolíticas en tanto surgen como efectos de dispositivos de poder. Ahora bien, forma parte de los efectos el hecho de que ambos elementos se nos presenten como causa antes que como resultado, produciendo de este modo una implicancia naturalizadora que deja a la raza y al sexo del lado de las esencias, de las purezas.

Nos centramos en el dispositivo de sexualidad y su producción del sexo por ser el dispositivo característico del biopoder al tramarse en el cruce de las estrategias disciplinarias y biopolíticas. Foucault rastrea cuatro tipo de operaciones que tienen

matices tanto disciplinarios como regulatorios: sexualización de la infancia (preocupación institucional por la práctica de la masturbación que al vigilarla la incita), psiquiatrización de las perversiones (producción de una exhaustiva taxonomía de las conductas sexuales que generará una tipología: onanista, fetichista, invertido...), histerización de las mujeres (producción médico-psiquiátrica de la histeria como patología que implica una vigilancia específica de los cuerpos de las mujeres y la consecuencia de una normativización del deseo con un estímulo de su producción), políticas de control de la natalidad (estímulo o limitación de los nacimientos según necesidades geopolíticas que premiarán las gestaciones cuando se considere necesario poblar el territorio o restringirán la progenie en caso de estimar que hay sobre-población; del mismo modo, a nivel de los individuos, las instituciones médicas harán accesible o no la información y la implementación de medidas anticonceptivas).

Entonces, a lo largo de las dos dimensiones del biopoder (la disciplinaria y la biopolítica) se desarrollan diversas tecnologías del sexo que permiten comprender dos cuestiones. Por un lado, el confinamiento del sexo a su función reproductora, a su forma heterosexual y coitocéntrica, a su legitimación matrimonial. Por otro lado, la extensión permanente de los dominios y las formas de disciplina y de regulación sobre cuerpos que producen y que consumen. En consecuencia, el gran efecto del dispositivo de sexualidad es “el sexo” como instancia que ilusoriamente se nos aparece pre-discursiva, íntima, nuclear (*Ibíd.* 147).

En este sentido, definirnos “sexualmente” pone en juego nuestra identidad y se transforma en un imperativo. De allí la advertencia de Foucault: “No hay que creer que diciendo sí al sexo se dice no al poder; se sigue, por el contrario, el hilo del dispositivo general de sexualidad. [...] Ironía de este dispositivo de sexualidad: nos hace creer que en él reside nuestra “liberación”” (*Ibíd.* 149 y 152).

En la perspectiva microfísica de los dispositivos de poder no es posible la liberación en sentido revolucionario, aunque sí la resistencia como producción de otras conductas y de otros placeres. Justamente, es en el mismo lugar de producción del dispositivo de poder que se ejerce la sujeción o que se ejerce la subjetivación. Es en este sentido que no cabe hablar de “liberación” en conexión con la gubernamentalidad como categoría que articula todas las nociones desarrolladas hasta aquí.

La categoría de gubernamentalidad, en las conceptualizaciones de Foucault, es la que permite alentar un aspecto afirmativo o positivo de la biopolítica, además de visibilizar una faz negativa, por su modalidad crítica y deconstructiva. En este sentido, toda la dimensión que permite dar cuenta de las tecnologías de sujeción, es la negativa; mientras que la que abre las posibilidades de las tecnologías de sí, es la afirmativa. Como afirma Edgardo Castro (2011a: 178) “La parte propositiva de la genealogía del poder se ocupa de la gubernamentalidad ética: el gobierno de sí mismo”. Es en el orden de la exploración de estas prácticas que se hace posible la subjetivación, la resistencia, la producción de otras corporalidades, otras conductas, otras conducciones.

A pesar de las pretensiones no ontologizantes de Foucault, donde toda zona pre-discursiva resultaría de un efecto de sentido de las relaciones de poder, la vida en tanto articulación con la política queda en un plano de ambivalencia, en una frontera difusa que abrirá paso a los diferentes matices de las recepciones foucaultianas:

Allí donde Foucault descubrió el umbral en el que las tecnologías biopolíticas hacen individuos y constituyen las poblaciones, se anuncia también aquello que resiste, altera, muta esos regímenes normativos: la vida emerge como desafío y exceso de lo que nos constituye como “humanos” socialmente legibles y políticamente reconocibles (Giorgi y Rodríguez, 2007: 11).

2.2 - La biopolítica como política occidental

Según Giorgio Agamben la tesis foucaultiana de la inclusión de la vida en los cálculos del poder, como un fenómeno ligado a la modernidad, debe ser revisada y complementada, ya que entiende esa tarea como característica de la política en Occidente desde sus inicios. Es decir, la política occidental habría sido desde siempre bio-política en tanto producción de *bíos*, de vida con significación política, a partir de *zoé*, *nuda vida*, la vida desprovista de sentido alguno, el mero vivir. En consecuencia, la política moderna no tiene por tarea específica

la inclusión de la *zoé* (*nuda vida*) en la polis, en sí misma antiquísima, ni el simple hecho de que la vida como tal se convierta en objeto eminente de los cálculos y previsiones del poder estatal: lo decisivo es, más bien, el

hecho de que, en paralelo al proceso en virtud del cual la excepción se convierte en regla, el espacio de la nuda vida que estaba situada originalmente al margen del orden jurídico, va coincidiendo de manera progresiva con el espacio político, de forma que exclusión e inclusión, externo e interno, *bíos* y *zoé*, derecho y hecho, entran en una zona de irreducible indiferenciación (Agamben, 2003: 105).

Esta crítica, apunta a la relación entre *bíos* (vida política) y *zoé* (vida desnuda o existencia biológica sin más), que resulta central para comprender el pensamiento de Agamben. *Bíos* y *zoé* se relacionan de manera directa y total en la modernidad, como lo describe Foucault, pero al parecer esta relación existió desde siempre, según Agamben, sin posibilidad alguna de ser escindida. “De cualquier forma, la manera en que esta unión con el nuevo paradigma jurídico tiene lugar (antes que el rastreo de sus orígenes), es lo que parece unir a ambos autores” (Berrío Puerta, 2008: 104).

En continuidad crítica con Foucault, Agamben considera que la política occidental es, desde el inicio, una biopolítica, y de esta forma, “hace vano cualquier intento de fundar las libertades políticas en los derechos del ciudadano” (Agamben, 2010: 68). Por eso Agamben señala un horizonte posible de cara a una política diferente en la posibilidad de pensar otra economía de los cuerpos y de los placeres, como vislumbraba Foucault al final de *La voluntad de saber*. Sin embargo, tomando distancia de Foucault, añade:

las conclusiones de nuestra investigación imponen una cautela adicional. Incluso el concepto de cuerpo, como los de sexo y sexualidad, está ya siempre apresado en un dispositivo; es, pues, siempre cuerpo biopolítico y nuda vida, y no hay nada en él, o en la economía de sus placeres, que parezca ofrecernos un terreno sólido contra las pretensiones del poder soberano. Es más, en su forma extrema el cuerpo biopolítico de Occidente (esa última encarnación de la vida del homo sacer), se presenta como un umbral de absoluta indistinción entre derecho y hecho, norma y vida biológica [...]. Una ley que pretende hacerse íntegramente vida se encuentra hoy, cada vez con mayor frecuencia, frente a una vida degradada y mortificada al pasar a norma (Agamben, 2003: 218).

Si bien Foucault señalaba que el bio-poder no implica un completo abandono del dispositivo de soberanía sino un solapamiento que no desactiva el orden anterior, en

Agamben bio-política y soberanía estarían coincidiendo. En este sentido, su perspectiva es más opresiva, en tanto no dejaría espacio para la resistencia.

En su continuidad crítica con Foucault, Agamben precisará una serie de conceptos que comienzan por la distinción señalada previamente entre *bíos* y *zôé*:

En *Homo sacer* (...) Agamben reprocha a Foucault el haber descuidado la relación entre los dispositivos biopolíticos y los jurídicos-institucionales. Agamben buscará subsanar esta deficiencia mediante la noción de excepción, donde la soberanía aparece en su carácter dual y paradójico. Es soberano, en efecto, aquel que está a la vez dentro y fuera de la ley; la figura en la que se unen violencia y justicia (Castro, 2011a: 126).

Desde esta perspectiva, las sociedades contemporáneas están atravesadas por lo que Giorgio Agamben denomina una “paradoja jurídico política”, que revela la relación violenta entre el poder y la vida y que puede ser considerada en dos dimensiones: por un lado, la relación identidad/derechos, en el sentido de que el derecho es la condición de posibilidad para reclamar identidades específicas pero, a su vez, basarse en el eje identitario para acceder a los derechos, presupone quedar constreñidas/os a las restricciones de la inclusión; es decir, el derecho, en lugar de abrir libertades, las cercena (Galindo Hervás, 2005). En tal sentido, parece que no hay modo de existencia político jurídica si no es en el marco del derecho, aunque es ese mismo marco el que excluye o, igualmente, impone las condiciones de la inclusión.

Por otro lado, la relación violencia/derechos que, contra la tradición humanista que presenta al derecho como la superación de la violencia, muestra la mutua implicación entre ambos, particularmente a través de la conceptualización del “estado de excepción” (Agamben, 2010). De este modo, el derecho se presenta como el cobijo contra las violencias pero es a la vez su condición de posibilidad. Desde el punto de vista de Agamben, la paradoja jurídico política llevaría a un callejón sin salida: “toda política de las identidades es letal, aunque se trate de la identidad del contestatario y la del disidente” (*Ibíd*: 17).

Respecto de la primera dimensión de la paradoja, identidad/derecho, se destaca el ámbito del cuerpo y la sexualidad, como el orden privilegiado de producción identitaria, sobre todo si tenemos en cuenta las clarificaciones de Foucault en torno al biopoder y sus manifestaciones en el dispositivo de sexualidad. En cuanto a la

segunda dimensión de la paradoja, violencia/derecho, su sentido más radical invita a abandonar el ámbito del derecho. Sin embargo, cuando entendemos que en el contexto de la política occidental contemporánea las condiciones del derecho son las condiciones de la existencia, no queda más opción que aceptarlo para explorar las relaciones ley/vida: “la situación de identidad entre ley y vida (esto es, que el estado de excepción coincida hoy con el ordenamiento jurídico-político normal, que vivamos todos en un campo de concentración global en el que no reparamos) permite extremar la experiencia de abandono de la vida más allá de todo vínculo” (Galindo Hervás, 2005: 107). Es decir, considerar que la vida no está ni dentro ni fuera de la ley sino que se reduce a lo que el derecho hace de ella a través de una exclusión inclusiva, umbral que permite al Estado renovar la decisión sobre la vida.

A pesar de la encerrona en el poder soberano que constituye la perspectiva de Agamben, el mismo autor propone considerar al sujeto en un campo de fuerzas recorrido por tensiones que se oponen:

una que va hacia la subjetivación y otra que propone la dirección opuesta. El sujeto no es más que el resto, la no-coincidencia de estos dos procesos. Está claro que serán consideraciones estratégicas las que decidirán en cada oportunidad sobre cuál polo hacer palanca para desactivar las relaciones de poder, de qué modo hacer jugar la desubjetivación contra la subjetivación y viceversa (Agamben, 2010: 17).

La posibilidad de dichas consideraciones estratégicas nos pone, a pesar de Agamben, en sintonía con la noción de “resistencia” que permite gestionar la subjetivación en el lugar mismo de la sujeción. De este modo es posible concebir, en el interior de la soberanía, experiencias que puedan contrarrestar la violencia estatal y jurídica.

Ahora bien, Agamben deriva otras consecuencias de la introducción de sus conceptos específicos para caracterizar la biopolítica como política de Occidente. En el sentido negativo u opresivo que referíamos antes, está la inquietante hipótesis de que el campo de concentración es el paradigma político de la modernidad. Esta observación permeará su análisis sobre los derechos humanos que el autor ve absorberse en los derechos del ciudadano. El concepto de vida desnuda encamina así el análisis de la relación entre biopolítica y totalitarismo que compromete el

surgimiento del Estado moderno que se instituye como nuevo soberano, ya no regio, sino nacional:

Para Agamben, dos fenómenos, acentuados a lo largo del siglo XX, muestran con toda claridad que lo que está en juego en la cuestión de los derechos humanos es, precisamente, la articulación entre el hombre y el ciudadano: por un lado, los refugiados, hombres que carecen o han perdido sus derechos de ciudadanía, por otro, la separación entre lo humanitario, cuyo objeto es la vida desprovista de ciudadanía, y lo político (Castro, 2008: 59-60).

Los seres humanos desprovistos de ciudadanía, en efecto, están también desprovistos de todo derecho. De ellos no se ocupan políticamente los Estados, sino la policía y las organizaciones humanitarias. Por ello, es necesario desvincular el concepto de refugiado del de los derechos humanos. Lo que los campos de concentración del nazismo llevaron al extremo fue la tarea política de asumir como destino la herencia biológica como patrimonio de la nación y así dar forma a la vida de un pueblo. De allí que Agamben encuentre también en este término una tensión biopolítica ya que “pueblo” “ nombra tanto al sujeto político constitutivo como a la clase que, no de derecho sino de hecho, está excluida de la política” (Agamben, 2001: 30). La serie terminológica que se asocia a este proceso está dada por los conceptos de eugenesia y de eutanasia, a partir de los que Agamben desoculta la matriz jurídica de la política contemporánea.

En este sentido, los campos de exterminio impactan en la actualidad con sus secuelas éticas ya que ninguna lengua humana posee las palabras apropiadas para dar cuenta de tales experiencias. De ahí que la estructura del testimonio resulte aporética en tanto representa el encuentro entre dos imposibilidades, la del propio testimonio y la de su lenguaje: “Antes de ser el campo de la muerte, Auschwitz es el lugar de un experimento todavía impensado, en el cual, más allá de la vida y de la muerte, el judío se transforma en musulmán, y el hombre en no-hombre” (Agamben, 2000: 47).

Con el advenimiento de los Estados totalitarios se da la absolutización del poder sobre la vida que se entrecruza con la absolutización del poder de hacer morir. Si la producción biopolítica fundamental es la transformación del cuerpo político en cuerpo biológico, del pueblo en población, en el entrecruzamiento entre el poder de hacer vivir y el de hacer morir, la transformación del pueblo en población lleva al

límite la interrupción que el biopoder establece en la continuidad biológica de la población. Este límite es el *musulmán*, figura en la que el racismo va más allá de la raza (Castro, 2008: 78).

La estructura del testimonio tiene su manifestación lingüística en el “no-lugar” del pronombre personal si tenemos en cuenta la función de los mismos como indicadores de la enunciación (yo, tú, ahora, aquí). Es decir, el proceso de subjetivación que se manifiesta en el acceso a la palabra a través de la enunciación “yo” que convierte al individuo en sujeto, se hace mediante un indicador que carece de referente fijo y que, en tanto está desprovisto de toda sustancialidad, conduce a la de-subjetivación⁸³.

El campo de concentración como paradigma de la biopolítica contemporánea nos lega, entonces, una deriva subjetiva que se manifiesta en la desubjetivación a nivel del lenguaje y una deriva jurídica que se hace evidente en las normativas sobre las medidas de gobierno extraordinarias en tanto interrumpen la legislación vigente.

Como consecuencia del nivel jurídico, la noción de “estado de excepción” se convierte en un instrumento extraordinario de la función de policía que ejerce el gobierno y, finalmente, en el paradigma de gobierno de las democracias contemporáneas⁸⁴.

No hay, primero, la vida como dato biológico natural y la anomia como estado de naturaleza y, luego, su implicación en el derecho a través del estado de excepción. Al contrario, la misma posibilidad de distinguir entre vida y derecho, anomia y *nómos* coincide con su articulación en la máquina biopolítica. La vida desnuda es un producto de la máquina y no algo que preexiste a ella, así como el derecho no tiene ninguna base en la naturaleza o en la mente divina (Agamben, 2010: 109).

⁸³ En esta consideración Agamben sigue el análisis de Benveniste sobre los pronombres personales. Mientras que en Foucault, la dispersión del sujeto que supone o encuentra en su descripción de las reglas anónimas de formación discursiva dejó de lado el análisis del proceso de subjetivación-desubjetivación que se lleva a cabo por medio de los pronombres personales.

⁸⁴ “Estado de excepción” es una denominación frecuente en la doctrina jurídico-política alemana. La tradición italiana o la francesa hablan, preferentemente, de “decretos de urgencia” o de “estado de sitio” político o ficticio. En la terminología anglosajona, se utilizan las expresiones *martial law* y *emergency powers* (Castro, 2008: 65). La Constitución de España contempla la legitimidad de la declaración de “estado de sitio” y de “estado de excepción” por parte del Parlamento. En Argentina se considera democráticamente legítimo el dictado de “decretos de necesidad y urgencia”.

Esta afirmación nos permite dos señalamientos importantes. Por un lado, poner en evidencia una vez más la íntima vinculación entre violencia y derecho. Por otro lado, advertir la incorporación del término “máquina” para referir a las operaciones biopolíticas.

El primer señalamiento trae como consecuencia que una política que se desprenda de su prefijo “bio” debería desconectar derecho de violencia: “Verdaderamente política es solo la acción que rompe el nexo entre violencia y derecho” (*Ibíd*). Mientras que el segundo nos lleva a considerar otras sintonías de Agamben con Foucault.

En desarrollos más recientes de la serie *Homo sacer* Agamben utiliza la noción de máquina gubernamental de Occidente para aludir a la producción de lo político por parte de la biopolítica e, igualmente, la de máquina antropológica, para referir las producciones biopolíticas de lo humano: “A pesar de que el autor no haya dedicado ninguna consideración particular al concepto de máquina, es posible determinar sus notas constitutivas. A ello contribuye, en primer lugar, otro concepto del que Agamben sí se ocupó explícitamente, el concepto de dispositivo” (Castro, 2008: 88). Máquina es, entonces, uno de los sentidos del término “dispositivo” para Agamben. En el artículo “¿Qué es un dispositivo?” Agamben releva los usos foucaultianos del término para concluir: “llamo dispositivo a todo aquello que tiene, de una manera u otra, la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivos” (Agamben, 2011: 9).

En esta definición que brinda el autor los dispositivos quedan de entrada comprometidos con la producción biopolítica en el sentido de objetivización de la vida, su captura y su regulación. Otra vez, deja poco lugar para lo que excede o lo que escapa. Pero además de este proceso productivo el dispositivo agambeniano está caracterizado por la bipolaridad ya que siempre articula dos elementos que, a primera vista al menos, parecen excluirse u oponerse. Es lo que se manifestaba en las tensiones paradójicas entre violencia y derecho, soberanía y gobierno, humano y ciudadano, animal y humano. A partir de este funcionamiento bipolar de los dispositivos se producen zonas de indiscernibilidad en las que resulta imposible distinguir de cuál de los componentes articulados se trata; el caso paradigmático son los campos de concentración.

¿Cómo pensar al sujeto en este contexto conceptual? Si en Foucault el sujeto era resultante de los efectos de los dispositivos de poder, Agamben le da una ontología de tercera clase, entre los seres vivos y los dispositivos: “Existen entonces dos clases: los seres vivos (o las sustancias) y los dispositivos. Entre las dos, como tercera clase, los sujetos. Llamo sujeto a eso que resulta de la relación cuerpo a cuerpo, por así decirlo, entre los vivos y los dispositivos” (*Ibíd*: 10). Así considerado el sujeto resultaría necesariamente en un vínculo de sujeción. En el desarrollo expuesto hemos atisbado, de todos modos, algunos mojones que habilitarían dejar abierta la tensión entre subjetivación y desubjetivación como posible punto de fuga, aun cuando en la conceptualización del dispositivo Agamben insista en el aspecto negativo u opresivo:

No será para nada erróneo definir la fase extrema del desarrollo del capitalismo en la cual vivimos como una gigantesca acumulación y proliferación de dispositivos. Ciertamente, los dispositivos existen desde que el *homo sapiens* apareció. Sin embargo, parece que actualmente no hay un solo instante en la vida de los individuos que no sea modelado, contaminado o controlado por un dispositivo. ¿Entonces, de qué manera nos podemos oponer a esta situación, qué estrategia debemos adoptar en nuestro cuerpo a cuerpo cotidiano frente a estos dispositivos? No se trata simplemente de destruirlos ni, como sugieren algunos ingenuos, de utilizarlos con justeza (*Ibíd*).

2.3 – La biopolítica del *cyborg*

*El cyborg no está sujeto a la biopolítica de Foucault, sino que simula políticas,
un campo de operaciones mucho más poderoso*
Donna Haraway

Donna Haraway es una pensadora multifacética que se ha formado en diversas disciplinas: Zoología, Filosofía y Literatura, obtuvo un doctorado en Biología en la Universidad de Yale con una tesis interdisciplinaria sobre las funciones de la metáfora en la investigación de la biología experimental en el siglo XX. Su perspectiva epistemológica se enmarca en los estudios culturales, lo que le ha permitido la libertad de interconectar relatos científicos con ciencia ficción en función de un imaginario crítico de lo instituido. Como señala Ana María Bach: “Haraway reconoce como autores que influyeron sobre su pensamiento, no al

posestructuralismo derrideano francés, como se supone, sino a Alfred North Whitehead y al pragmatismo a través de Charles Peirce” (Bach, 2010: 94).

Su texto *Manifiesto para cyborgs* (1995 [1987]) constituye un hito no solo para los feminismos sino en diversos ámbitos de la filosofía: política, contemporánea, de las ciencias. La provocadora propuesta del *cyborg* como metáfora de sujeto viene del término “acuñado por Mandred Clynes y Nathan Kline (1960) para referirse al hombre potenciado que podría sobrevivir en entornos extraterrestres” (Haraway, 2004: 69). Este punto de partida para el concepto implica directamente una crisis en la noción moderna de sujeto y un desajuste en los supuestos sobre la corporalidad que pasará a ser concebida como interpenetrada por la tecnología y no exterior a ella. Su sentido, entonces, resultará fuertemente post-humanista y crítico de todas las dicotomías de la modernidad, ya que en el vocablo *cyborg*, Haraway reúne tres rupturas cruciales que hacen posible un análisis de la política: la frontera entre lo humano y lo animal; la distinción entre organismos y máquinas y los límites entre lo físico y lo no físico. El *cyborg* representa, entonces, transgresiones de fronteras, fusiones poderosas y posibilidades de resistencia (Haraway, 1995: 256-262).

A su vez, Donna Haraway resignifica el concepto de este modo:

Un *cyborg* es un organismo cibernético, un híbrido de máquina y organismo, una criatura de realidad social y también de ficción. La realidad social son nuestras relaciones sociales vividas, nuestra construcción política más importante, un mundo cambiante de ficción. Los movimientos internacionales feministas han construido la “experiencia de las mujeres” y, asimismo, han destapado o descubierto este objeto colectivo crucial. Tal experiencia es una ficción y un hecho político de gran importancia. La liberación se basa en la construcción de la conciencia, de la comprensión imaginativa de la opresión y, también, de lo posible. El *cyborg* es materia de ficción y experiencia viva que cambia lo que importa como experiencia de las mujeres a finales de este siglo. Se trata de una lucha a muerte, pero las fronteras entre ciencia ficción y realidad social son una ilusión óptica (Haraway, 1995: 253).

Si atendemos a esta familiaridad con la tecnología, se clarifica la sugerencia de Haraway de que “la máquina somos nosotros y, nuestros procesos, un aspecto de nuestra encarnación” (*Ibíd*: 309). En consecuencia, las máquinas no son algo que debemos conquistar, sino que se convierten en una “promesa”, una posibilidad para

construir nuevos colectivos que rompan con la distinción entre lo orgánico y lo inorgánico.

Una manera en que Donna Haraway explora implicancias de su concepto es considerándolo una figuración: “Una figuración no es una mera metáfora sino un mapa cognitivo políticamente informado que interpreta el presente en función de la propia situación incardinada” (Braidotti, 2004: 212). En tal sentido, se trata de una posición de sujeto, podríamos decir:

Mis figuras del *cyborg* habitan un régimen espacio-temporal transformado que llamo tecnobiopoder. La modalidad temporal propia de los *cyborgs* es condensación, fusión e implosión, entrecruzándose con -y a veces desplazando- el desarrollo, la satisfacción y la represión propias del realismo figurativo. Es más la temporalidad del agujero de gusanos de la ciencia-ficción esa anomalía espacial que lanza a los viajeros a regiones inesperadas del espacio-, que la de los pasajes del nacimiento del cuerpo biopolítico (*Ibíd*: 29).

Vemos así que si bien la biopolítica foucaultiana es clave de inspiración para la autora, la misma considera que para los desarrollos tecnológicos de la segunda mitad del siglo XX tal noción carece de potencia analítica. De allí que su propuesta del *cyborg* intente dar cuenta de las nuevas posibilidades abiertas por la tecnociencia invitando al desafío de apropiarse de ellas para hacerlas jugar a favor; es decir, en términos foucaultianos, para tomarlas de base de tecnologías del yo (ver “2.1.1”).

Por lo tanto, Donna Haraway conceptualiza la biopolítica haciéndose eco de la categoría foucaultiana pero sobrepasándola en la consideración de que hacia el siglo XXI el paradigma conceptual que se está gestando prioriza la noción de inmunidad. En el artículo “La biopolítica de los cuerpos posmodernos: constituciones del yo en el discurso del sistema inmunitario” reconstruye la producción del concepto “sistema inmunitario” que se está dando en las ciencias biológicas:

El objeto principal de mi atención será el potente y polimorfo objeto de fe, de conocimiento y de práctica llamado sistema inmunitario. Mi tesis consiste en que éste es un icono elaborado para importantes sistemas de «diferencia» simbólica y material en el capitalismo tardío. Como objeto del siglo XX, el sistema inmunitario es un mapa diseñado para servir de guía en el reconocimiento y en la confusión del yo y del otro en la dialéctica de

la biopolítica occidental, es decir, es un plan de acción para construir y mantener las fronteras de lo que se entiende por «el yo» y por «el otro» en el importante terreno de lo normal y de lo patológico.

El sistema inmunitario es un terreno históricamente específico en el que interactúan, con una intensidad quizás solamente igualada en la biopolítica del sexo y de la reproducción, las siguientes fuerzas: la política global y local, la investigación dirigida hacia la obtención del Premio Nobel, las producciones culturales heteroglósicas, que van desde las prácticas dietéticas populares, la ciencia ficción feminista, la imagería religiosa y los juegos infantiles, a las técnicas fotográficas y la teoría estratégica militar; la práctica clínica médica; las estrategias inversoras de capital de riesgo, los avances cambiantes a nivel mundial en los negocios y en la tecnología y las más profundas experiencias personales y colectivas de encarnación, vulnerabilidad, poder y mortalidad (Haraway, 1995: 349-350).

Como señala Roberto Esposito, el ensayo de Haraway explicita desde el propio título la conexión que en Foucault todavía se hallaba implícita, entre gobierno de la vida y paradigma de inmunidad (Esposito, 2005: 205). La autora retoma la centralidad del cuerpo como objeto específico del biopoder, pero desde una perspectiva semiótico-material que tiende a desconstruir su caracterización unitaria, todavía conservada en el análisis de Foucault.

Pero además, en el análisis de las metáforas científicas que brinda Haraway, como se atisba en la larga cita, pone en consideración distintas influencias que contribuyen a concebir el “sistema inmunitario”. Específicamente, conecta elementos que no provienen del ideario del enfrentamiento bélico, que será el privilegiado por la comunidad científica hegemónica (*Ibíd*). De allí que la ciencia ficción y los juegos, entre otros elementos de la cultura que utilizará en clave feminista, posibiliten abrir la imaginación hacia un paradigma inmunitario que no mine las posibilidades de lo compartido. Éste es un punto de especial interés para Roberto Esposito en su preocupación por pensar lo común, autor que cierra esta construcción genealógica (ver “2.5”).

2.4 - La biopolítica en la sociedad de control

Antonio (Toni) Negri y Maurizio Lazzarato, teóricos italianos, comparten el marco ideológico-conceptual de la corriente neo-marxista del post-obrerismo⁸⁵. Desde esa perspectiva reconsideran la noción foucaultiana de biopolítica adecuándola al contexto contemporáneo de la segunda mitad del siglo XX. Para tal fin, siguen la hipótesis de Gilles Deleuze acerca de que las sociedades occidentales, actualmente, más que disciplinarias, resultan de control; es decir, flexibilizadas en sus procedimientos de vigilancia y de observación que generan subjetividades. Desde este común marco de partida, cada uno explorará intuiciones sutilmente diferenciables.

2.4.1 - La multitud como monstruo biopolítico

En sus intelecciones postmarxistas, que incluyen los textos conjuntos con Michael Hardt, Toni Negri considera el trabajo de Foucault como el que posibilita reconocer un pasaje histórico, trascendental, de las formas sociales, desde la sociedad disciplinaria a la sociedad de control⁸⁶. Negri considera que la sociedad de control es la que se abre a lo posmoderno, con un funcionamiento más inmanente al campo social, distribuido a través de los cuerpos y las mentes de sus integrantes.

En este sentido, el planteo de Foucault había resultado productivo para comprender determinados desarrollos de las sociedades del siglo XX, sobre todo en lo que hace a la formación de cuerpos aptos para el trabajo fabril y para la reproducción heterosexual, en el marco de las sociedades industrializadas: “la heterosexualidad nace asociada al trabajo asalariado y a la sociedad industrial” (Guasch, 2000: 25). Pero tal postura se mostraría insuficiente para entender las transformaciones del capitalismo durante el último siglo, los cambios en las modalidades de trabajo y de sujetos:

El enfoque foucaultiano permite leer el desarrollo de la sociedad moderna y la relación entre Estado y sociedad, teniendo como techo histórico el fordismo [...]. Pero precisamente este es el punto crucial. Esta configuración se ha visto arrastrada desde hace tiempo a una crisis sin

⁸⁵ Ver Capítulo 1, n. 77.

⁸⁶ Para Toni Negri, si bien Deleuze explicitó la noción de “sociedad de control” en *Foucault* (2003 [1986]) y “*Post-scriptum* sobre las sociedades de control” (1995), sus rasgos estaban ya delineados en los trazos de Foucault.

salida aparente debido a la caída de uno de sus ejes más importantes, el del valor social paradigmático de la disciplina de fábrica de tipo fordista (Ferrari Bravo citado por De Giorgi, 2006: 48)

A diferencia de las disciplinas, el control se extiende por fuera de los sitios estructurados de las instituciones sociales, por medio de redes flexibles y fluctuantes, como son los efectos de los medios de comunicación masiva o las redes sociales cibernéticas. Esta nueva modalidad social posibilita la realización de un nuevo paradigma de poder, definido por las tecnologías que reconocen a la sociedad como el ámbito del biopoder. Esto es, los comportamientos de inclusión y exclusión social adecuados para gobernar/se/nos son cada vez más interiorizados dentro de los propios sujetos. Las características de la sociedad de control impactan entonces en la biopolítica que pasa a tomar como eje vertebrador a la producción de la propia vida social, no sólo a la regulación de las poblaciones desde la lógica estatal. En consecuencia, los mecanismos de dominio se distribuyen directamente por los cerebros y los cuerpos de los/las ciudadanos/as, en tanto lo que se comercializa ya no son sólo objetos materiales producidos en fábricas, sino informaciones, símbolos, imágenes y estilos de vida que circulan por los medios de comunicación. Por eso es posible considerar que

sólo la sociedad de control está en condiciones de adoptar el contexto biopolítico como su terreno exclusivo de referencia. [...] El poder se expresa así como un control que invade las profundidades de las conciencias y de los cuerpos de la población y se extiende a través de la integralidad de las relaciones sociales (Hardt y Negri, 2000).

Entonces en la sociedad de control el poder reticular resulta más flexible que en la sociedad disciplinaria y esto produce una tensión especial entre los procesos de sujeción en virtud de los cuales el sujeto emerge como resultado del entrecruzamiento de dispositivos y los procesos de subjetivación, como modos de resistencia a los efectos de dichos dispositivos. Por esta razón Hardt y Negri distinguen la noción de biopoder de la de biopolítica al advertir que el biopoder está necesariamente destinado a convertirse en producción biopolítica, y entienden por ella “una acción política encaminada a la transformación y a la liberación sobre la

base de la multitud⁸⁷” (Hardt y Negri, 2004: 127). De este modo, se manifiesta cómo recrean la conceptualización foucaultiana desde una preocupación postmarxista; es decir, cómo intentan un planteo estructural que permita dar cuenta de la base de las sujeciones (que ya no tienen un exclusivo componente de “clase” en sentido marxiano y que pueden pensarse también en su dimensión subjetiva, vía Foucault). La propuesta de Toni Negri, acompañado por Michael Hardt, es la consideración del dominio del Imperio que caracterizaría el tipo de tendencia a la totalización en el mundo global contemporáneo.

Para ellos, describir la sociedad de control y el biopoder es describir aspectos centrales del concepto de Imperio, marco en el que deberá ser comprendida la nueva universalidad de los sujetos, meta a la que se dirige el nuevo régimen de biopoder⁸⁸. Por ende, para estos autores, lo que Foucault no lograría aprehender, son las dinámicas reales de la producción en la sociedad biopolítica; mientras que Deleuze y Guattari se les presentan con una adecuada comprensión posestructuralista del biopoder que renueva el pensamiento materialista y se afirma a sí misma sólidamente en la cuestión de la producción del ser social⁸⁹: “Deleuze y Guattari descubren la productividad de la reproducción social (producción creativa, producción de valores, relaciones sociales, afectos, hechos), pero operan para articularla sólo superficialmente y efímeramente, como un horizonte indeterminado, caótico, marcado por el evento inasible” (Hardt y Negri, 2003: 29). Por lo tanto, la perspectiva de Imperio integraría las de Foucault y Deleuze-Guattari, articulándolas a partir de la concepción de un nuevo sujeto político: “la multitud”.

Para estos autores el siglo XX estuvo marcado por la pérdida de peso de la sociedad disciplinaria, una sociedad-factoría en la que el disciplinamiento actuaba al mismo tiempo como forma de producción y como forma de gobierno, de modo tal que la producción disciplinaria y la sociedad disciplinaria tienden a coincidir completamente.

⁸⁷ “Multitud” es el nombre que estos autores proponen para el sujeto político contemporáneo, como se precisará más adelante.

⁸⁸ “Aquí se abre un verdadero abismo entre los diversos marcos teóricos antiguos de la ley internacional (tanto en su forma contractual y/o en la forma de la ONU) y la nueva realidad de la ley imperial. Todos los elementos intermediarios del proceso han sido, de hecho, dejados a un lado, de modo que la legitimidad del orden internacional no puede ser ya construida mediante mediaciones, sino aprehendida de inmediato en toda su diversidad. Ya hemos conocido este hecho desde la perspectiva jurídica. Vimos, en efecto, que cuando emerge la nueva noción de derecho en el contexto de la globalización y se presenta como capaz de tratar la esfera planetaria, universal, como un único escenario sistémico, debe asumir un prerequisite inmediato (actuando en un estado de excepción) y una tecnología adecuada, plástica y constitutiva (las técnicas de la policía)” (Hardt y Negri, 2003: 27).

⁸⁹ Otro componente con el que Toni Negri diseña su perspectiva post-marxista es el esquizoanálisis de Deleuze-Guattari, fundamentalmente a partir de la trilogía de *Capitalismo y Esquizofrenia*. Mencionaremos algunos elementos en esta reseña de la resignificación de los conceptos foucaultianos, pero nos interesa concentrarnos específicamente en esto último.

En la sociedad-factoría, las subjetividades productivas son forjadas como funciones unidimensionales del desarrollo económico. A medida que estas enormes fuerzas de la nueva subjetividad emergían de la colonización y alcanzaban la modernidad, apelando a un sujeto político moderno, vivían la experiencia de incluirse bajo las condiciones de la exclusión; es decir, modernizarse pero no independizarse. Así la crisis que para Europa estuvo marcada por mayo del 68, en América Latina impactó en los años 80, más específicamente a partir de la caída del muro de Berlín en 1989⁹⁰.

Si la reivindicación del sujeto moderno, por ejemplo aquí en el sur, era Liberación o Dependencia, los modos en que se descentra el capitalismo a partir de 1989, hacen transversal la lucha y múltiple el sujeto. Si bien no se pierde la figura de lo Nacional, su contrapunto no es la dependencia de un único Centro sino la globalización, por lo tanto la tensión entre lo local y lo global se va a multiplicar y replicar con distintas estrategias a lo largo del globo. Porque el capital siempre se ha organizado mirando hacia la totalidad de la esfera global, pero sólo en la segunda mitad del siglo veinte las corporaciones financieras e industriales multinacionales y transnacionales comenzaron, realmente, a estructurar biopolíticamente territorios globales. A partir de este reconocimiento el objetivo primario ya no podía ser entrar, sino salir de la modernidad:

El Tercer Mundo no desaparece realmente en el proceso de unificación del mercado mundial, sino que entra en el Primero, se instala en su corazón como *ghetto*, villa, *favela*, siempre producido y reproducido nuevamente. A su vez, el Primer Mundo se transfiere al Tercero bajo la forma de bolsas y bancos, corporaciones transnacionales y rascacielos de dinero y comando. Tanto la geografía económica como la política son desestabilizadas de modo tal que los límites entre las diversas zonas se tornan fluidos y móviles. Como resultado, la totalidad del mercado mundial tiende a ser el único dominio coherente para la aplicación efectiva de la administración y comando capitalistas (*Ibíd*: 225).

Entonces, las especificidades de las sociedades contemporáneas se vislumbran teniendo en cuenta las transformaciones que caracterizan a la sociedad

⁹⁰ Nos referimos al desencanto con la representación política que marcaron las manifestaciones obreras y estudiantiles en Francia en 1968 y los modos de la política en América Latina cuando sus diversos países fueron recuperando la vida democrática en la década del año 80. En el caso de Argentina, a partir de 1983. La interpretación que seguimos en esta cronología no plantea un inmovilismo sino una resignificación de la política desde la asunción del desafío de desandar su lógica moderna.

postindustrial postfordista. Según Daniel Cohen (2007: 20-32), hay cinco rupturas con la sociedad industrial que permiten la constitución de un nuevo mundo. La primera fue la producida por la “tercera revolución industrial”, la informática, iniciada en 1969 cuando se puso a punto Arpanet para el Departamento de Defensa norteamericano. La segunda consistió en una nueva manera de concebir el trabajo humano, en la que la condición obrera permanece cerrada sobre sí misma, privada del acceso a los escalones intermedios que le permitirían progresar. La tercera se asocia al movimiento de Mayo del 68 en Francia en tanto despertar del individualismo contemporáneo en contraposición con el holismo industrial. La cuarta procede del renacer de los mercados financieros desde la década de 1980. La quinta consiste en la globalización propia del siglo XX, con la llegada de China e India al juego del capitalismo mundial⁹¹.

A su vez, este modo singular de organización del capital implica la figura del Imperio, cuyo despliegue está definido por toda una serie de características nuevas, tales como el territorio sin fronteras de sus actividades, la singularización y localización simbólica de sus acciones, la conexión de la acción represiva con todos los aspectos de la estructura biopolítica de la sociedad. En el Imperio y su régimen de biopoder, la producción económica y la constitución política tienden crecientemente a coincidir pues se elimina a los crueles regímenes del poder moderno (de modalidad disciplinaria) y en consecuencia, esta es la hipótesis de los autores, también se “incrementa el potencial de liberación” (*Ibíd*: 40).

De este modo entienden que la globalización y la localización, funcionan como un régimen de producción de identidad o diferencia, de homogeneización y heterogeneización. Entonces la multitud como nuevo sujeto político sostiene luchas que son, a un mismo tiempo, económicas, políticas y culturales -y, por lo tanto, son luchas biopolíticas, luchas sobre la forma de vida-. Son luchas constituyentes, creando nuevos espacios públicos y nuevas formas de convivencia, mediante la estrategia de un contrapoder constituyente que emerge desde el interior del Imperio. Es la multitud la fuerza productiva real de nuestro mundo social, mientras que el Imperio es un mero aparato de captura que sólo vive de la vitalidad de la multitud.

Ahora bien, Negri llama a la potencia liberadora de la multitud “monstruo (bio)político”. Al hacerlo está brindando otra inscripción de la política como

⁹¹ El autor sitúa la primera globalización en el siglo XIX, con el dominio del mundo por parte de Gran Bretaña, las revoluciones técnicas del telégrafo, el ferrocarril y el barco a vapor y el alto nivel de migraciones internacionales.

biopolítica. En el apartado anterior vimos que Agamben considera que la política occidental siempre fue biopolítica⁹². Negri, en cierta medida coincide pues considera que la política siempre fue biopoder; sin embargo, introduce el matiz de que el biopoder siempre fue eugenésico, incidió sobre la vida, legitimó la verdad del ser y fundó autoridad. Al realizar esta tarea, la política traza la delimitación entre su ámbito (la eugenesia) y lo que escapa a ella (el monstruo). Para Negri la novedad moderna es que el monstruo reingresa parcialmente en el discurso filosófico mediante la tarea de crear resistencia siendo el gran desafío leer la historia desde el punto de vista del monstruo (Negri, 2007: 103).

En consecuencia el monstruo se presenta como un acontecimiento positivo que desborda y altera los principios eugenésicos en torno a los cuales Occidente habría definido lo “humano”. La característica de la modernidad estará dada por la modalidad biopolítica del monstruo como alternativa contra la pretensión eugenésica del poder (*Ibíd.*: 107). El monstruo proviene entonces de la interioridad del poder, del Imperio, al que hace frágil y aterra.

Negri reconoce que algunos feminismos conciben al monstruo biopolítico; sin embargo, no le otorga a este aporte más que un párrafo para aludir simultáneamente a Rosi Braidotti⁹³ y Donna Haraway:

En el feminismo del *métissage* y la hibridación, en estas verdades antidialécticas, en esta comprensión correcta del fin de toda forma “racional” de dominio (ya sea patriarcal o solamente político), en beneficio de la superación de todo límite disciplinario, tanto en la epistemología como en las ciencias de la naturaleza, allí se afirma hoy plenamente la potencia del monstruo (*Ibíd.*: 106).

En consecuencia, los matices que podrían enriquecer su análisis al impedir la abstracción del cuerpo pasan desapercibidos para el autor que menciona indicios de aportaciones feministas pero no las incorpora ni las analiza. Para establecer esa conexión que el autor omite nos valemos del texto “Ontologías de la monstruosidad:

⁹² Una gran separación con el pensamiento de Agamben va a basarse en que Negri no acepta la noción de “nuda vida”. Si bien para Agamben es un producto de la biopolítica de los campos de concentración nazi, que produce el despojo de la vida, desnudándola de toda significación política, Negri no acepta que sea posible tal nivel de “desnudez” pues la nefasta consecuencia de ello sería la imposibilidad de la resistencia: “qué cosa puede significar “vida desnuda” cuando lo que nos interesa es reconocer dónde se pueden apoyar nuestros cuerpos para lanzar no sólo la resistencia sino también el ataque, no sólo la fuerza de oposición sino la potencia de transformación” (Negri, 2007: 120).

⁹³ Rosi Braidotti (n.1954) es una filósofa feminista que prefiere la categoría de diferencia sexual a la de género. Es oriunda de Italia y está radicada en los Países Bajos. Su perspectiva teórica se inspira en Gilles Deleuze a partir de quien explora la conceptualización de sujetos nómades y la dinámica del devenir.

el *cyborg* y el monstruo biopolítico” de Andrea Torrano quien indaga el modo en que Negri y Haraway problematizan la vida.

Así encuentra que Haraway afirma “el *cyborg* es nuestra ontología, nos otorga nuestra política” (Haraway, 1995: 254) y dicha ontología es monstruosa, ya que los *cyborgs* “son literalmente monstruos, una palabra que comparte algo más que su raíz con la palabra demostrar” (*Ibíd*: 62). La monstruosidad del *cyborg* radica en su hibridez, su origen ilegítimo y su ruptura con una identidad fija y jerarquizada. En este sentido, para Torrano, más que significar el sujeto político, el *cyborg* es la metáfora de la lucha política; es decir, la posibilidad de cambio (Torrano, 2009: 7).

Mientras que Hardt y Negri manifiestan que “el imperio constituye la trama ontológica en la que se entretajan todas las relaciones de poder: tanto las relaciones políticas y económicas como las relaciones sociales y personales” (Hardt y Negri, 2003: 310), pero es también el horizonte ontológico en el cual “las relaciones entre los modos de ser y los segmentos de poder siempre se construyen de nuevo y varían infinitamente entre sí” (*Ibíd*: 311), por tanto, “el aparato ontológico que excede toda medida es una expansión de poder, un poder de libertad” (*Ibíd*: 313).

Tanto para Haraway, como para Hardt y Negri entonces, se tiende a la superación de los límites disciplinarios, la normalización y la neutralización del biopoder a través de la monstruosidad. La posibilidad de enfrentamiento supone que la misma vida resiste contra las formas que pretenden dominarla. La vida resiste como si más allá de los poderes que intentan apropiarse de ella siempre quedara un resto de vida el cual puede afirmar su potencia. El monstruo sería este resto de vida inapropiable que puede oponerse al poder (Torrano, 2009: 8).

A pesar de esta cercanía conceptual entre Negri y Haraway, ella desarrolla una noción de biotecnología antes que de biopolítica, siendo la principal consecuencia el desbaratamiento del concepto moderno de cuerpo. En cambio los autores post-obreristas quedarán más ligados a Foucault por la noción biopolítica y la consecuente noción de cuerpo unitario.

Negri especialmente parte de una consideración que enmarca el contexto de postmodernidad y capitalismo globalizado, para retomar la noción marxista de *general intellect* en referencia a la producción inmaterial, al reconocer la nueva naturaleza del trabajo productivo y su desarrollo viviente en la sociedad, expresada también como “intelectualidad de masas” o “trabajo inmaterial”.

Sus análisis conectan dos dimensiones de investigación. Por un lado, la dimensión de las transformaciones recientes del trabajo productivo y su tendencia a volverse crecientemente inmaterial. El lugar central ocupado previamente por la fuerza laboral de los trabajadores fabriles en la producción de plusvalía está siendo reemplazado cada vez más por la fuerza laboral intelectual, inmaterial y comunicativa. Es por ello que los marxistas italianos (Negri entre ellos) desarrollan una nueva teoría política del valor que pueda colocar al problema de esta acumulación capitalista contemporánea en el centro del mecanismo de explotación (y así en el centro de la rebelión potencial).

Por otro lado, la dimensión comunicativa e inmediatamente social del trabajo viviente en la sociedad capitalista contemporánea, y en consecuencia el problema de las nuevas figuras de la subjetividad, tanto en su potencial de explotación como en el revolucionario. La dimensión social inmediata de la explotación del trabajo viviente inmaterial sumerge al trabajo en todos los elementos relacionales que definen lo social, pero también, al mismo tiempo, activa los elementos críticos que desarrollan el potencial de insubordinación y rebelión a través de todo el conjunto de prácticas laborales. Tras una nueva teoría del valor, entonces, debe formularse una nueva teoría de la subjetividad que opere principalmente a través del conocimiento, la comunicación y el lenguaje (Hardt y Negri, 2000: 29). Así lo considera Pablo Iglesias Turrión en la ponencia “Plataformas”⁹⁴:

Frente a la teoría marxista clásica del valor-trabajo que establece el valor de una mercancía en función de la cantidad de tiempo de trabajo que lleva, en el postfordismo el conocimiento, como entidad abstracta, es objetivable del mismo modo que lo era en la máquina a la que se refería Marx en el apartado de los *Grundrisse* titulado “El Fragmento sobre las máquinas” (1972: 222 y ss.). Esta entidad abstracta es el *general intellect* que habría devenido la principal fuerza productiva arrebatando al trabajo asalariado la centralidad en la creación del valor (Iglesias, 2009: 7).

Con la resignificación del “trabajo intelectual” como *general intellect*, Negri caracteriza el tránsito histórico desde el capitalismo moderno (trabajo material, mundo disciplinario, localización) hacia el post-moderno (trabajo inmaterial, sociedad

⁹⁴ Una explicación más detallada de la influencia del “Fragmento” sobre los neomarxistas italianos puede encontrarse en el texto de Negri *Marx oltre Marx* (2001 [1979]), en Virno (2003a y 2003b), o en la tesis doctoral de Pablo Iglesias Turrión (2009: 172 y ss.).

de control, globalidad de la existencia) como la coyuntura propicia para que del biopoder surja la biopolítica. Es decir, para que se logre la innovación monstruosa a partir del dominio de la eugenesia. En consecuencia, la multitud como nuevo sujeto político se identifica con la monstruosidad y puede convertirse en una alternativa frente al control imperial. Negri expresa que la multitud es monstruosa porque “el trabajo común que la sostiene es productivo y excedente, innovador y constitutivo. La multitud es monstruosa porque siempre es constituyente” (Hardt y Negri, 2004: 66). Dado que en las sociedades de control ya no se trata de disciplinar sino más bien de neutralizar, el monstruo biopolítico sería la posibilidad de resistencia a esta neutralización y también la posibilidad de invención de lo común.

Así la singularidad de la multitud es producida por la cooperación, representada por la comunidad lingüística y desarrollada por los movimientos de hibridización. De este modo la expresión de deseo hacia el porvenir expresa la posibilidad de dirigir las tecnologías y la producción hacia el propio júbilo de la multitud y el incremento de su poder: “La multitud no tiene motivos para buscar fuera de su propia historia y de su propio poder productivo actual los medios necesarios para alcanzar su constitución como sujeto político” (*Ibíd*: 343).

2.4.2 - Biopolítica, noopolítica y resistencia

Maurizio Lazzarato considera que Foucault ve en la biopolítica la forma de gobierno de una nueva dinámica de las fuerzas que expresan entre ellas relaciones de poder que el mundo clásico no conocía y que implica la vinculación entre gobierno, población y economía política. Por ende, aquello que para Marx quedaba separado en dos órdenes relacionales (entre los humanos en tanto vivientes ó entre los humanos y las cosas) para Foucault resultan fuerzas coextensivas al cuerpo social. Al considerar que el biopoder, nacido en la modernidad para Foucault, tiene dos dimensiones de funcionamiento (disciplinario y biopolítico) parecería que las posibilidades de acción quedaran reducidas a la alternativa dominación o resistencia. En un sentido similar al de Toni Negri, Lazzarato se interesa en reforzar la apertura de la libertad, en hacerla posible desde la matriz explicativa foucaultiana, por eso también explora la posibilidad de transformar el biopoder en biopolítica. Esto implica necesariamente una resignificación, donde la biopolítica no se reduzca a ser la dimensión regulativa del biopoder, sino que se transforme en la fuerza productiva de la resistencia que genera contraconductas.

Así la concepción foucaultiana del dispositivo de poder que presupone una conceptualización estratégica permite entender que las identidades son resultado de coacciones, por lo tanto, si se quiere desmontar sus efectos, será necesario producir relaciones de diferenciación, de creación, de innovación:

es sobre la cima de la relación entre resistencia y creación que hay que prolongar el trabajo de Foucault. El itinerario de Foucault permite pensar el vuelco del biopoder en una biopolítica, el "arte de gobernar" en producción y gobierno de nuevas formas de vida. Es proseguir el movimiento del pensamiento foucaultiano establecer una distinción conceptual y política entre biopoder y biopolítica (Lazzarato, 2000).

Ahora bien, esta tarea se facilita si se buscan elementos de comprensión del mundo contemporáneo. Cabe tener en cuenta, entonces, que en el mundo globalizado postfordista, el vínculo prioritario no es el trabajo sino el empleo, marcado más que por el modo de producción, por la existencia de nuevos principios sociales (Cohen, 2007:35), en que la simultaneidad de tareas y la flexibilización de las mismas son características cotidianas que contribuyen al rendimiento. Este principio del rendimiento que implica la medicalización de los empleados para estar lúcidos en la medida de las exigencias, pone a la excitación en un lugar central de la existencia. Por ende, allí donde el fordismo tenía como máxima expresión la gran empresa y se fundamentaba en los principios de la organización científica del trabajo (cronómetro, cadena de montaje, etc.), en el postfordismo la informatización y la producción inmaterial basada en el *general intellect* pasan a ser hegemónicas. Estos nuevos sujetos sociales que establecen la variable clave para el crecimiento y la competitividad, son los trabajadores del conocimiento, el *software* vivo de una maquinaria compleja.

En este nuevo contexto, el filósofo Gilles Deleuze considera que las operaciones disciplinarias de examen se hacen cada vez más laxas y difusas, por lo que ya no primarían tanto el encierro y la vigilancia estrecha; es decir, las implementaciones de la disciplina, sino que nuevas prácticas darían indicios de nuevas modalidades de poder. A tal fin el pensador proponía la noción de "sociedades de control" antes que "disciplinarias": "estamos entrando en sociedades de "control" que ya no son exactamente disciplinarias. ... ya no funcionan mediante el encierro sino mediante

un control continuo y una comunicación instantánea. [...] En un régimen de control, nada se termina nunca” (Deleuze, 2006: 274).

Para Deleuze se estaría produciendo la instalación progresiva y dispersa de un nuevo régimen de dominación, manifiesto a través de operaciones de máquinas informáticas, cuyo riesgo pasivo son las interferencias y cuyo riesgo activo son la piratería y la inoculación de virus:

No es solamente una evolución tecnológica, es una profunda mutación del capitalismo. [...] No es un capitalismo de producción sino de productos, es decir, de ventas o de mercados. [...] Un mercado se conquista cuando se adquiere su control, no mediante la formación de una disciplina... Ahora, el instrumento de control social es el marketing, y en él se forma la raza descarada de nuestros dueños. [...] El hombre ya no está encerrado sino endeudado (*Ibíd*: 283-285).

Esta nueva configuración de las relaciones socioeconómicas producirá seguramente otro tipo de subjetividades, que ya no requieren de la docilidad corporal para constituir fuerza de trabajo. Comprender las diferencias y las transformaciones implica atender a las prácticas novedosas, prestar atención a algunas operaciones que estaban desplegándose ya en tiempos de Foucault y que darían lugar a inteligir otro dispositivo. Es decir, teniendo en cuenta que la vigilancia se va transformando en formas de control que no requieren necesariamente del encierro, atender a las operaciones que producen sujetos en este marco, puede contribuir a repensar la vigencia del dispositivo de sexualidad.

La sociedad de control no sustituye sino que integra los viejos dispositivos disciplinarios, en una dinámica que subordina cada vez más el espacio al tiempo. En el dispositivo de alianza (sociedades de soberanía, pre-modernas), el espacio era una dimensión clave de los regímenes de poder (Foucault, 1986: 70-93). En la constitución de la sociedad capitalista industrial (dispositivo de sexualidad) el tiempo va tomando su lugar, pasa a “valer oro” y a pautar la totalidad de la existencia humana (*Ibíd*: 103-106). Las tecnologías contemporáneas de la velocidad, la transmisión y la propagación a distancia, definen un bloque espacio-temporal que pone en primer plano el tiempo y sus virtualidades. La figura correspondiente a esta nueva dinámica es el público (ya no el obrero o la población, propios de las sociedades industriales) y el problema fundamental, mantener unidas a las

subjetividades que actúan a distancia unas sobre otras en un espacio abierto (Lazzarato, 2006: 73-83).

En este sentido, el despliegue de las sociedades de control en el siglo XX se basa en tres fenómenos: la emergencia de la cooperación entre cerebros y su funcionamiento por flujos y redes; el desarrollo de los dispositivos tecnológicos de acción a distancia: telégrafo, teléfono, cine, televisión, net; los procesos de subjetivación y de sometimiento correspondientes: la formación de los públicos, es decir, la constitución del ser conjunto que tiene lugar en el tiempo: “De este modo, las instituciones de las sociedades de control están caracterizadas por el empleo de las tecnologías de la acción a distancia, más que de las tecnologías mecánicas (sociedades de soberanía) o termodinámicas (sociedades disciplinarias)” (*Ibíd*: 86).

En este marco, las nuevas formas del capitalismo que no se concentran en la producción sino que la relegan a “terceros mundos” y sus cuerpos excluidos de los centros de bienestar, despliegan técnicas de construcción de la identidad y de control de la existencia, que combinan extrema violencia con exclusión y con virtualidad:

La *tolerancia cero* y las prácticas de discurso que la acompañan se sitúan en [este] contexto, marcado por las crisis y por el progresivo abandono del gran proyecto disciplinario de la modernidad capitalista. Aquí las tecnologías del disciplinamiento ya no constituyen un instrumento eficaz de control y gobierno de la disipación y el desperdicio de la fuerza de trabajo (quizás, precisamente, porque ya no existen ni la disipación ni el desperdicio). Pobres, desocupados, mendigos, nómadas y migrantes representan ciertamente las nuevas clases peligrosas; esto es, los “condenados de la metrópolis”, contra quienes se movilizan los dispositivos de control y frente a quienes ahora se despliegan múltiples estrategias. Se trata antes que nada de identificarlos y separarlos de las “clases trabajadoras” (De Giorgi, 2006: 146).

Pero al mismo tiempo, las nuevas tecnologías desarrolladas tienen la doble característica de ser más mediatizadoras y más penetradoras, simultáneamente: “Las técnicas de sometimiento de las sociedades de control no han reemplazado a las de las sociedades disciplinarias, sino que se superponen a ellas y se hacen cada vez más invasivas” (Lazzarato, 2006: 88). Un ejemplo es la posibilidad de distanciamiento pero a la vez de fácil localización que brinda la tecnología de los móviles y de los ordenadores como nuevos medios de comunicación, así como los

códigos de barras y las contraseñas que permiten comprar por Internet tanto como controlar a las/los compradoras/es. Las prácticas virtuales acompañan el desarrollo de una nanotecnología, de una producción postindustrial y de nuevas modalidades de producir cuerpos, bajo el impacto de aparatologías que permitieron otras miradas y otras intervenciones.

En función de esto Lazzarato recurre también a Deleuze, especialmente a la manera en que conecta diferencia y repetición, para releer a Foucault desde allí:

Esta interpretación distingue las relaciones de poder y las instituciones. El poder es una relación de fuerzas, mientras que las instituciones son agentes de integración, de estratificación de las propias fuerzas. Las instituciones fijan las fuerzas y sus relaciones en formas precisas al dotarles de una función reproductora. El Estado, el Capital y las diferentes instituciones no son la fuente de las relaciones de poder, sino que derivan de ellas. De este modo, Foucault, interpretado por Deleuze, analiza los dispositivos de poder que se despliegan según las modalidades de la integración y de la diferenciación, y no según las modalidades que remitirían al paradigma del sujeto / trabajo (*Ibíd:* 77).

De esta manera, Lazzarato podrá incluso aumentar la capacidad de acción en la propuesta foucaultiana, ya que en lugar de quedarse en su perspectiva sobre la resistencia y el agenciamiento de poder, lo lee desde la concepción deleuziana de los agenciamientos de deseo. En este sentido, Lazzarato conceptualiza dos modalidades de ejercicio del poder, represión y constitución, que no son contradictorias entre sí sino que se complementan en el trabajo de conversión de la multiplicidad en integración colectiva: “la conversión de la multiplicidad en clases y la conversión de los miles de sexos en heterosexualidad funcionan a la vez como constitución de tipos y represión de la multiplicidad, como constitución y codificación de la norma y como neutralización de las virtualidades de otros devenires” (*Ibíd:* 78). En las sociedades de control el espacio se subordina al tiempo lo que se manifiesta en un bloque espacio-temporal que se encarna en las tecnologías de la velocidad, de la transmisión, del contagio y de la propagación a distancia. La segunda mitad del siglo XX se caracteriza, en consecuencia, por la emergencia de la cooperación entre cerebros y su funcionamiento en redes; por el desarrollo de dispositivos tecnológicos de acción a distancia -teléfono, cine, TV, internet-; por procesos de sometimiento y de subjetivación específicos -formación de públicos, constitución del ser conjunto

que tiene lugar en el tiempo-. Esto implica una transversalidad de pertenencias que propicia la formación de otro sujeto político en sintonía con la multitud caracterizada por Negri: “Los individuos y los públicos no mantienen entre ellos una relación de pertenencia exclusiva y de identidad: si un individuo no puede pertenecer más que a una clase o a una masa a la vez, por el contrario puede pertenecer, y al mismo tiempo, a diferentes públicos (la multipertenencia en un lenguaje sociológico contemporáneo)” (*Ibíd*: 86).

Lazzarato toma también de Deleuze el concepto de “modulación” que caracteriza a las sociedades de control y no a las de disciplinamiento. Se trata de un diagrama de flexibilidad de la producción y de la subjetividad que capta los nuevos conceptos de la vida y de lo vivo. Las técnicas biopolíticas se dirigen a la vida, están dirigidas al ser vivo en tanto que pertenece a la especie humana. Apuntan a regular la vida alcanzada por la enfermedad, por el desempleo, la vejez, la muerte: la vida a la que remiten es la reproducción de la población. En cambio las técnicas de control se dirigen también a la vida, pero en un sentido sensiblemente diferente. Hay que poner en juego otro concepto de vida (y de lo vivo) para comprender la potencia que intentan modular sus técnicas (*Ibíd*: 89). Los modos de la vida y de lo vivo serán la memoria, la atención y las relaciones por las cuales se actualizan; constituirán así las fuerzas sociales y económicas que hace falta capturar para controlar y explotar el agenciamiento de la diferencia y de la repetición. Esto le permite afirmar a Lazzarato que las sociedades de control invisten la memoria espiritual más que la corporal, a la inversa de las sociedades disciplinarias:

La sociedad de control ejerce su poder gracias a las tecnologías de acción a distancia de la imagen, del sonido y de los datos, que funcionan como máquinas de modular, de cristalizar las ondas, las vibraciones electromagnéticas (radio, televisión) o de modular y cristalizar los paquetes de bits (los ordenadores y las redes digitales) (*Ibíd*: 92).

De esta manera Lazzarato distingue la vida -en tanto que memoria- de la vida en tanto que características biológicas de la especie humana (muerte, nacimiento, enfermedad, etc.); es decir, distingue el “bio” contenido en la categoría de biopoder del “bio” contenido en la memoria. Para evitar confusiones propone nombrar a las

nuevas relaciones de poder que toman como objeto la memoria, “noo-política”⁹⁵: “La noo-política (el conjunto de las técnicas de control) se ejerce sobre el cerebro, implicando en principio la atención, para controlar la memoria y su potencia virtual. La modulación de la memoria sería entonces la función más importante de la noo-política” (*Ibíd*: 93).

Existe entonces un moldeado de los cuerpos, asegurado por las disciplinas (prisiones, escuela, fábrica, etc.), la gestión de la vida organizada por el biopoder (Estado de bienestar, políticas de salud, etc.) y la modulación de la memoria y de sus potencias virtuales regulada por la noopolítica (redes hertzianas, audiovisuales, telemáticas y constitución de la opinión pública, de la percepción y de la inteligencia colectivas). Sociológicamente tendríamos esta secuencia: la clase, la población, los públicos. El conjunto de estos procedimientos y figuras políticas, no sólo el último, constituye la sociedad de control. Y en ella el modelo de subjetivación es el monstruo, afirma Lazzarato en consonancia con Negri.

Del mismo modo, la posibilidad de producir innovaciones va a estar dada por la consideración foucaultiana de las técnicas de gobierno de sí y de los demás que permite convertir en problemáticas las relaciones estratégicas y los estados de dominación, hacer de ambos apuestas políticas y crear las condiciones para su transformación. Estas técnicas son los propios medios del cuestionamiento, son el lugar mismo de la experimentación:

Experimentar y transformar la situación no se hace en la exterioridad de las relaciones estratégicas ni en la interioridad de los estados de dominación, sino trazando una línea de fuga “entre” los dos, a través de técnicas y de dispositivos que impidan a los estados de dominación el cierre de todo espacio de creación de los posibles y dar a las relaciones estratégicas una nueva movilidad y una nueva reversibilidad. Una reversibilidad que no está asegurada por la trascendencia de la ley y del derecho, por la afirmación categórica de la igualdad, (...) sino por la invención de nuevas formas de subjetivación (*Ibíd*: 220).

⁹⁵ Para captar mejor las implicancias de esta denominación Lazzarato nos recuerda que “noos” no sólo designa en Aristóteles la parte más alta del alma, el intelecto, sino que además, contemporáneamente, es el nombre de un proveedor de acceso a Internet (*Ibíd*: n.19, p.93).

2.5 - La biopolítica como forma inmunitaria

Roberto Esposito es el autor en el que resulta más clara la posibilidad de una biopolítica en sentido afirmativo. Por un lado, porque él mismo explicita ese objetivo: pensar una biopolítica como política “de” la vida y no “sobre” la vida. Por otro lado, porque en la manera de esbozar este propósito, se ve la posibilidad de acciones afirmativas; es decir, de un posicionamiento de sujeto subjetivante antes que sujetado. En función de comprender esta apertura, hay que adentrarse en el panorama conceptual que nos propone, donde la biopolítica será un aspecto de un concepto mayor, la inmunidad. Concepto, a su vez, que cabe pensar como un dispositivo, según el trazado de esta noción que venimos desplegando en el presente capítulo.

En su desarrollo conceptual la biopolítica es un punto de llegada, después de haber recorrido un camino deconstructivo, donde revisa la etimología de “comunidad” y la piensa como contraparte de la “inmunidad”: “si la *communitas* es aquello que liga a sus miembros en una voluntad de donación hacia el otro, la *immunitas* es, por el contrario, aquello que exonera de tal obligación o alivia de semejante carga” (Esposito, 2009b: 17). Respecto de este planteo⁹⁶ su trabajo sobre biopolítica presenta un desplazamiento semántico donde ya no predomina una metodología deconstructiva sino “un pliegue más explícitamente afirmativo -uso de modo intencionado el vocabulario de Deleuze, con el que comparto el presupuesto de fondo de que la tarea primordial de la filosofía sería la de construir conceptos adecuados a los acontecimientos que implican y a los que transforman” (*Ibíd.*: 19). En esta nueva tarea, otro referente importante es Nietzsche sobre todo en el punto en que su genealogía se liga con la ontología de la actualidad de Foucault⁹⁷.

⁹⁶ Planteo que abarca el recorrido por las obras *Communitas*, *Immunitas*, *Bíos*.

⁹⁷ Foucault resignifica el planteo kantiano de la filosofía trascendental a la luz de su lectura de Nietzsche. Así transforma la pregunta kantiana por la Ilustración en una pregunta por las condiciones del presente y traduce las “condiciones a priori universales” en “a priori histórico”; en consecuencia, redefine la modernidad como la tarea de relevar la “ontología del presente”. Entonces, la expresión resulta fuertemente des-naturalizante para dar cuenta de que solo se puede tener una producción histórica del “ser” que caracteriza grupos humanos en determinada época; en consecuencia, resulta imposible sostener una esencia universal de “lo humano”: “Hay que considerar a la ontología crítica de nosotros mismos, no ciertamente como una teoría, como una doctrina, ni siquiera como un cuerpo permanente de un saber que se acumula; hay que concebirla como una actitud, como un ethos, como una vida filosófica en la que la crítica de lo que somos es, simultáneamente, un análisis histórico de los límites que nos son impuestos y un experimento de la posibilidad de rebasar esos mismos límites” (Foucault, 1994: 18). Por lo tanto, una “ontología histórica de nosotros mismos”, “ontología del presente” o “de la actualidad”, implica una apuesta por la libertad, por la posibilidad de transformarnos al modificar las condiciones históricas.

Como se sabe, más allá de sus precedentes en los primeros años del siglo XX, la biopolítica es una noción puesta en circulación por Foucault en los años setenta, con argumentos y resultados de gran interés. Sin embargo, el discurso de Foucault se suele tomar en bloque, a pesar de su oscilación no superada entre una lectura productiva, positiva y otra trágica, negativa, de la relación política y vida: “El hecho de que esta alternativa hermenéutica, interna a sus textos, haya encontrado hoy una radicalización en los trabajos de Antonio Negri, por una parte, y de Giorgio Agamben, por otra, confirma la antinomia presente desde el principio en la elaboración foucaultiana de la biopolítica” (*Ibíd*: 20).

La ambivalencia en Foucault se debe a que pensó los dos polos de la biopolítica (*bíos* y política) como originalmente separados y sólo más tarde recompuestos, de un modo que tiende siempre a someter uno a la captura absorbente del otro. En este sentido, para Foucault o bien la vida aparece sometida y aprisionada por un poder destinado a reducirla a simple base biológica, o bien es la política la que aparece subsumida y disuelta en el ritmo productivo de una vida en continua expansión.

Roberto Esposito se propuso conectar esos dos aspectos aparentemente inconciliables a partir de la categoría de inmunización: “Esto significa que la negación no es la forma de sujeción violenta que el poder ejercita en el exterior sobre la vida, sino el modo contradictorio en el que la vida intenta defenderse, cerrándose a aquello que la circunda -a la otra vida” (*Ibíd*: 21). En consecuencia, es necesario cambiar la idea difundida de que la vida humana pueda ser salvada de la política; se trata más bien de que la política hoy debería de ser pensada a partir del fenómeno de la vida.

Esposito, diferenciándose de Agamben, considera que la relación entre política y vida no se da a través de un dispositivo de soberanía que incluye la vida excluyéndola, sino que la soberanía cede el espacio, precisamente, a la inmunización. En otros términos, la finalidad de la biopolítica no sería la de discriminar en la vida una parte que hay que salvar y otra que hay que sacrificar (aunque, observa, no puede excluirse esta alternativa), sino salvarla en su conjunto. El mecanismo de inmunización de la biopolítica se sitúa, entonces, en la exigencia de profilaxis que domina la higiene pública y las funciones de control social (Castro, 2011a: 155).

Así las nociones de inmunidad, comunidad y *bíos* constituyen una trilogía cuyo eje es la primera noción, inmunidad. Esta es la clave de lectura del desarrollo completo

de la Modernidad, convirtiéndose en una categoría historiográfica o en un paradigma interpretativo que trasciende a la noción misma de biopolítica y en el que ésta queda envuelta. Entonces, sería la ausencia del paradigma interpretativo inmunitario lo que le impidió a Foucault esclarecer el modo en que se articulan una política afirmativa y otra negativa de la vida.

En el libro *Immunitas* Roberto Esposito (2005) realiza la primera elaboración sistemática del paradigma inmunitario a partir de su simetría contrastiva con el concepto de comunidad que había trabajado en *Communitas* (2003). Para el autor la comunidad es necesaria, consiste en el presupuesto trascendental de nuestra existencia, dado que desde siempre existimos en común. Con esta consideración la comunidad es nuestro “afuera”, el fuera-de-nosotros. En consecuencia, como contrapeso, la inmunización es aquello que nos retrae al interior de nosotros mismos, rompiendo todo contacto con el exterior al establecer los límites de lo “propio” puestos en riesgo por lo “común” (Esposito, 2006: 82).

De este modo, si la inmunización implica que a una forma de organización de índole comunitaria la suceden, o se le contraponen, modelos privatistas o individualistas, es notoria su relación estructural con los procesos de modernización. Para Esposito de esto no se desprende que modernidad e inmunidad sean sinónimos o se reduzcan la una a la otra; pero sí que el paradigma de inmunización remite a un horizonte semántico de por sí polisémico, como es justamente el del *munus*. En la medida en que este afecta a una serie de ámbitos léxicos de distinta proveniencia y destino, también el dispositivo de su neutralización resultará dotado de una articulación interna equivalente, “como lo demuestra la plurivalencia que aún hoy mantiene el término inmunidad” (*Ibíd*: 83).

Inmune es el “no ser” o el “no tener” nada en común. Pero precisamente esta implicación negativa con su contrario indica que el concepto de inmunización presupone aquello mismo que niega. El negativo de la *immunitas* -la *communitas*- no sólo no desaparece de su ámbito de pertenencia, sino que constituye a un tiempo su objeto y su motor. En definitiva, la comunidad misma resulta inmunizada, en una forma que a la vez la conserva y la niega o, mejor, la conserva mediante la negación de su horizonte de sentido originario. En consecuencia, la inmunización es un engranaje interno e la comunidad, el pliegue que de algún modo la separa de sí misma, protegiéndola de un exceso no sostenible. Por lo tanto, la semántica de la

inmunidad puede ofrecer una respuesta a la ambivalencia foucaultiana, al enmarcar históricamente la biopolítica:

Que la política siempre se haya preocupado, de algún modo, por defender la vida no excluye que sólo a partir de determinado momento, precisamente en coincidencia con el origen de la modernidad, esa necesidad de autoaseguramiento haya sido reconocida ya no simplemente como algo dado sino como un problema y además como una opción estratégica. Esto significa que todas las civilizaciones, pasadas y presentes, plantearon la necesidad de su propia inmunización, y en cierta manera la resolvieron; pero únicamente la civilización moderna fue constituida en su más íntima esencia por dicha necesidad (*Ibíd*: 88).

Pero entonces, atar al sujeto moderno al horizonte de aseguramiento inmunitario es reconocer la aporía en que su experiencia queda atrapada: la de buscar la protección de la vida en las mismas potencias que impiden su desarrollo. En este punto resulta insoslayable, como anticipamos en “2.3”, atender la lectura que Esposito realiza de la feminista, bióloga y epistemóloga Donna Haraway que ya a fines de 1980 articulaba la biopolítica de Foucault con su perspectiva sobre la producción del “sistema inmunitario”.

A partir de la noción de *cyborg* y del modo en que Haraway rescata significaciones del “sistema inmunitario” que no se basan en el paradigma de la guerra, tenemos que para la autora es posible imaginar una filosofía de la inmunidad que impacte de modo comunitario; es decir, que permita crear lazos en lo común antes que cerrarse en la caparazón individual. En este sentido, la noción de *cyborg* rasga el límite corporal de la piel desdibujando los ámbitos de adentro y de afuera, cuestión que Esposito valora en *Immunitas* (2005: 205-235) mientras que en *Bíos* (Esposito, 2006: 80) reconoce explícitamente esta influencia que lo inspira además en su deriva hacia la necesidad de des-personalización. En este sentido, a diferencia de los post-obreristas (“2.4.1”), Esposito logra desacomodar el androcentrismo en su planteo.

Igualmente, con relación al análisis iniciado por Foucault, la soberanía no se debe entender ni como una necesaria ideología compensatoria respecto de la intromisión de los dispositivos de control, ni como una réplica del antiguo poder de muerte en el nuevo régimen biopolítico, sino como la primera y más influyente figura inmunitaria que este último adopta. La soberanía no está ni antes ni después de la biopolítica, sino que corta todo su horizonte, proveyendo la más poderosa respuesta ordenadora

al problema moderno de la autoconservación de la vida. Para Esposito la soberanía es un dispositivo inmunitario destinado a proteger de una protección ineficaz e incluso riesgosa. El autor subraya así el carácter constitutivamente negativo de la inmunización soberana.

Después de proponer el concepto de inmunidad como articulador de las tensiones que en Foucault quedarían en una situación de ambivalencia, Esposito va a desarrollar conceptos específicos en pro de abonar una biopolítica positiva, como los de tercera persona y la filosofía de lo impersonal.

Si como veíamos más arriba, la inmunización introduce una cesura en el *munus*, un pliegue en la comunidad que se manifiesta en la fractura entre hombre (ser humano) y ciudadano, en el origen del Estado moderno, la noción de “persona” surge como intento de tender un puente, de llenar el hueco entre ambos conceptos:

Tras la catástrofe de la guerra y la derrota de una concepción, como la nazi, orientada expresamente a aplastar la identidad humana en la nuda biología, parecía que sólo la idea de persona podía reconstruir el nexo roto entre hombre y ciudadano, espíritu y cuerpo, derecho y vida. Y desde el momento en el que las actuales dinámicas de globalización han pulverizado el viejo orden mundial, la reflexión filosófica, jurídica y política vuelve todavía con más convencimiento a afianzarse en el valor unificador de la idea de persona (*Ibíd.*: 191).

Esposito recrea la genealogía del concepto “persona” para encontrar que su definición misma nace en negativo, a partir de la diferencia que se presupone respecto a aquellos hombres y mujeres que no son personas o lo son sólo en parte o temporalmente, siempre expuestas/os al riesgo de precipitarse en la condición de “cosa”. Sólo una no-persona, esto es, una materia viviente no personal, puede dar lugar, como trasfondo y como objeto de soberanía por parte de otros, a algo como una persona. Sin embargo, la persona sólo lo es en tanto una parte de sí o su cuerpo por entero, se reduce a la condición de cosa (Esposito, 2009a: 97-150). Por lo tanto, la persona surge por contraste con la no-persona; pero además, como reverso de lo que en sí misma, la niega (su irracionalidad, su animalidad, etc.).

En este sentido, la noción de “persona” continuará los mecanismos de cesura introducidos por la inmunización, ya que operará de modo permanente la disociación entre humano y cosa, así como la separación entre humano y animal. Justamente la modernidad, a través del caso paradigmático de la revolución francesa, declara que

todos los humanos son iguales en virtud de ser iguales sujetos de derecho. Pero esto no obsta para que tal atribución de subjetividad se refiera al elemento no corpóreo, o más que corpóreo, que habita el cuerpo, escindiéndolo en dos: una parte de tipo racional, espiritual o moral -aquella que es justamente “personal”- y otra de tipo animal.

En el momento en el que la Ilustración retoma la idea de hombre como “animal racional” se está forzado a elegir entre las dos posibilidades que, en última instancia, son opuestas y especulares, esto es, o bien aplastar la parte racional en la inmediatamente corporal -como hace el nazismo-, o bien, por el contrario, someter la segunda al dominio de la primera, como siempre ha hecho la tradición personalista (*Ibíd*). Planteada de este modo, toda atribución de personalidad contiene implícito un ejercicio de reificación frente a la base biológica impersonal respecto a la que toma distancia. Por ende, el dispositivo de la persona es aquel que a un mismo tiempo superpone y yuxtapone hombres-humanos y hombres-animales. A este mecanismo de separación y de exclusión, construido en nombre de la persona, Esposito contrapone un pensamiento -o más bien una práctica- de lo impersonal: “no en el sentido de negar cuanto de noble, justo y digno se continúa viendo en el término “persona”, sino, por el contrario, para revalorizarlo y hacerlo efectivo. Sólo que esto -este proyecto- no puede dejar de pasar por una crítica radical de aquel proceso de despersonalización, o de reificación, inherente al dispositivo mismo” (Esposito, 2009b: 198).

Para caracterizar a la filosofía -o dispositivo- de lo impersonal Esposito acude a tres ámbitos semánticos: el de la justicia, el de la escritura y el de la vida. Para cerrar las conexiones con la noción de biopolítica recorrida a lo largo de este capítulo, nos centraremos brevemente en los dos últimos.

En cuanto a la escritura, Esposito remite a la tercera persona en la lingüística de Benveniste como posibilidad de una persona no personal, de una no-persona. En esta exploración sigue el análisis de figuras del pensamiento contemporáneo que se sustraen a la lógica binaria de la simple oposición persona/anti-persona, como Blanchot, Foucault, Deleuze. Aquí Esposito alude al movimiento de despersonalización experimentado tanto en el campo de la escritura como de la política, en referencia a toda una serie de intervenciones, declaraciones, tomas de posición, a mediados del siglo XX, en los que la exclusión del nombre propio

constituye no sólo la forma, sino el contenido mismo del acto político, su dimensión no personal, en el sentido de ser colectiva y común.

En cuanto a la vida, Esposito apela al último artículo de Deleuze en el que el filósofo considera al murmullo anónimo como forma de “una” vida, desde el momento en que la vida, aun siendo común a todos los que viven, no es nunca genérica sino siempre de alguien. Del mismo modo, Esposito considera que cuando Foucault aborda el análisis del poder, es la categoría de vida la que da forma al afuera impersonal. Esta vida es la vida de los hombres “sin nombres”, como las que Foucault describe en su ensayo sobre los hombres infames: “nunca nos hablan en primera persona, nunca pronuncian el pronombre “yo” ni se refieren a un “tú”. No son más que hechos o eventos en tercera persona, que han llegado hasta nosotros solo por circunstancias inesperadas, por una irregularidad de la naturaleza o el capricho de un soberano” (Castro, 2011a: 160). Es así que Esposito encuentra en ambos, Foucault y Deleuze, una valoración del “se” como potencia de lo impersonal.

Además de brindar el panorama de los conceptos de biopolítica que explícita e implícitamente presupone BP, nos detuvimos en plantear conexiones con una autora que precede eminentemente su planteo. Nos referimos a Donna Haraway (“2.3”) que también está presente en las genealogías del género (“Capítulo 3”). Su presencia en ambas genealogías es un significativo antecedente de la complejidad conceptual de BP que ubicamos en dicha convergencia. Pero, además, ver de qué modo autores consagrados por las genealogías androcéntricas reconocen su influencia y el modo en que lo hacen, forma parte de las implicancias político-epistemológicas del quehacer filosófico que nos interesa explorar.

Capítulo 3: Genealogías del género

En el siglo XXI, tanto a nivel local como global, a pesar de la complejización de los estudios de género, en el atravesamiento con los postestructuralismos y los estudios *queer*, el término “género” se masifica y se despolitiza. Paradójicamente, el que los organismos internacionales lo hayan asumido como una variable imprescindible contribuye al vaciamiento de su sentido:

En muchas ocasiones el género se usa con el objeto de buscar una legitimación académica, política o social, sin importar demasiado el contenido al que hace referencia. Numerosos congresos, publicaciones, proyectos e investigaciones financiados por organismos políticos incluyen en sus programas el término género, aunque apenas tengan relación con el significado original de la palabra (Tubert, 2003: 14).

En este confuso panorama defendemos la clarificación de la categoría de género a partir de su utilidad epistemológica y política para los feminismos. Desde esta convicción consideramos que las aportaciones conceptuales de BP al delinear un “dispositivo de género” permiten clarificar las potencialidades de su uso así como articular su dinámica con las diversas teorizaciones que la concibieron en diferentes pugnas: con el sexo, con la sexualidad, con la clase, con la raza. En este sentido, el concepto de “dispositivo de género” permite tanto distinguir como comprender las vinculaciones del género con múltiples variables, de las que destacaremos el sexo y la sexualidad. De esta manera, BP logra una dinámica lúcida al evocar las distintas vertientes conceptuales del término. La finalidad de este capítulo es dar cuenta de esos precedentes que la postura de BP evoca y resignifica.

Para ello trazamos distintas procedencias y usos del término “género”, analizando sus efectos de sentido en distintos contextos de producción. Así, hemos reconstruido dos genealogías. Una primera genealogía, que permite dar cuenta de la emergencia del concepto por fuera del ámbito de la gramática -cuestión que se da a fines de la década del 40- y que abarca el seguimiento de sus heterogeneidades hasta la década del 80. En este recorrido prima la perspectiva dicotómica propia de la ilustración moderna que se manifiesta en la producción del concepto “género” en diversos campos del conocimiento: el orden médico-psicológico, las ciencias

sociales y las teorizaciones feministas⁹⁸. De allí que distingamos en esta primera genealogía tres vertientes conceptuales del término.

La consideración de la coyuntura de los 80 como un tajo, es el punto de ruptura genealógico que habilita un segundo rastreo, en el que las conceptualizaciones del género ya no remiten exclusivamente al par sexo/género como reproductor de la dupla naturaleza/cultura. Entonces, una segunda genealogía se abre a partir de la crisis de estas dicotomías. La lógica binaria subyacente en la construcción de la identidad sexual ha sido un modelo hegemónico en el pensamiento occidental con especial énfasis en la Ilustración moderna. El feminismo clásico⁹⁹, a pesar de sus cuestionamientos a ese modelo, quedó principalmente anclado en el binarismo, de allí que resulte incluido en el primer rastreo genealógico. Mientras que el feminismo contemporáneo, a partir de la señalada coyuntura de los 80, vuelve sobre la cuestión para desestabilizar no solo la jerarquía entre los términos, sino la propia dicotomía. Este es el contexto de producción en el que se enmarca nuestro segundo rastreo genealógico y en el que emerge la propuesta de BP.

3.1 - Primera genealogía del género: Tres vertientes terminológicas

Una genealogía del género requiere dar cuenta de los múltiples usos del término, que no se reducen a su trayectoria vinculada con el movimiento feminista y su impacto académico. El término, como categoría teórico epistemológica, tuvo otras procedencias en el siglo XX. Por un lado, la Medicina y la Psicología. Por otro lado, las Ciencias Sociales. Además, las teorizaciones feministas¹⁰⁰.

⁹⁸ Las teorizaciones feministas atraviesan diferentes disciplinas académicas, pero las consideramos de este modo para señalar que previamente a su impacto epistemológico las Ciencias Sociales habían esbozado una distinción entre sexo y género pero sin explicitar la segunda categoría y, lo que es más importante, sin que esto implicara una reflexión sobre la estructura de la sociedad vinculada con la producción jerárquica de las relaciones inter-sexos. Esto se hizo visible a partir de que los feminismos arribaron a la producción disciplinar de las Ciencias Sociales y de las Humanidades: esta idea es la que suponemos bajo la expresión “teorizaciones feministas” o “feminismos”, en este apartado. Los esbozos previos de la categoría tenían entonces un carácter estrictamente descriptivo sin pretensión analítica.

⁹⁹ Estoy contraponiendo “clásico” a “contemporáneo” en alusión a posturas feministas vigentes, respectivamente, hasta mediados de los 80 y desde esa misma época; es decir, la década del 80 es en esta afirmación la línea divisoria que separa “clásico” de “contemporáneo”.

¹⁰⁰ Para comprender esta convergencia, elegimos distinguir estas tres fuentes genealógicas, a diferencia de Haraway (1995 [1991]), de Gomáriz (1992), de Soley-Beltrán (2003) y de Mattio (2012) que las reúnen en dos vertientes. Enrique Gomáriz considera las Ciencias Humanas y los feminismos (1992: 86); Donna Haraway, el paradigma de la identidad de género de las Ciencias Médicas y el del sistema sexo/género de las Ciencias Sociales impactadas por los feminismos (1995: 225); Patricia Soley-Beltrán, los protocolos médicos y las Ciencias Sociales atravesadas por los feminismos (2003: 60); Eduardo Mattio, la distinción feminista sexo / género y la significación que el feminismo materialista y el transfeminismo hacen de las apropiaciones médicas del concepto (2012: 86-87).

El uso médico psiquiátrico del término, si bien se basa en la diferenciación género-sexo, difiere sustancialmente del de las Ciencias Sociales y los feminismos. En estas áreas, el género se introduce para desnaturalizar los roles, en contraposición a un carácter más fijo de lo sexual. Mientras que el uso médico entenderá al género como estático y al sexo como ajustable a la medida del primero (Soley-Beltrán, 2003). Esta diferencia y sus implicancias, pasó en principio inadvertida para los feminismos y las Ciencias Sociales.

Almudena Hernando señala que “mientras en francés y en español el concepto de género se había utilizado tradicionalmente casi con exclusividad para hacer alusión a distinciones gramaticales, en inglés, sin embargo (en que el género gramatical es prácticamente irrelevante), el uso del concepto de *género* para referirse a masculinidad y feminidad estaría presente ya en el siglo XIV” (Hernando, 2012: 37). Por este motivo, cuando John Money utiliza el término en 1947 para su tesis doctoral, el vocablo adquiere rápidamente aceptación y se extiende con facilidad en la lengua inglesa, desde donde sería exportado a las demás:

El término género circula en las ciencias sociales y en el discurso feminista con una acepción específica y una intencionalidad explicativa. Dicha acepción data de 1955 [1947], cuando el investigador John Money propuso el término “papel de género” (*gender role*) para describir el conjunto de conductas atribuidas a los varones y a las mujeres (Gomáriz, 1992: 86).

Por lo tanto, la exportación del concepto fuera de la gramática se realiza en el campo de la medicina y de la psicología, áreas de investigación de John Money. Cronológicamente, entonces, está asociado primero con los tratamientos de corrección física que buscan establecer la coherencia de la identidad alineando el género con el sexo a partir de la modificación del cuerpo según un ideal regulador preexistente de lo que un cuerpo humano (femenino o masculino) debe ser. En segundo lugar, encontramos que la noción se encuentra implícita en perspectivas culturalistas de las Ciencias Sociales que desarrollan elementos conceptuales en función de combatir el determinismo biológico. En tercer lugar, cuando las militancias feministas de la segunda ola ponen bajo la mirada crítica las producciones académicas, elaboran categorías que permiten visibilizar relaciones de poder entre los sexos. Esta producción del concepto de género en clave feminista es la tercera

vertiente terminológica de la primera genealogía, cuyas derivaciones, después de la ruptura epistemológica de los 80, abren la segunda genealogía para la categoría.

3.1.1 – Ciencias Médico Psicológicas

John Money, médico y psicólogo neozelandés radicado en EEUU, inventó la noción de género en conexión con el estudio de la identidad sexual cuando era encargado de la sección de psiconeuroendocrinología infantil del hospital Johns Hopkins de Baltimore (Maryland). Tomó prestado el término de la gramática inglesa y lo utilizó para referirse al estatus social y personal de un individuo, independientemente de sus órganos sexuales. De esta manera, pretendía abandonar la rigidez que tenía el sexo en el discurso médico del siglo XIX. Ahora bien, al inventar la noción de género, el Dr. Money estaba “creando” el sexo, ya que al privilegiar el estatuto psicológico de la identidad (género), transformaba en modificable y operable aquello que para el siglo XIX había sido de una fijeza absoluta: el sexo. De todas maneras, su transformación estaba supeditada a la normalización; es decir, al ajuste con la identidad psicológica (género). Es así que realizó, junto a otros médicos en la década del 50, el desarrollo clínico del término, en función de modificar hormonal y quirúrgicamente el sexo de los niñ*s intersexuales¹⁰¹ nacidos con órganos genitales que la medicina considera indeterminados.

Money y sus colaboradores concluyeron que las gónadas, las hormonas y los cromosomas no determinaban automáticamente el género de un bebé: “A partir de la suma total de casos de hermafroditismo, la conclusión que se deriva es que la conducta y la orientación masculinas o femeninas no tienen una base instintiva innata” (Money citado en Fausto-Sterling, 2006: 66). Así, argumentaron que el sexo asignado y el sexo inculcado eran un mejor pronosticador de la identidad de género y la orientación sexual de un hermafrodita en la edad adulta que cualquier otro aspecto de su sexo biológico. De este modo insistieron en que el esquema psicológico infantil se desarrollaba en consonancia con su imagen corporal, por lo que la cirugía genital temprana era imperativa. Las partes corporales tenían que concordar con el sexo asignado.

¹⁰¹ La intersexualidad es una categoría médica que a partir del siglo XX se usa para aludir a corporalidades que no pueden tipificarse binariamente como de varón o de mujer. En el paradigma de los siglos XVIII y XIX se utilizaba el término “hermafroditismo”. Estamos viendo en este apartado la producción conceptual de esta categoría desde el paradigma médico-psiquiátrico del siglo XX que estableció un estándar de diagnóstico y tratamiento para lo que consideró un “trastorno de nacimiento”.

Como infiere Anne Fausto-Sterling, esto no los condujo a quitarle base biológica a las categorías “masculino” y “femenino” sino que antes bien, eligieron a los hermafroditas como objetos de estudio para probar que la naturaleza apenas contaba; pero nunca cuestionaron la asunción fundamental de que solo hay dos sexos, porque su meta era saber más sobre el desarrollo “normal”. En la visión de Money, la intersexualidad era resultado de procesos fundamentalmente anormales. Sus pacientes requerían tratamiento médico porque *deberían* haber nacido varones o mujeres. El objetivo del tratamiento era asegurar un desarrollo psicosexual correcto a base de asignar al niño* de sexo indeterminado el género adecuado y luego hacer lo necesario para asegurar que el niño* y sus progenitores creyeran en el sexo asignado.

Paralelamente, en 1953 el Dr. Harry Benjamin, en un artículo publicado en el *International Journal of Sexology, Transvestism and Transsexualism*, acuñó científicamente el término “transexual” creado por el divulgador médico David Cauldwell en 1950. De este modo, complejizó la clasificación de las desviaciones sexuales, diferenciando entre travestismo y transexualismo. Desde entonces, se independizó una sexología de la transexualidad, que más recientemente ha empezado a distinguir también el concepto de transgenericidad (Giberti, 2003). Con el término “transexual” Benjamin diferenciaba a los pacientes que requerían una operación de cambio de sexo, de aquellos travestidos. Es decir, “transexual” fue utilizado para referirse

a personas con un desorden de la identidad de género de toda la vida quienes, además de travestirse (actividad tradicionalmente asociada con el fetichismo y el travestismo), se identificaban completamente con el sexo opuesto, creían que se encontraban atrapadas en el cuerpo equivocado y querían cirugía para corregir ese desorden (Soley-Beltrán, 2003: 61).

De este modo, el Dr. Benjamin administró estrógenos y testosterona a pacientes adultos que no se sentían identificados con el sexo que les fue asignado al nacer. El estudio de Benjamin fue el primero en presentar datos clínicos de un gran número de pacientes, en lugar de los estudios de casos individuales que precedieron a su publicación, y allanó el camino para las teorías de identidad de género que siguieron. Benjamin continuó desarrollando el concepto de “sexo” que aplicó a sexualidad, libido y actividad sexual, mientras que “género” pasó a referirse al lado

no sexual del sexo. El término “transexual” fue ampliamente utilizado en el contexto clínico después de la publicación de su obra *The Transsexual Phenomenon* en 1966. En relación al tratamiento, Benjamin consideraba que la psicoterapia podía ser utilizada para tratar travestidos pero que era inútil en el tratamiento de transexuales, el grupo al que consideraba “más perturbado de hombres travestidos”. En palabras propias de Benjamin,

la psicoterapia con el objetivo de curar el transexualismo es un proyecto inútil con los métodos actuales. La falsa orientación de género en la mente del transexual no puede ser cambiada [...]. Dado que es evidente, pues, que la mente del transexual no puede ser cambiada en su falsa orientación de género, es lógico y justificable intentar lo opuesto, ajustar el cuerpo a la mente (Benjamin citado en Soley-Beltrán, 2003: 62).

Así pues, Benjamin se convirtió en un defensor de la intervención quirúrgica en contraste con Cauldwell, quien no la defendía. El trabajo del psicoanalista Robert Stoller sobre los criterios para la diagnosis del transexualismo y los desórdenes de la identidad fue contemporáneo al de Benjamin. En 1958 se había establecido el *Gender Identity Research Project* en el centro médico de la Universidad de California, para el estudio de intersexuales y de transexuales, donde el psicopatólogo Robert Stoller discutió y generalizó los hallazgos del proyecto. Stoller introdujo el término “identidad genérica” en el Congreso Psicoanalítico Internacional de Estocolmo en 1963. Abrió el camino para el uso extendido del término “disforia de género” tomado como “el sentido de malestar e incomodidad acerca de la identidad de uno como hombre o mujer que se siente en oposición al sexo físico de uno” (Stoller citado en Soley-Beltrán, 2003: 62).

En principio el género fue entendido como un sentimiento interior que constituye el sentido de la “identidad nuclear personal”. Stoller teorizó dicha convicción interior como un desarrollo de la temprana infancia difícilmente alterable. Ciertos sujetos presentaban una discordancia entre su “género” y su “sexo”. Dado que la “identidad nuclear de género” se consideraba inalterable, la única opción viable para aliviar el sufrimiento de los pacientes era operar anatómicamente, es decir intervenir en el cuerpo “sexuado” para conseguir la deseada coherencia entre “sexo” y “género”. En suma, la “solución” para la disforia de género que se concibe desde el modelo médico consiste en tratar el sexo, es decir, cambiar el cuerpo para alinearlos de forma

coherente con las definiciones normativas de género. El término “disforia de género” se acuñó con el objetivo de clarificar los problemas conceptuales de diagnóstico que no habían sido todavía resueltos después de una complicada historia de usos y definiciones de los términos travestido, transexual y otros.

“Disforia de género” tiene un alcance más amplio que “transexual” ya que incluye todas aquellas personas que experimentan “un profundo disgusto con su rol físico y sexual”. Desde la década de 1970 la expresión “disforia de género” se convirtió en un término “paraguas” que incluye transexuales, travestidos y homosexuales afeminados pasivos.

Si bien el Dr. John Money fue pionero en la producción del género como concepto para comprender la identidad en la interfaz naturaleza / cultura, recogió los desarrollos posteriores de Benjamin y de Stoller para configurar la “asignación de sexo”, tratamiento necesario para los casos en los que los médicos no pueden indicar “a primera vista” el sexo del recién nacido. Money consideraba que el sexo debe asignarse lo más pronto posible, inmediatamente, de manera decisiva e irreversible. Así, afirmaba que la identidad entre sexo y género es modificable hasta los 18 meses aproximadamente (aunque los tratamientos hormonales y quirúrgicos prosigan incluso después de la pubertad) (Fausto-Sterling, 2006).

Posteriormente, en la década del 70, define junto a Anke Ehrhardt “rol de género” como “todo lo que una persona dice y hace para indicar a los otros o a sí misma el grado en que es masculina, femenina o ambivalente”. Definen “identidad de género” como “la monotonía, unidad y persistencia de la propia individualidad como masculina, femenina o ambivalente. La identidad de género es la experiencia privada del rol de género, y el rol de género es la experiencia pública de la identidad de género” (Money y Ehrhardt citados en *Ibíd.*: 305). Con estas definiciones popularizaron la idea de que sexo y género son categorías separadas.

Asimismo, distinguieron entre sexo cromosómico, sexo fetal gonadal, sexo fetal hormonal, dimorfismo genital, dimorfismo cerebral, la respuesta de los adultos al género del infante, imagen corporal, identidad de género juvenil, sexo hormonal puberal, erotismo puberal, morfología puberal e identidad de género adulta. Todos estos factores se sumarían para definir la identidad de género de una persona.

En cuanto al “sexo”, Money estableció que el mismo resulta de la combinación de cinco elementos biológicos: sexo genético, determinado por los cromosomas X e Y; sexo hormonal, el balance estrógenos-andrógenos; sexo gonadal: presencia de

testículos u ovarios; morfología de los órganos reproductivos internos; morfología de los órganos reproductivos externos. Si bien cada uno de los cinco elementos es atribuible a la biología, vemos que el efecto de “unidad” es un resultado que no se presenta de modo espontáneo en la naturaleza¹⁰².

Para estos médicos, el desafío era intervenir sobre los cuerpos intersexos para asignarles, no un sexo (ya tienen uno), sino el sexo “correcto”. Es frente al “éxito” de tales procedimientos como algunos especialistas de la intersexualidad van a verse llevados a considerar que el sexo biológico, en los casos de los niños intersexos en particular, pero en todos los individuos en general, es un factor relativamente flexible, aleatorio y poco coercitivo en materia de identidad sexual, es decir, de roles de género y de comportamientos sexuales. Elsa Dorlin señala aquí una evidencia que las primeras teorizaciones feministas dejarán de lado: “siempre hay ya, en lo que comúnmente percibimos como “sexo” de los individuos, *género* y las trazas de una gestión social de la reproducción, es decir, una identidad sexual (de género y de sexualidad) impuesta, asignada” (Dorlin, 2009: 35).

De este modo el orden médico-psicológico que se desarrolló entre las décadas del 40 y del 70 consolidó la formación de los conceptos y tecnologías de la “identidad de género” que se venían formando desde una lectura de Freud basada en la noción de instinto; el énfasis en la somática sexual y en la psicopatología por parte de los grandes sexólogos del siglo XIX (Krafft-Ebing, Havelock Ellis) y de sus seguidores; el continuo desarrollo de la endocrinología bioquímica y fisiológica a partir de los años veinte; la psicobiología de las diferencias de sexo surgidas de la psicología comparativa; las hipótesis múltiples sobre el dimorfismo sexual hormonal, cromosómico y neural convergentes en los años cincuenta; y las primeras cirugías de cambio de sexo alrededor de 1960 (Haraway, 1995: 224-225).

El modelo médico-psicológico ha sido muy criticado por esencializar el transexualismo y la identidad de género. A pesar de su autopercepción como propagadores de “actitudes hacia la sexualidad más ilustradas y liberales y científicas”, el trabajo de médicos e investigadores como Benjamin, Money, Stoller, refleja una actitud hacia el género sumamente tradicional. Por ejemplo, Shapiro considera que el transexualismo es una forma de “travesía de género

¹⁰² Considerar el “sexo” como una unidad singular “dada” implica abstraer el proceso de lectura que conlleva la evaluación del cruce entre esos cinco elementos. Si se pone esta actividad productiva en evidencia, resulta imposible pensar el sexo como un dato en sentido positivista. Este es uno de los señalamientos que propone Michel Foucault en su perspectiva sobre el sexo (ver “Capítulo 2, 2.1.2.2”).

institucionalizada” que sostiene “el sistema de género de una sociedad a través de la desvinculación del género del principio mismo que le provee de su base aparente”; así pues, “tratar cuestiones de género por medio del cambio de sexo quirúrgico es un poco como acercarse a un dermatólogo para solucionar el problema del racismo” (Shapiro citado en Soley-Beltrán, 2003: 65).

La primera reacción crítica a estas teorías proviene de la obra de Susan Kessler y Mc Kenna (1978) *Gender: An ethnomethodological approach* y posteriormente, de la emergencia de los movimientos trans e intersex norteamericanos, ya sobre los noventa. En un primer momento, los movimientos feministas reaccionaron desfavorablemente a estas nuevas corrientes, considerando que implicaban un retroceso en sus reivindicaciones¹⁰³. De allí que, en un principio, las feministas hayan desestimado este uso del género, como ajeno a su historia y a sus problemáticas. Un caso extremo fue *The Transsexual Empire* (1979) de Janice Raymond, quien criticó duramente a la transexualidad, calificándola como un pasaje de hombre a mujer fabricada, poniendo el acento del “ser mujer” en una anatomía, unos cromosomas y una socialización, no compartidos por los hombres.

3.1.2 - Ciencias Sociales

En las Ciencias Sociales, entre las décadas del 40 y del 60 en el siglo XX, diversos estudios introducen la consideración de la cuestión de género aunque sin hacer de ella algo demasiado central ni incorporar explícitamente el término. Pero, incluyen la reflexión sobre los significados de la diferenciación sexual.

Desde la antropología, cuando la norteamericana Margaret Mead publica *Sex and Temperament in Three Primitive Societies* (1935), confirma el peso de la cultura para determinar no solo los papeles sexuales sino las conductas y comportamientos externos. La antropóloga mostró que en todas las sociedades analizadas por ella se hacía distinción entre aquello que se consideraba propio de los varones y aquello que se consideraba propio de las mujeres, pero el tipo de actividades y aptitudes que se atribuían a unos y otras, como características propias, variaba. De este modo, el sexo resultaba biológico mientras que el comportamiento de género era

¹⁰³ En cierto modo, todavía sigue siendo ésta la consideración. Pues aceptar las críticas a la normatividad binaria “varón” / “mujer” implica tener presente la pregunta por “cuál es el sujeto del feminismo” y “cuáles son sus reivindicaciones”. La hipótesis que alienta este trabajo es la de que el feminismo incluye estos planteos y estas movilizaciones.

una construcción social. Igualmente, en *Male and Female* (1949) indagó sobre cómo lo femenino y lo masculino no son lo mismo para diferentes culturas.

En el campo de la sociología, el funcionalismo norteamericano manifiesta la convicción de que la familia cumple una función esencial en el desarrollo de la sociedad. Talcott Parsons (*Family, Socialization and Interaction Process*, 1956) introduce la idea de que existen roles sexuales, masculino y femenino, como hay otros tipos de roles en las relaciones sociales (políticos, laborales, etc.). Se trata de una fuerte ruptura con las ideas naturalistas que todavía quedaban en la sociología. Para este sociólogo, es la importancia de las funciones que cumple la familia en la sociedad lo que hace que sea de naturaleza social la diferenciación de roles sexuales, lejos de ser motivada por causas puramente reproductivas. Son las instituciones socializadoras las que fuerzan a los individuos varones y a los individuos mujeres a interiorizar los roles que se les han destinado respectivamente, de tal manera que no sean asumidos como imposiciones externas, sino como características de la personalidad diferenciada de cada uno. El objetivo es la estabilidad social antes que una mirada crítica sobre su ordenamiento.

En este sentido Joan Scott recaba utilidades de la categoría “género” en el campo de la Historia previas a los objetivos feministas y encuentra que se transforma en una palabra útil en cuanto ofrece una manera de diferenciar a las prácticas sexuales de los roles sociales asignados a las mujeres y a los hombres:

Aunque los estudiosos admiten la conexión entre el sexo y (lo que los sociólogos llaman familiarmente) “los roles sexuales”, no suponen que existe un vínculo simple o directo entre ambos. El uso del género enfatiza un sistema entero de relaciones que puede incluir el sexo, pero que no está determinado directamente por él o por la sexualidad. Estos usos descriptivos del género han sido empleados muy a menudo por los historiadores para delimitar un nuevo terreno (Scott, 1993: 22).

Pero esta utilización redundó en aceptar una cierta visión funcionalista arraigada en la biología y contribuyó a perpetuar la idea de las esferas separadas (el sexo o la política, la familia o la nación, las mujeres o los hombres) para escribir la historia. Aunque este uso del género acepta que las relaciones entre los sexos son sociales, no explica por qué estas relaciones están construidas como lo están, cómo funcionan y cómo cambian; es decir, no tiene un alcance analítico (*Ibíd*).

Igualmente, en la teoría social europea, los aportes de Claude Lévi-Strauss con *Les structures élémentaires de la parenté* (1949) desde el estructuralismo francés muestran que las identidades sexuales proceden de la cultura y no de la biología. El autor también considera que la división sexual del trabajo no es otra cosa que un mecanismo para construir un estado de dependencia recíproca entre los sexos. Sin embargo, no exploró las implicancias de esa dependencia.

Gayle Rubin elogia que a pesar de ello, este libro entiende explícitamente el parentesco como una imposición de la organización cultural sobre los hechos de la procreación biológica. Está impregnado por la noción de la importancia de la sexualidad en la sociedad humana cuya descripción asume un sujeto que es siempre hombre o mujer y por lo tanto hace que resulte posible comprender las trayectorias sociales divergentes de los sexos (Rubin, 1998: 29). Resulta entonces un magnífico discurso sobre el origen y las características de la sociedad humana, por el potencial de implicancias para comprender la producción de desigualdad; aunque esa tarea quedó pendiente (desafío que asume Rubin en la dimensión de las teorizaciones feministas).

En el mismo año que Levi-Strauss edita su libro, desde la filosofía existencial Simone de Beauvoir publica *Le deuxième sexe* que, si bien no utiliza el término género, destaca la separación entre biología y cultura, cuestionando el *eterno femenino* con que se cosifica la existencia de las mujeres y mostrando que “ser mujer” es un devenir histórico. Por tal razón es considerada la mediadora en la apropiación de la categoría “género” por parte del feminismo¹⁰⁴:

La adopción del término “género”, como una noción dominante, por parte de las feministas, se dio por intermediación de Simone de Beauvoir. [...] El énfasis que pone en las bases culturales que sustentan la supuesta inferioridad de las mujeres y su correspondiente programa de liberación mediante la trascendencia inauguran la distinción entre sexo y género que daría al feminismo su *titre de noblesse* (Braidotti, 2000: 212 y 214).

Como señala Donna Haraway, la construcción de lo que podría pasar por una mujer (o un hombre) se convirtió en un problema para los funcionalistas burgueses y los existencialistas prefeministas en el mismo período histórico posbélico en el que las bases sociales de las vidas de las mujeres en un sistema mundial capitalista y

¹⁰⁴ Retomaremos algunas consideraciones de Simone de Beauvoir para comprender la propuesta de Judith Butler en la segunda genealogía.

dominado por el hombre estaban siendo reformuladas. Es así que el discurso sobre las diferencias de sexo y género explotó en la literatura sociológica y psicológica de los EEUU durante los setenta y los ochenta, plasmado en el debate entre “determinismo biológico” y “construccionismo social” (Haraway, 1995: 225). En ese contexto y a pesar de sus importantes diferencias, Haraway coincide en que todos los significados feministas modernos de género parten de Simone de Beauvoir y de su afirmación de que “una no nace mujer”, sumado a las condiciones sociales posteriores a la segunda guerra mundial que han permitido las construcciones de mujeres como un sujeto-en-proceso colectivo histórico (*Ibíd*: 221).

3.1.3 – Feminismos

Fundamentalmente en los setenta, a medida que las movilizaciones feministas de la segunda ola¹⁰⁵ impactan en las academias, muchas feministas situadas dentro del entramado binario epistemológico de naturaleza/cultura, se apropian de la distinción sexo/género para defender la primacía de cultura-género sobre biología-sexo en una multiplicidad de debates (*Ibíd*: 230).

Ahora bien, la elaboración del término con este sentido se realiza desde el pensamiento anglosajón, razón por la que muchas intelectuales europeas, especialmente en geopolíticas de lenguas romance, sean refractarias a la utilización del concepto a pesar de reconocerle problematicidad filosófica. Así lo interpreta Gèneviève Fraisse al recordar que a inicios del siglo XX se había sabido disociar a los seres sexuados, los “hombres” y las “mujeres”, de sus supuestas cualidades, la masculinidad y la feminidad, en favor de un juego más flexible de las identificaciones.

Un siglo más tarde, el pensamiento feminista conceptualiza la crítica de la dualidad sexual: “*Género* o *gender* es el término portador de esa crítica; es necesario entenderlo como una proposición filosófica. Se ha decidido simbolizar, mediante el concepto de género, la necesidad de pensar la diferencia de los sexos. De este modo, la puesta en relieve de esta noción de género es un acontecimiento filosófico contemporáneo” (Fraisse, 2003: 40).

¹⁰⁵ Ver “Introducción, II”.

Como acontecimiento filosófico feminista el concepto *género* remite a una procedencia anglosajona que a su vez surge desde una perspectiva crítica a la noción de *patriarcado*. Así que comenzaremos el recorrido por este concepto.

3.1.3.1 – *Patriarcado*

Las reflexiones sobre las relaciones entre los sexos como relaciones de poder, fueron primero inteligidas desde el concepto de patriarcado (Kate Millet, *Sexual Politics*, 1970) que remite al carácter estructural de las relaciones de poder y revela, en particular, su dimensión sexual. Al mismo tiempo, tal enfoque estructural habilita dos dimensiones de análisis: una macro, nivel institucional¹⁰⁶; otra micro, nivel subjetivo¹⁰⁷.

En este sentido, el patriarcado no correspondería solo a una estructura política premoderna, sino que se articularía en el presente a través de diversas conformaciones económicas y sociopolíticas. Así, el sentido feminista del concepto de patriarcado habilita la consideración de que, incluso en la modernidad y hasta el presente, las sociedades continúan constituyéndose de modo patriarcal.

Justamente, el modo de entender el patriarcado que aquí estamos esbozando, a partir de los lineamientos de Kate Millet, permite comprender que público y privado no son espacios divorciados, sino mutuamente entrelazados. En consecuencia, el hecho de presentarlos como separados forma parte de las estrategias de la dominación, ya que le quita dimensión política al ámbito familiar y todo lo que en él se encierra; fundamentalmente, en lo que respecta a los usos de los cuerpos, el ejercicio de la sexualidad, la trama de las subjetividades y las emociones, el aprendizaje de roles... Por esta razón, un lema clave de los feminismos de la *segunda ola* fue el enunciado *lo personal es político*, que visibiliza la imbricación

¹⁰⁶ Esto significa que las dos instituciones principales que caracterizan los espacios modernos público y privado, Familia y Estado, expresan la dominación masculina al apropiarse especialmente de la libertad de las mujeres mediante distintas estrategias.

¹⁰⁷ Al nivel institucional de la dominación masculina, expresado a partir de las instituciones Estado y Familia, se le articula el nivel subjetivo, que refuerza el carácter invisible de la dominación. Por ejemplo, dado que las instituciones hegemónicas definen la feminidad como vulnerable, la protección paternalista hacia las mujeres aparece como una actitud adecuada y no como un intento de control que atenta contra el ejercicio de la autonomía por parte de las mujeres. Del mismo modo, confinar sus funciones al ámbito de la familia se ve como un recurso fundamental del poder de las mujeres, antes que como un socavamiento de este. Este nivel subjetivo refiere a la construcción sociohistórica de las subjetividades, a la producción de sujetos y a la trama cotidiana de sus vínculos. Es lo que comúnmente se piensa no solo como del ámbito de lo privado, sino más allegado al plano de lo íntimo y, por tal motivo, irrelevante para un análisis sociopolítico.

público-privado y permite desmontar las opresiones del mundo íntimo; en especial, las que se tejen en los vínculos afectivos y las relaciones de pareja.

Ahora bien ¿cómo es posible sostener esta consideración sobre el patriarcado cuando las perspectivas teóricas de la modernidad habían introducido el principio horizontal de la igualdad contra toda pretensión de relaciones sociales verticales? Precisamente el enfoque contractual, racional y universal acababa con las jerarquías patriarcales que se irían disolviendo paulatinamente a medida que avanzara el progreso de la modernidad en todas las sociedades.

Una filósofa que contribuye especialmente a comprender de qué modo esa teorización contractual moderna convivirá con el mantenimiento de las jerarquías patriarcales o con la resignificación de estas en formato moderno es Carole Pateman a partir de su concepción del *contrato sexual*. La autora, mediante una lectura crítica de los filósofos ilustrados contractualistas, devela que en sus caracterizaciones del contrato social se encuentra implícita la de un contrato previo, condición de posibilidad del social: el contrato sexual. En este sentido, el contrato social puede ser un pacto entre pares, en el marco de los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, justamente porque los *fratres*, en su condición de tales, pactaron previamente excluir a las mujeres del acceso a la ciudadanía a través del contrato sexual. Este develamiento permite comprender que las dos instituciones que representan los ámbitos público y privado, legitimados desde el discurso de la ilustración, se fundamentan en sendos contratos; es decir, el Estado en el contrato social, la Familia en el contrato sexual. De este modo, el ámbito de la horizontalidad contractual rige lo público y sus instituciones, donde los brazos normativos del Estado son el Derecho y las Ciencias. El ámbito verticalista patriarcal prima en lo privado y atraviesa la supuesta división de espacios y los modos en que las distintas jerarquías de poder permean los supuestos igualitarios y universalistas de lo público: sexo, clase, etnia, religión...

De esta manera, la política sexual develada por Millet aparece legitimada a través de esta complejización conceptual, que permite comprender la vigencia de las múltiples jerarquías sociales a pesar de los visos formales y jurídicos de horizontalidad en el ámbito público. O sea, cada uno de estos contratos funda dos regímenes de orden diferente, el de contrato a secas -paridad, ámbito público- y el de estatus -verticalidad, ámbito privado- (Segato, 2003). Ambos se encuentran en tensión y en cada momento sociohistórico presentan un equilibrio inestable. Se trata de dos

regímenes irreductibles, en que uno se perpetúa a la sombra y en las grietas del otro. Así, “la condición de iguales que hace posible las relaciones de competición y alianza entre pares [contrato] resulta de su demostrada capacidad de dominación sobre aquellos que ocupan la posición débil de la relación de estatus” (*Ibíd.* 14). Según la cita, la paridad caracteriza el eje horizontal del contrato social, mientras que la jerarquía es la cualidad propia del eje vertical del estatus, cuya versión sexual viene legitimada por un contrato especial en la perspectiva de Carole Pateman.

De este modo, las luchas feministas ofrecieron diversas herramientas para comprender que el patriarcado dispone de sus propios elementos políticos, económicos, ideológicos y simbólicos de legitimación y que su permeabilidad escaparía a cualquier frontera cultural o de desarrollo económico. Sin embargo, el énfasis puesto en el carácter universal del patriarcado genera un efecto de atemporalidad y de ahistoricidad que socava las pretensiones desnaturalizantes con que se había propuesto la categoría¹⁰⁸. En función de superar este obstáculo epistemológico desde el feminismo se propondrá el par sexo / género como significativo para el estudio de estas problemáticas en las Ciencias Sociales¹⁰⁹.

3.1.3.2 - Sistema de sexo / género

La antropóloga estadounidense Gayle Rubin propone en su tesis de Licenciatura (1975) sustituir el concepto de patriarcado por el de sistema sexo/género, buscando integrar en sentido psicomarxista, los aspectos productivo y reproductivo de la sociedad. Para la autora, un sistema de sexo/género es el momento reproductivo de un modo de producción:

toda sociedad tiene algunos modos sistemáticos de tratar el sexo, el género y las criaturas. Esos sistemas pueden ser sexualmente igualitarios, por lo menos en teoría, o pueden ser “estratificados por

¹⁰⁸ Algunos cuestionamientos al carácter universal del patriarcado y su efecto de atemporalidad se encuentran en Rubin (1998 [1975]), Scott (1990 [1985]), Santa Cruz, Bach, Femenías, Gianella & Roulet (1994).

¹⁰⁹ En Estados Unidos, la propia Kate Millet incorpora en su libro el término *gender* procedente de la psicología y la bio-medicina para distinguir aquello que es construcción socio-cultural de lo que depende de la naturaleza en las relaciones de las mujeres con los hombres. Similar apropiación realizan en Australia, Germaine Greer (*The female eunuch*, 1970) y en Gran Bretaña, Ann Oakley (*Sex, Gender and Society*, 1972). Aunque hagan hincapié en la variabilidad cultural de los significados de género, al arraigarlos en la diferencia de sexo universal acaban por emplear el concepto de género en un sentido categórico replicando el dualismo sexuado heterosexual de Money y Stoller a quienes citan. Será Gayle Rubin en 1975, en el plano de la antropología estadounidense, quien dote al término género de rango teórico para enfatizar además el carácter relacional y por lo tanto político de las definiciones normativas de la feminidad y la masculinidad (Stolcke, 2004).

género”, como parece suceder con la mayoría o la totalidad de los ejemplos conocidos. Pero es importante -aun frente a una historia deprimente- mantener la distinción entre la capacidad y la necesidad humana de crear un mundo sexual y los modos empíricamente opresivos en que se han organizado los mundos sexuales. El término patriarcado subsume ambos sentidos a la vez. Sistema de sexo/género, por el contrario, es un término que se refiere a ese campo indicando que en él la opresión no es inevitable, sino que es producto de las relaciones sociales específicas que lo organizan (Rubin, 1998: 26).

En consecuencia, esta postura permite comprender que el patriarcado es una forma histórico-social del sistema de sexo/género. A la vez, tal historicidad se expresa en las modalidades específicas con que este se manifiesta en diferentes sociedades. La perspectiva de Gayle Rubin tiene la ventaja adicional de proveer una noción feminista del *género* que será útil para analizar la construcción histórico-política de las relaciones de poder entre los sexos, en general, y de la producción cultural de identidades de género masculinas y femeninas, asentada en la base biológico-natural de los sexos varón y mujer, en particular. Pues, con el concepto de *sistema de sexo/género*, se alude a un conjunto de disposiciones según las cuales la materia prima biológica, tanto del sexo como de la procreación humana, está conformada por la intervención social y se ve satisfecha de forma convencional (*Ibíd*).

En su caracterización la autora también añade el modo heteronormativo del funcionamiento de este sistema, al aclarar que el género no es solo una identificación con un sexo; además implica dirigir el deseo sexual hacia el otro sexo. En su perspectiva entonces está presente lo que otras autoras denominarán *heterosexualidad obligatoria* (Adrienne Rich, 1980), *pensamiento heterosexual* (Monique Wittig, 1980) y *matriz heterosexual* (Judith Butler, 1989). En este sentido, su conceptualización permite no solo visibilizar y analizar la producción de la jerarquía entre varones y mujeres, sino incluso la violencia implicada en la necesidad de tener que asumir una identidad de género coherente, permanente y estable:

Nosotras no solo estamos oprimidas *como* mujeres: estamos oprimidas por tener que *ser* mujeres, u hombres, según el caso. El sueño que me parece más atractivo es el de una sociedad (...) en la que la anatomía sexual no tenga ninguna importancia para lo que es una persona, lo que hace y con quién hace el amor (Rubin, 1998: 63).

Así, Rubin no incorpora *género* para sustituir a *sexo* sino que éste resulta esencial para el significado de *género*. De este modo, biología y cultura hacen un trabajo conjunto que se asienta en la primera. Si bien la autora disipa cualquier determinismo, mantiene la dicotomía y, en todo caso, el énfasis biológico, del que quiere suprimir las implicancias socialmente construidas.

Gayle Rubin enfatiza la historicidad de las vinculaciones sexo/género evitando una universalidad de su propuesta, aunque, como señala Nicholson (2003: 50): “Esta idea de la relación entre la socialización y la biología hace posible lo que podríamos llamar la identidad del *perchero*¹¹⁰”. La ventaja de esta posición es que permite abordar tanto las diferencias como las semejanzas entre las propias mujeres. Si consideramos que el cuerpo es un perchero común en el que cada sociedad cuelga sus normas de comportamiento y personalidad, nos explicaremos cómo pueden ser idénticas algunas normas en sociedades diferentes, mientras que otras son completamente distintas. Sin embargo, afirmar que la identidad sexual es una construcción social no implica necesariamente dejar de considerarla un fenómeno universal, como muchas veces sucede:

De ahí que muchas feministas hayan llegado a pensar que la identidad sexual es una construcción social y, al mismo tiempo, un hecho común a todas las culturas. Cuando se sostiene esta posición y se defiende la independencia entre género y sexo, es imposible no pensar que las distinciones básicas de la Naturaleza, en sus niveles más elementales, se basan o se manifiestan en la identidad humana. Llamo a esta idea *fundacionalismo biológico* (Nicholson, 2003: 51).

En el caso de la distinción masculino/femenino, este fundacionalismo consistiría en pensar que las distinciones elementales de la Naturaleza se manifiestan en la identidad sexual, un conjunto de criterios comunes a las diversas culturas para distinguir al hombre de la mujer. Este es el peligro de defender la independencia entre género y sexo: evitar el determinismo biológico pero defender la presunción de semejanzas entre las culturas.

A pesar de estos recaudos que señala Nicholson consideramos que la postura de Rubin es irreductible a una simplificación tanto sobre la naturalidad del sexo, como sobre la semejanza entre culturas. Su texto es tan rico en matices que sigue

¹¹⁰ Con esta expresión se alude al cuerpo como percha y a las diferentes características identitarias como prendas que se cuelgan de él; donde la “fijeza” del cuerpo la manifiesta la categoría “sexo” en tanto biológica.

resignificándose en las lecturas contemporáneas, resultando imprescindible. Consideramos que la crítica de simplificación no corresponde al artículo sino antes bien a la divulgación que el mismo ha recibido, y sigue, recibiendo; a los usos que se hacen del concepto “sistema de sexo/género”.

La propia Gayle Rubin, cuya militancia feminista se interrelaciona con las disidencias sexuales, señaló la necesidad de distinguir conceptualmente las problemáticas de género de las problemáticas de la sexualidad. Esto no quiere decir que ambos campos no se interrelacionen o funcionen necesariamente de modo excluyente, sino que no se puede presuponer cómo será su relación: “El feminismo es la teoría de la opresión de los géneros, y suponer automáticamente que ello la convierte en la teoría de la opresión sexual es no distinguir entre sexo y deseo erótico” (Rubin, 1989: 53). Con este señalamiento Rubin advierte sobre la tendencia a derivar una teoría de la sexualidad directamente de una teoría del género, intento que ha querido hacerse de su propia propuesta conceptual del sistema de sexo / género.

Veremos que estas observaciones apuntan al contexto de crisis de la primera genealogía, vinculado a los conflictos al interior del feminismo, dados por ejemplo por los desencuentros con la militancia lésbica:

Por ejemplo, la ideología feminista lesbiana ha analizado la opresión sobre las lesbianas, principalmente en términos de opresión de la mujer. Sin embargo, las lesbianas son también oprimidas en su calidad de homosexuales y pervertidas, debido a la estratificación sexual, no de géneros. Aunque quizá les duela a muchas de ellas pensar sobre ello, el hecho es que las lesbianas han compartido muchos de los rasgos sociológicos y muchos de los castigos sociales con los varones gay, los sadomasoquistas, los travestidos y las prostitutas (*Ibíd*: 54).

De este modo, el señalamiento de que sería necesario analizar separadamente género y sexualidad es uno de los elementos que marcarán el paso hacia la segunda genealogía del género.

3.1.3.3 - El género como categoría analítica

La historiadora Joan Scott propone una definición categorial de género en su ineludible artículo de 1985, “El género, una categoría útil para el análisis histórico” donde afirma que “el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales

basado en las diferencias que se perciben entre los sexos; y es una manera primaria de significar las relaciones de poder” (1993: 35). Para esta definición Scott incorpora la perspectiva del poder de Foucault, rescatando su dimensión microfísica, constitutiva de todas las relaciones sociales. Esta noción del poder se distancia de los modelos provenientes del ámbito jurídico liberal y del marxismo.

El primero, considera al sujeto soberano por naturaleza, cuya soberanía debería reconocerse y validarse por la ley. Así, el poder se centraliza y emana de instituciones positivas tales como el Estado o el sistema jurídico. Foucault abandona la noción de sujeto autónomo y soberano que posee/cede el poder, para proponer una concepción del sujeto situado, producto de una relación de poder específica. Al mismo tiempo, Foucault va a deshacerse del esquema marxista de dominación/revolución según el cual el poder emana de las estructuras económicas. Perspectiva en la que el poder siempre es dialéctico y opone grupos antagónicos. Al considerar las operaciones del poder como “tecnologías”, destaca su matiz productivo; por lo tanto, rechaza los modelos de poder coercitivos y represivos.

Con estas consideraciones, vemos que la segunda parte de la definición de Scott corresponde a las relaciones significantes de poder. De todas maneras, podríamos cuestionarle que el género no es el único campo en el cual o por medio del cual se articula el poder (control diferencial sobre los recursos materiales y simbólicos, o acceso a los mismos). Habría que articular la dimensión horizontal, microfísica y difusa del poder (Foucault, ver “Capítulo 2 - 2.1”) con una dimensión vertical institucional que reconoce lugares de condensación del mismo, como el Estado (Poulantzas, 1986).

En cuanto a la primera instancia de la definición de Scott, en tanto elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias sexuales que se perciben, el género posee cuatro elementos: 1) los símbolos disponibles culturalmente (evocan representaciones múltiples y a menudo contradictorias, como las de Eva y María) 2) los conceptos normativos que definen las interpretaciones de los significados de los símbolos en un intento de limitar y contener sus posibilidades metafóricas (doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas, que afirman categóricamente y unívocamente los significados, como si esas normas fueran producto del consenso y no del conflicto) 3) la noción de política y las instituciones sociales (sistema de parentesco, mercado de trabajo, educación, política) 4) la identidad subjetiva (*Ibíd*: 35-37).

El aporte de Joan Scott es sumamente integrador de las distintas dimensiones sociales que abarca el género. Su definición es una de las que ha resultado más instrumental para la investigación en diferentes disciplinas. En ella considera el planteamiento de Gayle Rubin pero no reduce el ámbito del género a lo reproductivo, sino que muestra su pertinencia en toda dimensión de lo social. Sin embargo, también recibe críticas por ser un planteo demasiado abarcativo, pues “no se ve la utilidad de capturar en un único vocablo una multiplicidad de significaciones; en interés de la claridad, sería más conveniente explicitar aquello que se quiere indicar recurriendo a tantos términos como sean necesarios” (Tubert, 2003: 15).

Pero esta crítica soslaya el valor inestimable de la propuesta de Joan Scott al visibilizar la gran complejidad del género, resaltando además el carácter analítico y relacional de la categoría, así como la imposibilidad de escindirla de otras dimensiones analíticas como la clase y la raza:

De acuerdo con esta visión, las mujeres y los hombres son definidos uno en relación con el otro, y no se puede comprender a ninguno estudiándolo separadamente. [...] Es una manera de referirse a los orígenes exclusivamente sociales de las identidades subjetivas del hombre y la mujer. El género es, en esta definición, una categoría social que se impone sobre un cuerpo sexuado. [...] Como categoría analítica, debe articularse con la clase y la raza (Scott, 1993: 18 y 22).

Es verdad que subyace en su planteo, de todos modos, una visión dicotómica y una naturalización de la categoría “sexo”. En este caso, con mayor justicia que en el de Gayle Rubin, cabe cuestionar que “al desnaturalizar el género también se cosificó la naturalidad del sexo. Al privilegiar la distinción entre sexo y género se descuidó totalmente la distinción entre sexuación y sexo” (Dorlin, 2009: 36). El binarismo relacional resultante no da lugar a otras identidades de género aunque sí a diversas orientaciones sexuales. Pero aun en el marco binario, Scott enfatiza el desmontaje de un contenido a priori para los géneros.

Ya en el siglo XXI, la autora vuelve sobre el valor analítico de la categoría, mediando su reflexión con los aportes de la que para nosotros constituye la segunda genealogía del concepto, sobre todo la perspectiva de Judith Butler:

entonces el género es una categoría útil para el análisis porque nos obliga a historizar las formas en las cuales el sexo y la diferencia sexual han sido

concebidos. [...] Cuando el género es una pregunta abierta sobre cómo se establecen estos significados, qué implican, y en qué contextos, entonces sigue siendo una categoría útil para el análisis, por ser crítica (Scott, 2011: 100 y 101).

Entendemos que las definiciones de Gayle Rubin y de Joan Scott son dos referencias imprescindibles en una primera genealogía del género, pues han habilitado múltiples trabajos en la investigación feminista, aunque percibamos sus limitaciones de quedar ancladas en la dicotomía.

Nuestro rastreo no es exhaustivo, sino que busca delinear un trayecto que nos permita comprender la propuesta de BP eslabonada en el mismo. En este sentido nos interesa subrayar la importancia de las definiciones de Rubin y de Scott a través de la clarificación de la categoría de género realizada en una de sus apropiaciones filosóficas argentinas:

Enfocado críticamente, entendemos por género *la forma de los modos posibles de asignación a seres humanos en relaciones duales, familiares o sociales de propiedades y funciones imaginariamente ligadas al sexo*. [...] Afirmar el género como relacional, histórico y posicional nos sustrae de la crítica que puede hacerse al *humano generizado* como una ficción del mismo nivel o del mismo grado que el abstracto universal *hombre*. El género puede ser una ficción desde el punto de vista ontológico, pero una ficción instrumentalmente necesaria (Santa Cruz *et alii*, 1994: 50 y 52).

Vemos que esta definición conserva el carácter analítico del concepto, así como el énfasis en su modalidad relacional y su conexión con el sexo como anclaje natural. De todos modos, subraya el vínculo imaginario entre sexo y género, para evitar la identificación entre ambos y, por lo tanto, un determinismo biológico. En este planteo, junto al género se entrecruzan modalidades raciales, étnicas, religiosas, laborales, clasistas, etarias, que constituyen el heterogéneo tejido de las identidades humanas. Entonces, se puede hablar de la importancia del género como una toma de *posición* que puede elegirse resignificando las prácticas, las teorías, las representaciones y las autorepresentaciones. Estas filósofas incorporan la noción de “posicionalidad”, proveniente de la fenomenología feminista de Linda Alcoff (1989). Con esta visión, el género no es un atributo sustantivo del sujeto sino una posición que se asume en un interjuego de relaciones -que nunca es pura ni aislada- y que puede elegirse priorizarla en determinadas coyunturas. De todas maneras, estas

clarificaciones se mantienen en un plano para el cual el sexo constituye lo “dado”, sin aludir todavía a su carácter de constructo, una de las cuestiones que marcará a la siguiente genealogía.

3.1.4 - Sobre la primera genealogía

Si tenemos en cuenta lo señalado en cada una de las tres vertientes, vemos que en contraposición con la distinción sexo-género en los protocolos médicos, la utilización feminista de la distinción desplazó el significado de “género”, ya que convirtió en una categoría sociológica lo que originalmente era una categoría psicológica en el discurso médico. En éste el género fue principalmente articulado mediante la noción de “identidad nuclear de género” de Stoller, es decir, “la auto-imagen en relación a la pertenencia a un sexo específico” (Stoller citado en Soley-Beltrán: 2003, 66). Así pues, en el discurso médico sobre transexualismo, el término “género” se utiliza para referirse a la propia convicción sobre la (in)corrección de la asignación de género. “Género” es aquí una condición fija e inalterable, pero autónoma del “sexo” biológico¹¹¹. En contraste, en la teoría feminista el “género” se concibe como maleable y el sexo biológico como fijo e indiscutible (aunque no determinante de las definiciones colectivas de la feminidad y la masculinidad). En consecuencia, el uso feminista difiere del propósito original de la distinción: caracterizar la identidad de género como fija e indiscutible y el cuerpo como modificable. Aunque cabe aclarar que tal maleabilidad del cuerpo no es plástica, sino condicionada por el respeto a la norma de la coherencia en la identidad sexual.

3.2 - Segunda genealogía de género: descentramientos feministas

La dificultad del debate acerca del sexo y el género en la primera genealogía se debe a que permanece prisionero de la problemática de la identidad: la búsqueda o la crítica de la identidad parecen constituir la cuestión fundamental. Sin embargo, otra cuestión podría modificar esta perspectiva: se trata de la alteridad, puesto que, por debatir en exceso acerca de la identidad de los seres sexuados, se dice

¹¹¹ Cabe señalar que el paradigma médico sobre la identidad de género continúa vigente, al punto que tal trastorno de identidad figura en el manual de psiquiatría DSM-V (2013) siendo el diagnóstico correspondiente el de “disforia de género” como indicamos en la primera genealogía. Con esta perspectiva, la intersexualidad figura como fenómeno de incongruencia de género en el marco de la disforia de género.

La incorporación y definición del concepto “género” en las teorizaciones feministas había tenido el objetivo de develar el androcentrismo de la sociedad y posibilitar su desestructuración. Sin embargo, un desarrollo estructural de la categoría, conllevó la ubicación de un nuevo centro: la mirada de mujeres blancas burguesas heterosexuales que se arrogaban la representación de todo el colectivo de las mujeres. Es decir, un feminismo blanco heterocentrado que desconocía la “alteridad”. Incluso cuando algunas lesbianas quisieron ser radicales con dicho centro, reprodujeron, por ejemplo, su racismo concomitante¹¹³.

Entre los 70 y los 80, el proceso de críticas postcoloniales que incluyó también a los feminismos incorporó vertientes étnicas, de opciones sexuales no hétero, nacionalidades subalternas... Como señala Celia Amorós, la crítica anticolonialista y la crítica feminista convergieron denunciando tanto el androcentrismo como el etnocentrismo, como dos modalidades distintas de lo que Seyla Benhabib denomina “universalidad sustitutoria”; es decir, una maniobra fraudulenta por la cual “una particularidad no examinada” se propone a sí misma como “lo universal” (Amorós, 2005: 218).

¹¹² En realidad Gèneviève Fraisse extiende esta crítica a toda teorización sobre el género en su defensa de la categoría de “diferencia de los sexos”. Nosotros tomamos la crítica como pertinente para la primera genealogía del género. Así, consideramos que la incorporación de la alteridad provocará el descentramiento de los feminismos y en consecuencia una crisis en la conceptualización del género.

Esta puesta en crisis del feminismo blanco heterocentrado fue uno de los síntomas del agotamiento del proyecto moderno con sus relatos fundacionales basados en la unicidad de un sujeto capaz de controlar su palabra, su pensamiento y su acción; sostenedor, en consecuencia, de una teleología histórico política. Dos clásicos postcoloniales feministas condensan la multiplicidad de las críticas descentradoras de los feminismos: *All the Women Are White, All the Blacks Are Men, but Some of Us Are Brave: Black Women's Studies* (1982) editado por Gloria Hull, Patricia Bell Scott y Bárbara Smith y *This bridge called my back: Writings by Radical Women of Color* (1983) cuyas editoras fueron Cherrie Moraga y Ana Castillo. Estos textos han resultado claves para una reflexión del feminismo sobre sí mismo y en consecuencia, para un salto cualitativo en la complejización teórica que ya no podrá desdeñar a los postestructuralismos, incorporando las influencias de las teóricas poscoloniales, las feministas negras, las epistemólogas feministas de las ciencias naturales y las pensadoras lesbianas.

El adjetivo de poscoloniales aplicado a los feminismos se refiere más a una aspiración descolonizadora del conocimiento que a los procesos de descolonización política que se dieron en África y Asia, de donde son originarias/os algunas/os de las/los principales representantes de esta corriente (Hernández Castillo & Suárez Navaz, 2008). Este es el sentido que nos interesa recuperar para comprender la noción de descentramientos feministas; es decir, de una doble crisis al interior de estos movimientos. Por un lado, respecto del sujeto político considerado como “nosotras, las mujeres”. Por otro lado, en relación a un privilegio epistémico que avalaría un punto de vista especial centrado en “las mujeres” y su “experiencia”. El desacomodamiento que implica descentrar ambos aspectos hará necesario el planteo de “posiciones” provisionarias y falibles. Es esta línea de teorización la que abarca la segunda genealogía.

Estas posturas feministas serán críticas del binarismo (naturaleza = sexo / cultura = género) presente en la primera genealogía. Allí se sostenía de alguna manera la “naturalidad” del sexo en contraposición al carácter cultural del género. Esto implica sostener al sexo en un estadio prediscursivo, anterior a la cultura. La incorporación de las perspectivas postestructuralistas impide esta consideración. Superarla conlleva, por un lado, incluir otras implicancias de la noción de poder en Foucault, como es el análisis del dispositivo de sexualidad. Por otro lado, relacionar otras

propuestas postestructuralistas, como la de Derrida, que va a focalizar principalmente la deconstrucción de los binarismos¹¹⁴.

Uno de los problemas de mantener un concepto de género binario, relacional y global, es que permite incurrir en la tentación de que una pueda representar a las “mujeres” o hablar, por ejemplo, en nombre de las de su género. De este modo, resulta fácil invisibilizar las diferencias al interior mismo de “las mujeres” y las opresiones que allí también se ejercen. Por lo tanto, plantear de esta manera el concepto, sería ocultar la crisis de la representación política y epistemológica:

Si una noción estable de género ya no resulta ser la premisa fundamental de la política feminista, tal vez ahora sea deseable una nueva política feminista para impugnar las reificaciones mismas de género e identidad, que considere que la construcción variable de la identidad es un requisito metodológico y normativo, además de un fin político. [...] Tal vez, paradójicamente, se muestre que la “representación” tendrá sentido para el feminismo sólo cuando el sujeto de las “mujeres” no se dé por sentado en ningún aspecto (Butler, 2001: 38).

Este contexto de producción, marcado por la crisis de la representación (política y epistémica) y el impacto del giro lingüístico, en sus versiones pragmática y postestructuralista, hará sentir su influencia particularmente en la década del 90. Tal vinculación implicará un debate sobre la conservación o no del concepto “género” allí donde se promovía su uso; o la resignificación del mismo a partir de nuevas reflexiones que suponen el rechazo de la perspectiva dicotómica. La propia Joan Scott, cuyo texto sobre el género como categoría analítica había sido un clásico de la primera genealogía, alaba el entrecruzamiento del feminismo con los postestructuralismos y defiende una definición de género que marque la intersección del lenguaje con lo social, de la semiótica con la realidad, al incorporar la deconstrucción derrideana (Borderías, 2006: 233-240). Aporta entonces, nuevas tareas a los análisis feministas del género:

¹¹⁴ Las genealogías del género que proponemos presuponen, a su vez, una genealogía postcolonial cuya explicitación excede el trabajo que estamos realizando. Entonces es necesario aclarar, en función de situar a BP, que la postura postcolonial de Gayatri Spivak será fuertemente crítica del postestructuralismo derrideano. Sin desestimar la lucidez de sus análisis, consideramos que la perspectiva de su texto insoslayable “¿Puede el subalterno hablar?” (Spivak, 1998 [1988]) cierra las posibilidades de una actitud propositiva. Este matiz afirmativo BP lo tomará del postestructuralismo y de su clave feminista, presente en las autoras de esta segunda genealogía del género.

El objetivo de una lectura deconstruccionista de la semiosis social de género consistirá, entonces, en revelar en distintas formaciones discursivas la constitución histórica del par masculino/femenino, la interdependencia entre los términos. Dar cuenta del modo en que la feminidad sostiene la centralidad del androcentrismo y luego desplazar el término subordinado colocándolo por fuera del binarismo de modo tal que eluda el convertirse en condición de posibilidad del término dominante (Chaneton, 2007: 41).

Efectivamente, de las diversas críticas postmodernas, son las postestructuralistas las que han explorado las implicancias de un descentramiento del sujeto moderno que lo vuelve no coincidente con su propia conciencia. Las propuestas feministas que reconsideran la categoría de género a la luz de estas revisiones, primero provocaron un estallido multiplicador de esencias, para resultar luego particularmente fructíferas en los efectos de desnaturalización. Pero en esta tarea no están solas, sino que convergen con los movimientos *queer* y sus producciones teóricas:

La incorporación de la cultura gay dominante al mercado capitalista, la crisis del Sida y las luchas iniciadas por lesbianas y transexuales, chicanas y negras a finales de los 80 dieron lugar a una serie de movimientos políticos sociales y radicales que serán después elaborados por la academia en lo que se denomina “teoría queer” (Córdoba García, 2005: 22).

En esta segunda genealogía, entonces, aludimos a las resignificaciones del género aportadas por los feminismos postestructuralistas y los movimientos *queer*.

Al igual que en la parte feminista de la genealogía anterior, cometeremos sin duda un reduccionismo al recortar solamente tres autoras (Teresa de Lauretis, Judith Butler, Donna Haraway). Pero esta decisión está doblemente justificada. Por un lado, porque nuestro objetivo no es la exhaustividad genealógica sino dar cuenta de los antecedentes insoslayables para las resignificaciones del género que elabora BP. Por otro lado, porque las autoras escogidas incorporan tres matices clave en función de provocar un descentramiento feminista que no abandone el compromiso político con el objetivo de modificar, aunque sea en parte, la sociedad.

En este sentido, valoramos de Teresa de Lauretis la reconceptualización de la tecnología del sexo (Foucault) como tecnología del género, que mostrará el carácter dinámico del concepto haciendo imposible pensarlo como un punto de llegada. Sin embargo, Teresa de Lauretis no incorpora la condición “producida” del sexo que

alienta la perspectiva de Foucault y deja esta categoría en un nivel pre-discursivo. A pesar de ello, su apuesta por el descentramiento del sujeto y una praxis feminista hace legítima su ubicación en la segunda genealogía.

En el caso de Judith Butler, producir el descentramiento va de la mano con aceptar el desafío de la producción discursivo-cultural del sexo. En consecuencia, Butler elabora la teoría performativa del género a partir de la que pone en evidencia sus efectos: el sexo y el encadenamiento unívoco de coherencias entre deseo, prácticas sexuales y expresión de género.

Por su parte, Donna Haraway presenta tres elementos de especial relevancia para esta genealogía: una conceptualización del género que ya a mediados de los 80 da cuenta -críticamente- de su procedencia médico-psicológica, el desafío del descentramiento metaforizado en el *cyborg* como sujeto virtual, una mirada afirmativa sobre las producciones tecnocientíficas que lleva a entender que las luchas de l*s oprimid*s no pueden abandonar esta instancia del poder.

3.2.1 - Tecnologías excéntricas

Aun este Estado Ideal de igualdad de género, no es suficiente para disuadirme de afirmar al género como una cuestión radical para la teoría feminista.
Teresa de Lauretis

Teresa de Lauretis asume la crítica a la identidad unívoca entre mujer y género y a un feminismo que se centra, anquilosa y agota en la reivindicación de “algunas mujeres” hegemónicas. De allí que la autora retome explícitamente las reivindicaciones de los postcolonialismos feministas (Moraga y Castillo, 1983) (Bell, Scott, Hull y Smith, 1982). Su consideración es que la teoría feminista como tal se ha hecho posible en una óptica postcolonial:

cuando de crítica feminista a otros objetos teóricos o campos del saber se ha transformado en reflexión teórica sobre el feminismo. Con esto quiero decir que el pensamiento feminista se ha hecho teórico en la medida en que se ha interrogado acerca de las interrelaciones entre sujetos, discursos y prácticas sociales, y acerca de la multiplicidad de posiciones existentes al mismo tiempo en el campo social entendido, con Foucault, como campo de fuerzas: no un único sistema de poder y puntos de resistencia distintos y variables (de Lauretis, 2000: 130).

Este cruce con los postcolonialismos implicó a su vez superar la oposición entre la búsqueda de igualdad y la tendencia separatista, para la que se escapaban relaciones de poder y por tanto quedaba ligada al racismo, colonialismo y heterocentrismo. Tal complejización lleva a ser particularmente autocríticas/os con las propias producciones feministas. Teresa de Lauretis emprende esta tarea al resignificar la noción foucaultiana “tecnología del sexo” como “tecnología del género”. De este modo, entendiendo la necesidad de superar un primer estadio en que la noción de género se asoció a posturas liberales igualitaristas y pretendió abstraer otras relaciones sociales de poder, aquí el género reaparecerá en una articulación compleja que no niega ninguna opresión. Es decir, en su conceptualización de la “tecnología del género”, Teresa de Lauretis generizará las nociones de ideología (Althusser) y de tecnología del sexo (Foucault) para mostrar que las relaciones genéricas de poder se entrecruzan con las demás relaciones sociales de poder. Así propone:

que también el género, ya sea como representación o como autorepresentación, sea considerado como el producto de varias tecnologías sociales, como el cine, y de discursos institucionales, epistemologías y prácticas críticas, además de prácticas de la vida cotidiana (*Ibíd*: 35).

Entonces ya no es posible reducir el “género” a un producto cultural histórico simplemente inscrito en las personas, sino que se trata de un proceso de producción y de reproducción, de una dinámica productora de sujetos que, a diferencia de las dinámicas de Foucault y de Althusser, produce sujetos generizados. Ahora bien, de las tecnologías productivas de género, no están excluidas las teorías, ni siquiera las feministas. En este sentido, la construcción (y desconstrucción) del género prosigue permanentemente en todos los ámbitos. En consecuencia, siempre es posible la resignificación así como la resistencia:

Pero existen también los términos para una construcción del género diversa, en los márgenes de los discursos hegemónicos. También estos términos, que provienen de fuera del contrato social heterosexual y que están inscritos en las prácticas micropolíticas, pueden tener un papel en la construcción del género, incidiendo sobre todo al nivel de resistencias “locales”, en la subjetividad y en la autorepresentación (*Ibíd*: 54).

Al hacer estas afirmaciones, Teresa de Lauretis está tomando la “tecnología del género” no como mera tecnología de dominación sino como una “tecnología del sí mismo”¹¹⁵. Es decir, dentro del sentido amplio con que Foucault utiliza “tecnología” para referirse al carácter productivo de los procesos sociales en redes horizontales de poder, las “tecnologías del yo” manifiestan claramente el doble juego en que la producción de sujeto es a la vez de sujeción y de subjetivación; de dominación y de creatividad productiva de placeres¹¹⁶. En esa conceptualización se hace patente la idea de que donde hay poder, hay resistencia. De allí el señalamiento de la autora, para quien las tecnologías del género no solo reproducen sino que son también el lugar de la transformación. Por lo tanto, en la noción de “tecnología del género” Teresa de Lauretis conjuga las foucaultianas de “tecnología del sexo” y “tecnología del yo”.

Es muy interesante observar además que las propias teorías feministas juegan estos papeles. Es decir, no es posible llegar a un estado último de conciencia feminista, sino que siempre se está participando del proceso de construcción/desconstrucción del feminismo. En este punto la autora enfatiza la política feminista como una praxis particular de formación de conciencia, relacionada con la práctica de los grupos de concienciación característica de los feminismos de la segunda ola (ver “Introducción – II”). De esta manera, es ineludible el cruce personal de lo político que, según manifiesta, en su experiencia (a través de su propia historia y compromiso en la realidad social y en los espacios generizados de las comunidades feministas) se plasmó a través del método analítico y crítico de la praxis de la auto-conciencia¹¹⁷ (*Ibíd*).

La reivindicación político-epistémica que Lauretis realiza de estas prácticas nos permite explicitar que la autora no solo resignifica las tecnologías del sexo como tecnologías del género, sino que además pone en juego la perspectiva foucaultiana de las tecnologías del yo. A su vez, a partir de estas asociaciones, aventuramos la hipótesis de que las prácticas de concienciación constituyen para los feminismos modos de producción de “sí mismas”; esto es, si lo expresamos en términos foucaultianos¹¹⁸, “tecnologías del una misma” (Campagnoli, 2003).

¹¹⁵ Ver “Tecnologías del yo” en Foucault (1990:44-50). Allí, basándose en Habermas, Foucault clasifica las tecnologías y agrega a las de dominación las del “yo”, cuya traducción más precisa sería “sí mismo” pues la conferencia en inglés utiliza el término *self*.

¹¹⁶ Para entender de modo más preciso el sentido de la perspectiva foucaultiana, ver “Capítulo 2 – 2.1”.

¹¹⁷ Con la expresión “auto-conciencia” Teresa de Lauretis alude a lo que hemos denominado “concienciación”.

¹¹⁸ Para la noción “tecnologías del uno mismo” ver “Capítulo 2 – 2.1.1, n.81”.

En este sentido, las tecnologías del género tienen la doble acepción de dominación (productoras de subordinación) y de resistencia (productoras de subjetividad), noción que enfatizamos con la idea de “una misma”. En esta línea, parafraseando a Foucault (1990: 49), hemos esbozado la siguiente definición: “prácticas que permiten a las mujeres efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otras, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo una transformación de sí mismas con el fin de alcanzar la creación de una conciencia feminista” (Campagnoli, 2003).

En el caso de Teresa de Lauretis, conceptualizar el género como tecnología implica incorporar su concepción previa de la experiencia como semiosis (Lauretis, 1992). Su caracterización abarca tanto elementos personales como sociales pues al considerar la experiencia como un proceso “la autora no la toma en el sentido de datos sensoriales, ni como la adquisición de habilidades y competencias por acumulación a lo largo de la vida, ni en un sentido individualista o puramente subjetivo, interno, sin la mediación social” (Bach, 2010: 35). Con esta perspectiva, Lauretis entrelaza dos nociones de experiencia. “La primera se refiere al proceso a través del cual se construye la subjetividad en todos los seres sociales y la segunda representa el complejo de efectos de significado, costumbres, disposiciones, asociaciones y percepciones derivadas de la interacción semiótica de uno mismo con el mundo externo” (*Ibíd*: 40). Por lo tanto, esta conceptualización da pie a una reflexividad que permita dar cuenta del proceso de producción socio-subjetivo, en cualquiera de sus tonalidades, entre otras, las feministas.

Teresa de Lauretis se sitúa en un compromiso político de estas características que además repercute en su concepción del género como impacto en una especial producción de conciencia. Considera que la comprensión de la propia condición personal como mujer en términos sociales y políticos y la constante revisión, revaluación y reconceptualización de esa condición en relación a la comprensión de otras mujeres de sus posiciones sociosexuales, generan un modo de aprehensión de toda realidad social que se deriva de la perspectiva de género. “Desde esta aprehensión, desde este conocimiento personal, íntimo, analítico y político de la fuerza penetrante del género, no hay retorno a la inocencia de la “biología”.” (Lauretis, 2000: 27-28).

En consecuencia, esta conceptualización habilita la posibilidad de un sujeto feminista no identificado exclusivamente con “las mujeres” pero tampoco con una

idealización de la Mujer (cualquiera sea la esencia con que se la identifique). Es decir, se trata también de un sujeto dinámico, en proceso de producción a través de las prácticas (incluidas las textuales)¹¹⁹. En el mismo sentido, es un sujeto excéntrico, que está tanto dentro como fuera de la ideología del género y es consciente de ello:

tanto dentro como fuera del género las mujeres son objeto de representación, pero al mismo tiempo carecen de representación. Que las mujeres sigan convirtiéndose en Mujer, sigan siendo prisioneras del género, como el sujeto de Althusser continúa siendo prisionero de la ideología, y que nosotras persistamos en esta relación imaginaria aun sabiendo, como feministas, que no somos esto, sino que somos sujetos históricos gobernados por relaciones sociales reales, que incluyen ante todo el género: ésta es la contradicción sobre la que se construye la teoría feminista y es su misma condición de posibilidad (*Ibíd*: 44).

Esta condición de posibilidad puede poner en crisis también el hecho de que el feminismo se reduzca a “cosa de mujeres”. La suposición misma de que “las mujeres” estén dadas y se incorporen posteriormente a juegos de reproducción o de transgresión, sería incompatible con la noción de “tecnologías”. Por el contrario, asumir esta noción puede significar la producción de un sujeto excéntrico y que éste fuera el sujeto del feminismo, con todas sus implicancias.

Estos cambios conllevan el desacomodamiento de supuestos heteronormativos que se presentan en los relatos a través de un contrato edípico implícito:

Con el término “contrato edípico” quiero homologar semióticamente varios marcos conceptuales: a la noción de Saussure del lenguaje como un contrato social; a la del “contrato social” de Rousseau con sus distinciones genéricas, al “complejo de Edipo” de Freud como el mecanismo psíquico estructurante que explica la orientación del deseo humano y la construcción psicosocial del género; al “contrato cineasta” que estipula las condiciones de la visión codificando las relaciones específicas de la imagen y el sonido con el significado y la subjetividad de cada espectador de una película... y finalmente a “el contrato heterosexual” de Wittig como el acuerdo realizado entre sistemas teóricos modernos y epistemologías de no cuestionar al género a priori y de suponer la oposición sociosexual

¹¹⁹ En este sentido, las prácticas de escritura son tecnologías, elemento que exploraremos especialmente en el Capítulo 6.

del “hombre” y de la “mujer” como un momento necesario y fundamental de la cultura (*Ibíd*: 110; n.36)

De este modo, tramar nuevos relatos con un compromiso feminista implica desarmar las posturas pre-establecidas que instaura este contrato¹²⁰. Pero además, desacomodarlo, conlleva desmarcarse de identidades definidas a priori. Por eso, lo novedoso de esta postura es que el posicionamiento político feminista pasaría por un desplazamiento, una desidentificación antes que una identificación. Representa entonces una redefinición de los términos de la teoría feminista y de la realidad social desde un punto de vista que se halla dentro y fuera de sus determinantes. Lauretis piensa que tal punto excéntrico o tal posición discursiva es necesaria para la teoría feminista y para sostener al movimiento feminista mismo. Es una posición de resistencia y de acción, que debe ser aprehendida conceptual y experimentalmente desde afuera o superando al aparato sociocultural de la heterosexualidad, por medio de un proceso de “saber inusual” o de una “práctica cognoscitiva” que no es solo personal y política sino también textual, una práctica del lenguaje con mayúscula (*Ibíd*: 99).

Como vimos en la Introducción (“ver II.1.2”), Teresa de Lauretis (1991) asume también la deestructuración teórica de acuñar el término “teoría queer”, aunque lo abandone rápidamente. Esta apertura indecisa hacia el vocablo *queer* dejará de todos modos una impronta en la manera en que la autora asume la interseccionalidad de variables. Lauretis cuestiona, con preocupación postcolonial, la reiteración de elementos como sumatoria: género, raza, clase, preferencia sexual... que acarrea la noción de capas de opresión con ejes paralelos de “diferencia”. Critica que esta enumeración no puede aprehender su intersección constante y su mutua implicación, o el hecho de que cada una puede afectar a las otras. Así reivindica de los feminismos negros el concepto de una simultaneidad de opresiones, lo que supone que las capas no son paralelas sino que están imbricadas entre sí, que los sistemas de opresión están articulados y se determinan mutuamente (*Ibíd*: 94-95). Pero justamente una característica de las teorizaciones *queer* que señalamos oportunamente (ver “Introducción, II.1”) es la de articular estos niveles de modo que no resulte escindible su vinculación (GtQ, 2005). Más allá de la

¹²⁰ A su vez, la intuición de este contrato, continúa la extracción de implicancias del contrato sexual inteligido por Carole Pateman (ver más arriba “3.1.3.1”).

precisión con la que le quepan determinadas clasificaciones (*queer*, postcolonial, etc.) sus aportaciones dan lugar a la complejización del género en sentidos significativos para la propuesta de BP.

3.2.2 - Disputas del género

El “ser” del género es un efecto
Judith Butler

Para comprender la conceptualización butleriana del género, deudora de la noción de discurso de Foucault (1992, 2002), tenemos que considerar que la única función del lenguaje no es la referencial (comunicativa, descriptiva, constatativa), sino que hay un aspecto del mismo que permite pensarlo como discurso por sus funciones normativa, regulativa y prescriptiva. A esto nos referimos mediante la idea del lenguaje como institución. Esta consideración, particularmente contemporánea, implica que el lenguaje siempre nos precede y a partir de sus acciones se torna constitutivo de la realidad en general y de las subjetividades en particular. En este sentido es que resulta insoslayable de la producción simbólica.

Judith Butler desarrolla este aspecto basándose en la teoría de John L. Austin (1982), para quien existen enunciados de los que no cabe predicar verdad o falsedad, sino felicidad o no, en la medida en que se trata de enunciados que proponen algo en lugar de describirlo; por lo que quedan sometidos al cumplimiento o no de lo propuesto para saber si resultaron exitosos. A ello se refiere Austin con la expresión *hacer cosas con palabras*; o sea, a la dimensión del lenguaje mediante la cual los enunciados hacen lo que dicen al decirlo. Por ejemplo: *te prometo que te devolveré el dinero*, al enunciarse, realiza el acto de prometer. Ahora bien, la perspectiva de Austin considera que el funcionamiento de estas frases no es simplemente convencional, pues depende de rituales y ceremoniales: “En tanto que enunciados, funcionan en la medida en que se presentan bajo la forma de un ritual, es decir, repetidos en el tiempo, y por consiguiente, presentan un campo de acción que no se limita al momento del enunciado mismo” (Butler, 2004: 18).

Respecto del carácter ritual de la enunciación performativa, Austin considera las condiciones que lo facilitan, privilegiando en su análisis los indicios que posibilitan este tipo de actos, mientras que la autora que nos interesa, Judith Butler, retoma la consideración de Jacques Derrida sobre la performatividad de Austin. Interpreta la ritualización como una iteración, por lo que el *momento* de un enunciado en un ritual

es una historia condensada que se excede a sí misma hacia el pasado y hacia el futuro (*Ibíd:* 19). De este modo, pone “una versión estructural de la repetición en lugar del sentido más semántico que implica el término ritual social” (*Ibíd:* 74). Esto significa, en principio, que los discursos son prácticas cuyos contextos de producción ritualizan, reiteran, usos y costumbres, pero en la misma reiteración producen desplazamientos de sentido que pueden generar innovaciones: “una concepción performativa del lenguaje, pues, que transcurre siempre en un espacio de transición (...) no alcanza nunca ni la repetición exacta del ‘mundo intelectual’ que lo precede y en el que se desenvuelve, ni su total abandono o superación” (Pérez Navarro, 2008: 71).

En este sentido, el modo en que Butler resignifica la performatividad está influido igualmente por Derrida y por Foucault, ya que la manera en que la autora intenta dar cuenta tanto de la reproducción de lo establecido como de la resistencia de lo instituyente es deudora de la concepción microfísica del biopoder: “aunque considero que la crítica de Derrida al concepto de performatividad es una pieza clave del análisis butleriano (...) debemos tener en cuenta que tales desarrollos no serían lo que son sin su continuada labor de recepción crítica de la biopolítica foucaultiana” (*Ibíd:* 30). La cita anterior hace especial énfasis en la biopolítica, como dimensión particular del biopoder, porque es sobre todo en su caracterización que Foucault destaca la capacidad de resistencia en el lugar mismo de producción de las relaciones de poder (ver “Capítulo 2, 2.1”).

En consecuencia, esta perspectiva sobre el lenguaje permite comprender la eficacia simbólica del estatus de género¹²¹ en función de inteligir sus producciones de sentido así como de desmontarlas: “la producción de novedades comienza precisamente a partir de un proceso crítico, de descontextualización y recontextualización de viejas palabras y viejos conceptos” (*Ibíd:* 71).

De todos modos, si conjugamos la noción de poder foucaultiana, que es relacional, productiva y horizontal, con la noción de poder simbólico de Bourdieu, comprendemos la condición no visible de la producción de violencia simbólica. Para Bourdieu, el poder es presencia ineludible y da lugar a una *violencia simbólica* que oculta las relaciones de fuerza verdaderas: “Todo poder de violencia simbólica, o sea, todo poder que logra imponer significados e imponerlos como legítimos disimulando las relaciones de fuerza en que se funda su propia fuerza, añade su

¹²¹ Ver más arriba la noción de Rita Segato en” 3.1.3.1”.

fuerza propia, es decir, propiamente simbólica, a esas relaciones de fuerza” (Bourdieu, 1977: 44). El efecto de imposición de sentidos constituye la violencia simbólica, que se vuelve tanto más eficaz cuanto menos se la registra; de allí la importancia de hacerla visible.

Cabe aclarar, igualmente, que este efecto violento no responde a una concentración del poder en una única institución o en unas mentes perversas, sino que se desenvuelve de modo ubicuo y difuso, sin tener responsables directos, ya que todas/os las/los involucradas/os en la trama social participan de este.

Si conjugamos las nociones de género desarrolladas anteriormente con las perspectivas del poder de Bourdieu y de Foucault, comprendemos que el efecto consonante de sentidos a nivel social se logra gracias a la repetición discursiva que emana desde las más diversas instituciones y que produce consonancia a pesar de que sus representaciones son múltiples y contradictorias. La comprensión de este efecto se hace más clara si tenemos en cuenta la manera en que Judith Butler conceptualiza la performatividad no solo como uso del lenguaje, sino incluso como modo de producir identidades, especialmente de género.

En este marco se disuelve la diferencia entre sexo (como elemento natural, biológico) y género (como aspecto cultural, histórico) que sustentaba la noción de sistema sexo / género (Gayle Rubin). Pues tanto el sexo como el género resultan performativamente producidos, aunque de ningún modo equivalentes, ya que la dinámica de producción del género tendrá como efecto la producción del sexo. Como observan Elvira Burgos y José Luis Aliaga, “de acuerdo con este marco teórico cada individuo debe negociar constantemente las normas, las conductas y los discursos que definen la masculinidad y la feminidad en una comunidad concreta y en un momento histórico determinado” (Burgos y Aliaga, 2002: 80).

Desde esta perspectiva, entonces, la identidad de género es un proceso performativo mediante el cual el género se constituye a partir de aquellas expresiones de género que se nos representan paradójicamente como efectos o resultados de una identidad de género previa. Esto implica que el género construye esta identidad que, sin embargo, se nos presenta como verdad prioritaria; construcción de identidad que se efectúa a través de una práctica imitativa y repetitiva, donde no hay un original que sea imitado, puesto que la idea de original es efecto de la imitación misma. Precisamente, es en ese carácter de repetición donde Butler sitúa la inestabilidad de la categoría que se crea mediante la repetición.

La repetición que sustenta al proceso de constitución del género es el lugar de su desplazamiento, del desplazamiento y de la subversión de las normas de género que se imitan, porque la repetición nunca logra crear una identidad completa y coherente, estable. Para Butler, el que exista una necesidad de repetición es la prueba de que la identidad no es plena y compacta, de que hay que reinstaurarla continuamente y ahí es donde cabe, al mismo tiempo, la posibilidad del fracaso de la reinstauración misma.

Sin embargo, este énfasis puesto en las repeticiones, imitaciones de género, no debe entenderse como si el género fuera un asunto de elección personal que se pueda adoptar o abandonar a voluntad. Butler insiste en que detrás del género no hay sujeto de voluntad libre, dotado de capacidad autónoma de decisión. Hay actuaciones, no un actor anterior a ellas. Las actuaciones son performativas, es decir que producen el efecto de hacer aparecer un *sujeto*. Hay sujeto como efecto, no como esencia interior. Este sujeto carece de conformaciones rígidas; las repetitivas actuaciones que lo instituyen dejan circular el espacio de un cierto exceso que, justamente, amenaza con desbaratar la identidad que se está constituyendo. En esta posibilidad de desbaratamiento reside la factibilidad de ruptura con las normas hegemónicas de género (Burgos, 2008: 304-308). De esta manera, las producciones de identidad se generan en los mismos procesos de violencia simbólica, desde un régimen de poder microfísico que resulta eficaz pero no determinista; es decir, que no impide la resistencia. Como aclaran Javier Sáez y Sejo Carrascosa (2011: 18):

Cuando hablamos de un régimen de poder o un régimen cultural, heterocentrado por ejemplo, o machista, no se trata de un poder vertical y jerárquico que planifica el odio a las mujeres, o el odio a los gays o el odio al hecho de ser penetrado. Es un régimen de discursos y prácticas que, simplemente, funciona, se ejerce, se repite continuamente en expresiones cotidianas, desde múltiples lugares y momentos, y que crea realidad (y que hiere) a partir de esa mera repetición. Se aprende el valor antes que el objeto o el acto en sí. Es más, es ese valor negativo el que crea el objeto, y no al revés.

En este sentido, los actos verbales racistas, homófobos, sexistas son, sin duda, claros ejemplos de violencia simbólica; prueban que determinadas palabras y actos

lingüísticos tienen el efecto contundente de causarnos un daño vital en absoluto desestimable.

Y esto es así porque necesitamos el lenguaje para dotarnos de existencia, y no solo de una existencia lingüística, también de una existencia corporal y social. Desde la filosofía del lenguaje de Butler, el lenguaje no es un mero reflejo de una previa estructura social, sino que en él habita un poder que en general se suele atribuir tan solo a las instituciones u otras entidades no lingüísticas; los actos de habla son en sí actos institucionales en tanto que las instituciones requieren del habla de los hablantes para reconsolidar su poder. Es preciso, entonces, analizar el acto de habla bajo la óptica de su poder histórico e institucional (Burgos y Aliaga, 2002: 83).

Si tenemos en cuenta la dimensión performativa del lenguaje y de la identidad personal, el proceso de transformación no resulta de una planificación racional precisa que se sustente en un sujeto previo a pensamiento, palabra y acción. En esta perspectiva, el poder del lenguaje adquiere una doble eficacia: sus reiteraciones son productoras de lo instituido, sus desplazamientos son productores de transformación:

lo performativo funciona para producir lo que declara. En realidad, un acto performativo, separado de un conjunto de convenciones reiteradas y, por lo tanto, sancionadas, sólo puede manifestarse como un vano esfuerzo de producir efectos que posiblemente no pueda producir. [...] Como la persona que habla eficazmente en nombre de la ley, el juez no origina la ley ni su autoridad; antes bien, “cita” la ley, consulta y vuelve a invocar la ley y, en esa reinvocación, reconstituye la ley. [...] precisamente la autoridad se constituye haciendo retroceder infinitamente su origen hasta un pasado irrecuperable. Este diferimiento es el acto repetido mediante el cual se obtiene legitimación. La referencia a una base que nunca se recobra llega a constituir el fundamento sin fundamento de la autoridad (Butler, 2002: 163-164).

A partir de este andamiaje postestructuralista para pensar la institucionalidad del lenguaje y el discurso como acción, Judith Butler establece una mirada crítica a las producciones previas sobre género. Analiza las implicancias de la dicotomía sexo/género en conjunción con las de la afirmación “no se nace mujer, se llega a serlo” (de Beauvoir, 1949). En aquel entonces, Simone de Beauvoir intentaba desencarnizar el “ser mujer”, combatir la noción filosófica del “eterno femenino”,

mostrando que el “ser mujer” es una figura histórica construida dialécticamente, según la dualidad Uno/Otro, donde lo Uno representa al Sujeto y lo Otro a la Alteridad. Pero, a diferencia de otras figuras que históricamente han ocupado el lugar de Otro, como los judíos, los proletarios o los negros, la situación de Otro de las mujeres se presenta como un absoluto inmodificable¹²². Esto implica una tarea para las mujeres, que marcó los feminismos de la segunda mitad del siglo XX: construir el “nosotras”, operar ellas mismas la inversión dialéctica para situarse en el lugar del Uno. Es decir, asumir la labor de devenir mujer¹²³.

Estas indagaciones que motorizaron los feminismos de la segunda ola y la apropiación feminista del concepto de “género”, se muestran ahora problemáticas. Por un lado, por la norma implícita en el devenir dialéctico que conlleva un modelo a lograr. Por otro lado, por el peso en el condicionante biológico que fija al sexo como elemento natural.

En su exégesis de estos elementos, Butler sostendrá que el “sexo” es tan producido culturalmente como el “género”. La consideración que habían afianzado los feminismos de la primera genealogía, según la cual el sexo es natural mientras que el género es la construcción cultural realizada sobre el primero como punto de partida, se ve improductiva. Pues al suponer la condición “dada” y “natural” del sexo está ocultando su producción. Butler considerará este concepto como jurídico, en tanto supone previo aquello que contribuye a construir:

El género no es a la cultura lo que el sexo es a la naturaleza; el género también es el medio discursivo/cultural mediante el cual la “naturaleza sexuada” o “un sexo natural” se produce y establece como “prediscursivo”, previo a la cultura, una superficie políticamente neutral *sobre la cual* actúa la cultura. Una de las maneras de asegurar efectivamente la estabilidad interna y el marco binario del sexo es ubicar la dualidad del sexo en un campo prediscursivo. Esta producción del sexo *como* lo prediscursivo debe comprenderse como el efecto del aparato de construcción cultural designado por el *género* (Butler, 2001: 40).

¹²² “No siempre hubo proletarios, pero siempre ha habido mujeres; lo son por su estructura fisiológica; por mucho que nos remontemos en la historia, siempre han estado subordinadas al hombre: su dependencia no es la consecuencia de un acontecimiento o de un devenir, no ha *acontecido*. En parte porque escapa al carácter accidental del hecho histórico, la alteridad se nos presenta aquí como un absoluto”. (de Beauvoir, 2000: 53).

¹²³ “En realidad, la naturaleza no es un hecho inmutable, como tampoco lo es la realidad histórica. Si la mujer se descubre como lo inesencial que nunca se convierte en esencial es porque no opera ella misma esa inversión. [...] El drama de la mujer es este conflicto entre la reivindicación fundamental de todo sujeto que siempre se afirma como esencial y las exigencias de una situación que la convierte en inesencial. ¿Cómo puede realizarse un ser humano dentro de la condición femenina?” (de Beauvoir, 2000: 53 y 63).

Una primera reacción ante este descubrimiento llevaría a pensar que es necesario eliminar el “género”, porque no sería más que una duplicación del “sexo”. Sin embargo, de esta manera se estaría desconociendo el procedimiento por el cual es el “género” el que produce al “sexo” como instancia que lo precede de modo prediscursivo. En consecuencia la autora, lejos de abandonar la categoría de género, se dedica a explorar el entramado sexo/género para encontrar todos los eslabones que lo sostienen y dilucidar el efecto de unidad y coherencia que tal trama logra. Es así que hablará en términos de “géneros inteligibles” para aludir a los que muestran una relación “adecuada” entre sexo, género, deseo, orientación sexual y sexualidad (*Ibíd:* 50-51). La coherencia entre esas instancias permite identificar unívocamente ya sea “un varón” o “una mujer”, orientado cada uno al encuentro con una persona del sexo opuesto. Por lo tanto, la trama sexo/género con todas las instancias que involucra, es indisociable del carácter normativo de la heterosexualidad:

la coherencia o unidad interna de cualquier género, ya sea hombre o mujer, necesita una heterosexualidad estable y de oposición. Esa heterosexualidad institucional exige y crea la univocidad de cada uno de los términos de género que determinan el límite de las posibilidades de los géneros dentro de un sistema de géneros binario y opuesto. Esta concepción del género no sólo presupone una relación causal entre sexo, género y deseo: también señala que el deseo refleja o expresa al género y que el género refleja o expresa el deseo. Se presupone que la unidad metafísica de los tres se conoce realmente y que se manifiesta en un deseo diferenciador por un género opuesto, es decir, en una forma de heterosexualidad en la que hay oposición (*Ibíd:* 55-56).

Ahora bien, tal coherencia está naturalizada y se la vive cotidianamente. De allí que solo se haga visible en los desvíos, que nos indican su falta. Cuando los géneros no resultan “inteligibles”; por ejemplo, cuando el género no es consecuencia del sexo, o cuando las prácticas del deseo no son consecuencia ni del sexo ni del género; percibimos la desarticulación entre todas las instancias que anudan sexo y género. Ante estas fallas se nos hace visible que

el *género* no es un sustantivo, ni tampoco es un conjunto de atributos vagos (...) el género resulta ser performativo, es decir, que conforma la identidad que se supone que es. En este sentido, el género siempre es un

hacer, aunque no un hacer por parte de un sujeto que se pueda considerar preexistente a la acción (*Ibíd*: 58).

Butler establece la convergencia de una performatividad lingüística con una performatividad teatral, que a lo largo de nuestra socialización arroja un “yo” como previo a las actuaciones, las vivencias, la experiencia. El efecto es que nos consideramos de un “género” porque nos detenemos en el resultado, no vemos el proceso y por lo tanto, la construcción nunca acabada del mismo: “El género es una complejidad cuya totalidad se posterga de manera permanente, nunca aparece completa en una determinada coyuntura en el tiempo” (*Ibíd*: 49).

Ahora bien, si nos detenemos en “la falla”; por ejemplo, en la feminidad “ridícula” de una travesti, en la “exacerbación femenina” de una *drag queen*, solemos creer que esa sensación de ridículo se basa en el carácter de imitación. Es decir, solemos considerar que tanto la travesti como la *drag queen*, imitan a las mujeres y por ende, sería el gesto de la imitación aquello que sobresale. Sin embargo, la perspectiva de Butler nos deja vislumbrar que lo ridículo es la pretensión de que haya un original al que se copia. Si lo consideramos performativamente, aquello que se destaca en la gestualidad de la *drag queen* es el hecho de que no hay original, de que siempre se actúa, de que no hay otra cosa más allá de la “manera”: “Al imitar el género, la travesti manifiesta de forma implícita la estructura imitativa del género en sí, así como su contingencia” (*Ibíd*: 179)¹²⁴. La persona “amanerada” no nos evidencia su falsedad sino la nuestra; en este sentido, *todos somos amanerados*: “Así pues, gay no es a hétero lo que copia a original sino, más bien, lo que copia es a copia. La repetición paródica de “lo original” muestra que esto no es sino una parodia de la idea de lo natural y lo original” (*Ibíd*: 65). Esta repetición paródica del género presenta la ilusión de la identidad de género como una profundidad inmanejable y una sustancia interior. Pero el género, en tanto producto de actuaciones reiteradas, no es ni verdadero ni falso; es imposible la autenticidad del género en estos términos. Con lo cual, se parodia la idea misma de un original. En consecuencia, el origen del género es político y discursivo.

Inteligir el carácter performativo del género, su condición de efecto de una construcción político discursiva, su estatuto de ficcional, no significa que puedan

¹²⁴ “Las prácticas de género en las culturas gay y lésbica suelen tematizar “lo natural” en contextos paródicos que ponen de manifiesto la construcción performativa de un sexo original y verdadero” (Butler, 2001:37)

generarse géneros a voluntad. Tal producción es histórico política y pueden analizarse sus fallas y desvíos para delinear una resignificación. De allí que no se trate de producir una multiplicación de géneros sino de observar las que escapan al canon de la inteligibilidad heterosexual: “La tarea aquí no es alabar cada una de las nuevas opciones posibles *en tanto que* opciones, sino redescubrir las opciones que ya existen, pero que existen dentro de campos culturales calificados como culturalmente ininteligibles e imposibles” (*Ibíd*: 181).

De todos modos, la teoría performativa de género de Judith Butler ha recibido diversas críticas respecto de no tomar en consideración al cuerpo y proponer una abstracción. Una de sus discípulas, Patricia Soley-Beltrán, realiza un exhaustivo análisis de tales críticas reuniéndolas en la dimensión “idealismo” como “fundacionalismo discursivo o lingüístico” (Soley-Beltrán, 2009: 175-176).

Esta autora muestra que la teoría butleriana no es desencarnada, aunque concede que a los desarrollos de Judith Butler les falta análisis empírico. En consonancia, para mostrar el carácter incardinado de la teoría, reconstruye la noción de *matriz heterosexual* a través de una compleja conceptualización sociológica que hace especial hincapié en la contemplación del cuerpo como “tipo artificial” que es “considerado por la matriz como un tipo natural [que] explica la noción de poder como productor de la categoría ‘sexo’ y reconoce la interacción biología/cultura reformulada como la interacción inaprehensible biología/matriz” (*Ibíd*: 195).

Asimismo, ofrece aportes para complementar la teorización de Butler con alcance empírico, dedicándose a una investigación cualitativa sobre personas transexuales. Este trabajo le permite examinar las posibles aplicaciones de la reconstrucción sociológica de Butler como un modelo explicativo de las ciencias sociales.

A los fines de nuestro trabajo, nos interesa problematizar la relación entre cuerpo y discurso. Según Soley-Beltrán, esta cuestión se hace especialmente evidente en el campo de la investigación en ciencias sociales al utilizar un prisma performativo como perspectiva teórico-metodológica. Acerca de este problema, Nayla Vacarezza plantea que

los actos de habla que se registran en las entrevistas se presentan simultáneamente como actos corporales. Entonces, si queremos dar cuenta de la performatividad del género es difícil utilizar una idea puramente lingüística porque nos referimos siempre a actuaciones corporizadas, que se realizan *con y a través* de un cuerpo, y que sólo

parcialmente pueden ser explicadas como lingüísticas (Vacarezza, 2011: 37).

En este sentido, al tratar al cuerpo como un “tipo artificial” se lo considera un objeto físico cuya existencia no es totalmente independiente de la actividad clasificadora de las instituciones sociales (Soley-Beltrán, 2009). Se respeta entonces la condición butleriana, heredada de Foucault, del cuerpo como un elemento que, si bien presenta excesos respecto del lenguaje en tanto institución social, carece de una dimensión ingenua o pre-discursiva que esté a nuestro alcance. Justamente, la teoría de la performatividad de género adquiere su riqueza política a partir de esta tensión. Nuestro propósito es concentrarnos en el carácter quiasmático de la tensión entre cuerpo y discurso, surgido del especial vínculo entre materialidad y significatividad, para comprender las sutilezas que permitirían distinguir entre la propuesta de BP y la de Butler.

En *Cuerpos que importan* (2002 [1993]), Judith Butler se detiene particularmente a reformular la materialidad de los cuerpos, para salvar las objeciones recibidas a *El género en disputa* (2001 [1990]), por el supuesto carácter solo discursivo de lo corporal. Reconsidera entonces la materia de los cuerpos como el efecto de una dinámica de poder, de modo tal que la materia de los cuerpos resulta indisociable de las normas reguladoras que gobiernan su materialización y la significación de aquellos efectos materiales (Butler, 2002).

En estos libros no analiza la noción de *quiasmo*, pero alude al ensayo homónimo en el que Merleau-Ponty conceptualiza la noción de *carne*¹²⁵. En *Cuerpos que importan*, Butler remite a ese texto profundizando su reflexión sobre el vínculo entre cuerpo y discurso. Allí muestra que el lenguaje y la materialidad no se oponen, porque el lenguaje es y se refiere a aquello que es material, y lo que es material nunca escapa del todo al proceso por el cual se le confiere significación. Pero, si bien el lenguaje no se opone a la materialidad, tampoco es posible reducir sumariamente la materialidad a una identidad con el lenguaje (*Ibíd*). La relación especial entre estos aspectos pone de manifiesto que, por un lado, el proceso de significación es siempre material; los signos operan mediante la aparición (visiblemente, auditivamente), y aparecer a través de lo material significa; y, por otro lado, lo que permite que un significante signifique no es nunca solo su materialidad; esa materialidad será a la

¹²⁵ Judith Butler tematiza la figura del quiasmo de modo asistemático y tangencial en *Lenguaje, poder e identidad* (1997) y *Deshacer el género* (2004).

vez una instrumentalidad y un despliegue de una serie de relaciones lingüísticas más amplias (*Ibíd*).

La particularidad de esta relación permite considerarla un quiasmo. Por eso, en *Lenguaje, poder, identidad* (2004), Butler afirma: “La relación entre el habla y el cuerpo es un quiasmo. El habla es corporal, pero el cuerpo a veces excede el habla; y el habla permanece irreducible a los sentidos corporales de su enunciación” (Butler, 2004: 251). Pero la relación quiasmática se da también entre el cuerpo y el carácter normativo del lenguaje. Como señala Nayla Vacarezza:

La figura del quiasmo es apropiada tanto a la relación entre la materialidad de los cuerpos y la normatividad del lenguaje como a la que se establece entre cuerpo y habla. En ambos casos se trata de una disposición cruzada que forma una juntura, de una disparidad que abre sentidos porque cada uno de los términos se pliega sobre el otro, ejerce una demanda y necesita del otro sin poder dominarlo (Vacarezza, 2011: 38).

Esa doble vía permite tanto la iterabilidad como el desplazamiento performativo; es clave, entonces, de la producción y de la resistencia, es decir, del carácter político del cuerpo y por ende, del sujeto. Si bien Judith Butler explicita solo el matiz retórico del quiasmo, consideramos que la propia condición quiasmática del vínculo cuerpo-discurso entrelaza el quiasmo con el quiasma, es decir, con la concepción biológica que alude al entrecruzamiento, por ejemplo, de los nervios ópticos. Así, la percepción, inextricablemente corporal, está pautada por la juntura de materia y lenguaje; baste considerar sumariamente la “carga teórica” que la constituye. En este sentido, al ensayo de Merleau-Ponty sobre la carne le caben ambas significaciones, donde la categoría *entrelazo* se entiende como

un esquema de pensamiento que nos permite concebir las relaciones de una dualidad en términos de reciprocidad, entrecruzamiento, complementariedad, superposición, encabalgamiento, reversibilidad, mutua referencia. Todo lo contrario a los esquemas dicotómicos, dualistas, que conciben las relaciones en términos de exclusión, exterioridad, causalidad mecánica y lineal, jerarquía y prioridad. El esquema del quiasmo es lo que nos permite pensar a la dualidad como una unidad en proceso, en devenir (Ramírez, 1994: 47).

Butler, al utilizar la figura del quiasmo, indica que la unidad se juega en la tensión indisoluble entre materialidad y significatividad. Del mismo modo, es indicio de que la materia se materializa, deviene, no es un dato pasivo, y en su dinámica performativa, hacen bisagra los actos de habla y las normas del lenguaje. En tal sentido, cuerpo y lenguaje no llegan a ser externos entre sí, si bien tampoco se identifican:

Confieso que no soy muy buena materialista. Cada vez que intento escribir acerca del cuerpo termino escribiendo sobre el lenguaje. Esto no es porque crea que se puede reducir el cuerpo al lenguaje; no se puede. El lenguaje surge del cuerpo y constituye una especie de emisión. El cuerpo es aquello sobre lo cual el lenguaje vacila, y el cuerpo lleva sus propios signos, sus propios significantes, de formas que permanecen en su mayor parte inconcientes. [...] Desde mi punto de vista, la performatividad no trata sólo de los actos del habla. También trata sobre los actos corporales. La relación entre los dos es complicada y yo la llamé “quiasmo” [...]. Siempre existe una dimensión de la vida corporal que no puede ser totalmente representada, aunque funcione como la condición por excelencia y, en concreto, como la condición activadora del lenguaje (Butler, 2006: 280-281).

Sobre esta autora nuestra hipótesis fuerte consiste en la valoración del quiasmo como elemento que manifiesta la ineludible materialidad del proceso performativo y que permitirá, a su vez, resaltar la mirada prostética de BP.

3.2.3 - Difracciones *cyborg*

Las feministas del cyborg tienen que decir que “nosotras” no queremos más matriz natural de unidad y que ninguna construcción es total.
Donna Haraway

Cuando Donna Haraway asume el encargo de sistematizar la noción de género para un diccionario marxista (1985), distingue dos fuentes epistemológicas: el paradigma de la identidad de género (la construcción de significados y de tecnologías del sexo y del género en las ciencias biológicas normalizadoras, liberales, intervencionistas y terapéuticas, empíricas y funcionalistas, sobre todo en los EEUU, que incluyen a la psicología, el psicoanálisis, la medicina, la biología y la sociología) y el sistema del sexo / género (corriente política feminista que conceptualiza estas nociones a partir

de las apropiaciones del marxismo y del psicoanálisis iniciadas por Gayle Rubin) (Haraway, 1995: 224 y 231).

La primera es la que describimos en la genealogía anterior, correspondiente a la vertiente médico-psicológica del género que ofrece una versión funcionalista y esencializante de la frase de Simone de Beauvoir “una no nace mujer” (*Ibíd*: 225). La segunda corresponde también a nuestra primera genealogía, en su dimensión de teorizaciones feministas, en cuanto aquí el género significa hacer y deshacer “cuerpos” en un mundo cuestionable; es decir, teorizar el género conlleva una teoría de la experiencia como encarnación signifiante y significadora (*Ibíd*: 218). Si bien esta segunda línea conceptual se inicia con Gayle Rubin, Donna Haraway sigue en su definición un recorrido que sistematiza exhaustivamente, para su contexto, las conceptualizaciones feministas del género, incluyendo así también sus derivas postestructuralistas que nosotros ubicamos en esta segunda genealogía.

En este desarrollo Haraway ubica su propia conceptualización del género discutida en *Manifiesto para cyborgs* (1987) a la que describe como una política marxista-feminista dirigida a los posicionamientos femeninos en los sistemas técnicos, culturales y sociales multinacionales en los que interviene la ciencia y la tecnología (*Ibíd*: 238).

Verena Stolcke (2004) destaca que Donna Haraway desarrolla una propuesta epistemológica para el problema de cómo producir un conocimiento del mundo “real” desde la crítica feminista de la ciencia, que pueda ser compartido por activistas feministas. Por un lado, para Haraway la crítica de la ciencia positiva no implica abandonar el estudio riguroso del sexo en su tensa relación con el género pues ello significaría perder el propio cuerpo como algo más que una mera página en blanco disponible para las inscripciones sociales y científicas. Aunque tampoco se trata de contemplar el “sexo” como simple materia prima para la construcción social del género. Por otro lado, Haraway señala que la crítica de la ciencia no se debe limitar a desmitificar el carácter subjetivo y la contingencia histórica del conocimiento sino que ha de enfrentar simultáneamente la cuestión acerca del lugar socio-político desde el que se realiza. No se trata de procurar una nueva objetividad sino de reconocer que el conocimiento es siempre parcial.

En este sentido, Haraway aplicará ambas miradas críticas a las teorizaciones de los feminismos de la primera genealogía, para las que “el sexo es “convertido en recurso” para su re-presentación como género, que “nosotras” podemos controlar.

Ha parecido prácticamente imposible evitar la trampa de una lógica apropiacionista de dominación construida dentro de la pareja binaria naturaleza/cultura y de su linaje generativo, incluyendo la distinción sexo/género” (*Ibíd*: 341). Así vemos su compromiso con involucrar la corporalidad pero abandonando el supuesto de la dicotomía consonante con la presuposición de que debe haber un centro desde el cual “ver”. La articulación de ambas condiciones implica asumir una concepción preocupada por desmontar el sujeto moderno y el discurso que le resulta concomitante.

De este modo, Donna Haraway logra evitar una totalización centralizada en base a una fragmentación de la mirada que metaforiza a partir del fenómeno óptico de la difracción. Vemos entonces que recurre a la analogía moderna entre el conocimiento y la óptica, pero abandona su basamento en el fenómeno de la reflexión. Recordemos que la visión y su contexto de luz/oscuridad metaforizan el conocimiento en occidente desde la consolidación del pensamiento racional en la antigüedad griega, fundamentalmente con Platón. Tales simbolizaciones se profundizan en la modernidad, en el momento de constitución de la nueva ciencia, cuando el conocimiento científico se hegemoniza frente al paradigma hermético. En ambos momentos, prima un ideal de mirada unívoca, integradora de las partes en un todo y desencarnada, ubicada fuera de la realidad, omnisciente (Keller, 1991). Es decir, en términos monoteístas, “la mirada de Dios” es el ideal cognoscitivo de una objetividad científica neutra. A este tipo de mirada le cabe la analogía de la “reflexión” pues en ella simplemente la imagen formada copia al original desplazando espacialmente su representación:

La reflexividad ha sido muy recomendada como práctica crítica, pero sospecho que la reflexividad, como la reflexión, solamente desplaza lo mismo a otro lugar, estableciendo las preocupaciones sobre la copia y el original y la búsqueda por lo auténtico y lo verdaderamente real. La reflexividad es un mal tropo para escapar de la falsa opción entre realismo y relativismo que surge al pensar en la objetividad fuerte y los conocimientos situados dentro del conocimiento tecnocientífico (Haraway, 2004: 32-33).

En cambio, el fenómeno de la difracción no posibilita la representación sino que brinda una interferencia, una multiplicidad de efectos irreductible en una unidad. Este soporte metafórico nos advierte respecto de la imposibilidad de superar la

parcialidad. En este sentido, en base a las significaciones de la difracción Donna Haraway toma la noción de “objetividad fuerte” de Sandra Harding para contraponerla a la neutralidad. De esta manera, la objetividad es un proceso de construcción intersubjetiva que se da a partir de saberes situados, parciales, que nunca logran un cierre definitivo. Hay difracción entonces, en una doble dimensión: no es posible la mirada unívoca para un sujeto personal en tanto está encarnadamente situado y no lo es tampoco para un sujeto colectivo constituido pluralmente:

Difracciones, mi categoría inventada de la semántica, toma ventaja de metáforas e instrumentos ópticos tan comunes en la filosofía y la ciencia occidental. [...] Es necesario establecer distinciones en los aparatos semiótico-materiales, difractar los rayos de la tecnociencia para obtener modelos de interferencia más prometedores en las placas de grabación de nuestras vidas y nuestros cuerpos. Difracción es una metáfora óptica útil para hacer el esfuerzo de marcar distinciones en el mundo (*Ibíd*).

En esta encarnación situada el género es una situación que actúa conjunta y simultáneamente con muchas otras, por lo que no cabría abstraerlo. La categoría, en cambio, que permitiría conceptualizar los entrecruzamientos específicos plurales es la de *cyborg*. Recordemos, del capítulo anterior (“2.3”), que este concepto implica la metaforización de un sujeto para el que resulta imposible distinguir claramente entre cuerpo y mente, biología y cultura, natural y artificial...

La metáfora del *cyborg* manifiesta un compromiso feminista de modo poscolonial al habilitar la posibilidad de miradas surgidas desde diferentes geopolíticas y figurar sus articulaciones. Del mismo modo, en el nivel de lo personal, no parte del supuesto del individuo sino que traza las líneas de un sujeto complejo y abierto, que no tiene sus dimensiones problemáticas decididas a priori. De allí que la metáfora escape incluso a la dimensión del género, al no darla por decidida: “El *cyborg* es una especie de yo personal, postmoderno y colectivo, desmontado y vuelto a montar. Es el yo que las feministas deben codificar” (Haraway, 1995: 279).

Así, la respuesta de Haraway a las múltiples críticas que buscan descentrar el feminismo¹²⁶, es descentrarlo desde la noción misma de sujeto, con prácticas de los

¹²⁶ “La conciencia de género, raza o clase es un logro forzado en nosotras por la terrible experiencia histórica de las realidades sociales contradictorias del patriarcado, del colonialismo y del capitalismo. Y, ¿quién cuenta como «nosotras» en mi propia retórica? ¿Qué identidades están disponibles para poner las bases de ese poderoso

estudios culturales y los postcolonialismos, que implican asumir el carácter ficticio de los discursos y, desde ese guiño, abrir el juego de re-crearlos, de inventar otras lógicas discursivas. Esa es la gran invitación del *cyborg* al convocarnos a difractar la mirada en, al menos, dos visiones:

Desde una perspectiva, un mundo de *cyborgs* es la última imposición de un sistema de control en el planeta, la última de las abstracciones inherentes a un apocalipsis de Guerra de Galaxias emprendida en nombre de la defensa nacional, la apropiación final de los cuerpos de las mujeres en una masculinista orgía de guerra. Desde otra perspectiva, un mundo *cyborg* podría tratar de realidades sociales y corporales vividas en las que la gente no tiene miedo de su parentesco con animales y máquinas ni de identidades permanentemente parciales ni de puntos de vista contradictorios. La lucha política consiste en ver desde las dos perspectivas a la vez, ya que cada una de ellas revela al mismo tiempo tanto las dominaciones como las posibilidades inimaginables desde otro lugar estratégico (*Ibíd.*: 263).

Inteligir este nuevo sujeto requiere ir más allá del planteo foucaultiano, como ya señalaran de Lauretis y Butler. O sea, vislumbrar qué nuevas operaciones están en juego, que efectúan dicotomías y normatividades, naturalizando cuerpos. Desde la aceptación de que incluso lo que consideramos “natural” es un artificio simbolizado culturalmente y de que la tecnología tiene como principal efecto la ilusión de “naturalización”, no cabe ya considerar que el género sea una construcción sobre la sexualidad y/o el sexo: “La lógica produccionista parece inevitable en las tradiciones binarias occidentales. A esta lógica narrativa analítica e histórica se debe mi nerviosismo sobre la distinción del sexo / género en la historia reciente de la teoría feminista” (*Ibíd.*: 341).

Antes bien, la concepción del *cyborg* nos invita a pensar la complejidad de lo corporal como un atravesamiento múltiple en el que no es posible distinguir fácilmente entre lo natural y lo prostético, por ejemplo. Pensarnos *cyborg* puede habilitarnos la comprensión de cómo el desarrollo tecnológico se invisibiliza a sí

mito político llamado «nosotras»? ¿Qué podría motivar nuestra afiliación a tal colectividad? La dolorosa fragmentación existente entre las feministas (por no mencionar la que hay entre las mujeres) en todos los aspectos posibles ha convertido el concepto de *mujer* en algo esquivo, en una excusa para la matriz de la dominación de las mujeres entre ellas mismas. Para mí –y para muchas que comparten una localización histórica similar dentro de cuerpos blancos, profesionales, de clase media, femeninos, radicales, estadounidenses y de mediana edad– las fuentes de crisis en la identidad política hacen legión. La historia reciente de gran parte de la izquierda y del feminismo estadounidenses ha sido una respuesta a esta crisis consistente en divisiones sin fin y en búsquedas de una nueva y esencial unidad” (*Ibíd.*: 264-265).

mismo para producir una esencialización de la naturaleza. Debemos desconstruir este efecto si queremos comprender las construcciones específicas y localizadas del género, así como de las otras dimensiones con que se articulan (edad, etnia, etc.). Para tal desconstrucción Donna Haraway propone recuperar al Testigo Modesto (sujeto cognoscente moderno androcéntrico) para desmontarlo desde la objetividad fuerte del *cyborg* en diálogo con otros sujetos como el HombreHembra© de la ciencia ficción¹²⁷ o el transgénico Oncoratón® de laboratorio¹²⁸. En el siglo XXI, cuando el ser humano es también una marca registrada, estos sujetos constituyen figuraciones políticamente aptas para desestabilizar el tecnobiopoder. Puede resultar productiva, en consecuencia, la interrelación entre el Testigo Modesto (figuración de los relatos de la ciencia), el/la Hombre Hembra© (figuración del campo narrativo del feminismo antiracista) y el Oncoratón® (figuración de los relatos de biotecnología e ingeniería genética):

La figuración es una práctica compleja profundamente enraizada en las semióticas del realismo occidental cristiano. Estoy especialmente interesada en un sentido del tiempo particular inherente a la figuración cristiana. Creo que este tipo de tiempo es característico de las promesas y amenazas de la tecnociencia en los Estados Unidos, con sus prácticas e historias nacionales exuberantes, seculares, repudiadas y cristianas. [...] La tecnociencia, al menos en los Estados Unidos, es un discurso milenario sobre comienzos y finales, primeras y últimas cosas, sufrimiento y progreso, figuración y ejecución (Haraway, 2004: 27).

El trabajo semiótico de desconstrucción implica entonces producir narrativas con lógicas no salvacionistas, ni edípicas ni cristianas. Evitar el telos de las historiografías y epistemologías modernas. En este sentido, las teorías políticamente potentes suelen ser vampiras: “Desde los puntos de vista creados en sus fuentes

¹²⁷ Figuración basada en la novela de Jonna Russ, *The Female Man* (1975), protagonizada por cuatro hermanas clonadas: “los cuatro personajes principales (...) son un clon, y son por tanto, genéticamente idénticos, o casi, ya que uno de ellos fue sujeto de la cirugía estética. (...) Sus fronteras están mezcladas desde el principio, como las de casi todos los seres eliminados de las categorías de la cultura y consignados a la biología...” (Haraway, 2004: 91).

¹²⁸ El oncoratón, una especie animal que posee un gen que le confiere la propiedad de sufrir cáncer permanentemente, fue patentado por la Universidad de Harvard en 1988 en EEUU y en 1992, en Europa. Este animal es un modelo excepcional para investigar sistemas y productos terapéuticos contra la enfermedad y, por tanto, susceptible de ser adquirido por todos los laboratorios del mundo que se dedican a tal fin. La patente reportará ingresos a sus beneficiarios, no sólo los derivados de la venta del oncoratón, sino también de todos los productos farmacéuticos que se hayan obtenido con este ratón en todos los laboratorios del mundo, según publicó *New Scientist* en 1993. Para diversas ONG's como Grain (*Genetic Resources Action International*), de este modo las patentes se convierten en una excusa para que las empresas obtengan beneficios en campos en los que no han invertido nada.

narrativas cristianas (siglo XVII) los vampiros son ambiguos por ser capaces de figurar combinaciones colectivas en una cultura altamente cambiante que permanece obsesionada por la pureza” (*Ibíd.*: 101). Hay una propuesta, entonces, sin contenido, pero con el compromiso de hacer proliferar relatos pues de la proliferación surgirán las ficciones inesperadas que ya no reiteren la teleología moderna.

Como en el caso de Teresa de Lauretis, la semiótica es una aliada política para desestructurar las estabildades del sujeto moderno. Aunque Haraway parecería distanciarse de Foucault al proponer que el *cyborg* estaría libre de la biopolítica foucaultiana ya que “simula políticas, un campo de operaciones mucho más poderoso” (Haraway, 1995: 278). Por un lado, esta política de la simulación está en sintonía con la noción de Butler que deconstruye el supuesto de un original, a través de la noción de “simulacro”. Por otro lado, no renunciaría a la perspectiva biopolítica, si recordamos su cercanía a la vertiente inmunitaria de Roberto Esposito (ver cap. XX). Por esos señalamientos, así como por la valoración políticamente positiva de la producción tecnocientífica y de su reapropiación militante, esta autora es de singular influencia en el pensamiento de BP¹²⁹.

3.2.4 - Sobre la segunda genealogía

Caracterizamos la conceptualización de tres autoras que resultan ineludibles para comprender la noción de dispositivo de género planteada por BP pero, sobre todo, para inteligir la complejidad de las dimensiones en conflicto a la hora de dar cuenta de la trama socio-subjetiva de las relaciones de poder.

En este sentido, resaltamos los matices de cada perspectiva. En el caso de Teresa de Lauretis, a pesar de no desnaturalizar la noción de sexo, su contribución del género como una tecnología en sentido foucaultiano, por lo tanto, generadora de efectos -entre ellos, conciencia de género- permite tanto un trabajo analítico de rastreo de procesos, como político de generación de una praxis.

En la perspectiva de Judith Butler se enfatiza la cuestión de que el género es un verbo antes que un sustantivo y hemos destacado que el modo en que

¹²⁹ Incluso una de las intervenciones de BP que escapan a nuestro corpus, “La muerte de la clínica”, toma una provocación que Haraway hiciera en su *Manifiesto para Cyborgs* en 1987: “Ya va siendo hora de escribir *The Death of the Clinic* [La muerte de la clínica]. Los métodos de la clínica requerían cuerpos y trabajos, nosotros tenemos textos y superficies. Nuestras dominaciones ya no funcionan mediante la medicalización y la normalización, sino creando redes, diseñando nuevas comunicaciones y gestionando el estrés. La normalización da paso al automatismo, redundancia completa” (Haraway, 1995: 259; n.4).

conceptualiza el quiasmo contribuye a comprender la materialidad de las dinámicas del género. En la concepción de Haraway conviven la desnaturalización del sexo y del género con el abandono de tal dicotomía, cuyo descentramiento se produce desde la virtualidad política del *cyborg*. En el caso de esta autora, subrayamos su presencia también en la genealogía biopolítica, por su contribución a pensar las implicancias político-subjetivas de la conceptualización del “sistema inmunitario”.

Capítulo 4: El Imperio Sexual

*El cuerpo adicto y sexual, el sexo y todos sus derivados semiótico-técnicos
son hoy el principal recurso del capitalismo postfordista*
BP

El foco de nuestro trabajo busca ubicar la producción conceptual de BP en dos genealogías: la de la biopolítica y la del género. Nuestra hipótesis de lectura es que el modo en que se posiciona BP en el cruce de ambas contribuye al delineamiento de una “ontología histórica de nosotros mismos”¹³⁰, en el sentido de la apuesta foucaultiana:

debe apartarse de todos aquellos proyectos que pretenden ser globales y radicales. De hecho, sabemos por experiencia que la pretensión de escapar del sistema de la actualidad proponiendo los programas conjuntos, globales, de una sociedad distinta, de un modo de pensar diferente, de otra cultura, de otra visión del mundo, no han conducido, de hecho, sino a retornar a las más peligrosas tradiciones. Prefiero las transformaciones muy precisas que han podido tener lugar desde hace veinte años en cierto número de dominios concernientes a modos de ser y de pensar, a relaciones de autoridad, a relaciones entre los sexos, o a la manera de percibir la locura o la enfermedad. Prefiero más bien esas transformaciones, incluso parciales, que se han producido en la correlación del análisis histórico y la actitud práctica, que las promesas del hombre nuevo que los peores sistemas políticos han repetido a lo largo del siglo XX (Foucault, 1994).

Como hemos anticipado, en continuidad crítica con Foucault, BP caracteriza modalidades contemporáneas de un micro poder que es bio, tiene un régimen propio (fármaco-porno-gráfico) y se visualiza en el dispositivo de género. Los modos en que BP desarrolla esta caracterización permiten dar cuenta de articulaciones que posibilitan explicaciones globales; es decir, ayudan a comprender las características que vinculan las dimensiones económicas y subjetivas del poder contemporáneo sin consistir en un modelo cerrado. Justamente, los intersticios de este bio-poder que para BP es fármaco-porno-gráfico, nos sitúan en una instancia en la que, a fuerza de reiterarlo¹³¹, podemos devenir agentes de su modificación. Para comenzar con la exposición analítica de su planteo abordaremos la noción de “sexopolítica”.

¹³⁰ Ver capítulo 2, nota 97.

¹³¹ Nuestro punto de partida es estar “formados” por este bio-poder que además nos precede. En consecuencia, constituirnos implica reproducirlo, pero de ningún modo se trata de un “determinismo” ya que no es posible la

4.1 - Sexopolítica

La sexopolítica es una de las formas dominantes de la acción biopolítica en el capitalismo contemporáneo
BP

BP introduce la categoría “sexopolítica” en el artículo “Multitudes *queer*: notas para una política de los anormales” de 2003, donde piensa la posibilidad de un sujeto *queer* y para hacerlo recoge la propuesta de Toni Negri de la “multitud” como nuevo sujeto político. De este modo explicita su posición de continuidad y de crítica respecto de Foucault. Continuidad, en tanto BP comparte los supuestos del dispositivo de sexualidad que articula operaciones disciplinarias y biopolíticas. Crítica, porque considera que desde mediados del siglo XX ya no son tan eficaces los procedimientos disciplinarios, a la par que va a entender la biopolítica no sólo como regulación, sino también como producción de libertades. Por lo tanto, al proponer el término “sexopolítica” conserva y aúna de la propuesta foucaultiana los conceptos de biopolítica y de sexo, mientras que relega la noción de sociedad disciplinaria:

La noción de sexopolítica tiene en Foucault su punto de partida, cuestionando su concepción de la política según la cual el biopoder sólo produce disciplinas de normalización y determina formas de subjetivación. A partir de los análisis de Mauricio Lazzaratto que distingue el biopoder de la potencia de la vida, podemos comprender los cuerpos y las identidades de los anormales como potencias políticas y no simplemente como efectos de los discursos sobre el sexo. Esto significa que hay que añadir diversos capítulos a la historia de la sexualidad inaugurada por Foucault (Preciado, 2003a).

De esta manera, siempre con el hito primero en Foucault, sobre todo en el último período de su pensamiento, BP adscribe a la vertiente de la biopolítica contemporánea que busca activar sus posibilidades afirmativas¹³². Especialmente, se inscribe en las líneas post-marxistas de la biopolítica positiva, que apuestan por un nuevo sujeto político, en términos tanto de “multitud” (Negri) como de “monstruo” (Negri, Lazzaratto)¹³³. Estos autores asumen las intuiciones foucaultianas acerca de “los anormales” en función de producir a partir de este sujeto el cambio en la

réplica perfecta. Iremos explicando de qué diversas maneras es posible producir el desvío; es decir, transformar la reproducción.

¹³² Ver el inicio del Capítulo 2.

¹³³ Ver Capítulo 2, “2.4”.

gubernamentalidad. Es decir, si desde las pautas de normalización de las sociedades disciplinarias “los anormales” eran el resto relegado al margen indeseable de la sociedad, a partir de las internalizaciones flexibles del gobierno y el auto-gobierno en la sociedad de control, resulta factible una postura más activa por parte de quienes se subjetivan en la sujeción. De allí que, en lugar de víctimas del biopoder, los “anormales” pasen a ser “sujetos de acción política” o el lugar donde es esperable que tal acción suceda, a diferencia de cualquier otro. En términos de Lazzarato, el lugar del que puede surgir un acontecimiento (Lazzarato, 2000).

Ahora bien, esta posibilidad de cambio habilitada desde “los anormales” en tanto sujeto político implica también introducir un matiz diferencial respecto de la consideración de Foucault acerca de las identidades. Recordemos que especialmente cuando conceptualiza el dispositivo de sexualidad Foucault subraya que proponer políticas identitarias no desarma las operaciones del dispositivo sino que nos entrapa en ellas: “Contra el dispositivo de sexualidad, el punto de apoyo del contraataque no debe ser el sexo-deseo, sino los cuerpos y los placeres” (Foucault, 1998: 150). El sexo-deseo alude a la compulsión producida por el dispositivo de posicionarnos en una identidad, de allí que la apertura a “los cuerpos y los placeres” sea una invitación a inventar nuevas conductas, producir placeres no codificados. Es la línea que enfatiza Lazzarato como señalábamos en la genealogía biopolítica¹³⁴.

Contra esta desconfianza hacia las identidades, que también señaláramos en Agamben, BP apuesta por la afirmación de las “multitudes *queer*”. Esto manifiesta un momento en su trayectoria en que no abandona definitivamente la pretensión identitaria pero asume el desplazamiento hacia el punto de fuga de “lo *queer*”. Con punto de fuga nos referimos a la intención de huida de la identidad que mueve el término *queer*, como anticipáramos en la Introducción¹³⁵. Al aceptar la incorporación del término sin transliterarlo¹³⁶, se cuenta con las opciones de hacerlo jugar como adjetivo, sustantivo o incluso verbo¹³⁷. Cada una de ellas expresa la propensión a no fijar una identidad definitiva. De allí que al usar el vocablo para adjetivar a la multitud BP está aludiendo a un sujeto colectivo que basa su capacidad de acción en

¹³⁴ Ver Capítulo 2, “2.4.2”.

¹³⁵ Ver Introducción, “II.1.2”.

¹³⁶ Como por ejemplo en el fonema hispano *cuir*, ver Introducción, “II.1.3”.

¹³⁷ En el contexto de recepción español del término, Ricardo Llamas considera que estas ventajas lingüístico-gramaticales lo hacen preferible a cualquier traducción, ya que al buscar giros o términos de uso equivalente en lengua española, los mismos tienen una especificidad que mutila las resonancias abiertas por el vocablo estadounidense. Ver al respecto Llamas, Ricardo (1998) *Teoría torcida*. Madrid: Siglo XXI.

conductas de gubernamentalidad; es decir, en contra-conductas¹³⁸. Pero para comprender el valor de este sujeto político BP considera imprescindible evitar dos lecturas erróneas de Foucault.

Por un lado, la que convierte a las multitudes *queer* en una especie de reserva de transgresión al ver sus decisiones en una óptica de progreso (lineal, revolucionaria, unilateral). Antes bien, el marco socio-político propuesto por BP sintoniza con el carácter post-estructuralista de la postura foucaultiana; podríamos decir, un perspectivismo en lugar de una mirada total y progresiva. Como señaláramos en el capítulo 3, esto no conduce necesariamente a la inacción, pero hace imposible una perspectiva revolucionaria donde el cambio sea radical en lugar de provisorio y fragmentario.

Por otro lado, la lectura liberal o neoconservadora de Foucault que llevaría a concebir las multitudes *queer* como algo opuesto a las estrategias identitarias, tomando la multitud como una acumulación de individuos soberanos e iguales ante la ley, sexualmente irreductibles, propietarios de sus cuerpos y que reivindicarían su derecho inalienable al placer (Preciado, 2003a). Según BP esta concepción silencia los privilegios de la mayoría y de la normalidad (hetero)sexual, que no reconoce que es una identidad dominante.

Sobre esta segunda lectura nos interesan varias observaciones. En primer lugar, tal como indicábamos previamente, enfatizamos la tensión que implica lo *queer* respecto de la identidad. Si Foucault advertía sobre el peligro de confiar en la política identitaria como forma de resistencia, BP introduce el sentido inverso de no creer que un sujeto *queer* se reduzca a la oposición contra una estrategia identitaria.

En segundo lugar, la apuesta por las “multitudes *queer*” como sujeto político no implica un borramiento de las relaciones de poder donde todos sean individuos con posibilidades equivalentes, ya que tal supuesto resultaría una falacia contradictoria con los efectos de visibilidad que una politización *queer* pretende. En este sentido, encontramos que está presente la tensión entre diversidad y disidencia como posturas para pensar la condición política de identidades que buscan desandar la normalización. Nos referimos a la crítica sostenida contra la noción de “diversidad” como edulcoración de los conflictos entre las diversas identidades, correlato del

¹³⁸ Como vimos en el capítulo 2, las contra-conductas en Foucault son indicios de resistencia. Dicho de otro modo, son ejercicios positivos de poder que transforman una relación de sujeción en un proceso de subjetivación. Esta idea está explícitamente presente en el título del primer libro de BP: *Manifiesto “contra-sexual”* (el entrecomillado es mío). Ver Capítulo 2, “2.1.2.2”.

borramiento de una producción de hegemonía identitaria. valeria flores¹³⁹, activista argentina, lo expresa con lucidez:

Los conceptos que, desde una política liberal, se ponen en juego en el escenario político como *diversidad sexual* y/o *minorías sexuales* ocultan que las identidades sexuales y de género son los efectos de una norma que establece los modos adecuados y legítimos de vivir los cuerpos, los placeres y afectos. Tanto *diversidad* como *minorías* (que habitualmente no es una referencia deleuziana, a partir de la cual se considera a la minoría como índice revolucionario) suelen despolitizar los procesos de normalización de los cuerpos que se efectúan a través de las tecnologías del género (flores, 2008).

Contra la despolitización invisibilizante de la problemática de poder que subtiende las producciones identitarias, valeria flores, en sintonía con un activismo *queer* que remite a Estados Unidos (Plummer, 2012) prefiere la expresión “disidencia sexual”:

Al nombrarnos disidentes sexuales se destaca la existencia de una norma de la cual nos desplazamos o alejamos. (...) [porque] La heteronormatividad, (...) está encarnada en las legislaciones que establecen las condiciones para ejercer la titularidad de derechos en las democracias liberales, implícita en las formulaciones legales y políticas dominantes (*Ibíd*).

Sostenemos entonces que el sujeto “multitudes *queer*” habilitaría el desplazamiento desde la diversidad hacia la disidencia, más allá de que BP no mantiene de modo consistente su intención de evitar el segundo error, ya que en el mismo texto utiliza la expresión “minorías sexuales” más de una vez, para establecer en determinado momento: “Las minorías sexuales se convierten en multitudes. El monstruo sexual que tiene por nombre multitud se vuelve *queer*” (Preciado, 2003a). Entendemos que la manera de evitar caer en el neoliberalismo pasa por interpretar las multitudes *queer* en la lectura de la disidencia, explicitándola, más allá del texto de BP.

Finalmente, en tercer lugar, la normalidad de la cual las multitudes *queer* resultan disidentes, no es sólo heteronormativa, sino también cisexista¹⁴⁰. Esto

¹³⁹ Recuerdo que las minúsculas son *ex profeso*, ver Capítulo 1, n.67.

¹⁴⁰ “Cis quiere decir “de este lado”, mientras que *trans* significa “del otro lado”. Esta oposición distingue entre dos experiencias básicas de la encarnación del género: la de los hombres y las mujeres que viven en el sexo que les fuera asignado al nacer y la de los hombres y las mujeres que en algún momento de su vida cambiaron de sexo. Bajo este régimen semántico, la experiencia de hombres y mujeres cissexuales se equipara a la de hombres y

es, normaliza incluso las identidades de género, al presuponerlas dicotómicamente como varones o mujeres de modo excluyente. De esta manera se genera la invisibilización de identidades trans e intersexuales. Si bien en otros textos BP trabaja en pro de visibilizarlas, aquí la normalización parecería reducirse al sentido heterosexual consonante con los efectos del dispositivo de sexualidad. El matiz se encuentra presente también en el texto citado de Valeria Flores, pero en su caso el objetivo es visibilizar la identidad lésbica como una disidencia de la heteronormatividad a través de la asunción estratégica de la categoría “potencia tortillera”.

Por lo tanto la noción de sexopolítica en cierto modo integra y supera la separación foucaultiana entre anatomopolítica y biopolítica. Al hacerlo, establece una precisión conceptual respecto del modo en que BP expresaba estos matices en su primer libro, *Manifiesto Contra-sexual*, donde consideraba al sexo como una tecnología biopolítica (Preciado, 2002: 22), mientras que aquí afirma: “La sexopolítica no puede reducirse a la regulación de las condiciones de reproducción de la vida, ni a los procesos biológicos que “concernen a la población”.” (Preciado, 2003a).

Pero al ampliar las intuiciones de Foucault y proponer la categoría de sexopolítica BP agrega que el sexo es el correlato del capital (*Ibíd*) con lo que la producción de sujetos entra en conexión con la producción económica: “Capitalismo sexual y sexo del capitalismo. El sexo del ser vivo se convierte en un objeto central de la política y de la gobernabilidad. (...) El “post-moneísmo”¹⁴¹ es al sexo lo que el post-fordismo al capital” (*Ibíd*). Estas afirmaciones articulan un paralelismo entre producción de corporalidades y producción de capital, que BP conceptualiza bajo la categoría “Imperio Sexual”.

En este sentido, las nociones de Negri y de Lazzarato resultan un buen soporte para vincular capitalismo, identidades y sexualidades, a través de la imagen del Imperio Sexual: “Esta multiplicidad de los anormales es la potencia que el Imperio Sexual intenta regular, controlar, normalizar” (*Ibíd*). De esta manera, BP inscribe también su mirada en la genealogía que cruza políticas feministas con políticas de izquierda.

mujeres transexuales: ambas son experiencias marcadas, susceptibles de ser narradas por otro u otra que las distingue de las propias sin otorgarle, al mismo tiempo, superioridad discursiva alguna” (*Cissexual*, 2009). A partir de esta clarificación conceptual, el efecto “cissexista” se produce cuando se considera que la única experiencia marcada es la de las existencias *trans* o *intersex*. Se ampliará más adelante.

¹⁴¹ “Post-moneísmo” es el nombre que BP da a la producción de cuerpos a partir de mediados del siglo XX; en este sentido, resulta la episteme del nuevo régimen de poder que conceptualiza. Tomaremos su análisis cuando nos dediquemos a la posición de BP en la genealogía del género (capítulo 5).

Resuena aquí el debate nunca agotado sobre cuál es la opresión primera: ¿el sexo o la clase? Interrogante al que los feminismos radicales respondieron buscando una doble revolución. Pero en esta propuesta ambas vertientes (feminismos e izquierdas) se encuentran desde una perspectiva post-estructuralista, desencantada de la pretensión revolucionaria, pero comprometida con la producción de cambios sociales. Desencanto que implica también una desconstrucción de los conceptos de sexo y de clase que aparecen resignificados en las genealogías que evoca el texto. Por eso BP propone articular feminismos e izquierdas en la noción de Imperio Sexual; es decir, en una mirada que visualice las producciones socio-económico-subjetivas y posibilite percibir innovaciones en dicho plano.

4.2 - Imperio Sexual

Para articular las operaciones que producen capital de modo contemporáneo con las que producen subjetividades en el mismo contexto, BP propone la noción de Imperio Sexual a la que en *Testo Yonqui* presenta de la siguiente manera:

Podríamos denominar «Imperio sexual» (sexualizando la casta expresión de Hardt y Negri) a este sistema de construcción biopolítica que toma como centro somático de invención y control de la subjetividad el «sexo» del individuo moderno. La sexopolítica disciplinaria occidental de finales del siglo XIX y buena parte del XX no puede reducirse a una regulación de las condiciones de reproducción de la vida, ni a los procesos biológicos que «concernen la población». El cuerpo heterosexual, uno de los artefactos con más éxito gubernamental de la sexopolítica decimonónica, es el producto de una división del trabajo de la carne según la cual cada órgano se define con respecto a su función, tanto reproductora como productora de masculinidad o feminidad, de normalidad o de perversión. Una sexualidad implica una territorialización precisa de la boca, de la vagina, de la mano, del pene, del ano, de la piel (Preciado, 2008a: 59).

En cierto sentido vemos aquí el desarrollo de las implicancias del dispositivo de sexualidad foucaultiano cuyo efecto es producir subjetividades aptas para las necesidades del capitalismo. Ahora bien, vimos que Deleuze y posteriormente Negri ajustan las conceptualizaciones de lo social para comprender que su forma principal ya no es disciplinaria sino de control. En el mismo sentido, BP hace lo propio al explicitar que la dimensión del biopoder preponderante en la segunda mitad del siglo

XX es la sexopolítica que, no sólo produce normalidad sexual, sino diseños corporales que la sostienen naturalizando una dicotomía jerárquica entre los sexos masculino y femenino¹⁴². De esta manera, los nuevos diseños corporales consonantes con subjetividades más flexibles que las disciplinarias, resultan funcionales a un capitalismo post-fordista:

La mutación del capitalismo a la que vamos a asistir se caracterizará no solo por la transformación del sexo en objeto de gestión política de la vida (como ya había intuido Foucault en su descripción «biopolítica» de los nuevos sistemas de control social), sino porque esta gestión se llevará a cabo a través de las nuevas dinámicas del tecnocapitalismo avanzado (*Ibíd*: 26-27).

Tanto Hardt y Negri como Lazzarato conciben al capitalismo post-fordista basado en la producción ya no de objetos industriales sino de conocimiento. Por eso introducen la idea de “trabajo inmaterial” para referir a la producción cognitiva diferenciándola de la producción de objetos. Específicamente Hardt y Negri lo llaman también “trabajo biopolítico” para subrayar la relación entre la producción inmaterial y el cuerpo. Se trata de una producción que combina la generación de símbolos, de lenguaje, de información, de afectos (*Ibíd*: 34). Desde la perspectiva de Negri el desarrollo económico implica la recuperación en las propias manos de la construcción de condiciones colectivas de control de la cooperación productiva que contemporáneamente resulta inmaterial. En este contexto la voluntad de cambio se articula desde la base social antes que desde las formas del Estado (Negri, 1999: 17). Si tenemos en cuenta la línea de todos los autores mencionados podemos afirmar que el nivel de desarrollo capitalista consiste en el grado de cooperación social productiva, que para el caso de la producción cognitiva, conlleva una cooperación de cerebros, una solidaridad en el ámbito de las tareas intelectuales. Por eso para Negri el núcleo de las transformaciones sociales del siglo XXI está en el trabajo abstracto e intelectual. En consecuencia las/los estudiantes, las/los científicas/os, las/los obreras/os ligados a las tecnologías de vanguardia, las/los intelectuales, son las/los nuevas/os productoras/es que conformarían el “monstruo biopolítico”: “Un productor social, dueño de los propios medios productivos y capaz

¹⁴² Este modo de producción de corporalidades se explicará en el siguiente capítulo donde se retomará especialmente la cuestión de la “territorialización” del cuerpo.

de expresar, conjuntamente, trabajo y proyecto intelectual, actividad innovadora y socialización cooperativa” (*Ibíd*: 18).

Estas características son las que dan lugar en el siglo XXI a la postulación de la multitud como nuevo sujeto político en el marco del Imperio, lo que permite entender la relación entre producción social y biopoder en autores marxistas italianos contemporáneos, quienes reconocen la dimensión biopolítica en términos de la nueva naturaleza del trabajo productivo y su desarrollo viviente en la sociedad, expresado como "intelectualidad de masas", "trabajo inmaterial", "*general intellect*".

Por lo tanto el desafío para el siglo XXI según estos autores pasa por acumular otro capital, el de una inteligencia colectiva de la libertad, capaz de dirigir las singularidades fuera del orden de homogeneización y de individualización del capitalismo. Se trata de sostener los procesos de emergencia y de amplificación de los proyectos de liberación, de una reconquista del control sobre el tiempo de la producción, que es lo esencial del tiempo de la vida. La producción de nuevas formas de subjetividad colectiva, capaces de gestionar según finalidades no capitalistas la revolución informática y de las comunicaciones, de la robótica y de la producción difusa, no remite en absoluto al terreno de la utopía. Se inscribe en la actual encrucijada de la historia como una de sus claves fundamentales (Negri, 1999: 41).

Tal como señala Pablo Iglesias Turrión “el marco interpretativo del capitalismo desde el que BP construye su investigación es claramente postobrerista. Y es sólo a partir de aquí cuando traza su hipótesis de un capitalismo caliente” (*Ibíd*: 9).

Justamente, BP cruza las consideraciones sobre el capitalismo contemporáneo con la producción de corporalidades y de subjetividades bajo el rótulo “Imperio Sexual”. Esto implica que cambia su conceptualización del trabajo respecto de los intelectuales italianos:

Ninguno se atreve a nombrar a la bestia: el núcleo del trabajo se ha vuelto sexual, espermático, masturbatorio, toxicológico; el trabajo debe producir el efecto de un chute si se espera de él un beneficio económico; en definitiva, se trata de un tipo de trabajo que más bien deberíamos llamar farmacopornopolítico que biopolítico (Preciado, 2008a: 197).

En este sentido, no comparte la perspectiva sobre el trabajo inmaterial, pues considera que la misma es limitada al no involucrar los aspectos corporales del

mismo; es decir, efectos que invaden los cuerpos y las subjetividades contribuyendo a su producción. Vemos además en la cita que BP tampoco considera suficiente llamar a este trabajo “biopolítico” y crea como alternativa el adjetivo “farmacopornopolítico”. Si bien lo analizaremos en detalle más adelante, aclaramos aquí que en nuestra lectura el plano de la biopolítica es sustituido por el de la sexopolítica. En consecuencia, el modo de producción “farmacopornopolítico” entendemos que es una dimensión del régimen de poder de la sexopolítica. En consonancia, consideramos que BP no es prolija/o en la producción de sus conceptos pues genera inconsistencias en el modo en que los usa, pero creemos que es posible establecer una hipótesis de lectura que brinde una interpretación consistente, aunque de ningún modo definitiva.

Entonces, el distanciamiento con el calificativo “inmaterial” del trabajo que implica la noción neo-marxista de Imperio lleva a la propuesta de la noción de Imperio Sexual que vendría a reparar las limitaciones del *general intellect* o producción intelectual:

Nombran apelando al «trabajo de la vida», las formas de producción que emanan del cuidado corporal, de la protección del otro y de la creación de relación humana, del trabajo «femenino» de la reproducción, de las relaciones de comunicación y del intercambio de saberes y afectos. Pero la mayoría de estos análisis se detienen en su descripción de esta nueva forma de producción cuando llegan a la cintura (*Ibíd*: 35).

Así BP da un paso más al arriesgar la hipótesis de que el carácter sexual del Imperio pasa por un tipo de cooperación corporal que no es meramente intelectual ya que requiere una energía de base somática:

¿Pero si fueran en realidad los cuerpos insaciables de la multitud, sus pollas y sus clítoris, sus anos, sus hormonas, sus sinapsis neurosexuales, si el deseo, la excitación, la sexualidad, la seducción y el placer de la multitud fueran los motores de creación de valor en la economía contemporánea, si la cooperación fuera una «cooperación masturbatoria» y no simplemente una cooperación de cerebros? (*Ibíd*).

Por ende, la noción de cooperación masturbatoria intenta establecer otra clave interpretativa del capitalismo post-fordista que se hace carne de un modo diferente a como subjetivaba el capitalismo fabril. El involucramiento diferencial de la subjetividad es tenido en cuenta por los neomarxistas italianos, pero desde la

perspectiva inmaterial que visualiza la ampliación de la cooperación productiva con la inclusión de producción y reproducción de la comunicación.

BP en cambio subraya la dimensión corporal de esta modificación a nivel de la producción subjetiva. En busca de ello, el concepto de “cooperación masturbatoria” va haciendo más explícito el matiz sexual del imperio. Para los postobreristas la economía política de los siglos XIX y XX se caracterizaba por el trabajo industrial, no porque éste fuera cuantitativamente relevante, sino porque todo otro trabajo se modelizaba según una posible industrialización. En analogía, BP considera que el período contemporáneo de la economía política, se caracteriza por la producción sexopolítica, pues cualquier otra forma de producción, aspira a “una producción molecular intensificada del deseo corporal semejante a la narcoticosexual” (Preciado, *Ibíd.*: 37).

Coincidimos con Pablo Iglesias Turrión en que “solo partiendo de esta sintonía analítica de Preciado con los marxistas autonomistas, sus críticas y su propuesta de investigación adquieren todo el interés y se revelan como una de las aportaciones al análisis del capitalismo y sus formas de condicionar la subjetivación política más interesantes, brillantes y sugerentes de los últimos años” (Iglesias, 2009: 9).

En función de explicitar las brillantes sugerencias de su análisis, nos interesa explorar los sentidos de la “cooperación masturbatoria”. Esta tarea implica caracterizar el aspecto “porno” del nuevo régimen de poder que lleva a re-significar la noción de trabajo en un giro sexual que los postobreristas no tenían en cuenta.

4.3 - General Sex

La provocadora idea de una “cooperación masturbatoria” como motor de la creación de valor en el capitalismo post-fordista va de la mano de otra hipótesis general e innovadora por parte de BP. Se trata de la consideración de que antes que un proceso de feminización del trabajo, contemporáneamente lo que se da es un proceso de pornificación del mismo; es decir, “el sexo y todos sus derivados semiótico-técnicos son hoy el principal recurso del capitalismo postfordista” (Preciado, 2008a: 37). Entonces, lo que para los postobreristas es trabajo inmaterial o biopolítico, para BP es trabajo sexual, de allí la posibilidad de sustituir *general intellect* por *general sex*. De esta manera, el tipo de capitalismo post-fordista puede considerarse “porno”, por asentarse en el “sexo”, pero además, por hacerlo bajo la

modalidad de la explotación. Veamos las significaciones que BP encadena a partir de esta consideración.

Es una mirada que hace visibles los valores porno del capitalismo contemporáneo a partir de una analogía con el planteo marxista en el que para cada momento histórico un tipo de trabajo y de trabajador define la forma de producción económica específica, respecto de lo que BP afirma: “Curiosamente, este trabajo y este trabajador aparece retrospectivamente como el más precario, aquel cuyas condiciones de trabajo son más severas” (*Ibíd*: 193-194). En el postfordismo esos papeles lo juegan el trabajo sexual y la puta o el/la actor/triz porno, las/los emigrantes indeseables, del mismo modo que en el fordismo se trató de los/las trabajadores/as fabriles.

En consecuencia, este análisis permite considerar que una de las dimensiones del poder en el Imperio Sexual es porno, lo que lleva a visualizar un régimen de pornopoder donde hay múltiples modos de producción y de sujeción del cuerpo que generan diversidad de trabajadoras/es ultrapaupeizados. A las/los enumeradas/o se puede agregar, sin lograr exhaustividad, pequeñas/os traficantes, prisioneras/os, cuerpos dedicados al trabajo doméstico y de cuidado corporal, niñas/os, cuerpos de ensayo clínico y agroalimentario, que incluyen además a otros animales (*Ibíd*).

Todo un grupo de trabajadoras/es que se encuentran tanto en el umbral de la ciudadanía como en el umbral de lo humano. Son, en consecuencia, trabajadoras/es “biopolíticos” si recordamos las tensiones que implica este concepto entre vida, humanidad y ciudadanía según la genealogía desarrollada del concepto “biopolítica”. Desde una perspectiva negativa, como fuertemente es la de Agamben, esta situación conlleva la peligrosa amenaza de la *nuda vida* como estado irreversible de una existencia que pierde su significancia política. Mientras que desde una perspectiva positiva, especialmente en la consideración de Negri y de Lazzarato, estas serían las condiciones del “monstruo biopolítico” con potencia de rebelión.

En función de subrayar la situación global contemporánea de explotación en la forma actual del trabajo y en la configuración de sus correspondientes trabajadoras/es, BP prefiere hablar de una “pornificación del trabajo” que lleva a rechazar la perspectiva económica sostenida por muchas/os feministas -como por otros teóricos- de una “feminización del trabajo”.

Así, a inicios del siglo XXI, la académica feminista Claudia Mazzei Nogueira (2006), analiza que en la última década del siglo XX, hay un proceso similar en Europa y

América Latina de feminización del trabajo. La cientista social evalúa esta evidencia histórica como positiva y negativa a la vez. El matiz positivo se debe a que la incorporación creciente de mujeres al trabajo productivo permite avanzar en su proceso de emancipación y de ese modo minimizar las formas de dominación patriarcal en el ámbito doméstico. Pero al mismo tiempo, encuentra un matiz negativo en dicho proceso porque agrava la precarización de las mujeres trabajadoras:

Ese lado negativo, a su vez, es consecuencia de la forma por la cual el capital incorpora el trabajo femenino, cuyas características como la polivalencia y la multiactividad, son derivadas de sus actividades en el espacio reproductivo, lo que las torna más apropiadas para las nuevas formas de explotación por el capital productivo. Se trata por tanto de un movimiento contradictorio, dado que la emancipación parcial, una consecuencia del ingreso del trabajo femenino en el universo productivo, es alterada de modo significativo, por una feminización del trabajo que implica simultáneamente una precarización social y un mayor grado de explotación del trabajo (Mazzei, 2006: 6).

De esta manera el capitalismo establece una relación aparentemente “armónica” entre precarización y mujeres, creando formas diferenciadas de extracción de trabajo excedente. Justamente la incorporación de trabajo femenino se hace en estratos industriales y de servicios, precarizados e informales, bajo régimen *part-time*, temporario, que preserva la brecha existente dentro de la clase trabajadora, entre varones y mujeres.

Ahora bien, en esta perspectiva feminista se consideran todavía vigentes las nociones de “clase trabajadora” y de “trabajo productivo” propias del fordismo. Para los postobreristas la noción de “multitud” resulta crítica y sustitutiva de “proletariado” o “clase trabajadora”, así como la de “trabajo inmaterial” es alternativa de trabajo “productivo”. Estas alternativas tienen sentido en la medida en que se comprenda que la modalidad de trabajo post-fordista no se rige por una separación nítida entre espacio público y privado, ni por una división sexual del trabajo estricta, lo que impacta necesariamente en la noción de ciudadanía y de trabajador.

Si en este contexto la riqueza potencial viene del tiempo excedente del no-trabajo; es decir, de la precariedad, del desempleo estructural, de la flexibilidad extrema, de los mecanismos de control, la fuerza de trabajo se ha convertido en base miserable.

La perspectiva feminista mencionada visualiza la condición femenina de tal base. Negri en particular, como hemos analizado, la plantea en términos de multitud, lo que le permite establecer una mirada afirmativa sobre esa base, ya que alude al conjunto de fuerzas productivas y creativas que la constituyen. Este principio de creatividad es la posibilidad de la multitud de dirigir las tecnologías y la producción hacia el propio júbilo y el aumento del propio poder.

En el cruce entre el señalamiento feminista y el postobrerista, BP se detiene en las características miserables de la fuerza de trabajo contemporánea para atisbar qué corporalidades emergen en la subjetivación de la multitud. Esta develación hace que resulte preferible el término pornificación a feminización, así como *general sex* *general intellect*.

La expresión “feminización del trabajo” resulta equívoca para BP pues presupone el alineamiento coherente entre “femenino” y “mujeres” aceptando acríticamente los valores y los espacios del heterosexismo. Pero además, porque opaca la complejidad de los grados de miseria de la fuerza de trabajo, vinculados a situaciones que exceden la condición de mujer:

parece más eficaz afirmar que el contenido y las condiciones del trabajo hoy son la extensión del trabajo toxicosexual o farmacopornográfico realizado por cuerpos que aparecen a menudo marcados como “femeninos” (independientemente de su género) y que se ven hoy violentamente “racializados” y pauperizados. El carácter común de estos cuerpos no es tanto ser cuerpos de bio-mujeres, sino aparecer como cuerpos penetrables, cuerpos que suscitan eyaculación al menor precio posible (Preciado, 2008a: 199).

Entonces se infiere que la “cooperación masturbatoria” implica la colectivización de un trabajo que tiene características sexuales en cuanto a procedimientos de excitación y de consumación de la energía corporal, de allí que en consecuencia, BP utilice la expresión “fuerza orgásmica” en lugar de “fuerza de trabajo”. En su perspectiva, la multitud como nuevo sujeto del capitalismo produce colectivamente un trabajo sexual, dadas sus características de flexibilidad, disponibilidad total, adaptabilidad, vulnerabilidad, improvisación, precariedad, venta de servicios corporales a bajo precio, devaluación social del cuerpo que lo realiza, exclusión del ámbito de la ciudadanía (Lazzarato, 2006: 206-212). En consecuencia, la dimensión orgásmica-pulsional del trabajo, antes reservada exclusivamente al “trabajo sexual”

de las “putas” (fueran éstas hombres o mujeres), ahora caracteriza a todo el trabajo postfordista, en tanto transformación en plusvalía del contacto de los cuerpos (virtual o real).

4.4 - Trabajo Sexual

BP no se detiene a hacer demasiadas aclaraciones, amparada en el carácter ensayístico de su escritura. Sin embargo es necesario que aquí nos detengamos a hacer algunas precisiones ya que la consideración del “trabajo sexual” lo requiere al tocar una fibra sensible de las militancias feministas como es la perspectiva de la prostitución como institución patriarcal. Esta mirada rige las corrientes que militan contra la prostitución, principalmente con un enfoque abolicionista, al considerar que es violencia hacia las mujeres, explotación sexual y por lo tanto, no resulta admisible su existencia en una sociedad democrática sin que contradiga sus bases. Estas militancias comparten la misma mirada hacia la pornografía en tanto productora de violencia y propiciadora de una cultura de la violación. Pero en este sentido, quienes critican la pornografía y promueven su censura, consideran la sexualidad como necesariamente heterosexual y violenta¹⁴³. En consecuencia, generan una postura sobre el cuerpo y el sexo que asume la mirada patriarcal androcéntrica que se busca combatir instalando actitudes conservadoras al respecto. Es decir, entienden que la causa de la explotación sexual está en el propio sexo y no en una perspectiva que lo produce como heterosexual, excluyente y violento. En este sentido anunciábamos en el capítulo 1 que esta corriente tiene matices “anti-sexo”. Esto implica también el enjuiciamiento negativo de dos clases de grupos: por un lado, las putas, ya que al estar vinculadas con lo sexual quedan contaminadas del propio matiz negativo del sexo, aun cuando ese lugar se considere que no ha sido elegido; por otro lado, los grupos que celebran la sexualidad o exploran alternativas no heterosexuales ni coitocéntricas, considerados “pro-sexo”.

Si bien la noción de “trabajo sexual” es mayormente aceptada por los grupos pro-sexo, de ningún modo puede considerarse una perspectiva unívoca ya que en la mayoría de los países hay fuertes debates entre abolicionismo, regulacionismo y

¹⁴³ Se trata de la perspectiva “anti-sexo” que definíamos en la Introducción en relación a la segunda ola feminista como antagónica de la corriente “pro-sexo”. Ver Introducción, “II”.

alegalidad¹⁴⁴ de la prostitución. En principio, aceptar la categoría propuesta por BP presupone haber distinguido entre prostitución forzada y otra que no lo es, pudiendo entonces pensarse como trabajo¹⁴⁵. El planteo de BP acepta así dos asunciones: la legitimidad del trabajo sexual y una perspectiva afirmativa y celebratoria sobre el sexo que permite la búsqueda de modalidades no heterocentradas ni coitocéntricas. En principio la confrontación anti-sexo / pro-sexo da cuenta de las militancias feministas de los 80 en el contexto estadounidense de Norteamérica. Sin embargo la consideramos apropiada para comprender el contexto español en relación a las conceptualizaciones de BP, en cuanto desde la década del 90 en el siglo XX comienza a configurarse allí el “(trans)feminismo” con luchas que ya no son exclusivamente económicas o por el reconocimiento, sino que incorporan toda una economía subjetiva y simbólica. En el marco de las nuevas dimensiones simbólicas valorizadas, primará una perspectiva “pro-sexo” manifiesta en el debate de nuevas temáticas, como la construcción de la subjetividad y de la corporalidad, la pornografía y el trabajo sexual, la patologización de la transexualidad, la crítica al feminismo de estado y a los procesos de institucionalización del movimiento LGTB, la okupación, las luchas contra el sida, las resistencias transmigrantes, la precarización de la vida, la feminización de la pobreza (Solá, 2013: 21).

De este modo, en España el (trans)feminismo se configura como corriente en el presente siglo para actualizar temáticas clásicas de los feminismos a las que resignifica¹⁴⁶; particularmente en búsqueda de construcciones afirmativas sobre el

¹⁴⁴ Acerca del ejercicio de la prostitución se han planteado cuatro posturas. Una de ellas es la prohibicionista, donde la prostituta es considerada una delincuente y la prostitución debe ser reprimida penalmente porque implica una ofensa a la moral y las buenas costumbres. Otra postura, llamada reglamentarista, sostiene que el Estado debe asumir el control de la actividad sin que esto implique su reconocimiento como trabajadoras sexuales. Sería el caso de la implementación de zonas rojas. Una postura contradictoria, ya que es reglamentarista para una zona determinada de una ciudad pero prohibicionista, pues en el resto de esa misma urbe no se puede ejercer la prostitución. La postura más difundida es la abolicionista, a la que Argentina adhiere desde el marco normativo nacional pero que entra en contradicción con las normas prohibicionistas de los códigos contravencionales municipales que suelen penalizar la oferta sexual. Para la postura abolicionista, la prostitución no puede ser tomada como un trabajo sino como una situación penosa de la que se debe sacar a esa mujer que es víctima. La mirada legalista, por su parte, plantea que el ejercicio de la prostitución debe ser encuadrado dentro de las relaciones laborales clásicas para reclamar por sus derechos en tanto trabajadoras.

¹⁴⁵ En la perspectiva que considera toda prostitución como explotación sexual no cabe la posibilidad de establecer este matiz y en consecuencia, la de concebir la prostitución como un trabajo. Tanto en España como en Argentina ha habido y sigue habiendo en las militancias feministas fuertes controversias sobre esta temática. En ambos casos los Estados son abolicionistas pero existen grupos de mujeres que ejercen la prostitución y se han empoderado en su identidad generando sindicatos. Sin embargo, otros grupos rechazan la noción de trabajo y tematizan la “situación de prostitución”. Para el caso argentino resulta muy estimulante el debate compilado en Berkins y Korol (2007). A pesar de estas divergencias, los grupos coinciden en luchar contra el calificativo “puta” como estigma.

¹⁴⁶ Miriam Solá reseña que el término se utilizó por primera vez en las Jornadas Feministas Estatales del año 2000 en Córdoba pero que en 2009, también en el marco de dichas Jornadas, se produjo la inflexión que permite articular visiblemente a esta corriente feminista a partir del *Manifiesto para la insurrección feminista* cuyo lema es “el feminismo será transfeminista o no será” (Solá, 2013: 19-22).

sexo que no estigmaticen a las/los precarizadas/os y racializadas/os sino que además propicien el empoderamiento. Irrumpe así la mirada feminista de las putas que afirman su identidad con orgullo, las/los trabajadoras/es del sexo (que abarca tanto a quienes se posicionan como protagonistas -y no como víctimas- en la práctica de la prostitución -mujeres y varones de diferentes sexualidades- como a quienes se relacionan de igual modo con la industria pornográfica), las/los precarizadas/os sin papeles, las identidades trans y travestis...

Estas observaciones nos permiten entender que al proponer la noción de “trabajo sexual” como característica de la multitud en el post-fordismo, BP no se adentra en la polémica pro/anti-sexo, sino que da por sentado que la prostitución puede conceptualizarse como trabajo en una perspectiva de claro enfoque (trans)feminista. Pero esta perspectiva implica además¹⁴⁷, por fuera de la asociación entre “trabajo sexual” y “prostitución”, que todo trabajo es una actividad humana primordialmente vinculada al cuerpo-sexual, al sexo como corporalidad en el sentido de un “trabajo del cuerpo que es sexual”. Se trata entonces de una mirada faltante en los teóricos del capitalismo contemporáneo. Por eso podemos decir que con esta perspectiva BP resignifica también la noción marxista de “división sexual del trabajo” y de “trabajo reproductivo”¹⁴⁸. Pues dichos conceptos resultan equívocos al suponer una heterosexualidad natural asentada en bio-mujeres y en bio-hombres¹⁴⁹, ocultando el carácter de técnica política de toda sexualidad; así como un trabajo de reproducción (gestación y mantenimiento de la especie) basado sólo en bio-mujeres. Pero en realidad lo falazmente considerado “reproductivo”¹⁵⁰ depende de cuerpos con úteros gestables cuyos ciclos de vida, por otra parte, no los disponen todo el tiempo a la gestación. Estas consideraciones contribuyen a profundizar el cuestionamiento de la categoría de “feminización” para caracterizar el trabajo contemporáneo. En cambio, si reconocemos el componente sexual de la producción post-fordista que abarca tanto lo considerado “reproductivo” como la creación de subjetividades, afectos,

¹⁴⁷ Agradezco especialmente a la Lic. Mónica D’Uva (UBA) por este señalamiento y las conversaciones clarificadoras que contribuyeron al armado de este capítulo.

¹⁴⁸ BP pasa por alto aquí las resignificaciones y críticas que se han hecho en la historia del feminismo a esos conceptos, para concentrarse en su reconstrucción según el proceso de pornificación.

¹⁴⁹ Estos conceptos quedarán más claros cuando trabajemos la producción de cuerpos en la sexopolítica y comprendamos la diferencia entre tecno- y bio- identidades. Por el momento adelantamos que un “tecno-varón” es un hombre que se manifiesta con tal identidad desde que fue asignado así al nacer considerando tal identidad, entonces, “natural”.

¹⁵⁰ Dicho vocablo invisibiliza el carácter único e irrepetible de cada ser humano y por lo tanto la condición de “acontecimiento” que implica el nacimiento de un nuevo sujeto así como la tarea creativa que conllevan su crianza y su formación.

símbolos, información, objetos, etc; el correlato de la figura de la multitud ya no es la “fuerza de trabajo” sino la “fuerza orgásmica” o *potentia gaudendi*.

4.5 - *Potentia gaudendi*

Tanto el marxismo clásico, como los marxistas contemporáneos, a la hora de caracterizar un aspecto del trabajo que sería inmaterial, se “olvidan” de los servicios sexuales. Para Marx, hay una producción improductiva, en la que el producto es inseparable del acto de producir, pero en los ejemplos no incluye el trabajo sexual y tampoco lo hacen sus seguidores contemporáneos. Sin embargo, el trabajo sexual encaja perfectamente como caso de trabajo improductivo, en el que se reciben servicios corporales sin inversión de capital. Marx consideraba que este tipo de trabajos necesitaba un espacio público y dependía de una estructura de cooperación intelectual. Lo que nos sugiere BP es que el trabajo sexual cumple estas características, si tenemos en cuenta que en lugar de cooperación intelectual requiere de *cooperación masturbatoria*; es decir, cooperación para la eficacia del trabajo sexual. BP traduce esta idea en la meta de conducir la excitación a un nivel de satisfacción. En este sentido, el trabajo sexual tiene por fuente no una “fuerza de trabajo” sino una “fuerza orgásmica” que regula la excitación. Para caracterizarla BP propone el concepto de *potentia gaudendi*:

Se trata de la potencia (actual o virtual) de excitación (total) de un cuerpo. Esta potencia es una capacidad indeterminada, no tiene género, no es ni femenina ni masculina, ni humana ni animal, ni animada ni inanimada, no se dirige primariamente a lo femenino ni a lo masculino, no conoce la diferencia entre heterosexualidad y homosexualidad, no diferencia entre ser excitado, excitar o excitarse-con. No privilegia un órgano sobre otro: el pene no posee más fuerza orgásmica que la vagina, el ojo o el dedo de un pie. La fuerza orgásmica es la suma de la potencialidad de excitación inherente a cada molécula viva. La fuerza orgásmica no busca su resolución inmediata, sino que aspira a extenderse en el espacio y en el tiempo, a todo y a todos, en todo lugar y en todo momento. Es fuerza que transforma el mundo en placer-con. La fuerza orgásmica reúne al mismo tiempo todas las fuerzas somáticas y psíquicas, pone en juego todos los recursos bioquímicos y todas las estructuras del alma (Preciado, 2008a: 38).

En esta definición BP asume supuestos metafísicos que no fundamenta. Se trata de un pasaje que no condice con el tono del resto de sus escritos donde se pretende fuertemente post-estructuralista en el sentido de no partir de compromisos ontológicos y considerar que cualquier aspecto pre-discursivo de las descripciones sería solo un efecto de sentido. En este punto entonces se distancia claramente de sus antecedentes foucaultianos y butlerianos. En cambio asume la perspectiva metafísica de Deleuze en su interpretación de Spinoza (Preciado, 2008a: 38). De esta manera se inscribe en un elemento que configura la modalidad de su biopolítica positiva, afirmativa de la vida, en el sentido de la inmanencia que considera Deleuze en su último artículo (Deleuze, 2007). Cuando Deleuze analiza la obra de Spinoza lo expresa de este modo:

Una vez más, se trata de la pregunta «¿qué puede un cuerpo?». ¿Qué puedes en virtud de tu potencia? Es muy diferente de la pregunta moral: ¿qué debes en virtud de tu esencia? He aquí entonces que la potencia constituye la escala cuantitativa de los seres. Es la cantidad de potencia lo que distingue un existente de otro. Spinoza dice muy a menudo que la esencia es la potencia. [...] Es sobre este punto que Nietzsche es spinozista. Sin duda. Ellos [Spinoza y Nietzsche] dirán que el único poder es finalmente la potencia; aumentar la potencia y precisamente componer relaciones tales que la cosa y yo, que componemos las relaciones, ya no seamos más que dos sub-individualidades de un nuevo individuo, de un nuevo individuo formidable (Deleuze, 2005: 40 y 88).

Insistimos en que BP no traza las conexiones entre su inspiración en Deleuze y su propuesta conceptual de la *potentia gaudendi* pero estas pocas líneas pueden orientarnos para comprender que se trata de una potencia de la alegría en tanto provoca un aumento de las fuerzas para actuar. Ahora bien, Deleuze distingue además entre alegría-pasión y alegría-acción: “El afecto es pasión o pasivo en tanto que es provocado por algo distinto a mí. Cuando soy yo quien me afecto, el afecto es una acción” (*Ibíd*: 94). Consideramos que estos matices permiten relacionar los aspectos de sujeción y subjetivación en la línea de Foucault, así como los de explotación y producción de subjetividad en la multitud según Negri.

Por lo tanto esta potencia es eminentemente vital, con resonancias de la libido freudiana (Freud, 2013) y de la perspectiva metafísica de Roberto Esposito quien llega a considerar que las formas políticas dan expresión “a un reclamo proveniente de lo recóndito de la vida, mediante la elaboración de una serie de relatos capaces

de responderle de maneras cada vez más eficaces y sofisticadas” (Esposito, 2009: 88). Ese llamado vital que para Deleuze impulsa a la alegría y el gran desafío es mantener tal impulso, en BP aparece como capacidad para el placer que, al igual que la potencia para actuar, integra lo somático y lo psíquico. Nuevamente aquí los supuestos metafísicos no se explicitan y tenemos este pasaje desde una potencia del cuerpo a una que reúne también lo psíquico, sin aclarar si se trata de otra dimensión o de un aspecto del cuerpo mismo. De igual modo, las resonancias con la libido aparecen en la consideración de que es una fuerza que impulsa a nivel de la célula; es decir, en la dimensión de “lo vivo” (o lo viviente, ver Lazzarato, 2006). En su permanente aspiración al crecimiento se nota el matiz deleuziano de la alegría ya como pasión, ya como acción. Además, estos dos aspectos aparecen en la capacidad activa, pasiva y reflexiva de excitación, reiteramos: “no diferencia entre ser excitado, excitar o excitarse-con” (Preciado, 2008a: 38). El señalamiento de que la fuerza orgásmica o *potentia gaudendi* es indeterminada también puede relacionarse con la consideración de Esposito sobre el *munus*, el estado de indiferenciación a partir del cual el impulso inmunitario establecerá especificaciones de las que surgirá la propia distinción entre *nómos* y *bíos* así como las individualidades (Esposito, 2009, 2006, 2005).

En el corpus que estamos caracterizando BP se dedica a especificar la noción de *potentia gaudendi* sólo en unas pocas páginas de *Testo Yonqui* (Preciado, 2008a: 38-46) a pesar de que es la clave que permitiría darle una mirada articulada a sus conceptos, vinculando las dimensiones individuales con las globales, las subjetivas con las económicas, las personales con las colectivas. En este sentido entendemos que la *potentia gaudendi* es el motor vital de toda figura socio-política, basándonos en la afirmación de BP: “En el capitalismo farmacopornográfico, la fuerza de trabajo ha revelado su verdadero sustrato: fuerza orgásmica, *potentia gaudendi*” (*Ibíd*: 38).

Tomamos estas afirmaciones con carácter ontológico, en cuanto presuponen un “verdadero” modo de ser que además se “devela” contemporáneamente como el sustrato de lo que la modernidad llamó “trabajo” y que en la clave de BP es el sustrato de las formaciones económicas y socio-subjetivas. En consecuencia, es el motor de las formaciones vitales, cualquiera sea la figura que adquieran en la trama de la existencia, si nos atenemos a la definición citada en la página 199, con lo que se presenta como el punto de articulación para una explicación amplia y abarcadora

de las diferentes dimensiones de la producción social. Anabella Di Pego¹⁵¹ interpreta que de esta manera BP brinda un mega-relato del capitalismo contemporáneo que tiene la particularidad de permitirnos realizar una crítica de la sociedad como un todo; es decir, pone de manifiesto una matriz de funcionamiento con gran fuerza explicativa (Di Pego, 2011). Consideramos que este es el aspecto fuertemente seductor del concepto *potentia gaudendi*; sin embargo, como señala Pablo Iglesias Turrión, no creemos que sea una categoría autosuficiente para explicar todas las claves de la acumulación, la expansión y la organización geográfica capitalista en la era de la producción flexible, aunque sí describe una de sus tendencias fundamentales (Iglesias, 2009: 4).

Como base de la posibilidad de un relato que articule diferentes instancias, BP considera que la *potentia gaudendi* es el motor del capitalismo actual que lo que pone a trabajar es “la potencia de correrse como tal” (Preciado, 2008a: 38). Es decir, siguiendo al DRAE (2014), la capacidad de “eyacular o experimentar el orgasmo” que a su vez aparece como “culminación del placer sexual”. En la perspectiva de los hombres se trata de la capacidad de eyacular para la que no hay un término equiparable en femenino. Mientras que eyacular tiene también un sentido un poco más amplio porque puede utilizarse no sólo con enfoque sexual sino para dar cuenta de “lanzar con rapidez y fuerza el contenido de un órgano, cavidad o depósito” en general. Del mismo modo, “orgasmo” tiene una segunda acepción, que lo asimila a “eretismo” como “actividad muy intensa, y limitada en el tiempo, de un organismo o parte de él”. Donde la resonancia mayor de esta cadena de sentidos surge en torno a la vitalidad de un organismo, su capacidad de exhibir/expulsar un contenido, su potencia para producir.

BP la analoga a la interpretación de “fuerza de trabajo” que realiza Paolo Virno cuando clarifica que la fuerza de trabajo no es el trabajo realmente realizado sino la simple potencia de trabajar. En consecuencia, cualquier cuerpo “humano o animal, real o virtual, femenino o masculino posee esta potencia masturbatoria, potencia de hacer eyacular, *potentia gaudendi*, por tanto, potencia productora de capital fijo - puesto que participa en el proceso productivo sin consumirse en el proceso mismo-” (Ibíd: 41-42).

¹⁵¹ Ver la contextualización del Capítulo 1, “1.2.6”.

Pero cuando veníamos entendiendo a esta potencia como sustrato de toda figura viva y por ende de sus manifestaciones sociales, encontramos: “El cuerpo polisexual vivo es el sustrato de la fuerza orgásmica. Este cuerpo no se reduce a un cuerpo pre-discursivo, ni tiene sus límites en la envoltura carnal que la piel bordea. Esta vida no puede entenderse como un sustrato biológico fuera de los entramados de producción y cultivo propios de la tecnociencia” (*Ibíd*: 39). Para salir del círculo conceptual (la *potentia gaudendi* sustrato de los cuerpos sustrato de la *potentia gaudendi*) consideramos que la relación en *potentia gaudendi* y cuerpo es la de condición de posibilidad recíproca. Dicho de otro modo, sería en un sentido metafísico la primera distinción conceptual posible, pero que puede realizarse desde los efectos de su producción: si inteligimos un cuerpo es porque en el soma actuó la inscripción vital de la *potentia gaudendi*, pero ambas nociones, potencia y soma son distinguibles siempre a posteriori sin constituir a la vez un *a priori* pre-discursivo¹⁵². El relato de BP no es preciso, nuestra interpretación intenta mantener consistencia con la idea de producción tecnocientífica que BP toma de Donna Haraway:

Este cuerpo es una entidad tecnoviva multiconectada que incorpora tecnología. Ni organismo, ni máquina: tecnocuerpo. Dicho con la feminista americana Donna Haraway, el cuerpo del siglo XXI es una plataforma tecnoviva, el resultado de una implosión irreversible de sujeto y objeto, de lo natural y lo artificial. De ahí que la noción misma de «vida» resulte arcaica para identificar los actores de esta nueva tecnoecología. Por ello, Donna Haraway prefiere la noción de «tecnobiopoder» a la foucaultiana de «biopoder», puesto que ya no se trata de poder sobre la vida, de poder de gestionar y maximizar la vida, como quería Foucault, sino de poder y control sobre un todo tecnovivo conectado (*Ibíd*: 39-40).

Seguimos en torno a la cuestión del concepto “vida” que convoca la genealogía biopolítica y el problema de la inscripción de BP en ella. En este párrafo explicita un distanciamiento con la noción foucaultiana para enfatizar el carácter de producción tecnológica de lo vivo y, en tal sentido, la necesidad de abandonar un término como el de “vida” que remite a un aspecto biológico que propicia una mirada ingenua pre-discursiva. Por lo tanto, lo que para autores biopolíticos como Agamben y Negri resultaban dos caras de la misma moneda; es decir, de la producción de *bíos*, una

¹⁵² Para esta interpretación nos inspiramos en la lectura de Deleuze (2007) y Esposito (2009) acerca de las nociones de vida y *bíos*, respectivamente.

biopolítica que significa la vida con sentido humano y una tánatopolítica que opera en sentido inverso, queda en BP explicado a partir de la potencia de vida o *potentia gaudendi* cuando aclara:

En el circuito de tecnoproducción de excitación no hay ni cuerpos vivos ni cuerpos muertos, sino conectores presentes o ausentes, actuales o virtuales. Las imágenes, los virus, los programas informáticos, los internautas, las voces que responden a los teléfonos rosas, los fármacos, y los animales de laboratorio en los que estos son testados, los embriones congelados, las células madre, las moléculas de alcaloides activos... no presentan en la actual economía global un valor en tanto que «vivos» o «muertos», sino en tanto que integrables en una bioelectrónica de la excitación global o no. [...] En este sentido, todo cuerpo, incluso un cuerpo «muerto», puede suscitar fuerza orgásmica, y por tanto ser portador de potencia de producción de capital sexual. Esta fuerza que se deja convertir en capital no reside en el *bios*-, tal como se entiende desde Aristóteles hasta Darwin, sino en el *tecnoeros*, en el cuerpo tecnovivo encantado y su cibernética amorosa (*Ibíd*: 40).

La *potentia gaudendi* en su configuración contemporánea deviene *tecnoeros* donde se explicita la intuición que enunciáramos más arriba: la pulsión freudiana está presente y en el concepto que forja BP podemos arriesgar que *eros* conjuga también a *tánatos* cruzando ambas dimensiones de la política en el sentido *cyborg* de indiferenciación de los elementos en la que máquina, animal, humano están interconectados de igual modo que natural / artificial. Entonces en el *tecnoeros* en cuanto *potentia gaudendi* “el sexo, los órganos sexuales, el pensamiento, la atracción, se desplazan al centro de la gestión tecnopolítica en la medida en la que está en juego la posibilidad de sacarle provecho a la fuerza orgásmica” (*Ibíd*) y se abre “la posibilidad de hacer del sujeto una reserva interminable de corrida planetaria transformable en capital, en abstracción, en dígito” (*Ibíd*).

Si tenemos en cuenta las precisiones que fuimos introduciendo en nuestra interpretación, coincidimos con BP en que “la fuerza orgásmica es al mismo tiempo la más abstracta y la más material de todas las fuerzas de trabajo” (*Ibíd*: 39). En principio esto nos plantea el problema de articular la producción capitalista contemporánea que surge de una red biotecnológica con la producción de la multitud en tanto subjetividad política: ¿cuáles son los cuerpos de la multitud? Aquí BP nos advierte que “nos enfrentamos (...) a la más difícil de las situaciones políticas: el cuerpo no conoce su fuerza orgásmica hasta que no la pone a trabajar” (*Ibíd*: 41).

Por un lado, esto ratifica nuestra interpretación de la relación recíproca entre *potentia gaudendi* y cuerpo; por otro lado, acentúa el carácter de evento de tal potencia, en el sentido de que no puede considerársela un sustantivo y en consecuencia, no puede ser poseída ni conservada. Sin embargo, según BP, cuando conocimos su forma “fuerza de trabajo” en el capitalismo industrial fordista asistimos a su control disciplinario que aunaba la relación de dependencia capitalista/obrero y la relación de jerarquía entre los sexos varón/mujer. Es aquí que BP propone repensar esta relación en el marco post-fordista como vínculo resultante de la *potentia gaudendi* en cuanto fuerza orgásmica, por lo tanto traducido en “relación entre eyaculador y facilitador de eyaculación” (*Ibíd*).

Desde esta perspectiva BP ofrece una re-definición de lo femenino que:

lejos de ser una naturaleza, es la cualidad que cobra la fuerza orgásmica cuando puede ser convertida en mercancía, en objeto de intercambio económico, es decir, en trabajo. Evidentemente un cuerpo masculino puede ocupar (y, de hecho, ocupa ya) en el mercado de trabajo sexual una posición de género femenina, es decir, puede ver su potencia orgásmica reducida a capacidad de trabajo (*Ibíd*).

Es interesante la desnaturalización que esta definición promueve tanto de lo femenino como de lo masculino. Si se trata de una posición lograda a partir del funcionamiento de la *potentia gaudendi*, no puede ser un lugar fijo ni un cuerpo determinado. Si bien reaparece la noción de mercancía asociada a lo femenino¹⁵³, tal cualidad no se basa en una naturaleza sino en un posible devenir de la *fuerza orgásmica*. Esta redefinición permite pensar la plasticidad de la constitución de los sexos y de los géneros, como veremos en el próximo capítulo. La frase continúa de este modo:

Pero el control de la potencia orgásmica no define únicamente la diferencia de género, la dicotomía femenino/masculino; sino también, y de modo más general, la diferencia tecnobiopolítica entre heterosexualidad y homosexualidad (*Ibíd*).

Desde la perspectiva del Imperio Sexual el capitalismo contemporáneo controla la *potentia gaudendi* y de este modo normativiza la producción de identidades que le

¹⁵³ Este lugar que caracterizaría a lo femenino, evoca en cierta medida la noción antropológica analizada por el feminismo, de “intercambio de mujeres” (respectivamente Levi-Strauss (1949) y la lectura de Gayle Rubin (1975)). Es verdad que en ese concepto prima la naturaleza: mujeres; pero éstas se caracterizan por su valor de mercancía y por carecer de valor en sí mismas.

resultan funcionales. Aunque BP en este pasaje destaca la dimensión genérica y sexual de este control productivo, en su mirada el mismo produce también los procesos de racialización y de “clase” de l*s precarizad*s contemporáne*s. Lo hace a partir de la fuerza orgásmica, cuya administración/domesticación se rige por dos grandes regímenes de poder; porno-poder y fármaco-poder:

Lo que el capitalismo actual pone a trabajar es la potencia de correrse como tal, ya sea en su forma farmacológica (molécula digestible que se activará en el cuerpo del consumidor), en forma de representación pornográfica (como signo semiótico-técnico convertible en dato numérico y transferible a soportes informáticos, televisuales o telefónicos) o en su forma de servicio sexual (como entidad farmacopornográfica viva cuya fuerza orgásmica y cuyo volumen afectivo son puestos al servicio de un consumidor por un determinado tiempo bajo un contrato más o menos formal de venta de servicio sexuales) (*Ibíd*: 38-39).

En consecuencia, la *potentia gaudendi* es la base de la sexopolítica al impulsar tanto su expresión económico-subjetiva post-fordista (régimen fármaco-pornográfico), como su estética post-moneyísta (dispositivo de género que se gesta en tal régimen de poder). En este capítulo caracterizaremos el régimen de poder fármaco-pornográfico y será objeto del próximo, el post-Money-ismo.

4.6 - Poder fármaco-porno-gráfico

Los ámbitos de producción pornográfica y de trabajo sexual ocupan hoy una posición estructural semejante a la de la prisión en el proceso de producción farmacopornista contemporánea
BP

Para BP el Imperio Sexual, estadio actual del capitalismo post-fordista, se basa en una regulación fármaco-pornográfica del poder donde el “poder” es concebido según la modalidad foucaultiana que lo piensa relacional, horizontal, productivo y “bio”. Sin embargo, como venimos viendo, de un modo más específico que en Foucault, la genealogía biopolítica que subscribe BP permite conjugar las instancias subjetivas de este poder con las económicas. En función de clarificar esta trama, expondremos en primer lugar el porno-poder y a continuación, el poder fármaco.

4.6.1 - Porno-poder: el sexo como producción de capital

Una base para considerar que desde la segunda mitad del siglo XX se despliega un porno-poder como configuración socio-histórica del capitalismo actual, es que la producción de capital se sustenta cada vez más por las industrias del sexo en sus formas de trabajo sexual y de pornografía. Es decir, la producción de sexo produce capital y estimula la circulación monetaria.

En este sentido, el término “porno” para referir a esta dimensión del bio-poder en la actualidad, cruza el aspecto de representación semiótica de lo sexual proveniente de la pornografía, con el aspecto de trabajo sexual, basado en la prostitución. Es decir, “porno” conjuga la idea de “industrias del sexo” con la que BP metaforiza el modo de producción capitalista contemporáneo. Esto es, por un lado el sexo es producción político-tecnológica (en continuidad ampliada de la propuesta de Foucault) y por otro lado es, en simultáneo, motor del capital.

Así, postular que contemporáneamente el régimen de poder es porno, significa considerar que está regulado por las características de la pornografía y de la prostitución, en más de un sentido. El punto nodal de la propuesta de BP que evidencia esta cuestión es la idea de que en el postfordismo, antes que un proceso de feminización del trabajo, lo que se da es un proceso de pornificación del mismo; o sea, el trabajo deviene sexo, su objetivo no es satisfacer sino excitar. Esta mirada, al hacer visibles los valores porno del capitalismo, deja de considerar la pornografía y la prostitución como espacios de excepción¹⁵⁴.

Se trata entonces del carácter sexual del trabajo contemporáneo que, como vimos más arriba, adquiere características de flexibilidad y precariedad que llevan a considerarlo “feminizado”, sobre lo que BP prefiere la cualidad de “pornificado”. Al hablar aquí de trabajo sexual ya no se puede pensar el trabajo simplemente como intercambio orgánico con la naturaleza o producción de objetos, sino que se lo debe

¹⁵⁴ En principio esta consideración es problemática porque podría invisibilizar las especificidades de las redes de prostitución y de pornografía con sus involucramientos en tráfico y explotación de personas, ejercidos especialmente sobre mujeres y menores (niñas/os y adolescentes). Creemos, sin embargo, que BP nos provoca a ver qué tienen de semejante las situaciones “legales, lícitas, normales” y las “clandestinas”, como suelen considerarse la prostitución y la pornografía, para comprender mejor el mundo contemporáneo y propiciar su transformación. De esta manera, ciertas maneras en que se ha anquilosado el tratamiento de estas temáticas, reproduciendo la victimización, impiden acciones creativas. En su análisis de las dimensiones del régimen fármaco-porno-político está en juego la desestabilización del par legal/clandestino, lícito/ilícito. Cabe aclarar, además, que este carácter “clandestino” no se relaciona con la ilegalidad necesariamente (por ejemplo, en Argentina, ejercer la prostitución no es un delito, sí lo es en cambio el proxenetismo); sin embargo, las connotaciones de inmoralidad y estigma social, aun cuando se trate de una práctica lícita, la vuelven “clandestina” y hacen de ella la paradoja social de lo invisible aunque se tramite a plena luz del día.

considerar como un vector de producción de placer. Por eso mismo la pornografía es su paradigma, en lo que ésta tiene de dispositivo virtual masturbatorio, sexualidad transformada en espectáculo público y comercializable, posibilidad de reproducción técnica, devenir público de lo que se supone privado.

Desde el punto de vista que es el trabajo sexual el que rige las condiciones económicas postfordistas, cabría la posibilidad de resignificar la diferencia sexual, pues la separación varón / mujer no alcanza a explicar las lógicas y prácticas de la pornificación. Sería más adecuado, en cambio, plantear la diferencia en torno a la capacidad de penetración, a saber: entre capacidad de ser penetrados y capacidad de penetrar. En esta redefinición, la división sexual del trabajo ya no depende de una supuesta cualidad natural, sino de una especialización técnica del cuerpo:

en nuestra actual configuración somatopolítica del género solo las bio-mujeres, las tecno-mujeres y los gays son contemplados como *cuerpos potencialmente penetrables*, del mismo modo que solo los bio-hombres se presentan y son representados como *penetradores universales naturales*. [...] Si pensamos esta nueva división técnica del trabajo sexual en el actual contexto de globalización y de flujos migratorios, habrá que decir que es posible que una mayoría de cuerpos migrantes ilegales (marcados por líneas de racialización y de exclusión social) se vean rápidamente situados en la posición de “anos globales” (...) mientras las minorías blancas (tanto de hombres como de mujeres) occidentales acceden a, o preservan, su posición de *penetradores universales* (*Ibíd*: 207).

Vemos que de este modo la codificación del capitalismo sigue los parámetros del coitocentrismo; es decir, del sexo relativo al ejercicio de una sexualidad reproductiva, supuesto tanto en la institución de la prostitución como en la industria pornográfica¹⁵⁵. Sin embargo, para dar cuenta de las innovaciones en cuanto a la precariedad flexibilizada de la economía política actual, BP ofrece una cartografía del cuerpo individual en la que lo penetrable es el ano y de este modo des-generiza la condición precaria. Se hace evidente, en consecuencia, que la pornificación es un fenómeno más amplio que la feminización. Del mismo modo, en línea con las aportaciones de *El Anti-Edipo*, se pone en crisis el compromiso del capitalismo con la producción de la familia nuclear, la heteronorma, una subjetividad individual y una

¹⁵⁵ Para pensar la lógica del trabajo sexual desde la dicotomía penetrador/penetrado es necesario suponer la práctica sexual como coital y por lo tanto, develar una vez más que la estructuración misma del capitalismo tiene a su base el dispositivo de sexualidad.

sexualidad reproductiva basada en “el cierre” y “la privatización” de los anos en general, pero en especial de los masculinos¹⁵⁶.

Ahora bien, el trabajo como vector productor de placer, brinda satisfacción frustrante. Esto quiere decir que su objetivo no es exactamente la producción de placer, sino el control a través de la gestión del circuito excitación - frustración de subjetividades políticas. Se trata de la producción de subjetividad a través del control tecnobiológico del cuerpo, de su capacidad de desear, de correrse, de excitar y de excitarse. En el marco de las sociedades contemporáneas de control, regidas por el empleo/desempleo y diferentes niveles de precariedad, los “precarios” son los designados como “penetrados” por BP:

[Precario] sin tener el alcance universal de términos tales como obrero o proletario, juega, como antes hicieron estos últimos, el papel de lo que excede, y en consecuencia no es nombrable por el poder más que negativamente. [...] Se puede volver a conducir las preguntas que plantea el término “precario” a respuestas prefijadas, llevar lo desconocido a las situaciones problemáticas que evoca la precariedad a lo conocido de las instituciones establecidas y sus formas de representación: el trabajo asalariado, el derecho al trabajo (empleo), el derecho a la seguridad social valorada con arreglo al empleo, la democracia paritaria de las organizaciones patronales y sindicales. O bien se pueden inventar e imponer nuevos derechos que favorezcan una nueva relación con la actividad, con el tiempo, con la riqueza, con la democracia, que existen sólo virtualmente, y con frecuencia de manera negativa, en las situaciones de precariedad (Lazzarato, 2006: 196).

Las instanciaciones particulares de los juegos de precariedad y exclusión tendrán dimensiones específicas de producción étnica, sexo-genérica, etaria, clasista, de nivel socioeconómico. Las corporalidades surgen en este interjuego que no está exento de creatividad, alentada por la *potentia gaudendi*.

Pero además las corporalidades surgen pornográficamente, dando cuenta de la dimensión pornográfica del porno-poder, cuyo objetivo es producir la excitación a través de múltiples dispositivos gráficos y/o audiovisuales, multiplicados y amplificadas a partir de las nuevas tecnologías. Aquí la finalidad de excitación se pauta heteronormativamente para un sujeto/espectador hombre. Su equivalente en

¹⁵⁶ En el desarrollo del dispositivo de género este punto se retomará especialmente. Sin embargo es necesario agregar aquí que BP, inspirada en Deleuze-Guattari, propone re-pensar los géneros a partir de los modos en que se producen performativamente los usos de la boca y del ano según los sexos. Ver especialmente Preciado (2008: 57-67).

el mundo del consumo es un consumidor, surgido del mismo régimen heteronormativo.

Por lo tanto el cuerpo, como señaláramos más arriba, no puede entenderse como unidad natural, sino más bien como interconexión tecnoviva: el cuerpo “es primero y ante todo potencia de vida, *potentia gaudendi* que aspira a trasferirse a todo y a todos, ganas de correrse con el universo, fuerza de transformación del todo planetario tecnocultural interconectado” (*Ibíd.* 90). Entonces, el régimen de porno-poder produce cuerpos dispuestos a poner su *fuerza orgásmica*, su capacidad de crear placer, al servicio de la producción de capital.

Fuera de esta regulación tecnológica de la sexualidad y del género, no hay ni hombres ni mujeres; tampoco hay homosexualidad o heterosexualidad. Desde la década de los cincuenta, los ideales biopolíticos de la feminidad y de la masculinidad se crean en laboratorios¹⁵⁷. Si bien esto implica un aspecto normalizante, no obstaculiza la posibilidad de una falla en el poder, de porosidad, de contraconducta, como veremos oportunamente. Del mismo modo, la *potentia gaudendi* puede exceder las regulaciones del poder.

La dimensión pornográfica del porno-poder consiste en el dominio de la representación pornográfica, a través de la cual el capitalismo contemporáneo pone a trabajar la potencia de correrse en tanto produce cuerpos “penetrables” y cuerpos “penetradores”. Para dar cuenta de esta producción semiótica BP define la pornografía como “un dispositivo virtual (literario, audiovisual, cibernético) masturbatorio” (*Ibíd.* 179). Tal dispositivo produce contemporáneamente un circuito de gran rédito económico:

frente a las cuatrocientas películas manufacturadas anualmente por los grandes estudios de Hollywood, la industria del cine porno (llamémoslo “cine”, aunque su distribución y su técnica hayan dejado atrás lo tradicionalmente cinematográfico hace mucho) pone en circulación de diez mil a once mil títulos nuevos. Setecientos millones de vídeos o de devedés porno se alquilan anualmente en Estados Unidos. Los ingresos de la industria en su conjunto -incluyendo revistas, páginas web, canales por cable y películas para circuitos privados como hoteles y *sexshops*- ascendían a catorce mil millones de dólares anuales: una cifra que superaba en Estados Unidos, desde luego, los ingresos de la industria cinematográfica *tradicional*, pero también los negocios del deporte

¹⁵⁷ Cuestión que se desarrollará en la clarificación del dispositivo de género, Capítulo 5.

profesional: béisbol, fútbol americano y baloncesto juntos. Cifras así obligaban a un cambio en los puntos de vista tradicionales sobre el porno (Barba y Montes, 2007: 13).

Esta existencia económica y social de la pornografía vuelve obsoletas las discusiones que sobre ella se desplegaron durante el siglo XX, basándose en la defensa de las minorías oprimidas o contraponiendo censura a libertad de expresión. Desde la década de los sesenta, las campañas que dieron en llamarse las Guerras del Porno en EEUU y Canadá, unieron en el mismo bando a los políticos más conservadores y a las feministas más radicales. Pero fundamentalmente el desarrollo tecnológico, en particular la consolidación de Internet a partir de los 90, volvieron obsoletas las posibilidades de control y de prohibición, al igual que los análisis de entonces.

En tanto *dispositivo virtual masturbatorio*, “es la excitación la gran inductora de la experiencia porno” (*Ibid*: 26). En estas consideraciones se abarcan, en principio, igualmente las representaciones de intención excitante como las que provocan un resultado excitante. Si bien la definición de BP pone claramente el énfasis en el efecto, en el resultado: la masturbación; concibiendo así la meta de una “corrida planetaria”. A pesar de este planteo global, y de la proliferación ya señalada de las representaciones pornográficas, el porno se sitúa al margen de la esfera pública, en tanto transgrede la norma que rige el espacio común: “el porno es la experiencia de una representación *en* un sitio: el sitio de la transgresión” (*Ibíd*: 64). Esto es lo que hace comprensible que hoy lo porno se identifique con el sexo: “No es la forma, sino el secreto -el lugar secreto: el tabú- lo que importa en relación con lo porno. Ese lugar secreto está ocupado hoy -aunque no lo estaba en Pompeya- por el sexo. Y mientras lo ocupe el porno seguirá siendo, formalmente, la imagen del sexo” (*Ibíd*: 75).

BP parte del hecho de esta identificación y bajo ese supuesto caracteriza al pornopoder. Aunque curiosamente, para él/ella, este poder está relacionado con el devenir público de la sexualidad. ¿Es contradictorio? Consideramos que no. De ahí que en la sociedad presente se televise una ejecución pero no una felación. Mientras que la pornografía transforma la sexualidad en espectáculo, en representación pública:

directa o indirectamente comercializable. Una representación adquiere estatuto de pornografía cuando pone en marcha el devenir-público de

aquello que se supone privado. He aquí otra definición posible de pornografía: dispositivo de publicación de lo privado. O, más aún, dispositivo que al representar una porción del ámbito público lo define como privado cargándolo de un valor masturbatorio suplementario (Preciado, 2008a: 179-180).

Hay un parentesco entre el desplazamiento del gozne que vincula público y privado, producido por las nuevas tecnologías y el que genera la representación pornográfica. En todo caso, ya no se puede afirmar como en el pasado, que el sexo es un asunto puramente privado¹⁵⁸: “Más bien nos enfrentamos a una creciente politización de las representaciones de la sexualidad en un contexto de proliferación de discursos sexuales y una intensificación del *hablar de sexo*” (Barba y Montes, 2007: 99). Esta intensificación está a la orden del día en el plano mediático, en que los gurúes televisivos nos notifican grandes develamientos sexuales enunciando verdades obvias y recurriendo a la supuesta intimidad de la farándula.

Si consideramos a la pornografía desde el paraguas de las industrias culturales, vemos que reúne las mismas características, pero es puesta en un estatuto secundario, que la relega al lado marginal, sobre todo con la clasificación de las representaciones en “para todos” o “X”. Esta “X”, supone que la pornografía presenta sexo sin mediaciones, en lugar de ser *performance*: “representación pública y proceso de repetición social y políticamente regulado” (Preciado, 2008a: 181). Con esta ilusión del “puro sexo” atribuido a la pornografía, escamoteándole su carácter de representación y de performance, se expresaría que en realidad es el paradigma de industria cultural:

La hegemonía de la actual industria cultural no-pornográfica deriva de este axioma moral que hace de los órganos llamados sexuales (especialmente pollas, coños y anos) objetos extra-cinematográficos (literalmente ob-scenos, fuera de escena), cuyo valor de “verdad” no puede ser absorbido por la representación y transformado en *performance*. Pero detrás de esta hegemonía se oculta el deseo de la industria cultural de afectar los centros tecnoorgánicos de la producción de la subjetividad (centros de producción de placer y de afectos, de sentimiento de omnipotencia y confort) (*Ibíd*: 183).

¹⁵⁸ De todos modos, sólo puede aceptarse esta afirmación como usual en el pasado si se alude al sentido común, dejando de lado los cuestionamientos feministas de los años 70, que se concentraron en criticar esta mirada, cuyo lema más representativo es “lo personal es político”.

El tipo de imagen que brinda la pornografía es más una cuestión de escenografía que de contenido, de iluminación de los cuerpos, de producción de fantasía. Estas representaciones excitan no por medio de la visión de ciertas escenas, sino “por medio de la identificación del espectador con los “personajes” que las protagonizan” (Anta Félez, 2001: 301). Aquí vuelve la pertinencia de señalar el carácter privado de la ceremonia del porno: “Privacidad (o ilusión de privacidad) de los actores que representan, privacidad (o ilusión de privacidad) de quien les contempla. [...] La pornografía es una ceremonia. Y una ceremonia privada” (Barba y Montes, 2007, 50-51). Este carácter de privacidad es el que le agrega excitación, como indicáramos más arriba.

En el cine porno, más allá de las variantes de sus géneros, el protagonista indiscutido es el pene: “no sólo porque es el que más veces sale en pantalla, sino porque es aquel elemento (referencial) que define la propia película y que, por afinidad, no es más que una simple presentación metafórica del auténtico pene que es el del espectador” (Anta Félez, 2001: 303). Desde esta consideración, que presupone un espectador bio-hombre, la ilusión de la pornografía es que la eyaculación representada y la del espectador lleguen a coincidir. En este sentido, BP indica que el placer de la mirada pornográfica reside en una contradicción, ya que el espectador siente que controla a los actores, a la vez que es reducido a mero receptor de estímulos eyaculantes. De allí que puede considerarse que el espectador de pornografía se folla a sí mismo. Este carácter autopornográfico también es señalado por Barba y Montes:

Desde el momento que el porno sospecha que todo ser es susceptible de ser porno para alguien y los avances técnicos permiten la reproducción privada de la imagen sin intermediarios, se produce una modificación sustancial: la causa se hace a la vez fundamento, el sujeto puede participar de lo porno y crearse a sí mismo como porno haciendo porno. No existe ni un solo sistema representativo, aparte del porno, en el que esto pueda darse (Barba y Montes, 2007: 163).

Esto no significa que el porno sea en sí mismo un espacio de subversión. En principio, es un moldeamiento de subjetividades normativizante que, contemporáneamente, resultaría funcional al postfordismo, en tanto pauta no sólo la heterosexualidad reproductiva sino una diversidad de modalizaciones gay, lésbica,

hard, soft, etc, que flexibiliza estilos en torno a una norma, tal como requiere la sociedad de los servicios y del empleo¹⁵⁹.

Actualmente seríamos herederos de la explosión pornográfica producida a partir de la exhibición de *Garganta Profunda*¹⁶⁰ en salas comunes en 1972 (Barba y Montes, 2007) (Preciado, 2008a y b). Ese film implicó un salto cualitativo en la industria pornográfica y el síntoma de cambios en las subjetivaciones. Pero la multiplicidad pornográfica¹⁶¹ no implica resistencia a las normas, ya que en principio, por ejemplo, las películas lésbicas connotan a las lesbianas a través de la “falta”:

En el cine porno tradicional, el pene es el centro de atención de los planos y de la sintaxis. El montaje está pensado en función del pene: si éste está flácido, se elimina. El pene es además quien conquista los espacios: la boca, la vagina, el ano. Incluso en las películas donde hay sexo entre dos mujeres, se suele introducir un hombre al final de la secuencia, como el ángel reparador que viene a solucionar un sexo “de mentira”, donde falta algo. La lógica del código porno estándar exige además la filmación de la corrida. *La eyaculación es la esencia del cine porno* (Sáez, 2003).

Entonces, el porno hace a la excitación necesaria día a día desde la lógica del pene y del capitalismo postfordista. Es uno de los elementos que contribuyen a la centralidad del pene. Independientemente de los consumos personales, la pornografía moldea la sociedad contemporánea, al decir de Lyn Hunt “es una categoría de pensamiento, de representación y de regulación” (Hunt, 1996: 75). A ello contribuye la ubicuidad contemporánea de las producciones pornográficas facilitadas por las nuevas tecnologías en la sociedad de control.

4.6.2 - Fármaco-poder: drogas, hormonas, medios de excitación constante

La exigencia postfordista de excitación y flexibilidad constantes, busca un rendimiento que ya no pasa por un control mecánico del espacio (como en el disciplinamiento) sino por un control omnipresente:

¹⁵⁹ La diversa clasificación de géneros y subgéneros porno atiende una amplia gama de consumidoras/es. Pero, ante esta aparente diversidad, el porno está regido por la lógica del coito, de la penetración. Ésta sólo se desestabiliza en algunas producciones, por ejemplo del subgénero S/M, como dejaremos indicado más adelante.

¹⁶⁰ *Deep Throat* dirigida por Gerard Damiano y protagonizada por su esposa, Linda Lovelace (1972).

¹⁶¹ Me refiero a los géneros y subgéneros del cine porno. Ver n. 159.

La presión de la fecha, del resultado a alcanzar, reemplaza a la del control minuto a minuto de la operación elemental del trabajo. Pero sería falso pensar que este control se ejerce sólo de forma periódica. En realidad, es omnipresente. El asalariado debe pensar permanentemente en ello, y puede terminar por obsesionarlo día y noche (Lazzarato, 2006: 112)

En consonancia, el bio-poder contemporáneo, entreteje su dimensión porno con otra fármaco, que contribuye a la excitación permanente. Esta dimensión farmacológica está constituida por hormonas y drogas a tal fin (tanto legales como ilegales). Su eficacia consiste en “estar al palo”¹⁶², para lo que vale tanto el consumo de testosterona o bebidas energizantes, como de viagra. Del mismo modo, se manifiesta en una medicalización de la vida cotidiana, acompañada por un incremento de medicinas de venta libre y de prácticas de automedicación.

Durante el siglo XX, la psicología, la endocrinología, la sexología, han establecido su autoridad material transformando los conceptos de psiquismo, de libido, de conciencia, de feminidad y masculinidad, de heterosexualidad y homosexualidad en realidades tangibles, en sustancias químicas, en moléculas comercializables, en cuerpos, en biotipos humanos, en bienes de intercambio gestionables por las multinacionales farmacéuticas:

El éxito de la tecnociencia contemporánea es transformar nuestra depresión en Prozac, nuestra masculinidad en testosterona, nuestra erección en Viagra, nuestra fertilidad / esterilidad en píldora, nuestro sida en triterapia. Sin que sea posible saber quién viene antes, si la depresión o el Prozac, si el Viagra o la erección, si la testosterona o la masculinidad, si la píldora o la maternidad, si la triterapia o el sida. Esta producción en *auto-feedback* es la propia del poder farmacopornográfico (Preciado, 2008a: 33)

Esta dimensión del régimen contemporáneo de poder permite comprender la irrelevancia de la distinción entre natural / artificial, adicción / autocontrol, legitimidad / ilegitimidad, a la hora de plantear cuestiones atinentes a la salud y a la ingesta de sustancias.

Suele considerarse, desde una perspectiva naturista, que las drogas obtenidas directamente de algún elemento de la naturaleza (por ejemplo, una planta), son

¹⁶² En español rioplatense “estar al palo” significa tener la polla erguida y dura, estar bien dispuesto para penetrar sexualmente. Por extensión, la expresión también se utiliza para referirse a “estar excitado”; por ejemplo, por haber consumido drogas y estar bajo sus efectos. En este sentido es un equivalente a “estar colocado”.

“naturales”; mientras que las producidas químicamente en laboratorio, son “artificiales”. Una perspectiva naturalista, acompaña esta clasificación con la jerarquía valorativa de considerar mejor a la primera clase.

Del mismo modo, el sentido común considera que si un medicamento fue prescripto por el orden médico, su ingesta es saludable; mientras que si fue autoadministrado, su consumo es riesgoso. En este caso, del lado de la segunda opción quedan asociadas las situaciones de adicción y de ilegitimidad. En sintonía con ello, el mercado no oferta legalmente todo tipo de sustancias, sino que opera la dicotomía legalidad / ilegalidad, arrojando al submundo clandestino una vasta circulación de elementos ingeribles.

Estas falaces distinciones son productoras de normalidad; es decir, políticas; controlan nuestra vida cotidiana, hacen a la eficacia del orden médico y su alianza con el orden económico; en particular, el de las multinacionales farmacéuticas. El involucramiento del orden médico con el diseño de nuestros cuerpos y el control de nuestras ingestas, ya no opera de modo exterior a nuestro yo sino que es incorporado por nosotros. Este cambio caracteriza al nuevo régimen de poder fármaco. Para clarificar sus especificidades, hay que tener en cuenta las novedades “sustanciales” del último siglo.

La síntesis química de hormonas en laboratorio, posibilitó desde mediados del siglo XX una creciente plasticidad en los diseños corporales. Es así que, desde la década de los sesenta, se utilizan compuestos estrogenados tanto para controlar la fertilidad de las bio-mujeres, como para producir la transexualidad de varón a mujer (VaM)¹⁶³. Del mismo modo, la testosterona será implementada para aumentar el rendimiento deportivo o para elaborar la transexualidad de mujer a varón (MaV).

Las hormonas sintéticas se utilizan ampliamente en la anticoncepción hormonal. Se sintetizan a partir de una hormona natural, estradiol y progesterona modificadas en su estructura molecular, cuya potencia y efectividad permite su empleo en los contraceptivos orales y parenterales.

BP conecta la síntesis química de las hormonas con el énfasis en las comunicaciones propio de las sociedades post-industriales. Teniendo en cuenta este contexto, piensa a las hormonas como secreciones comunicantes. De esta manera,

¹⁶³ Se verá en detalle a propósito del dispositivo de género, Capítulo 5.

sigue la genealogía del concepto de *hormona*¹⁶⁴ y encuentra que el mismo fue inventado por el Dr. Ernest Henry Starling en 1905, para pensar las reacciones humanas como efectos de sustancias que se emiten en diferentes lugares del cuerpo. Las hormonas generarían, así, mensajes químicos que se transmiten por la sangre, desde el órgano productor hasta aquel sobre el que actúan. En consecuencia, el cuerpo no es simplemente un medio en el que se emite, se difunde y se recoge la información, sino el efecto material de esos intercambios semiocotécnicos:

El dispositivo de subjetivación que podemos reconstruir a partir de la teoría hormonal de principios del siglo XX es un conjunto de redes institucionales y técnicas en las que se producen artefactos vivos que, dentro de un determinado contexto cultural, adquieren reconocimiento político (*Ibíd*: 122).

Durante la primera mitad del siglo XX la producción de género¹⁶⁵ que se efectiviza a partir de las hormonas es realizada en lugares de encierro, propios del dispositivo de sexualidad analizado por Foucault, ya que los órganos de donde se extraían, se encontraban en cárceles, mataderos, colegios, fábricas. El evento de la elaboración química de hormonas y su suministro a través de píldoras, privatizará su acceso, lo sacará de guetos institucionales para ser absorbidas en el anonimato cotidiano de los espacios domésticos:

Es en ese contexto en el que las hormonas, primero el estrógeno y la progesterona, después la testosterona, pasan de ser moléculas a ser medicamentos, de ser cadenas carbonadas silenciosas a ser entidades políticas que puede legalmente introducirse en un cuerpo humano de forma intencional y deliberada, realidades sujetas a protocolos apoyados por un conjunto de instituciones, convertidos en lenguaje, en imagen, en producto, en capital, en deseo colectivo (*Ibíd*: 125).

El siglo XX se caracterizó por la preocupación biopolítica sobre el cuerpo de las mujeres y sus consecuentes investigaciones sobre reproducción. La utilización adicional de testosterona también data de la década de los cincuenta, pero con fines

¹⁶⁴ En español “hormona” proviene del inglés *hormone* y éste del griego *horman* (excitar, mover): “Producto de secreción de ciertas glándulas que, transportado por el sistema circulatorio, excita, inhibe o regula la actividad de otros órganos o sistemas de órganos” (RAE).

¹⁶⁵ El modo en que se da esta producción de género bajo el poder fármaco-porno-gráfico será analizado en el Capítulo 5 sobre dispositivo de género.

deportivos, asociada al vigor y a la juventud, antes que al género y la sexualidad. A inicios del siglo XXI se estaría dando un viraje desde la preocupación por el moldeamiento de la feminidad hacia la de la producción de masculinidad.

La fertilidad femenina fue un punto de particular preocupación biopolítica durante el siglo XX. Con esa obsesión del dispositivo de sexualidad se relacionaron las vastas investigaciones científicas patrocinadas por las Naciones Unidas y los centros demográficos fundamentalmente estadounidenses, así como las no tan científicas, ligadas a procedimientos de experimentación no consentida y mecanismos de tortura, desarrolladas en el marco de los campos de concentración del nazismo. A ambas debemos las actuales tecnologías de fertilización asistida así como las píldoras anticonceptivas.

Pero en un sentido bio y geo político, la preocupación reproductiva estaba acompañada por una preocupación racial, enfocada a la eugenesia de la población. En esta línea, lo importante era asegurar la procreación de familias blancas estériles. Es así que los procesos de evaluación de su eficacia desocultan las raíces coloniales de las investigaciones:

la acción y la eficacia de la primera píldora anticonceptiva será evaluada en la isla de Puerto Rico, entre las mujeres de la población negra local y, simultáneamente, entre varios grupos de pacientes psiquiátricos del Worcester State Hospital y entre los reclusos de la prisión del Estado de Oregón entre 1956 y 1957: se evaluará la eficacia de la píldora para controlar la natalidad entre las mujeres, y su eficacia para controlar y disminuir la libido y las “tendencias homosexuales” entre los hombres (*Ibíd*: 129).

Curiosamente, el consumo de la píldora no disminuyó, a pesar de que se la ha asociado con la producción de cáncer y de alteraciones cardiovasculares. Del mismo modo, se ha encontrado que su consumo modifica la producción hormonal global, con lo cual resultaría aconsejable acompañar su ingesta con administración de testosterona para aumentar la libido de las mujeres consumidoras. Sin embargo, la OMS no ha alterado sus indicaciones y la accesibilidad de la testosterona a las mujeres resulta un interdicto, lo que BP llama un “tabú hormonal de carácter político” (*Ibíd*: 132) sobre el que será necesario reflexionar en el próximo capítulo.

La implementación de la píldora femenina se ha ido flexibilizando desde la ingesta oral, denominada por BP *panóptico comestible*, hacia modos inyectables o de

implantes alejados de las zonas culturalmente sexuadas, que evidencian el carácter comunicacional de las hormonas y microprostético del fármaco-poder, donde los procesos se confunden con la estructura misma de lo viviente. Así, el control “puede suceder *libremente* y en beneficio de la *emancipación* sexual del cuerpo controlado” (*Ibíd*: 135), ya que en nombre de la “liberación sexual” aumentan los autocontroles. En el siglo XXI, las nuevas píldoras para mujeres, actúan de modo microprostético, en tanto prometen no sólo reducir el riesgo de contraer cáncer, sino también contribuir a la belleza, colaborando en combatir el acné, el hirsutismo, la gordura... En este sentido, el discurso de lo saludable, del cuidado personal, sobre todo en el eje “bienestar”, es una clara manifestación del fármaco-poder que pone en evidencia el compromiso que este poder tiene con la modalidad inmunitaria que analiza Roberto Esposito¹⁶⁶. Es decir, con la producción de sentido que forja en contracara el par vida / enfermedad. En consecuencia, las/los consumidoras/es del capitalismo post-fordista adquieren su configuración desde el enfrentamiento permanente a alternativas que se presentan como “a favor de la vida” (light, edulcorante, 0% grasas trans, orgánico, sin aditivos, sin sal agregada, bajo nivel de sodio, zona libre de humo...) o “en contra de la vida” en cuanto propicia la adquisición de enfermedades (colesterol, nicotina, sal, grasas, azúcar, transgénicos...) teniendo por horizonte regulativo “la salud”:

Si la salud ya no puede separarse de la enfermedad, si la enfermedad forma parte de la salud, no será posible dividir el cuerpo individual y social con arreglo a líneas infranqueables de tipo profiláctico y jerárquico. Toda la semántica inmunitaria parece ahora contradicha, o más bien reinterpretada, en una perspectiva que simultáneamente la potencia y la invierte, la confirma y la deconstruye (Esposito, 2006: 166).

Establecemos esta relación porque consideramos que el modo de conceptualizar la biopolítica por parte de BP es consonante con la perspectiva inmunitaria de Esposito, si bien no tenemos prueba de que se hayan leído entre sí. Sin embargo, ambos toman como punto de partida a Donna Haraway quien sentó el precedente de resignificar la biopolítica foucaultiana desde la noción de inmunidad como lo reconoce Roberto Esposito: “Donna Haraway, en un diálogo crítico con Foucault, llega a sostener que hoy el sistema inmunitario es un mapa trazado para guiar el

¹⁶⁶ Ver Capítulo 2, “2.5”.

reconocimiento y el desconocimiento del sí mismo y del otro en la dialéctica de la biopolítica occidental" (*Ibíd*: 80).

Biopolítica que Esposito interpreta desde una lógica mayor inmunitaria, biopolítica que BP traduce contemporáneamente en sexopolítica y a la que le atribuye una modalidad fármaco que tiene aquellos rasgos inmunitarios. BP considera que la dimensión fármaco de la sexopolítica surge en los países ricos, a partir de la Segunda Guerra Mundial, cuando las enfermedades infecciosas dejan paso a las enfermedades ligadas al envejecimiento y a la gestión de la sexualidad, de modificación de los afectos y de control del psiquismo, de producción del yo y regulación de la reproducción y del sistema inmunitario del cuerpo en un medio ambiente hostil, ya que a partir de entonces la producción y comercialización de hormonas sintéticas encuentra su verdadero emplazamiento fármaco-pornográfico (Preciado, 2008a: 128).

Esta lógica inmunitaria permea la producción de subjetividades en el siglo XXI mediante

la gestión de la autointoxicación en un medio ambiente químicamente nocivo. Fumar en la metrópolis eléctrica y más tarde nuclear es simplemente un modo de vacunarse por inoculación homeopática frente al envenenamiento medioambiental. La batalla de la subjetividad moderna es ante todo una lucha por el equilibrio inmunitario. La ingestión de drogas o el psicoanálisis son como parques experimentales en los que aprender a vivir en un medio crecientemente tóxico (*Ibíd*: 253).

De este modo, la producción post-fordista de subjetividades no se atiene al cuerpo individual y, en sintonía con el carácter flexible de la multitud, presenta límites difusos, fronteras porosas: "De hecho, es imposible establecer dónde terminan "los cuerpos naturales" y dónde comienzan las "tecnologías artificiales"; los ciber-implantes, las hormonas, los trasplantes de órganos, la gestión del sistema inmunológico humano en el VIH, la web, etc, no son sino algunos ejemplos entre otros" (*Ibíd*: 127).

4.7 - El cuerpo fármaco-porno-gráfico

*Se trata en todo caso de un cuerpo siempre fármaco-porno-gráfico,
un cuerpo efecto de un amplio dispositivo de representación y producción cultural*
BP

En la reconstrucción genealógica de la biopolítica (capítulo 2) habíamos visto las tensiones entre sentidos que la consideran un fenómeno moderno y otros que la ven como fundante de la política occidental; del mismo modo, entre concepciones que consideran pensable una vida des-politizada y otras que la creen imposible.

Dentro de estas conflictividades Giorgio Agamben tiene un lugar especial con su perspectiva de que la política occidental siempre fue bio y que su tarea consistiría en establecer el umbral a partir del cual una “nuda vida” adquiere sentido político (se hace bio-política) o, en reversa, una vida significativa pierde su investimento político para transformarse en “nuda vida”. En el derrotero conceptual de BP que estamos rastreando, donde las especificaciones del/a autor/a no son precisas, encontramos la siguiente apropiación de este gesto metafísico agambeniano:

Podríamos añadir a esta noción de vida desnuda la de «vida fármaco-porno-gráfica», pues lo propio del cuerpo despojado de todo estatuto legal o político en nuestras sociedades postindustriales es servir como fuente de producción de *potentia gaudendi*. En este sentido, lo que caracterizaría a aquellos que según Agamben se ven reducidos a «vida desnuda» tanto en las sociedades democráticas como en los regímenes fascistas es precisamente poder ser objeto de una explotación farmacopornográfica máxima. Por ello no es de extrañar que códigos similares de representación pornográfica dominen las imágenes de los prisioneros de Abu Ghraib o Guantánamo, la representación erotizada de los adolescentes tailandeses y las páginas de *Hot Magazine*. Todos estos cuerpos funcionan ya, y de manera inagotable, como fuentes carnales y numéricas de capital eyaculante (Preciado, 2008a: 33).

Entonces, si la *potentia gaudendi* es motor vital que tiende a dar forma a la propia vida, el carácter fármaco-porno-gráfico del capitalismo actual consiste en ir a contrapelo, impidiendo que tome forma, desnudándola. Ahora bien, si nos atenemos a las conceptualizaciones de Negri, Lazzarato y Esposito, tal desnudez resulta ontológicamente imposible, pues allí donde podemos reconocer “una vida” es porque la misma está formada o configurada. Para estos autores, la tarea misma de la propia vida es su conservación, para la que se da figuras históricas que, en función de ese objetivo, van en detrimento de la vitalidad.

La manera entonces de que este matiz fármaco-porno-gráfico de la sexopolítica -en tanto biopolítica contemporánea- se torne positivo, es desestimar la metafísica de Agamben en pro de una perspectiva afirmativa. Tanto para Negri como para Lazzarato, esto será factible como ejercicio de resistencia a partir de la multitud. En el caso de Esposito, la vía es más imprevisible, porque requeriría desandar las categorías de la política que nos conforman desde la modernidad. Entre estos dos indicios afirmativos, la postura de BP constituye una mediación que se posiciona haciendo factible la asunción de subjetividades que, si bien surgen del orden fármaco-porno-gráfico, por ese mismo motivo pueden gestionar la politización de nuevos estilos de vida, identidades, sujetos, que desajusten lo instituido.

El modo en que BP resignifica la multitud como sujeto político contemporáneo desmonta la producción de cuerpos fármaco-porno-gráficos que forman “parte de un burdel-laboratorio global integrado multimedia, en el que el control de los flujos y los afectos se lleva a cabo a través de la forma pop de la excitación-frustración” (*Ibíd*).

En la sociedad fármaco-porno-gráfica el modelo de acción sobre el cuerpo es la microprotética: el poder actúa a través de una molécula que viene a formar parte de nuestro sistema inmunitario, de la silicona que toma la forma de senos, de un neurotransmisor que modifica nuestra forma de percibir y actuar, de una hormona y su acción sistémica sobre el hambre, el sueño, la excitación sexual, la agresividad o la decodificación social de nuestra feminidad y masculinidad.

Asistimos así progresivamente a la miniaturización, internalización e introversión (movimiento de torsión hacia el interior, hacia el espacio considerado como íntimo, privado) reflexiva de los dispositivos de vigilancia y de control propios del régimen sexopolítico disciplinario. Lo propio de estas nuevas tecnologías blandas de microcontrol es tomar la forma del cuerpo que controlan, transformarse en cuerpo, hasta volverse inseparables e indistinguibles de él, devenir subjetividad. Aquí el cuerpo ya no habita los lugares disciplinarios, sino que está habitado por ellos, siendo su estructura biomolecular y orgánica el último resorte de estos sistemas de control. “Horror y exaltación de la potencia política del cuerpo” (*Ibíd*: 67).

La forma trabajo en el capitalismo contemporáneo surge de la regulación porno-fármaco de la *potentia gaudendi*

El trabajo farmacopornográfico emplea moléculas y órganos vivos (humanos y animales) que hasta ahora habíamos considerado como

únicamente sexuales y, por tanto, privados, es decir, radicalmente no comercializables, pero que no son otra cosa que el tecnocuerpo sexual de la multitud (*Ibíd*: 211).

Ahora bien, el cuerpo tecnosexual está más allá de la división sexual del trabajo que naturalizara la economía política del siglo XIX:

La verdadera tecnificación del trabajo sexual se opera a través de la producción de cuerpos sexuales en tanto que mecanismos eyaculatorios y cuerpos sexuales eyaculantes. La mayor parte de las trabajadoras sexuales del siglo XXI son cyborgs biopolíticos lumperizados adaptados al proceso de producción de placer masificado a bajo coste. Pero, atención, no hay aquí ninguna determinación natural, ni de sexo, ni de género, ni de raza. Se trata únicamente de diferencias que resultan de procesos de especialización sexopolítica. Cualquier cuerpo de bio-mujer o de bio-hombre puede ser sometido a un proceso de transformación farmacopornográfica que hará de él o de ella una puta técnicamente performante (*Ibíd*: 217).

Aunque BP toma como figura genérica de l*s trabajador*s a “la puta” para dar cuenta del carácter pornificador del trabajo y por ende a sus condiciones de precarización extrema, no explicita la crudeza de las mismas para el circuito clandestino de la prostitución así como para modalidades ilegales de tráficos fármaco-porno (drogas, armas, personas). A partir de este señalamiento hace su contribución la filósofa biopolítica Sayak Valencia¹⁶⁷ que, si bien pondera el develamiento del régimen fármaco-porno-gráfico por parte de BP, le cuestiona que en su exaltación del consumo y del placer llega a invisibilizar las violencias materiales de la producción capitalista actual. La mexicana desarrolla esta crítica en la conceptualización del capitalismo contemporáneo como “gore”, tomando la categoría justamente del género cinematográfico de igual nombre, que puede considerarse una sub-clase dentro de las películas de terror, dedicada especialmente a representar la destrucción física del cuerpo humano en la que el espectáculo violento reemplaza cualquier intento de estructura narrativa:

Tomamos el término gore de un género cinematográfico que hace referencia a la violencia extrema y tajante. Entonces, con capitalismo gore nos referimos al derramamiento de sangre explícito e injustificado (como

¹⁶⁷ Ver Introducción, “II.1.4” y Capítulo 1, “1.2.6”.

precio a pagar por el Tercer Mundo, que se aferra a seguir las lógicas del capitalismo, cada vez más exigentes), al altísimo porcentaje de vísceras y desmembramientos, frecuentemente mezclados con el crimen organizado, el género y los usos predatorios de los cuerpos, todo esto por medio de la violencia más explícita como herramienta de *necroempoderamiento* (Valencia, 2010: 15).

A su vez el necro-empoderamiento remite a un modo de resistencia a la necropolítica, término que se ubica por fuera del par biopolítica/tanatopolítica que está en juego en la genealogía hasta el momento desarrollada:

La necropolítica es la reinterpretación y ejecución tajante del biopoder, basada en gran medida en las lógicas del *enfrentamiento guerrero de las fuerzas*, en tanto que ejerce una libertad, pero se trata más bien de una libertad que sólo puede ser comprendida como poder de arrebatársela a los otros. La necropolítica es importante porque vuelve a situar al cuerpo en el centro de la acción sin sublimaciones. Los cuerpos de los disidentes distópicos y los ingobernables en México son ahora quienes detentan - fuera de las lógicas humanistas y racionales, pero dentro de las racionalistas mercantiles- el poder sobre el cuerpo individual y sobre el cuerpo de la población, creando un poder paralelo al estado sin suscribirse plenamente a él, al tiempo que le disputa su poder de oprimir (Valencia, 2012: 98).

Desde esta perspectiva conceptual el “necroempoderamiento” alude a procesos que transforman contextos y situaciones de subalternidad en posibilidad de acción, pero que los reconfiguran desde prácticas distópicas y desde la autoafirmación lograda por medio de prácticas violentas rentables dentro de las lógicas de la economía capitalista. Dentro de éstas, los cuerpos son concebidos como productos de intercambio que alteran y rompen el proceso de producción del capital, ya que subvierten los términos de éste al sacar de juego la fase de producción de la mercancía, sustituyéndola por una mercancía encarnada literalmente por el cuerpo y la vida humana, a través de técnicas de violencia extrema como el secuestro, la venta de órganos humanos, la tortura, el asesinato por encargo, etc.

Esta cualidad exterminadora y desmembradora del bio-poder que configura al capitalismo contemporáneo no es visibilizada por BP. En principio esto sería lógico desde la visión de Sayak Valencia, pues por el momento se trata de un fenómeno “periférico”, aunque la filósofa diagnostica que se globalizará. En cierta medida,

Valencia continúa la perspectiva de BP al asumir un esquema de comprensión que articule lo económico con lo subjetivo:

Dicho capitalismo lo encontramos ya en todos los países considerados tercermundistas así como en los países de Europa del Este. Sin embargo, no se encuentra muy lejano de alcanzar e instaurarse en los centros neurálgicos del poder conocidos como Primer Mundo. Es importante pensar esta nueva variante del capitalismo porque, más tarde o más temprano, llegará y afectará a la parte primermundista del planeta; ya que la globalización acorta las distancias en muchos sentidos es innegable que si estamos dentro de un pueblo global, no puede existir la salvación de una minoría de la humanidad. Consideramos que el devenir *gore* del capitalismo no es una cuestión aislada, sino que abarca al capitalismo entero. Por lo cual, es necesario abordarlo desde una visión de conjunto, que englobe a dicho fenómeno y analice el problema desde diversos ángulos (*Ibíd*: 85-86).

Por su parte, si bien BP no considera la dimensión *gore* del capitalismo, conceptualiza el carácter *snuff* de la política, recurriendo igualmente a una categoría de género cinematográfico: “En la cultura popular, se denomina *snuff* a aquella película que muestra el asesinato de una persona (o un animal) con el único objetivo de hacer esa muerte visible, de transformarla en representación pública y comercializable” (Preciado, 2008a: 243). La consideración de este género da pie para concebir la política, en la crudeza de la corrupción y la violencia, como exterminación por y para la representación. Es así que una parte insoslayable de la dimensión pornográfica del bio-poder pase por la difusión masiva de imágenes de tortura, crímenes de guerra, atentados, asesinatos, genocidios:

la política snuff: arrancarle todo a la vida hasta el momento de su muerte, y ese proceso, filmado, registrado a través de la escritura y de la imagen y difundido en tiempo real vía Internet y siempre accesible en un archivo virtual que actúa simultáneamente como soporte publicitario a escala global (*Ibíd*: 245).

Esta sutil divergencia de géneros discursivos para las autoras marca la tensión entre la materialidad de la violencia a la que alude Valencia con su necesidad de articular una respuesta colectiva / global -“si no hay otra opción, que ésta no nos mate, sino que mediante nuestra insurrección cotidiana nos resignifique” (Valencia, 2010: 12)-

y el carácter simbólico de la política *snuff* que BP toma como base para la producción de resistencias de corte más individualista: “Frente a este estado de cosas, la filosofía de esta alta modernidad punk sólo puede ser autoteoría, experimentación de sí, autotecnopenetración, pornología” (Preciado, 2008a: 245).

De este modo, en BP el carácter *snuff* de la política desdibuja el valor social y colectivo de su perspectiva¹⁶⁸, aunque abre el campo a las dimensiones política y epistemológica de la autoexperimentación, como veremos oportunamente. De este modo, el rubro más “duro” del cine porno coadyuva en BP a diluir la crudeza de las condiciones de producción económico-subjetivas del capitalismo contemporáneo; a diferencia de lo que sucede con la incorporación del *gore* para Sayak Valencia. A pesar de esto, la configuración del régimen fármaco-porno-gráfico por parte de BP constituye un hallazgo sumamente lúcido para pensar las complejidades del capitalismo contemporáneo: “tanto biopolítica (política de control y producción de la vida) como tanatopolítica (política de control y gestión de la muerte) funcionan como farmacopornopolíticas, gestiones planetarias de la *potentia gaudendi*” (*Ibíd.*: 40).

Si en este capítulo problematizamos la configuración capitalista de la *potentia gaudendi* por parte del fármaco-porno-poder, en el próximo analizaremos las producciones subjetivas en función de comprender de qué modos se “inventan” contemporáneamente los sexos y los géneros.

¹⁶⁸ La política *snuff*, sugerida por BP pero sin desarrollo, puede conjugarse con el capitalismo *gore* y la genealogía contemporánea de la necropolítica (Mbembe, 2011) que lleva a Cavarero (2009) a conceptualizar el *Horrorismo*. Si bien esta conceptualización tiene conexión con lo que aquí queda esbozado, escapa a la genealogía en la que BP se inscribe pero estimula el desarrollo de próximos trabajos.

Capítulo 5: Dispositivo de género

BP conceptualiza al género como dispositivo y al hacerlo articula dos tradiciones que la mayoría de las feministas no pusieron en diálogo¹⁶⁹: la del paradigma médico-psiquiátrico y la de las ciencias sociales. En este sentido, el modo en que aborda la categoría “género” es (trans)feminista, ya que complejiza la condición “construida” del género y la problematiza en el caso del “sexo” al conjugar en su construcción el antecedente médico-psiquiátrico con el post-estructuralista foucaultiano. Nos interesa resaltar la complejidad con que la propuesta de BP remite a tan diversas líneas pues esta riqueza la vuelve analíticamente productiva.

El planteo principal es el de la existencia de un nuevo dispositivo que produce el “género”; o sea, un dispositivo de género. Pero este “género” producido tiene las características que le atribuyera Butler; es decir, es productor a su vez del sexo y de la línea de coherencia entre sexo, sexualidad, orientación sexual y deseo. Sin embargo, el modo performativo en que tal coherencia se logra será prostético, como veremos¹⁷⁰. Esto surge de la exploración que realiza BP sobre las maneras en que se opera esta coherencia, en continuidad crítica con los planteos de Michel Foucault y de Judith Butler. El/la autor/a mostrará cómo se logra una “programación de género dominante que parte de la siguiente premisa: un individuo = un cuerpo = un sexo = un género = una sexualidad” (Preciado, 2008a: 89). Su consideración agrega precisiones al planteo de Judith Butler pues muestra cómo la performatividad actúa al modo de un programa operativo de género que involucra todo el proceso biológico vital, no solo modalidades de vestimenta y de estilos corporales¹⁷¹. Para ello tendrá en cuenta las nuevas tecnologías del cuerpo (biotecnología, cirugía, endocrinología...) y de la representación (fotografía, cine, televisión, cibernética...) que tuvieron plena expansión durante la segunda mitad del siglo XX y continúan teniéndola. Las operaciones habilitadas por estas innovaciones constituyen un

¹⁶⁹ Con excepción de Donna Haraway (dentro de las teóricas que se dedican a conceptualizar el género) a quien explícitamente BP sigue. Para comprender esta ubicación genealógica revisar Capítulo 3, “3.2.3”.

¹⁷⁰ “Prostético” equivale a “protésico”, perteneciente o relativo a la prótesis (RAE). BP utiliza el primer término. Con él se refiere a que el género se materializa en los cuerpos y lo hace de un modo que no permite diferenciar entre naturaleza y artificio: “El género podría resultar una tecnología sofisticada que fabrica cuerpos sexuales” (Preciado, 2002: 25). Esta consideración intenta ir más allá de las modalidades lingüística y teatral de la performatividad en Butler.

¹⁷¹ Si bien BP reitera esta diferenciación entre su propuesta y la de Butler, considerando la última con menor involucramiento corporal, consideramos que esto no hace justicia a la perspectiva butleriana, como hemos manifestado en un artículo previo (Campagnoli, 2013) y en la genealogía del género (Capítulo 3, “3.2.2”). De todos modos, la noción “protésica” que sostiene BP adquiere implicancias interesantes que no fueron exploradas por Butler.

nuevo dispositivo de poder (el de género) en nuevos regímenes de poder (fármaco-porno-político¹⁷²) regulados por una nueva episteme (post-Money-ísta).

En su propuesta, entonces, BP contribuye a generizar el planteo de Michel Foucault a la vez que agrega precisiones respecto de los parámetros de construcción de la identidad genérica en el mundo contemporáneo. En cuanto a este aspecto identitario, reconoce la trampa ya señalada por Foucault de que las políticas de la identidad pueden fijarnos al dispositivo bajo la ilusión de “liberación”. Para evitar esa trampa, los planteos identitarios deberían ser coyunturales, aceptar el desafío de plantear la articulación de las especificidades sin invisibilizarlas ni opacar los puntos de partida inequitativos y las relaciones de poder que los conectan. Pero inteligir en particular un dispositivo de género implica considerar que la constitución de la subjetividad continúa teniendo un pilar fundamental en la ficción de un núcleo del yo, generizado, que se experimenta como natural e íntimo. Si se quiere desarticular el imperativo de que la existencia humana signifique necesariamente “ser” varón o “ser” mujer, “ser” heterosexual o “ser” homosexual, resulta conveniente clarificar las operaciones del dispositivo de género:

Quienes sugieren que las vidas *butch*, *femme* y transgénero no son referentes esenciales para reformar la vida política y para una sociedad más justa y equitativa, omiten la violencia que sufren en la vida pública aquellos que tienen un género diferente y omiten también que la incorporación (*embodiment*) denota la contestación a una serie de normas que rigen quién será considerado como un sujeto viable dentro de la esfera de la política (Butler, 2006: 50).

Por eso es importante generizar el planteo foucaultiano, como había sugerido Teresa de Lauretis con su noción de “tecnología del género”. En sintonía con ello, no cabe la distinción entre sexo (naturaleza) y género (cultura) sino que el dispositivo de género produce un “tecnogénero” a través de “técnicas fotográficas, biotecnológicas, quirúrgicas, farmacológicas, cinematográficas o cibernéticas que constituyen performativamente la materialidad de los sexos” (Preciado, 2008a: 86). En consonancia con lo planteado por Teresa de Lauretis (2000), el género es tanto el producto (efecto) del dispositivo como el proceso de su producción. Proceso que a la vez funciona de modo performativo, como planteara Judith Butler (2001, 2002).

¹⁷² Cuyas características se expusieron en el Capítulo 4, “4.6”.

Veremos que lo que BP enfatiza a este respecto es, subrayando la cita, la constitución performativa de la materialidad de los sexos. En función de ello pondrá el acento en procedimientos y tecnologías que vuelven prostético al género. Es decir, que éste se da en la materialidad de los cuerpos, es a la vez construido y orgánico.

Entonces, plantear un dispositivo de género introduce la complejidad de esta construcción en función de la posibilidad de desmontarla. Esto implicará atender especialmente a los modos de construcción de identidades sexo genéricas. Por un lado, la performatividad butleriana, como hemos señalado; por otro lado, los procedimientos del paradigma médico de la “identidad de género”. Del análisis de estas dos fuentes surgen las operaciones características del dispositivo de género, relacionadas con los modos contemporáneos de determinar los sexos. De esta manera la propuesta de BP se ubica en las genealogías del género presentadas y está en articulación crítica con ambos tramos de la misma; es decir, con la primera y con la segunda.

En función de caracterizar el dispositivo de género vamos a dar cuenta de la episteme post-Money-ísta que la sustenta, de modo complementario a la tarea del régimen fármaco-porno-gráfico; es decir, permitiendo dar cuenta de la dimensión subjetiva de la productividad del capitalismo contemporáneo en los aspectos identitarios del sexo y del género.

5.1 - Episteme post-Money-ísta

Money makes sex
BP

En perspectiva de BP, los modos actuales de corporalidad son derivados del diseño de los cuerpos postulado por John Money a fines de la década del 40 en el siglo XX, como veíamos en la primera genealogía del género (Capítulo 3, “3.1.1”). Se sitúan en un contexto de producción pautado por la postguerra y sus innovaciones fármaco-tecnológicas. Por lo tanto, esas nuevas condiciones, con respecto a las de la industrialización fabril disciplinaria, constituirán la episteme post-Money-ísta como articulación de poderes que posibilita las operaciones del dispositivo de género.

En consecuencia, si los regímenes de poder que caracterizaron al dispositivo de alianza y al de sexualidad, estuvieron asociados, respectivamente, al absolutismo del Soberano y al Estado Nación capitalista industrial, el propio del dispositivo de

género está en consonancia con la era postindustrial, global y mediática, correspondiente a una sociedad de control donde las características del trabajo se han pornificado, como viéramos en el capítulo anterior (Capítulo 4, “4.4”).

5.1.1 - Dos mesas de operaciones

Al replantear la genealogía del género y recuperar la utilización que de dicha categoría hace el orden médico psiquiátrico desde mediados del siglo XX, se visibilizan los procedimientos por los que se determina el sexo contemporáneamente¹⁷³. Algunas de las posibilidades de estas instancias se abrieron con descubrimientos surgidos entre los siglos XIX y XX, como la producción sintética de hormonas, la invención de las píldoras anticonceptivas, las prótesis reparadoras de mutilaciones por la guerra, las cirugías de construcción de genitales, los experimentos de inseminación artificial en diferentes animales, incluyendo los humanos...

Las diversas innovaciones en el campo de las ciencias médicas, generaron a mediados del siglo XX dos paradigmas diferentes de producción del “sexo”, según se trate de la “asignación por nacimiento” o de la “reasignación por transexualidad”. Antes de concentrarnos en estos modelos, tengamos en cuenta que ambos, al explicitar la construcción del sexo, ya sea por “intersexualidad de nacimiento” o por “transexualismo”, parecerían ser la contracara “artificial” de un supuesto procedimiento “natural”: la mirada sobre la criatura recién llegada al mundo que permitiría enunciar “es niña” o “es niño”.

Sin embargo, el análisis de BP nos permite constatar que los casos considerados en primera instancia “artificiales”, simplemente se encargan de develarnos el efecto prostético de la “asignación de sexo” en cualquier momento que se produzca. Es decir, ellos solo “se convierten en los escenarios visibles del trabajo de la tecnología heterosexual: hacen manifiesta la construcción tecnológica y teatral de la verdad natural de los sexos” (Preciado, 2002: 104).

Entonces, lo que no existe en ningún caso es una situación “natural”, una especie de grado cero del sexo, que permita considerarlo “dado”. Antes bien, la diferencia entre

¹⁷³ “La biomedicina ha distinguido clásicamente tres etapas o niveles de diferenciación sexual: el sexo genético -células 46XX o 46XY-, el sexo gonadal -ovarios o testículos- y el sexo genital -vagina, vulva, pene, próstata- que quedan determinados en el período fetal. Durante la infancia, pero sobre todo durante la pubertad y en el adulto, hay que añadir el sexo fenotípico -caracteres sexuales secundarios-, el psicosexual y el sexo social” (Gregori Flor, 2006: 105).

la asignación directa al nacer y los casos de inter o trans sexualidad, se basa en dos instancias distintas de operaciones, a las que BP refiere como dos mesas de operaciones. Una abstracta, la relacionada con la supuesta “naturalidad”, que opera en base a los procedimientos de la performatividad de género analizados por Judith Butler. Otra explícitamente operativa, la que posibilita los procedimientos para asignar el sexo en casos “confusos” de nacimiento o en casos de transexualidad.

5.1.1.1 - La mesa abstracta: primera mesa de operaciones

La primera mesa de operaciones, la abstracta, es por donde pasan todas las criaturas humanas. La misma trabaja desde el ideal de hacer coincidir el momento del nacimiento con el de la asignación del sexo. Incluso, la motoriza la ilusión de que coincidan fecundación y asignación.

Esta mesa delimita los órganos y sus funciones, trabaja con un bisturí “virtual” cuyo efecto es “hacer cuerpos”. En su dimensión performativa designa los órganos sexuales como zonas generativas de la totalidad del cuerpo. En ella la mirada y las palabras son el bisturí que recorta los órganos y los agrupa para producir la coherencia de un cuerpo sexuado.

Por tal motivo, cabe hablar de esos órganos como productores, antes que como reproductores, pues producen la coherencia del cuerpo: “sólo como sexuado el cuerpo tiene sentido, un cuerpo sin sexo es monstruoso” (Preciado, 2002: 105). A este efecto performativo contribuye la denominación de determinadas hormonas como “sexuales”, a pesar de que las mismas se encuentran distribuidas en todos los cuerpos y que sus medidas de concentración son bastante fluctuantes¹⁷⁴. Pero estas hormonas llamadas “sexuales”

también intervienen en procesos vitales tan importantes como, por ejemplo, la captación del calcio; y además no solamente se segregan en ovarios y testículos sino también en las glándulas suprarrenales. A su vez,

¹⁷⁴ Según la clasificación biomédica, hay hormonas sexuales, masculinas y femeninas. Las masculinas son los andrógenos, que se producen naturalmente en el organismo como testosterona, hormona esteroidea sintetizada en los testículos y glándulas suprarrenales. Las femeninas son los estrógenos y la progesterona. Los primeros son esteroideos y se segregan como estradiol, a través de los ovarios, cumpliendo un papel importante en la diferenciación sexual (caracteres secundarios). La progesterona, en cambio, cumple sus funciones en el ciclo menstrual y en el embarazo; es segregada por el cuerpo lúteo. “Las indicaciones sobre las concentraciones “normales” de las diferentes hormonas para organismos de hombre o de mujer, varían según los manuales de endocrinología clínica” (Preciado, 2008a: 148).

situaciones de miedo, estrés, placer... provocan una mayor producción de hormonas (Martínez, 2005: 119).

Este alineamiento llamativo de las hormonas por sexo forma parte de las operaciones de “corte” realizadas en esta primera mesa, que identifican a un cuerpo a partir de sus genitales reduciéndolo al sexo. Esta identificación sexual se extiende internamente abarcando los órganos productores de hormonas. La producción de testosterona y de estrógenos no es exclusiva de testículos y de ovarios, respectivamente, sino que todos los cuerpos producen ambos tipos de hormonas, descubrimiento que data de la década del 40 del siglo XX (Fausto-Sterling, 2006: 180). La hormona que solo es segregada por cuerpos “femeninos” es la progesterona, se sintetiza en el cuerpo lúteo, es la que produce el endometrio y posibilita la anidación y la gestación.

Por lo tanto, la denominación de hormonas “sexuales” forma parte de la mesa de operaciones abstracta, al alinear por un lado pene = testículos = testosterona = cuerpo masculino y por otro, vagina = clítoris = progesterona = cuerpo femenino. De este modo, produce por metonimia la identidad de varón y de mujer. En consecuencia, los órganos “productores” de la coherencia y de la unidad corporal son los aptos para la heterosexualidad reproductiva, consolidando la normativización.

Los procedimientos de esta primera mesa pueden pensarse en el marco de la performatividad de género conceptualizada por Judith Butler (2001, 2002), pues están en juego las miradas y las nominaciones que producen “cortes virtuales” y que al reiterarse en un campo público de legitimidad (el orden médico, el registro civil, etc.) normativizan los géneros:

Al igual que en otros dramas sociales rituales, la acción de género exige una acción *reiterada*, la cual radica en volver a efectuar y a experimentar una serie de significados ya determinados socialmente, y ésta es la forma mundana y ritualizada de su legitimación. Aunque haya cuerpos individuales que desempeñan estas significaciones al estilizarse en modos de género, esta “acción” es pública (Butler, 2001: 273).

De todos modos, ya en este nivel BP pondrá el acento en que estas operaciones son prostéticas en tanto “hacen cuerpos”. De esta manera, presenta su continuidad crítica con Judith Butler. Si bien el carácter específicamente prostético se visibiliza

en la siguiente mesa de operaciones, la cualidad de “prótesis” marcará la diferencia con las nociones previas de performatividad.

5.1.1.2 - La mesa cruenta: segunda mesa de operaciones

La segunda mesa de operaciones, es una instancia por la que pasan solo algunas criaturas humanas, ya sea porque el trabajo necesario en la primera mesa no pudo ser llevado a cabo con éxito en un tiempo breve (intersexualidad); ya sea porque el trabajo realizado en esa primera mesa requiere ser revertido posteriormente (transexualidad). En esta segunda mesa resulta más claro, entonces, el efecto prostético de sus implementaciones, pues requiere la intervención explícita del cuerpo tanto mediante cirugías como con administración hormonal. Veamos por parte cada uno de los casos de esta segunda mesa.

5.1.1.2.1 - Intersexualidad

El primero en tratar los casos de intersexualidad a través de procedimientos de “asignación de sexo” fue John Money, quien creó la noción para las situaciones en que los médicos no pueden indicar a simple vista el sexo del recién nacido:

Podemos asegurar, que con anterioridad al trabajo del polémico pediatra psicoendocrinólogo John Money, no existían protocolos para el tratamiento de la intersexualidad tal y como es entendida desde la práctica médica actual. Sus protocolos nacieron en los años cincuenta partiendo de la teoría en la cual defendía que la identidad de género es neutral en el nacimiento y en la infancia temprana y que posteriormente se determina con los genitales y la crianza (Gregori Flor, 2006: 106).

Bajo su consideración de que a los dos años una criatura tiene forjada la identidad de género, tal identidad puede modificarse hasta los 18 meses aproximadamente, aunque los tratamientos relativos a dicha modificación continúen a lo largo de la pubertad.

Este estilo de cuerpos sexuales se produce en base a dos criterios: el análisis cromosómico y el juicio estético. El análisis cromosómico se sustenta en la composición genética (XX o XY), mientras que el juicio estético surge de la configuración genital manifiesta (predominio visual del pene o del clítoris). Según

cómo se combinen esas dos dimensiones, es la decisión médica de cirugía y de administración hormonal. De todas maneras, en la consideración de criterios predomina el ordenamiento estético visual:

Como si los ojos fueran finalmente los encargados de establecer la verdad del género verificando la correspondencia entre los órganos anatómicos y un orden sexual ideal binario. Dicho de otro modo, no somos capaces de visualizar un cuerpo fuera de un sistema de representación heterocentrado (Preciado, 2002: 110).

Al pensar la diferencia sexual como una oposición excluyente, los órganos de un cuerpo intersexual no resultan inteligibles, no son verdaderos órganos. John Money busca neutralizar las ambigüedades anatómicas privilegiando la estabilidad del orden sexual. Con lo cual, la capacidad constructiva del sexo es limitada, condicionada por el mantenimiento de dicha estabilidad:

Solo la tecnología médica (lingüística, quirúrgica u hormonal) puede reintegrar los órganos al orden de la percepción, haciéndolos corresponder (como masculinos o femeninos) con la verdad de la mirada, de manera que muestren (en lugar de ocultar con marginalidad) la verdad del sexo (*Ibíd.* 111).

Entonces, los criterios de “asignación por nacimiento”, dependen de un modelo de reconocimiento visual que se pretende empírico, donde los significantes (cromosomas, talla de los genitales, etc.) se presentan como verdades científicas. En estos casos, hacer visible un cuerpo implica asignarlo unívoca y definitivamente como masculino o femenino. “Se trata de una ontología escópica: lo real es lo visible” (Preciado, 2008a: 85).

5.1.1.2.2 - Transexualidad

En el contexto de la guerra fría, al tiempo que el Dr. John Money producía la lógica de asignación de sexos, categorizadora de bio-hombres y de bio-mujeres, otro médico, el Dr. Harry Benjamin, generaba el orden de la reasignación de sexos, productor de trans o tecno¹⁷⁵ hombres y mujeres. Este médico, en la práctica y en la nominación, complejizó la clasificación de las desviaciones sexuales, diferenciando

¹⁷⁵ “Tecno” en terminología de BP.

entre travestismo y transexualismo, categoría que inventó, a la que también se conoce como “síndrome de Harry Benjamin”. Con el vocablo “transexual” Benjamin diferenciaba a los pacientes que requerían una operación de cambio de sexo de aquell*s travestidos. Es decir, el término fue utilizado para referirse a

personas con un desorden de la identidad de género de toda la vida quienes, además de travestirse (actividad tradicionalmente asociada con el fetichismo y el travestismo), se identificaban completamente con el sexo opuesto, creían que se encontraban atrapadas en el cuerpo equivocado y querían cirugía para corregir ese desorden (Soley-Beltrán, 2003:61).

En los casos de transexualismo, al requerir una reasignación de sexo, los criterios estéticos que rigen son muy similares a los de la asignación. Ambos dependen de métodos de reconocimiento visual, de producción performativa y de control morfológico comunes. Sin embargo, el diagnóstico de patología aparece aquí a partir de una no coincidencia entre la mente y el cuerpo. Es decir, respecto de la “reasignación de sexo”, la idea de base supone la existencia de un “sexo psicológico” distinto de aquel que ha sido asignado en el nacimiento. Tal existencia se evidenciaría en un sentimiento interior de “ser varón” o “ser mujer” que responde a un modelo de lo radicalmente invisible, no representable. Este es el criterio instaurado por Robert Stoller, como señaláramos en la primera genealogía del género (“3.1.1”), quien acuña la noción “disforia de género” para diagnosticar la transexualidad. En esta pauta, “se trata de una ontología inmaterial: lo real no se ofrece a los sentidos” (Preciado, 2008a: 85).

Al tratarse de personas adultas que podrían solicitar por sí mismas una reasignación de sexo, cabría la posibilidad en estos casos, a diferencia de la asignación, de una conciencia de los procesos técnicos de la masculinidad y la feminidad, del reconocimiento social en el espacio público y, por lo tanto, de la resistencia a la norma. Sin embargo, el control médico requiere del diagnóstico de disforia de género para acceder al pedido de una reasignación de sexo, mal llamada “cambio de sexo”¹⁷⁶. Entonces, no es una cuestión que se resuelva directamente con la autonomía de dirigirse a la seguridad social o a la medicina privada, monto

¹⁷⁶ “De hecho, los hombres transexuales no cambiamos de sexo, nuestro «yo» siempre es del mismo sexo. Como tampoco cambiamos de sexo cromosómico” (Martínez, 2005: 121). Las maneras de indicar los procesos de reasignación, en el caso de mujer a varón, son las siguientes: MaH (de *Mujer* a Hombre), MaV (*Mujer* a Varón) en Latinoamérica, o FtM (*Female* to Male), también FtoM y F2M, en los países anglosajones. Se invierten las letras para el proceso contrario: de hombre a mujer (HaM, VaM, MtF, MtoF, M2F).

económico mediante. Este procedimiento está controlado por el aparato estatal, al punto que quien solicite una reasignación sexual debe pasar un examen para obtener un certificado psiquiátrico que diagnostique la “disforia de género”¹⁷⁷: “No hay razón política que justifique que el Estado deba ser garante de un cambio de sexo y no de una cirugía estética de nariz...” (Preciado, 2002: 33). Ahora bien, si tal certificación se otorga, puede pasarse a las siguientes intervenciones, bajo protocolo médico. Estas pueden constar tanto de administración hormonal como de operaciones quirúrgicas¹⁷⁸.

Las hormonas permiten cambios en la velloidad de la cara y del cuerpo, el tono de la voz, la menstruación, la masa muscular, la intensidad de la libido, el crecimiento del clítoris y del cabello. En el caso de una transformación de mujer a hombre, por ejemplo, el consumo de testosterona aumentará el vello, volverá grave la voz, hará desaparecer la menstruación, aumentará la masa muscular y el tamaño del clítoris, provocará caída del cabello: “Ese es el poder de las hormonas, esa es su magia y eso es lo que las convierte en subversivas” (Martínez, 2005: 121).

En cuanto a las cirugías consisten en diversas intervenciones. Por un lado, están los procedimientos para “quitar lo que sobra”, como los de ablación de la nuez, mastectomía (ablación de los senos), histerectomía (ablación del útero). Por otro, los de producción de órganos faltantes; esto es, la vaginoplastia (reconstrucción quirúrgica de la vagina) y la faloplastia (construcción quirúrgica del pene).

La vaginoplastia se practica “exitosamente” desde finales de los años ochenta mediante diversas técnicas quirúrgicas que permiten construir órganos genitales femeninos sin que sea posible distinguirlos de los órganos que llamamos “normales”. Pero la medicina no habla en términos de construcción de la vagina, sino de la posibilidad de transformar (“invaginar”) un pene en una vagina. La descripción del

¹⁷⁷ El síndrome de disforia de género fue postulado en 1973 desde el paradigma psiquiátrico para designar la insatisfacción resultante del conflicto entre la identidad de género y el sexo asignado. Desde el punto de vista médico las categorías se han ido transformando a través de la revisión de los diferentes criterios internacionales para diagnóstico y tratamiento de enfermedades (DMS o CIE, por ejemplo). Aquí se hace necesario hacer dos señalamientos: por un lado, que la perspectiva de BP se enrola en un feminismo que considera parte de su política la tarea de cuestionar la producción de “malestares” en torno a las identidades sexuales y de género y su traducción en “enfermedades”. Por otro lado, que comprender estas producciones implica poder visualizar las resistencias a las mismas, que a su vez son una de las fuentes de la transformación categorial, ya que obligan a que la mirada médica se revise.

¹⁷⁸ En cuanto a los tratamientos sigo a Preciado (2002), Chase (2005), Martínez (2005) y Fausto-Sterling (2006). La mirada instituida a nivel internacional regula la posibilidad de las transformaciones desde un ideal heteronormativo. Con tal criterio se autorizan (o no) administraciones hormonales y procedimientos quirúrgicos. En principio, la perspectiva unilateral es la médico-psiquiátrica que pone al “paciente” en un lugar pasivo sin voz propia. El cuestionamiento de las militancias a nivel internacional se basará en la producción de un sujeto político que reivindique su propia voz y su propia auto-percepción desde la cual interpelar al paradigma, a la institución médico-jurídica del capitalismo fármaco-porno-gráfico.

procedimiento aparece como un “dar vuelta hacia adentro el pene”, introducirlo a modo que quede hueco como una vagina. Justamente el proceso finaliza colocando un molde que tiene forma de pene en el lugar reservado a la vagina¹⁷⁹.

La faloplastia, en cambio, puede implementarse según dos técnicas para la construcción del pene: la metadoioplastia y la faloplastia por colgajo. En la metadoioplastia se realiza un tratamiento hormonal con testosterona que provoca el crecimiento del clítoris hasta alcanzar unos cinco centímetros. Posteriormente éste se separa, por su parte inferior, de los labios menores, dándole una forma tubular. Con esta operación se puede mantener la sensibilidad y la erección que tenía cuando era considerado un clítoris. En la faloplastia por colgajo, se construye el pene a partir de un segmento de piel y músculo del brazo, abdomen, o muslo, que se coloca en el pubis, por encima del clítoris. Al tratarse de un músculo, este pene no tiene sensibilidad erógena ni erección. Su medida puede ser hasta de veinte centímetros.

Aparentemente, los dos procedimientos de la mesa cruenta, el que “trata” la intersexualidad y el que se ocupa de la transexualidad, se mueven en direcciones opuestas, ya que para el primero, como marcamos, lo que cuenta es lo visible (el tamaño genital), mientras que para el segundo, al contrario, lo invisible (la identidad psicológica de género). ¿Consiste esta diferencia de matiz realmente en una contradicción? ¿O son dos direcciones de un mismo movimiento que procede del paradigma médico-psiquiátrico inaugurado por la secuencia Money-Benjamin-Stoller?

El análisis de BP nos permite comprender que se trata de la segunda opción; la aparente disonancia responde a una misma perspectiva: el ideal regulativo con que la mirada médica realiza el diagnóstico y el tratamiento se rige por un criterio hetero-cis-sexista. Para comprenderlo hay que tener en cuenta que dentro de los requisitos para acceder a la reasignación de sexo (transexualidad) está el de “probar” que el deseo que alienta tal pedido es heterosexual. Del mismo modo, la “decisión” médica de intervenir un cuerpo recién nacido para transformarlo en niño o niña, se guía por la proyección de un ideal adulto de varón o mujer heterosexual.

¹⁷⁹ Vemos en este criterio una rémora de la anatomía de Vesalio, en un paradigma premoderno de los sexos, que consideraba un modelo único y no dos excluyentes, donde la vagina era representada como un pene: “los órganos de las mujeres se representan como versiones de los del hombre en las tres obras de Vesalio” (Laqueur, 1994: 152).

Pero, si seguimos también el relevamiento que BP hace de la mesa abstracta, podemos inteligir que tal regulación ideal está presente incluso en la asignación de sexo; sin embargo, queda opacado por la eficacia que oculta el procedimiento. De esta manera, queda sobreentendida una supuesta “naturaleza” de identidades sexuales dicotómicas según la cual se nace varón o mujer excluyentemente. El efecto invisible de tal naturalización ha recibido el nombre de “cissexismo”:

el cissexismo, es decir, la tendencia socialmente extendida de considerar a las identidades de género y las corporizaciones del sexo transexuales como menos legítimas que aquellas de l*s cissexuales -esto es, no transexuales-. Las identidades de género transexuales y las orientaciones homosexual/bisexual son consideradas habitualmente como inherentemente cuestionables, innaturales, moralmente sospechosas, y menos válidas social y legalmente que sus contrapartes cissexuales y heterosexuales. El cissexismo no sólo margina institucionalmente a las personas transexuales, sino que privilegia a l*s cissexuales, describiendo sus géneros y cuerpos sexuados como incuestionables, no marcados, y dados por sentado (de manera similar al modo en que se privilegian en nuestra cultura a la atracción y las relaciones heterosexuales) (Serano, 2010: 42).

Podríamos decir entonces que a mediados del siglo XX el paradigma médico psiquiátrico consolidó la mirada cissexista. El análisis de BP permite encontrar el matiz, que se remonta a los ya develados del coitocentrismo y de la heteronormatividad por parte de feminismos previos. BP describe de modo ingenioso el funcionamiento del cis-sexismo en la episteme médico-psiquiátrica, al decir que los criterios aparentemente contrarios para “tratar” la intersexualidad y la transexualidad, están en consonancia

gracias a un bioplatonicismo común que les sujeta, como tirando de ellos desde arriba. Habría que imaginar los ideales biopolíticos de la masculinidad y la feminidad como esencias trascendentales elevadas desde las que cuelgan, en suspensión, estéticas de género, códigos normativos de reconocimiento visual, invisibles convicciones psicológicas que conducen al sujeto a afirmarse como masculino o femenino, como hombre o mujer, como heterosexual u homosexual, como bio- o trans- (Preciado, 2008a: 85)

Este procedimiento esencializador escamotea el carácter construido del sexo en cualquier instancia, tanto la que hemos denominado primera mesa (asignación directa al nacer, considerada “natural” para el orden médico pero tan performativa y prostética como las demás) como la segunda mesa (asignación por nacimiento “Money-ísta” y reasignación “benjaminista/stolleriana”).

Dado que los criterios “Money-ístas” para la asignación de sexo modelan la prostética de la reasignación con la que tiene similitudes estéticas, veamos algunas de sus implicancias, a partir de cómo se combinan las interpretaciones genéticas y genitales. Si la criatura presenta una estructura cromosómica XX se la considera genéticamente femenina y la cirugía interviene para suprimir los tejidos genitales que podrían confundirse con un pene, llegando a una ablación de clítoris en caso de que la genitalidad presente un pene-clítoris¹⁸⁰. Solamente cuando el recién nacido es XX y presenta un pene de tamaño normal y bien formado, la medicina considera la posibilidad de una asignación hacia el sexo masculino.

Si la criatura intersexual dispone de una configuración cromosómica que posee al menos un cromosoma Y, será considerada como genéticamente masculina. A partir de ahí se suscitan dos problemas: por un lado, evaluar si el tamaño de sus genitales postula a devenir pene; por otro lado, evaluar si reacciona positivamente a un tratamiento hormonal a base de andrógenos.

Como resultado de estas diversas operaciones, surge la siguiente especificidad: “una de las diferencias políticas constitutivas de Occidente (ser hombre o ser mujer) se resuelve en una banal ecuación: tener o no tener un pene de un centímetro y medio en el momento del nacimiento” (*Ibíd*: 59). Entonces el criterio predominante será el genital, la estética, el tamaño:

como resultado de esta política del centímetro, en ausencia de un pene bien formado y del tamaño mínimo exigible, la mayor parte de los bebés intersexuales XX o XY son asignados al género femenino. [...] Persuadido de la necesidad de no darle ningún beneficio a la duda, Money confiará en la capacidad del pene para provocar una identidad masculina, incluso si se trata de un cuerpo cromosómicamente femenino (Preciado, 2002: 113).

¹⁸⁰ “En el lenguaje de la asignación sexual, un gran clítoris que no debe confundirse con un pequeño pene” (Preciado, 2002: 108). Este es un ejemplo en la larga taxonomía que busca ser exacta con la denominación de los “órganos desviados”. La misma pone en evidencia el lugar central que juegan el tamaño de dichos órganos y la percepción visual de los mismos como criterios epistémico-ontológicos.

En consecuencia, tanto en la “visión directa” (primera mesa) como en los procedimientos de asignación y reasignación (segunda mesa) rige lo que BP denominará “tabú del dildo”. Sintéticamente, este tabú prohíbe la reconstrucción tecnológica de un pene. ¿Por qué la autora lo presenta en términos de “dildo”? Porque busca descentrar el lugar del pene. Al partir del “dildo” refuta la supuesta relación entre original (pene) y copia (dildo) que plantea la mirada convencional: “el dildo viene a ocupar un lugar estratégico entre el falo y el pene. Va a actuar como filtro y a denunciar la pretensión del pene de hacerse pasar por el falo” (*Ibíd*: 60)¹⁸¹. Por lo tanto, el “tabú del dildo” como efecto central de ambas mesas de operaciones, forma parte de la lógica operativa del Dispositivo de Género. De este modo, solo será “varón” el cuerpo que postule y posibilite la presencia de un pene de determinado tamaño. En el caso de la asignación, es la mirada priorizada por los médicos, según vemos en las siguientes citas, mantenida aún en el siglo XXI¹⁸²:

La regla de oro de la asignación de sexo según Money deja bien clara la interdicción que estructura dicho tabú [del dildo]: Nunca asigne a un recién nacido el género masculino, no lo eduque como niño, ni le aplique una terapia hormonal o quirúrgica en cuanto niño si la estructura fálica en el nacimiento no tiene al menos el mismo tamaño que en los niños de la misma edad (*Ibíd*: 116).

Si no hay posibilidades de construir un pene funcional se asigna como mujer [...] Si es XY pero nunca vas a poder construir un pene funcional, tendrás que decidirte por asignar hacia el sexo femenino... (médico entrevistado en Gregori Flor, 2006: 110).

En el caso de la reasignación, es la modalidad que se impone debido a la crudeza del orden médico, de sus prácticas y de la pobre eficiencia de las mismas:

Los resultados de las faloplastias nos muestran generalmente penes grandes. Que si bien pueden ser habituales en erección, no lo son en

¹⁸¹ El dildo puede descentrar al pene si se tiene en cuenta su procedencia. Pues, en lugar de haber surgido para sustituir al pene, el dildo es un producto de las tecnologías de represión de la masturbación y de curación de la histeria desarrolladas en el marco del dispositivo de sexualidad. Ver Preciado (2002) y Laqueur (2007). La utilización del término “dildo” como concepto que descentra al pene es fundamental para comprender la diferencia analítica entre Preciado y Butler, como vimos en la segunda genealogía del género (“3.2.2”).

¹⁸² Esta mirada está condicionada por las posibilidades tecnológicas y por la geopolítica de su desarrollo: “los avances en cirugía urológica, fundamentalmente producidos a partir del tratamiento a personas transexuales, están modificando los criterios de asignación habituales que asignan “por defecto” el sexo femenino a bebés intersexuales, las respuestas no ofrecen titubeos: a día de hoy en España, no existen cirugías correctivas adecuadas para reconstruir penes mal innervados o demasiados pequeños, por tanto, siguen siendo las posibilidades tecnológicas las que establecen el horizonte de lo posible” (Gregori Flor, 2006: 110).

reposo. [...] La cirugía genital en transexuales FtM es muy compleja, a menudo tiene resultados nefastos. Es por ello que no todos los hombres transexuales deciden someterse a dicha cirugía (Martínez, 2005: 123).

hasta ahora los médicos encargados de la cirugía transexual se contentaban con una operación que ofrecía “resultados cosméticos muy mediocres”, afirmando que un transexual debería conformarse con el sexo que desea, incluso si éste es de apariencia *grotesca* (Preciado, 2002: 100).

Es este canon post-Money-ísta el que pauta el dispositivo de género y marca la diferenciación con el dispositivo de sexualidad. Mientras que para el género rige la prohibición de la construcción prostética del pene, en la sexualidad la asignación sexual estaba regida por los ovarios y por el útero. Su presencia o ausencia era el criterio fundamental del discurso médico para asignar el sexo en los casos calificados por la época como hermafroditas¹⁸³. En este marco, cualquier cuerpo, con o sin pene, se asignaba como “mujer” si era susceptible de embarazo y de parto. En el dispositivo de género, devenir mujer por reasignación de sexo requiere “descubrir” la vagina implícita en un pene. Es decir, en analogía con la segunda creación bíblica, en la que la mujer se fabrica a partir de una costilla del varón, la vagina surge a partir del pene¹⁸⁴. “Ser mujer” sería así una derivación del “ser varón”, sin especificidad propia. Mientras que, transformarse en varón, requeriría la construcción de un nuevo órgano imposible de emular, el pene. Tal vez logre hacerse una imitación de su mera existencia, pero lo que hace que dicho órgano califique para la masculinidad es su dinámica de excitación, erección, eyaculación, que resulta frágil todavía producir. La modelización centrada en el pene rige el dispositivo de género:

el tamaño del pene está relacionado con un estatus. Por su tamaño se valora la virilidad, la hombría, el orgasmo... La falocracia, el culto a la polla, es un valor instaurado en nuestra sociedad que condiciona nuestras necesidades y decisiones. Nos obsesionamos por tener un pene. [...] El

¹⁸³ Antes de que el orden médico creara el diagnóstico de “intersexualidad” se utilizaba la categoría “hermafrodita” que hoy corresponde a un uso vulgar.

¹⁸⁴ Recordemos que en la Biblia pervive la siguiente contradicción dentro del Génesis: Capítulo 1º, versículo 27: *Creó pues Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios los creó; creolos varón y hembra.* Capítulo 2º, versículo 21: *por tanto el señor Dios hizo caer sobre Adán un profundo sueño, y mientras estaba dormido, le quitó una de las costillas y llenó de carne aquel vacío. Y en la costilla aquella que había sacado de Adán, formó el señor Dios una mujer, la cual puso delante de Adán.*

pene es el símbolo por excelencia de la masculinidad. Es el cetro de poder de los hombres. Y los transexuales masculinos o por hormonas o por cirugía lo tenemos. Pero nunca tendremos (la cirugía no nos lo puede conceder) un pene con las mismas características que tendría si hubiésemos nacido con él. Un FtM puede decidir no operarse pero seguir sintiendo la angustia de la ausencia del pene (Martínez, 2005: 123y126).

Entonces, centralidad del pene y tabú del dildo regirán la lógica del dispositivo de género. Es necesario comprender estas operaciones en relación con las nuevas formas sociopolíticas y sus regímenes de poder. De esta manera, podrán entenderse también los indicios de resistencia en este marco.

5.2 - Funcionamiento del dispositivo de género

Como vimos en el Capítulo 3 sobre genealogías del género, Teresa de Lauretis (1989) plantea la inflexión que señala el carácter de construcción dinámica de la categoría a partir de su noción de “tecnologías del género”, aunque todavía considera al “sexo” como un dato natural, a pesar de tomar en consideración la perspectiva foucaultiana del poder (“3.2.1”). Posteriormente, Judith Butler (1990) hace su propuesta performativa para conceptualizar el género, en la que toma tanto el desafío foucaultiano de pensar al sexo como producción del poder a partir del dispositivo de sexualidad, como el desafío lauretiano de pensar al género como un proceso dinámico y no sólo como el resultado de tal producción. La complejidad que Butler otorga al desarrollo de la categoría hace que el género resulte producido a la vez que productor del sexo, mediante la regulación de una matriz heterosexual que guía la coherencia identitaria que nos hace inteligibles.

Como hemos visto, todo esto es aceptado por BP aunque va a enfatizar la encarnación de este proceso y la necesidad de analizar la materialidad del sexo dando cuenta de las prácticas que involucra, sin abstraerlas u omitirlas. Es así que a la complejización brindada por Judith Butler, va a agregar otra, la consideración de que el género es un dispositivo que funciona simultáneamente al de sexualidad. En este sentido, se posiciona en continuidad crítica tanto de Foucault como de Butler. De Foucault, porque acepta el dispositivo de sexualidad pero combina su funcionamiento con el análisis de la producción de géneros. De Butler, porque acepta la producción performativa de género, pero continúa analizando su

materialidad. De esta manera, a las críticas sobre la naturalización de lo femenino y de las mujeres, para las que los feminismos habían utilizado las perspectivas de Foucault, Laetitia, Butler, BP agregará la crítica a la naturalización de lo masculino y de los varones como tarea que debería comprometer a los feminismos¹⁸⁵. Una consecuencia de esto -que le interesa especialmente explorar a BP- es la relación entre masculinidad y mujeres. De allí que las consideraciones que realiza sobre los procedimientos del dispositivo de sexualidad y del de género, permiten volver a un problema nuclear de los feminismos, la des-naturalización de las identidades de género, pero comprendiendo la trama compleja de artificios que exhiben su condición de tales, en pro de procesos de naturalización. Buscamos inteligir la producción de estos efectos.

En función de ello, recordemos que lejos de la rigidez desplegada por el dispositivo de sexualidad, articulado en los sistemas disciplinarios de finales del siglo XIX y principios del XX, las nuevas técnicas del poder farmacopornográfico que rige al dispositivo de género son flexibles, internas y asimilables. Estas características vienen facilitadas por los procedimientos que se introducen a lo largo del siglo XX, tales como prótesis, síntesis hormonales de laboratorio, cirugías, telecomunicaciones, endocrinología, patentes de elementos orgánicos, clonación, semillas, animales y comida transgénicas... En este sentido, la episteme post-Money-ísta no se caracteriza solamente por la transformación del sexo en objeto de gestión política de la vida; sino sobre todo por el hecho de que esta gestión opera a través de nuevas dinámicas del tecnocapitalismo avanzado.

En el marco de las sociedades de control, conceptualizadas por Gilles Deleuze (2006), priman el marketing, la biotecnología, las cifras, la virtualización, el consumo. Este modelo gobernado por las empresas privadas es el que rige hoy la construcción sexo-política¹⁸⁶ de cuerpos y subjetividades. Sin embargo, como afirma Paula Sibilia,

la producción biopolítica será siempre imperfecta, porque las redes de poder también están plagadas de resistencias, insurrecciones y líneas de fuga. Es por eso que el biopoder necesita beber constantemente en la fuente de los nuevos saberes y desarrollos tecnológicos, para efectuar ajustes en sus dispositivos que le permitan fagocitar nuevos espacios

¹⁸⁵ No sólo desde varones sino también desde mujeres. Ver Halberstam (2008).

¹⁸⁶ Recordemos, según veíamos en el Capítulo 4, que la modalidad contemporánea de la biopolítica para BP consiste en sexo-política.

vitales, aunque a veces también deba negociar con eventuales intransigencias (Sibilia, 2005: 215-216).

Con las transformaciones de las prácticas biopolíticas, las concepciones sobre la vida también cambiaron. Esta pasó a ser una mercancía, se puede comprar y vender en el mercado y hasta patentarse:

Esto implica pues que la vida de cada individuo, además de tener valor de uso para quien vive, tendrá al mismo tiempo valor de cesión. Valdrá también como soporte de transformaciones de los individuos presentes y futuros y, por ese hecho, de la vida misma (Iacub, 2004: 175)

A su vez, la administración de los riesgos que amenazan la vida aparece como un nuevo mecanismo de control vinculado al biopoder. Es así como el biopoder cambia de estrategias, del Estado al mercado, de los ciudadanos a los consumidores, de la vigilancia disciplinaria a la gestión privada de los riesgos, del sexo al gen (Haraway, 2004: 154-160). La mirada biotecnológica y genética alcanza lo invisible, lo que no tiene forma:

en una sociedad completamente atravesada por la información digital de inspiración inmaterial, el código genético parece estar ocupando aquel lugar de preeminencia antes asignado al sexo. Localizada en la intersección exacta entre el cuerpo individual y el de la especie, la cadena de genes del ADN es un blanco privilegiado tanto de las biopolíticas que apuntan a la población como de las técnicas específicas de modelación subjetiva (Sibilia, 2005: 231).

Siguiendo a la autora, consideramos que el “sexo” como lugar en el que ancla la inteligibilidad de la identidad, es un compuesto cada vez más complejo, que se desgrana en genitalidades, lecturas cromosómicas, hormonas... Sin embargo, no es que el gen ocupe el sitio del efecto principal de las tecnologías contemporáneas, sino que será un elemento a conjugar en la construcción de la coherencia unívoca, cuyo producto es el género, de allí la denominación de dispositivo de género.

Entonces, las prácticas sexo-políticas ya no tienen como eje al cuerpo, sino al “material humano” (fluidos, sustancias) que se encuentra en el interior del cuerpo. Estos materiales permiten curar, crear individuos o inventar nuevas formas de lo humano. La aparición de un nuevo tipo de corporalidad, entonces, está posibilitada por estas prácticas así como por la píldora anticonceptiva, las técnicas de

mastectomía, de reconstrucción del pecho, de implantes de silicona... Ellas no se basan en una totalidad del cuerpo, sino que toman sus órganos, tejidos, fluidos, como materia prima de una multiplicidad de técnicas que provienen tanto de la medicina como del cine o de la arquitectura. La virtualización parece ser la nueva etapa de relación con los cuerpos, pero no debe entenderse el cuerpo como desencarnado o desmaterializado, sino como reinventado, reencarnado, multiplicado:

La tecnología no funciona como mera *intermediaria*, instrumento catalizador neutro e inocente, sino que se convierte en *mediadora* (...) constituyendo agenciamientos híbridos, actantes o cyborgs (...), donde lo biológico, lo tecnológico y lo social se con-funden. (...) podríamos añadir que la tecnología es *biología* hecha para que dure (García Duer, Ortega y Romero Bachiller, 2006: 3).

Por eso, la génesis del género no es ajena a la aparición y el desarrollo de una serie de técnicas de normalización y transformación del ser vivo, como la fotografía de l*s desviad*s, la identificación celular, el análisis y las terapias hormonales, la lectura cromosómica o la cirugía transexual e intersexual. Con estas innovaciones, los procesos de normalización sexual, que antes sólo podían llevarse a cabo a través de la representación discursiva o fotográfica, se inscriben ahora en la estructura misma del ser vivo a través de técnicas quirúrgicas y endocrinológicas:

El género del siglo XXI funciona como un dispositivo abstracto de subjetivación técnica: se pega, se corta, se desplaza, se cita, se imita, se traga, se inyecta, se injerta, se digitaliza, se copia, se diseña, se compra, se vende, se modifica, se hipoteca, se transfiere, se *download*, se aplica, se transcribe, se falsifica, se ejecuta, se certifica, se permuta, se dosifica, se suministra, se extrae, se contrae, se sustrae, se niega, se reniega, se traiciona, muta (Preciado, 2008a: 90).

El género funciona como un programa operativo a través del cual se producen percepciones sensoriales que toman la forma de afectos, deseos, acciones, creencias, identidades. Uno de los resultados característicos de esta tecnología de género es la producción de un saber interior sobre sí misma/o, de un sentido del yo sexual que aparece como una realidad emocional evidente a la conciencia. En este proceso las hormonas constituyen uno de los medios contemporáneos para fabricar

la subjetividad y sus afectos. En este sentido, la modelización de la subjetividad consiste en una programación de género que permite producir sujetos que se piensan y actúan como cuerpos individuales, que se autocomprenden como espacios y propiedades privadas, con una identidad de género y una sexualidad fijas. De esta manera, el género (feminidad/masculinidad) no es ni un concepto, ni una ideología, ni una *performance*:

la certeza de ser hombre o mujer es una ficción somatopolítica producida por un conjunto de tecnologías de domesticación del cuerpo, por un conjunto de técnicas farmacológicas y audiovisuales que fijan y delimitan nuestras potencialidades somáticas funcionando como filtros que producen distorsiones permanentes de la realidad que nos rodea (*Ibíd*: 89)

Esta manera de considerarlo es la que le permite decir a BP que el género es prostético. Veamos porqué/cómo.

5.2.1 - La performatividad de género como prostética y quiasmática

Consideramos que la propuesta de un dispositivo de género por parte de BP configura una performatividad prostética que dialoga estrechamente con la propuesta de Judith Butler. Sin embargo, no llega a tomar en consideración un elemento butleriano que nos resulta imprescindible: el vínculo quiasmático entre discurso y materia, que analizamos en el Capítulo 3 (“3.2.2”).

La postura de BP, por su parte, nos permite resignificar la base gramatológica de esta relación para inferir la producción de materialidad, el cuerpo como efecto. Pues desde la perspectiva del fármaco-poder que orienta al dispositivo de género se desprende el carácter semiótico de los flujos hormonales:

La teoría hormonal forma parte de un intento de pensar el cuerpo como un sistema de comunicación. [...] La hormona, pensada como la desconstrucción derrideana piensa la escritura, es telecinemática. [...] La primera teoría hormonal es una *media theory*, una teoría de la comunicación en la que el cuerpo ya no es simplemente un medio en el que se emite, se difunde y se colecta información, sino el efecto material de estos intercambios semioticotécnicos (*Ibíd*: 121-122).

En esta línea del fármaco-poder, BP cuestiona la performatividad butleriana postulando que no permite inteligir la dimensión prostética del género: “El género no es simplemente performativo (es decir, un efecto de las prácticas culturales lingüístico-discursivas) como habría querido Judith Butler. El género es ante todo prostético, es decir, no se da sino en la materialidad de los cuerpos” (Preciado, 2002: 25). Pero en esta consideración omite la figura del quiasmo que habilita la torsión lenguaje/materia en la que se produce el cuerpo.

Nuestra consideración es que teniendo en cuenta la figura del quiasmo, que la propia Butler incorpora, el carácter prostético del género se pone en juego en los textos butlerianos, aunque la misma autora no lo explore. Si bien en los artículos que reúne bajo la publicación *Deshacer el género* (2006 [2004]) recupera por un lado esta figura, por otro lado no la pone en juego al referirse a un ejemplo concreto de incardinación. Se trata de “Hacerle justicia a alguien”, donde analiza la historia de David Reimer, “paciente” de John Money, presentada por la BBC¹⁸⁷. Butler desarrolla su relato bajo la perspectiva de una paradoja: “-sobre la cual espero escribir más en otra ocasión-, a saber: el lugar de las máquinas afiladas, de la tecnología del bisturí en los debates tanto sobre intersexualidad como sobre transexualidad” (Butler, 2006: 99).

Al omitir esos aspectos de la historia elude las consecuencias prostéticas de la performatividad de género que podrían incorporarse vía la figura del quiasmo, si no se detuviera en los límites de la tecnología. Al hacerlo, parece estar cediendo a la segmentación instituida entre “naturaleza” y “tecnología” que el propio quiasmo invita a desarmar. En este sentido cabe la observación de BP de que

Butler, al haber acentuado la posibilidad de cruzar los límites de los géneros por medio de *performances* de género, habría ignorado los procesos corporales y especialmente las transformaciones que suceden en los cuerpos transgénero y transexuales, así como las técnicas de estabilización del género y del sexo que operan en los cuerpos heterosexuales. Lo que las comunidades transexuales y transgénero han puesto sobre la mesa no son tanto *performances* teatrales o de escenario a través de los géneros (*cross-gender*) sino transformaciones físicas, sexuales, sociales y políticas de los cuerpos fuera de la escena, dicho de

¹⁸⁷ Asignado como varón al nacer, es operado de sus genitales y criado como mujer entre los primeros meses de vida y los quince años. A partir de allí inició un proceso de reasignación de sexo como varón. Véase Butler (2006) y Fausto-Sterling (2006).

otro modo, tecnologías precisas de trans-incorporación (Preciado, 2002: 75).

La relación quiasmática cuerpo/lenguaje habilita atender la materialidad en todas sus implicancias institucionales, es decir, incluso los usos del cuerpo intervenido por la medicina y por el ámbito jurídico, dimensiones que se pierden atendiendo sólo al nivel de la narratividad. Es lo que hace Butler en su relato sobre David, donde se concentra estrictamente en lo discursivo narrativo:

Lo que es inconcebible se concibe una y otra vez, a través de medios narrativos, pero algo permanece en el exterior de la narrativa, un momento de resistencia que señala la persistencia de la cualidad del ser inconcebible. [...] La narración de David sobre su sentimiento de ser un hombre es lo que apoya la teoría que sostiene que David es realmente un hombre y que ha sido siempre un hombre, incluso cuando era Brenda (Butler, 2006: 99 y 103).

Lejos de invalidar el análisis de Judith Butler, consideramos que deslinda las operaciones materiales de las idas y vueltas quirúrgicas y hormonales en la biografía de David¹⁸⁸. De allí que compartamos el señalamiento de BP, quien considera que la performatividad conceptualizada por Butler es adecuada para comprender la mesa abstracta de operaciones productoras del sexo (procedimientos de asignación sexual directa), pero, si se quiere entender el diseño de las corporalidades en el dispositivo de género, hay que tener en cuenta la segunda mesa de operaciones con su performatividad prostética (procedimientos de asignación sexual en casos de intersexualidad o de reasignación sexual en casos de transexualidad). De este modo, comprendemos que toda performatividad, además de quiasmática, es prostética.

Al poner el énfasis en la inscripción somática de los procedimientos del dispositivo de género, BP continúa el trabajo de Judith Butler, mostrando que las citaciones y reiteraciones están encarnadas, por eso las prácticas son más que performativas. Recordemos que las operaciones performativas tienen las dimensiones lingüística y teatral, aunque sería equívoco pensarlas como “vacías”, ya que implican al lenguaje

¹⁸⁸ En su análisis, Judith Butler pone entre paréntesis esta cuestión porque no es relevante para su objetivo de enfatizar la “autopercepción” de David frente a la heteroasignación de género y de nominación por parte del orden médico. Asimismo, la perspectiva de Judith Butler es uno de los fundamentos de la legitimidad de la “autopercepción” en los Principios de Yogyakarta (ICJ, 2007) que fundamentan la Ley de Identidad de Género en Argentina.

efectivizando estados de cosas. A pesar de ello, BP considera que esa manera de pensar la performatividad comete la

reducción de la identidad a un efecto del discurso, ignorando las formas de incorporación específica que caracterizan distintas inscripciones performativas de la identidad. [...] La noción butleriana de “performance de género”, así como la aún más sofisticada “identidad performativa”, se deshace prematuramente del cuerpo y de la sexualidad haciendo imposible un análisis crítico de los procesos tecnológicos de inscripción que hacen que las performances “pasen” como naturales o no (Preciado, 2002: 74).

El énfasis de la conceptualización de BP está en resaltar la productividad material y técnica del proceso de generización. En función de este señalamiento considera que Butler no sería tan materialista en su propuesta. Sin embargo, BP por su parte, desconoce el involucramiento psíquico de esta producción, al que sí prestó atención Butler. De esta manera, la noción de materialidad de BP parece ser demasiado concreta o exteriorizante, al no tener en cuenta los aspectos simbólicos y psíquicos del proceso. Nuestra consideración es que por no incurrir en las complicaciones ontológicas de pensar el estatuto de lo psíquico y enfatizar la corporeidad, produce un reduccionismo de lo corporal que, si bien puede pensarse como tecnología, no dejaría lugar a procesos mentales de ninguna índole. Llama especialmente la atención la ausencia de análisis de perspectivas psicoanalíticas cuya consideración, aun cuando fuera crítica, parecería ineludible. Vamos a ver, oportunamente, que al seguir a Deleuze-Guattari en el AntiEdipo comparte determinados supuestos pero no hace una exploración particular. Lo señalamos en tanto la sustentación de su propuesta quedaría en cierta medida endeble al considerar un único plano de los acontecimientos¹⁸⁹.

Hecha esta salvedad, los procedimientos del dispositivo de género según BP son performativos, pero se trata de una performatividad prostética. Las identidades que produce son ficciones somatopolíticas que no pueden desarticularse a través del lenguaje; por lo tanto, las contra-conductas que resistan a sus operaciones, deberán involucrar procedimientos tecnosomáticos que surgen en el quiasmo entre soma y

¹⁸⁹ Es posible, de hecho, que este mismo relato produzca una confusión en sus alusiones metafóricas que intentan dar cuenta de una unicidad pero compleja. Es decir, trata de evitar una ontología dual (mente/cuerpo, por ejemplo, como dos entidades ontológicamente diferenciables), pero a la vez busca manifestar el carácter complejo de una producción a partir de materialidades de diversa índole. Creemos que la noción de quiasmo según Butler logra dar cuenta de ello.

discurso. De este modo BP muestra las sofisticadas maneras de producirse la naturalización de identidades de género en el marco de las sociedades de control tecno-capitalistas contemporáneas. Separaremos la explicación dicotómicamente, al mostrar primero las naturalizaciones del “ser mujer” y en segundo lugar, las del “ser varón”.

5.2.1.1 - Naturalizaciones femeninas: “ser mujer” como efecto del dispositivo de género

La manera en que BP retoma la perspectiva del dispositivo foucaultiano de sexualidad permitió ver que la diferencia jerarquizada entre los sexos se produce prostéticamente según la episteme post-Money-ísta regulada fármaco-porno-gráficamente (“5.1”). En este apartado y el siguiente queremos mostrar de qué manera sobre ese trabajo tecno-somático se articulan fuertes procesos de naturalización de los géneros.

5.2.1.1.1 - La píldora anticonceptiva

Para dar cuenta de las naturalizaciones de género, BP remite una vez más al contexto de producción de la episteme médico-psiquiátrica representada por la tríada Money-Benjamin-Stoller (“3.1.1”). Uno de los elementos que constituye la posibilidad de este paradigma y del fármaco-poder concomitante, es la síntesis química de hormonas, que tuvo a su vez como consecuencia la invención de la primera píldora anticonceptiva. Para muchas feministas y muchos feminismos, la invención de la píldora había sido un acontecimiento liberador al separar la reproducción del disfrute de las relaciones sexuales sin detenerse a analizar su contexto de producción, que para BP permite dar cuenta del dispositivo de género:

En 1946, se inventa la primera píldora *antibaby* a base de estrógenos sintéticos -el estrógeno se convertirá pronto en la molécula farmacéutica más utilizada en toda la historia de la humanidad-. [...] En [1947] el pseudopsiquiatra norteamericano John Money inventa el término “género”, diferenciándolo del tradicional “sexo” para nombrar la pertenencia de un individuo a un grupo culturalmente reconocido como “masculino” o “femenino” y afirma que es posible “modificar el género de cualquier bebé hasta los dieciocho meses”. [...] El *lifting* facial y diversas

intervenciones de cirugía estética se convierten por primera vez en técnicas de consumo de masas en Estados Unidos y Europa. [...] Al mismo tiempo, se generaliza el uso del plástico para la fabricación de objetos de la vida cotidiana. [...] En 1953, el soldado [norte]americano George W. Jorgensen se transforma en Christine, convirtiéndose en el primer transexual mediatizado; Hugh Hefner crea *Playboy*, la primera revista porno norteamericana difundida en quiosco, con la fotografía de Marilyn Monroe desnuda en la portada del primer número (Preciado, 2008a: 28-29).

El modo en que BP reúne estos diversos elementos de la industrialización y el capitalismo a mediados del siglo XX nos permite comprender las características de la episteme post-Money-ísta en lo que hará a la producción fármaco-porno-gráfica de identidades de género en la que conviven las tecnologías de *Playboy*, con las cirugías plásticas, los protocolos hormonales y las conceptualizaciones del género y del sexo. Entonces la cita nos recuerda el contexto de producción del dispositivo de género y de uno de sus elementos especiales, la invención de la píldora anticonceptiva. Más adelante, BP refuerza el vínculo entre esta invención y la producción de feminidad:

El estrógeno y la progesterona, bases moleculares de la producción de la píldora anticonceptiva, son hoy, incrementándose desde su invención en 1951, las sustancias más fabricadas por la industria farmacéutica mundial, convirtiéndose así en las moléculas sintéticas más utilizadas de toda la historia de la medicina. Lo curioso no es esta producción masiva e industrial de las hormonas denominadas “sexuales”, sino el hecho de que estas moléculas sean utilizadas con prioridad y casi exclusivamente sobre el cuerpo de las mujeres, al menos hasta principios del siglo XXI. La bio-feminidad tal y como la conocemos hoy en Occidente no existe sin un conjunto de dispositivos mediáticos y biomoleculares. Las bio-mujeres son artefactos industriales modernos, tecnoorganismos de laboratorio, como las hormonas (*Ibíd*: 126).

Vemos cómo el prefijo “bio” antecediendo a “feminidad” hace explícita su condición de producida pero, sin embargo, produce un efecto de naturalización a partir de la apelación a la biología. En este sentido, dado que se trata de una naturalización que se superpone sobre otra, la del sexo, hay una eficacia doble. En los elementos de la cita vemos que BP muestra tal eficacia que se hace visible en la analogía entre las bio-mujeres y las hormonas (químicamente sintetizadas, recordemos). Del mismo

modo, apelar en los discursos a las hormonas conlleva un efecto esencializante por su relación con lo “natural” cuando no explicitamos su carácter tecno-científico de producciones químicas.

A esta altura del texto, BP agrega al señalamiento de producción racial entorno a la invención de las píldoras anticonceptivas femeninas, el de diseño corporal “femenino”, ya que “las mujeres” deberían presentar la menstruación para considerarse tales:

la píldora opera desde el principio como una técnica no de control de la reproducción, sino de producción y control de género. La primera píldora inventada, aunque eficaz como control de natalidad, fue rechazada por el Instituto Americano de la Salud (AHI), porque, al suprimir totalmente las reglas, venía a poner en cuestión, según el comité científico, la feminidad de las mujeres [norte]americanas. Así se inventa una segunda píldora, igualmente eficaz, pero con una diferencia: su capacidad para reproducir técnicamente los ritmos de los ciclos menstruales naturales” (*Ibíd*: 130).

En analogía a las *performances drag queen* y *drag king*¹⁹⁰, BP denomina a este procedimiento *bio-drag*, una especie de travestismo somático, de ficción corporal de feminidad. Es decir, de puesta en funcionamiento del género según el nuevo dispositivo de género, para el cual la feminidad se vuelve microprostética, puede ser producida y reproducida, gracias a la administración masiva y en grandes dosis de estrógenos y de progesterona. Para BP, aquí se hace evidente el carácter prostético de la performatividad, que busca reproducir la totalidad biológica de lo viviente (*Ibíd*). En la actualidad, las píldoras han reducido notablemente las dosis de hormonas, administrando dosis más pequeñas durante más días, disminuyendo los días placebo durante los que se produce la pseudo menstruación o, en palabras de BP, *tecno-regla*. Pero siguen funcionando según un doble efecto paradójico: por un lado, evitan la concepción; por otro lado, hacen que el cuerpo de las mujeres aparezca como poseedor de una naturaleza inmutable, ahistórica y transcultural.

A través del episodio de invención de la píldora BP pone al descubierto que el dispositivo de género utiliza el artificio para provocar el efecto de naturalización. Es decir, las tecnologías de producción de género imitan la fisiología “natural” y al

¹⁹⁰ *Drag queen* (hombre biológicamente definido que practica una forma visible de feminidad) y *drag king* (mujer biológicamente definida que practica una forma visible de masculinidad). Ver Rodríguez (2008).

hacerlo se hacen pasar por “biológicas”, en el sentido de “pre-discursivas”; o sea, refuerzan un efecto esencializante:

Estas técnicas de intervención hormonal, desde la segunda píldora de Pincus hasta la actual micropíldora, funcionan de acuerdo con un principio de acción paradójico: primero interrumpen el ciclo hormonal natural; después provocan técnicamente un ciclo artificial que permite restituir una ilusión de naturaleza (*Ibíd.* 132).

Por lo tanto, en el siglo XXI, los cuerpos femeninos de diseño post-Money-ísta producen tecno-mujeres. La ortopedia social del siglo XIX que analizara Foucault ha dado paso, entonces, a una “microprostética sexopolítica” (*Ibíd.* 135). Como vimos en la página anterior, BP la caracteriza como travestismo somato-político, que transforma la estructuración vital del cuerpo. Los mismos procedimientos se replican para múltiples naturalizaciones: “los órganos, los tejidos, los fluidos y, en último término, las moléculas, se transforman en materias primas a partir de las cuales se fabrica una nueva apariencia de naturaleza” (*Ibíd.* 140). De este modo, la producción de “mujeres” sigue, desde la perspectiva médica, un protocolo hormonal que pauta las distintas etapas del “ciclo vital” regulado farmacológicamente. Veremos que la producción de masculinidad no está exenta de este canon, pero con otras características.

5.2.1.1.2 - El modelo Agnès¹⁹¹

El ejemplo de la píldora, como paradigmático de las regulaciones femeninas del dispositivo de género, permite entender la serialidad de la producción de “mujeres” en base al presupuesto, también naturalizado, de un sexo femenino. Es decir, facilita la comprensión del funcionamiento performativo prostético de producción de mujeres (la cosecha de mujeres...). Sin embargo, esas mismas condiciones de producción reguladoras y sujetadoras, son el punto de partida para un agenciamiento, como anunciara Foucault y analizara Butler. En su conceptualización BP describe los modos dúctiles en que la regulación y el propio disciplinamiento son realizados por los cuerpos en el mero ocuparse por la calidad de vida, por ejemplo. Para inteligir qué modalidades podría adquirir contemporáneamente el agenciamiento, BP toma

¹⁹¹ Me apropio de un subtítulo que utiliza BP (Preciado, 2008a: 272). En el Capítulo 1 presentamos la discusión sobre el análisis de este caso por parte de militantes hispanohablantes que leen a BP (ver “1.2.2”).

como indicio la biografía de Agnès, “paciente” que consulta en el momento en que se está gestando el nuevo dispositivo:

En octubre de 1958, una joven acude al departamento de psiquiatría de la Universidad de California en Los Ángeles. La recibe un equipo compuesto por un psiquiatra, un sociólogo y un psicólogo, Stoller, Garfinkel y Alexander-Rosen, que llevan a cabo investigaciones avanzadas acerca de la identidad sexual (*Ibíd*: 272).

En la historia clínica los especialistas le asignan el nombre ficticio de “Agnès” y consideran que su apariencia de mujer es convincente ya que a pesar de los genitales masculinos y un pene “normal”, posee formas femeninas y caracteres secundarios del sexo femenino. De todos modos, BP interpreta que los aspectos decisivos para la decisión médica proceden de considerar que

no presenta signos de desviación sexual, travestismo u homosexualidad. Nada podría diferenciarla de una joven de su edad. Su tono de voz es agudo, no lleva ni vestidos exhibicionistas ni de mal gusto que caracterizan a los travestis o a los hombres con problemas de identificación sexual (*Ibíd*)

y conducen al diagnóstico de “síndrome de feminización testicular”. En consecuencia, siguiendo el protocolo Money que prevé la reasignación de sexo a través de técnicas hormonales y quirúrgicas, se le concede a Agnes el derecho a obtener una vaginoplastia terapéutica.

En el análisis de los informes clínicos, BP combina su interpretación sobre el tratamiento que Foucault le había dado al caso de Herculine, hermafrodita del siglo XVIII. En el estado de la cuestión, Capítulo 1, “1.2 - Recepciones de BP”, nos detuvimos en el relato de Agnès y en esta comparación, por el valor que le da BP para su conceptualización y porque ha sido objeto de diversas lecturas, sobre todo en el contexto latinoamericano. Allí indicábamos el aspecto curioso de la biografía de Agnès quien en realidad ficcionalizó su condición intersexual para acceder con menos mediaciones al protocolo de reasignación de sexo, cuestión que le hubiera resultado más exigida y controlada de haber sido diagnosticada como transexual. El “fraude” se devela ante los médicos cuando posteriormente a la vaginoplastia hace otra consulta con el mismo equipo en la que detalla que sus caracteres secundarios femeninos son producto de una estrogenización que viene realizando desde la

pubertad y que se relaciona con la presencia de la píldora anticonceptiva en su entorno familiar:

cuando su hermana, unos años mayor que él empieza a tomar la píldora, Agnès, entonces todavía un niño, decide hacer lo mismo y empieza a tomar las hormonas de su madre. Agnès siempre ha deseado ser una chica y ahora, gracias a los estrógenos de su madre¹⁹², le empiezan a crecer los pechos al mismo tiempo que se suavizan algunos de los signos indeseados de la pubertad (como el vello facial) (*Ibíd*: 275).

En principio basándose en la performatividad butleriana BP sugiere que Agnès seleccionó los elementos de su relato para dar el efecto convincente de intersexualidad y en este sentido, haría una reapropiación performativa de los procedimientos del dispositivo de género. Sin embargo, BP considera que se trata de algo más, que Agnès comprende que la identidad de género se pone en juego a través de un guión, una narración “en la que el cuerpo actúa al mismo tiempo como escenario y como personaje principal” (*Ibíd*: 276). Pero en este caso el guión da un giro inesperado, no se queda en el plano de la imitación (hombre biológico que imita a una mujer) sino que “pasa por intersexual” con lo que lo verosímil de su apariencia está desplazando el supuesto de imitación que cabría en la transexualidad (mujer imitada por parte de un varón):

lo que Agnès está criticando a través de su incorporación de la desviación, entendida en sentido médico, no es la masculinidad o la feminidad en sí mismas, sino (en un segundo grado de comprensión de la complejidad de las tecnologías del género) el aparato mismo de producción de la verdad del sexo en la era farmacopornográfica (*Ibíd*: 277).

En este caso, entonces, es el cuerpo mismo el que lleva a cabo el proceso de imitación, por eso BP considera que el de Agnès es un ejemplo que acaba con las oposiciones de la metafísica tradicional que obstaculizaría la teoría performativa de Butler al oponer performance y anatomía. Por nuestra parte, consideramos que el caso Agnès permite poner en evidencia el quiasmo que se produce entre lenguaje/discurso/materia que para BP es prostético, cuando afirma:

¹⁹² La madre de Agnès consumía Silberstrol, un preparado a base de estrógenos que le había sido recetado como parte de una terapia de tratamiento antimenopáusico.

Agnès es un artefacto cultural de consistencia orgánica, una ficción cuyos contornos son somáticos. Si aceptamos que Agnès es un cibernético farmacopornográfico, habría que decir que su madre (enganchada a la ingestión, al parecer un tanto caótica, de una tecnología hormonal de sustitución) y su hermana (que consume la píldora *antibaby* desde la adolescencia) también lo son. Ambas se dejan habitar, al tragar sus inofensivas pastillas, por ficciones biotecnológicas de la identidad. La diferencia es que mientras que Agnès parece reapropiarse de las técnicas de subjetivación y de genderización de su cuerpo, su hermana y su madre ingieren inconscientemente sendas tecnologías como si fueran suplementos de feminidad (*Ibíd*).

Esta diferencia tenue entre ambas ingestas hormonales es la que se encuentra entre la mera reproducción de las condiciones de la feminidad y la gestión de una resistencia a partir de un desplazamiento quiasmático, como el de Agnès. Por eso para BP el caso Agnès ejemplifica una forma de bio-terrorismo de género pues ofrece puntos de fuga al control estatal de flujos (hormonas, esperma, sangre, órganos, etc.), de códigos (imágenes, nombres, etc.) y a la privatización y mercantilización de las tecnologías del género y del sexo por parte de las multinacionales farmacopornográficas. El análisis del modelo Agnès por parte de BP culmina considerándolo como una “transformación del cuerpo de la multitud en archivo político abierto” (*Ibíd*: 278). Ahora bien, esta interpretación le valdrá duras críticas por parte de los activismos (“1.2.2”), aunque el uso que BP hace de este caso es fundamental para comprender su propuesta del dispositivo de género.

En particular, el teórico y activista intersexual trans Mauro Cabral, cuestiona que este caso represente un agenciamiento colectivo, cuestión que retomaremos en el próximo capítulo. En un sentido similar, el artista Felipe Rivas San Martín interpreta que BP está proyectando en su relato del caso una justificación política personal y, de esta manera, reifica la experiencia de una persona trans en función de sus propios intereses epistemológicos.

5.2.1.1.3 - Testo-tabú

Más allá de las diferentes interpretaciones que puedan realizarse sobre el relato clínico de Agnès, el modo en que BP lo utiliza le resulta eficaz para mostrar su perspectiva del género como prótesis; especialmente, en este caso, de la feminidad como prótesis. Veíamos incluso en las citas que también recurre al término cibernético,

superador de la prótesis, en tanto alude a una imbricación entre tecnología y organismo, artificio y naturaleza, donde resulta imposible de diferenciar cada aspecto. Esta es la idea de producción del género que sostiene BP, consonante con la de Butler, pero que hace especial hincapié en su aspecto material in-corporado al que adjetivamos como quiasmático (a partir de Butler) además de prostético (según BP).

Pero el modelo Agnès no resulta suficiente para comprender que en la producción de feminidad no puede intervenir la testosterona, dada su condición de “hormona masculina” que la transformará en tabú para el consumo por parte de mujeres (testo-tabú). Este punto será también un especial nudo de significación para comprender la eficacia feminizante del dispositivo de género. BP lo releva desde las experiencias de personas trans en relación con el orden médico, desde su propia experiencia con la medicina y a partir de investigaciones que desocultan el carácter ideológico de la denominación “sexual” para las hormonas así conocidas; especialmente, las llevadas a cabo por la bióloga feminista Anne Fausto-Sterling (2006 [2000]). Por eso es imprescindible recordar que la invención de las hormonas “sexuales” es uno de los elementos de la mesa abstracta del diseño del sexo en el paradigma médico-psiquiátrico representado por Money (ver “5.1.1”).

En función de hacer visible el carácter de tabú que tiene la testosterona para el género femenino y, a la vez, de transgredirlo, BP involucra su propia experiencia como caso, en los capítulos impares de *Testo Yonqui*¹⁹³. Especialmente en el capítulo 3 del libro analiza la interdicción de la administración de testosterona en mujeres así como su decisión de administrársela:

En esa época paso los días rodeada de amigos trans. Algunos toman hormonas siguiendo un protocolo de cambio de sexo, otros trafican y se administran hormonas sin esperar un cambio de sexo legal y sin pasar por un protocolo psiquiátrico, sin identificarse como “disfóricos de género”¹⁹⁴. Estos últimos se llaman a sí mismos “piratas del género”, *gender hackers*. Yo pertenezco a este grupo de usuarios de testosterona. Somos usuarios *copyleft*: es decir, consideramos las hormonas sexuales como biocódigos libres y abiertos cuyo uso no debe estar regulado ni por el Estado ni confiscado por las compañías farmacéuticas (*Ibíd*: 47).

¹⁹³ Sobre la estructura de *Testo Yonqui* ver Capítulo 1, “1.1.6.2”.

¹⁹⁴ “Disforia de género” es una expresión que introdujo Robert Stoller en la década de los 60 para aludir a la incoherencia entre la anatomía corporal y el núcleo psicológico de género vivenciado por una persona (ver “3.1.1”). La misma se utiliza actualmente en el DSM-V para englobar taxonómicamente la transexualidad.

BP inscribe su práctica como acto de resistencia a las imposiciones del orden médico-psiquiátrico y a las regulaciones del fármaco-poder contemporáneo. Para poner en evidencia que se trata de una contra-conducta, analiza el prospecto del formato comercializable de la hormona que se administra, “Testogel®”, de cuya transcripción rescatamos los siguientes pasajes:

Antes de iniciar el tratamiento con TESTOGEL, debe demostrarse claramente el déficit de testosterona por signos clínicos (regresión de los caracteres sexuales secundarios, modificación de la constitución corporal, astenia, disminución de la libido, disfunción eréctil, etc.). [...] Advertencia especial: TESTOGEL no debe ser utilizado por las mujeres. [...] Para garantizar la seguridad de la pareja femenina, se aconseja al paciente, por ejemplo, dejar un intervalo prolongado entre la aplicación y el período de contacto, llevar una camiseta que cubra los lugares de aplicación durante el período de contacto o ducharse antes de mantener relaciones sexuales. [...] MEDICAMENTO RESERVADO PARA EL VARÓN ADULTO. [...] Deportistas y mujeres: Se advierte a los deportistas y a las mujeres que esta especialidad contiene un principio activo (testosterona) susceptible de producir un resultado positivo en un control de dopaje (*Ibíd.* 51-53).

Estos extractos del prospecto que analizara BP son claros indicadores de que se trata de una sustancia cuyo consumo está médicamente obstaculizado para las mujeres pero que al mismo tiempo, dada la fácil transmisión de la misma a través de la piel, resulta difícil controlar su “pasaje” o “tráfico” entre cuerpos¹⁹⁵. En este sentido, es una sustancia clave para la producción de masculinidad, que analizaremos en el subtítulo “5.2.1.2.1”. Más aún, es un elemento fundamental para

¹⁹⁵ El prospecto actual en el vademécum de España tiene leves diferencias con el que analiza BP, pueden verse en http://www.vademecum.es/medicamento-testogel_prospecto_65016 Es un prospecto aprobado en septiembre de 2008, cuando el libro de BP ya se encontraba editado. Especialmente, se atenúa la restricción a las mujeres, si bien su posible acceso está muy condicionado: “No se recomienda TESTOGEL para mujeres debido a la posibilidad de desarrollar características masculinas”; “Embarazo y lactancia: No deben usar TESTOGEL las mujeres embarazadas o en la lactancia. Las mujeres embarazadas deben evitar cualquier contacto con los lugares de aplicación de TESTOGEL. Este medicamento puede producir el desarrollo de características masculinas indeseadas en el bebé en desarrollo. En el caso de contacto, como se recomendó antes, lávese el área de contacto cuanto antes con agua y jabón. Si su pareja se queda embarazada, usted debe seguir los consejos para evitar transferir el gel de testosterona”; “Deportistas: Hay que recordar a los deportistas que este medicamento contiene un principio activo (testosterona) que puede producir una reacción positiva en pruebas anti-doping”. Vemos entonces que se considera la posibilidad de consumo por parte de mujeres y que se corrigió la aberración que separaba “deportistas” de “mujeres”. Sin embargo, nos interesa el análisis del prospecto anterior que realiza BP dada su relación con la configuración del dispositivo de género. Cabe aclarar, en este sentido, que se conserva la advertencia hacia el final del prospecto de que “Este medicamento es para uso exclusivo de varones adultos”.

comprender la producción relacional de varones y de mujeres desde el dispositivo de género, como veremos. A partir de la intelección de las pautas del dispositivo, BP considera que “para las mujeres, deportistas o no, tomar testosterona es una forma de dopaje” (*Ibíd*: 54), ante lo que decide:

Decido conservar mi identidad jurídica de mujer y tomar testosterona sin entrar en un protocolo de cambio de sexo. Esto es un poco como morderle la polla al régimen farmacopornográfico. Esta posición es, por supuesto, un lujo político (*Ibíd*: 51).

En estas líneas deja en claro el carácter de contra-conducta o resistencia que implica auto-administrarse testosterona por fuera de todo protocolo médico y jurídico, para una bio-mujer. El aclarar además que en este caso se trata de un “lujo político”, expresa claridad respecto de la posición de privilegio que implica poder tomar esta decisión. Aclaración que de todos modos las militancias disidentes hallarán insatisfactoria (ver “1.2.2”).

Podemos entender entonces este testo-tabú como un tabú sobre el deseo sexual de las mujeres que tramita de modo contemporáneo lo que en el siglo XIX fue el proceso de histerización. La producción de la histeria pudo ser inteligida por Foucault desde la clave del dispositivo de sexualidad aunque su análisis no distinguió la dimensión genérica de las tecnologías del sexo. Si entendemos la noción de dispositivo en tanto regímenes de poder que se encabalgan, predominando más o menos en una época pero sin llegar a desaparecer, cobra especial significación el testo-tabú aquí aludido.

5.2.1.2 - Naturalizaciones masculinas: “ser varón” como efecto del dispositivo de género

Vimos en el apartado anterior de qué manera principalmente el fármaco-poder diseña la identidad de género “mujer” y predispone a su reproducción. En especial, el testo-tabú remite a la diferenciación excluyente con el “ser varón” debido al efecto naturalizado por la clasificación de la testosterona como hormona “masculina”. Por lo tanto nos interesa ahora revisar las prescripciones para los varones que conlleva tal catalogación, así como otras maneras de producirse como “hombre” en el dispositivo de género.

5.2.1.2.1 – Testosterona = masculinidad

Del mismo modo que lo hemos señalado para las mujeres, la eficacia del dispositivo de género se hace notar en la producción de varones en la que el artificio se explicita en función de re-naturalizar. También en este caso BP enumera elementos del contexto de producción del dispositivo en el marco de la episteme post-Money-ísta, esta vez de índole fármaco: desde que en 1998 se produce “el descubrimiento de los efectos de un sildenafil sobre el pene [...] el viagra y la testosterona son las divisas de esta producción molecular de la masculinidad” (*Ibíd*: 126-127). En el mismo sentido, “a partir de 1950 irrumpe la utilización deportiva de la testosterona. [...] En los años sesenta, los esteroides anabolizantes pasan al mercado farmacéutico junto con la hormona del crecimiento” (*Ibíd*: 128).

Ya indicábamos en el apartado anterior la relación entre géneros, testosterona y deportes. Si bien la advertencia de deslealtad deportiva no tendría género al tratarse de aumentar el rendimiento con dosificaciones extraordinarias de testosterona, son especialmente las deportistas quienes reciben mayores controles y vigilancias al respecto. Hay muchos casos documentados sobre los tests de feminidad que realiza el Comité Olímpico Internacional (COI), pero todos ellos vigilan y condenan las características de mujeres que actuarían espúreamente por no serlo “de verdad”:

la prueba de feminidad se hace como un acto de justicia frente a varones que habrían querido hacerse pasar por mujeres para ganar más fácil. Sin tomar en cuenta la injusticia y la humillación hacia las mujeres intersexuales que no cumplen con las características típicas que exige el COI. Estas personas directamente no existen (Peker, 2012).

La relación entre hormonas, géneros y deporte permite comprender tanto la flexibilidad como las trampas del dispositivo de género ya que, por un lado, coloca en cuestión los límites de las diferencias físicas entre hombres y mujeres pero, por otro lado, puede ser y de hecho es utilizada para prescribir verdades sobre las identidades de género¹⁹⁶. En cualquier caso, nunca es la identidad masculina la errónea, ya que un análisis de dosaje hormonal de testosterona puede resultar

¹⁹⁶ Es particularmente clarificador el análisis que realiza Isadora França sobre el caso de Edinanci Silva, judoca brasileña que participó de tres olimpiadas y que ganó la medalla de oro en la categoría de peso mediano (hasta 78 kg.) de judo femenino en los Juegos Panamericanos de Río de Janeiro 2007. Ver França (2009).

positivo en un hombre, pero eso no conlleva un cuestionamiento de su condición de tal, debido a la asociación naturalizadora entre testosterona y masculinidad.

Este desequilibrio farmacopornográfico en la producción dicotómica de los géneros pauta el siglo XX ya que durante su transcurso

el interés por los testículos y las hormonas masculinas está dirigido a virilizar y sexualizar a los hombres, asociándose desde el principio la testosterona a la juventud, la fuerza, el deseo sexual, el vigor y la energía vital; los proyectos de investigación de las hormonas consideradas como femeninas buscan controlar la sexualidad de las mujeres y su capacidad de reproducción (Preciado, 2008a: 127).

Esta decisión política ha contribuido a un efecto de “naturalidad” de lo masculino que escamoteaba la posibilidad de considerarlo una producción ya que, durante el siglo XX no se avanzó sobre la anticoncepción química masculina. Ésta será incorporada en las investigaciones recién a partir de 2004 buscando combinar la acción anticonceptiva con el mantenimiento de la libido y de la erección, lo que implica mixturar químicamente niveles de progesterona con niveles de testosterona. Además, se concentran en mantener el carácter de bio-hombre a través de terapias de sustitución mediante testosterona sintética. Es decir, la hormona prohibida para las bio-mujeres, la testosterona, garantiza el mantenimiento de una masculinidad “natural” que no puede ver reducida su “virilidad”. Esta identificación entre masculinidad y virilidad, contribuye a la naturalización de la primera y a su exclusión del ámbito de las mujeres.

De todas maneras, cabe preguntarse ¿por qué se privilegió médica y jurídicamente la píldora femenina como método anticonceptivo y no la vasectomía o la anticoncepción hormonal masculina en el siglo XX? Parecería tratarse más que de una cuestión de función (impedir la concepción), de un tema de diseño de género, que debe mantener intacto el carácter “natural” de la masculinidad. Sobre tal naturalidad señala Judith Halberstam: “los anuncios (...) se refieren constantemente al aspecto no-absurdo de la masculinidad, a la idea de que la masculinidad “simplemente es”, mientras que la feminidad se basa en lo artificial” (Halberstam, 2008: 261). Estos efectos se producen además por otra asimetría, entre las innovaciones en la investigación química con hormonas, que se apoya en una teoría ultraconstructivista del sexo, el género y la sexualidad; y los criterios de

comercialización y distribución pública de estas moléculas que siguen respondiendo a una metafísica naturalista del género que “afirma la existencia biológica e históricamente inmutable de dos sexos (hombre y mujer), dos géneros (femenino y masculino) y, recientemente, dos sexualidades (heterosexual y homosexual) fijas e inmutables, fuera de las cuales se extiende un ámbito de desviación y patología” (Preciado, 2008a: 149).

En el mismo sentido, BP analiza el debate que se dio en 2007 en Francia sobre la posibilidad de aplicar la castración química como penalización a violadores sexuales. La misma consiste en la administración de un cóctel de moléculas inhibidoras de la producción de testosterona, ante lo que BP reflexiona:

Si bien es cierto que uno de los efectos de los antiandrógenos puede ser la disminución del deseo sexual (siempre que se piense el deseo sexual en términos de excitación y respuesta eréctil), lo que no se señala a menudo es que los efectos secundarios de estos fármacos son la disminución del tamaño del pene, el desarrollo de pechos, la modificación del volumen muscular y el aumento de la acumulación de grasas en torno a las caderas. Se trata de un proceso de feminización hormonal (*Ibíd.* 150).

En consecuencia BP se pregunta si lo que se busca es reducir las violaciones o modificar el género del presunto agresor; es decir, aplicar un castigo simbólico sobre determinado ejercicio “excesivo” de la masculinidad. Su análisis, en consecuencia, va sugiriendo la identificación entre erección y masculinidad que, en tanto impulso involuntario que debe ser políticamente controlado, “es siempre efecto de una regulación química: producida o aumentada a través de vasodilatadores [...] o controlada y reprimida en el caso de la castración química” (*Ibíd.*).

Nos interesa detenemos en la salvedad sobre el deseo sexual que BP realiza en la cita anterior; reiteramos: “siempre que se piense el deseo sexual en términos de excitación y respuesta eréctil”. Valoramos la introducción de este paréntesis que nos permite preguntarnos cómo pensamos al deseo sexual; sin embargo, consideramos que este supuesto permea los escritos de BP que estamos considerando. Por ejemplo, en el modo en que clasifica los estatus de “penetrador*s” y “penetrad*s” en el capitalismo post-fordista a partir de la pornificación del trabajo (ver Capítulo 4, “4.4”). Más aún, también cabe cuestionar si al sacar esa conclusión a partir de la *potentia gaudendi* como motor del capital contemporáneo, no está presuponiendo

que todo deseo es sexual y, a la vez, que éste es viril. Es decir, nos preguntamos si en estos matices su conceptualización no queda presa de las naturalizaciones masculinistas que pretende poner en evidencia. Pasaremos a considerar, entonces, otra parte de su análisis.

5.2.1.2.2 - El imperio *Playboy* como pornotopía

Más arriba, cuando describíamos el contexto de producción de la píldora, incluimos un elemento que representa más el porno que el fármaco poder: la edición del primer número de *Playboy* en 1953, con la imagen de Marilyn Monroe desnuda, a todo color, desplegable:

La distribución de la fotografía en color de Monroe desnuda a través de toda Norteamérica fue un fenómeno de masas sin precedentes. Hefner había inventado la pornografía moderna [...] por el empleo de la maquetación y el color y por la transformación de la imagen en desplegable que hacía de la revista una técnica portátil de “apoyo estratégico” -por usar la expresión del ejército [norte]americano- para la masturbación masculina. [...] Lo pornográficamente moderno era la transformación de Marilyn en información visual mecánicamente reproducible capaz de suscitar efectos corporales (Preciado, 2010a: 26-27).

BP le da particular importancia a este evento y a todo el “imperio” *Playboy* que se desarrolla¹⁹⁷ durante un capitalismo todavía fordista, en el contexto de la guerra fría y el cambio de eje económico de la posguerra que pasa a estar liderado por Estados Unidos de Norteamérica. Su hipótesis, desarrollada especialmente en el libro *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en “Playboy” durante la guerra fría*, es que esta revista estaba inventando nuevos modos de producción de subjetividad al apelar directamente al deseo sexual de los lectores (idealizados como masculinos,

¹⁹⁷ Más allá de la publicación de la revista y todo el *merchandising* en torno a ella, este “imperio” incluye la Mansión *Playboy* construida en 1959 en un antiguo edificio institucional de Chicago, el show televisivo *Playboy Penthouse* que comenzó a emitirse en 1959 y duró dos temporadas, la Mansión *Playboy West* situada en Los Ángeles, que fue residencia oficial de Hugh Hefner desde 1972. Pero además el imperio extiende sus tentáculos al construir un archipiélago de clubes nocturnos y hoteles diseminado a lo largo de los enclaves urbanos de Norteamérica y Europa, abarcando así un doble proceso de construcción y de mediatización: “*Playboy* no es simplemente una revista de contenido más o menos erótico, sino que forma parte del imaginario arquitectónico de la segunda mitad del siglo XX. *Playboy* es la Mansión y sus fiestas, es la gruta tropical y el salón de juegos subterráneo desde el que los invitados pueden observar a las Bunnies bañándose desnudas en la piscina a través de un muro acristalado, es la cama redonda en la que Hefner juguetea con sus conejitas. *Playboy* es el ático de soltero, es el avión privado, es el club y sus habitaciones secretas, es el jardín transformado en zoológico, es el castillo secreto y el oasis urbano...” (Ibíd: 15).

blancos y heterosexuales) y reclamar la implicación de sus cuerpos y de sus afectos. En especial entiende la publicación como diseñadora de lo que a mediados del siglo XX constituiría una “nueva” masculinidad que desplazaría la figura del “decente trabajador y buen marido blanco y heterosexual promovido por el discurso gubernamental [norte]americano tras la Segunda Guerra Mundial” (*Ibíd*: 29).

Según la interpretación de BP, *Playboy Enterprise*, cuyo imperio se despliega entre las décadas del 50 y del 80 en el siglo XX, significa una avanzada de las configuraciones arquitectónicas y subjetivas del régimen fármaco-porno-gráfico que caracterizará al capitalismo post-fordista, siendo una de sus principales consecuencias la constitución de una masculinidad doméstica, adolescente, horizontal, consumista, que flexibiliza los rasgos adultos, responsables, verticales y productivos del trabajador fordista. Incluso la contraposición horizontal / vertical como ejes espaciales representa la diferencia entre la disposición corporal del trabajador fabril y la del oficinista multimedia que, como Hugh Hefner, puede trabajar desde su hogar, cómodamente estirado en algún dispositivo que le permita la multiconexión audiovisual, cuyo ejemplo paradigmático es la cama giratoria de la Mansión *Playboy*:

el ensamblaje en una sola megaestructura de un colchón, un somier y un centro de telecomunicaciones permitía percibir ya las cualidades del nuevo hábitat del trabajador farmacopornográfico. La articulación en un solo módulo de la cama y de la estación de grabación y difusión multimedia deshacía las tradicionales oposiciones entre pasividad y actividad, sueño y vigilia, reposo y trabajo. La cama había dejado de ser sinónimo de sueño para convertirse en un enclave de perpetua vigilia mediática. Del mismo modo, el cuerpo acostado en la cama Playboy ya no es un organismo inerte y pasivo sino más bien un conductor activo y ultraconectado que produce y experimenta el medio ambiente que le rodea. Incluso cuando el cuerpo del ocupante duerme, la cama y sus conexiones mediáticas le mantienen de algún modo despierto (*Ibíd*: 155-156).

De esta manera resulta visible tanto el aspecto porno, como fármaco, del nuevo poder que regula el dispositivo de género. Por un lado, se hace evidente el pornopoder, pues se altera la jerarquía fordista que entiende la posición horizontal como parte del ocio y el descanso y la verticalidad como condición de la producción de capital; en cambio, la modalidad horizontal que promueve la cama giratoria vuelve intercambiables las variables sexo y trabajo, relacionándolas en una única ecuación

para el éxito económico y vital del sujeto¹⁹⁸ de la sociedad norteamericana de consumo en la post-Guerra (*Ibíd*: 146). Por otro lado, se evidencia el fármaco-poder, dado que vivir en una cama implica subvertir su funcionalidad; es decir, el objetivo de echarse en ella ya no es el sueño, sino el trabajo o el sexo, lo que conlleva la utilización de drogas que permitan el alargamiento de la vigilia. Desde este punto de vista, BP señala que para la época, la diferencia entre un empresario y un ama de casa no es de uso sino de cantidad:

Las anfetaminas eran una base farmacopornográfica compartida por amas de casa y hombres de negocio, por Marilyn Monroe, Jack Kerouac o el presidente John Kennedy y su esposa (que incluso viajaban con su propio médico para administrarse anfetamina por vía intravenosa). Lo que establecía la diferencia entre Hefner y el ama de casa no era por tanto la sustancia, sino las dosis. En 1959, Hefner consumía dexis sin parar y estaba totalmente enganchado (*Ibíd*: 162).

La hipótesis de BP es que estos cambios permiten establecer que *Playboy* constituye la primera pornotopía de la era de comunicación de masas por su capacidad de “establecer relaciones singulares entre espacio, sexualidad, placer y tecnología (audiovisual, bioquímica, etc.), alterando las convenciones sexuales o de género y produciendo la subjetividad sexual como un derivado de sus operaciones espaciales” (*Ibíd*: 120). Este resulta ser el eje principal de su análisis, que permite conjugar la constitución farmacopornográfica de la empresa *Playboy* y del *playboy* como sujeto. En el primer caso, en tanto el imperio empresarial pautó las características de los nuevos consumidores en el bienestar estadounidense de post-guerra, las mismas trascienden el hecho de que el esplendor económico del grupo se haya disuelto. En el segundo caso, la subjetividad *playboy* caracteriza al soltero, mujeriego, consumista y de buen pasar, que se sustrae al mandato del *baby-boom* que busca confinarlo en una familia procreadora. Esta es la dimensión que nos interesa especialmente para caracterizar la producción de masculinidad.

En función de ello, BP señala que la defensa de la soltería masculina y su propio espacio arquitectónico doméstico por parte de *Playboy* se anticipa al feminismo de la segunda ola que a inicios de los 60 se expresará por ejemplo, en EEUU, en la voz

¹⁹⁸ “En la mayoría de las empresas, si te enrollas con alguien del trabajo te echan. En *Playboy*, eso es motivo de ascenso” (Watts, citado en *Ibíd*: 148).

de Betty Friedan¹⁹⁹. Esta feminista cuestionará las presiones socio-políticas que encorsetan a las mujeres en el rol de madres, esposas, amas de casa, en un contexto de post-guerra que reconduce la producción industrial desde los productos bélicos hacia los electrodomésticos, intentando seducir a las mujeres con un encierro feliz al tener facilitadas las tareas por múltiples artefactos. Mientras que la figura del *playboy* reivindicará para sí el espacio doméstico ultra-tecnificado, cuya maleabilidad usará a favor de la gestión del placer personal por parte de un varón soltero o divorciado, en todo caso, heterosexual:

[el] encierro entre objetos de diseño será un proceso paradójico en el que el recién divorciado se juega su autonomía y su masculinidad. Por una parte, sólo en la cautividad de su apartamento el *playboy* llegará a sentirse libre. Por otra, sólo a través de un ejercicio de reapropiación del espacio doméstico y decoración interior, prácticas tradicionalmente asociadas a la feminidad, el recién divorciado puede convertirse en *playboy*. En este sentido, el *playboy* se sitúa en el umbral de la feminidad, masculinizando prácticas (consumo y domesticidad) hasta entonces minusvaloradas en la economía de la producción que caracteriza al varón. De ahí la importancia de la asociación visual y discursiva entre el interior doméstico y las chicas desnudas: el erotismo heterosexual aseguraba que *Playboy* no era simplemente una revista femenina u homosexual (*Ibíd*: 43).

En este sentido, la empresa *Playboy* contribuye, al construir a su lector *playboy*, a un proceso de politización y mercantilización de la vida privada. Este movimiento hacia el interior será permanentemente definido como proceso de masculinización de lo doméstico, diferenciándolo de una feminización así como de una identidad homosexual: “De todas las ficciones que acompañan al habitante del ático urbano la que mejor se corresponde con la identidad artificial del *playboy* es la del espía. El ático es el centro de operaciones que permite el desplazamiento desde el soldado/marido hacia el espía/amante” (*Ibíd*: 45). En su refugio, el *playboy* puede dedicarse a los placeres del sexo y el consumo. Como todos los efectos de sentido del imperio *Playboy* apuntan a cuestionar la relación establecida históricamente entre espacio doméstico y feminidad, BP considera que contribuye a desnaturalizar la domesticidad de una manera paralela,

¹⁹⁹ Ver Friedan, Betty (1974) [1963] *La mística de la feminidad*. Madrid: Júcar.

aunque en cierto sentido opuesto, al que el feminismo pone en marcha en los mismos años. [...] *Playboy* despliega una suerte de masculinismo que se opone al mismo tiempo a los valores dominantes de la familia heterosexual y de la masculinidad heroica, y a la crítica de la dominación masculina y de las instituciones heterosexuales que ya comienza a articularse en los incipientes movimientos feministas y homosexuales (*Ibíd*: 47).

En este sentido, aunque contrario a las reivindicaciones feministas, el imaginario masculino que defiende *Playboy* también resiste las divisiones de género del régimen de la guerra fría. Manifiesta así una masculinidad que no se interesa por ocupar el espacio público, ni porque las mujeres lo hagan; “mientras que la represión y la culpa estaban de lado del matrimonio monógamo y de la homosexualidad, la libertad y la diversión caracterizaban la nueva práctica de la heterosexualidad sana” (*Ibíd*: 52).

De esta manera, el hombre heterosexual libre de compromiso afectivo se encierra para el disfrute, dislocando las dicotomías espaciales modernas que separan público (masculino) de privado (doméstico, femenino). Entendemos que aquí la novedad solo se reduce al acceso a la dimensión doméstica del espacio privado, ya que en este ámbito, la intimidad siempre fue un reducto masculino, como ha analizado con lucidez Nancy Armstrong (1991). Por eso no acordamos con la afirmación de BP respecto de que la masculinización del espacio doméstico que propone *Playboy* “da la vuelta como a un guante a la conocida petición de Virginia Woolf de “a room for her own” en la que la independencia de las mujeres se asocia con la autonomía habitacional y exige la recuperación del espacio doméstico para los hombres, un enclave que, según *Playboy*, ha sido históricamente dominado por las mujeres” (*Ibíd*: 45), porque justamente lo que Woolf reivindicaba era un espacio de intimidad y recogimiento subjetivo para las mujeres en el ámbito del hogar donde pudieran dejar de “ser para otros” por un lapso de tiempo (Marques, 1992).

Ahora bien, la contrapartida de este encierro masculino heterosexual dispuesto al placer, requiere de mujeres disponibles para el ejercicio de una heterosexualidad que no se atiene al canon de la monogamia y tal disponibilidad la proveerá la *playmate*:

una compañera ideal para el joven conejo que no supusiera una amenaza para su autonomía sexual y doméstica. Situada en el umbral del

apartamento del soltero, al mismo tiempo al alcance de su mano, pero ajena a su propio entorno doméstico, la “vecina de al lado” estaba destinada a convertirse en materia bruta para la fabricación de la compañera ideal. Finalmente, para un soltero que no salía de su apartamento, la mejor presa sexual no podía ser otra que la chica de al lado (*Ibíd*: 63).

De allí que a la subversión público / privado realizada por una existencia que se confina en el hogar, le corresponderá una alteración de la distribución espacial en el encierro doméstico que en lugar de privatizarse se hará público, especialmente a partir de los artículos y reportajes que dejan al descubierto el interior de los apartamentos, de los áticos de soltero y de la Mansión *Playboy*, como voluntad de desplazar las fronteras de los espacios políticos. Así, los consejos que brinda la revista y los emplazamientos arquitectónicos de la Mansión, tienden a facilitar el despliegue permanente de la conquista masculina que, con prontitud, puede borrar las huellas de sus ejercicios amorios así como de la presencia de sus amantes, mediante complejos dispositivos tecno-industriales.

Toda la arquitectura de la Mansión *Playboy* resultará paradigma de estas posibilidades al ofrecer una jerarquía vertical ascendente desde lo privado-público hacia lo privado-privado, reuniendo en un solo edificio espacios tradicionalmente incompatibles: “el apartamento de soltero, la oficina central de la revista *Playboy*, el plató de televisión, el decorado cinematográfico, el centro de vigilancia audiovisual, la residencia de señoritas y el burdel” (*Ibíd*: 129). Así, las plantas inferiores son aquellas en las que transcurre una vida social muy álgida, sexualmente desenfadada, interconectada permanentemente con el mundo exterior y exhibida a través de publicaciones y *reality shows*. En contraste, la puerta de acceso al tercer piso representaba la línea de demarcación y frontera de segregación de los géneros más radical, señalando el territorio donde comenzaba la auténtica privacidad del edificio, que llamamos anteriormente el espacio privado-privado. La Mansión, entonces, se convertía en un sistema más y más hermético a medida que se ascendía verticalmente. Pero los auténticos bastidores ocultos de la casa estaban en el cuarto piso, inaccesible para el invitado externo y eficientemente programado, el *Bunny Dorm* donde vivían las *playmates* y recibían el adiestramiento necesario para convertirse en “conejitas” útiles tanto para las plantas inferiores de la casa como para los clubes *Playboy*.

Como en los burdeles, la diferencia entre el estatuto de trabajadora y el de inquilina se desdibuja. Las conejitas abonaban 50 dólares mensuales por ocupar una cama en el dormitorio, además podían desayunar, comer y cenar en el comedor común pagando 1,50 dólares, por lo que hacía innecesario, si no imposible, que salieran de la casa. Las conejitas recibían diariamente un estipendio por posar, “actuar” o trabajar en el club. El resto de su salario provenía de las propinas y regalos de los clientes. Lo que podía parecer un “buen sueldo” para una chica de al lado recién llegada de un pueblo del Medio Oeste representaba menos del 0,05% de los beneficios que su actividad generaba para el negocio de Hefner. [...] las conejas, piezas indispensables del consumo audiovisual que Playboy proponía, quedaban casi totalmente excluidas de los beneficios de esta economía. A cambio, Playboy les proponía convertirse en figuras mediáticas (*Ibíd*: 140).

Si nos atenemos a esta descripción, la condición de “coneja” podría analogarse a la del trabajador pornificad* en el capitalismo post-fordista según las caracterizaciones que BP contrapone a la cualidad de trabajo feminizado (ver “4.4”), cuestión crucial para entender el carácter sexual del trabajo contemporáneo. Sin embargo, en este caso resulta ineludible la condición femenina de las conejas en tanto instrumentos de producción de masculinidad heterosexual²⁰⁰. De todos modos, la novedad que subraya BP es que las conejitas, antes que prostitutas serían trabajadoras de la industria del entretenimiento:

la transformación del trabajo en ocio, promovida por *Playboy* y convertida por la revista en la principal hoja de ruta del nuevo estilo de vida del soltero, encuentra su equivalente en la capacidad de la *playmate* para transformar el trabajo sexual en entretenimiento. No hay prostitución, entendida en un sentido tradicional, porque no hay remuneración por los servicios sexuales femeninos. *Playboy* no pretende transformar a todas las jóvenes americanas en prostitutas, sino, aún más interesante y provechoso, intenta que tanto hombres como mujeres se conviertan en clientes (más que en trabajadores) consumidores de la pornotopía sexual Playboy y de sus productos derivados (*Ibíd*: 179-180).

En consecuencia, si era problemático que en *Testo Yonqui* BP no explicitara las polémicas en torno a la conceptualización de “trabajo sexual”, aquí la conflictividad

²⁰⁰ “Es cierto que Playboy ha sido pionera en la implantación de políticas igualitarias en términos de género, raza y sexualidad, tanto en la empresa como en la representación multimedia que propone. Notemos, sin embargo, en este carnaval pop, la imposibilidad de la presencia de la homosexualidad masculina” (*Ibíd*: 132; n.138).

se agudiza, dado el carácter de prostíbulo camuflado que tiene el imperio *Playboy*²⁰¹. En cuanto a la salvedad que realiza BP sobre el objetivo de que todas/os resulten consumidor*s y no necesariamente, que devengan prostitutas, la misma requiere hacerse cómplice de la mirada que pauta el deseo y la seducción desde la perspectiva *Playboy*. En esta línea, si bien BP señala a pie de página que efectivamente las mujeres son las mayores consumidoras de productos *Playboy* (*Ibíd*: 180; n.212), el/la autor/a no realiza un estudio de recepción, sino de las condiciones de producción de *Playboy*.

En este sentido, valoramos los señalamientos sobre la apropiación masculina de la domesticidad que BP destaca en su análisis, pero no consideramos que sea una propuesta novedosa sobre los rasgos de la masculinidad que se delinean desde la ilustración moderna. En todo caso, se trata de una exacerbación que, al resistir el mandato del matrimonio -como bien indica BP-, lo que no requiere es producir una disociación subjetiva entre el esposo respetable y el varón que va de juerga con sus amigos²⁰².

Entonces, lo que el espacio *Playboy* transgrede es la fractura público / privado cuyo vacío, en un sentido moderno, es llenado por la prostitución como circuito clandestino del deseo (en este caso sí, masculino y heterosexual). El *playboy*, en tanto amo y señor del espacio doméstico, que puede volver público a voluntad tecnológicamente, nunca se siente privado de libertad, porque las conejas no son una feminidad amenazante, como señala BP, ya que no pretenden instalarse en su territorio. Si en su análisis BP refiere a Sade y a Platón, nosotros evocaremos a Kant, cuyo contexto de producción es el siglo XVIII, a fines del cual deja escrito “la mujer tórnase libre por medio del matrimonio; el varón pierde por medio de él su libertad” (Kant, 1991: 261). Dos siglos después, la subjetividad *playboy* acata este “imperativo”.

Por lo tanto, lo que permite comprender el análisis de *Playboy* es que la modalidad de producción subjetiva desde mediados del siglo XX es altamente prostética, según el régimen fármaco-porno-gráfico; aunque en cuanto a su contenido, podríamos decir que es más de lo mismo, si nos atenemos a los estudios de masculinidad que acuerdan “en un punto: el varón, en el marco de la hegemonía cultural heterosexual,

²⁰¹ El supuesto diseño moderno de los clubes *Playboy* era una arquitectura de camuflaje que, como un espía figura central de la guerra fría, enmascaraba cualquier conexión de *Playboy* con las formas tradicionales de consumo del sexo en la ciudad (*Ibíd*: 178).

²⁰² Sobre esta producción de subjetividad masculina se puede ver Volnovich, Juan Carlos (2010) *Ir de putas. Reflexiones acerca de los clientes de la prostitución*. BsAs: Topía.

se produce en doble y simultánea oposición respecto de “lo femenino” (Connell, 1997; Fuller, 2001; Olavarría, 2001); esto es: un varón se produce demostrando que no es mujer ni homosexual” (Sánchez, 2015). En este sentido, el imperio Playboy demarca los constreñimientos corporales del varón heterosexual:

la definitiva privatización del cerebro y del ano masculinos, materializados en los espacios del estudio y el retrete, señala los límites del diseño corporal del playboy: mientras que sus ojos, manos y pene están consagrados a la maximización del placer sexual, y por tanto sometidos a un proceso constante de publicitación, la razón y el ano, como facultades masculinas superiores, deben ser protegidos de las amenazas de feminización y de la homosexualidad. Estudio y retrete, cerebro y ano masculinos, son los únicos enclaves que escaparán al proceso de publicitación y exhibición que se extiende, por lo demás, a la totalidad de lo doméstico (*Ibíd*: 100).

Si en este apartado analizamos especialmente la separación de lo masculino respecto de lo femenino y de las mujeres, en el próximo veremos su separación de la homosexualidad...

5.2.1.2.3 - Terror anal: el mandato de cerrar el ano

Según BP la sexo-política produce una territorialización heterosexual de los cuerpos con la que asegura una relación estructural entre la producción de la identidad de género y la producción de ciertos órganos como sexuales y reproductivos. En este sentido sigue a Deleuze-Guattari para considerar que tal territorialización se basa “en extraer el ano de los circuitos de producción de placer. (...) el ano es el primer órgano privatizado, colocado fuera del campo social, aquel que sirvió como modelo de toda posterior privatización” (Preciado, 2008a: 59).

A su vez, para caracterizar el cuerpo heterosexual resultado de esta territorialización, BP recurre al mito con que Guy Hocquenghem, en el contexto de producción del Anti-Edipo (1972), relata la formación del varón heterosexual:

Al nacer somos un entramado de líquidos, sólidos y geles recubiertos a su vez por un extraño órgano cuya extensión y peso supera la de cualquier otro: la piel. [...] Enrollada en torno al tubo digestivo, la piel se abre en sus extremos dejando a la vista dos orificios musculares: la boca y el ano. No hay entonces diferencias, todos somos un jirón de piel que, respondiendo

a las leyes de la gravedad, comienza en la boca y acaba en el ano (Preciado, 2009a: 135).

Pero el temor a que toda la piel fuera un órgano sexual sin género, el miedo a que el deseo pansexual llevara a gozar con todo (tierra, rocas, agua, animales, otros tubos dérmicos), hizo necesario cerrar el ano transformando el deseo en vínculo de sociabilidad:

Cerrar el ano para que la energía sexual que podría fluir a través de él se convirtiera en honorable y sana camaradería varonil, en intercambio lingüístico, en comunicación, en prensa, en publicidad, en capital. (...) Así nacieron los hombres heterosexuales a finales del siglo XIX: son cuerpos castrados de ano. (...) cuerpos heridos, maltratados. En el hombre heterosexual, el ano, entendido únicamente como orificio excretor, no es un órgano. Es la cicatriz que deja en el cuerpo la castración. El ano cerrado es el precio que el cuerpo paga al régimen heterosexual por el privilegio de su masculinidad (Preciado, 2009a: 136).

En consecuencia, la constitución androcéntrica de la modernidad viene explicada por un contrato social que se relata del siguiente modo:

Los chicos-de-los-anos-castrados erigieron una comunidad a la que llamaron Ciudad, Estado, Patria, de cuyos órganos de poder y administrativos excluyeron a todos aquellos cuerpos cuyos anos permanecían abiertos: mujeres doblemente perforadas por sus anos y sus vaginas, su cuerpo entero transformable en cavidad uterina capaz de albergar futuros ciudadanos, pero también cuerpos maricas a los que el poder no pudo castrar, cuerpos que reniegan de lo que otros consideran evidencia anatómica y que hacen de la mutación una estética de vida (Preciado, 2009a: 137).

Relatado de esta manera el mito permite comprender la producción de subjetividad a partir de los tipos de apertura y de cierre de dos orificios del cuerpo: la boca y el ano. BP traduce de este modo la representación del cuerpo en un esquema que desarma la modalidad icónica moderna al proponer un tubo con orificios en sus extremos, que se leerá como masculino o como femenino, según sea la función asumida por cada uno de esos extremos. En el caso de la subjetividad masculina heterosexual la boca está abierta a la emisión pública y el ano cerrado, salvo en caso de excreción, alcanzando un punto de privatización máxima. Mientras que en la subjetividad

femenina heterosexual la que alcanza el mayor grado de privatización es la boca, habilitada solo en algunos casos a la emisión de signos, frecuentemente sin validez pública. En cambio, el otro extremo del tubo, tiene doble orificio, ano y vagina, ambos de abertura técnicamente regulada. De este modo, el tubo con boca emisora de signos públicos y un ano impenetrable, enrolla en torno a estos una subjetividad masculina heterosexual que adquiere estatus de cuerpo social privilegiado. Según esta consideración, podríamos entender la producción de masculinidad del imperio *Playboy* como una recreación del mito en clave fármaco-porno-gráfica.

Ahora bien, a partir de esta significación del ano, BP denomina “políticas del ano” a las movilizaciones de la década del 70 con perspectivas de izquierda, feministas, pacifistas, étnicas, sexuales, pues activaron la primera revolución hecha con lenguaje, drogas, música y sexo, al rechazar la guerra y la lucha armada y colocar la vulnerabilidad del cuerpo y su supervivencia en el centro del discurso político. De este modo, esa época hizo de la cultura, como foro de creación e intercambio de ideas en el que se definen los límites de lo socialmente posible, el centro de la militancia: “Estas micropolíticas de feministas, maricas, tortas, travestis y transexuales se oponen al modelo tradicional de la política como *guerra* (...) y proponen un nuevo modelo de la política como relación, fiesta, comunicación, autoexperimentación y placer” (*Ibíd*: 148).

Enmarcándose en estas modalidades políticas BP entiende que una alteración de la sexopolítica; es decir, una producción contra-sexual, pasa por afirmar que el ano no tiene género y enarbolar esta idea como pivote para desmontar los dispositivos de poder de sexualidad y de género. En su perspectiva el ano,

como centro de producción de placer (en este sentido próximo de la boca o de la mano, órganos que serán también fuertemente controlados por la regulación sexopolítica decimonónica antimasturbación y antihomosexualidad), no tiene género, no es ni masculino ni femenino, produce un cortocircuito en la división sexual, es un centro de pasividad primordial, lugar abyecto por excelencia próximo del detritus y de la mierda, agujero negro universal por el que se cuelan los géneros, los sexos, las identidades, el capital (Preciado, 2008a: 60).

Esta re-significación del orificio, que habilita una cartografía corporal diversa, en la perspectiva de BP resulta ocasión de resistir al dispositivo de género en tanto dimensión subjetivante del capitalismo post-fordista, como a la pornificación del

trabajo, dimensión socio-económica global. Algunos indicios en este sentido serán explorados en el capítulo siguiente.

Bajo la inspiración del rótulo “políticas del ano” Javier Sáez y Sejo Carrascosa asumen al culo como un espacio político:

Un lugar donde se articulan discursos, prácticas, vigilancias, miradas, exploraciones, prohibiciones, escarnios, odios, asesinatos, enfermedades. Llamamos política precisamente a esa red de intervenciones y de reacciones. Porque para entender las causas y las condiciones de la homofobia, del machismo y de la discriminación en general tenemos que entender cómo se relaciona lo anal con el sexo, con el género, con la masculinidad, con las relaciones sociales (Sáez-Carrascosa, 2011: 63-64).

Así, por un lado, en sintonía con BP, coinciden en su consideración, poniendo al ano como lugar de significación para una cartografía corporal por-venir:

El culo siempre se ha usado como un órgano para el sexo, y es ahí donde el sistema dominante de sexo y género empieza a temblar. La lógica tradicional heterocentrada, con su binarismo pene (varón) - vagina (mujer), como modelo de “lo natural”, lo normal, lo armonioso, lo que debe ser, se viene abajo cuando entra en juego un órgano que es común a todos los sexos, y que no está, por tanto, marcado por el género masculino o femenino (*Ibíd*: 55).

Pero esa podría ser tan sólo una cartografía que viene, ya que en el estado actual de territorialización de los cuerpos Sáez-Carrascosa reconocen que el género también se produce por medio de la regulación del culo que “solo debe ser un espacio de salida, nunca de entrada” (*Ibíd*). Sobre todo si se trata de su valor público. Sin embargo, los autores señalan que existe un despliegue enorme de penetraciones anales. El porno, por ejemplo, es una máquina de producción de imágenes y una tecnología del género; en el cine porno, tanto hetero como gay, aparecen penetraciones anales continuamente, es casi un requisito indispensable. Hay en esto una esquizofrenia que explica el malestar de lo anal: todo el mundo fantasea con ello, lo desea, le excita, lo mira, lo practica en secreto; el porno lo promueve, lo valora, lo explota, lo pone en el centro de su discurso. Pero de cara a lo público, a los valores sociales, que te den por el culo es lo peor. ¿Cómo se explica

esa doble moral? Se trata de un enorme armario del que nadie habla, el armario del sexo anal:

Nada se dice (...) de las penetraciones anales entre hombres y mujeres, y es, precisamente ese silencio, esa enorme omisión, la que va a consolidar al sodomita como el referente único y exclusivo del sexo anal. El régimen heteronormativo limpia su propio territorio y borra sus huellas en lo referente al deseo anal (*Ibíd*: 85).

En consecuencia, Sáez-Carrascosa subrayan que dentro del actual régimen heterocentrado y machista, el culo sí tiene género: si es penetrable, es femenino; si es impenetrable, es masculino (*Ibíd*: 172). Hoy en día, cuenta más el uso que se hace del culo (o el no uso) a la hora de definir la sexualidad, que los propios órganos genitales. Lo interesante de esta definición es que entonces ser un hombre (y ser heterosexual) no parece depender tanto de tener genitales masculinos o de mantener prácticas sexuales pene-vagina, como de mantener el culo siempre cerrado a la penetración (*Ibíd*). Entonces, si bien el ano es un esfínter carente de género, los usos de tal esfínter producen géneros.

De todos modos, parece que la consideración varía según la mirada cartográfica que se asuma. Es decir, con anteojos biopolíticos o con lentes contra-biopolíticas (de resistencia). Javier Sáez y Sejo Carrascosa revisan ambas miradas, pero BP explora la segunda, como veremos próximamente.

Para cerrar esta instancia del presente capítulo, queda claro que la producción prostética fármaco-porno-gráfica de masculinidad, continúa por estas maneras la consigna del cierre del ano para devenir varones lo que, dicho a secas, implica heterosexualidad. Por lo tanto, el dispositivo de género reproduce las interdicciones, para los sujetos masculinos, de las identidades “mujer” y “homosexual”. En consecuencia, desmontar estas normas será tarea de producciones contra-sexuales.

Capítulo 6: La contra-sexualidad

Si recordamos que para BP la biopolítica deviene sexopolítica, el modo de resistir sus efectos en función de transformarla positivamente, como reapropiación política por parte de los sujetos sujetados, sería mediante contra-conductas que para el caso resultarían contra-sexuales.

A los fines de este capítulo, analizaremos primero su propuesta de encontrar otro punto de partida para la producción de la sexualidad, cuestión que abarca la provocación de una dildo-tectónica²⁰³; estas exploraciones BP las delinea principalmente en su *Manifiesto contra-sexual* (2002 [2000]), aunque las encontramos diseminadas también en el resto del corpus aquí considerado. Pasaremos luego a considerar el desafío de la auto-experimentación que pondrá en juego las tensiones entre lo personal y lo colectivo, como ámbitos políticos; esta otra dimensión de la contra-sexualidad la encontramos desarrollada principalmente en *Testo Yonqui* (2008), el ensayo teórico-personal donde BP reflexiona sobre su adicción a la testosterona como base para analizar los vínculos entre política y subjetividad.

En ambas instancias, la dildo-tectónica (“6.1”) y la auto-experimentación (“6.2”), se juega la resistencia como producción de contra-conductas, en el sentido foucaultiano, que abriría posibilidades para la generación de una sexopolítica positiva.

6.1 - Indicios y provocaciones de una sociedad contra-sexual

Amplíemos, ante todo, la noción de contra-sexualidad que alude al conjunto de procedimientos que permiten desmontar los efectos del dispositivo de género y, en continuidad con la perspectiva de Foucault, producir nuevas formas de placer-saber que no reproducen la normatividad. Por eso, en *Manifiesto contra-sexual* BP afirma que “la contra-sexualidad se dedica a la deconstrucción sistemática de la naturalización de las prácticas sexuales y del sistema de género” (Preciado, 2002: 19) pues entiende que la forma más eficaz de resistencia a la producción de la

²⁰³ Este término se clarificará más adelante. Mientras, aclaramos que la palabra “dildo” tal como la usa BP proviene de la cultura homoerótica anglosajona y le resulta preferible a “cinturón polla” o “polla de plástico”. Es más, una hipótesis crucial de BP que trabajaremos en este capítulo es que “un dildo no es una “polla de plástico” sino más bien, y pese a las apariencias, una polla es un dildo de carne” (Preciado, 2002: 18, n.2).

sexualidad pasa por desentenderse de la producción de la Naturaleza esencializada; es decir, considerada un orden “que legitima la sujeción de unos cuerpos a otros” (*Ibíd*: 18). Para lograr este objetivo, hay que aceptar que tal noción de Naturaleza es un efecto de los dispositivos, tanto de género como de sexualidad.

En cambio, el planteo de la contra-sexualidad pone el acento en lo que develan las conceptualizaciones de ambos dispositivos, el carácter de la sexualidad como tecnología. En consecuencia, “la contra-sexualidad es también una teoría del cuerpo que se sitúa fuera de las oposiciones hombre / mujer, masculino / femenino, heterosexualidad / homosexualidad” (*Ibíd*: 19).

Por esto mismo, supone que tanto el género, como el sexo y la sexualidad, deben comprenderse como tecnologías socio-políticas complejas para las que es necesario analizar las conexiones teóricas entre el estudio de los aparatos y los artefactos sexuales y los estudios socio-políticos de los mismos. Aquí se pone en evidencia el carácter estrictamente artefactual de la propuesta que, en base a la perspectiva de Haraway, apunta a estudiar procesos de in-corporación en los que no es posible dirimir entre aparato, organismo, naturaleza, tecnología. Se analiza un artefacto y su modo de producción, pero el artefacto es ya una hibridación, un *cyborg*. Esto implica determinados compromisos genealógicos que van dando indicio del posicionamiento de BP en una biopolítica positiva. Por un lado, con una mirada afirmativa sobre la producción tecno-científica, en sintonía con Donna Haraway:

Ya somos cíborgs que incorporan prótesis cibernéticas y robóticas. No hay vuelta atrás. [...] Donna Haraway insiste en que las tecnologías no son intrínsecamente “limpias” o “sucias”. Las bio y ciber-tecnologías contemporáneas son al mismo tiempo el resultado de estructuras de poder y enclaves posibles de resistencia a ese mismo poder, en cualquier caso, un espacio de reinención de la naturaleza (*Ibíd*: 135).

Por otro lado, con la conceptualización del género, cuya propuesta se monta en una historización del concepto que conjuga las vertientes de los feminismos en las ciencias sociales con la del orden médico psiquiátrico. En cuanto a los feminismos, utiliza la noción de Gayle Rubin (Capítulo 3, “3.1.3.2”) con la que iniciamos la genealogía de género pero para darle un giro sexo-político al considerar que²⁰⁴

²⁰⁴ Como se advierte en la cita, BP utiliza la expresión “sistema de sexo / género” pero está conceptualizando el “dispositivo de género” (noción que introduce posteriormente) al brindar una enumeración de elementos que es artefactual; es decir, no responde a la dicotomía entre naturaleza (sexo) y cultura (género) y por tanto, es

los diferentes elementos del sistema sexo / género denominados “hombre”, “mujer”, “homosexual”, “heterosexual”, “transexual”, así como sus prácticas e identidades sexuales no son sino máquinas, productos, instrumentos, aparatos, trucos, prótesis, redes, aplicaciones, programas, conexiones, flujos de energía y de información, interrupciones e interruptores, llaves, leyes de circulación, fronteras, constreñimientos, diseños, lógicas, equipos, formatos, accidentes, detritos, mecanismos, usos, desvíos... (*Ibíd*: 19).

Respecto del orden médico psiquiátrico, como vimos al caracterizar el dispositivo de género a partir de las mesas de operaciones diseñadas por Money-Benjamin-Stoller (“5.1.1”), se hace visible la producción de la diferencia sexual: “La diferencia sexual es una hetero-partición del cuerpo en la que no es posible la simetría. El proceso de creación de la diferencia sexual es una operación tecnológica de reducción, que consiste en extraer determinadas partes de la totalidad del cuerpo, y aislarlas para hacer de ellas significantes sexuales” (*Ibíd*: 22). Recordemos que así, la producción de la diferencia sexual reduce la superficie erótica a los órganos sexuales reproductivos y privilegia el pene como único centro mecánico de producción del impulso sexual.

Entonces, la contra-sexualidad implica posicionarse en las genealogías que hemos presentado de manera material y afirmativa; es decir, con el acento puesto en la incorporación de los procesos y en las posibles líneas de fuga a la normativización. De allí que BP desestime la consideración de lo psíquico al establecer que la contra-sexualidad “no rechaza la hipótesis de las construcciones sociales o psicológicas del género, pero las resitúa como mecanismos, estrategias y usos en un sistema tecnológico más amplio” (*Ibíd*: 21). A pesar de esta salvedad, se echa de menos una consideración acerca del ámbito psicoanalítico cuya complejidad parecería insoslayable en cualquier conceptualización sobre la corporalidad.

Consideramos que a partir de la crítica al papel que el psicoanálisis le otorga a la diferencia sexual, BP rechaza cualquier conceptualización proveniente de este campo y en este sentido se queda desprovista de herramientas para abordar la dimensión psíquica especialmente. Es verdad que podría hacerlo desde otras perspectivas, pero el problema es que no lo hace desde ninguna y un efecto no deseado de ello es desatender la propia conceptualización del cuerpo que se

superadora de las dos genealogías feministas sobre el género: la esencialista (para la que queda algún resto pre-discursivo, principalmente el sexo) y la constructivista (todo es construcción, incluso el sexo, pero subsiste la mirada dicotómica).

reduciría a un materialismo llano. En consecuencia, el énfasis material de su perspectiva deriva en que:

Los órganos sexuales como tales no existen. Los órganos, que reconocemos como naturalmente sexuales, son ya el producto de una tecnología sofisticada que prescribe el contexto en el que los órganos adquieren su significación (relaciones sexuales) y se utilizan con propiedad, de acuerdo a su “naturaleza” (relaciones heterosexuales) (*Ibíd*: 27).

Por lo tanto, como habíamos analizado al describir el dispositivo de género (Capítulo 5), “este mecanismo de producción sexo-prostético confiere a los géneros femenino y masculino su carácter sexual-real-natural” (*Ibíd*: 25). BP aclara que, como para toda máquina, el fallo es constitutivo y esta idea será la base para rastrear los indicios de una contra-sexualidad: “La contra-sexualidad no habla de un mundo por venir; al contrario, lee las huellas de aquello que ya es el fin del cuerpo, tal como este ha sido definido por la modernidad” (*Ibíd*: 20). BP encuentra esas huellas en determinadas prácticas sostenidas por comunidades de lesbianas y de homosexuales desde los años 70, como la utilización de dildos, la erotización del ano (especialmente el *fist-fucking*: penetración del ano con el puño), el establecimiento de relaciones S/M²⁰⁵ contractuales... A partir de estos indicios “la contra-sexualidad afirma que el deseo, la excitación sexual y el orgasmo no son sino los productos retrospectivos de cierta tecnología sexual que identifica los órganos reproductivos como órganos sexuales, en detrimento de una sexualización de la totalidad del cuerpo” (*Ibíd*). Entonces, un desplazamiento de los sentidos normativos pasa por “sacudir las tecnologías de la escritura del sexo y del género, así como sus instituciones” (*Ibíd*: 23). De allí que para desestabilizar las producciones normativas de género, se complementa el rastreo de otras huellas en prácticas de las comunidades transgénero, como las *drag-king* y las transformaciones de género clandestinas (autoreguladas por fuera de protocolos médico-jurídicos).

²⁰⁵ La denominación S/M rescata una práctica disidente dentro de las comunidades homoeróticas, desmarcándola del término “sadomasoquismo” en cualquiera de sus alusiones: tanto de sus connotaciones de violencia que rondan el delito como de sus implicancias patológicas desde la perspectiva médico-psiquiátrica. En cambio “S/M” refiere a una subcultura que aparece a mediados del siglo XX con unos códigos propios, que produce unos usos diferentes del cuerpo, una experimentación con el dolor basada en un contrato de mutuo respeto y consentimiento, y que genera determinados vínculos sociales y culturales. Dicho de otro modo, el S/M no es sadomasoquismo. El S/M supone un desafío a los sistemas de producción de sexualidad, dado que propone un desplazamiento radical: se abandona lo genital como lugar esencial o principal de la sexualidad, y ésta se ve desplazada a todo el cuerpo como lugar posible de experimentación de placer (Sáez, 2003).

Hasta aquí el señalamiento sobre la búsqueda de indicios de contra-sexualidad en prácticas pre-existentes. Pero BP extiende el análisis al hacer una provocación sobre los puntos de lo socialmente instituido que es necesario hacer estallar en función de que surja efectivamente una sociedad contra-sexual. Entendemos estas sugerencias, que en breve pasamos a describir, sobre todo como provocaciones en tanto ayudan a que nos demos cuenta de cuánto están comprometidas todas y cada una de las instituciones sociales con la normalización del sexo, el género y la sexualidad. En este sentido, las cualidades de la sociedad contra-sexual señalan los puntos que hay que desestabilizar, mas no la meta a alcanzar, a pesar del modo en que BP lo expresa. Si así lo consideráramos, iríamos contra la perspectiva política que se pretende sostener, perspectiva que trabaja antes sobre las certezas del punto de partida que sobre las del de llegada, abierto a la novedad del acontecimiento. Por eso entendemos el esbozo de los principios de una sociedad contra-sexual como la enumeración de los desafíos y de las apuestas necesarias para un desplazamiento múltiple de sentidos socio-políticos.

En el relato de BP esta provocación tiene como base la re-significación de un elemento principal, el contrato social. BP está considerando aquí “contrato social” al que produce la “Naturaleza” como sustrato esencial y propone sustituirlo por un “contrato contra-sexual”. Entonces, si las sociedades conocidas se sustentan en un contrato social que funda no solo las características de las instituciones sino las naturalezas de los cuerpos involucrados, la sociedad contra-sexual reposaría sobre un contrato contra-sexual en el que “los cuerpos se reconocen a sí mismos no como hombres o mujeres, sino como cuerpos parlantes, y reconocen a los otros como cuerpos parlantes” (*Ibíd*: 18).

Cabe aquí también señalar que la noción de “cuerpos parlantes” es lacaniana y BP no aclara su sentido, simplemente la utiliza para desmarcarla de la moderna de individuo. Pero a su vez, mantiene el término “contrato”, que remite al campo semántico de la filosofía política moderna fundadora del “individuo”. Tenemos entonces más razones para tomar esta parte del relato antes como provocación que como propuesta futurista. Así BP afirma que el contrato contra-sexual “proclama la equivalencia (y no la igualdad) de todos los cuerpos parlantes que se comprometen con los términos de [...] búsqueda del placer-saber” (*Ibíd*: 19).

En una primera instancia, la categoría de “cuerpos parlantes” desgenerizaría esos cuerpos y contribuiría a su desnaturalización. En este sentido, si conectamos este

gesto con la categorización biopolítica del porno-poder, varón y mujer pasan a ser situaciones inestables en relaciones de pornificación, según ocupen la función de pornificantes o pornificados (ver “4.3”).

Esta contribución conceptual se alinea con otras a la base de la nueva sociedad, en una serie de estrategias que apuntan a eliminar los siguientes elementos de institucionalización: las categorías masculino / femenino y varón / mujer de todo formulario estatal, incluido el documento de identidad; la generización de los nombres propios; el contrato matrimonial y todo sucedáneo liberal que perpetúe la naturalización de los roles sexuales, como la “unión civil”²⁰⁶, por ejemplo; la prohibición de cambiar de género (y nombre), así como la obligación de que todo cambio de género deba estar acompañado de un cambio de sexo (hormonal o quirúrgico); el sistema de transmisión patrimonial y económica basado en un parentesco biológico que sigue las tramas de sexo y de sangre; la ligazón entre reproducción y sexualidad; la familia nuclear como célula de producción, reproducción y consumo; la casa como espacio privado de producción y de reproducción heterocentrada.

Junto a estos elementos negativos, en tanto señalan qué es lo que no se debería reproducir, hay otros de matiz positivo porque pautan un horizonte regulativo: aquí están los elementos que sirven de indicio para la contra-sexualidad pero también otros que la fomentarían tales como una investigación contra-sexual *hightech*, para proponer nuevas formas de sensibilidad y de afecto²⁰⁷; prácticas desconstructivas de re-citación de los códigos masculino / femenino; “parodiar y simular de manera sistemática los efectos habitualmente asociados al orgasmo, para así subvertir y transformar una reacción natural ideológicamente construida” (*Ibíd*: 31); exploración virtual de los cambios de género y de sexo gracias a distintas formas de travestismo: *cross-dressing*, *internet-drag*, identidad *cyborg*; producción *in-vitro* de un cíber-clítoris para implantar en distintas partes del cuerpo; transformación de diferentes

²⁰⁶ “Unión civil” es el nombre que recibía en la ciudad de Buenos Aires la ley que permitía “la unión conformada libremente por dos personas con independencia de su sexo u orientación sexual” que fue aprobada el 13 de diciembre de 2002 y reglamentada el 19 de mayo de 2003. La unión civil reconoce derechos sociales como incorporar a la pareja a la obra social, recibir una pensión de organismos que dependen del gobierno de la ciudad, solicitar créditos bancarios conjuntos y obtener licencia laboral en caso de enfermedad del concubino. Pero, a diferencia del matrimonio, la pareja conformada a partir de la unión civil no puede adoptar hijos o heredarse mutuamente en caso de muerte del compañero. Y tampoco se ve afectada la situación patrimonial de los contrayentes: en caso de una separación, no hay división de bienes como sucede tras un divorcio. Fue un antecedente muy importante para la actual Ley Nacional de Matrimonio Igualitario (2010). En otros países el estatuto de “unión civil”, cuando existe, recibe otras denominaciones según la jurisprudencia (ver “1.1.5” para el caso del PACS en Francia).

²⁰⁷ Actualmente, diferentes movimientos de la disidencia sexual asumen estas exploraciones, como son los casos de las militancias en la pos-pornografía, el poliamor y la asexualidad (ver Milano, 2014).

órganos del cuerpo en dildo-injertos; distribución gratuita de imágenes y textos contra-sexuales; desarrollo de una pedagogía contra-sexual en pro de maximizar las superficies eróticas; estímulo de la práctica regular de actividades contra-sexuales. Dado que estas prácticas suponen la separación entre sexo y reproducción, no están protagonizadas por hombres y mujeres sino, como vimos, por cuerpos parlantes que, en caso de elegir la finalidad procreadora, se clasificarán en cuerpos susceptibles de embarazo y cuerpos susceptibles de donar esperma, independientemente de su género (*Ibíd:* 32).

A su vez, ambos aspectos de la provocación, el negativo y el positivo, apuntan a desconstruir la noción de pareja que pasaría a definirse como “agrupaciones discretas de individuos de distinto sexo superiores a uno e inferiores a tres” (*Ibíd:* 35) mientras que los grupos contra-sexuales estarían libremente compuestos y en ellos se darían las prácticas contra-sexuales atendidas siempre a un contrato temporal que nunca podría corresponder a la totalidad de la vida de los cuerpos parlantes. Del mismo modo, “se requerirán la reversibilidad y los cambios de roles, de manera que el contrato contra-sexual nunca pueda desembocar en relaciones de poder asimétricas y naturalizadas” (*Ibíd:* 32).

De esta manera, a lo largo de su provocación, BP considera todo acto de sexualidad potencialmente como un trabajo y aspira a que una sociedad contra-sexual reconozca la prostitución como una forma legítima de trabajo. Entonces, lo que en *Testo Yonqui* forma parte de la caracterización del trabajo en el capitalismo actual, aquí resulta una idealización en la que BP tampoco se detiene a aclarar los términos. Es decir, no se hace cargo de las conflictividades implicadas por la noción de “prostitución”.

Su delineamiento de la sociedad contra-sexual cierra diciendo que allí los cuerpos parlantes se llamarán *wittigs*, al tiempo que todo el *Manifiesto* está dedicado a Monique Wittig, feminista materialista defensora de la identidad lesbiana en sentido separatista (ver “1.1.4”). Para entender este guiño, a la vez homenaje, es necesario considerar la manera en que BP propone *queerizar* las provocaciones con las que Wittig atacaba el binarismo desde su perspectiva de la heterosexualidad como institución política. Pero a su vez, este recurso puede considerarse un procedimiento contra-sexual, a la manera de un dildo que desplazará las tecnologías naturalizadas en pro de una desterritorialización de los cuerpos.

6.1.1 - La *queerización* de Wittig

Monique Wittig expone su consideración sobre el carácter de institución política de la heterosexualidad prácticamente en paralelo a las intuiciones de Michel Foucault sobre el dispositivo de sexualidad. Ambas intelecciones serán inspiradoras de la segunda genealogía feminista del género (ver “3.2”).

A mediados de los años 70 en Francia, Wittig edita la novela *El cuerpo lesbiano* (1973) y Foucault la investigación “La voluntad de saber” (1976), primer volumen de *Historia de la Sexualidad*; pero mientras éste suscita enorme eco entre los intelectuales y activistas que compartieron el mayo del sesenta y ocho francés, la novela, que pronto se transformará en un clásico de la literatura lesbiana internacional, será ignorada por la crítica literaria francesa. Asimismo, los primeros textos políticos de Wittig fueron duramente criticados por los propios grupos feministas y lesbianos del mismo periodo:

el movimiento feminista francés parece haberse escindido entre una élite académica de inspiración psicoanalítica, representada por el grupo *Psych & Po* (Psicoanálisis y Política) y por la Editorial de Mujeres, y un movimiento activista de corte marxista. Wittig está por supuesto más cerca de este último. Sin embargo, su elaboración de la noción de “heterosexualidad” como categoría política en su artículo “El pensamiento heterosexual” va a desatar pronto una fractura dentro del propio feminismo materialista francés. Sin duda, esta teorización de Wittig depende en gran medida de su viaje en 1976 a Estados Unidos y de su encuentro con los textos del feminismo radical [norte]americano [...] A partir de ese momento la obra de Wittig quedará dividida: dos lenguas, dos estilos. Mientras que los textos literarios de Wittig seguirán publicándose en francés, sin alcanzar nunca el éxito anterior a *El cuerpo lesbiano*, los textos políticos serán publicados en inglés y no serán re-traducidos al francés hasta 2000 (Preciado, 2005a: 114-115).

En el campo anglosajón, entonces, al que debemos la producción conceptual de la categoría de género, las teóricas lesbianas y feministas de la segunda genealogía (ver “3.2”) cruzan nociones de Foucault y de Wittig sin detenerse a explicitarlas. Sin embargo, ambas perspectivas no son conciliables si no se traza una especial línea de encuentro, pues:

a diferencia de Foucault (y ésta es una de las características que la distancian de la teoría queer), cuando Wittig habla de la heterosexualidad, no parece haber identificado un “dispositivo biopolítico” para la producción de la sexualidad moderna sino, más bien, una estructura de dominación que explica la opresión de las mujeres a lo largo de la historia (*Ibíd*: 115).

De esta manera en Wittig resuena antes la categoría de patriarcado que la de género, por la que no se inclinará en ningún momento. Por eso BP se toma el trabajo de torcer determinadas provocaciones wittiguanas hacia la contra-sexualidad para que sus efectos no sólo desmonten la jerarquía entre dos sexos:

Presa del análisis marxista del poder y de la dominación y, en este sentido, nada lejos del pesimismo social de Bourdieu, la lectura que hace Wittig de la heterosexualidad minimiza las opciones políticas que permiten escapar a su poder totalizante. “La lesbiana” para Wittig será aquella que, casi milagrosamente, ha “roto el contrato heterosexual” situándose en una radical exterioridad política, un espacio puro en relación con la monumentalidad monolítica de la heterosexualidad. La oposición espacial entre el “interior” y el “exterior” que encontramos a menudo en “El pensamiento heterosexual”, parece señalar la distancia abismal que separa la heterosexualidad (=dominación) del lesbianismo (= la libertad). Pero, puesto que los sexos son definidos como productos de esta totalidad heterosexual, es difícil imaginar lo que queda de “la lesbiana” una vez que alcanza este “exterior” (*Ibíd*: 115-116).

La visión de Wittig parece conservar la ilusión de un lugar por fuera de las producciones de poder. Como hemos explicitado en las conceptualizaciones de Butler y Foucault con las que se alinea BP, tal exterioridad resulta imposible. De todas maneras, la categoría “lesbiana” de Wittig pone de manifiesto que la naturalización de la categoría mujer opera como una condición de posibilidad de la formación del sujeto político del feminismo moderno. De allí que BP considere potente conservar esta implicancia dejándola exenta de esencialismo, para lo que propone leer a Wittig fuera de un marco feminista materialista para encontrar en sus textos políticos el sentido de una revolución que está teniendo lugar: “Wittig contra el wittiguanismo separatista. Wittig contra Wittig y con la teoría queer. Y por último, Wittig contra la teoría queer y con un materialismo radical queer” (*Ibíd*: 118).

Ahora bien, son principalmente dos las provocaciones de Wittig que BP busca resignificar desde el materialismo feminista hacia el radicalismo *queer*: “yo no tengo

vagina²⁰⁸” y “las lesbianas no son mujeres” (Wittig, 2006: 57). Ambas afirmaciones permiten reinterpretar la heterosexualidad como régimen político de Wittig “como una tecnología del cuerpo que liga el placer sexual, la reproducción y la filiación. En esta tecnología tentacular, la vagina aparece como un órgano clave, pues permite el vínculo institucional entre el trabajo (hetero)sexual y el trabajo de la reproducción.” (*Ibíd*: 127). Así, si una lesbiana no tiene vagina es porque la vagina, en tanto que órgano sexual femenino, se define como el receptáculo apropiado para un pene natural y como cavidad natural para la fertilización. En consecuencia, si se plantea el cuerpo lesbiano como uno que no se deja territorializar por el follar hetero, no tiene vagina... o dicho de otra manera, en él se trata de un elemento “anatural” (*Ibíd*: 128). En consecuencia, decir que “las lesbianas no son mujeres” puede ser un gesto más activo que el mero quedarse afuera de la institución heterosexual que por otra parte, para BP resultaría imposible. Por el contrario,

implica asumir el riesgo de convertirse en monstruo, de caer, derrapar sobre la pendiente ascendente de la evolución y de la civilización, volverse hacia la animalidad, lo vegetal, hacia las sociedades “primitivas” del sur colonizado [...]. Un cuerpo tal es no humano, sino infrahumano, incluso posthumano. Para la “mujer-lobo”, no convertirse en mujer implica la posibilidad de “firmar” un contrato con las fuerzas de lo no humano, las mismas fuerzas que transforman a las protagonistas de *El cuerpo lesbiano* de Wittig en animal, en bollera peluda, en bollo lobo. Un contrato tal no puede ser firmado más que en y con el cuerpo (*Ibíd*: 127).

Ambas provocaciones convergen, entonces, en un proceso activo de “des-identificación” que BP reinterpreta en términos de *desterritorialización del cuerpo femenino* como transformación del cuerpo hetero: “Un devenir cuerpo lesbiano, sin sustancia ni antecedente natural, que resulta del proceso de follar bollero tal y como se manifiesta en *El cuerpo lesbiano*” (*Ibíd*: 122). Por ende, si los cuerpos parlantes que firman un contrato contra-sexual pueden denominarse *wittigs* es porque dicho contrato pacta no caer en los sentidos naturalizados de la heterosexualidad, ni de la dicotomía jerárquica de sexos, ni de la dicotomía de géneros, ni de la sexualidad reproductiva...

²⁰⁸ Según afirma BP sería mítica la pronunciación de esta frase por parte de Wittig: “Me gustaría, más bien, leer esta frase a partir de una ontología del exceso que no conoce la disyunción (ser / tener, pene / vagina, niña / niño), a pesar de que Monique Wittig me confirmó hace unos días sobre una *péniche* del Sena que ella nunca la pronunció” (*Ibíd*: 126). De todos modos, la atribución de este enunciado a Wittig subsiste y también circula bajo la forma “las lesbianas no tienen vagina”.

En consecuencia, la *queerización* de Wittig que realiza BP al conjugarla en su lectura con Foucault supera una limitación de ambos: la naturalización de la masculinidad. En el caso de Foucault, del proceso de desterritorialización del cuerpo homosexual no se sigue cuestionamiento alguno de la masculinidad. En el de Wittig, también hay una negación del proceso de formación del cuerpo masculino al que se presenta como neutro. En consecuencia, la desnaturalización de la feminidad y del lesbianismo que implica la *queerización* de las intuiciones wittiguanas impacta en la desesencialización de la masculinidad y de los varones. Punto crucial si comprendemos las bases del régimen fármaco-porno-gráfico y del dispositivo de género cuya estructuración gira en torno a la centralidad del pene erecto. Justamente, si la contra-sexualidad busca desmontar los efectos de estas producciones, tiene como objetivo ineludible desnaturalizar la masculinidad. De allí que el recurso de BP a tal fin no sea biológico sino prostético: enarbolará el dildo. Ya la propia desconstrucción y resignificación que propone su lectura de Wittig actúa a modo de dildotectónica. Veamos entonces el próximo apartado, que se concentra en el siguiente desafío: “La contra-sexualidad afirma que en el principio era el dildo. El dildo antecede al pene. Es el origen del pene” (*Ibíd*: 20).

6.1.1.2 - Dildo-tectónica: otro punto de partida

Si las prácticas contra-sexuales contribuyen a desnaturalizar todos los efectos de los dispositivos de sexualidad y de género, no pueden tomar como base el cuerpo porque de hacerlo, lo supondrían “dado”, “natural”, cartografiado de manera pre-discursiva. Justamente por ello BP propone un elemento artefactual como base de desplazamiento para interpelar los cuerpos, des-territorializarlos y des-esencializar los efectos de ambos dispositivos. Tal artefacto es el dildo, así denominado por la cultura sexual disidente anglosajona, como anticipábamos en la nota 203 de este capítulo. Pero especialmente, el término se debe a la apropiación de los juguetes sexuales que ha hecho la sub-cultura lésbica que, crítica de la noción de “falta” en el encuentro sexual entre mujeres, no los piensa como “consoladores” sino como “vibradores”. De allí que en este *Manifiesto* BP decida “castellanizar la palabra dildo que se usa ya en la cultura gay y lesbiana en España y en América del Sur” (*Ibíd*: 160). En consecuencia, enarbolar el dildo para des-territorializar los cuerpos, para

des-construir los significados cis-hetero-coito-céntricos, implica poner en práctica una dildo-tectónica:

La dildotectónica es la contra-ciencia que estudia la aparición, la formación y la utilización del dildo. Localiza las deformaciones que inflige el dildo al sistema sexo / género. Hacer de la dildotectónica una rama prioritaria de la contra-sexualidad supone considerar el cuerpo como superficie, terreno de desplazamiento y de emplazamiento del dildo. [...] La dildotectónica se propone localizar las tecnologías de resistencia (que por extensión llamaremos “dildos”) y los momentos de ruptura de la cadena de producción cuerpo-placer-beneficio-cuerpo en las culturas sexuales hetero y queer (*Ibíd*: 41).

Esta propuesta dildo-tectónica deja en evidencia que la perspectiva de BP es prostética a diferencia de la de Butler, ya que considera la materialidad de las relaciones sexuales; es decir, concretamente, los modos de follar. Justamente es el follar lesbiano, con o sin dildo, el que pone en crisis el coitocentrismo heteronormativo. Pero, si consideramos el uso del dildo, se abre la posibilidad del desvío en la significación dominante. El sentido instituido considera que el dildo sustituye al pene “faltante”, mientras que la sub-cultura lésbica en la que se basa BP para la desconstrucción lo toma como un lugar de invención de nuevos placeres; de este modo, como otro punto de partida que no presupone ninguna naturalidad:

Para desenmascarar la sexualidad como [dispositivo], es preciso comprender el dildo (su corte con el cuerpo) como centro de significación diferido. El dildo no es un objeto que vendría a sustituir una falta. Se trata de una operación que tiene lugar en el interior de la heterosexualidad. Digámoslo una vez más, el dildo no es solo un objeto sino que es, estructuralmente, una operación de cortar-pegar: una operación de desplazamiento del supuesto centro orgánico de producción sexual hacia un lugar externo al cuerpo. [...] Todo es dildo. Incluso el pene (*Ibíd*: 65).

Por eso insistimos en el eje de su provocación: “en el principio era el dildo” pues es la base des-constructiva de su propuesta conceptual ya que “remite a la imposibilidad de delimitar un contexto. En primer lugar, pone en cuestión la idea según la cual el cuerpo masculino es el contexto natural de la prótesis del pene. Después, y de un modo más drástico, amenaza la suposición según la cual el cuerpo orgánico es el contexto propio de la sexualidad” (*Ibíd*: 69-70). De esta

manera la dildo-tectónica descentrará tanto los efectos heteronormativos como coitocéntricos de los dispositivos. BP lo esclarece de este modo:

La contra-sexualidad dice: la lógica de la heterosexualidad es la del dildo. Esta remite a la posibilidad trascendental de dar a un órgano arbitrario el poder de instaurar la diferencia sexual y de género. El hecho de haber “extraído” del cuerpo, en forma de dildo, el órgano que instituye el cuerpo como “naturalmente masculino”, debe considerarse como un acto estructural e histórico decisivo entre los procesos de deconstrucción de la heterosexualidad como naturaleza. La invención del dildo supone el final del pene como origen de la diferencia sexual. Si el pene es a la sexualidad lo que dios es a la naturaleza, el dildo hace efectiva, en el dominio de la relación sexual, la muerte de dios anunciada por Nietzsche. En este sentido, el dildo puede considerarse como un acto reflexivo fundamental en la historia de la tecnología contra-sexual (*Ibíd*: 64).

Quedan entonces desnaturalizados los órganos y los cuerpos, en consecuencia, desgenerizados: “El dildo desvía al sexo de su origen “auténtico” porque es ajeno al órgano que supuestamente imita. Extraño a la naturaleza, y producto de la tecnología, se comporta como una máquina que no puede representar la naturaleza sino a riesgo de transformarla” (*Ibíd*: 66-67). A partir de la tarea des-constructiva del dildo la sexualidad se desterritorializa pues este artefacto no tiene una utilización natural: “No hay orificio que le esté naturalmente reservado. La vagina no le es más apropiada que el ano. [...] No imita al pene, sino que lo sustituye y lo supera en su excelencia sexual” (*Ibíd*: 67).

En cuanto a la des-estructuración de la sexualidad el dildo interrumpe las significaciones naturalizadoras que interpretan las relaciones sexuales desde la práctica del coito heterosexual y la concomitante obtención del orgasmo. En este sentido, la dildo-tectónica se inspira en las sub-culturas lésbicas pro-sexo, que no naturalizan la identidad lesbiana y por ende no estigmatizan al dildo como si resultara un sustituto del pene: “Objeto maldito, el dildo es la pieza que falta para resolver el enigma paranoico que representa el sexo lésbico dentro de un modelo sexual heterocentrado. Como si permitiera responder a la pregunta candente: ¿cómo pueden las lesbianas follar sin pene?” (*Ibíd*: 59).

Si por un lado la *queerización* de Wittig es condición de posibilidad para la dildo-tectónica; por otro lado, ésta continúa las críticas que otras teóricas lesbianas

hicieron a la conceptualización lacaniana del falo. Recordemos que Teresa De Lauretis critica a Lacan por la ambigüedad con la que alterna entre las nociones de falo y de pene; así, considera que tener o no tener el falo se piensa siempre desde una perspectiva heterosexual. En continuidad con este señalamiento, BP avanza al afirmar: “En este contexto, el dildo viene a ocupar un lugar estratégico entre el falo y el pene. Va a actuar como un filtro y a denunciar la pretensión del pene de hacerse pasar por el falo” (*Ibíd*: 60). Igualmente, De Lauretis alude al mercado de los juguetes sexuales para establecer la comparación entre la compra de muñecas inflables por parte de los hombres y la de vibradores, por las mujeres; es decir, una réplica de la totalidad del cuerpo femenino, por un lado; una reproducción del signo de masculinidad, el pene, por otro. BP interpreta este análisis como una manifestación de “la asimetría que existe entre hombres y mujeres en el acceso a la sexualidad” (*Ibíd*: 61).

En el mismo sentido, Butler cuestiona la significación monopolizadora del falo e intenta des-construirla conceptualizando el “falo lesbiano”:

el falo lesbiano significa un deseo, producido históricamente en el punto de encuentro de [las] prohibiciones, que nunca se libra plenamente de las demandas normativas que condicionan su posibilidad y que sin embargo procura subvertir. [...] Pero precisamente porque es una idealización a la que ningún cuerpo puede aproximarse adecuadamente, el falo es una fantasía transferible y su vínculo naturalizado con la morfología masculina puede cuestionarse a través de una reterritorialización agresiva (Butler, 2002:137).

Aquí vemos que Butler busca desestructurar la heteronormatividad desde su centro de producción; sin embargo, su planteo resulta insuficiente en tanto conserva el valor de “falo” atribuido al poder masculino. En pro de desestabilizar este poder, sería deseable quebrar su función simbólica; es decir, si el falo se lo apropia la lesbiana, en tanto “falo”, difícilmente pueda desestabilizarse el orden simbólico instituido. Ante esto BP se pregunta “¿de qué “falo lésbico” se trata? Difícil de saber puesto que Butler omite cualquier referencia a prácticas sexuales concretas” (*Ibíd*: 62). De este modo, le critica a Butler que “omite el término “dildo”, hasta el punto de atribuir al falo unas características que asociaríamos, más bien y sin vacilar, con los juguetes sexuales: plasticidad, transferibilidad y expropiabilidad” (*Ibíd*: 62). De allí que BP intente reterritorializar los cuerpos de un modo material a partir del dildo; es

decir, apuesta a una re-erogenización que busque placeres por fuera de las normativas de penetración y orgasmo consagradas. Entonces, se distancia de otras propuestas feministas *queer* que se quedarían a medio camino:

Al depender excesivamente del lenguaje psicoanalítico del falo, estas relecturas feministas y post-feministas *queers* del dildo obvian las operaciones tecnológicas que han regulado y controlado la construcción y la reproducción tecnológica de la masculinidad y la feminidad al menos durante los dos últimos siglos. Si el dildo es disruptivo, no lo es porque permita a la lesbiana entrar en el paraíso del falo, sino porque muestra que la masculinidad está, tanto como la feminidad, sujeta a las tecnologías sociales y políticas de construcción y de control. El dildo es el primer indicador de la plasticidad sexual del cuerpo y de la posible modificación prostética de su contorno (*Ibíd*: 63).

BP reconoce solo en Judith Halberstam (2008) a alguien que ha trabajado teóricamente el dildo, no como significante fálico, sino sobre todo como objeto sexual y modulador de los géneros. Considera que seguir esta línea permite cuestionar tanto la cultura esencialista de la identidad lesbiana, como al constructivismo que no se desmarca de la valoración del falo ni de las dicotomías establecidas: “se trata no solamente de señalar el carácter construido del género, sino más aún de reclamar la posibilidad de intervenir en esta construcción hasta el punto de abrir líneas de deriva con respecto a un devenir que se impone, si no como natural, al menos como socialmente normativo o incluso como simbólicamente preferente” (*Ibíd*: 76).

Por lo tanto la dildo-tectónica profundiza la posibilidad de comprender el carácter prostético del género según la perspectiva de BP al plantear que:

El género se parece al dildo. Porque los dos pasan de la imitación. Su plasticidad carnal desestabiliza la distinción entre lo imitado y el imitador, entre la verdad y la representación de la verdad, entre la referencia y el referente, entre la naturaleza y el artificio, entre los órganos sexuales y las prácticas del sexo. El género podría resultar una tecnología sofisticada que fabrica cuerpos sexuales (*Ibíd*: 25).

Aquí la última oración expresa la hipótesis que permite articular los diferentes textos del corpus que estamos considerando para delinear el dispositivo de género en tanto

conceptualización superadora en la genealogía teórica de la categoría “género”. En ello BP comienza por coincidir con Butler al considerar que el género es una noción dinámica que produce a las demás (sexo, sexualidad, deseo) según una coherencia normativa; pero se distancia respecto de la compleja manera en que esto sucede, al analizar en la dimensión performativa instancias lingüísticas, discursivas, materiales, corporales... En consecuencia, también los sexos y la sexualidad se resignifican dildo-tectónicamente:

El dildo convierte el follar (que en este caso podríamos denominar “bollar”) en un acto paradójico al no poder ser identificado como órgano en la oposición tradicional hombre / activo o mujer / pasiva. Confrontada a este pequeño objeto, la totalidad del sistema heterosexual de los roles de género pierde su sentido. Más aún, las ideas y los afectos tradicionales en torno al placer sexual y al orgasmo, tanto heterosexuales como homosexuales, se vuelven caducas cuando se trata del dildo (*Ibíd*: 69).

Por lo tanto, si se trata de encontrar un punto de producción de la diferencia que no implique dicotomías ni jerarquías, que no resulte “natural”, el dildo parecería adecuado pues se traslada sobre el cuerpo para contra-sexualizarlo transformándolo en una superficie donde los órganos y las citaciones se desplazan a velocidad variable: “El dildo realiza ahí su verdad: es efecto múltiple y no origen único. [...] ignora los límites orgánicos o materiales; se agarra a todo para crear la diferencia, genera la diferencia por todos lados, pero no se identifica con la diferencia misma. Es tránsito y no esencia” (*Ibíd*: 68).

Por eso, mapear las prácticas sexuales con dildo, así como inventar otras, contribuye a reconfigurar los límites erógenos del cuerpo follador / follado y a cuestionar que el placer provenga del cuerpo: “El placer que procura el dildo pertenece al cuerpo solo en la medida en que es re-apropiación” (*Ibíd*: 70). Igualmente, el carácter reversible del uso del dildo, “amenaza constantemente la estabilidad de las oposiciones dentro / fuera, pasivo / activo, órgano natural / máquina, penetrar / cagar, ofrecer / tomar...” (*Ibíd*).

Ahora bien, lo que permite desvincular definitivamente el dildo del pene y además comprender que su contribución al placer está desatada de la heterosexualidad es la producción de otra genealogía para el dildo, diferente de la naturalizada por el heterocentrismo y por el lesbianismo separatista: “El dildo como tecnología sexual

ocupa un lugar estratégico entre las tecnologías de represión de la masturbación y las tecnologías de producción de placer” (*Ibíd:* 63). Esto es, la historización del dildo que recupera BP se encuentra en el cruce de dos prácticas: la represión de la masturbación y la cura de la histeria, provenientes ambas del siglo XIX en el marco del dispositivo de sexualidad:

El dildo vibrador, cuyo diseño y comercialización estuvieron influenciados por el movimiento feminista [norte]americano de los años sesenta y setenta, ha evolucionado como una prótesis compleja de la mano lesbiana, más que como una imitación del pene. [...] La electrificación y la mecanización van a procurar a la mano masturbatriz la eficacia que le había sido retirada por medio de las tecnologías de represión del onanismo. La mano masturbatriz y el vibrador de la histérica operan ambos como verdaderos “interruptores” externos con respecto al circuito sexual reconectando los órganos genitales u órganos y objetos no genitales e incluso in-orgánicos. Desatan la producción del orgasmo fuera de un contexto terapéutico y fuera de la relación heterosexual. El dildo vibrador es un híbrido de la mano y del vibrador decimonónico [...] abre posibilidades inéditas de incorporación y descontextualización (*Ibíd:* 96).

En consecuencia, la dildo-tectónica como práctica contra-sexual ejerce una performatividad en la que se re-cita la heterosexualidad pero descentrándola y por ende, busca la citación de un dildo sobre diferentes lugares corporales: ojo anal, antebrazo, codo, cabeza... Esto conlleva la desnaturalización del orgasmo y la producción de nuevos modos de placer: “La simulación del orgasmo equivale a una desmentida de las localizaciones espaciales y temporales habituales del placer” (*Ibíd:* 31). En esta tarea convergen las prácticas de las disidencias sexuales como los ejercicios que propone BP en su provocadora sociedad contra-sexual. Pero cualquiera de estas propuestas no “debe ser considerada como un sistema total que vendría a producir absoluta y necesariamente ciertos “sujetos de placer”. Más bien al contrario, estas tecnologías se mostrarán como estructuras fallidas (desbordando, por tanto, la noción misma de estructura) en las que ningún instrumento de dominación está a salvo de ser pervertido y reapropiado en el interior de [...] “praxis de resistencia” (*Ibíd:* 79).

La dildo-tectónica es fuente de inspiración para militantes *gay* estudiosos de la masculinidad que se proponen desconstruir sus producciones hegemónicas. Así, Javier Sáez explora la vulnerabilidad masculina en representaciones alternativas del

porno para analizar de qué maneras contribuyen a re-erotizar el ano, esfínter reprimido para el placer desde la heteronormatividad. Para ello se basa en las consideraciones de BP sobre esta zona del cuerpo:

El ano presenta tres características fundamentales que lo convierten en el centro transitorio de un trabajo de deconstrucción contra-sexual. Uno: el ano es un centro erógeno universal situado más allá de los límites anatómicos impuestos por la diferencia sexual, donde los roles y los registros aparecen como universalmente reversibles (¿quién no tiene ano?). Dos: el ano es una zona de pasividad primordial, un centro de producción de excitación y de placer que no figura en la lista de puntos prescritos como orgásmicos. Tres: el ano constituye un espacio de trabajo tecnológico: es una fábrica de reelaboración del cuerpo contra-sexual posthumano. El trabajo del ano no apunta a la reproducción ni se funda en el establecimiento de un nexo romántico. Genera beneficios que no pueden medirse dentro de una economía heterocentrada. Por el ano, el sistema tradicional de la representación sexo/género *se caga* (*Ibíd.*: 27).

Como habíamos anunciado en el capítulo anterior (ver Capítulo 5, “5.2.1.2.3”), BP apuesta por el carácter des-generizado del ano para considerarlo un lugar privilegiado de re-significación. Si bien Sáez-Carrascosa no asegurarían que se trate de un lugar “ya” des-generizado, Javier Sáez se va a concentrar en una práctica en especial que pone en evidencia la des-generización y que conlleva una des-territorialización corporal en un sentido más amplio:

El hecho de que en las películas de fist²⁰⁹ no haya erección, ni penetración con el pene, ni eyaculación supone un desafío radical al “género” (en el doble sentido, de género cinematográfico y de sistema género/sexo). De hecho cuando aparecen los genitales masculinos en las películas de fist el pene está flácido (otro tabú del porno) y no merece ningún interés por parte de los actores, ni de la cámara ni del montaje. El fist es una aberración, es lo abyecto del porno (Sáez, 2003).

Esta decodificación del cuerpo que no lo supone “dado” no es aquí una mera expresión de deseo sino un indicio que ya ha dejado huella desde las prácticas de una comunidad disidente y su impacto en desconstruir la pornografía:

²⁰⁹ Apócope de *fist-fucking*: penetración anal con el puño/brazo.

Además tanto el ano como el puño no están marcados por el género o el sexo, todo el mundo tiene ano y todo el mundo tiene brazo, independientemente de si se es mujer, hombre o intersexual. Y este “independientemente” es importante, porque para los sistemas dominantes la diferencia sexual y la asignación de naturalezas masculinas y femeninas es crucial. Aquí se muestra que esa diferencia no es tan evidente, y que quizá ni siquiera es relevante (*Ibíd*).

Estos antecedentes de políticas anales muestran cómo la resignificación del esfínter forma parte de la dildo-tectónica: “La recuperación del ano, como centro contra-sexual de placer, tiene puntos comunes con la lógica del dildo: cada lugar del cuerpo no es solamente un plano potencial donde el dildo puede trasladarse, sino también un orificio-entrada, un punto de fuga, un centro de descarga, un eje virtual de acción-pasión” (Preciado, 2002: 28).

Del mismo modo, otro sentido naturalizado hegemónicamente es el del orgasmo, como experiencia pre-codificada que tod*s deben alcanzar al mantener “relaciones sexuales” en tanto “unidad última e irreducible del placer individual” (*Ibíd*: 79). Este elemento es organizador del dispositivo de sexualidad y sus dicotomías, incluidas las diferencias de género. Por un lado, porque el término se utiliza casi exclusivamente para nombrar el clímax en la sexualidad de las mujeres. Por otro lado, porque incluso muchas teorizaciones feministas de la segunda mitad del siglo XX han funcionado como tecnologías de género al producir el imperativo de “tener que llegar al orgasmo” como ineludible dimensión femenina del género. En este sentido, se pasa del trabajo que está al límite entre la represión del deseo y la producción del orgasmo femenino durante el siglo XIX con la figura de la histérica, al imperativo de la producción del orgasmo en el siglo XX bajo la idea de “liberación sexual”:

El orgasmo es, de este modo y simultáneamente, locura que debe ser reprimida por la fuerza y el resultado transparente del trabajo de las técnicas mecánicas. [...] En el caso de la mujer que yace en la mesa clínica bajo el trabajo del vibrador, [...] es la máquina la que tiene un orgasmo. No hay [...] sujeto del placer. [...] el orgasmo no pertenece al cuerpo que “llega” (*Ibíd*: 93).

Aquí BP se basa en las prácticas de “cura” de la histeria para resignificarlas como productoras de orgasmos femeninos y usarlas de base para su desnaturalización. En consonancia con esto, las actividades contra-sexuales que diseña BP buscan

desnaturalizar el orgasmo de su vínculo con una sexualidad genital y, de este modo, re-erogenizar el cuerpo inventando otros orgasmos.

Esta tarea, a su vez, implica andar la genealogía de las disidencias que se han reapropiado prácticas represoras transformándolas en producciones de placer, como son los casos de las técnicas para evitar la erección en los hombres, para reprimir la masturbación en varones jóvenes y adultos (en cuanto desviaba la energía de sus finalidades productiva -trabajo- o reproductiva -coitocentrismo heterosexual-), para producir el orgasmo en las mujeres (como cura de la “histeria”). Algunos artefactos relacionados con estas tecnologías han sido los guantes para evitar el contacto con la piel, los anillos peneanos para impedir la erección, el vibrador para producir la “crisis histérica”:

para mediados del siglo XX, la mayoría de estas técnicas van a convertirse en ritos iniciáticos y en prácticas que constituirán sexualidades alternativas en las subculturas gay, lesbiana y S&M. [...] por primera vez el cuerpo, que hasta ahora era simple objeto de la práctica, deviene sujeto. [...] mientras que en la literatura del XIX el anillo aparece como un impedimento de la erección, en la cultura del piercing es conocido por sus efectos de prolongación de la erección y del orgasmo (*Ibíd*: 87).

Por lo tanto, aunque se utilicen los mismos elementos, ya no se trata de la misma técnica, puesto que se ha dado un giro completo de los usos y de las posiciones de poder que estos implican:

Todas estas técnicas (genitotortura²¹⁰), aparatos de retracción, cinturones-dildo) han sido extraídas de tecnologías específicas del género (de producción de la feminidad o la masculinidad heterosexual) y de la especie (de producción de la normalidad humana o de la animalidad doméstica), así como de sus prácticas y discursos médicos, reproductivos y morales, y han sido re-contextualizadas en el interior de sistemas queer de relación cuerpo-objeto (*Ibíd*: 88-89).

Se va completando, entonces, la genealogía que permite distinguir al dildo del pene y arrebatarle a éste su asociación con el falo. La misma nos lleva desde el cinturón

²¹⁰ Parte de las técnicas de “curación” de la histeria en las mujeres y de “prevención” de la masturbación en los varones consistían, por ejemplo, en quemar el clítoris, aplicar cinturones, anillos dentados en el pene... Para una historización precisa ver Maines (2010) y Laqueur (2007).

antimasturbador, pasando por la máquina vibradora, hasta los implantes prostéticos: “Para entender el dildo en tanto que objeto, es preciso interrogar la evolución de la prótesis durante el siglo XX” (*Ibíd:* 94). Y en el ámbito de las prótesis, paisaje de la episteme post-Money-ísta, eslabón entre los dispositivos de sexualidad y de género, antecedente del *ciborg*, la mano le gana al pene en conseguir sustitución ya que en el contexto de los 50 “efectúa la transición entre el soldado y el nuevo trabajador industrial de postguerra. En este proceso, es la prótesis de la mano, y no la del pene, la que resulta central en la reconstrucción de la masculinidad” (*Ibíd:* 95).

En los diseños corporales *ad hoc* surgen manos miméticas, de función estética “en reposo” y manos “pinza”, que buscan proveer la meta escamoteada por la mutilación. En este sentido, “las prótesis no se atenían a reconstruir el cuerpo “natural” sino que permitían al cuerpo masculino ser incorporado por la máquina en tanto que instrumento o terminal-humano” (*Ibíd:* 96). De esta manera el dildo, al igual que la mano, desplaza al pene y desactiva su asociación con el falo al presentarse como una extensión del cuerpo para el placer y ser, entonces, más que él, con él, desde él, para él... al punto de alterar sus fronteras, su geografía, su carnalidad.

En este entorno prostético que desdibuja límites, las máquinas cambian los espacios. Habíamos visto a propósito de *Playboy* una resistencia masculina que se agenciaba para sí el ámbito privado a través de aparatos varoniles. El mismo espacio privado que desde los cánones de la post-guerra invitaba a las mujeres, casadas y madres, a disfrutar de un confort doméstico tecnologizado que servía, a la vez, de lábil separación entre la represión y la búsqueda de placeres:

Las máquinas pequeñas y manejables (de la máquina de coser al teléfono), diseñadas y producidas por los hombres para regular el espacio doméstico y controlar las actividades de género que tienen lugar en él (coser, cocinar, limpiar, etc.) constituyen un conjunto ambiguo de compañeros para las mujeres. Son una suerte de tecnologías de doble filo: por una parte, tecnologías de dominación y de reinscripción de la función supuestamente natural de la mujer en la sociedad y por otra, tecnologías de resistencia en el interior del espacio privado (*Ibíd:* 91).

El aspecto prostético del régimen fármaco-porno-gráfico que nos descubre la dildotectónica, permite comprender mejor tal carácter en la propia conformación de los géneros, así como las instancias de resistencia, cuestión que nos interesa específicamente por su relación con una dimensión positiva de la biopolítica que,

recordemos, en este contexto, se hace sexopolítica. En función de explorar los aspectos políticos afirmativos de la resistencia contra-sexual abrimos una reflexión sobre las instancias individuales y colectivas de la misma, para situar específicamente las conceptualizaciones de BP. En este sentido, cobra especial relevancia el uso de los pronombres para reconstruir las huellas así como los indicios de un futuro de las “multitudes queer”.

6.2 - ¿Hay alguien ahí?: una etho-política de los pronombres personales

Después de recorrer puntos de inestabilidad del dispositivo de género así como estrategias efectivas y posibles para su desestabilización, nos concentramos en el posicionamiento subjetivo de BP a partir de su inscripción discursiva. Este análisis permitirá conjugar el recorrido realizado hasta el momento para preguntarnos sobre las posibilidades ético-políticas para los movimientos *cuir* y los feminismos. Una preocupación que, para el caso de las disidencias sexuales, ha planteado con claridad Eduardo Mattio en su búsqueda de “una “filosofía de la diversidad sexo-genérica” comprometida tanto con las necesidades más urgentes de los sectores más precarizados del colectivo LGTB, como con la auto-construcción de la propia singularidad de quienes lo componen” (Mattio, 2013). Interrogante que nos interesa plantear en clave feminista, desde un feminismo amplio que articule también los intereses de los movimientos de mujeres y de los movimientos *cuir*.

Con este objetivo nos detenemos en el aspecto más “personal” de los escritos de BP aquí considerados; es decir, en *Testo Yonqui*, libro al que en el Capítulo 1 (ver “1.1.6.2”) caracterizamos como un híbrido entre ensayo, diario íntimo y cuaderno etnográfico de campo, al que podríamos denominar también *Relatos de filosofía, de amor y de muerte*²¹¹ que, de un modo descontracturado, habilitan una reflexión filosófica sobre experiencias personales intensas como el enamoramiento y el duelo por la muerte de un amigo.

²¹¹ Emulo aquí el título *Cuentos de amor, de locura y de muerte* de Horacio Quiroga, escritor argentino (1878-1937).

6.2.1 - Relatos de filosofía, de amor y de muerte

Estos dos sentimientos, el amor y el dolor, no son el motivo que incita el relato sino, devenires que se despliegan en el azar de la existencia y que van a ser incorporados al texto que inicia BP para narrar su experiencia de autoadministración de testosterona. De todas maneras, con carácter informalmente etnográfico, las vivencias son tomadas como disparadores de crítica y de teorización, aunque en un intento de reflexividad metodológica, BP trate de mantener separados los apartados más personales (capítulos impares) de los más teóricos (capítulos pares)²¹². En este sentido, la experiencia con la testosterona resulta insoslayable como hilo conductor del texto y puente entre lo personal y lo político, a partir del lugar de autocobaya que BP se asigna.

Justamente es la tensión entre lo personal y lo político la que nos interesa indagar en genealogía feminista *cuir* (ver “II.1.3”) y que seguiremos en el texto a través de la utilización de los pronombres personales, en el rastreo de sus desplazamientos y efectos de sentido. A tal fin tengamos en cuenta que si los estudios culturales cruzaron posestructuralismo con pragmatismo y produjeron el quiebre de la jerarquía entre saberes, todo relato es ficción; ni las ciencias, ni la historia, ni las biografías, tienen una relación privilegiada con la verdad. No hay más ontología del sujeto que la que provee el lenguaje. Este giro hacia la narrativa le otorga un valor especial al descentramiento de la voz enunciativa con pretensión de unicidad -teórica, filosófica- en beneficio de una pluralidad de puntos de vista (Rorty, 1990: 84).

Así, la auto-biografía deviene auto-ficción, categoría que quiso superar la idea de “pacto autobiográfico” (Léjeune, 1994) por su analogía con la autoridad jurídica. Desde esta especial consideración sobre la constitución de las subjetividades en el lenguaje, July Chaneton caracteriza la autoficción de un modo que nos resulta productivo:

Cuando la narración es producida por el propio sujeto de enunciación en su discurso autorreferencial, se ha llamado “autoficcional”, es decir, una narración de sí que se constituye inevitablemente por fuera del orden de lo verídico y que por lo tanto resulta en “la imposible narración de sí

²¹² Ver la estructura de *Testo Yonqui* en el Capítulo 1, “1.1.6.2”. Consideramos que la separación de capítulos se relaciona con la metodología cualitativa de las notas de campo que recomienda separar las descripciones de los “comentarios del observador” (Ver Taylor y Bogdan, 1996).

mismo". Dicha "imposibilidad", paradójicamente, no deja de ser altamente productiva en términos sociales. Efectos de sentido en relación con la configuración subjetiva resultante que son a la vez idiosincráticos -porque permiten al "yo" del enunciado adelantar una diferencia- y colectivos - porque provienen de y contribuyen a la producción de subjetividades sociales- (Chaneton, 2007: 94).

Nos interesa retener la productividad social de la auto-ficción, a pesar de la "imposible narración de sí mismo"²¹³ que asociamos, a su vez, al análisis ontológico que propone Butler en *Dar cuenta de sí mismo* cuando expresa que el carácter imposible de tal actividad no nos sustrae de la responsabilidad ética. Antes bien, el mundo ético que vamos construyendo tiene todo que ver con el tipo de relatos que nos hacemos sobre nosotras/os mismos/as. De este modo lo expresa en el segundo prólogo a *El género en disputa* donde rescata el carácter de pacto autor-lector que implica la modalidad autobiográfica: "El hecho de que pueda escribir de un modo autobiográfico no cambia, según yo, el sitio que ocupo como el sujeto que soy, aunque tal vez sí dé al lector cierto sentido de solaz al saber que *hay alguien ahí*" (Butler, 2001: 17; el énfasis es nuestro).

Si nos concentramos en el texto de BP, el primer guiño controversial que capta nuestra atención es la afirmación: "Este libro no es una autoficción" (Preciado, 2008a: 15) que nos lleva a preguntarnos si se trata de una ironía para establecer el pacto autobiográfico con quien lea o más bien de un énfasis para que nos detengamos en la teorización antes que en las calientes descripciones sexuales. Además la insistencia en el carácter ficticio de su relato redobla la desmentida de la negación de "no es una autoficción": "Se trata de un protocolo de intoxicación voluntaria a base de testosterona sintética que concierne al cuerpo y los efectos de BP"²¹⁴. Es un ensayo corporal. Una ficción, es cierto. En todo caso y si fuera necesario llevar las cosas al extremo, una ficción autopolítica o una autoteoría" (*Ibíd*). Nos encontramos con una abundancia de "ficción" y de "auto", una reiterada reflexividad que por prepotencia de reiteración lograría persuadirnos de que a sus enunciados los emite un yo que, a la vez, estaría encarnado en "alguien", gran intento de suturar el corte mente / cuerpo producido por el salto abrupto desde las

²¹³ Chaneton recupera esta afirmación en el sentido discursivo de Régine Robin (1996).

²¹⁴ Recordemos, como vimos en el Capítulo 1, que en pasajes de *Testo Yonqui* ella/él se auto denomina "BP".

oraciones en tercera persona del singular hacia la primera del singular, en la frase siguiente, sin punto y aparte:

Se registran aquí tanto las micro mutaciones fisiológicas y políticas provocadas por la testosterona en el cuerpo de BP, como las modificaciones teóricas y físicas suscitadas en ese cuerpo por la pérdida, el deseo, la exaltación, el fracaso o la renuncia. No me interesan aquí mis sentimientos, en tanto que míos, perteneciéndome a mí y a nadie más que a mí. No me interesa lo que de individual hay en ellos. Sino cómo son travesados por lo que no es mío (*Ibíd*).

Mío, no-mío, irrumpe el “yo” en la contraposición con la no-persona²¹⁵ y entonces cabe la pregunta “¿cómo saber qué “yo” es el que dice “yo”?” (Arfuch, 2002: 45). En ese entramado de “yo / no-yo” que para Benveniste es condición de posibilidad del “nosotros” se juega la tensión etho-política: “Si el lector encuentra dispuestos aquí, sin solución de continuidad, reflexiones filosóficas, narraciones de sesiones de administración de hormonas y relatos detallados de prácticas sexuales es simplemente porque este es el modo en el que se construye y se deconstruye la subjetividad” (Preciado, 2008a: 16).

Instancia que renueva la adscripción del texto a diario íntimo, es decir, a relato que promete la mayor cercanía a la “profundidad” del yo: “El diario cubre el imaginario de libertad absoluta, cobija cualquier tema, desde la insignificancia cotidiana a la iluminación filosófica, de la reflexión sentimental a la pasión desatada. A diferencia de otras formas biográficas, escapa incluso a la comprobación empírica” (Arfuch: 2002, 110). De este modo, la narración de la existencia, aunque nunca verdadera, aunque nunca completa ni plenamente acabada, logra el verosímil al confutar la soledad, “una salida del aislamiento que es también, una pelea contra la muerte” (*Ibíd*: 101). El relato como fuga de la muerte, pero también como atravesamiento del duelo y en ese sentido, como cauce para el llanto por una vida que “merece ser llorada²¹⁶”: “la muerte de G.D.²¹⁷, [...] último representante francés de una forma de insurrección sexual a través de la escritura” (Preciado, 2008a: 15).

²¹⁵ El carácter deíctico de las formas personales que, según Benveniste (1983), sólo son la primera y la segunda del singular, mientras que la tercera quedaría en calidad de no-persona

²¹⁶ En alusión a las “vidas que merecen ser lloradas”, expresión de Judith Butler (2010 [2009]).

²¹⁷ A lo largo del libro BP nunca menciona el nombre completo de Guillaume Dustan que, además, es un seudónimo, correspondiente a William Baranès (1965-2005). Ver Capítulo 1, “1.1.6.2”.

Efectivamente, GD, homosexual seropositivo, llevó una vida sexual prolífera en la que militó el sexo sin protección de modo consentido, cuestión que plasmó también de forma explícita en sus novelas. Entonces la muerte no solo ronda el relato... La proximidad del sexo con la muerte, tematizada desde siempre por el psicoanálisis, renovada por Bataille, agudizada por la “crisis del SIDA” para la comunidad LGTB, aquí dinamiza el texto, contribuye a su verosímil y al “pacto autobiográfico”:

No tomo testosterona para convertirme en un hombre, ni siquiera para transexualizar mi cuerpo, simplemente para traicionar lo que la sociedad ha querido hacer de mí, para escribir, para follar, para sentir una forma post-pornográfica de placer, para añadir una prótesis molecular a mi identidad transgénero *low-tech* hecha de dildos, textos e imágenes en movimiento, para vengar tu muerte (*Ibíd*: 20).

Efecto que se incrementa, sobre todo, si tenemos en cuenta el impacto del capítulo 1, “Tu muerte”, donde BP describe con gran realismo una ceremonia de doble auto-penetración con dildos que filma como ritual de duelo al enterarse de la muerte del amigo y de la que hace participar al libro *Dans ma chambre*, primera novela “auto-porno-gráfica”²¹⁸ de GD que resultó tan escandalosa como multi-premiada. Ese homenaje al interior del capítulo, incluido a su vez en un relato *hot*, enfatiza el carácter “auto” de la ficción y produce un efecto más biográfico en sentido clásico, que ficcional²¹⁹.

Si consideramos además que se trata de un diario escrito con la intención explícita de ser publicado, sus huellas ya no son expresiones “espontáneas” de la subjetividad, sino objeto de ajuste, borradura, reescritura total o parcial, en definitiva, irrupción de lo íntimo en lo público, del espectáculo de la interioridad; en otras palabras, plataforma de efecto pornográfico, según la definición aventurada por BP en *Pornotopía*: “pornografía como mecanismo capaz de producción pública de lo privado y espectacularización de la domesticidad” (Preciado, 2010a: 12). Especialmente los apartados en que el texto funciona como diario convocan la mirada de quien lee como invitación para espiar por la mirilla y acceder a la intimidad

²¹⁸ Clasificación que hiciera su propio autor.

²¹⁹ Así como todo relato es ficción, todo relato refiere elementos de la realidad. El carácter autobiográfico de un relato no pasa, entonces, por dirimir cuán verídico es cada elemento, sino por entender que su trama constituye experiencia subjetiva. En el caso de *Testo Yonqui* nos resultó significativa la experiencia hecha en 2010 en un taller de lectura del libro en que l*s receptor*s consideraron muy importante dirimir hasta qué punto los eventos sexuales eran “reales” o no. Ahora bien, como retomaremos en breve, BP sitúa este relato experiencial -y no por eso nada ficcional- en el umbral entre lo personal y lo político.

de la habitación sexual. Pero ¿qué mirada convoca? ¿qué escenografía monta? ¿qué escena despliega? En otras palabras: a la hora del género discursivo ¿se vuelve contra-sexual o reproduce un canon pornográfico?

¿Por qué sería importante preguntarse esto aquí? Pues porque la posición en la escritura nos da indicio de la tensión etho-política. No es que se trate de juzgar a la persona BP, ni como sujeto empírico ni en calidad de autor/a, sino de inteligir posicionamientos que hagan viable una ética de la diversidad. Esto es, posibles actitudes para provocar el descentramiento de lo instituido, lugar que nadie puede situar de una vez para siempre, como si la disidencia consistiera en una condición estable, un atributo identitario fijo, una suerte de "punto de llegada" o un manual de comportamiento, susceptible de encarnarse coherentemente en algunos cuerpos, en lugar de ser una dimensión abierta y en conflicto, cuyos efectos de sentido y proyecciones críticas, nunca totalmente previsibles a priori, se disputan y negocian en relaciones de fuerzas siempre situadas y contingentes. Contextualicemos entonces el lugar de BP.

6.2.2 - Encrucijadas en la escritura

Hacia el final de su diario BP reflexiona:

¿Si la posibilidad de la filosofía residiera no tanto en la elección entre la cabeza y el cuerpo, sino en la práctica lúcida e intencional de la auto-decapitación? Al empezar este libro administrándome testosterona (en lugar de comentando a Hegel, Heidegger, Simone de Beauvoir o Butler), he querido decapitarme, cortar mi cabeza modelada con un programa cultural de género, seccionar una parte del modelo molecular que me habita. Este libro es la huella que deja ese corte (Preciado, 2008a: 307-308).

Por un lado, es llamativo que reinstaure la dicotomía mente / cuerpo cuando su propuesta conceptual buscaba salvar la separación entre esencialismo y construccionismo al brindar un punto de partida alternativo por su carácter prostético en linaje con el *cyborg*. Por otro lado, decapitarse implica elegir el cuerpo, como si su materialidad no comprendiera rasgo psicológico alguno, que se habría fugado con

la cabeza²²⁰. De todos modos, el recurso a la dicotomía le brinda la posibilidad espectacular de la decapitación. Pero entonces el trabajo a contra-pelo del género, para cambiar su programación, no resultaría tan enfáticamente prostético como BP pretendía. Es decir, si mantuvo un rechazo declarado contra las perspectivas psicoanalíticas -“el problema de las aproximaciones clínicas es la reducción del género a psicología” (*Ibíd*: 265)-, no se entiende porqué habría de cortarse la cabeza para lograr otra programación. Aquí resulta fallida su detención somático-técnica, que opta por arrebatarse algunos significantes clínicos (falo, principalmente) antes que por vérselas con su complejidad en la trama género / soma / psiquis / poder.

A pesar de todo, la escritura sirve como tecnología de la construcción y de la desconstrucción, en un devaneo permanente con la muerte: “Un libro = una muerte. Cada nueva etapa comienza con una muerte. [...] Este libro no basta para hacer el duelo de tu muerte” (Preciado, 2008a: 301). La muerte, motor existencial antropológico, reverso insoslayable de la biopolítica y amenaza concreta en el contexto de los movimientos *queer*: “la política *queer* como tú la entendías no era sino una preparación para la muerte: *via mortis*. Política entonces de la muerte, sin populismo vitalista: reacción frente a la biopolítica y pasión por el cuerpo decrepito, en descomposición, necrofilia cultural. La política *queer* murió con aquellos que la iniciaron y que sucumbieron al retrovirus. Como tú” (*Ibíd*: 303).

La muerte subtiende aquí el relato, lo abre y lo cierra en el capítulo 13, “la vida eterna”, donde el entierro del amigo auspicia la concreción del nuevo amor, la relación con VD²²¹: “Tu entierro es nuestra boda. Tú, nadie más que tú, podía ser el oficiante-espectro que sellara bajo la tierra la alianza entre tu muerte y nuestro amor” (*Ibíd*: 310). Un amor que se fragua a la par del duelo, de la testis adicción, del experimento contra-sexual, de un éxtasis plástico-sexual, del ensayo filosófico. Así es que BP asegura no haberse “enganchado” a ninguna droga dura, hasta las nuevas experiencias que aquí relata con la testosterona, el amor y el sexo: “Mis únicas drogas, en todas sus variables románticas o anónimas, son la testosterona y el sexo” (*Ibíd*: 170).

En su carácter de cuaderno de campo, el relato de BP imbrica las sensaciones y los efectos de la administración de testosterona, los modos de follar con sus amantes,

²²⁰ En cierto sentido, a la inversa de las imágenes de la película *Las aventuras del barón Munchausen* (Terry Gilliam, 1988) donde la cabeza del barón gira sola pronunciando *cogito, ergo sum*. En el diario de BP, en cambio, se reitera, por ejemplo: “es mi cuerpo el que se enamora”.

²²¹ Recordemos del Capítulo 1 de esta tesis de doctorado, que VD refiere a Virginie Despentès, quien fuera pareja de BP hasta 2014. *Testo Yonqui* relata aspectos de los inicios de esta relación.

los sentimientos y la relación particular con VD, en especial el amor que este vínculo despertó. Además de analizar el experimento “autocobaya” particularmente, nos interesa pensar si el guión²²² sobre el amor y sobre el sexo, se desmarca del heteropatriarcal.

Entender la escritura como una tecnología (Ong, 1987) y especialmente como una tecnología de género²²³, nos pone en sintonía con la perspectiva de la performatividad²²⁴: el lenguaje nos relata, nos hace ser quienes somos. Es uno de los recursos para el proceso de identificación. En ese sentido, en tanto institución social, nos ubica siempre en un guión previo, de la identidad -de género, entre otras dimensiones-, del amor, de la sexualidad... Esa interpelación que nos produce es a la vez el desafío de la reproducción que, al no poder coincidir nunca con lo que produce, permite la renovación. Tomar la palabra es primero, entonces, un ejercicio de iteración precedido por los guiones instituidos. Así, toda autoficción, aún la más conservadora, implica un des-hacerse.

¿Qué ocurre en la trama de flujos hormonales, identitarios, eróticos, sentimentales, del relato de BP? ¿Qué guiones son (re)creados?

El guión del amor, en el lenguaje instituido, es heteronormativo y esto implica, además de la orientación sexual, la dicotomía genérica con los roles prefijados de varón que conquista y mujer que se entrega, varón que desea, folla, presenta fortaleza, posesión de la mujer, conlleva celos recíprocos...

Cuando BP reconoce el proceso de enamoramiento lo analogiza a su relación con la testosterona y se considera adicta a ambas: VD y T²²⁵, estableciendo un triángulo amoroso, imagen que itera tanto el triángulo edípico, como el fantasma de los celos:

El amor es siempre una cibernética de la adicción. Dejar una adicción con alguien, por alguien, hacer de ese alguien el objeto de la adicción, o hacerse adicto a una tercera sustancia por alguien. Ella, yo, la testosterona. La testosterona y yo. Ella y yo. Ella o la testosterona. Ella = la testosterona. Producir o consumir testosterona. Prescindir de la testosterona por ella. Absorber su testosterona (Preciado, 2008a: 288).

²²² En el sentido de guión cinematográfico, radial o televisivo.

²²³ Desde la concepción de Teresa de Lauretis (1996) [1989], que a la perspectiva foucaultiana, le incorpora el matiz de género (ver “3.2.1”).

²²⁴ En la consideración de Butler, que presupone la apropiación derrideana de los actos de habla, así como la noción de tecnología apuntada en la referencia previa (ver “3.2.2”).

²²⁵ Recordemos también que en *Testo Yonqui* la testosterona aparecerá referida como “T” y personificada al punto de poder constituir un triángulo amoroso entre BP y VD (ver “1.1.6.2”).

Aunque su memoria le recuerda relaciones no tan pasionalmente adictivas, “que operan según el modelo de un sistema de retroalimentación satisfactorio” (*Ibíd*: 169), la relación con VD y T corresponde al modelo adictivo: “Y es mi cuerpo como entidad prostética del poder, como plataforma microexcitable de resistencia, el que se enamora” (*Ibíd*: 69). ¿En qué sentido aquí “resistencia”? ¿Es el *topos* del amor necesariamente un lugar de resistencia? ¿Acaso el del amor no es también un relato sexo-político?

En principio, VD se identifica como una bio-mujer que está pasando de la heterosexualidad al lesbianismo. Por su parte, -esta es la cuestión que está en juego en las ataduras de los diferentes aspectos de este apartado-, BP sostiene no estar interesada en adscribir a una identidad específica. Si bien bio-mujer por nacimiento, asegura que el experimento de administrarse testosterona puede considerarlo así, precisamente porque no se propone “devenir hombre”. Sin embargo, a la hora de explorar los efectos de T en su cuerpo, prima la búsqueda de rastros de masculinidad que pone en juego con fantasías de dominación, románticas y sexuales, a pesar de las cuales, a veces VD logra imponerse: “La arrogancia de la testosterona no ha podido con el afecto puro” (*Ibíd*: 175). De pronto el relato adquiere visos románticos, el protagonista (rol de BP para el caso) no se quiere enamorar pero “cede” -*to fall in love*- y por momentos estamos ante un culebrón hollywoodense.

Desde el punto de vista sexual, el relato quiebra la hegemonía del guión coitocéntrico con una profusa presencia de dildos y figuras sexuales que desterritorializan los cuerpos: “éramos un único cuerpo con dos cabezas, cuatro piernas y tres brazos” (*Ibíd*: 291). A pesar de esos atisbos contra-sexuales, la presencia de los celos evoca el guión romántico, aunque re-citado en clave plástica: “VD no quiere que la folle con los mismos dildos con los que he follado hasta ahora a Víctor. Víctor no quiere que me folle a VD con los mismos dildos que he utilizado con él. Entiendo este sentido agudo de la exclusividad prostética que ambos manifiestan. Los dos demandan una forma de escrupulosa fidelidad plástica. Eso me gusta” (*Ibíd*: 228). Los celos parecen confirmar que hay amor y reconducir el relato al formato triangular edípico que Deleuze-Guattari supieron cuestionar. ¿Por qué evocar este sentimiento como signo de vínculo amoroso?

Pero con celos o sin ellos, la presencia de las relaciones sexuales es contundente, poniendo así en juego la pertinencia de la materialidad de los cuerpos que indica la

perspectiva contra-sexual. En los encuentros relatados BP siempre se sitúa en masculino, aunque desplace en oportunidades su rol de dominante a vulnerable. En las narraciones sexuales tienen lugar reflexiones sobre su identidad, el sexo, el género y el impacto de la testosterona. Así encontramos la siguiente descripción autobiográfica: “Mi amor con VD es la culminación de una carrera sexual de alto conquistador sin polla que se inicia en mi tierna infancia: desde cuarto del antiguo EGB, salgo únicamente con las chicas más sex de la clase y no estoy dispuesto a declinar ese estatus” (*Ibíd*: 75).

Entonces al irrumpir el deseo sexual el relato muestra una continuidad hetero desde un posicionamiento masculino dominante orientado hacia las chicas “más valiosas” para esa perspectiva:

mi deseo de follar únicamente con el top de la fémina, con las alfa hembras, con las superputitas, un deseo que ella [la psicoanalista] llama megalómano. Si considera ese deseo como excesivo es porque no soy un bio-hombre; si no ese deseo llevaría simplemente el título de “auto-estima”. Desde niña poseo una polla fantasmática de obrero. Reacciono a casi cualquier culo que se mueve (*Ibíd*).

Si nos atenemos a este fragmento, equiparable a muchos otros de igual tenor en el texto, no queda tan claro el rechazo por ambas identidades de género que el texto manifestará en otros momentos -ni hombre ni mujer-, tampoco que BP se desmarque de la hegemonía de lo masculino; es decir, de la perspectiva central del androcentrismo²²⁶. Es verdad que estos enunciados buscan cuestionar la jerarquía en los “permisos” sociales; es decir, que el deseo manifiesto en el párrafo resulta inadecuado si lo expresa una bio-mujer, mientras que es correcto y esperable, si se trata de un bio-varón. Pero se deja intacta la jerarquía y la valoración de la masculinidad. Este es el elemento especialmente controversial en la genealogía de los feminismos, respecto de la cual BP plantea que nada debería impedir la posibilidad de que las mujeres se apropiaran de lo masculino. Esta línea, cuyo antecedente reconoce en Judith Halberstam (2008), tiene el cometido de desnaturalizar la masculinidad, como hemos analizado (ver “5.2.1.2.1”); pero es precisamente lo que echamos en falta en estos pasajes narrativos de BP.

²²⁶ Preferimos ponerlo en estos términos, y no como falo-logo-centrismo, en consonancia con el rechazo al significante falo por parte de BP. Si bien “androcentrismo” es más antropológico, y el otro concepto más filosófico, para los fines de comprender cuál es el centro cuyo privilegio está en juego, el “varón viril” representado por el *andrós* es suficiente.

Justamente “la polla fantasmática de obrero que reacciona a casi cualquier culo que se mueve” evoca el estereotipo más burdo de masculinidad combinado con una perspectiva de clase y de etnia, que permean la fantasía del desborde sexual (en tamaño, en rendimiento, en ganas), si bien la cita no hace explícito el matiz étnico. Estereotipo de masculinidad que también empobrece la representación de los varones al mostrarlos subjetivamente precarios y en consecuencia incapaces de desactivar el impulso deseante ante cualquier “objeto” sexual. La contrapartida para tal voracidad varonil es la “super-putita”, la mujer a la medida del deseo de todos, pero que se entrega solo a uno: “Ella es la zorra alfa. Ella es para mí” (*Ibíd:* 71); “El contrato es ese. Ella paga y yo la follo. Ella me paga por hacer de ella mi puta” (*Ibíd:* 79).

En el mismo sentido, aparece una obsesión por el tamaño de la polla mediatizado por las medidas de los dildos; la masculinidad se traduce en quién “lo tiene más grande”. El significante “puta”, tanto como la masculinidad “viril”, recrea estereotipos que los feminismos han buscado revisar. Aquí encontramos que estos lugares del relato buscan agenciarse el privilegio masculino antes que desconstruirlo. Si estuviera en juego una masculinidad femenina o una masculinidad lesbiana ¿se trataría de esto? El problema es que en estos efectos de sentido el relato contribuye a naturalizar lo que por otro lado y en otros textos BP mostró que se podía desconstruir: la seguridad, el deseo, la energía... como masculinos.

Esta preferencia por la masculinidad instituida hace que la exploración de la feminidad estuviera relegada. Es así que BP le atribuye a VD el haberle acercado este ámbito de experimentación: “Ella me induce a producir una feminidad que nunca me había permitido. No una feminidad esencial, ni una naturaleza que hubiera estado oculta en mí detrás del *king*, sino una feminidad masculina, una forma de feminidad *king*. Soy su perra *king*, su puta trans, un niño que enseña su coño detrás de su enorme polla” (*Ibíd:* 221). Junto a esta feminidad disruptiva surge la reciprocidad, puta ella, puta yo, no hay monopolio de esta figura²²⁷.

Entre los elementos que indaga y le revelan dimensiones inesperadas en vinculación con lo femenino, está la visita a una sala de *talasoterapia* donde vivencia el placer de entregarse a otras manos femeninas que cuiden de su bienestar y de su apariencia. Un lujo inesperado que le inspira una reflexión:

²²⁷ Entendemos la figura “puta” en el relato como la de un erotismo activo para la condición femenina.

Es esta economía homoerótica paralela la que permite que la heterosexualidad como régimen político no se venga abajo. [...] las mujeres hacen en esta sociedad el trabajo del cuidado del cuerpo. Se ocupan de los hombres, pero también se ocupan del cuidado del cuerpo de las otras mujeres heterosexuales. Eso es lo que se oculta bajo la noción marxista de “división sexual del trabajo”. [...] Pero [...] en este cuidado que las mujeres se aportan unas a otras [...] se ha excluido de manera escrupulosa la producción del placer sexual. Por el contrario, cuando las mujeres se ocupan de los hombres todo cuidado es potencialmente sexualizable (*Ibíd*: 227).

La codificación estética heteronormativa pauta roles, conductas y apariencias de género que abarcan incluso la gestualidad facial. Así, “ser mujer”, implica “estar disponible”, lo que Josep Vicent Marques (1992) llamó “ser para otro” para ejemplificar la mirada patriarcal. Estos indicios se marcan en el rostro desde el imperativo de la eterna sonrisa como señal de buena predisposición; marca de subalternidad que necesariamente se sexualiza cuando indica “servicios” de una mujer a un varón.

Ahora bien, la transgresión teórica y práctica que propone BP implica un gesto que los feminismos habrían evitado hasta el momento: apropiarse del privilegio de la masculinidad. Es decir, BP considera que dicho centro ya fue denunciado y combatido, pero no desconstruido en tanto el énfasis se hizo siempre en desnaturalizar la feminidad quedando, en consecuencia, la masculinidad naturalizada. Así, si el lugar es tomado por asalto en clave femenina, la interferencia conllevaría un disloque, una des-esencialización del sentido instituido. En lo que vamos viendo, el posicionamiento de BP resulta ambivalente, sobre todo cuando el relato elige mostrar la subjetivación en masculino como una develación temprana y continua. Pero a pesar de ello, hay indicios que desmontan la masculinidad hegemónica. De esta manera, la praxis de BP ni es acabada, ni clausura su tarea, mas brinda asimismo un ejemplo de alteridad. Analicemos para ello el principio autocobaya.

6.2.3 - El principio autocobaya

Abogo aquí por un conjunto de políticas de experimentación corporal y semiótico-técnica que, frente al principio de representación política (que domina nuestra vida social y que está en la base de los movimientos políticos de masas tanto totalitarios como democráticos), se rigen por un principio al que llamaré, siguiendo las intuiciones de Peter Sloterdijk, «principio autocobaya»
BP

Durante la segunda ola del feminismo, en las décadas del 60 y 70 del siglo XX, “lo personal es político” era una advertencia sobre el carácter político del espacio privado; es decir, un cuestionamiento a esa separación androcéntricamente interesada. Pero la crítica no abarcaba una desconfianza sobre el carácter representativo de la política; antes bien, buscaba que tal representación incluyera aspectos que, por íntimos, eran relegados de la problematización social. Justamente los relacionados con el cuerpo, la sexualidad, la vida familiar, las exigencias identitarias. Esa reivindicación implicaba especialmente que tanto las cualidades consideradas femeninas, como las mujeres en tanto sujetos, fueran integradas en la representación política.

Como vimos en la Introducción (ver “II”), la tercera ola del feminismo lleva una mirada crítica al supuesto de que la política representativa heredada de la modernidad resulte útil para colectivos sociales subalternizados; entre otros, las mujeres, los homosexuales, etc. Es desde esta mirada escéptica que se plantea aquí el “principio autocobaya”. La crisis de la representación, en este caso en su dimensión política, pone en duda la conexión que antes se suponía entre “yo” y “nosotros”. Si la segunda ola bregó por la construcción de un “nosotras” que había quedado relegada por el privilegio del “nosotros”, la tercera ola abrió los procesos de “identificación” que ponen el acento en una construcción del “yo” que puede desmarcarse de la reproducción. Es lo que resuena en la producción de una “estética de sí” de Foucault (“2.1.1”) y en la constitución de agencia desde la performatividad de Butler (“3.2.2”).

En el contexto de la tercera ola, entonces, el principio autocobaya muestra de manera especial la convergencia entre biopolítica y género. Del lado de la biopolítica, el distanciamiento del ejercicio de la representación y la resignificación de la acción. Del lado del género, reivindica el carácter prostético de la performatividad puesta en la perspectiva del dispositivo de género: “Hoy [...] como feminista, parece urgente testar sobre el propio cuerpo los efectos

farmacopornopolíticos de las así llamadas hormonas sexuales sintéticas. [...] parece anacrónico hablar de prácticas de representación política sin pasar por experimentos performativos y biotecnológicos de la subjetividad sexual y de género” (*Ibíd*: 247 y 248). Justamente, se busca encontrar puntos de modificación de la acción y de la subjetividad, una articulación que no se entiende de modo suficiente con solo uno de los ejes de análisis (la biopolítica o el género). Pero que además, una vez que se comprende, requiere una acción que intervenga a nivel fármaco-porno-político: “prácticas de autoexperimentación (más que de representación) intencionales que se definan por su capacidad de rechazar y de resistir la norma, de crear nuevos planos de acción y de subjetivación” (*Ibíd*: 255).

Esta contextualización está a la base del experimento que emprende BP: auto-administrarse testosterona por fuera de todo protocolo médico y jurídico, consiguiéndola en el mercado clandestino²²⁸. BP aclara que filma cada administración y la envía de forma anónima a una página de Internet en la que se intercambian técnicas y saberes entre personas transgénero: “En esa red audiovisual mi rostro es indiferente, mi nombre insignificante. Solo la relación estricta entre mi cuerpo y la sustancia es objeto de culto y vigilancia” (*Ibíd*: 23). Un “yo” anónimo contribuye a gestar un saber contra-sexual al socializar su práctica de un modo que no llega a constituir un “nosotros” en sentido político representativo, pero que tampoco deja el gesto en el cierre de la individualidad.

En esa comunidad virtual y anónima queda algún registro de su experimento sin plan: “No quiero el género femenino que me fue asignado en el nacimiento. No quiero tampoco el género masculino que la medicina transexual me promete y que el Estado me acabará otorgando si me porto bien. No quiero” (*Ibíd*: 107). En esta declaración sí queda claro que hay seguridad respecto de lo que se deja atrás pero no una meta hacia la que esté dirigida la conducta. Un rasgo que señalamos como propio de la resistencia y en este sentido, de una política que ya no se entiende desde el marco de la representación partidaria.

Aparece así una relación ambivalente con la posibilidad de construir un “nosotros”. Por un lado, se desmarca de quienes buscan devenir del sexo opuesto al asignado: “Mi decisión no entra en conflicto con la posición de todos aquellos transexuales que

²²⁸ Un mercado clandestino que a juzgar por las descripciones dista mucho de las condiciones de riesgo de los que se producen en zonas periféricas, como Latinoamérica en general o Argentina en particular, ya que BP describe la comercialización del producto en pulcros sobrecitos con su correspondiente prospecto. ¿Corre el mismo tipo de riesgos que una persona travesti o trans en Latinoamérica?

han decidido firmar un contrato de cambio de sexo con el Estado para acceder simultáneamente a la molécula y a la identidad legal masculina” (*Ibíd:* 51). Así subraya que su acción es personal y no pretende transformarse en regla para nadie. Por otro lado, agrega: “En realidad, mi gesto carecería de fuerza si no fuera por la armada de transexuales silenciosos para los que la molécula, el protocolo, el cambio de identidad jurídica no son un lujo. Ellos y yo estamos unidos por litros invisibles de gel: sin ellos todo esto carecería de sentido” (*Ibíd:* 52). Y este comentario da en cambio indicios de la apelación a un “nosotros” que es condición de posibilidad de su experimento, de su lujo. Encontramos aquí un reconocimiento a la interpelación que la transexualidad realiza al dispositivo de género cuando al obedecerlo contribuye a visibilizarlo. En cambio, la situación de someterse a experimentar con la dosificación de hormonas sin poner la práctica en el orden del dispositivo resulta un desafío abierto a la norma dado que ni siquiera le opone otra meta. Nos interesa señalar el aspecto relevante que esto implica para una resignificación positiva de la biopolítica. En función del gesto que buscamos reivindicar, encontramos en el diario de BP manifestaciones de sus vivencias debidas al consumo de testosterona:

Experimento, como un espectador de mi propio cuerpo, la abertura de nuevos centros celulares de recepción de la excitación, de la agresividad, de la fuerza. Pero no se trata de un estado permanente. La debilidad puede atacarme en cualquier momento: puedo volver a sentirme enamorada, frágil, y eso simplemente como una certeza somática, sin necesidad de contarme ninguna historia (*Ibíd:* 79).

Revelación inquietante para un proceso que desnaturaliza: de pronto, fortaleza y debilidad no son elementos del guión de género (“sin necesidad de contarme ninguna historia”) sino condiciones somáticas favorecidas según la presencia de determinadas hormonas. ¿Está recayendo entonces en que la testosterona, en tanto provoca fortaleza, “es” masculina? Sin embargo, pronto va a desmentir esta implicancia:

Pero la testosterona no es la masculinidad. En realidad, nada permite afirmar que los efectos producidos por la testosterona son masculinos. Lo único que podemos decir es que hasta ahora han sido en su mayoría propiedad exclusiva de los bio-hombres. La masculinidad es tan solo uno de los posibles subproductos políticos (no biológicos) de la administración de testosterona (*Ibíd:* 109).

Así nos recuerda que lo que está en juego es desnaturalizar la masculinidad. En este sentido, la dosis de testorena encarna sus efectos a nivel somático, pero al apropiarse un cuerpo de bio-mujer de la hormona “representativa” de la masculinidad, los resultados que esta produzca quedan separados de la anátomo-biología de los hombres y el fármaco-poder que sostiene la dicotomía sexual se desestabiliza. De todos modos, el experimento cobra sentido por la existencia previa de una construcción performativa; o sea, política, que invistió a la hormona de tales valores. Solo por eso cabe tomarlo como provocación del estatuto de lo masculino:

En realidad, el nuevo metabolismo de la testosterona en mi cuerpo no es efectivo en términos de masculinización sin la existencia de un programa político previo que interpreta estas variaciones como parte de un deseo, vigilado por el régimen farmacopornográfico, de cambio de sexo. Sin este deseo, sin la ilusión de la posibilidad de transitar de una ficción del sexo a otra, la aplicación de testosterona es simplemente, como el Prozac, la coca o el *speed*, un buen chute (*Ibíd.* 110).

Si bien BP se distingue de los sujetos trans en cuanto anuncia no buscar transformarse en varón, sí manifiesta una firme voluntad en dejar de ser mujer. De su relato inferimos que esta tarea es atacada en una doble dimensión: cambiar la base somática estrogenada, pero acompañar este cambio con un diferente “relato de sí”, de allí la importancia que anunciábamos de la auto-ficción pues interpela la función performativa del lenguaje en su dimensión de “programación de género”²²⁹:

Cada día intento cortar uno de los hilos que me atan al programa cultural de feminización en el que he crecido, pero la feminidad se pega a mí como una mano grasienta. [...] sigo esperando que alguien me abrace, esperando que la vida comience, esperando que alguien me ame, esperando que llegue el placer, esperando... Pero también soy un hombre trans. Con T o sin T. A esta lista de esperas femeninas hay que añadir la lista interminable de formas de esperar a que llegue la masculinidad: esperando que me crezca la barba, esperando afeitarme, esperando que me crezca la polla bajo el vientre, esperando que las chicas me miren como si fuera un hombre, esperando que los hombres me hablen como a uno de ellos, esperando tirarme a todas las gatitas, esperando el poder, esperando el reconocimiento, esperando el placer,

²²⁹ Expresión que BP utiliza inspirada en la práctica del “coaching”, que puede tener fines empresariales, deportivos, motivacionales, ya sea grupales o individuales, pero que parte del supuesto de que el inconciente no existe. Se clarificará en el texto un par de páginas más adelante.

esperando... Me pregunto en qué momento ya es demasiado tarde para volver sobre ese proceso de *genderización*. O acaso, pasado un determinado umbral, ese proceso resulta irreversible (*Ibíd*: 106).

Justamente la performatividad de género conceptualizada por Judith Butler pone el acento en que se trata de un proceso nunca acabado que, sin embargo, genera la sensación de resultar irreversible. La reflexión de BP nos pone en el cruce entre soma y narratividad; es decir, nos sitúa en el quiasmo materia-discurso para mostrarnos los diferentes compases de espera que configuran las identidades mujer y varón. Esta puesta en relato del devenir muestra una vez más cómo se trata de una expectativa por la que pasan tod*s en el tránsito a la adultez. En todo caso la pregunta que aquí se abre es hasta qué punto puede intervenir consciente y voluntariamente en el tránsito de la espera hacia la identidad.

Más aún incluso, el principio autocobaya pone en juego la posibilidad de que tal meta no exista; es decir, de una espera sin objeto. Este es el desafío más fructífero para repensar la biopolítica. Es el aspecto que rescata especialmente María Giannoni cuando propone “evaluar políticamente la experiencia autoexperimental como una experiencia de la potencia, si nos preguntamos, no por lo que allí se hace, sino por lo que no se hace o más bien por lo que se des-hace cuando se lo lleva a cabo” (Giannoni, 2012). Entonces, “contra la conminación a saber de nosotros mismos interrogando el sexo que somos, a forzar el secreto sexual individual que nos define, la práctica del autoexperimento es en sí misma una apelación a la potencia del cuerpo, a su carácter creativo y mutable contra el régimen de taxonomías y clasificaciones normalizantes de la sexualidad como fatalidad natural” (*Ibíd*).

Por lo tanto, más que de la representación de una nueva identidad de género, se trata de una forma de gestión de la propia identidad a través del des-reconocimiento, la des-identificación y la des-posesión, donde parece ubicarse su potencial político: la identidad de género que no realiza, el circuito comercial que no utiliza, el placer que no experimenta y el cuerpo que no es.

Entonces la relación entre lo personal y lo político que propone el principio autocobaya socava ambas partes de la fórmula en tanto despersonaliza la primera - así le imprime un sello *cuir*- y vuelve (im)política la segunda, -así le imprime un matiz biopolítico a la Esposito-. La escritura en cuanto tecnología se ubica en la cuña entre la desestabilización de cada uno de estos elementos: “La escritura es el lugar en el

que habita mi adicción secreta y, al mismo tiempo, el escenario en el que mi adicción sella un pacto con la multitud” (Preciado, 2008a: 48). Para tomarla como punto de reflexión entre ética, política y feminismos, nos detendremos en los procesos *king*.

6.2.4 - Las prácticas *drag-king* como tecnologías del sí mism*

*He sido entrenada para sentir como una mujer,
para sufrir como una mujer,
para amar como una mujer.
Y la testosterona no es suficiente para modificar este filtro sensorial*
BP

Como vimos en la genealogía biopolítica, Foucault conceptualiza las tecnologías del “yo” para dar cuenta de procesos de subjetivación que, si bien parten de una relación de sujeción, logran transformarla en un agenciamiento que produce un posicionamiento subjetivo afirmativo. Es decir, marcan un ejercicio de libertad a contra-corriente de la dominación. El autor llegó a ejemplificar este concepto al analizar la producción de subjetividad que constituía a los ciudadanos griegos. Hoy podemos afirmar, más allá del propósito de Foucault, que su análisis da cuenta de un modo de producción de masculinidad en determinada geopolítica.

Este señalamiento resulta especialmente relevante para los feminismos por su posibilidad de brindar una perspectiva política de la subjetividad. Hace tiempo venimos planteando esta contribución foucaultiana en relación con la producción de un “nosotras” como sujeto del feminismo (Campagnoli, 2005). Consideramos que esa cuestión se encuentra también aquí en juego, cuando BP ensaya prácticas desnaturalizantes de la masculinidad. Especialmente cuando relata las *performances drag-king* de las que ha participado tanto en calidad de tallerista como de Maestro instructor y aventura la hipótesis de que esa tarea conlleva la producción de una “conciencia performativa” (*Ibíd*: 262).

Para ello revisemos cómo aparecen estas prácticas en el relato:

Mi primer taller *drag king* es un ejercicio iniciático, el primer paso de un proceso de mutación abierto. [...] Lo que me impacta esa primera vez es la potencia del taller como dispositivo colectivo de reprogramación de género, su dimensión de laboratorio político, su densidad como espacio público (...) que me llevará a convertirme, con el tiempo, en maestro *king* de ceremonias (*Ibíd*: 258).

Por un lado, esta descripción conecta la experiencia con el principio autocobaya al rescatar la dimensión de laboratorio político de la práctica. Así resulta oportuno vincularla con el acápite de este apartado: “la testosterona no es suficiente para modificar este filtro sensorial” (*Ibíd.* 229); esto es, señalar una vez más que el tipo de modificación que se pretende implica desandar un quiasmo, una doble vía entre soma y discurso. En el apartado previo destacamos el valor del experimento aun cuando, como insistimos ahora, no resulte suficiente la base somática para desarmar la identidad femenina.

Por otro lado, ese mismo laboratorio político aparece pensado como “dispositivo colectivo de reprogramación de género” que pasa por la puesta en acción de otro relato de sí mism*; justamente, qué género tendrá ese “yo” es lo que esta práctica ensaya. Ahora bien, aunque BP tampoco lo explicita, su idea de “reprogramación de género” está basada en la práctica del “coaching”, un método de entrenamiento personal o grupal que se propone clarificar y lograr propósitos a partir de las habilidades de quienes se involucran en participar de la metodología.

Si bien hay distintas modalidades de aplicación de este método, todas tienen por fundamento los actos de habla de la filosofía analítica y en este sentido, la relevancia del aspecto performativo del lenguaje. Así, hacen hincapié en una perspectiva no metafísica del lenguaje ni del sujeto:

Sostenemos que una inquietud es una interpretación que confiere sentido a las acciones que realizamos. Es un relato que fabricamos para darle sentido al actuar. En vez de buscar «razones» para actuar en la forma en que lo hacemos, tenemos relatos, «historias». Más aun, nuestras «razones» no son otra cosa que «historias» que nos construimos. Fabricamos algunas historias después de realizar las acciones y, otras, antes de hacerlo. Lo que llamábamos intenciones no son más que historias, esto es, interpretaciones que le dan sentido a nuestras acciones (Echeverría, 2009: 37).

La preferencia por el término “inquietud” antes que “intención” deriva en un craso rechazo por la teoría y la clínica psicoanalítica, que se manejaría a nivel del segundo. En consecuencia, no se acepta la postulación de un inconsciente²³⁰. De

²³⁰ Las plataformas teóricas del *coaching* están formadas tanto por la lectura de Austin (inspiración también de Butler, aunque mediada por Derrida), como por la perspectiva de la psicología cognitiva-conductual refractaria al psicoanálisis. En cambio Butler alerta contra las narraciones que ponen todo el acento en la capacidad del individuo para *crearse a sí mismo* y que ocultan (de manera consciente o inconsciente) que el narrador le debe su ser a un otro del que no puede dar cuenta. El psicoanálisis ha hecho mucho por el desenmascaramiento de

esta manera, la explicación de las acciones y de los pensamientos queda en el plano de lo “visible” (o es una conducta expresa o está en el orden de lo que puede ser dicho). Se desentiende, entonces, de la complejidad de la psiquis, por considerar que reconocerla implica abrir una dimensión de “lo mental” que resultaría necesariamente metafísica. En síntesis, realiza un reduccionismo que le impide explorar diferentes nociones de lo mental o de lo psíquico. En este punto reside principalmente el distanciamiento con la postura de Butler sobre la performatividad quien, aceptando el alejamiento de la metafísica que implica el “giro lingüístico”, no teme indagar la complejidad de la trama poder-sujeto-verdad y estudia sus “mecanismos psíquicos”: “Según Butler, la ilusión de una interioridad a la cual se refiere el habla del “yo” se define y se logra mediante la repetición de actos normativos de género y normas psíquicas” (Soley-Beltrán, 2009: 146).

En cambio, las prácticas del taller *drag-king* son para BP ejercicios de *coaching* que pone al servicio, en primer lugar, de desprogramar la identidad “mujer” en función de explorar distintas modalidades de “ser varón”. Pero aquí se va a producir en el relato otra bifurcación: entre las posibilidades de la práctica y las vivencias de BP al experimentarla. Así cuenta que en EEUU Diane Torr fue su Maestro King:

Mi técnica toma elementos de su análisis performativo de la acción, pero, en realidad, reposa sobre un método más próximo a la reeducación corporal post-traumática y a la producción política de la subjetividad a partir de la elaboración de una narración colectiva. Una de las diferencias fundamentales entre el método de Diane y el mío (...) es que Diane no pretende ni ha pretendido nunca ser un hombre, y que ni la idea ni la posibilidad de ser un hombre le procuran ningún tipo de excitación política o sexual. El objetivo de los talleres de Diane no es “sacar el hombre que cada una lleva dentro” o “ser finalmente el hombre que siempre has querido ser”, sino experimentar corporal y teatralmente cómo la masculinidad es el producto de un conjunto de códigos culturales performativos aprendidos e incorporados a través de lo que Butler llamaría “la repetición coercitiva” que pueden ser re-apropiados y puestos en práctica por cualquier cuerpo, independientemente de su sexo anatómico. En mi caso, este aprendizaje político se ha visto siempre complicado por el sentimiento de no ser ni una mujer ni un hombre (Preciado, 2008a: 260-261).

esta egolatría subjetiva poniendo de manifiesto los mecanismos inconscientes que operan diariamente en nuestras vidas.

Encontramos otra vez un desplazamiento ambivalente: mientras en algunos momentos BP manifiesta tener excesivamente incorporada la programación de género femenino, en este párrafo indica no identificarse con ninguno de los dos géneros pre-establecidos, así como en otros expresa su deseo y su voluntad de ser un varón. En su relato sobre la manera en que se apropia del rol *king* para la conducción de talleres *drag* irá apareciendo una identificación con la masculinidad que sobrepasaría los objetivos del taller, particularmente su condición de laboratorio y dejaría de lado el sentimiento de no ser ni mujer ni varón:

Por ejemplo, es inevitable que en un taller, en la posición de *king*, es decir, cuando cualquier otra persona está ahí para limpiarme los zapatos, me asalte un subidón sexual que podría llevarme a poner a cualquier otro cuerpo a cuatro patas y follármelo con mi polla sintética. Y esto, sin premeditación, por coherencia entre la ficción performativa y la ficción somática, como si se tratara de un efecto colateral postpornográfico. Por supuesto, todos los *kings* no estarán de acuerdo conmigo, pero no busco el consenso, sino la verdad. Porque la verdad, aún más que el poder, me resulta excitante (*Ibíd*: 261).

Nos vemos aquí con uno de los puntos más conflictivos del planteo de BP en la manifestación de una fantasía que prácticamente implica la violación sexual, tal como más arriba aparecía la imagen de una polla de obrero que se excitaba con cualquier culo en movimiento. El párrafo además remata con una gran provocación al anunciar preferir la verdad por sobre el poder. Hay aquí una contradicción irresoluble ya que, de aceptar la frase, supondríamos que a la verdad se llega por un camino neutro que permite descubrirla y para ello habría que abstraerse del poder. Mientras que las genealogías conceptuales que sostienen este trabajo, así como la perspectiva teórica de BP, parten de la noción foucaultiana de poder que impide separarlo de la producción de verdad. En todo caso, deberíamos tomar con escucha irónica la idea de la “excitación” que provoca la verdad, siendo que aquí la verdad es un efecto del poder. El efecto de sentido juega más del lado de la ironía y de la provocación si atendemos a las siguientes afirmaciones:

Supongo que esto es una cuestión de generación y de estar hasta el culo de la policía feminista y sus restricciones: prohibido utilizar dildos, prohibido mirar pornografía, prohibido follarse todo lo que pasa, prohibido desear el dinero, el poder, prohibido tener éxito, prohibido divertirse a

costa del prójimo, prohibido desmontar la casa del amo con las herramientas del amo. Para mí ser *king*, reside en mi posibilidad de no negar ni excusarme de mi deseo sexual y político de ser el amo, de incorporar esos códigos performativos, de acceder a ese tipo de especialización del poder, de experimentar la ciudad, el cuerpo, el sexo, la palabra pública como lo haría un bio-hombre. Sin excusas (*Ibíd*).

El aspecto generacional que menciona BP podemos relacionarlo en parte con una actitud de la tercera ola del feminismo en cuanto implica una reacción a cierta estandarización de los saberes producidos por feminismos previos, como se aprecia en la referencia a la expresión de Audre Lorde: “las herramientas del amo nunca desmontan la casa del amo” (Lorde, 2003: 38). Así, la segunda genealogía del género (ver “3.2”) se gesta al calor de esta crítica, cuestionando justamente la limitación que implica la frase²³¹. Desde este punto de vista, ¿por qué no apropiarse de la perspectiva privilegiada masculina? Los feminismos en general siempre trataron de cuestionar el privilegio antes que usurparlo. Aquí se prueba este desafío inusitado. Incluso más allá del debate que los feminismos se han dado y siguen dando sobre si incluir o no, y de qué manera, a los varones, aquí la propuesta es no temerle al deseo de asumir su perspectiva.

Para comprender las implicancias que puede tener la asunción de este punto de vista pensemos en las actitudes que reivindican las nuevas militancias, como por ejemplo que las mujeres se agencien la agresividad ¿por qué las mujeres no pueden defenderse con violencia si las atacan²³²? De todos modos, no habría que confundir el deseo de ser varón que BP explicita, con el ejercicio de desnaturalización que supone el jugar con este punto de vista. Esto abre una vez más la distancia entre la situación personal de BP y la de las personas trans que buscan incluirse en un protocolo de reasignación de sexo, aunque el mismo fuera clandestino, a pesar de su reivindicación de estos saberes por extracurriculares: “Esa cultura no habita en las universidades ni en los archivos, sino que se extiende a través de una red *underground* de bares, clubes y asociaciones que conecta hoy la casi totalidad de las metrópolis de occidente” (*Ibíd*: 259).

²³¹ Téngase en cuenta que si aceptamos esta afirmación no resultaría factible la noción de resistencia o de contra-conducta que propone Foucault y que siguen Butler, Lazzarato, Preciado, entre otras/os.

²³² Hay grupos que proponen actividades de defensa personal para mujeres y, especialmente, talleres para poder reaccionar de forma activa en casos de violación. Ver *Manual de autodefensa para “mujeres” y otras expresiones de género no hegemónicas*, <http://agresionesyrespuestas.noblogs.org/files/2014/03/Manual-de-Autodefensa-para-Mujeres-y-otras-expresiones-de-g%C3%A9nero-no-hegem%C3%B3nicas.pdf> “Autodefensa para mujeres” <http://buenosaires.ihollaback.org/files/2012/10/AutodefensaparaMujeres.pdf> e incluso el libro de Virginie Despentes (2004) *Teoría King Kong* referido en la bibliografía de esta tesis.

Para completar el efecto de la ironía en análisis, BP nos explicita una definición de masculinidad como “gestión del poder”:

Esa es una de las primeras lecciones sobre la masculinidad: todo depende de una gestión del poder, de hacerle creer al otro que tiene el poder, aunque en realidad, si lo tiene es porque tú se lo cedas; o bien de hacerle creer al otro que el poder, de forma natural e intransferible, lo tienes tú, y que tú, y solamente tú, podrás darle al otro el estatuto de masculinidad que necesita para pertenecer a la clase de los dominantes. [...] Es ahí donde aprendí por primera vez que, en nuestra configuración actual de género, cualquier hombre heterosexual establece con otro, como parte de una ética de la masculinidad, una relación de solidaridad y apoyo más fuerte que la que establecerá nunca con ninguna mujer (*Ibíd*: 260).

Ese lugar de “macho dominante” es la perspectiva imaginaria central desde la que nos interpela la cultura a través de todas sus instituciones. El feminismo, entendido como lucha política contra el androcentrismo, tiene como objetivo principal desarmar ese centro sin caer en la tentación de construir otro. Pensar las *performances drag-king* como tecnología de sí implica una apuesta a probar las mieles del punto de vista masculino privilegiado pero sin dejarse seducir por la permanencia en ese lugar. Es respecto de esta tentación que la posición de BP resulta ambivalente. Sin embargo, en la lectura de la última cita, rescatamos que la práctica le permite “darse cuenta” de lo que generaciones anteriores han llamado la “conciencia de género masculino” y Josep Vicent Marques metaforizó como la pertenencia a un mismo y amplio “club”:

El sujeto varón va progresivamente siendo informado de que forma parte de un prestigioso grupo constituido en especial por las más altas cimas de todas las actividades, no importa cuán diferentes sean éstas. Prestigiosos o importantes personajes resultan ser sus colegas o congéneres. Dios Padre, Jesucristo, el Papa, la media docena de reyes locales que recuerdo, Alejandro Magno, Julio César, Napoleón, Cervantes, Don Quijote, Julio Verne, Hernán Cortés, Búfalo Bill, Indiana Jones, Superman, Butragueño, Ángel Nieto, Velázquez, Picasso, Julio Iglesias, James Bond, El Cid, Severo Ochoa, Camilo José Cela, García Márquez, probablemente el alcalde, Franco, Alfonso Guerra, Beethoven, Jack el Destripador, Hitchcock, Severiano Ballesteros, Don Juan Tenorio, Sid Vicious, Lou Red, Manolo Escobar, el Demonio, el victorioso ángel San Miguel... son

socios del mismo club al que pertenece el sujeto varón. [...] Se consuela así el varón, mediante el orgullo corporativo masculino, de una forma no muy diferente a como un obrero norteamericano blanco se alegra de no ser negro o a como un sujeto escasamente ágil y torpe con la pelota, pero socio del Real Madrid, presume de los triunfos de su equipo (Marques, 1992: 50-51).

Es este efecto de “darse cuenta” el que permite a BP pensar en una formación especial de conciencia a la que llama “performativa”. En este sentido nos resulta propicia la sugerencia para vincularla con la práctica que en la segunda ola se consideró importante para construir una “conciencia feminista” entendida en principio como una conciencia de género femenino en contraposición a la que milenariamente vendría acumulando el colectivo de varones. Aquí cobra vital importancia la genealogía feminista para comprender las posibles “producciones de conciencia”²³³. El señalamiento enfatiza entonces que lo que está en juego es una praxis y no una mera cuestión teórica; es decir, hay un “darse cuenta”, insistimos, que no se obtiene solo de leerlo en los libros, no basta con que lo hayan expresado magistralmente Gayle Rubin (1986 [1975]) o Josep Vicent Marques (1992), para poner solo dos ejemplos genéricamente mixtos. BP se inscribe en esta genealogía del feminismo como praxis: “Una filosofía que no utiliza su cuerpo como plataforma activa de transformación vital es una tarea vacía. Las ideas no bastan. El arte no basta. El estilo no basta. La buena intención no basta. La simpatía no basta” (Preciado, 2008a: 252). En esta línea rescatamos entonces el desafío de ubicarse en el lugar central del androcentrismo pero para no quedarse ahí, a la manera que propone Nietzsche de creer en las ficciones mas sin olvidar que no son más que eso, ficciones (Nietzsche, 1998: 57-58).

Entonces hay una historización que permite comprender la construcción dicotómica jerárquica de lo masculino y lo femenino pero, nos gustaría aclarar, que no se reduce a los ámbitos de hombres y mujeres. Es decir, los colectivos de las disidencias sexuales son interpelados por esta misma construcción al punto que suelen reproducir el desprecio y la subordinación por lo femenino. Este dato experiencial nos lo brinda BP cuando recuerda momentos con GD, el amigo cuya muerte duele: “Te digo que no soy lesbiana, que soy trans, que soy un tío, que el

²³³ Los feminismos de la segunda ola tuvieron especial cuidado en no llamar a este efecto “toma de conciencia” porque no estaban defendiendo el sentido marxista de develar una conciencia oculta por la ideología sino que más bien se trataba de crear una conciencia que previamente no habría existido. Ver Introducción, “1.2”.

hecho de que no tenga una bio-polla de mierda como la tuya no significa que no sea un tío. Te digo: deja de tratarme como una escoria simplemente porque te crees que soy una tía” (*Ibíd.* 164). Una vez más ¿habría que cambiar la base somática de la producción de género femenino para lograr que la misma no conlleve una meta de sojuzgamiento o subalternización? ¿O no hay que olvidar, junto a la desestabilización de las dicotomías y sus naturalizaciones, la de las valoraciones jerárquicas y, especialmente, la de lo femenino y su relación con la producción de mujeres?

Respecto de esta producción BP se inscribe en el lugar de transgredir la interdicción de asociarla con elementos connotados en masculino. De allí, como estamos viendo, el valor de las prácticas *drag-king*:

Y de repente lo veo en el espejo mirando de reojo: ahí está Bob. Sin misterio, es simplemente como yo, pero es un hombre. O mejor dicho, se presenta como si fuera un hombre. No lo fabrico como un personaje teatral, simplemente emerge de quién soy, de cómo me he visto siempre. La diferencia es que ahora resulta visible para la mirada de los otros; no lo escondo detrás del nombre que me ha sido dado, de la pesada suposición de que soy o debería ser una mujer. [...] Con el tiempo, de taller en taller, van apareciendo mis otros yo-*king*: Bruno (el nombre que yo me daba a mí mismo cuando era niña para entrar en el club de boxeo con mi padre), Miguel, Álex (*Ibíd.* 257 y 262).

Este fragmento muestra el carácter de ensayo, pues no desoculta una única identidad masculina fija y definitiva, sino que transita diferentes nominaciones, modalidades, perspectivas y apariencias de la masculinidad. Además, el valor que BP rescata de la práctica va más allá del momento de la *performance*, cuando el punto de vista logrado en ella se asume al recorrer los diferentes espacios de la existencia urbana:

No hay diferencia ontológica entre sus encarnaciones de género²³⁴ y la mía; todas ellas son productos performativos más o menos legitimados por el orden social. La diferencia está en el grado de reflexividad, de conciencia performativa. Eso es devenir *king*: ver a través de La Matriz de género, contemplar a los hombres y a las mujeres como eficientes ficciones performativas y somáticas convencidas de su realidad natural.

²³⁴ Las encarnaciones de género de la gente con la que se cruza por la ciudad.

Esa visión del mundo lleva a la risa, te sopla como un aire ingrátido bajo los pies que te empuja a flotar: éxtasis político (*Ibíd*: 262).

Pero esta producción de conciencia performativa ¿tiene un punto de llegada? ¿Hay una meta preestablecida? De la respuesta a estos interrogantes dependerá el valor político de la praxis en cuestión. Es decir, no debemos olvidar que la búsqueda de desarmar los efectos de normatividad conlleva el peligro de establecer una nueva. Este señalamiento es importante a la hora de entender el significado de “ver a través de la matriz de género”. ¿Acaso es posible ubicarse por fuera de dicha matriz? Entendemos que esta praxis posibilita “darse cuenta” de su existencia, mas no por eso abstraerse de ella. En todo caso, reaparece aquí un elemento que resultó crucial para el paso de la primera a la segunda genealogía feminista del género (ver “3.2”): los descentramientos feministas que cuestionaron la conquista del “centro” por determinados colectivos de mujeres.

En este sentido, las prácticas *drag-king* para poder ser pensadas como tecnologías del yo tendrían que contribuir a detectar los posicionamientos de doble conciencia: “es duro saberse al mismo tiempo opresor y oprimido: supongo que, en ese caso, habrá que reírse de uno mismo” (*Ibíd*: 106). Sin embargo, de esta evidencia y la problemática de asumir sus consecuencias tratan muchos feminismos así como los estudios poscoloniales. Advertencia que realizara De Lauretis en la antesala de los 90 al reflexionar sobre la concienciación como praxis feminista: “Hasta qué grado esta más nueva o emergente conciencia de complicidad actúa con o contra la conciencia de opresión, es una cuestión central para la comprensión de la ideología en estos tiempos posmodernos y poscoloniales” (Lauretis, 1996:18).

La hipótesis de las prácticas *drag-king* como tecnologías del yo o de sí nos permitirá reflexionar sobre las características de una ética feminista. En cuanto a las ambivalencias en la posición de BP consideramos que sus desplazamientos muestran el tendido de las líneas que involucran por un lado al soma y por otro, al lenguaje. Entendemos estos deslizamientos como la puesta en evidencia de una interrupción entre las vías que constituyen el quiasmo y aventuramos que se trata sobre todo de una “interrupción”, tal como la concibe Valeria Flores²³⁵:

modo poético de cortar una conversación a la que no fuiste invitadx pero de la que se es objeto de su dicción. procedimiento afectivo de

²³⁵ Para comprender el uso de las minúsculas, tanto en el nombre como en la cita, ver Capítulo 1, “1.2.4”, n.67.

desconectar el circuito del sufrimiento infinito. práctica política de desmontar las convenciones de lo escuchable. indisciplina de un saber que irrumpe en las coordenadas del corpus hegemónico del conocimiento. falla en la serialización subjetiva en la que múltiples vidas exigen pasaje perforando la lengua del poder, deseo de molestar todo universo jerárquico de creencias. inversión de la mirada, giro del habla. intervalo provocado por la implantación de un piquete de problemas en la reiteración de un hábito perceptivo o mental (flores, 2013: 3).

En este sentido, si como considera Mauro Cabral BP hace un uso espúreo de la colectivización (Cabral, 2009), los modos en que a pesar de él/ella se generan “interrupciones” dejan alertas sobre lo instituido, tanto a nivel individual como colectivamente. De allí que haya implicaciones éticas en cuanto modalidades de la crítica.

6.3 - Reflexiones acerca de la crítica

Uno de los objetivos de este trabajo de tesis, como anunciáramos en la Introducción (ver “1.4.3”), busca contribuir a la reflexión en torno a las vinculaciones entre filosofía, crítica y feminismos. Ahora bien, tales conexiones implican a su vez una reflexión sobre los vínculos entre ética y política que, en términos discursivos, significa una relación entre los pronombres “yo” y “nosotros”. Pero esto a su vez, tal como venimos señalando a lo largo de los capítulos, involucra la constitución social de subjetividades; es decir, no se trata de un mero juego de palabras.

Es así que las observaciones que despliega el presente capítulo sobre el posicionamiento discursivo de BP son pie para estas reflexiones más amplias que conectan con las indagaciones de Foucault y de Butler acerca de la subjetivación.

Curiosamente para Foucault la crítica es una actitud que no se relaciona de modo necesario con la filosofía: “no siendo yo mismo filósofo, sino apenas crítico” (Foucault, 1995: 8). Esta actitud no consiste en una oposición cara a cara con las técnicas de gobierno, que a la cuestión de *cómo gobernar* opondría frontalmente la cuestión *cómo no ser gobernado en absoluto*, sino que la crítica expresa la pregunta “¿cómo no ser gobernado de este modo, por tal cosa, en nombre de estos principios, con miras a tales objetivos y por medio de tales procedimientos; no así, no para eso, no por ellos?” (Ibíd: 7). Es decir, habría en la crítica un tipo de cuestionamiento sutil pero firme de la vigencia del orden establecido que, en el interior mismo de ese

orden, constituye una forma particular de relación con la norma (la ley, el poder, el gobierno y sus efectos institucionales, epistémicos, etc.) que no consiste en una negativa exterior ni en una insubordinación radical, sino en la interpelación de las condiciones de posibilidad de esa vigencia, de sus límites, de los modos en los que se administra, de los objetivos que persigue, etc. Ella representa un intercambio con el sistema de normas y preceptos que ya existen por el cual ese mismo sistema muestra su forma contingente, su condición artificial y su funcionamiento ajustado a intereses de dominación precisos.

Por lo tanto, si la perspectiva de Foucault intenta visibilizar las conexiones que anudan el poder, la verdad y el sujeto, produciéndolos, el foco de la crítica es esencialmente tal haz de relaciones. De allí que su manifestación práctica puede ser denominada por el autor como un “arte de la inservidumbre voluntaria, de indocilidad reflexiva” (*Ibíd*). Ahora bien, el correlato de esta actitud impacta en la subjetivación que, recordemos, para Foucault implica una resistencia a la sujeción, de allí que pueda afirmar que se trata de la “desujeción en el juego de (...) la política de la verdad” (*Ibíd*). Es decir, la resistencia, a partir de la crítica, permitiría desandar las ataduras que el poder produce.

Es precisamente esta línea la que Butler explora en “¿Qué es la crítica?” y que la lleva a considerar en *Dar cuenta de sí mismo*:

Según Foucault, si nuevos modos de subjetividad pueden ser posibles, ello no se deduce del hecho de que haya individuos con capacidades especialmente creativas. Tales modos de subjetividad se generan cuando las condiciones limitantes de que estamos conformados demuestran ser maleables y reproducibles, y cuando cierto yo arriesga su inteligibilidad y su reconocibilidad en un envite por exponer y explicar las maneras inhumanas en que «lo humano» sigue haciéndose y deshaciéndose (Butler, 2009: 180).

Pero el campo de la ética que aquí nos interesa se atiene a una manera muy específica de gobierno que no toma en cuenta al Estado sino a las relaciones entre los individuos y los grupos. En esta dimensión se basa Butler para articular ética y estética; es decir, para considerar esta problemática de la gubernamentalidad, un “arte”:

La distinción que Foucault hace entre gobierno y gubernamentalidad busca mostrar que el aparato que denota el primero penetra en las prácticas de quienes están siendo gobernados, en sus mismas formas de conocimiento y en sus mismos modos de ser. Ser gobernado no es sólo que a uno se le imponga una forma sobre su existencia, sino que le sean dados los términos en los cuales la existencia será y no será posible. Un sujeto surgirá en relación con un orden de verdad establecido, pero también puede adoptar un punto de vista sobre ese orden establecido que suspenda retrospectivamente su propia base ontológica (Butler, 2002: 7).

De esta manera la crítica va identificándose con la resistencia y, en este sentido, con una práctica por la cual “el sujeto se atribuye el derecho (...) de interrogar a la verdad acerca de sus efectos de poder y al poder acerca de sus discursos de verdad” (*Ibíd.*). Recordemos que la política de la verdad se refiere a aquellas relaciones de poder que circunscriben de antemano lo que contará y no contará como verdad, que ordenan el mundo en ciertos modos regulares y regulables y que llegamos a aceptar como el campo de conocimiento dado. Estas relaciones de poder se van produciendo en los ámbitos más diversos de la sociedad.

En consecuencia los feminismos, en tanto movimientos contestatarios, no están exentos de producir sus propias regulaciones que ordenan la posibilidad de “verdad” y de “voz” de sus aglutinadas/os. Es la operación que se condensa en la nominación “las mujeres” y en diferentes luchas de significantes al interior del grupo. De allí que de formas grupales e individuales la crítica pase por una interrogación que desnaturaliza el plural, lo interpela y explora sus límites:

¿qué sucede cuando comienzo a preguntar quién podría yo llegar a ser?; y ¿qué sucede cuando empiezo a llegar a ser eso para lo que no hay lugar dentro del régimen de verdad dado?, ¿no es eso precisamente lo que se quiere decir con “la desujeción del sujeto en el juego de la política de la verdad”? Lo que está en juego aquí es la relación entre los límites de la ontología y la epistemología, el vínculo entre los límites de lo que yo podría llegar a ser y los límites de lo que podría poner en riesgo al saber (*Ibíd.* 8).

En estos límites se juega la resistencia, especialmente, la posibilidad de subjetivación, de hacerse a uno/a mismo/a. Se trata de las operaciones de las tecnologías del yo o tecnologías del *uno mismo*²³⁶:

No se refieren sencillamente a la manera en que el sujeto se forma, sino a cómo deviene formador de sí. (...) El yo se delimita y decide la materia de su hacerse, pero la delimitación que el yo ejecuta tiene lugar a través de normas que, indiscutiblemente, ya están en funcionamiento. Así, podemos pensar que este modo estético de hacerse está contextualizado en una práctica ética, pero Foucault nos recuerda que esta tarea ética sólo puede tener lugar en un contexto político más amplio, la política de las normas. Deja claro que no hay formación de sí fuera de un modo de subjetivación, lo que quiere decir que no hay formación de sí fuera de las normas que orquestan la posible formación del sujeto (*Ibíd*: 12).

No es posible formarse a sí mismo/a por fuera de las normas, es a partir de ellas, pero contra ellas, que uno/a puede hacerse a sí mismo/a al producir nuevos modos de ser. Pero también es desde y contra ellas que se produce la colectivización; es decir, la generación socio-política de un “nosotr*s”.

A partir de los textos de BP fuimos señalando su ubicación en el discurso y en tal sentido, su ejercicio de la crítica. Puede quedarnos claro, desde las observaciones sobre las perspectivas textualmente jugadas, su posicionamiento ético en el sentido de dar cuenta de sí misma/o que venimos exponiendo. Sin embargo, el campo más problemático lo constituye el ámbito de la colectivización. Si nos atenemos al corpus aquí analizado, BP alude sobre todo a colectivos trans, sin cuya lucha él/ella no podría darse el lujo político de la auto-experimentación en la que se toma por cobaya. Justamente esa aparente cercanía que BP usa como distancia para plantear su propia diferenciación es lo que mayor cuestionamiento ha generado desde militantes de las disidencias sexo-genéricas. Algo adelantamos cuando dábamos cuenta de la recepción de su obra en contextos hispanohablantes, especialmente latinoamericanos (Capítulo 1, “1.2”). Pero ahora se comprende mejor la perspectiva crítica, sobre todo, la expresión “salvar las distancias” con la que Mauro Cabral cuestiona que tal gesto por parte de BP implique una colectivización (“1.2.2”). En todo caso, esta actitud resultaría estética por desvinculada de compromiso con colectivos subalternos concretos.

²³⁶ Retomamos aquí el uso de la expresión que hemos clarificado primero en “2.1.1” y luego, en clave de género, en “3.2.1”.

Más allá de problematizar la postura de BP consideramos que la producción de este vínculo ético-político es el desafío para los feminismos contemporáneos, cualquiera sea su base material de sustentación; es decir, las personas y los grupos que sostengan sus reivindicaciones. Es en el sentido de brindar herramientas para esta reflexión que valoramos especialmente las articulaciones que propician los textos de BP.

A modo de conclusión

*Renovar el esfuerzo,
tan lejana y extensamente como sea posible,
del trabajo indefinido de la libertad*
Michel Foucault

Después del análisis del corpus textual de BP (2000-2010) con los criterios establecidos, retomamos las hipótesis que guiaron nuestra lectura en pro de establecer una reconstrucción de sentidos que nos permita por un lado, reflexionar sobre la relación entre crítica, filosofía y feminismos; y por otro lado, abrir líneas para pensar el ámbito de los derechos sexuales y de los derechos reproductivos.

En función de ello este último capítulo hace las veces de conclusiones aunque no resulte concluyente. Esto es, focaliza los logros clarificatorios y articuladores del recorrido conceptual para establecer líneas de investigación a seguir. Estas puntualizaciones se organizan en tres apartados.

El primero, “I - Acerca de las hipótesis”, retoma los objetivos del trabajo para mostrar las aproximaciones realizadas sobre su planteo. En este sentido, brinda una sistematización conceptual de la propuesta de la autora y hace explícitos sus linajes teóricos con las distintas genealogías construidas en los capítulos iniciales.

El segundo apartado, “II - Crítica, filosofía y feminismos”, muestra las consecuencias ético-políticas del papel de la crítica en estas conceptualizaciones. En consecuencia, reivindica una perspectiva sobre los feminismos que entiende la militancia como una filosofía práctica.

El tercer apartado, “III - Derechos sexuales y derechos reproductivos”, delinea caminos de investigación a futuro, enmarcados en el contexto conceptual que esta tesis construye, clarifica y articula.

I - Acerca de las hipótesis

El análisis del corpus nos permite valorar los modos específicos en que BP contribuye a las genealogías de la biopolítica y del género inscribiéndose en su convergencia.

Respecto de la noción de biopolítica, vimos en el Capítulo 4 que BP la resignifica como sexopolítica, explicitando así que la propia matriz del capitalismo se trama

sexualmente. De esta manera, recoge las aproximaciones de los feminismos de la primera genealogía del género y las articula con la perspectiva foucaultiana, para dar cuenta del capitalismo contemporáneo en el que la noción de trabajo se adjetiva como sexual. En consecuencia, pone en crisis el sentido de la expresión “trabajo sexual” generalmente asociada a la prostitución y la problemática de si podría o no ser considerada un trabajo.

Ahora bien, mientras la sexopolítica es la actual modalidad de la biopolítica para BP, la significación de “bio” en cuanto manifestación de “la vida” viene dada por la noción de *potentia gaudendi*, una especie de motor vital que alienta toda acción. Es en este aspecto, esbozado pero no explicado por BP, que su propuesta adquiere relevancia metafísica, a tono con los enfoques biopolíticos de Agamben y de Esposito.

Si bien BP compartirá con ambos autores el matiz metafísico del concepto, al tomarlo como base de una acción propositiva, como una posibilidad de estímulo vital o conservación de la vida, antes que de limitación, impedimento o represión de la misma, la perspectiva es más próxima a la de Esposito quien entiende de este modo la biopolítica positiva.

Desde esta resignificación de la biopolítica BP contribuye, a su vez, a resignificar el concepto de género (Capítulo 5), proponiendo concebirlo como un dispositivo de poder. De esta manera, está en continuidad crítica con la perspectiva de Foucault, caracterizando un nuevo dispositivo, posterior a los de alianza y de sexualidad, que el autor había contextualizado entre el Renacimiento y la Modernidad. Este nuevo dispositivo de género opera según dos dimensiones de biopoder, articuladas por la *potentia gaudendi*, que son el porno-poder y el fármaco-poder. En este sentido, a la visualización de todo trabajo como sexual (porno-poder) y sus correspondientes implicancias, se le anuda una nueva gestión de la subjetividad (fármaco-poder) que flexibiliza las tecnologías caracterizadas por Foucault al tramar de modos prácticamente indisolubles prótesis, artefactos, químicos, hormonas, carne, piel, cuerpo... Es decir, más que cuerpos en sentido moderno, las figuraciones de las nuevas subjetividades son *cyborgs* en los que no es factible distinguir entre organismo y técnica, tal como propuso Donna Haraway.

En consecuencia, la expresión “régimen de poder fármaco-porno-gráfico” puede dar cuenta de la acción simultánea del orden global del capitalismo contemporáneo y el orden microfísico de producción de sujetos que ya no tienen la solidez del trabajador

fabril. Dicho de otro modo, permite visibilizar los modos contemporáneos mediante los que el capitalismo gestiona las subjetividades.

A su vez, en su conceptualización del género como dispositivo, BP involucra las dos genealogías del género que hemos esbozado. De la primera, que tiene tres partes, retoma tanto el linaje médico-psiquiátrico como el de los feminismos. De la segunda, retoma cada una de las autoras, Lauretis, Butler y Haraway.

Donna Haraway en particular resulta un antecedente indispensable para la convergencia entre biopolítica y género que realiza BP, pues así como las subjetividades ya no resultarían individuos modernos asociados a cuerpos sino *cyborgs* semiótico-orgánico-técnicos, la vertiente conceptual de la “identidad de género” producida por la medicina es la base para configurar el carácter prostético del género.

Judith Butler, por su parte, brinda el bagaje deconstructivo de la categoría de género según los feminismos de la primera genealogía y establece el modo performativo de conceptualizarla, otra base de sustentación del carácter prostético que delinea BP. Entre ambas autoras la relación materia / discurso cobra especial relevancia. Hemos mostrado que si atendemos a este vínculo conceptual, no hay una distancia profunda entre ambas perspectivas como BP postula. Particularmente es la noción de quiasmo la que nos ha permitido mostrar un estrecho acercamiento entre las dos concepciones.

En el caso de Teresa De Lauretis, por un lado, resignificamos su noción de tecnologías del género en un doble sentido foucaultiano; es decir, tanto como tecnologías de dominación cuanto como tecnologías del uno mismo. Por otro lado, a partir de esta autora, produjimos la noción de tecnologías del una misma, una de cuyas visualizaciones son las prácticas de concienciación. Esta innovación nos permite, a la vez, considerar algunas prácticas *cuir* como tecnologías del un* mism*. En este sentido, la conceptualización de las tecnologías del yo así resignificada, permite inteligir tanto la sujeción como la subjetivación. Dicho de otro modo, tanto la normatividad sexual como su resistencia contra-sexual.

En la contra-sexualidad, caracterizada a lo largo del Capítulo 6, convergen definitivamente ambas genealogías, de la biopolítica y del género, haciendo posible el vislumbramiento de resistencias. Se manifiesta así la continuidad crítica tanto con la perspectiva de Maurizio Lazzarato como con la de Toni Negri. De este modo, lo que para Lazzarato es la noopolítica en referencia al papel de las nuevas

tecnologías en la constitución de subjetividades individuales y colectivas (la noción de públicos y audiencias, por ejemplo) BP lo conceptualiza como operaciones semiótico-técnicas de producción de cuerpos. En este sentido, a su vez, encontramos que BP articula la perspectiva de Lazzarato con la de Haraway en su construcción conceptual. Respecto del aporte de Negri, abonando el mismo sentido teórico, tenemos que los grupos que generan contra-conductas al modelar otras maneras de trabajar, producir y actuar; es decir, otras corporalidades y otros placeres, pueden pensarse como monstruos biopolíticos, multitudes *queer* que al agenciarse las nuevas tecnologías cibernéticas gestionan una nueva subjetividad, contribuyendo a una línea positiva de la biopolítica.

Ahora bien, los modos en que interactúan en este plano lo individual y lo colectivo nos lleva a reflexionar sobre ética y política; por lo tanto, sobre los vínculos entre crítica, filosofía y feminismos.

II - Crítica, filosofía y feminismos

Respecto de la noción de género en su linaje feminista, BP se ubica en la segunda genealogía de la que clarificamos las perspectivas de Teresa De Lauretis, Judith Butler y Donna Haraway. Todas ellas, a su vez, están en diálogo crítico con Foucault. Retomamos este señalamiento para precisar que la propuesta de BP se sitúa en este marco de partida principalmente discursivo y culturalista; es decir, que considera que no hay elementos por fuera del espacio de significación que manejamos; esto es, por fuera del discurso, por fuera de la matriz heterosexual, por fuera del dispositivo de sexualidad, por fuera del dispositivo de género.

En principio, pensar la cuestión de esta manera puede parecer sumamente asfixiante y descorazonador. Pero a lo que apunta nuestra/o autor/a es a visualizar que desde el mismo lugar en que estamos ubicad*s es posible generar desplazamientos, contra-conductas, cambios de sentido que hagan jugar la significación a contracorriente de lo instituido, que innoven.

Por eso, como anunciáramos desde el inicio del trabajo, no cabe aquí una perspectiva revolucionaria en clave moderna, que pretenda abarcar la totalidad de la sociedad, pero esto no significa renunciar a las posibilidades micropolíticas de transformación. En consecuencia, se trata de otro modo de entender la política, que no pasa por la lógica de la representación exclusivamente.

Explicitamos aquí este supuesto de la perspectiva del/a autor/a para comprender el papel que juega entonces la crítica, en continuidad con Foucault y Butler, en tanto tarea de desacomodamiento y perturbación del orden establecido, de los sentidos instituidos. Así entendida la crítica es una praxis que caracteriza la actitud ética de posicionamiento personal y que, desde un planteo feminista, por esa misma razón, es política.

En este sentido, inferimos de la trama conceptual en que se ubica BP, el valor político y epistemológico de la crítica. Una consecuencia de esta valoración es el compromiso del posicionamiento personal que se manifiesta en el discurso con la primera persona del singular y que se colectiviza en la construcción del nosotr*s. Ahora bien, si aceptamos estos supuestos, debemos aceptar también que tal colectivización no está garantizada a priori. Es decir, forma parte de las contingencias de la movilización social.

En el caso de BP, como fuimos viendo en el análisis del corpus, este aspecto es el que especialmente se le ha criticado y se le critica desde las militancias de la disidencia sexual; es decir, un exceso de individualismo que se hace pasar por colectivización. Pero lo que presentamos en este trabajo implica rescatar su perspectiva conceptual, más allá del sujeto empírico que la plantea o incluso a pesar de ella/él.

De allí que un corolario sobre la crítica como praxis sea el de rescatar una perspectiva ética de compromiso con significaciones que no imposibiliten la libertad, tal como lo considera Foucault:

para que no se trate simplemente de la afirmación o del sueño vacío de la libertad, me parece que esta actitud histórico-crítica debe ser también una actitud experimental. Quiero decir que este trabajo realizado en los límites de nosotros mismos debe, por una parte, abrir un dominio de indagaciones históricas y, por otra parte, someterse a la prueba de la realidad y de la actualidad, tanto para aprehender los puntos en los que el cambio es posible y deseable, como para determinar la forma precisa que haya que darle a ese cambio. Es decir que esta ontología histórica de nosotros mismos, debe apartarse de todos aquellos proyectos que pretenden ser globales y radicales. De hecho, sabemos por experiencia que la pretensión de escapar del sistema de la actualidad proponiendo los programas conjuntos, globales, de una sociedad distinta, de un modo de pensar diferente, de otra cultura, de otra visión del mundo, no han

conducido, de hecho, sino a retornar a las más peligrosas tradiciones (Foucault, 1994: 14-15).

La ética que surge de la crítica es entonces una praxis de la libertad; es decir, una filosofía práctica de especial interés para los (trans)feminismos, para que las existencias que estuvieron confinadas a la posición de objeto puedan ser reconocidas como sujetos. Los desacomodamientos que resultan pensables desde esta compleja perspectiva conceptual, son los que permiten que quienes han sido objeto de políticas asistenciales, objeto de persecuciones policiales, objeto de investigaciones científicas, se agencien la capacidad de representación y de auto-representación.

Es con este horizonte ideal que a partir del planteo de BP consideramos necesaria la articulación entre crítica, filosofía y feminismo y estimulamos como deseable su realización, aunque no se trata de una tarea específica con un contenido pre-establecido. Pero es el desafío que nuestro recorrido conceptual busca despertar.

Y como a su vez anunciáramos, las consecuencias de este planteo son también epistemológicas, en cuanto no hacen posible una producción abstracta de conocimiento sino que lo consideran siempre situado y encarnado. Esta perspectiva invita a una práctica de las Ciencias Sociales más comprometida con los “sujetos de investigación” y que apueste por que los más diversos sujetos puedan alcanzar el estatuto de sujetos epistémicos.

En esta línea, atisbamos una aplicación del bagaje teórico para pensar los derechos sexuales y los derechos reproductivos, especialmente en nuestro contexto geopolítico argentino y latinoamericano.

III - Derechos sexuales y derechos reproductivos

Como indicamos en Introducción de esta tesis de doctorado, el campo principal de nuestros trabajos de investigación y militancia está relacionado con la construcción de derechos, especialmente de los derechos sexuales y reproductivos. En realidad, es a partir de dicho trabajo que tuvimos la necesidad de sistematizar la conceptualización del género y que consideramos de especial relevancia el aporte teórico de BP.

La construcción de los derechos sexuales y de los derechos reproductivos impacta especialmente en la noción de ciudadanía ya que involucra su resignificación. En el

contexto rioplatense, las conquistas feministas de derechos para colectivos cada vez más amplios de mujeres y de disidencias sexo-genéricas desacomodan lo instituido, pero nos enfrentamos a actitudes reactivas como la intensidad de los femicidios o la justificación de los abusos sexuales. Ante este panorama, continuar la puesta en crisis de los estereotipos corporales y afectivos, de la normatividad sexual y de género, es sumamente necesario. A ello apunta nuestra lectura y sistematización conceptual del corpus textual de BP.

Así, en la conceptualización del dispositivo sexo-político de género de BP encontramos dos dimensiones de su inherente régimen de poder: porno y fármaco. La dimensión del porno-poder considera que la forma del trabajo contemporáneo es sexual, por lo que en lugar de hablar en términos de fuerza de trabajo o de trabajo inmaterial -tal como proponen l*s post-marxistas contemporáneos- habría que plantear los análisis de la producción en base a un trabajo sexual, entonces las condiciones de trabajo actuales estarían pornificadas.

La dimensión del fármaco-poder, a su vez, pone en evidencia la flexibilización del disciplinamiento que aparece gestionado por l*s propios individuos en tanto consumen permanentemente sustancias que contribuyen al diseño de los géneros (hormonas, medicamentos, drogas ilegales, estimulantes, etc.) y de otras dimensiones de la identidad como la contra-cepción, la salud, la apariencia, el rendimiento, la calidad de vida...

A estas dimensiones del bio-poder contemporáneo las enfocamos con la finalidad de una biopolítica afirmativa que explora las posibilidades de resistencia desde la sujeción. Para realzar esto, BP transforma la biopolítica en "sexopolítica" y logra dinamizar los sentidos centrífugos de la subjetivación.

Nos interesa este panorama glo(c)al para pensar en el ámbito argentino la construcción de derechos sexuales y de derechos reproductivos. Un contexto en el que durante el siglo XXI se han obtenido grandes logros legislativos con perspectiva progresista, como la Ley Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable (25.673), Ley Nacional de Educación Sexual Integral (26.150), Ley de Matrimonio Igualitario (26.618), Ley de Identidad de Género (26.743). Sin embargo, continúa penalizada la práctica del aborto y está vigente la perspectiva abolicionista en materia de prostitución, que desconoce las voces de algunos grupos de prostitutas.

Consideramos que una manera de abrir sentidos en los debates sociales y de las movilizaciones feministas para estas problemáticas reside en asumir la base sexual

de ambas cuestiones; esto es, pensarlas en perspectiva sexo-política. Para eso nos resulta interesante explorar dos dimensiones del porno-poder que en BP quedan desconectadas y serían ámbitos inquietantes y relevantes para los feminismos.

De un lado, el papel sexual del trabajo en el capitalismo contemporáneo y el vínculo de estos sentidos con la prostitución como institución. De otro lado, la figura de la “puta” en cuanto reverberancia erótica producida desde el propio dispositivo de sexualidad y sus efectos heteronormativos que impactan en la constitución de las subjetividades de mujer, en sus diversas configuraciones de etnia, clase, cultura, religión... El modo en que BP caracteriza el porno-poder habilitaría un giro novedoso para reflexionar sobre cada uno de estos lados, así como para buscar convergencias de ambos para pensar las subjetividades femeninas en clave feminista crítica.

De esta manera, dejamos presentado el para qué de nuestra búsqueda conceptual que excede los objetivos del presente trabajo y abre el camino a próximas investigaciones. Por tal motivo, un final abierto...

BIBLIOGRAFÍA

Agamben, Giorgio (2011) [2006] “¿Qué es un dispositivo?” en *Sociológica* año 26, N° 76. Mayo-agosto. México: UAM. pp. 249-264.

_____ (2010) [2003] *Estado de excepción*. BsAs: Adriana Hidalgo.

_____ (2005) *Lo abierto. El hombre y el animal*. Valencia: Pre-Textos.

_____ (2001) *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Valencia: Pre-Textos.

_____ (2000) [1999] *Lo que queda de Auschwitz*. Valencia: Pre-Textos.

_____ (1998) [1995] *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.

Ají de Pollo (2007) “La Propuesta” en Ají de Pollo (eds.) *Parentesco*. BsAs: Ají de Pollo.

_____ (2009) “Introducción” en Ají de Pollo (eds.) *Biopolítica*. BsAs: Ají de Pollo.

Alcoff, Linda (1989) [1988] “Feminismo cultural versus pos-estructuralismo: La crisis de la identidad en la teoría feminista” en *Feminaria*. Año II. N°4. BsAs: noviembre.

Amela, Víctor (2008) “Entrevista con Beatriz Preciado, filósofa transgénero y pansexual” en *La Vanguardia*. Barcelona: 1º de abril.

Amorós, Celia (2005) “Feminismo y multiculturalismo” en Amorós, Celia y de Miguel, Ana (eds) *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización. Vol.3: De los debates sobre el género al multiculturalismo*. Madrid: Minerva.

Amorós, Celia y De Miguel, Ana (2005) “Introducción: Teoría feminista y movimientos feministas” en Amorós, Celia y De Miguel, Ana (eds.) *Teoría feminista: de la Ilustración a la Globalización. Vol. 1: De la Ilustración al Segundo Sexo*. Madrid: Minerva.

Anta Félez, José Luis (2001) “Entre el artificio y el género: el cine pornográfico” en *La Ventana. Revista de Estudios de Género. Vol II. N° 14*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, diciembre.

Anzaldúa, Gloria (1987) *Borderlands / La Frontera. The New Mestiz*. San Francisco: Aunt Lute.

Arfuch, Leonor (2002) *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. BsAs: FCE.

Austin, J.L. (1982) [1962] *Cómo hacer cosas con palabras* Barcelona: Paidós.

Bach, Ana María (2010) *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. BsAs: Biblos.

Balza, Isabel (2013) "Tras los monstruos de la biopolítica" en *Dilemata*, Año 5, Nº12, pp. 27-46.

Barba, Andrés y Montes, Javier (2007) *La ceremonia del porno*. Barcelona: Anagrama.

Benveniste, Émil (1983) [1966 y 1974] *Problemas de lingüística general I y II*. México: Siglo XXI.

Berrío Puerta, Ayder (2008) *La fusión entre democracia y estado de excepción en el modelo biopolítico de Giorgio Agamben*. Medellín: Universidad de Antioquía.

Bidaseca, Karina (2010) *Perturbando el texto colonial. Los Estudios (Pos) coloniales en América Latina*. BsAs: SB.

Borderías, Cristina (ed.) (2006) *Joan Scott y las políticas de la historia*. Barcelona: Icaria.

Bourcier, Marie-Hélène (2002) "Prefacio" en Preciado, Beatriz *Manifiesto contra-sexual*. Madrid: Ópera Prima.

_____ (2001) *Queer zones, politiques des identités sexuelles, des représentations et des savoirs*. Paris: Éditions Balland.

Bourdieu, Pierre (1977) *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Barcelona: Laia.

Braidotti, Rosi (2004) *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Barcelona: Gedisa.

_____ (2000) *Sujetos nómades*. Barcelona: Paidós.

Burgos, Elvira (2008) *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en Judith Butler*. Madrid: Machado Libros.

Burgos, Elvira y Aliaga, José Luis (2002) "Estudio preliminar" a Suardiaz, Delia Esther *El sexismo en la lengua española*. Zaragoza: Pórtico.

Butler, Judith (2006) [2004] *Deshacer el género*. BsAs: Paidós.

_____ (2004) [1997] *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Síntesis.

_____ (2002) [1993] *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. BsAs: Paidós.

_____ (2001) [1990] *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.

Cabello, Cristián (2011) "Posmenopausia drag: Las mujeres y mi mamá, una relectura disidente del a performatividad" en CUDS (eds.) *Por un feminismo sin mujeres*. Sgo. de Chile: TSE-CUDS.

Cabral, Mauro (2009) "Salvar las distancias – Apuntes acerca de "Biopolítica del Género"" en Ají de Pollo (eds.) *Biopolítica*. BsAs: Ají de Pollo.

Campagnoli, Mabel Alicia (2015) "Dar cuenta de sí misma o la pregunta por una ética feminista" en Martínez, Ariel (comp.) *Judith Butler: las identidades del sujeto opaco*. La Plata: Edulp. (En prensa).

_____ (2014) "Legislación, sexo y género en la sociedad de control" en dossier "¿La ley del deseo?: Interferencias, fusiones y confusiones entre derecho y sexualidad" de *Ambigua: Revista de Investigaciones sobre Género y Estudios Culturales* N°1. Sevilla, Universidad Pablo de Olavide.

_____ (2013) "Mujeres expropiadas: la penalización del aborto como enajenación biopolítica del erotismo" en *Revista Argentina de Psicología (RAP)* N° 52. BsAs, diciembre.

_____ (2012) "Cuirizar los derechos sexuales" en Borba, Rodrigo (comp) *Queering Paradigms 4*. Peter Lang International Publishers.

_____ (2011a) "Articulaciones éticas de las tecnologías del una misma" en *Actas del XV Congreso de la Asociación Filosófica de la República Argentina (AFRA)*. BsAs: UNTref. Formato CD. ISBN-10: 987-20711-7-9.

_____ (2011b) "Genealogías del género" en *Ilustración y Libertades: Revista de Pensamiento e Historia de las Ideas* N°2. Sevilla: Universidad Pablo de Olavide. ISSN: 1888-0533. pp.121-161.

_____ (2010) "El género como categoría útil... para un feminismo queer" en *Fazendo Género* 9. Disponible en http://www.fazendogenero.ufsc.br/9/resources/anais/1277933399_ARQUIVO_CAMPAGNOLI_FazendoGenero9.pdf ISSN 2179-510X

_____ (2008) "Al filo de la ley: el debate de la Ley Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable (25.673 – Argentina) como tecnología de género" en Araujo, Katia y Prieto, Mercedes (eds.) *Estudios sobre sexualidades en América Latina*. Quito: FLACSO.

_____ (2006) "El derecho como tecnología de género" en Martín, M^a Alejandra (comp) *Actas VIII Jornadas Nacionales de Historia de s Mujeres y III Congreso Iberoamericano de Estudios de Género*. Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades y Centro de Estudios Avanzados, UNC. Formato CD.

_____ (2005) "La concienciación feminista como tecnología del una misma" en Erazún, Fabiana y Mudrovic, M^a Inés (eds): *XII Congreso Nacional de Filosofía. 3 al 6 de diciembre de 2003*. Neuquén, 2005. Formato CD.

_____ (2003) "Tecnologías del una misma" en *Actas de las IV Jornadas de Investigación en Filosofía. Departamento de Filosofía*. La Plata. UNLP. 2003. Formato CD.

_____ (2001) "María Ester en el país de las pesadillas o de cómo rescatar nuestros cuerpos" en Rosenberg, Martha (comp): *Aborto no punible*. Bs As: Foro por los Derechos Reproductivos.

Carrascosa, Sejo y Saéz, Javier (2011) *Por el culo. Políticas anales*. Madrid: egales.

Carrillo, Jesús (2004) "Entrevista a Beatriz Preciado" en DDOOSS. *Asociación de amigos del arte y la cultura de Valladolid*. Valladolid: noviembre.
http://www.ddooss.org/articulos/entrevistas/beatriz_preciado.htm

Castilla, José Luis (2004) "Conversaciones en torno a la Teoría Queer" (documento en línea) en www.caosmosis.acracia.net

Castillo, Ana & Moraga, Cherrie (eds.) (1983) *This bridge called my back: Writings by Radical Women of Color*. New York: Kitchen Table / Women of Color Press.

Castro, Edgardo (2011a) *Lecturas foucaulteanas. Una historia conceptual de la biopolítica*. BsAs: unipe.

_____ (2011b) *Diccionario Foucault. Temas, conceptos y autores*. BsAs: Siglo XXI.

_____ (2008) *Giorgio Agamben. Una arqueología de la potencia*. BsAs: UNSAM.

_____ (2004) *El vocabulario de Michel Foucault. Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*. BsAs: Prometeo.

Ceballos Muñoz, Alfonso (2005) "¿Qué es Queer?" en Córdoba, David; Sáez, Javier y Vidarte, Paco (eds.) *Teoría Queer. Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Madrid: egales.

Chaneton, July (2007) *Género, poder y discursos sociales*. BsAs: Eudeba.

Cohen, Daniel (2007) [2006] *Tres lecciones sobre la sociedad postindustrial*. BsAs: Katz editores.

Coll-Planas, Gerard (2012) *La carne y la metáfora. Una reflexión sobre el cuerpo en la teoría queer*. Madrid: egales.

Connell, (1997) "La organización social de la masculinidad" en Valdés, Teresa y Olavarría, José (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Sgo. de Chile: FLACSO-Chile.

Córdoba García, David (2005) "Introducción a la teoría queer" en Córdoba García, David; Sáez, Javier y Vidarte, Paco (eds.) *Teoría Queer. Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Madrid: egales.

Davis, Fernando (2013) "El agujero interior" en Soy suplemento de *Página/12*. 27/12/2013.

De Giorgi, Alessandro (2006) [2000] *El gobierno de la excedencia. Postfordismo y control de la multitud*. Madrid: Traficante de sueños.

Deleuze, Gilles (2007) [1995] "La inmanencia: una vida..." en Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín (comps.) *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. BsAs: Paidós.

_____ (2006) [1995] *Conversaciones*. Valencia: Pre-Textos.

_____ (2005) *Spinoza: filosofía práctica*. BsAs: Tusquets.

_____ (2003) [1986] *Foucault*. Barcelona: Paidós.

_____ (1999) "¿Qué es un dispositivo?" en AAVV *Michel Foucault, Filósofo*. Barcelona: Gedisa.

Del Águila, Úrsula (2012) [2008] "Judith Butler y Beatriz Preciado en entrevista con Revista *Têtu*" en *Las Disidentes, colectivo artístico*. 20/04/12. <http://lasdisidentes.com/2012/04/20/judith-butler-y-beatriz-preciado-en-entrevista-con-la-revista-tetu/>

Deleuze-Guattari (1972) *Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. México: FCE.

Delfino, Silvia y Rapisardi, Flavio (2010) "Cuirizando la cultura argentina desde la *Queerencia*, centro criollo de políticas de la diferencia" en *Ramona 99*. BsAs: CIA, abril.

Despentes, Virginie (2008) "Teoría King Kong. Entrevista" 14/03/08 en <http://www.alasbarricadas.org/noticias/node/7170> Consultada el 05/02/2014.

_____ (2007) [2006] *Teoría King Kong*. Barcelona: melusina.

Díaz Villa, Gabi; Mines, Ana; Marzano, Verónica; Rueda, Roxana (2013) "*El aborto lesbiano que se hace con la mano*. Continuidades y rupturas en la militancia por el derecho al aborto en Argentina (2009-2012)" en *Bagoas, estudos gays, gêneros e sexualidades*. Nro 9. Universidade Federal do Rio Grande do Norte, Centro de Ciências Humanas, Letras e Artes. UFRN-CCHLA. <http://www.cchla.ufrn.br/bagoas>

Di Pego, Anabella (2011) "Tecnologías de género, subjetivación y resistencia" en *X Jornadas Internacionales "género, subjetividad y política"*. BsAs: APBA. CD-ROM.

Dorlin, Elsa (2009) [2008] *Sexo, Género y Sexualidades. Introducción a la Teoría Feminista*. BsAs: Nueva Visión.

Echeverría, Rafael (2009) *Escritos sobre aprendizaje*. Santiago de Chile: Sáez.

Ergas, Yasmine (1993) "El sujeto mujer: feminismo de los años sesenta-ochenta" en Duby y Perrot (comp): *Historia de las mujeres en Occidente, Tomo 10*; Madrid: Turus. pp. 154-181.

Esposito, Roberto (2011) *El dispositivo de la persona*. BsAs: Amorrortu.

_____ (2009a) [2007] *Tercera Persona. Política de la vida y filosofía de lo impersonal*. BsAs: Amorrortu.

_____ (2009b) *Comunidad, Inmunidad y Biopolítica*. Barcelona: Herder.

_____ (2006) [2004] *Bíos. Biopolítica y Filosofía*. BsAs: Amorrortu.

_____ (2005) [2002] *Immunitas. Protección y negación de la vida*. BsAs: Amorrortu.

_____ (2003) [1998] *Communitas. Origen y destino de la comunidad*.

Esteves, Ricardo (2012) "Biopolítica, populismo y poscolonialismo: una mirada periférica" ponencia en el *Primer Congreso de Estudios Poscoloniales y las II Jornadas de Feminismo Poscolonial. Cruzando puentes: Legados, genealogías y memorias poscoloniales* 5, 6 y 7 de Diciembre, 2012. Bs As, Argentina. <http://titortiz.blogspot.com.ar/2012/12/biopolitica-populismo-y-poscolonialismo.html>

Falconí Trávez, Diego; Castellanos, Santiago y Viteri, M^a Amelia (eds.) (2014) *Resentir lo queer en América Latina: diálogos desde / con el Sur*. Madrid: egales.

Fausto-Sterling, Anne (2006) [2000] *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*. Barcelona: melusina.

Ferguson, Kathy (2000) "Genealogy" in Code, Lorraine (ed.) *Encyclopedia of Feminist Theories*. New York: Routledge.

Fisher, Amalia (2009) "De dudas, diálogo y preguntas sobre Agnès biodrag y una insurrección de saberes" en Ají de Pollo (eds.) *Biopolítica*. BsAs: Ají de Pollo.

flores, valeria (2014) <http://escritoshereticos.blogspot.com.ar>

_____ (2013) *interruqciones. Ensayos de poética activista. Escritura, política, pedagogía* Neuquén: La Mondonga Dark.

_____ (2010) "Reescrituras del aborto" Disponible en <http://escritoshereticos.blogspot.com.ar/>

_____ (2008) "Potencia Tortillera: un palimpsesto de la perturbación" en <http://lesbianasfugitivas.blogspot.com.ar/2008/02/potencia-tortillera-un-palimpsesto-de.html>

Foucault, Michel (2007) [1978] *Herculine Barbin llamada Alexina B.* Madrid: Talasa.

_____ (2006) [2004] *Seguridad, Territorio, Población.* Bs As: FCE.

_____ (2002a) [2001] *La Hermenéutica del sujeto.* Bs As: FCE.

_____ (2002b) [1969] *La arqueología del saber.* BsAs: Siglo XXI.

_____ (2002c) [1966] *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas.* BsAs: Siglo XXI.

_____ (2000) [1997] *Defender la Sociedad. Curso en el Collège de France.* BsAs: FCE.

_____ (1998) [1976] *Historia de la sexualidad. Vol.1* México: Siglo XXI.

_____ (1995) "¿Qué es la crítica?" en *Daimon. Revista de Filosofía* Nº 11. Universidad de Murcia.

_____ (1994) [1984] "¿Qué es la Ilustración?" en *Actual* Nº 28. Traducción de Jorge Dávila.

_____ (1992) [1970] *El orden del discurso.* BsAs: Tusquets.

_____ (1990) [1988] *Tecnologías del yo.* BsAs: Paidós.

_____ (1989) [1975] *Vigilar y castigar.* Bs As: Siglo XXI.

_____ (1986) [1978] *La verdad y las formas jurídicas.* Barcelona: Gedisa.

_____ (1980) "Nietzsche, la genealogía, la historia" en *Microfísica del poder* BsAs: La Piqueta.

Fraisse, Gèneviève (2003) "El concepto filosófico de género" en Tubert, Silvia (ed.) *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto.* Madrid: Cátedra.

Freud, Sigmund (2013) [1920] "Más allá del principio del placer" en *Obras Completas. Volumen XVIII.* BsAs: Amorrortu.

Friedan, Betty (1974) [1963] *La mística de la feminidad.* Madrid: Júcar.

Fugitivas del desierto (2009) "Prácticas ficcionales para una política bastarda. La tecno-lesbiana" en Ají de Pollo (eds.) *Biopolítica.* BsAs: Ají de Pollo.

Fuller, Norma (2001) *Masculinidades. Cambios y permanencias.* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Galindo Hervás, Alfonso (2005) *Política y mesianismo. Giorgio Agamben*. Madrid: Biblioteca Nueva.

García Fanlo, Luis (2011) “¿Qué es un dispositivo?: Foucault, Deleuze, Agamben” en *A parte Rei* 74. España: mec.

Garín, Nancy (2011) “Un bienpreciado” en *Soy. Año 3. Nº 154*. BsAs: 18 de febrero.

Giannoni, María (2012) “Testo Yonqui y la potencia del cuerpo. Una lectura política del experimento T.” en *1er. Congreso Latinoamericano de Historia de las Mujeres*. San Juan: IDAES. CD-ROM.

Giberti, Eva (2003) “Transgéneros: síntesis y aperturas” en Maffía, Diana (ed.) *Sexualidades Migrantes, Género y Transgénero*. BsAs: Feminaria.

Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín (comps.) (2007) *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. BsAs: Paidós.

Gomáriz, Enrique (1992) “Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas” en *Fin de siglo, género y cambio civilizatorio*. Chile: Ediciones de la mujer – Isis Internacional.”

Gregori Flor, Nuria (2006) “Los cuerpos ficticios de la biomedicina. El proceso de construcción del género en los protocolos médicos de asignación de sexo en bebés intersexuales” en *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*. Volumen 1, Nº1. Enero-febrero.

GtQ (Grupo de trabajo queer) (2005) *El eje del mal es heterosexual. Figuraciones, movimientos y prácticas feministas queer*. Madrid: egales.

Guasch, Óscar (2000) *La crisis de la heterosexualidad*. Barcelona: Laertes.

Halberstam, Judith (2008) [1998] *Masculinidad femenina*. Madrid: egales.

Haraway, Donna (2004) [1997] *Testigo Modesto @ Segundo Milenio. HombreHembra©_Conoce_Oncorotón®. Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: UOC.

_____ (1999) [1994] “Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles” en *Política y Sociedad* Nº 30. Madrid.

_____ (1995) [1991] *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2004) *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. BsAs: Debate.

_____ (2003) [2000] *Imperio*. BsAs: Paidós.

_____ (2000) “La producción biopolítica” en *Revista Multitudes* Nº1. Marzo. <http://www.sindominio.net/arkitzean/otrascosas/hardt.htm>

Harvey, Robert (2003) "L'étrange mot d'... *queer*" *Rue Descartes* Nº 40. Paris: Mai. pp.27-35.

Harvey, Robert & Le Brun-Cordier, Pascal (2003) "Qu'ouïr o *queer*?" *Rue Descartes* Nº 40. Paris: Mai. pp.2-5.

Hernández Castillo, Rosalva Aída (2008) "Feminismos poscoloniales: reflexiones desde el sur del Río Bravo" en Hernández, Rosalva y Suárez, Liliana (eds.) *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*. Madrid: Cátedra.

Hernando, Almudena (2012) *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. BsAs: Katz.

Herrero Brasas, Juan A. (2000) "Teoría 'queer'. Activismo, 'outing' y cuartos oscuros" en *Claves de Razón Práctica* Nº 16. Madrid: octubre. pp.15-25.

Hull, Gloria; Bell Scott, Patricia y Smith, Barbara (eds.) (1982) *All the Women Are White, All the Blacks Are Men, but Some of Us Are Brave: Black Women's Studies*. New York: The Feminist Press.

Hunt, Lynn (1996) *The Invention of Pornography. Obscenity and the Origins of Modernity. (1500-1800)*. New York: Zone Books.

Iacub, Marcela (2004) "Las biotecnologías y el poder sobre la vida" en Didier Eribon (comp.) *El infrecuente Michel Foucault. Renovación del pensamiento crítico*. BsAs: Letra Viva.

Iglesias Turrión, Pablo (2009) "Plataformas. Anotaciones a *Testo Yonqui* de Beatriz Preciado" en *Psikeba: Revista de Arte, Psicoanálisis y Estudios Culturales* Nº 1. Disponible en <http://psikeba.wordpress.com/2009/11/>

Iribarren, María (2008) "Beatriz Preciado. Pensar la subjetividad" en *Rumbos. Año 6*. Nº273. BsAs: 16 de noviembre.

Laqueur, Thomas (2007) [2003] *Sexo solitario. Una historia cultural de la masturbación*. BsAs: FCE.

Larramendy, Alicia (2005) "Tráfico de teorías, tecnologías y cuerpos o la lógica del dildo" en *Nombres. Revista de Filosofía, Año XV, Nº19*, Córdoba, Argentina: abril.

Lauretis, Teresa de (2000) *Diferencias*. Barcelona: horas y Horas.

_____ (1996) [1989] "Tecnología del género" en *mora* nº 2. Bs As: UBA, noviembre.

_____ (1992) [1984] *Alicia ya no. Feminismo, semiótica, cine*. Madrid: Cátedra.

_____ (1991) "Queer Theory: Lesbian and Gay Sexualities" *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies* 3, 2. Indiana University Press.

Lazzarato, Maurizio (2006) [2004] *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*. Madrid: traficantes de sueños.

_____ (2000) "Del biopoder a la biopolítica" en *Revista Multitudes* N°1. Marzo. <http://www.sindominio.net/arkitzean/otrascosas/hardt.htm> Consultado 12/01/2013.

Léjeune, Philippe (1994) [1975] *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Málaga: Megazul.

López Pascual, Juliana (2012) "Entre el planteo filosófico y la praxi¹⁹ Disponible en <http://www.claseshistoria.com/revista/2012/articulos/lopez-beatrizpreciado.html>

López Penedo, Susana (2008) *El laberinto queer*. Madrid: egales.

Lorde, Audre (2003) [1984] *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias*. Barcelona: horas y Horas.

Loret, Eric (1999) "Le gay pari. Guillaume Dustan, énarque destroy, lance chez Balland un «rayon gay» qui veut torpiller l'intelligentsia pédé" in *Libération*. Paris: 25 février.

Maines, Rachel (2010) [2001] *La Tecnología del orgasmo*. Barcelona: Editorial milrazones.

Malagón Llano, Sara (2014) "Si la escritura no es un arma, estamos perdidos" en *El Espectador*. Colombia: 04 de febrero. Disponible en <http://www.elespectador.com/noticias/cultura/si-escritura-no-un-arma-estamos-perdidos-articulo-472161> Consultado el 04/02/14.

Marques, Josep Vincent (1992) "Varón y patriarcado" en Valdés, Teresa y Olavarriá, José (eds) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Sgo. de Chile: FLACSO - Isis Internacional.

Martínez, Moisés (2005) "Mi cuerpo no es mío. Transexualidad masculina y presiones sociales de sexo" en GtQ (eds.) *El eje del mal es heterosexual*. Madrid: Traficante de sueños.

Mattio, Eduardo (2013) "Pensar con el culo" en *XVI Congreso Nacional de Filosofía*. BsAs: marzo.

_____ (2012) "¿De qué hablamos cuando hablamos de género? Una introducción conceptual" en Morán Faúndes, José Manuel; Sgró Ruata, María Candelaria y Vaggione, Juan Marco (eds.) *Sexualidades, desigualdades y derechos. Reflexiones en torno a los derechos sexuales y reproductivos*. Córdoba: Ciencia, Derecho y Sociedad.

Mazzei Nogueira, Claudia (2006) *III Conferencia "Carlos Marx y los desafíos del siglo XXI"* La Habana, Cuba: mayo.

McRobbie, Ángela (2009) *The Aftermath of Feminism. Gender, Culture and Social Change*. London: SAGE.

Medeak (2013) "Violencia y transfeminismo. Una mirada situada" en Solá, Miriam y Urko, Elena (comps.) *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos*. Navarra: txalaparta.

Mérida Jiménez, Rafael (2010) "El espacio autobiográfico del cuerpo trans en España" en *Congreso Cuerpo y Textualidad*. Disponible en http://cositextualitat.uab.cat/?page_id=117&lang=es

_____ (2009) *Manifiestos gays, lesbianos y queer. Testimonios de una lucha (1969-1994)*. Barcelona: Icaria.

Milano, Laura (2014) *Usina Posporno. Disidencia sexual, arte y autogestión*. BsAs: título.

Modarelli, Alejandro (2010) "El gozo de los raros eventos, la potencia del lenguaje. "Diagnóstico" de intersexualidad en la cultura" en Raíces Montero, Jorge (ed.) *Un cuerpo, mil sexos: intersexualidades*. BsAs: Topía.

Molina Petit, Cristina (1994) *Dialéctica Feminista de la Ilustración*. Barcelona: Anthropos.

Moraga, Cherrie y Castillo, Ana (eds.) (1988) [1983] *Esta puente, mi espalda: voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*. San Francisco: ism press.

Moreno, María (2013) "Resonancias de allá abajo" en Soy, suplemento de *Página/12*, 27/12/2013.

Moreno Sardà, Amparo (1986) *El arquetipo viril protagonista de la historia*. Barcelona: Horas y horas.

Mujeres Públicas (2010) "Veladas paquetas queer georgé" en *Ramona 99*. BsAs: CIA, abril.

Negri, Antonio (2007) "El monstruo político. Vida desnuda y potencia" en Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín (comps.) *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. BsAs: Paidós.

_____ (1999) *Las verdades nómadas & General intellect, poder constituyente, comunismo*. Madrid: Akal.

Nicholson, Linda (2003) "La interpretación del concepto de género" en Tubert, Silvia (ed.) *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra.

Nietzsche, Friedrich (1972) *Más allá del bien y del mal*. Madrid: Alianza. Traducción de Andrés Sánchez Pascual.

_____ (1998) *El crepúsculo de los ídolos*. Madrid: Alianza. Traducción de Andrés Sánchez Pascual.

Olavarría, José (2001) *¿Hombres a la deriva? Poder, trabajo y sexo*. Santiago de Chile: FLACSO-Chile.

Ong, Walter (1987) [1982] *Oralidad y Escritura. Tecnologías de la palabra*. México: FCE.

Osborne, Raquel (2008) "Entre el rosa y el violeta. Lesbianismo, feminismo y movimiento gai: relato de unos amores difíciles" en Platero, Raquel (coord.) *Lesbianas. Discursos y representaciones*. Barcelona: melusina.

Páez Vacas, Carolina (2010) *Travestismo urbano: género, sexualidad y política*. Quito: FLACSO.

Palmeiro, Cecilia (2013) "Querido Beatriz:" en Soy suplemento de *Página/12*, 27/12/2013.

Peker, Luciana (2012) "Escándalos de género" en *Las12*, suplemento de *Página/12*, BsAs, 27/07.

Peñalver Gómez, Patricio (1993) "Introducción" en Derrida, Jacques *La desconstrucción en las fronteras de la filosofía*. Barcelona: Paidós.

Peñamarín, Cristina (2007) "Pornografía y sexualidades minoritarias. Entrevista a Beatriz Preciado. París, enero de 2007" en Díez Fernández, José Ignacio y Laskier Martín, Adrienne (eds.) *Venus Venerada II: literatura y modernidad en España*. Madrid: Editorial Complutense.

Pérez Navarro, Pablo (2008) *Del texto al sexo. Judith Butler y la performatividad*. Madrid: egales.

Plummer, Ken (2012) "El humanismo crítico y la teoría *queer*" en Norman Denzin e Yvonna Lincoln (comps.), *Manual de investigación cualitativa*, Vol. II, Barcelona, Gedisa.

Poulantzas, Nicolás (1986) *Estado, poder y socialismo*. BsAs: Siglo XXI.

Preciado, Beatriz (2013a) <http://www.rtve.es/alacarta/videos/pienso-luego-existo/pienso-luego-existo-beatriz-preciado/1986547/> 12/08/13 "Pienso, luego existo" en TVE2

_____ (2013b) <https://youtu.be/4aRrZZbFmBs> 09/03/2013 "¿La muerte de la clínica?" en Museo Nacional Centro de Arte "Reina Sofía"

_____ (2013c) "Qui défend l'enfant queer?" en *Libération*. 14/01/2013.
Disponible en http://www.liberation.fr/societe/2013/01/14/qui-defend-l-enfant-queer_873947

_____ (2013d) *Terror anal y Manifiestos recientes*. BsAs: la isla de la luna.

_____ (2010a) *Pornotopía: arquitectura y sexualidad en Playboy durante la Guerra Fría*. Barcelona: Anagrama.

_____ (2010b) "Transfeminismo y micropolíticas del género en la era fármacopornográfica" en *Ramona. Revista de Artes Visuales* Nº 99. *Micropolíticas cuir: transmariconizando el sur*. BsAs: Abril.

_____ (2009a) "Terror Anal: Apuntes sobre los primeros días de la Revolución Sexual" en Hocquenghem, Guy *El deseo homosexual*. Barcelona: melusina.

_____ (2009b) "Biopolítica del género", en AA.VV., *Biopolítica*, Buenos Aires, Ediciones Ají de Pollo.

_____ (2009c) "Museo, basura urbana y pornografía" en *Zehar 64. Revista de Arteleku-ko aldizkaria*.
<http://lasdisidentes.wordpress.com/2012/08/12/museo-basura-urbana-y-pornografia-por-beatriz-preciado/>

_____ (2008a) *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa-Calpe.

_____ (2008b) "Pharmaco-pornographic Politics: Towards a New Gender Ecology" *Parallax*, 14:1, 105-117.

_____ (2008c) "Cartografías queer: el *flanêur* perverso, la lesbiana topofóbica y la puta multicartográfica, o cómo hacer una cartografía "zorra" con Annie Sprinkle" <http://seminariolecturasfeministas.files.wordpress.com/2012/01/13163213-preciado-beatriz-2008-cartografias-queer-el-flanneur-perverso-la-lesbiana-topofobicay-la-puta-multicartografica-o-como-hacer-una-cartografia.pdf> 29/01/2013

_____ (2007) "Los rascacielos las prefieren rubias" en "Espacios" de *La Vanguardia*. Madrid: 21 de febrero.

_____ (2006) "Basura y género. Mear / cagar. Masculino / Femenino" www.hartza.com/basura.htm 31/01/2013

_____ (2005a) "Devenir bollo-lobo o cómo hacerse un cuerpo queer a partir de *El pensamiento heterosexual*" en Córdoba, David; Sáez, Javier y Vidarte, Paco *Teoría Queer. Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Madrid: egales.

_____ (2005b) "*Mies-conception*: La casa Farnsworth y el misterio del armario transparente" en *Revista Multitudes* Nº 20.

_____ (2005c) "Gigantas / casas / ciudades. Apuntes para una topografía política del género y la raza" en "Dossier: Género y territorio, el espacio connotado" *ArteContexto. Arte, cultura, nuevos medios* N°8. Madrid.

_____ (2005d) "Savoirs_Vampires@War en *Revista Multitudes* N° 20, París: primavera. <http://multitudes.samizdat.net/>

_____ (2005e) "Biopolitique du genre" en Rouch & otros (2005) *Le corps, entre sexe et genre*, L'Harmattan, París, pp. 61-84.

_____ (2004a) "Género y performance: 3 episodios de un cyberganga feminista queer trans" en *Zehar* N° 54. *La repolitización del espacio sexual*. Donostia: Arteleku. <http://www.hartza.com/performance.pdf> 28/01/2013

_____ (2004b) «Pornotopia: Architecture and pornography in the Playboy Mansion» Princeton Architectural Press.

_____ (2004c) "Llegan los Reyes de la cultura *King*" en *Revista Zero*. N°62.

_____ (2003a) "Multitudes *queer*: notas para una política de los anormales" en *Revista Multitudes* N° 12. París. Internet: http://multitudes.samizdat.net/rubrique.php3?id_rubrique=141

_____ (2003b) "Il faut queeriser l'université" en *Rue Descartes* N° 40. París: mayo.

_____ (2002) [2000] *Manifiesto contra-sexual*. Madrid: Ópera Prima.

Preciado, Beatriz y Soley-Beltrán, Patricia (2007) "Abrir posibilidades. Una conversación con Judith Butler" en *Lectora: Revista de dones i textualitat* N° 13. Barcelona: UB.

Preciado, Beatriz *et alii* (2003) *Retóricas del género. Políticas de identidad, performance, performatividad y prótesis*. http://ayp.unia.es/index.php?option=com_content&task=view&id=44&Itemid=37

Preciado, Beatriz y Bourcier, M-H (2001) "Contrabandos queer" en Aliaga, Juan Vicente *et al.* (eds.) *Miradas sobre la sexualidad en el arte y la literatura del siglo XX en Francia y España*. Valencia: Universitat de Valencia.

Puente Méndez, Antonio (2011) "Post-feminismo" en <http://estudioscultura.wordpress.com> 29/12/11. Consultado el 16/03/14.

Ramírez, Mario (1994) *El Quiasmo. Ensayos sobre la filosofía de Maurice Merleau-Ponty*. Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Retana Alvarado, Camilo (2012) "Olvidar a Baudrillard: Sawicki, Butler y Preciado como lectoras de Foucault" en *Revista Clepsydra*, 11. Noviembre. España: Universidad de la Laguna.

Rich, Adrienne (1985) "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana" en *Nosotras... que nos queremos tanto*. Nº3. Madrid: Colectivo de Feministas Lesbianas.

Rivas San Martín, Felipe (2009) "Biopolítica, tecnología en red y subversión" en Ají de Pollo (eds.) *Biopolítica*. BsAs: Ají de Pollo.

Robertson, Roland (2000) "Glocalización: tiempo - espacio y homogeneidad - heterogeneidad". *Zona Abierta* 92-93.

Robin, Régine (1996) *Identidad, memoria, relato. La imposible narración de sí mismo*. BsAs: UBA-CBC.

Rodríguez, Antonio J. (2010) "Entrevista (mínima) a Beatriz Preciado" en *Quimera: Revista de Literatura* Nº 319. Junio.

Rorty, Richard (1990) [1967] *El giro lingüístico*. Barcelona: Paidós.

Rubin, Gayle (1989) [1984] "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad" en Vance, Carole (comp.) *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Revolución.

_____ (1998) [1975] "El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo" en Navarro, Marysa y Stimpson, Catharine (comps.) *¿Qué son los estudios de mujeres?* México: FCE.

Sáez, Javier (2009) "El amor es heterosexual" en <http://www.hartza.com/amorhetero.htm>

_____ (2004) *Teoría queer y psicoanálisis*. Madrid: Síntesis.

_____ (2003) "El macho vulnerable: pornografía y sadomasoquismo" en Maratón posporno, Barcelona: MACBA. Disponible en www.hartza.com/posporno.htm

Sánchez, Ariel (2015) "Marcar la cancha. Reiteraciones, desvíos y tensiones en el arduo proceso de hacerse varón" en Chaneton, July (ed.) *Modos de vida, resistencia e invención*. BsAs: La parte maldita.

Sánchez-Mellado, Luz (2010) "La sexualidad es como las lenguas. Todos podemos aprender varias" en *El País. Archivo*. Madrid: 13 de junio.

Santa Cruz, M^a Isabel et alii (1994) *Mujeres y Filosofía. Teoría filosófica de género*. BsAs: CEAL.

Scott, Joan (2011) [2010] "Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis?" en *La manzana de la discordia, Vol.6, Nº1*. Enero-junio. Colombia: Universidad del Valle. pp.95-101.

_____ (1993) [1985] “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en Cangiano, Cecilia y Dubois, Lindsay (eds.) *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales*. BsAs: CEAL.

Segato, Rita (2003) *Las estructuras elementales del parentesco*. BsAs: Prometeo.

Sentamans, Tatiana (2013) “Redes transfeministas y nuevas políticas de representación sexual (I). Diagramas y flujos” en Solá, Miriam y Urko, Elena (comps.) *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos*. Navarra: txalaparta.

Sibilia, Paula (2005) *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. BsAs: FCE.

Solá, Miriam (2013) “Pre-textos, con-textos y textos” en Solá, Miriam y Urko, Elena (comps.) *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos*. Navarra: txalaparta.

Soley-Beltrán, Patricia (2014) “¿Yo soy queer?” en Suárez Briones, Beatriz (ed.) *Feminismos lesbianos y queer. Representación, visibilidad y políticas*. Madrid: Plaza y Valdés.

_____ (2009) *Transexualidad y la matriz heterosexual. Un estudio crítico de Judith Butler*. Barcelona: melusina.

_____ (2003) “¿Citaciones perversas? De la distinción sexo-género y sus apropiaciones” en Maffía, Diana (ed.) *Sexualidades Migrantes. Género y Transgénero*. BsAs: Feminaria.

Spivak, Gayatri (1998) [1988] “¿Puede hablar el sujeto subalterno?” en *Orbis Tertius*, 3 (6), 175-235. La Plata: UNLP.

Stolcke, Verena (2004) “La mujer es puro cuento: la cultura del género” en *Revista Estudios Feministas*. Vol 12. Nº 2. Florianópolis: mayo-agosto. <http://dx.doi.org/10.1590/S0104-026X2004000200005>

Taylor, SJ y Bogdan, R (1996) [1987] *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*. Barcelona: Paidós.

Torrano, Andrea (2009) “Ontologías de la monstruosidad: el cyborg y el monstruo biopolítico” en VI Encuentro Interdisciplinario de las Ciencias Sociales y Humanas. Cba: UNC. <http://publicaciones.ffyh.unc.edu.ar/index.php/6encuentro/article/view/68/62>

Trujillo Barbadillo, Gracia (2008) *Deseo y resistencia: treinta años de movilización lesbiana en el Estado español [1977-2007]* Madrid: egales.

Tubert, Silvia (2003) “La crisis del concepto de género” en *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra.

Tucker, Ricky (2013) "Pharmacopornography: An Interview with Beatriz Preciado" in *The Paris Review Daily*. Paris: 4 de diciembre.

Vacarezza, Nayla (2011) "Figuraciones del cuerpo con género. Paralelismo y quiasmo", en: *Revista Latinoamericana sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, Año 3, No. 6, Córdoba, agosto-noviembre.

Valdecantos, Antonio (2009) "Una biopolítica afirmativa. Entrevista con Roberto Esposito" en *Minerva. Revista del Círculo de Bellas Artes. IV época*, Nº 12. Madrid. pp.67-71.

Valencia Triana, Sayak (2013) "Transfeminismo(s) y capitalismo gore" en Solá, Miriam y Urko, Elena (comps.) *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos*. Navarra: txalaparta.

_____ (2012) "Capitalismo gore y necropolítica en México contemporáneo" en *Relaciones Internacional* Nº 19. México: GERI-UAM, febrero.

_____ (2010) *Capitalismo gore*. Barcelona: melusina.

Vásquez, Elizabeth (2009) entrevistada por Amy Lind y Sofía Argüello Pazmiño en "Activismo LGBTIQ y ciudadanías sexuales en el Ecuador" *Íconos* Nº 35. Quito: septiembre. pp.97-101.

Verón, Eliseo (1993) *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.

Vidarte, Francisco (2005) "El banquete uniqueersitario: disquisiciones sobre el s(ab)er queer" en Córdoba, David; Sáez, Javier y Vidarte, Paco (eds.) *Teoría Queer. Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Madrid: egales.

Virno, Paolo (2003a) *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Madrid: Traficantes de sueños.

_____ (2003b) *Virtuosismo y revolución. La acción política en la era del desencanto*. Madrid: Traficantes de sueños.

Viteri, María Amelia (2012) "Estudios Queer: Una mirada desde/hacia América Latina" en *Umbral 24. Revista de Postgrado en Ciencias del Desarrollo*. Bolivia: CIDES-UMSA, diciembre.

Voloshinov, Valentin (1992) *El marxismo y la teoría del lenguaje*. Madrid: Alianza.

Wittig, Monique (2006) [1992] *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: egales.